Nicaragua: un paseo entre volcanes

Xavier Corrales

Edita: EDITORIAL DE LA UPV
Camino de Vera, s/n
46022 VALÈNCIA

Imprime: REPROVAL

Depósito legal: V-860-2004
ISBN: 84-9705-537-3

Este libro acoge dos méritos principales. El primero, narrar una excelente realidad novelada, no una novela vivida, digna de ser leída de un tirón, si se tercia, o en dos o tres etapas a lo sumo, y puede que admita, por el mismo lector, una segunda vuelta deseada, esperanza esta que no tiene la normalidad editorial vigente. Reconozco que esta afirmación está basada en mi propia apreciación, y a su vez por dos razones: por su estructura coloquial, humana, realista, reflejo de emociones de gentes que sufren, que viven en clave sencilla, y por que es una obra, libre, sin condiciones sin exigencias, sin actitudes preconcebidas, que puede ser leída, siempre de izquierda a derecha ¡claro!, pero desde cualquier página. Este es un mérito del que cualquiera puede darse cuenta.

El segundo mérito, cuya percepción sólo está al alcance de unos pocos, es relacionar la obra con el autor (la relación del autor con la obra es sencillamente inescrutable para los que son ajenos a este proceso). Quiero decir con esto último, que este libro es una obra de autor, en donde el autor no es autor sino que se hace o hace obra, obra autocreada es decir, con vida propia.

Xavier, una vez más, ha resuelto la ecuación del existir vitalmente inadvertido o viceversa.

Justo Nieto Nieto
Rector

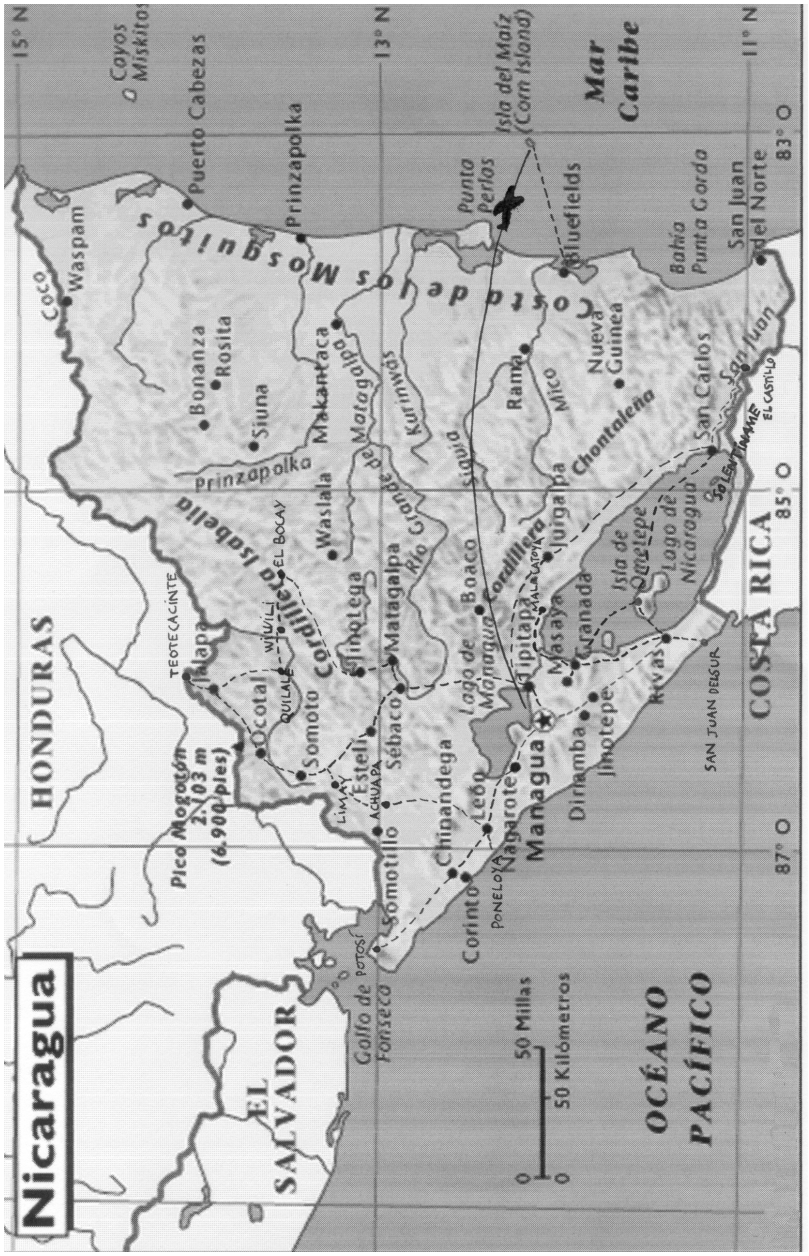
A mi padre
que me enseñaba Geografía de pequeño
y sigue solucionando cualquier problema
mientras cultiva su jardín

A mis amigos nicaragüenses
que me acogieron, desde el principio
como uno más

ÍNDICE

1. Algunos jóvenes se fueron a las montañas del trópico 9
2. Descubriendo Managua, descubriendo un país 14
3. León y la brigada del 83 30
4. Las huellas de Acahualinca. Primeros brotes independentistas 51
5. La brigada del 84 60
6. La independencia y sus primeros pasos 68
7. Sin billete de vuelta 75
8. La fiebre del oro, el filibustero Walker y las sucesivas intervenciones norteamericanas 89
9. Hacia las montañas del norte 99
10. Sandino y otros muertos más cercanos 113
11. Estoy buscando el pez de la libertad, en la muerte del tirano 136
12. Los hijos de Somoza y el nacimiento del Frente Sandinista 159
13. La marca del Zorro 179
14. El instituto de Estelí y los cortes de café 213
15. San Juan de Limay y la familia Blanco 232
16. La linda maestra de Achuapa y la despistada tortuga de Poneloya 261
17. Tercera derrota electoral 278
18. De la artesana Masaya a la burguesa Granada 288
19. El hotelito que se llevó el maremoto 298

20. San Juan del Sur y el cura guerrillero 315
21. San Carlos, El Castillo de la Concepción y El Caribe 333
22. Una incursión en Costa Rica y una travesía por el lago 357
23. Hasta la próxima 366
BIBLIOGRAFÍA 377
FILMOGRAFÍA 380
AGRADECIMIENTOS 381


Nicaragua
HONDURAS
EL SALVADOR
COSTA RICA
OCÉANO PACÍFICO
Mar Caribe
Cayos Miskitos
Puerto Cabezas
Prinzapolka
Waspam
Coco
Bonanza
Rosita
Siuna
Makantaca
Waslala
Matagalpa
Jinotega
Somoto
Ocotal
Estelí
Sébaco
Chinandega
Corinto
Somotillo
León
Nagarote
Managua
Tipitapa
Masaya
Granada
Jinotepe
Diriamba
Rivas
Boaco
Juigalpa
Chontales
Rama
Mico
Nueva Guinea
Bluefields
Punta Perlos
Isla del Maiz (Corn Island)
Bahía Punta Gorda
San Juan del Norte
San Carlos
Río San Juan
Río Grande de Matagalpa
Kurinwás
Siquia
Lago de Managua
Lago de Nicaragua
Isla de Ometepe
Cordillera Isabella
Cordillera
Pico Mogotón 2.103 m (6.900 pies)
Galfo de Fonseca
50 Millas
50 Kilómetros
15° N
13° N
11° N
87° O
85° O
83° O

1. Algunos jóvenes se fueron a las montañas del trópico

Centroamérica: ¿qué es lo que ocurre en esos países misteriosos tan poco conocidos y tan dignos de serlo...

José Martí

La escuela española de los años cincuenta obligaba a niñas y niños, en clases separadas por sexos, a recitar de memoria la siguiente cantinela: "Honduras, capital Tegucigalpa; Nicaragua, capital Managua; Costa Rica, capital…". A los pequeños nos hacía gracia aquellas terminaciones en *gua* que había que memorizar. Fue la primera vez que escuché el nombre de Nicaragua, junto al de los otros países y capitales de Centroamérica.

Pasada la adolescencia, cuando algunos amigos y compañeros de estudio evolucionamos desde el cristianismo social hacia posiciones marxistas, mientras tocábamos a la guitarra la canción de Carlos Puebla que recordaba al comandante *Che* Guevara, junto a las de Víctor Jara, Violeta Parra, Mercedes Sosa, Daniel Viglietti o las del mítico disco *Canto a mi América* de Gabriel Salinas: *"Dale tu mano al indio, dale que te hará bien,..."*, seguíamos sin tener ni pajolera idea de lo que se cocía en la pequeña Nicaragua, la más grande de las repúblicas del istmo. En el entorno en el que nos desenvolvíamos, tal vez por estar, además de desinformados, más preocupados en hacerle la puñeta al régimen del general que por cualquier otro tipo de procesos internacionales (con excepción a los relativos a la guerra de Vietnam), pasaron desapercibidos acontecimientos tales como el terremoto que asoló Managua en 1972, o el secuestro en 1974 por un comando sandinista de un montón de personalidades somocistas en la casa del ex ministro Chema Castillo, durante una fiesta navideña en la capital nicaragüense, a las que canjearon por presos políticos. García Márquez tiene escrito y publicado un excelente guión cinematográfico sobre aquellos hechos que, por descontado, nunca verán nuestros ojos en las pantallas.

Pero cuando el nombre de Nicaragua se me quedó grabado para siempre, fue en agosto de 1978. Disfrutaba de las vacaciones estivales recorriendo los pueblos y explorando los fondos marinos de las comarcas más septentrionales de la Costa Brava, en compañía de Anna Ros i Miragall, entonces sólo Ana. Éramos novios, pero nos presentábamos

entre los conocidos como compañeros, según la usanza en nuestros respectivos círculos sociales. Aquella maravillosa maestra de Xeraco que nos dejó hace unos años, merece las primeras líneas de esta historia.

Además de bucear e ir mejorando mi sempiterno *spancatalán*, que Ana iba puliendo con magisterio y perseverancia, decidimos pasar a Francia para visitar la tumba de Antonio Machado en Collioure y las playas cercanas, en donde estuvieron los campos de internamiento que los franceses habilitaron para acoger a los republicanos derrotados en la Guerra Civil.

Siempre nos gustó cruzar las fronteras, ya que no podíamos eliminarlas. Cogimos un tren hasta Port Bou, donde tuvimos que apearnos a causa de la diferencia del ancho de vías entre nuestro país y el resto de Europa. Tras horas de espera, el primer tren que atravesaba el túnel bajo los Pirineos que nos separaban de Cerbère fue un Talgo que salvó en pocos minutos la distancia. Nos apeamos y seguimos por otros medios, porque nuestro presupuesto no daba para lujos. En la misma estación compramos el periódico *Liberation*. Toda la primera página la ocupaba el titular ¡QUE VIVA NICARAGUA! (imitando el título de la canción *Que viva España*, de moda por aquellos años) y una foto que dio la vuelta al mundo: Edén Pastora, el "Comandante Cero", sobre la escalerilla de un avión, quitándose el pañuelo rojinegro que cubría su cara mientras alzaba el fusil de asalto utilizado en la toma del Palacio Nacional —sede de la cámara legislativa durante el somocismo— con todos los diputados dentro, retenidos por un comando sandinista hasta que fueron cumplidas todas sus condiciones, la primera de las cuales era volar al extranjero con un puñado de dirigentes revolucionarios que llevaban años pudriéndose en las cárceles.

A partir de la difusión de aquella foto de Edén Pastora y de las crónicas del secuestro, los jóvenes airados de éste país empezamos a indagar sobre quiénes eran aquellos tipos llamados sandinistas, de dónde demonios habían surgido, qué experiencia guerrillera acreditaban, qué carajo se proponían y qué otras gentes se movían con sigilo por entre las abras y selvas Centroamérica. Nos lo pusieron fácil, pues a partir del éxito de aquella acción, convocaron una huelga nacional, una insurrección armada al mes siguiente y ya no pararon hasta entrar victoriosos en Managua el 19 de julio de 1979.

Desde entonces, Nicaragua fue instalándose poco a poco, pero de modo inexorable, en el interior de muchos jóvenes, limpios de corazón y ligeros de equipaje (como escribía Manuel Vicent en su columna

periódica), algunos de los cuales cogieron la mochila y se fueron para aquellas tierras del trópico, del calor, de las lluvias torrenciales, de los mosquitos, el bicherío, la malaria, los frijoles y las tortillas de maíz.

Cuando cayó la dictadura de Somoza, Ana y yo militábamos (palabra ya en desuso) en el *Moviment Comunista del País Valencià* cuya sede se encontraba en la calle Bonaire, perpendicular a la de la Paz. Desconozco como se produjo el contacto, pero el caso fue que los sandinistas que vivían en Valencia tomaron aquel local del MC y sus teléfonos como cuartel general durante la llamada insurrección final y, los que por allí pululábamos, tuvimos el privilegio de conversar con ellos y poder leer a diario los partes de guerra que les llegaban por fax desde Costa Rica. Aquellos comunicados estaban redactados en un lacónico lenguaje militar, pero rezumaban un optimismo que invitaba a sumarse a la lucha o a la solidaridad, porque ya se veía cercano el triunfo. Toda la gente del izquierdista movimiento andaba agitada y eufórica.

La dirigente del MC, Empar Pineda, que por aquellas fechas estaba en Caracas en la Conferencia Mundial de Solidaridad con el pueblo de Nicaragua, logró aterrizar en Managua el 24 de julio de 1979, cinco días después del triunfo. Empar pudo participar de la alegría y el entusiasmo de los primeros momentos del recién estrenado poder popular, cuando todavía por la noche se escuchaban los disparos. Sus experiencias y entrevistas quedaron plasmadas en el libro *La Revolución Nicaragüense*.

En enero del 1980, visitando los locales de CC.OO., un cartel me impactó: se requerían enseñantes para la Campaña de Alfabetización de Nicaragua. El gobierno de Suárez subvencionaba el envío de unos cientos de maestras y maestros españoles. Me frustró no poder optar al trabajo por carecer de titulación. Siempre había pensado que, pese a mi cotidiana relación con una eficiente maestra, de la que admiraba la alegría con que desarrollaba su profesión, el magisterio no era para mí. Por aquellas fechas, todavía no había cumplido los treinta, trabajaba como oficial de segunda en la reprografía de la Universidad Politécnica y empezaba a cuestionarme el no haber dedicado una parte de mi tiempo libre a sacar una diplomatura, tras mi abandono de los estudios universitariso en los años finales del franquismo. Se me quedó grabado el reclamo de aquel cartel de reclutamiento para enseñar las primeras letras en un país lejano.

Tres años más tarde, después de que en el trabajo se me complicaran las cosas y de que el MC mandara gente cualificada para trabajar con los sandinistas, dolido porque mi partido consideraba que sólo

servía para cuestiones sindicales —si eso ocurría *prima della rivoluzione*, qué pasaría después con los obreros— y no era seleccionado para unirme a la gente que mandaron a colaborar con aquella joven revolución, aconsejado por la buena cabeza de Ana, hice las pruebas de ingreso en la Escuela de Magisterio.

En agosto del 1983 participé en la primera brigada de trabajo en solidaridad con Nicaragua que se organizaba en Valencia. En el 84, repetí. En julio del 85 acabé los estudios, hice el petate y me quedé en Nicaragua hasta finales de 1986. De todas aquellas experiencias, resumidas e intercaladas, da testimonio este libro. También de parte de la historia de aquel país, contada de un modo que pretende ser más ameno que objetivo.

En 1989, teniendo ya preparadas las maletas para iniciar otro proyecto, esta vez relacionado con el turismo en Nicaragua, el FSLN, contra todo pronóstico, perdió las elecciones y sentí que se diluían las motivaciones que me habían llevado a emprender aquel plan. Por otro lado, la inestabilidad social y las tensiones que se avecinaban, supondrían para el turista interesado en conocer una revolución —que empezaba a ser finiquitada— más peligro que los ataques de la contrarrevolución en determinadas zonas del país. Y desistí.

Desde entonces no había regresado. Las informaciones que me iban llegando a través de brigadistas y cooperantes amigos —pocos turistas se adentraban por aquel panorama— hablaban de que, pese al fin de la guerra, la alimentación seguía siendo incluso más deficitaria para una parte de la población, la gente adulta había dejado de estudiar después del trabajo, el analfabetismo aumentaba, campaban de nuevo la polio y otras enfermedades infantiles que habían sido erradicadas gracias a las campañas de vacunación, había niños inhalando pegamento por las calles, surgido la prostitución infantil y una alarmante peligrosidad social, fenómenos todos ellos provocados por un desaforado incremento de las desigualdades sociales. En el país que dejé no vi nada de eso, sino un esfuerzo colectivo por combatir las miserias que asolan a los países pobres.

Recuerdo con nostalgia los días de vacaciones bajando a Managua para visitar a los amigos o para ir de parranda. Recuerdo los regresos a la casa de la Rotonda de los Cocos atravesando la inmensa ciudad estrellada —eran muy escasas las farolas y frecuentes los cortes de luz— a pie, en autobús o en el taxi colectivo que, debido a las restricciones de gasolina, sólo te dejaba a unas cuadras de tu dirección, según se

pactaba con el conductor antes de tomarlo, el cual improvisaba las rutas según las personas que llevaba a bordo. Nunca me pasó nada ni tuve sensación de peligro. Aunque se dieran algunos hurtos y robos, el peligro físico sólo lo sufrían las personas que vivían o visitaban las zonas de guerra.

Por fortuna hace años que se acabó la contienda, pero llegó el huracán Mitch y el país aún no se ha recuperado de sus efectos devastadores, mientras en nuestra prensa se puede leer que la hambruna provocada por la sequía es todavía más atroz que las secuelas de aquel ciclón.

Durante quince años no quise volver, seguramente porque con los otoños se le va haciendo a uno el corazón más insensible y echa pronto de menos las comodidades de las que disfruta. Tal vez porque no quería constatar el incremento de las injusticias, contra las que tanta gente había trabajado, luchado y dado la vida. Pero con la excusa de que el cuatro de noviembre del 2001 los nicaragüenses iban de nuevo a las urnas y las encuestas daban a los sandinistas como vencedores, hice el petate y me fui a dar una vuelta para visitar a los amigos nicas.

Y de paso, tomé unas notas.

2. Descubriendo Managua, descubriendo un país

Si hubiera podido elegir el camino de entrada a Nicaragua, sin duda me hubiera gustado hacerlo desde el mar. Habría zarpado de Lisboa o de Sevilla y, tras cruzar el Atlántico y repostar en una isla de las Antillas, habría surcado después el Caribe hasta avistar un gran cabo partido en dos por la desembocadura de un río, el Coco. Luego hubiera bordeado la costa y elaborado un mapa portulano que trazara la línea de los cocoteros, las playas blancas y el mar. Muchas millas más al sur las aguas se tornarían marrones por la desembocadura del Rama en el estuario de Bluefields. Pero no me detendría todavía. Continuaría rumbo sur hasta arribar a la bocana donde el río Indio, tras pasearse muchos kilómetros paralelo a poca distancia de la costa, confluye, en el océano, con el San Juan. Allí abordaría una nave más pequeña y de poco calado, y remontaría el cauce, salvando los raudales, hasta su nacimiento en el lago de Cocibolca, un mar de agua dulce. En ese punto pondría pie en tierra y, tras escalar las ruinas de un castillo centenario, podría exclamar imitando al poeta: Costa Rica a un lado, Nicaragua al otro y allá enfrente selvas, aguas, islas y volcanes.

Ésa fue la ruta utilizada por los antiguos bucaneros y los piratas ingleses. Soñar es gratis y el papel, generoso.

Algo parecido hizo Cristóbal Colón cuando descubrió Nicaragua. En su cuarto y último viaje, el Almirante partió de Cádiz un 9 de mayo de 1502, al mando de cuatro carabelas y 150 hombres. Tenía sesenta y seis años y seguía obsesionado en buscar un pasaje para la India que suponía —y no le faltaba razón— un poco más hacia el oeste de donde había recalado en sus anteriores viajes.

Una violenta tempestad le sorprendió frente a las costas de Santo Domingo, en donde los españoles le negaron auxilio y le impidieron entrar a puerto. Esto le obligó a continuar derrotando entre algunos islotes y cayos, que conocía de sus anteriores viajes, próximos a la actual costa hondureña. El 17 de agosto desembarcó en la boca del río Tinto, ya en el continente. De allí, y siguiendo la costa hacia el sur, se topó de nuevo con una tremenda tempestad. El peligro llegó a ser tan

eminente que las tripulaciones se confesaron, viendo ya inevitable la muerte. Pero tras la larga tempestad, que duró casi un mes, llegó la bonanza y pudieron continuar hasta refugiarse en un gran cabo, de costas apacibles, en el que desembarcaron, bautizándolo con el nombre de Gracias a Dios, porque el altísimo les había librado de una buena.

La primera tierra de la actual Nicaragua, justo en la frontera norte con Honduras, acababa de ser hollada por Colón. Éste, tras permanecer un día descansado y celebrando misas junto a la desembocadura del río Coco —llamado *Wanki* por los indios miskitos con los que se topó—, continuó navegando con su flotilla a lo largo del litoral, rumbo sur.

Lo podemos imaginar divisando desde su nave la laguna Bismuna, una albufera similar a otras muchas formadas por los sedimentos de los ríos, acumulados por vientos y mareas en esta parte de la costa. Tendría también que sortear barreras coralinas todavía hoy muy peligrosas, excepto para los expertos miskitos, que saben como salvarlas con sus botes de vela llamados *doris*. Navegaría sobre los plácidos arenales de Sandy Bay y bajo los acantilados de Bragman Bluff. Divisaría más tarde las desembocaduras de los ríos Prinzapolka y Walpasixa y, 60 millas más al sur, se toparía con un gran río al que bautizó como Grande —llamado ahora de Matagalpa—, en cuya embocadura fondeó para proveerse de leña y agua, perdiendo en su barra marina un bote con toda la tripulación.

Dice José Dolores Gámez en su detallista Historia de Nicaragua, que Colón se dirigió después, siguiendo siempre la costa, hasta el río Rama, donde ancló el 25 de septiembre, explorando tierra adentro hasta encontrarse con un pueblo indígena llamado Cariay, situado sobre un terreno florido, salpicado de colinas y de árboles de extraordinaria altura. Los pobladores que vivían junto al río, al ver las embarcaciones y los seres extraños que las navegaban, se sobrecogieron de temor y se aprestaron a defenderse haciendo uso de sus armas. Al final, Colón logró entrar en pláticas y arreglos con ellos, observando que su idioma era diferente al de los antillanos, que vestían camisas de algodón sin mangas, que eran púdicos y que llevaban el cabello trenzado encima de la frente y el cuerpo pintado con figuras extrañas de color rojo o negro.

Cuando desembarcaron, un escribano empezó a asentar por escrito las respuestas y los gestos de los indios, que eran traducidas e interpretados como buenamente se podía. Los indios pensaron que la escritura era una suerte de hechizo y se pusieron, a su vez, a quemar unos polvos tratando que el humo fuera hacia los extranjeros, para neutralizar

el embrujo. Los españoles, que tampoco estaban libres de creencias en maleficios, imaginaron que les estaban echando uno y se pusieron a rezar para exorcizarlo.

Sólo una vez he tenido la suerte de acercarme a esa franja de tierra desde el mar. Había volado desde Managua hasta la isla del Maíz Grande —a la que todo el mundo llama Corn Island—, para disfrutar de unas vacaciones. De regreso, perdí el billete de vuelta en avión, para poder navegar el Caribe en un desvencijado y minúsculo carguero de cubierta remendada con parches de cemento. Así llegué hasta el puerto de El Bluff, penetrando la bahía de Bluefields, para después transbordar a una lancha, como hacían los legendarios bucaneros, y remontar el río Escondido hasta el poblado de El Rama.

Ahora estaba sobrevolando las junglas que cubren toda esa zona, ya presto mi avión a tomar tierra en el aeropuerto de Managua. Este era mi cuarto viaje a Nicaragua. Los tres anteriores había hecho escala en La Habana y pernoctado, al menos una noche, en esa bella ciudad. Durante los primeros años de la década de los ochenta, los vuelos entre los Estados Unidos y Nicaragua estaban suspendidos como consecuencia de una política de bloqueo similar a la que todavía soportan los cubanos. Durante los últimos años los nicaragüenses se estaban portando de modo "correcto" y se podía volar de Madrid a Managua, vía Miami. Era la opción más barata. Además, el hacer escala en París me suponía un ahorro de cuarenta mil pesetas, oferta de Air France.

Las Torres Gemelas habían sido voladas el mes anterior y los controles en Barajas fueron rigurosos y, en el aeropuerto Charles de Gaulle, exhaustivos: volábamos a los EUA y las Torres todavía humeaban. Los chequeos supusieron llegar a Miami con dos horas de retraso y perder la siguiente conexión.

Era la primera vez que pisaba suelo norteamericano, aunque sólo fueran las baldosas y moquetas de un aeropuerto. A la salida del túnel de desembarque me topé con un cartel que decía: MR. CORRALES. Una menuda y rellenita empleada uniformada de azul, me decía en castellano que aguardara. Una vez localizada una joven de atuendo informal y pelos en punta, como de recién levantada, los tres

emprendimos una loca carrera, colándonos en las filas de todos los controles hasta el mostrador de la compañía aérea, donde se nos indicó que nuestro vuelo estaba a punto de despegar y que tal como estaba el patio, era imposible que lo alcanzáramos. Nos enviarían con otro de Iberia que partía tres horas más tarde.

Nuevos controles. Todo el personal de seguridad comunicándose entre ellos en castellano, hasta por los *walky talkys*. Acentos mexicanos, cubanos, portorriqueños, ecuatorianos, panameños. Al negro que me precedía en la cola —con pinta de no haber comido mucho de joven— le requisaron un cepillo de púas metálicas para peinar sus rizos. Luego la última barrera de marines con uniformes de camuflaje y armas de combate, más chiquitos que en las películas. Tras dos horas y media de vuelo, sobre las nueve de la noche, tomamos tierra en el aeropuerto César Augusto Sandino, Managua.

La muchacha con la que troté de lo lindo por los pasillos del aeropuerto de Miami, chequeo tras control, era belga, vivía en París, se llamaba Petra y de español, ni papa. La policía de aduanas nicaragüense no le aceptaba los francos que llevaba, no tenía dólares y en el mostrador contiguo en el que registraban mi entrada le estaban complicando la vida por no tener los cinco que nos exigían. Se los presté y salimos hacia el hall.

Siempre recordaré la primera vez que pisé suelo nicaragüense. Corría el año 1983 y en Valencia se formó una brigada para ir en agosto a trabajar en aquel país. Era, sobre todo, una muestra de solidaridad con la revolución. La consigna era llevar los macutos con pocas cosas personales y llenarlos hasta los topes con medicamentos. También acarreamos cajas con material sanitario y escolar. El comité de empresa de Iberia había negociado con la compañía que las sobrecargas para Nicaragua fueran gratuitas. Por aquellas fechas, los Estados Unidos ya habían reorganizado y armado hasta los dientes a los guardias que habían huido de Nicaragua tras la caída del dictador Somoza, y éstos incursionaban con frecuencia en el país a través de la frontera con Honduras. Un plan parecido al que después sería ejecutado con éxito en Afganistán se estaba llevando a cabo. Se trataba de financiar y armar a

una fracción contraria al gobierno establecido, mientras ellos iban empujando desde la retaguardia, sin poner los muertos. Se hablaba de una invasión yanki en toda regla, que nunca tuvo lugar porque los contrarrevolucionarios, aunque hicieron mucho daño, en ningún momento pusieron en jaque a los sandinistas, y los marines hubieran tenido que combatir frente a un pueblo armado y organizado en milicias populares. Aquello no iba a ser parecido ni a la invasión de Granada, ni a la posterior de Panamá. Ellos lo sabían y se contentaron, por fortuna, con armar a la contra, estrangular el comercio y bloquear los puertos.

Cuando el grupo de siete valencianitos, del que formaba parte, iba a partir hacia Nicaragua, se combatía duro en la frontera norte y los puertos estaban cercados por la marina USA, sobre todo el de Corinto, en la costa del Pacífico, única vía de entrada de petróleo al país. Olía a invasión y nosotros teníamos miedo a la guerra, al bicherío y a la malaria.

Excitados, requetevacunados, riéndonos para disimular el susto, nos juntamos en el aeropuerto de Madrid con otros cien brigadistas del resto del estado español, la mitad de ellos vascos.

El vuelo a La Habana fue una juerga. El espacioso y lujoso Boeing con el que cruzábamos el charco, se pobló de una fauna de zaparrastrosos: nosotros. Allí se bebía, se cantaba, se conversaba en voz alta, se discutía de política y hasta se bailaron algunas sevillanas. La otra parte del pasaje, turistas de lujo cuando todavía Cuba no había abierto sus puertas al turismo masivo, nos miraba entre divertida y escandalizada. El comandante del vuelo tuvo que llamarnos la atención en repetidas ocasiones. Eramos jóvenes e íbamos de vacaciones a una revolución que considerábamos también nuestra.

El aeropuerto José Martí nos recibió con una bocanada de calor húmedo. Acababa de caer un aguacero tropical que el cemento recalentado convertía en vapor, y pisábamos tierra tras más de nueve horas de refrigeración.

Un vasco comentó en voz alta:

— Parece como si a uno le pusieran una estufa en los cojones.

— Pues si esto es Cuba, espérate y verás lo que pasa en Nicaragua —le contestó un colega.

En las repetidas ocasiones que he visitado La Habana, nunca sentí semejante bochorno. Hubo varias lipotimias en las colas aduaneras mientras pasábamos bajo el control de parsimoniosos funcionarios con uniformes verde olivo. En aquellos años, el turismo no era un sector

prioritario para el desarrollo socialista de la isla. Todavía vivía la mamá soviética y la efigie de José Martí, que presidía el aeropuerto, se podía reír a gusto, bajo sus grandes bigotes, de los descendientes de aquellos conquistadores que él combatió.

Nos alojaron en el Hotel Deauville, junto al Malecón. Una ducha y a descubrir la ciudad. En la Habana Vieja aquella noche olía a brisa marina, flores de flamboyán, mangos podridos y gasóleo. Viejos autobuses nocturnos quemaban petróleo soviético sin restricción. El grado de humedad y la cercana refinería de Regla, el soplo marino y el olor a fermento dulzón del trópico, combinaban de manera menos exótica que en los daiquiris de las películas. La Catedral, la Plaza de Armas, el Memorial Granma y Prado, sin turistas. Y el Malecón lleno de gente, sobre todo mujeres, vecinas de los barrios adyacentes, platicando y tomando el fresco hasta casi el amanecer.

Al día siguiente, otro aeródromo bautizado con el nombre de otro héroe nacionalista nos recibía. El Augusto César Sandino parecía más una finca de recreo, que un aeropuerto internacional. Descendimos de las escalerillas del avión y, sin que nadie nos controlara, caminamos hacía las instalaciones cruzando la única pista de aterrizaje. Unos daneses desplegaron una pancarta en la que se leía: Nicaragua tiene el derecho de vivir en paz. Mientras, bajo la sombra de un corredor cubierto por buganvillas y trepadoras, unos cuantos muchachos y una chavala —uniformes militares y Kaláshnikov al hombro— nos miraban más con indolencia que con curiosidad.

Las colas aduaneras fueron más diligentes que las cubanas. Los equipajes y demás cargamento iban llegando a un pequeño hall. No había cintas transportadoras. Mientras se concluía la operación salí por un portalón al exterior. Me moría de ganas por curiosear como era aquel país que llenaba de noticias alarmantes los telediarios. El cielo estaba límpido y la temperatura perfectamente soportable. Sobre un quiosco de madera, colgaba un cartel: SERVIMOS FRESCOS. Debajo la lista: papaya, pitahaya, guayaba, granadilla, tamarindo, maracuyá. Me sirvieron un zumo natural estirado con agua, más hielo y azúcar, en un vaso de plástico. La palabra guayaba pasó en segundos de ser literatura a mi estómago, y la encontré deliciosa. Mientras me saltaba una de las primeras reglas sanitarias con las que había sido adoctrinado antes de partir, observé el trajín de las gentes en una carretera cercana por la que circulaban con fluidez todo tipo de vehículos. Me sentía contento. Todo estaba tranquilo; ni el más pequeño vestigio de la guerra.

Açò *funciona,* me dije en la lengua de mi tierra.

Petra y yo llegamos a Managua con cinco horas de retraso. Cuando salimos del aeropuerto, la hermana de Petra llevaba mucho tiempo esperándola, pero no manifestó ningún síntoma de inquietud o impaciencia. Tras abrazarse efusivamente, fui presentado como un pasajero al que los rigurosos controles y el *transfer* de Miami habían convertido en un conocido.

Acordamos tomar el mismo taxi hasta la ciudad. Ellas irían al reparto Bolonia y yo a la zona de Plaza España y el Cine Dorado, donde recordaba que había múltiples hoteles baratos. Elsa, la hermana de Petra, hablaba con marcado acento nica y se desenvolvía con desparpajo entre los taxistas que ofrecían sus servicios por un buen puñado de dólares. Dominaba el asunto y sabía que no debíamos pagar más de 100 córdobas para que nos llevaran a las dos direcciones, no distantes entre sí. Los taxistas la vieron muy segura y enseguida hubo acuerdo con uno de ellos.

La temperatura era primaveral en aquella noche de octubre mientras el coche nos conducía sin prisa por la Pista Norte hacia la ciudad. Había más luces y más tráfico que la última vez que la había visitado. Los modelos de los coches eran actuales, aunque también se veían dinosaurios como aquellos que circulaban en los tiempos de la extrema escasez de vehículos y repuestos. Pero Managua seguía siendo esa enigmática mujer que te da esquinazo en cuanto te descuidas y te deja plantado sin saber donde estás.

Hay mucha literatura sobre la impresión que le produce al viajero esta capital. Javier Reverte en un artículo que recoge su libro de reportajes *Billete de Ida*, dice que es "fantasmal, irreal, como brotada del humo hacia la nada... Una ciudad misteriosa, que sus habitantes se empeñan, tal vez inconscientemente, en volver más misteriosa aún, más intrigante, más fantasmal".

Anna Cortadas, que fue corresponsal en el país de 1989 a 1993, ha escrito en *Querida Nicaragua*: "Managua es una ciudad extraña. Yo diría que única. Es absolutamente fea. Debe de estar entre las más feas del mundo. No tiene avenidas, no tiene parques, hace un calor de mil

demonios, tiene un lago precioso pero contaminadísimo, carece de infraestructuras y de orden urbanístico. Prácticamente se podría afirmar que no es una ciudad, sino distintos barrios comunicados entre sí. Pero casi todo el mundo que se anima a vivir en ella una temporada acaba asegurando que Managua tiene una magia especial. Quizás esta magia provenga de su provincianismo encantador".

Una buena guía turística para captar la atmósfera de Managua puede ser la novela *La mujer habitada* de la poetisa Gioconda Belli, en la que la autora sitúa la trama en los años de la preparación de la insurrección contra Somoza. O mejor, leer su biografía titulada *Un país bajo mi piel*.

En su libro *Veinte poemas desesperados y una canción de amor a Managua*, nuestra compatriota Raquel Fernández, que trabajó como periodista en *Barricada*, portavoz del Frente Sandinista, escribía: "Managua no es ni quiere ser ciudad. Cuantos intentos se han realizado para urbanizarla han chocado con el modo de vida local, acorde con una naturaleza lujuriante y violenta. Cada invierno o estación lluviosa demuestra, con su vegetación repentina entre los adoquines de las calles y sus cauces reventados al primer aguacero, que esta capital no ha nacido para serlo."

Sigue siendo todavía un paisaje rural poblado de casitas, un penoso tránsito por avenidas con vocación de carreteras, tres o cuatro edificios altos emergiendo de una sábana vegetal, un lago, unos cerros, un volcán. Managua es la puerta de entrada a un país que fue la materialización de un sueño, y que continúa siendo una realidad querida y, como tal, objeto de una inquietud permanente para mucha gente. Estoy seguro de que para la mayoría de los brigadistas que, en aquel ya lejano año de 1983, pisábamos por primera vez aquella tierra, compartíamos ese sentimiento, esa inquietud, ese sueño. Y quién mejor que Julio Cortázar para plasmarlo en un poema titulado *Noticia para viajeros*, que finaliza así:

La viste desde el aire, ésta es Managua
de pie entre ruinas, bella en sus baldíos,
pobre como las armas combatientes,
rica como la sangre de sus hijos.

Ya ves, viajero, está su puerta abierta,
todo el país es una inmensa casa.
No, no te equivocaste de aeropuerto:
entrá nomás, estás en Nicaragua.

Los brigadistas que llegábamos a Managua en 1983, encontramos una ciudad tranquila y en paz, aunque nosotros sólo la descubrimos, en ese primer contacto, a través de las ventanilla de los autobuses que vinieron a recogernos.

Nos alojaron en algún lugar a las afueras de la ciudad, en lo que pudo haber sido, en su día, una finca residencial, a la espera de que nos mandaran a trabajar. Estuvimos durmiendo en habitaciones con literas, comimos bien bajo sólidos chamizos de techo de palma y platicamos lo que pudimos con la gente que por allí trabajaba. Así pasamos dos días, sin hacer nada especial, aunque nos dio tiempo para empezar a conocer los rudimentos básicos del béisbol, practicando con unos chavales nicas, y a montar una buena discusión.

Debíamos distribuirnos por grupos en los respectivos lugares de trabajo, todos en el campo, que nos habían asignado. Estaban ubicados en las inmediaciones de León y Chinandega, ciudades que apenas distan entre sí 29 Kms. Algún nica había comentado que, desde los cerros cercanos a esta última ciudad, se podían ver los buques de guerra de la marina USA vigilando, a pocas millas de distancia, la entrada del vecino puerto de Corinto para impedir la descarga de los petroleros de la todavía poderosa Unión Soviética. Y se corrió la voz. Los vascos votaron en masa que sus puestos serían los más cercanos a Chinandega, por si se armaba la gorda, estar en primera línea. Algunos cuestionaron dicha distribución, se armó un gran follón y no llegamos a las manos de milagro.

Al día siguiente nuestros responsables sandinistas nos dijeron que dentro de dos días la Junta de Reconstrucción Nacional, cuyo coordinador era Daniel Ortega nos recibiría durante una cena en la Casa de Gobierno. Y hasta nos repartieron unos tarjetones de invitación. Desistimos asistir al magno acontecimiento: estábamos deseosos de mezclarnos con el pueblo y emprender nuestras tareas.

Partimos al día siguiente, pero aún nos dio tiempo de asistir a un *Cara al Pueblo*, un programa televisivo semanal en directo en el que Ortega y algunos de sus ministros contestaban las preguntas que les hacía la gente, soportaban críticas y anotaban sugerencias. Hacía poco que los sandinistas habían llegado al poder y la revolución era *una chavala de cuatro años*, como se leía en los carteles.

Allí se le preguntó de todo al *compañero* Daniel, desde cuestiones macroeconómicas a mínimos detalles sanitarios, pero dos fueron las preguntas más significativas que le hicieron un par de extranjeros con

acento inglés: qué pasaba con los homosexuales en Nicaragua y qué sucedería si los norteamericanos, que estaban tan cerquita, entraban.

A la primera pregunta respondió de forma políticamente correcta para los parámetros europeos más exquisitos: no discriminación e igualdad absoluta. De hecho, una de las principales dirigentes, una de las comandantes guerrilleras que llegó a ser ministra de un área importante, era una reconocida lesbiana. Aunque Ortega concluyó con un poco de sorna: "de todos modos, ese fenómeno casi que no se da en esta zona". Por supuesto que la homosexualidad en Nicaragua es tan fructífera como en cualquier otra parte del mundo pero, pese al gran machismo sociológico y cultural, pude comprobar que la gente era bastante tolerante en estos temas, sin olvidar que se daban los típicos chistes, chismorreos, burlas y cosas por el estilo. Pero el gobierno sandinista, que yo sepa, nunca *le puso mente a esa cuestión*, aunque la leyenda de la represión en Cuba en los sesenta, se difundiera a veces, de modo interesado.

En respuesta a una posible intervención norteamericana, Ortega desplegó argumentos clásicos: el pueblo nicaragüense —que lo constituían tres millones de pobres en aquel momento—, no tenía capacidad para repeler una agresión de tal calibre, pero estaban listos para replegarse a las montañas, como Sandino, y hacerles que volvieran en ataúdes a su casa. Ante los aplausos de la enfervorizada audiencia, sentenció, no sin cierta condescendencia populista hacia su auditorio: "De todos modos, en caso de que se produjera una invasión, yo creo que de aquí podría salir como medio batallón de voluntarios". Puede que alguno se lo creyera, pero la complacencia fue unánime.

A la mañana siguiente los valencianos partimos hacia León.

Mientras recorríamos en el taxi las pistas de asfalto que hacen de avenidas en Managua, Elsa me contaba que vivía en Puerto Cabezas, en la zona del Caribe denominada RAAN (Región Autónoma del Atlántico Norte) y que trabajaba para una ONG dedicada a proteger a los niños. Había aprendido el castellano en Madrid, pero en poco más de seis meses se manejaba con un tremendo acento nica.

Llegamos al destino de las dos hermanas y me pareció que el hotel podía convenirme. Había habitación libre para mí y Elsa rebajó, por su cuenta, unas córdobas el precio del trayecto —ya que yo no continuaba—, sin que el taxista opusiera mucha resistencia.

La anciana que regentaba el hotel me pidió seis dólares por una habitación con ventilador y baño colectivo. No servían comidas, pero me ofreció refrescos, agua purificada y un sobre de sopas Maruchán. Le dije que prefería dar una vuelta. Me advirtió de peligros, robos y pandillas, le cambié unos dólares y salí sin rumbo, apuntando antes la dirección: Hospedaje Quintana, del TICA BUS, 1 cuadra al lago, 75 varas abajo.

El Tica Bus ya no existe, pero todo el mundo conoce el solar donde estuvo ubicado. Cuando un *managua* indica el lago quiere decir el norte. El este es arriba, el oeste abajo y el sur es el sur, aunque hay quien opina que el sur es la montaña.

Las calles estaban iluminadas sólo por las luces provenientes de las casas. Eran poco más de las diez y no habían transeúntes, sólo algunos vecinos platicando sentados ante las puertas de sus viviendas. No estaba especialmente cansado, pero decidí retirarme pronto. Empezar suave y tener en cuenta las advertencias sobre la peligrosidad, parecía lo más lógico. Encontré un restaurante vacío junto a un bar todo enrejado llamado La Esquinita, lleno de bebedores de cerveza y algunas mujeres. Me metí en el anónimo restaurante. Como tenía el estómago algo forzado por el menú de tres aviones, opté por un fresco. En un tablón de la pared ofertaban, entre otros platos, sopa de pescado con huevos de toro y orgía de marisco. Me sirvieron casi medio litro de zumo de tamarindo y me retiré al poco rato.

En el hospedaje un alemán le contaba a la doña, indignado, como le acababan de robar la cámara fotográfica.

Desperté mucho antes del amanecer a los sones de unos gallos vecinos. Había olvidado que en Nicaragua los gallos cantan por la noche cuando les sale de la cresta, despiertan a los perros y, todos a coro, arman el gran bochinche. De todas formas, comprobé que, gracias al fin de la guerra, las granjas familiares en las ciudades habían disminuido y las bandas de música nocturnas sonaban con menos intensidad.

Suelo levantarme con la luz del día cuando viajo. Aprovecho mejor la jornada y llego más temprano a los sitios donde decido pernoctar. Así resulta más fácil encontrar buenos sitios donde dormir, sin los agobios de última hora. Otro factor que me hace madrugar es la calidad de las camas, tantas veces deficitaria en esos mundos por los que uno trota.

Tenía pendiente un encargo del amigo Manolo Vicent: entregar unos regalos y unas cartas en una dirección de Managua. A las seis, ya completamente de día, estaba en la calle indagando. Llevaba anotado un teléfono, pero no pude localizar ninguna cabina. En tiempo de los sandinistas en el poder, no quedaba ninguna sana, y siempre había que telefonear desde las casas o ir al TELCOR (Teléfonos y Correos) y hacer cola. De todos modos de poco me hubiera servido toparme con uno de los escasos teléfonos públicos, pues más tarde comprobé que sólo funcionaban con tarjeta y las pocas tiendas que las vendían estaban cerradas. Pregunté por la dirección que llevaba apuntada en uno de los sobres: Delma Zapata, LINDAVISTA, 2ª calle detrás del Super, casa 44.

Tomé la ruta 102. *Dios es nuestro camino*, se leía en un panel situado sobre la cabeza del conductor. El bus me dejó a unas cuadras del Supermercado de Lindavista.

El barrio era agradable, de clase media, como indicaba la calidad de las viviendas no adosadas, de una sola planta, como casi todas las que quedaron en pie en Managua después del terremoto de 1972. También indicaba cierto poder adquisitivo el que estuvieran numeradas y que tuvieran un jardincillo de unos metros a lo largo de las fachadas.

Oí ruido detrás de la puerta del garaje y llamé pese a lo temprano de la hora. Me abrió un joven de unos treinta años, guapetón, grandote y con pinta no nica, que me invitó a pasar. Delma ya se había levantado, me recibió y me ofreció un café. Hablamos de Manolo Vicent y de Pilar Olmos, otra valenciana que, mientras estuvo trabajando para la ONG ACSUR-Las Segovias, se había hospedado en la misma casa. Guardaba gratos recuerdos de ellos. Se alegró cuando le di los regalos de Manolo.

—Quédese aquí el tiempo que quiera —me ofreció Delma.

Me salía tan barato como el hospedaje, y el confort y la atmósfera eran mucho mejores. Acepté, aunque puntualicé que mi objetivo era visitar el país y estar lo mínimo en la capital; los días de las elecciones y poco más.

Hice el cambio de residencia y pasé el resto del día en la casa, conversando con Ángel Reyes, el italo-chileno que me había abierto la puerta —también huésped en la casa— y con Octavio, el hijo de Delma, que a diferencia de Ángel, que no paraba, hablaba muy poco.

Teníamos televisión con parabólica que captaba las emisiones internacionales de TVE y Antena 3, escuché radio en mi transistor (La Tigre, cuyo distintivo radiofónico era un potente rugido que interrumpía las canciones tras el inicio), sonaron canciones rancheras que recogían promesas electorales de Daniel Ortega, leí El Nuevo Diario, fui a comprar raciones de pollo al Tip-Top (la versión nica de los Mc Donal) que comimos en la casa, y así se pasaron rápido las horas de calor del día de aquel domingo.

Ya anochecido, tomé una ruta hasta La Casa del Café, un edificio de madera de construcción reciente, escondido entre grandes árboles y camuflado por la oscuridad callejera del distinguido reparto Los Robles. Disponía de tienda de libros y discos, y compré una revista de cabecera conocida, *Envío*, un mensual de análisis político en el que escribe Xabier Gorostiaga y los jesuitas que dirigen la prestigiosa Universidad Centroamericana, la UCA. En la lujosa cafetería de la planta superior me tomé un jugo de mango a precio europeo, más impuestos, y estuve leyendo un rato.

Regresé a casa en taxi, pues los autobuses urbanos no circulaban a partir de las nueve de la noche.

Managua recuperó la mañana del lunes su ajetreo habitual. Debido a su configuración desparramada y al poco tráfico, continuaba siendo una ciudad tranquila, pese a su millón largo de habitantes, aunque dura de transitar. Salí a dar un garbeo y a proveerme de algún libro, ya que no había cargado ninguno en el macuto y la capital era el lugar más surtido.

Vendí dólares en el mismo barrio. En el banco te daban 13’6 córdobas por uno y en la calle 13’7 y no había que hacer cola. Había un grupo de cambistas, la mayoría mujeres sentadas a la sombra en sillas plegables, justo en la esquina de la institución bancaria y en el punto de mira de sus guardias de seguridad. A partir de entonces mi banco se llamó "*La Chela*". Un córdoba equivalía a unas 15 pesetas.

Ángel, que había acabado de licenciarse en turismo y partía esa semana hacia Florencia para trabajar en un hotel, me había informado que la mejor librería de Managua era Hispamer, detrás de la UCA. En el

trayecto iba observando los cambios que se habían producido en la ciudad. Muchos y frecuentes buses urbanos, la mayoría Ford o International, ensamblados en la vieja y clásica carrocería *Blue Bird*, conservaban la leyenda frontal de *BUS SCHOOL* y *EMERGENCY EXIT* sobre la puerta trasera. Abundantes taxis en buen estado. De aquellos carros destartalados y sin distintivos que recordaba, quedaban pocos. Ahora lucían una franja a cuadros pintada en los laterales y luz distintiva sobre el techo. Había algunos tramos de asfalto o pavimento reciente en las principales arterias de la ciudad, que seguían conservando el aire de carreteras comarcales, excepto en varias remodeladas rotondas. Numerosas y abastecidas tiendecitas, abundantes puestos callejeros de venta, rudimentarios chiringuitos con comida y refrescos, lujosos concesionarios de automóviles, varios centros comerciales nuevos, innumerables bancos y universidades privadas. Ese era el paisaje que percibí desde el autobús 119.

Cuando ya llegábamos a la UCA, divisé a lo lejos una figura familiar. Desde lo alto del cerro de Tiscapa, erguido junto a una enorme bandera nicaragüense, azul y blanca, la silueta de Sandino se perfilaba bajo su enorme sombrero alón. Me pareció percibir la irónica sonrisa del General de Hombres Libres que torcía la comisura de sus labios, como diciendo "¿qué se te ha perdido por aquí, forastero?"

Hispamer estaba situada en la misma planta baja donde hace años se exhibían, para su venta, todos los libros de la Editorial Nueva Nicaragua. Fundada en los ochenta por Sergio Ramírez, llegó a publicar en una década más de 300 libros. Ahora en la librería se podían comprar más volúmenes de autores extranjeros pero, en cualquier caso, para ser la más importante del país, ofrecía un surtido bastante escaso.

No encontré ningún libro de poesías de Gioconda Belli, que era a lo que había ido. Compré el *Canto Cósmico* de Ernesto Cardenal y *Pobreza en Nicaragua: Un abismo que se agranda*, del sociólogo Oscar-René Vargas.

La presencia de la campaña electoral, además de inundar los medios de comunicación, era evidente en cualquier rincón de la ciudad. En muchos coches, camionetas e incluso autobuses ondeaban banderitas rojas, que al principio asocié con algún partido de izquierdas, aunque luego comprobé que era el color emblemático del Partido Liberal Constitucionalista, la derecha gobernante. Otros exhibían las franjas rojinegras del FSLN.

Las fachadas de muchas casas y, sobre todo, las tablas o ladrillos de comederos, pulperías y tiendas humildes, habían sido repintadas, al menos parcialmente, con los colores identificativos de los partidos contendientes: rojo liberal, verde conservador o rosa *chicha* de los sandinistas. La chicha es un brebaje obtenido del maíz, muy popular. Se utiliza con hielo como refresco y, cuando se deja fermentar y va adquiriendo un progresivo porcentaje de alcohol, se convierte, después de ser manipulada en alambiques, en la explosiva *cususa*.

El comedor El Chilamate, especializado en sopas, ofrecía un menú diferente para cada día laborable: sopa de res los lunes, de gallina con albóndigas los martes, de pescado, de cola de res con punche, de marisco. El plato de sopa era del tamaño de un orinal; los trozos de res abundantes. Contrastaba con las que se servían en los tiempos del bloqueo y la escasez, a base de arroz, frijoles, tortilla de maíz (la tradicional dieta básica) y cualquier cosa, en pequeñas porciones, de acompañamiento.

Junto a El Chilamate había un cafetín con servicio de Internet y frente a él, Daniel Ortega proponía desde una pancarta: *LA TIERRA PROMETIDA es 950 mil puestos de trabajo*. Parecía una versión disparatada, dadas las dimensiones y los problemas del país, de aquella incumplida promesa electoral del PSOE.

Eché un vistazo a las librerías El Parnaso y El Güegüense, y tomé una ruta hacia el Zumen, una popular área comercial que recibe el nombre de una antigua tienda que, hace más de veinte años, pasó a mejor vida. Aunque del antiguo establecimiento no queda ni el letrero, en las señalizaciones de la Pista de la Resistencia, ahora rebautizada como de Juan Pablo II, aparece en varios indicadores.

La biblioteca pública Jaime Incer, autor de la *Geografía dinámica de Nicaragua*, que se estudia en todos los institutos, está adosada al edificio del Banco Central. Inaugurada en la época de los comandantes, es una construcción de dos plantas de diseño funcional. Esculturas y pinturas vanguardistas, y de estilo naif, alternan con estanterías, archivos, hemeroteca y una treintena de computadoras con servicio de Internet gratuito por una hora. Aquella mañana estaba llena de usuarios. El bedel me apuntó en la lista de espera para los ordenadores y me advirtió que sería como de dos horas, pero casi al instante me preguntó si tenía suficiente con treinta minutos; los turnos se comenzaban cada hora en punto y acababa de abandonar un usuario a mitad de sesión. Pude chequear mi correspondencia, aunque me daba error cada vez que

intentaba mandar un correo electrónico. Luego hojeé antiguos ejemplares del extinto periódico *Barricada*, portavoz del Frente Sandinista, que dejó de publicarse en el 98.

Al salir me tropecé con una manifestación de carros. Eran pequeños, sin toldo, tirados por rocinantes de poca envergadura y repletos de hombres. Todos estaban pintados de rojo y exhibían rótulos amarillos que invitaban a votar por Bolaños, el candidato conservador, casilla 1. Si uno se dejaba guiar por los signos externos, llegaría a la conclusión de que en Managua, los carreteros, con pinta de campesinos reconvertidos en chabolistas capitalinos, votarían a Bolaños, mientras que los taxistas y choferes de autobuses, organizados en cooperativas y herederos de licencias de transporte y préstamos bancarios sandinistas, votarían a Ortega.

El Nuevo Diario reproducía una carta firmada por Gioconda Belli, Ernesto Cardenal y Sergio Ramírez, en la que explicaban por qué no iban a votar. Estos históricos y relevantes sandinistas, discrepaban con el programa y actuaciones de Daniel Ortega. Son los tres escritores nicaragüenses más conocidos en el extranjero. Gioconda fue la encargada de poner en marcha, como directora, la primera televisión sandinista. Cardenal se desempeñó como ministro de Cultura y Ramírez fue vicepresidente de la República durante todo el periodo de Ortega. En cambio, una famosa comandante guerrillera, Dora María Téllez, que fue ministra de Sanidad y ahora dirigía el Movimiento de Renovación Sandinista, pedía el voto para el Frente y se integraba en la Convergencia electoral que éste encabezaba.Regresé a la casa y el resto del día lo pasé platicando con Delma y Ángel, preguntando acerca de esto y aquello, y viendo televisión. A la mañana siguiente tenía pensado irme para León.

3. León y la brigada del 83

En 1523, unos años más tarde de la arribada de Colón a tierras nicaragüenses en medio de tempestades, los españoles estaban bien asentados en la zona del Darién, situada en la actual Panamá. Desde allí nuestros antepasados emprendieron diversas expediciones exploratorias —siempre tras el rastro de caciques que se sometían y les regalaban oro— hacia las tierras de Costa Rica. Gil González Dávila era uno de aquellos aventureros que, estando al mando de una expedición, oyó hablar de la existencia de unas tierras más al norte, gobernadas por el poderoso cacique Nicarao, muy ricas en oro. Los españoles penetraron en aquel territorio y mandaron una embajada al cacique, el cual aceptó la paz, los recibió con mucha pompa y, después de un breve adoctrinamiento, aceptó ser bautizado.

Estas repentinas conversiones eran muy frecuentes entre los indios aunque, más que sinceras, eran inducidas por el temor. Con sólo dejarse mojar la cabeza salvaban la vida y cuando se alejaba el peligro, volvían a sus antiguos ídolos y rituales. Es por ello que muchos de los ya bautizados corrían presurosos a recibir el mismo sacramento cada vez que nuevas partidas de conquistadores se acercaban a sus tierras.

Cuentan las crónicas que Nicarao tomó la cruz que le ofrecían los españoles y fue a colocarla sobre la cumbre donde realizaban los sacrificios. En la religión de su tribu, los nahoas, la cruz era el símbolo del dios de las lluvias.

Durante los pocos días que permaneció el capitán español en Nicaraocalli, capital del cacicazgo, pasaron de 32.000 los indios que se hicieron bautizar, ya que otros caciques vecinos acudían en masa con sus gentes en busca del capellán.

Fue en ese viaje cuando los españoles divisaron por primera vez el lago de Cocibolca, después llamado de Nicaragua, al que dieron el nombre de Mar Dulce. Después continuaron sus exploraciones en busca de un posible canal interoceánico.

Como los indios les salían al paso, deseando ver de cerca a los hombres blancos portadores de barbas y montando caballos, González Dávila mandó confeccionar veinticinco barbas postizas con cabellos y se las puso a otros tantos adolescentes para impresionar más a los indígenas.

Un ramal de aquella expedición prosiguió hacia el norte y pudo bañarse en las aguas del lago Xolotlán, hoy llamado de Managua. Así fue como nuestros tatarabuelos merodearon por primera vez por los aledaños de la zona que alberga la capital de Nicaragua.

Mientras González Dávila iba recogiendo de manos de los caciques de la zona todo el oro que podía, no perdía de vista que su principal misión consistía en encontrar una vía de comunicación interoceánica que facilitara alcanzar por mar las lejanas tierras de la especiería. Llegaban noticias de la existencia de “grandes lagunas que juntaban las aguas de dos mares” y su expedición estaba comprometida en encontrar lo que se denominó el “Estrecho Dudoso”.

De regreso hacia el sur en busca de los barcos con los que habían llegado, los españoles tuvieron que combatir contra las huestes del cacique Diriangén, el cual, después de agasajarlos para mejor estudiarlos, los atacó por sorpresa con cuatro mil indios, debiendo al final emprender la retirada como consecuencia de la superior tecnología militar de los hispanos: caballos, pólvora y acero

Cuando ya en Panamá, fundieron el metal recogido, se contabilizaron 112.524 “castellanos” de oro, aparte de innumerables perlas y piedras preciosas.

En 1524, mientras González Dávila esperaba en Santo Domingo que el rey le cediera el gobierno de las tierras que había descubierto, Pedro Arias de Ávila, más conocido como Pedrarias Dávila, gobernador de El Darién, envió otra expedición, mandada por Francisco Hernández de Córdoba, para asegurarse el control sobre aquella zona. El nuevo conquistador tuvo que combatir duro contra los indios que lo esperaban recelosos, pero logró fundar, a orillas del lago de Nicaragua, una ciudad que bautizó como Granada. Desde allí partieron sin éxito varias expediciones en barco para descubrir el llamado río del Desaguadero y tratar de encontrar una salida navegable hasta el Atlántico.

Las disputas, traiciones, batallas y puñaladas entre españoles se sucedieron ininterrumpidamente durante aquellos años. Hernán Cortés, en México, y Pedrarias, en El Darién, rivalizaban por controlar la zona y enviaban hacia allí a sus lugartenientes y capitanes. Hernández de Córdoba fue ejecutado por orden de Pedrarias. La moneda de Nicaragua es el "córdoba", en honor del que fuera conquistador de la mayor parte de su territorio y fundador de algunas de las principales ciudades.

La corona adjudicó a González Dávila, a quien como descubridor correspondía el mayor derecho, la gobernación de Nicaragua, pero hallándose éste en la península para manejar los hilos a su favor, murió antes de partir. En su lugar fue nombrado Pedrarias. De esta forma, el territorio de Nicaragua quedó separado de la provincia de Castilla del Oro (Panamá) en 1527, siendo León su primera capital.

Quería tomar el tren para León antes de que eliminasen el único tramo ferroviario que quedaba en pie en el país. El antiguo ramal hasta Granada ya era historia. Las más de tres horas que tarda el *trenesito* en recorrer los 90 Km. que separan León de Managua, no se hacen largas, a pesar del traqueo y los bancos de madera pelada. Las vías corren muchos kilómetros paralelas al lago de Managua y el viajero se siente bajo la permanente amenaza del ojo humeante, cual Polifemo enfurecido, del volcán Momotombo. Luego se pasa cerca de las ruinas de León Viejo, al pie de su volcánico sepulturero.

Hernández de Córdoba fundó la primera ciudad a orillas del lago de Managua y al pie del volcán. La que fue capital de la provincia hasta 1610, fue destruida por una violenta erupción de éste. Luego se trasladó hasta su emplazamiento actual y la vieja fue quedando sepultada por capas de ceniza y lava procedentes de sucesivas convulsiones, hasta que los arqueólogos la localizaron a principios del siglo XX.

Excavaciones recientes han descubierto la catedral y la plaza, donde fue decapitado Hernández de Córdoba, así como la iglesia de La Merced, en la que se encontró la tumba de Pedrarias. Si levantamos la vista, podemos contemplar sobre nuestras cabezas la cónica geometría del volcán, en cuya falda se alza una planta geotérmica, construida por los soviéticos, que abastece de electricidad a una buena parte del país. Al viejo Momotombo, situado a orillas del lago, le creció, hace muchos años, un hijo de casi 400 metros de altura en forma de isla: el Momotombito, también activo.

El área donde está situada la actual León estaba ocupada por *nagrandanos* y *maribios*, cuyos principales pueblos eran Imabite y Subtiava. Éste último es ahora un barrio de 184.000 almas integrado en la ciudad, que conserva algunos vestigios de sus antiguos pobladores.

En 1528 hubo en la plaza mayor un “acto de justicia” ordenado por el propio gobernador Pedrarias. Dieciocho indios fueron condenados por haber asesinado a sus encomenderos a morir despedazados por los perros. No sólo el pueblo, sino lo más escogido de la sociedad leonesa concurrió a presenciar el espectáculo. Llegada la hora se sacó al primer condenado y se le dio un palo para que se defendiese de seis cachorros, para los que aquella lucha les servía de entrenamiento. Cuando el indio logró doblegarlos a duras penas, le soltaron dos adultos de los más fieros y adiestrados, que lo despedazaron entre los aplausos de la concurrencia. Los despojos de los ajusticiados fueron abandonados en la plaza para que aterrorizaran a los demás indios, hasta que el hedor se hizo insoportable para los vecinos y hubieron de ser retirados.

León fue la capital de Nicaragua durante más de tres siglos, hasta que en 1857 se escogió Managua como sede del gobierno. Su catedral es la más grande de América Central y su universidad, la Autónoma de Nicaragua (UNAN), fundada en 1812, la primera del país. Ha sido tradicionalmente la ciudad más liberal de Nicaragua, aunque sus mandatarios no hayan correspondido siempre al concepto político del término. El tipo de economía que la sustentaba y la universidad contribuyeron a ello. En 1979 fue la primera población importante liberada por los sandinista y, por unos días, volvió a ser la capital, pues allí se constituyó el primer gobierno revolucionario. León sigue siendo, junto con su vecina Chinandega y Estelí, las ciudades del norte que siempre han votado sandinista. A diferencia de la joven Managua, deslavazada por el caótico urbanismo y los terremotos, León rezuma historia, leyendas y anécdotas por los cuatro costados de sus manzanas o *cuadras* coloniales. Su grito tradicional es:

—¡Viva León! —al que la gente responde...

—Jodido.

Aquí, un poeta suicida se cargó al primer Somoza y, en la catedral, tienen enterrado a su hijo más universal: Rubén Darío.

Muchos viajeros quedan prendados de León al primer paseo, aunque otros la evitan debido al asfixiante calor que siempre la envuelve. Los leoneses se defienden diciendo: “Vaya usted a Chinandega, que es todavía más caliente”.

Así describe Omar Cabezas el calor de la ciudad en la época más tórrida del año, poco antes de que empiecen las lluvias:

*"Los días en Semana Santa en León son calientes, extremadamente calientes. Caliente el pavimento, caliente el polvo, calientes los asientos de los carros, calientes las bancas de los parques, caliente incluso el agua de la paja (*grifo*). Todo en ese pueblo es caliente en Semana Santa. Es caliente hasta el pelo de la cabeza, calientes hasta las ideas... entiéndanme que León en Semana Santa, es caliente... Cómo será de caliente que vos ves los perros que van caminando a la orilla de las aceras donde camina precisamente la gente porque es donde hay un poco de sombra y también la sombra es caliente... (Quiero persuadir al que lea esta mierda que León es caliente. Que no es invento mío... que es caliente)".*

Así hablan los *jodidos* leoneses, y así se expresa Omar Cabezas en su libro autobiográfico *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, premio Casa de las Américas de 1982. En la contraportada de la Editorial Nueva Nicaragua se puede leer: *"Sin duda ya sabrás por muchos otros lectores que una de las características más salientes [del libro] es la imantación, que apenas se lo empieza a leer uno se queda como pegado a él y ya es imposible abandonarlo hasta el final"*. Julio Cortázar.

Hay libros que te llevan de la mano por una ciudad. *Sostiene Pereira*, de Antonio Tabuchi, me acompaña siempre que voy a Lisboa. A través de la lectura de *Tranvía a la Malvarrosa* puedo pasear por las calles de mi infancia y descubrir algunos cafés de aquella época que todavía perviven. Tánger tiene un sabor especial visto con los ojos hambrientos de un joven llamado Mohamed Chukri, que en tiempos de la dominación española vivió su *Pan desnudo*. Leer *La montaña* de Omar Cabezas es pasear por las calles, los tugurios o la universidad del León de los últimos años del somocismo, antes de que el autor dejara los estudios de derecho para internarse en la selva.

Cercano ya León, el *trenesito* se despide del lago Xolotlán. Las vías discurren entonces por una planicie entre el mar y la cordillera de los Maribios, cuyas principales cimas, alienadas en perfecta fila india, son todas volcánicas. El viajero podrá contar hasta cinco volcanes perfilando, con sus geometrías regulares, la línea del horizonte: Hoyo, Cerro Negro, Orota, San Jacinto y Telica. Mientras éste último produce erupciones frecuentes, cortas y moderadas, el Cerro Negro entra en actividad periódicamente de forma explosiva y violenta.

Hace pocos años, los campos que rodeaban la ciudad eran todo algodonales. Ahora no queda ni una mata. El algodón fue durante mucho tiempo el primer producto de exportación nicaragüense. Ya los

aborígenes extraían la fibra de las plantas silvestres. Más tarde comenzó su cultivo en pequeñas parcelas para mercados limitados. Pero a partir de 1950, la demanda internacional se incremento en gran escala y provocó que las áreas cultivadas llegaran hasta las 230.000 manzanas. Esta presión productiva provocó el desalojo de los pequeños campesinos que trabajaban sus parcelas en los llanos que rodean León y Chinandega, los cuales fueron empujados hacia una economía de subsistencia en las montañas, mientras sus campos eran adquiridos por ricos propietarios que se convirtieron en grandes terratenientes y se dedicaron a la siembra del algodón en régimen de monocultivo. Tres décadas después, la producción empezó a declinar debido a la caída de los precios internacionales. Si a esto añadimos el bajo rendimiento por manzana, los altos costos de semillas y fertilizantes, y el incremento de las plagas, llegamos a una situación de mínimos históricos, hasta el extremo de que en los últimos años se ha sembrado poco más de 1% de la superficie utilizada en los mejores tiempos. Pero antes de extinguirse, este monocultivo intensivo dejó sus secuelas: erosión de suelos, contaminación de aguas e impregnación de tierras con insecticidas tóxicos para la fauna y la población, plagas de insectos muy resistentes, extensa deforestación de la zona y tolvaneras de polvo. A su vez, el calentamiento excesivo del terreno, ya sin cobertura arbórea y vegetal, irradió todavía más temperatura y ahuyentó las lluvias, tornando aquellas planicies más ardientes y secas. A los leoneses que quieran hacerse ecologistas, se lo han puesto fácil, me informaron en una ONG relacionada con éstos temas.

El turista, recién llegado a León, tiene la sensación de haber entrado en un establecimiento de lavado en seco para que le planchen la camisa, pero sin quitársela.

Una parte de los brigadistas del verano del 83 fuimos trasladados de Managua a León y nos albergamos en la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC). La otra siguió hasta Chinandega. En la ATC nos distribuyeron en grupos por distintas Unidades de Producción Estatal (UPE) de la zona. A los valencianos nos tocó una upe llamada El Porvenir. En aquel grupo también entraron una catalana, dos madrileños, dos gallegas de Vigo, uno de A Coruña y una asturiana de Gijón. Un grupo de lo más diverso y variopinto al que cohesionaba un amor platónico hacia aquella revolución.

En principio el plan consistía en trabajar en el campo durante tres semanas, y después, hacer una última de turismo antes de volver a casa.

La convivencia en el seno del grupo fue en todo momento buena, pese a la diversidad de hablas, profesiones, edades, sexo, militancias y ex militancias políticas y sindicales. Vicente, por ejemplo, ejercía en aquel entonces de cura párroco de la iglesia de San Pancracio en el barrio de Torrefiel de Valencia; después abandonó la profesión, se casó y ahora es padre de dos preciosas gemelas. Asun era y continúa siendo monja; delegada de Comisiones Obreras en una fábrica de madera, después de pasar por Nicaragua se fue a trabajar a El Salvador, en un campamento de desplazados por la guerra, y allí sigue tras casi veinte años. Otras y otros trabajaban en diversas áreas de la sanidad o la enseñanza. También había un estudiante de derecho y un tipógrafo.

En la upe El Porvenir nos ubicaron en la casa donde se alojaban los técnicos de aquella enorme finca algodonera, expropiada a un terrateniente somocista. Salíamos a trabajar a las siete de la mañana y regresábamos al mediodía para comer. Una simpática abuelita nos tenía preparada la comida, el tradicional gallopinto (frijoles cocinados con arroz blanco), tortillas de maíz y rodajas fritas de banano, carne o huevos y fruta. Comíamos bien. Por la tarde descanso, aseo, lectura y platica con los técnicos cuando venían a comer o volvían del trabajo.

Los campesinos regresaban a los campos cuando el sol ya no calentaba tanto y volvían al atardecer. Nosotros con trabajar cinco horas por la mañana, teníamos suficiente. Era la temporada del *raleo* del algodón y la tarea consistía en arrancar de los surcos las matas que apenas tenían un par de palmos, dejando sólo una cada metro. Duro trabajo, realizado en agosto bajo un sol tropical, para unos ciudadanos de clima mediterráneo.

En la casa se estaba bien pese al calor. Queríamos mucho a la doñita que nos servía tan buenas comidas y jugábamos con su nieta de diez años, Marthita. A la casa también venían a comer unas maestras cubanas que se alojaban en una cabaña cercana, junto a la escuela de la upe, una especie de galpón de madera. Una de las cubanas se llamaba Celia, estaba casada y tenía dos hijos. La otra era la joven Reglita, cuyo nombre proviene de la Virgen de Regla, patrona de La Habana. Además, ella vivía en Regla, un popular reparto a diez minutos en lanchón desde el embarcadero de la Habana Vieja.

Las cubanas enseñaban a los niños nicas, pero, ¿qué demonios hacían unos extranjeros arrancando matas en medio de las contradicciones de un proceso revolucionario, algunas de las cuales eran tan fuertes que suponían la guerra? Ganas de conocer lo que era una revolución por dentro y solidaridad, podía ser la respuesta. En cuanto a la repercusión económica de nuestro trabajo, no nos ganábamos ni el jornal. Por eso, en vez de trabajar tres semanas, decidimos, con sensatez, que con dos era suficiente. En cualquier caso, fue el único modo que se nos había propuesto para entrar en contacto con aquella joven revolución. Y para bien o para mal, dio sus frutos. Asun se ubicó definitivamente en El Salvador. Marta se quedó más de una década en Nicaragua; tras un año alfabetizando a sindicalistas del campo, trabajó como profesora de Edafología en la Escuela de Agricultura y Ganadería de Estelí, se casó con un nica y tuvo un hijo. Pablo tal vez siga viviendo en Nicaragua; empezó trabajando en los talleres donde se imprimía Barricada y terminó de redactor de su edición internacional. Cada uno de ellos podía haber escrito un libro con experiencias y conocimientos más profundos que los que reflejan estas líneas. Los demás, al volver, siguieron trabajando en apoyo de aquellas gentes en sus respectivas ciudades.

Tras las tareas agrícolas matinales y la comida, los brigadistas descansábamos en las colchonetas esparcidas por el suelo en el salón que iniciaba la vivienda tras el porche. Ese era nuestro dormitorio. Poco después del mediodía solían organizarse fuertes aguaceros tropicales, intensos pero breves. El agua caía con tal fuerza que, a veces, aprovechábamos para enjabonarnos bajo esa tremenda ducha natural. La casa estaba protegida por la sombra de un par de ficus y varios mangos. A su alrededor se extendía una llanura de campos de algodón, punteados por algunos árboles que cobijaban las sencillas casas de los campesinos.

Algunos de nuestros vecinos venían a platicar con los *cheles* (rubios y, por extensión, extranjeros) tras la cena. A veces se montaba alguna fiestecita medio espontánea con la ayuda del radio-casete de las cubanas y un poco de ron. Otros días nos íbamos caminando para la ciudad en cuanto bajaba el bochorno. Dábamos una vuelta, comprábamos algunas cosas y acabábamos cenando en *La cueva del León*, tres cuadras al norte de la plaza. El restaurante estaba ubicado en un caserón del siglo XIX de tres plantas y claustro interior, cuyas especialidades más notorias eran los pescados del cercano Pacífico y un delicioso arroz con verduras y camarones. Un conjunto de mariachis solía amenizar a la concurrencia, cantando entre las mesas dispuestas bajo los soportales del patio en el que crecían palmas reales y bananos. Si se nos hacía

muy tarde, nos quedábamos a dormir en la ATC sobre las colchonetas que apilaban para recibir a los delegados campesinos que, por cualquier circunstancia, debían pernoctar en León.

Un sábado, después del trabajo, nos fuimos a la playa de Poneloya, 20 Km. al oeste de León. Tiene fama de ser una de las más bonitas de Nicaragua. A lo largo de esta zona del litoral del Pacífico, la burguesía nicaragüense fue construyendo confortables casas ajardinadas, algunas de las cuales son auténticas mansiones. Pero cuando nosotros llegamos, la mayoría se veían en estado un tanto decrépito debido a la falta de mantenimiento y porque muchos de sus propietarios se habían ido del país, y aquellas residencias, diseñadas como recreo, habían sido ocupadas por lugareños menesterosos de techo y en sus jardines hozaban los cerdos.

La playa está dividida en dos por un promontorio rocoso a cuyos lados se asientan dos pueblos que son apenas una línea de humildes viviendas tras las casonas de la privilegiada línea costera: Las Peñitas y Poneloya. Hay más de 50 metros de arena hasta el mar, unos 75 cuando baja la marea.

Recuerdo aquel paisaje de playa vacía, con la brisa meciendo los cocoteros que prácticamente ocultaban las construcciones, cuyo desaliño les daba un aire de realismo mágico. También como una tormenta desató tremendas bofetadas de agua templada sobre aquel paisaje que se volvió todavía más irreal.

Al atardecer, ya despejado el temporal, nos bañamos en las aguas del Pacífico, que en aquel lugar no hace nunca honor a su nombre. Mientras el sol se ponía entre nubes rojizas, nos bañamos con precaución pues nos habían advertido que las potentes olas amagaban fuertes correntadas. Hacía unos días que se habían ahogado unos alemanes, y abundaban los chismes sobre los *bolos* que se metían a remojarse para despejar la borrachera y aparecían dos días después con la tripa llena de peces.

Los lugareños tenían razón. A partir de la rodilla era difícil mantener el equilibrio. Para conjurar el maleficio reinventamos un juego de niños. Nos cogíamos de la mano y avanzábamos lo que podíamos, hasta que un enorme sopapo de agua nos desbarataba el invento. Pero como le seguían dos o tres más, uno se encontraba dando volteretas por debajo del agua casi hasta la orilla.

Por la noche algunos nos quedamos a dormir en uno de esos surrealistas hoteles que sólo se dan en los trópicos, el único del lugar. El Hotel Lacayo tenía además un detalle específico: del techo de sus corredores y de las habitaciones —cuyas paredes dejaban un metro en la parte superior sin cerrar para que corriese el aire— pendían una multitud de grandes murciélagos cabeza abajo. Durante el día dormitaban colgados de las vigas y por las noches revoloteaban, y cuando se asustaban al encenderse la luz de algún cuarto, volaban hacia la oscuridad de las habitaciones vacías. Todo un espectáculo y un reto hasta para quien no crea en vampiros chupadores de sangre humana.

Se pasaron rápidas las dos semanas en aquella upe algodonera. Luego cada cual tiró por su lado, en parejas o en pequeños grupos, para recorrer el país. Nos volveríamos a encontrar en el avión. De aquellos días campestres me llevé de recuerdo unas ladillas que se me aferraron a los párpados y que sólo cuando se desarrollaron, crecieron y corretearon entre mis pestañas, percibí. Pero entonces ya estaba en casa y el oftalmólogo me las quitó, una a una, con mucha paciencia.

Desde León, Pedrarias Dávila gobernó la provincia de Nicaragua hasta su muerte en 1531. Luego le sucedieron, sin especial pena ni gloria, otros gobernadores. Durante el resto del siglo se fue consolidando la conquista, se continuó explotando las riquezas de la tierra con el trabajo indígena y persistieron las rivalidades entre los conquistadores.

Nicaragua resultó ser más pobre en oro y plata que lo que oyeron los primeros españoles que la pisaron por boca de los indios, que después exageraron, hasta convertirlo en leyenda, con el fin de lograr mayores favores reales. La conquista y asentamiento en aquel territorio fue muy dura para los indígenas que lo poblaban. No hay mas que leer la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* escrita por fray Bartolomé de las Casas, para constatarlo. En las cuatro páginas que dedicó a la provincia relata “tantos daños, tantas matanzas, tantas crueldades, tantos captiverios e sinjusticias, que no podría lengua humana decirlo”. Los castellanos, mientras incursionaban pueblos pacíficos que ya les servían, iban apresando a cuantos indios podían y los “echaban en

cadenas porque no les dejasen las cargas de tres arrobas que les echaban a cuestas. Y acaeció vez, de muchas que esto se hizo, que de cuatro mil indios no volvieron seis vivos a sus casas, que todos los dejaban muertos por los caminos. E cuando algunos cansaban y se despeaban de sus cargas y enfermaban de hambre e trabajo y flaqueza, por no desensartarlos de las cadenas les cortaban por la collera la cabeza e caía la cabeza a un cabo y el cuerpo a otro. Véase que sentirían los otros". También cuenta que en unos años se sacaron de Nicaragua más de quinientas mil "ánimas" para venderlas en Panamá y Perú "donde todos son muertos, porque es averiguado y experimentado millares de veces que, sacando los indios de sus tierras naturales, luego mueren más fácilmente". La población se diezmó, hasta tal punto, que pronto los indígenas se redujeron a cuatro o cinco mil.

El cronista Herrera escribió que se llegó a tener en tan poco valor a los indios "que se daban hasta cien de ellos por un caballo, ochenta por una yegua, un mozo por un queso, y una niña escogida por un pedazo de tocino". Otro cronista denunciaba que, cuando escaseaba el alimento para los perros, "solía matárseles para utilizar su carne como alimento de los canes" y eran marcados con hierros al rojo como los animales. Una soldadesca brutal y supersticiosa estaba siendo reclutada en garitos, tabernas y presidios de la península, para enviarla a los nuevos territorios. De tales lodos no se podía esperar que surgiera porcelana fina en América.

Hasta tal punto llegó a ser insoportable la vida para los indígenas, que los hombres "se negaban a procrear para no tener descendencia y huían a los bosques con sus familias prefiriendo morir de hambre antes que cultivar las tierras, para que así los españoles también padecieran escasez".

Durante los años posteriores a Pedrarias, las disputas entre gobernadores, obispos, auditores, herederos y sublevados, fue una constante. Sin embargo, el hecho de que en 1539 arribara a estas tierras un considerable número de mujeres españolas, reclamó la atención general y calmó un poco los ánimos.

Gracias a los esfuerzos y a los continuos viajes del padre de Las Casas a la Corte, los decretos sobre los indios fueron suavizándose un poco. La escasez de éstos hizo que fueran siendo sustituidos por negros africanos, a los cuales no se les reconocía como seres humanos. También se dictaron algunas leyes prohibiendo a los indígenas el porte y guarda de armas, la poligamia y el que se juntasen carnalmente con negros, bajo penas muy severas.

En otro orden de cosas, a partir de 1570, poco después de que España prohibiera la entrada de extranjeros en sus colonias, se organizaron expediciones de piratas por las Antillas. Tripulaciones formadas por aventureros de diversas naciones y de la peor ralea comenzaron a practicar el asalto y saqueo de las ciudades más ricas y el acoso a sus puertos. Por este motivo, América Central se vio forzada a exportar sus productos sólo por los puertos de Veracruz y Cartagena, de donde salían convoyes de navíos escoltados por buques de guerra. Las mercaderías de Nicaragua tuvieron que entrar y salir a través del Gran Lago y el río San Juan. Las embarcaciones llegaban hasta la parte baja del río, después mandaban botes para explorar la zona hasta el mar e informarse de la situación y, si ésta era favorable, continuaban los barcos hasta dichos puertos, en donde contactaban con la flota que venía de Castilla. Fruto de todo aquel trasiego, la ciudad de Granada, a orillas del lago, adquirió gran preponderancia.

Pocos años después, los piratas, en su afán de asestar golpes más eficaces al comercio marítimo, fundaron grandes establecimientos en Bluefields y Laguna de Perlas, en la costa caribe de Nicaragua. Aquellos bandidos se dedicaban al noble negocio del expolio y, algunos de sus más conspicuos representantes, fueron elevados a la categoría de nobles por la monarquía británica en reconocimiento de las riquezas que aportaban al reino y por su inestimable contribución al incordio del imperio rival. Entre ellos se encontraba el famoso Francis Drake.

Los testimonios de la época narran que los piratas hacían vida en común y, tanto las provisiones como los botines, eran repartidos por igual. Armados de fusil, pistola y machete, se desplazaban en ligeras embarcaciones que ocultaban en los esteros y desembocaduras y, cuando descubrían algún buque, se preparaban para el combate mediante la lectura previa de la Biblia y el canto de salmos, dirigiéndose a continuación a toda vela al asalto de la nave.

Los piratas fueron, durante siglos, una amenaza constante para los españoles. Éstos, a su vez, se la tenían jurada a los indios. Y aunque algunos sacerdotes los defendieron y denunciaron los abusos cometidos contra ellos, como ya hemos visto, muchos de ellos, impulsados por un fanatismo exacerbado, llevaron a la hoguera a innumerables caciques, nobles y sacerdotes indígenas, acusándoles de prácticas hechiceras. Los cirujanos y médicos naturales, llamados brujos o *texoxes*, receptores de una sabiduría terapéutica acumulada por siglos de tradición,

sucumbieron por el terror. Fueron quemados o echados a los perros en la misma época que la Inquisición incineraba a científicos y alquimistas en la península.

Jaime Wheelock, comandante sandinista, citando entre otros a varios autores españoles en su libro *Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua*, recoge un buen número de aquellas tropelías, que en nuestros tiempos llamaríamos simplemente genocidio.

Los aborígenes conservaron pese a todo, aunque a grandes costos, algunas de sus tradiciones religiosas y culturales, que sólo podían cultivar en clandestinidad. Esas formas y sus representaciones cosmogónicas sobrevivieron, en parte, por medio del sincretismo con las imágenes y formas litúrgicas del catolicismo español. Si el viajero visita la ciudad de Chichicastenago, en Guatemala, podrá apreciar cómo ese sincretismo religioso ha perdurado hasta nuestros días. Los brujos indígenas practican sus rituales en un ala lateral de la iglesia, mientras que en las altas escalinatas exteriores un ritual impresionante de incienso, color y oración tiene lugar.

Citando la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo, Wheelock puntualiza sobre algunos aspectos políticos de la dominación de los españoles. Éstos abolieron los *monéxicos* o Consejos de Ancianos, en quienes residía la soberanía comunal. Mientras las formas de gobierno indígenas eran colegiadas, las autocráticas fueron introducidas por los conquistadores para simplificar sus relaciones administrativas con las comunidades: *"muchas dellas no se gobernaban por caxiques e único señor, sino a manera de comunidades por cierto número de viexos escogidos por votos... e aquellos creaban un capitán general par las cosas de la guerra; e después de aquello, con los demás regían su estado... e aveces ellos mesmos lo mataban, si lo hallaban desconveniente a su república. Después los cristianos para se servir de los yndios e se entender con un cabeça e no con tantas, les quebraron esa buena costumbre"*.

Tuvo que pasar más de un siglo para que la situación de los indios mejorase un poco, ya que, como comenzaban a escasear y eran necesarios para el laboreo, imprescindible para poder pagar los tributos a la corona, una encomienda vino a eximir del trabajo a los enfermos y les fue asignado un real por día trabajado.

Los piratas siguieron asediando Nicaragua, con mayor o menor éxito, durante los años siguientes. Granada fue la ciudad que más sufrió estas incursiones. Los filibusteros penetraban por el río San Juan, surcaban el

lago y la hostigaban, muchas veces con éxito. Fue necesario que se construyeran defensas en su desembocadura, en su cauce medio y en San Carlos, donde el río se nutre de las aguas lacustres.

Cuando aquellos piratas no pudieron penetrar por el Caribe, debido a las fortalezas construidas, otros grupos lo intentaron desembarcando por las costas del Pacífico, amenazando León, que supo defenderse y evitar el desembarco del filibustero Charpe en 1683. Tres años después, otros filibusteros mandados por Dampier, arribaron a un estero cercano al actual puerto de Corinto y se internaron hacia León. Los corsarios fueron detectados y se preparó una urgente defensa de la ciudad pero, aun así, lograron su objetivo. Tras el saqueo de casas e iglesias, los forajidos prendieron fuego a la catedral, al convento de la Merced, al hospital y a muchas casas principales, retirándose después hacia El Realejo, en cuyo puerto se apoderaron de un mercante que estaba fondeado, le dieron candela a las casas y huyeron por el mar.

Ciudades como Nueva Segovia y otras del norte, tampoco se libraron de los piratas que, navegando aguas arriba el río Coco desde el Atlántico, las llegaron a saquear en alguna ocasión.

Durante aquellos años se empezó a desarrollar la agricultura en las colonias americanas, pero en la atrasada Nicaragua tan sólo se cultivaban los pobres cereales sembrados por los indios y el tabaco importado de las Antillas, sobre cuyo cultivo cayeron las regulaciones reales, que sólo permitían su explotación por cuenta de la Corona. También se sembraba cacao, aunque en pequeñas cantidades, ya que únicamente se consumía entre la gente acomodada. Así mismo se establecieron explotaciones de madera hacia el oeste, en la Misquitia, territorio de los indios miskitos. Como no había suficiente población para la defensa y la producción, en aquella región se dieron algunas concesiones a súbditos ingleses, los cuales obtuvieron enormes beneficios y fueron ampliándolas notablemente. Con este pretexto Gran Bretaña alegó más adelante su soberanía sobre este territorio que, todavía hoy, habla mayoritariamente inglés creole, mezclado con las lenguas indias y contaminado por el español.

Ya no quedan rastros de los fuegos piratas que asolaron León. También casi todas las huellas de los combates contra la guardia somocista han ido desaparecido de la ciudad. Cuando el viajero se apea en la estación de ferrocarril proveniente de la desparramada y caótica Managua, se sorprende al encontrar una villa de manzanas trazadas sobre cuadrículas regulares, iguales y equidistantes, edificadas bajo el mandato de

la regla y el cartabón. León es una ciudad con claro sabor colonial y edificios de una sola planta -excepto en los alrededores de la plaza de la catedral que son un poco más altos-, sobre cuyas tejas destacan los campanarios, espadañas y techumbres de las iglesias. Y asomando la cabeza por el fondo, las chimeneas de los volcanes.

Mi guía decía que el hotel más elegante de la ciudad es el Europa. Aunque la edición era reciente, más tarde pude comprobar que no era cierto. Pero siempre es agradable creer que uno se hospeda en el mejor hotel de una ciudad. De todos modos, yo tenía decidido dormir en el Europa, porque me traía buenos recuerdos de los tiempos en los que sí era el más confortable. Ahora habían construido un gran muro a su alrededor y un nuevo pabellón, pero conservaba su fresco jardín repleto de plantas, bananos, flores y loros.

Mientras me duchaba, en la tele emitían la telenovela del mediodía. Estaba protagonizada por adolescentes: “Yo no estaba en una competencia con vos, acostarse por acostarse, ras-ras y a más nada…”. Los diálogos hacían una permanente referencia a cuestiones de lencería, revolcones e infidelidades.

Camino de la catedral me refugié a la sombra de un laurel de indias en el parque de la iglesia de San Juan Bautista. Un obrero de los que andaba reparando la acera se sentó en el mismo banco.

—La vida está dura —comentó—. Hay poco trabajo.

—Pero veo que usted sí tiene.

—Ni siquiera cuando hay me alcanza. Muchas veces en la casa sólo tenemos para comer arroz hervido. La mujer le tiene que echar un poco de limón porque ni siquiera hay una pizca de aceite para sofreírlo.

Se llamaba Juan Ymaz, ganaba 30 pesos diarios, poco más de dos dólares, cuando tenía la suerte de trabajar.

—Estamos comiendo salteado, maestro.

Se despidió y reanudó su trabajo mientras yo seguía a la sombra del laurel contemplando la armonía de la fachada de la iglesia.

Paseando por las empedradas y tranquilas calles de León, todavía se percibía el ambiente de la capital colonial que fue. Sus sólidas y bajas construcciones, entre las que proliferaban antiguas iglesias de bella arquitectura, contribuían a recrear esa atmósfera. En la frontal de la iglesia de La Recolección –cuya piedra basal se colocó en el 1701,

citaba el mosaico- se podían contemplar como unas enredaderas de piedra tallada trepaban por las columnas hacia lo alto entre relieves esculpidos que evocaban escenas de la Pasión. Entre los numerosos detalles que la adornaban, descubrí el gallo que cantó tres veces cuando Pedro negó ser discípulo de Cristo, una camisa y unos dados que aludían a las suertes arrojadas para rifarse el manto del reo y, bajo la escena de la resurrección, los clavos, el martillo y unas tenacillas como recordatorio del sacrificio de la cruz.

Ya en el parque, la mole de la catedral se erguía al fondo pintada de un blanco que había ido acumulando una pátina de gris. Coronada por una imagen de la Inmaculada, en un nivel más inferior, una alienación de campanas que estaban sostenidas cada una de ellas por dos colosos indígenas, semejando atalantes. Dicen que es la más grande de América Central y, aunque comparada con las europeas es de dimensiones relativamente modestas, sobresalía en medio de la ciudad como un iceberg simétrico. Si el viajero asciende las escalinatas para descubrir su interior, a la vez que disfruta del frescor del recinto, podrá contemplar, mientras pasea por las naves laterales, enormes pinturas representando las escenas del *Via Crucis*, consideradas obras maestras del arte colonial. Pero lo que más captará su atención será un hermoso león de tamaño natural, esculpido en mármol blanco, que parece sollozar mientras custodia la tumba de Rubén Darío. Los amantes de su poesía pueden solazarse también visitando el Museo Darío, instalado en una noble casa, cercana al parque, donde el poeta pasó su niñez en compañía de sus abuelos. Esa enorme mansión colonial también alberga otra historia, la de otro poeta, Alfonso Cortés, perteneciente a una generación posterior a la de Darío, que había vivido en la misma durante muchos años. Cortés, declarado loco, presumiblemente debido a la presión que supuso para él intentar seguir los pasos del maestro, fue recluido por su familia en una habitación a la que pusieron barrotes en la ventana. Dichos barrotes se conservan doblados porque, según cuentan, los forzó el poeta demente en sus múltiples intentos de liberarse de su encierro.

Sergio Ramírez, en su novela *Margarita, está linda la mar*, cuyo título es el mismo que el de una de las poesías más célebres de Darío, recrea con detalle algunos pasajes de su estancia en León, donde regresó para morir. La novela está basada en hechos reales. El célebre bardo era objeto de estudio por parte de los protagonistas, jóvenes poetas que, de las reuniones en tabernáculos culturales, pasaron a la conspiración para acabar con la vida del primer Somoza, cosa que lograron.

Durante el mandato sandinista, la poesía de Darío fue muy ensalzada, así como destacados sus escritos –de pocas líneas- antiimperialistas: *"Mañana podemos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter".*

León da para mucho y sus distancias son, por fortuna, cortas. Nada más despedirnos de los leones que custodian la catedral, tras escuchar con el oído pegado a sus fauces el tronar acompasado y rítmico de la *Marcha triunfal*, podemos saludar a otros leones que vegetan junto a la estatua central del parque, reproducción de la figura de Máximo Jerez, general que fue jefe del partido liberal, el cual permanece erguido sobre la leyenda: *"Duerme que tus soldados te velan"*.

Si el turista quiere descansar un poco a la fresca antes de emprender el camino, tiene donde elegir. Frente a la misma esquina de la catedral, se encuentra un elegante bar que me trajo buenos recuerdos pues, bajo la protección de sus ventiladores, había leído, de un tirón, casi toda *La montaña* de Omar Cabezas durante mi primera estancia en la ciudad. Mientras estaba enfrascado en su lectura, me topé con la descripción de un local al que Omar acudía con frecuencia para platicar, conspirar y tomar cervezas en su primer año de universidad. El autor lo ubicaba frente a la catedral y su nombre era El Sesteo. Salí para leer el rótulo exterior y leí: El Sesteo. Siguiendo sus páginas también llegue a la casa de Prío, en la misma plaza, un bar donde el protagonista tomaba sus cervezas con los amigos y, media cuadra más adelante, a los billares Lezama, en el que obreros y estudiantes poco pudientes se refugiaban huyendo de los *polvasales* que el viento levantaba en los barrios. En el local aún permanecían la media docena de mesas que describe el autor, con pinta de ser las mismas, después de más de treinta años. Al traspasar la puerta de jambas batientes, similares a las de los bares de las películas de vaqueros, *"sentías en la cara y en el cuerpo todo un golpe caliente sobre la temperatura que llevabas encima, sentías todo el sopor de un baño de sauna, pero no había más remedio ni más alternativa: o te quedabas en el barro polvoso y caliente contemplando tu miseria e inundándote de ocio, o bien, pagabas un poco más de temperatura, jugabas billar, bebías cerveza bien helada y, lo que era más halagüeño, sin nadita de polvo"*.

León alterna los edificios religiosos con los recordatorios de los días insurreccionales. A poca distancia del Palacio Episcopal y del Seminario Tridentino, un enorme mural recordaba los momentos más destacados

de la historia del país, desde la resistencia indígena a la colonización, hasta las últimas barricadas.

En el barrio indígena de Subtiava, otros murales y monolitos recordaban a los más célebres combatientes caídos en la insurrección contra Somoza. La ermita de San Pedro, pintada de blanco y de tejas rojizas, parecía una de las casas que pintan los niños en sus primeros dibujos infantiles. Mientras la contemplaba, unos zagales convertían unas latas en tambores. Más adelante, la iglesia de Subtiava, construida en 1520, mantenía intacta su espléndida solidez. Aquí predicó en varias ocasiones fray Bartolomé de las Casas. A pocas cuadras, las ruinas de una iglesia todavía más vieja, Vera Cruz.

Si el viajero quiere pasear por las efemérides revolucionarias, puede visitar, sin salir del barrio, la casa del cacique Belwis, que fue durante muchos años buzón de correos clandestinos del Frente y centro de refugio, en agujeros camuflados, de notorios conspiradores. El cacique recreará la visita con su amena conversación, plagada de anécdotas y detalles.

En la Galería de Héroes y Mártires, una colección de fotos de algunos de los que perecieron combatiendo en las filas del FSLN. A la vuelta de la esquina pasé frente a la casa donde Anastasio Somoza García, el fundador de la dinastía, fue baleado por Rigoberto López Pérez, el joven poeta que, disfrazado de camarero en una fiesta de dignatarios, se lo cargó de manera suicida.

Ya de retirada, fui abordado por un indio de pelo lacio y largo, recogido en una coleta que le llegaba a la cintura.

—Pase, si quiere conocer.

Me invitaba a una casa cuyas paredes estaban materialmente empapeladas por centenares de fotos, de todo tipo y tamaño, con los vivos y los muertos más destacados de la revolución. Muchas de ellas reflejaban momentos de su vida privada, interesantes por poco conocidas. Pero era tal el abigarramiento de información gráfica, que producía un efecto kistch, una atmósfera en cierto sentido almodovariana. El local disponía de una barra de bar y de algunas sillas, pero estaba vacío de público y decidí continuar.

Quería cenar en *La cueva del León*, pero, cuando localicé el edificio, comprobé que se había convertido en un hotel con cierto glamour y que habían suprimido el jardín del patio. Cerca de allí, el restaurante *Jala la*

Jarra ofrecía nacatamales, empanadas hechas con masa de harina de maíz, cocidas entre hojas de plátano y rellenas con cerdo. Una deliciosa cena.

Una vez, de visita por León, cené también nacatamales acompañado de una linda muchacha. Había pasado por la ATC y una de las secretarias me invitó a una fiesta. Cuando acabó su trabajo, fuimos a cenar. Luego estuvimos bailando. Doris pegaba su cuerpo al mío, con esa especie de indolencia que iba conociendo e interpretando a mi modo, tal vez de modo erróneo: achúchame todo lo que quieras —mientras no te pases mucho—, que mi cabeza está en otra parte. Por aquellas fechas ya estaba habituado a bailar con jóvenes que encajaban sus pechos entre mis costillas, sin que ello no fuera más que una demostración de cómo se bailaba agarrado en aquel país. Llegó la hora de retirarnos. Pensaba dormir en la ATC, pero Doris insistió en que la acompañara a su casa y que me quedara a dormir allí. La casa estaba bastante distante del centro, situada en unos bloques de dos plantas recién estrenados. Por lo que pude apreciar sólo unos tabiques, que no llegaban al techo, como en las duchas de las piscinas, aislaban el cuarto de baño del resto de la casa. Las demás divisiones hogareñas las conformaban cuerdas de las que colgaban sábanas o telas, detrás de las cuales debía de dormir el resto de la familia. La cama que se me ofrecía era el suelo de cemento, sobre los que mi anfitriona colocó unos cuantos periódicos a modo de colchoneta. Me resultó paradójica su insistencia en ofrecerme cobijo. Esa fue una de las tantas veces en las que me di cuenta de que, aunque ya me creía bien adaptado al país, los pequeños detalles cotidianos me indicaban todo lo contrario.

Supongo que conforme fueran reuniendo dinero, irían levantando los tabiques.

Cuando los brigadistas del 83 nos despedimos de los trabajadores de La Esperanza, tras la consiguiente fiestecita con bailongo y ron, me quedé junto con la asturiana Marta, un día más en la finca. El motivo fue que durante aquelas dos semanas se había establecido una relación muy estrecha entre la pequeña Marthita y yo. La niña, que tenía doce años, aunque por su desarrollo aparentaba menos de diez, se había encariñado mucho conmigo. En los ratos libres siempre me venía a buscar y hablábamos, me hacía preguntas, le ayudaba en la lectura,

jugábamos. Cuando le conté el fin de semana que había pasado en Poneloya, Marthita me dijo que nunca había estado en la playa, que nunca había visto el mar. La finca distaba menos de 30 Km. del Pacífico y le había prometido que antes de irme la llevaría a conocerlo.

Llegado el día de la despedida, Marta, a propuesta mía, se brindó a hacer el papel de mamá. ¿Qué iba a hacer un hombre sólo, extranjero, con una niña a la que casi no conocía, turisteando por Nicaragua? La abuela no puso ningún tipo de problemas pero, en previsión de cualquier imprevisto o complicación, le dijimos que era mejor que tuviésemos una autorización por escrito de los padres de la niña. Vivían en León y la pequeña se criaba con la vieja en el campo. Esperando el consentimiento paterno por escrito, nos demoramos un día. Cuando llegó el papelito —una hoja de libreta con unas líneas escritas y una firma, sin ningún tipo de identificación adjunta—, partimos.

Como Marta y yo ya conocíamos Poneloya, la playa más cercana, decidimos ir de excursión hasta Corinto, cuyo puerto natural es el más importante de Nicaragua. En una de sus bocanas se encuentra El Realejo, lugar de desembarco de antiguos piratas.

El periplo sería corto pero, las dificultades de desplazamiento, considerables. Fuimos caminando casi una hora hasta la carretera y después esperamos a que un bus nos llevara hasta León. La escasez de vehículos, de repuestos, de cubiertas y la restricción de gasolina eran extremas. Los buses públicos circulaban hasta los topes y, cuando digo eso, me remito a los reportajes de televisión que muestran como en algunas zonas de la India viaja la gente.

Como no había manera de que parara ningún bus, optamos por hacer *raid*, que es como los nicas llaman al auto stop. En aquellos momentos de dificultades, era casi una norma el que todo camión, pick-up o cualquier vehículo de empresa estatal recogiera autoestopistas. Incluso los camiones militares solían parar y cargar civiles. Nos paró uno de una empresa de construcción y, encaramados en su volquete, llegamos en pocos minutos a la ciudad. Luego nos dirigimos a la estación de buses y esperamos el de Chinandega. Lo dejamos marchar y nos mantuvimos en la cola hasta el siguiente, para poder ir sentados.

Chinandega le suena a uno al principio como a *chingada* y la *gran chingada* de Chinandega es que es más caliente, todavía, que la *jodida* León. La carretera atraviesa primero extensos algodonales, que luego se transforman en campos de bananos y, más tarde, en extensas plantaciones de caña de azúcar. Pasada la población, cruzamos los letreros

indicadores de la fabrica del afamado ron Flor de Caña, enclavado dentro del ingenio azucarero de San Antonio, el más grande del país.

Cuando llegamos a Chinandega, ya no salían más buses para Corinto. Estábamos sólo a 19 Km. Un coche nos acercó un tramo, pero la noche nos pilló haciendo *raid* en la carretera. No lejos había un anuncio luminoso: Motel Los Placeres. El nombre no parecía lo más apropiado para aquella improvisada familia. Echamos un vistazo, no había más huéspedes y tomamos una limpia habitación que daba a un estrecho patio, repleto de plantas, en el que reinaba una lora. La estancia fue tranquila, sin ajetreo humano, pero la lora parecía que aquella noche estaba desvelada y le gustaba dar por el saco.

Al día siguiente, mientras nos acercábamos a Corinto, divisamos en el horizonte las grises fragatas y navíos de guerra de los EUA que, fondeados en los límites internacionales de las 12 millas, impedían la entrada o salida de cualquier mercante y la descarga de petróleo por el único punto en que era posible hacerlo en toda la costa del Pacífico. Me vino a la cabeza una imagen infantil, cuando mi padre me llevaba al puerto de Valencia para que viera, a lo lejos, la silueta de un gran portaaviones norteamericano fondeado a unas millas del rompeolas del faro. Sus dimensiones le impedían atracar en los muelles. Ahora llevábamos a una niña a que conociera el mar y le podíamos mostrar un montón de buques de guerra con el mono de faena puesto.

Corinto es una pequeña población alrededor de un puerto, cuyo recinto estaba vallado y no permitían visitar. Una flotilla de la *USA Navy* había minado la bocana y la contra había operado en las cercanías, desde lanchas motoras rápidas, intentando volar los depósitos de combustible.

No había mucho que hacer. Hubiera sido mucho más interesante haber elegido volver a Poneloya, pero disponíamos de tres días y no era cuestión de pasarlos en las carreteras. Buscamos un hotel en el parque, el que nos pareció más respetable, dado el ambiente de marinos y mujeres alegres que siempre rondan los puertos, y caminamos hasta una playa de las afueras, donde comimos y nos bañamos, con gran susto de la pequeña.

Por la noche el restaurante de nuestro hotel estuvo bastante animado. Nos fuimos pronto a la cama y, más tarde, desde el otro lado de los tabiques de madera, nos llegaron alegrías, jadeos, ronroneos solaces y ronquidos, mientras Marthita navegaba plácidamente en un sueño de olas y veleros.

4. Las huellas de Acahualinca. Primeros brotes independentistas

El trayecto de León a Managua en bus tiene menos encanto que el tren, pero emplea la tercera parte del tiempo. De nuevo en casa de Delma, disfruté de compañía y conversación. Después de darle otro repaso a la gente española que pasó por allí y que eran conocidos o amigos míos, dos fueron los temas más recurrentes: su pasado revolucionario y su hijo, que era lo que más le preocupaba. Octavio tenía dieciocho años y estaba estudiando primer año de ingeniería en la universidad. Sus rasgos eran todavía de adolescente, pero empezaba a comportarse como un gallito con su madre, queriendo asumir el papel de jefe en la casa. Delma trabajaba como economista en una empresa privada, pero había sido durante años miembro de la policía, donde alcanzó el grado de capitán. Fue "desmovilizada" cuando el fin de la guerra, tras los acuerdos de reducción de las fuerzas armadas, ya que muchos policías hacían funciones militares, como los famosos Batallones Guardafronteras, tropas de élite dependientes del Ministerio del Interior desplegadas en las zonas limítrofes con Honduras y Costa Rica, por donde se colaba la contra. Delma estuvo casi todo el tiempo en Managua, pero su marido, oficial en el ejército, murió en combate cuando su hijo tenía apenas tres años. "Es por eso que siempre fue bien mimado", decía con una sonrisa.

El resto del día lo dediqué a hacer turismo por la ciudad, a recorrer los lugares que más me gustaban, a observar cómo había cambiado Managua.

Tomé la ruta 119 y bajé en Plaza España. Habían construido nuevos edificios y abundaban los anuncios de empresas de viaje y restaurantes de comida rápida. La cercana rotonda del Güegüence se había inaugurado hacía poco. Sobre la altura de un montículo se podían apreciar las estatuas de unos personajes interpretando una comedia teatral; son los españoles y el Güegüence. En la parte inferior y en las aceras había otras estatuas de indios. Pero, ¿quién era ese tipo de nombre tan raro? Se trata del personaje central de la primera obra de teatro nicaragüense. Se cree que fue creada en el siglo XVII y transmitida oralmente hasta que la recogió por escrito un fraile. También se la conoce como baile del Macho-Ratón o Comedia de los Indios Mangues. El argumento trata de ciertos abusos de un gobernador que pretendía sacarle los reales al viejo Güegüence, y de cómo éste, junto con sus dos hijos, logró zafarse mediante artimañas y burlas, llegando incluso a casar a uno de ellos con

la hija del gobernador por una dote irrisoria. Es una comedia simple, alternada con bailes, que deja en ridículo a las autoridades coloniales y ensalza la astucia indígena.

La rotonda, erigida durante el mandato de Arnoldo Alemán como alcalde de Managua, era, en cierta medida, una alegoría sarcástica de la actitud mantenida por el después presidente de la República con respecto a los fondos de ayuda al desarrollo que le enviaba la antigua metrópoli. Hizo con ellos lo que le dio la gana y los utilizó en beneficio propio. Debido a escándalos de ese tipo y a otros de mayor enjundia, mientras escribo estas líneas, el ya ex presidente, está bajo proceso judicial y sometido a arresto domiciliario.

No es casual que, en el mismo siglo en que se escribió *El Güegüence*, empezaran a acentuarse las contradicciones entre los colonos que habían nacido en la península y los criollos descendientes de los que se habían asentado con anterioridad. Éstos llamaban a los recién llegados *gachupines*, *cachupines* o *chapetones*. Por su parte, los peninsulares argumentaban que los nacidos en las provincias tropicales degeneraban pronto y perdían los rasgos más distintivos de la sangre española.

El racismo iba de la mano de la división en clases sociales. La cúspide de la pirámide racial y social la ocupaban los peninsulares y, en su defecto, los criollos. Más abajo estaban los ladinos o mestizos de blanco e india, después los mulatos de blanco y negra, luego los negros y por último, los indios, casi exterminados y en lamentable estado de degradación y miseria. El apareamiento entre negros e indios estaba penalizado severamente, por eso, los zambos, fruto de la unión de ambas razas, sólo aparecieron siglos más tarde. Unas ordenanzas prohibían a ladinos, mulatos y negros la posesión de caballos y armas y, sólo años más tarde, se les concedió la venia de montar machos o mulas. Los indios ni siquiera eran citados en tales reglamentaciones pese a que, sin ser muy numerosos, constituían la población mayoritaria en las montañas del norte y en las extensas llanuras selváticas que van desde los lagos hasta la costa caribe.

Tras la drástica reducción de la población indígena, fue necesario proveerse de nuevos esclavos para el trabajo en las explotaciones agrícolas. Entonces se inició la caza de indios caribes radicados en las riberas de los grandes ríos. A diferencia de los aborígenes pobladores de la costa del oeste, más adaptados a las tareas agrícolas, los caribes se encontraban en un estadio más primitivo. Los sumos, pantasmas, poyas, siquias, ulúas, wawas, toakas, tonglas y ramas, estaban

organizados en sociedades de cazadores y pescadores. Sin embargo, siempre opusieron gran resistencia al sometimiento y, ayudados por el conocimiento de las selvas donde vivían, lograron exterminar a varias expediciones enviadas contra ellos. Ni las incursiones misioneras, ni las factorías organizadas por particulares, duraron mucho tiempo. Todavía hoy, perviven de manera primitiva en las selvas, unos centenares de ellos.

Desde Plaza España continué hasta El Zumen. No me fue difícil dar con el restaurante Los Pescados, del que guardaba gratos recuerdos culinarios. Allí solía refugiarme cuando andaba de gestiones por la zona, que albergaba varios edificios oficiales, entre ellos la alcaldía capitalina. El local era agradable y limpio; su especialidad, unas deliciosas sopas frías de pescado con leche. El té helado servido en botellas cortadas que hacían de vaso también valía la pena. Pero, sobre todo, lo que iba buscando era el aire acondicionado, escaso entonces en otros restaurantes. Siempre lo tenían a todo gas, hasta el punto de que al entrar, se te ponían los pelos de punta.

El aire había sido sustituido por abanicos de techo. Cuando me sirvieron la deliciosa sopa fría, le pregunté al camarero por la receta, porque la había intentado hacer en casa sin demasiado éxito. La base era nata con agua y se le añadía chile, pimienta y sal, al gusto. Luego pedí un Flor de Caña y aproveché para hacer la digestión, leyendo el periódico bajo las aspas de los ventiladores. El gobierno cubano había fletado un avión con 500 estudiantes de medicina nicaragüenses, becados en Cuba, para que pudieran votar en las elecciones.

Cuando la brigada del 83, de vuelta a casa, hizo la obligada escala en La Habana, los aviones cubanos tenían que cargar el combustible de ida y vuelta porque, debido al bloqueo, no se podía repostar queroseno en Managua.

De aquella Habana guardo el recuerdo de una cena, consistente en un plato de chícharos con arroz, en la barra de mármol de un bar casi desahuciado que, al cambio de un dólar por un peso, costó lo mismo que una buena paella. El código revolucionario me impedía acudir al mercado negro en el país que tanto estaba ayudando, pese a sus

estrecheces, a la Nicaragua de la que volvía. Varios Ron Collins en la terraza superior del hotel Capri, con toda la ciudad iluminada a nuestros pies, balancearon la dieta.

Marta y yo decidimos ir a ver lo que se cocía en el famoso cabaret Tropicana. Pese a que pasaban de las diez de la noche, tras tomar dos autobuses, llegamos sin dificultad. El problema fue que no nos dejaban entrar. El compañero que custodiaba la puerta alegaba que no vestíamos la indumentaria apropiada. Y tenía razón: zapatillas color tierra, pantalones raídos y medio limpios, polos descoloridos. Pero regresábamos de Nicaragua, donde la joven revolución no conocía protocolos, y no nos íbamos a rendir a la primera. Pedimos hablar con el compañero responsable del cabaret.

—Lo siento, este es mi trabajo, compañeros. Esperan un momento. Consultaré con el “capitán”.

El “capitán” llegó vestido de etiqueta: traje negro y pajarita.

—Mire compañero, ésta es la única noche que vamos a pasar en La Habana. Venimos de trabajar en Nicaragua, hemos dejado la ropa allí, usted ya sabe...

No nos dejó acabar. Indicó que le siguiéramos y nos colocó en una discreta mesa lateral junto al tronco de un ficus gigante.

Escuchamos interpretar canciones románticas, otras más rumbosas, adaptaciones de antiguos bailes indios y negros y vimos mucha carne de todos los colores que se agitaba al ritmo de la música. Por unos tragos de ron nos pidieron diez dólares y nos volvimos al hotel la mar de satisfechos.

Los autobuses nocturnos funcionaban toda la noche, quemando el mal refinado fuel soviético. Iban casi vacíos y la mayor parte de los pasajeros eran negros que, según parecía, trasnochaban más que los blancos. No había restricciones porque todavía funcionaba el trapicheo socialista: azúcar a cambio de petróleo subvencionado.

La noche estaba acabando y la atmósfera tenía una densidad de frutas maduras, flores descompuestas y partículas de gasóleo diluidas en la brisa del Malecón.

El Malecón de Managua, sobre las aguas del lago, se lo llevó el huracán Mitch al poco de inaugurarlo, *completito*. Lo que pude visitar fueron unos chiringuitos, como de feria, a lo largo de los restos del antiguo paseo junto a la orilla. Corría una brisa húmeda que refrescaba la tarde y las nubes cubrían parcialmente la cima del Momotombo, lejano y próximo en su enormidad, mientras las músicas a todo volumen de cada establecimiento se solapaban en mis oídos.

El Malecón no tiene en la actualidad especial interés. Antes del Mitch debió de gozar de cierto *glamour* tropical, sobre todo por las noches, en las que la fresca proveniente del lago es una bendición. El hecho de que fuera levantado sobre toneladas de basuras entre las que solían merodear niños y adultos buscándose la vida y el alimento, puede que determinara su fragilidad ante el primer envite de la naturaleza. Huyendo de la contaminación se fueron primero los peces, luego los pájaros y cuando se soterraron las basuras, las aves carroñeras. Pero el lago de Managua, aunque muy sucio, sigue vivo y sus males tienen solución, tal vez más sencilla que la de muchas de las personas que viven en sus alrededores.

Junto al lago, en un descampado, se levantó la Plaza de la Revolución, simples gradas donde se alzaba una tribuna desde la que los oradores se dirigían a las masas concentradas. Más tarde le habían brotado algunos árboles y farolas, más una especie de palio de hojas de palma sobre las gradas, con una cruz al lado, desde donde el Papa se dirigió a la multitud. En medio del páramo se ha erigido un gran monolito, tipo *Place de la Concorde*, en versión tropical. A la plaza le cambiaron el nombre y ahora se llama de Juan Pablo II.

Bordeando las aguas hacia el este, el turista, guiado por su mapa, puede llegar a las Huellas de Acahualinca, vecinas a la laguna del mismo nombre y distantes tan sólo unos cientos de metros de la de Managua. Para ello hay que atravesar algunos de los barrios más humildes de la capital, colindantes con el basurero municipal. Las Huellas de Acahualinca, cuyo nombre en lengua náhuatl ha sido interpretado por los eruditos como “lugar donde las malezas se sacudían”, constituyen un museo bajo un techo de uralita sobre columnas de madera. Albergan vestigios humanos que datan de hace más de 6.000 años. Debieron pertenecer a gentes que, huyendo despavoridas de una violenta erupción volcánica, dejaron las huellas de sus pies grabadas sobre el polvo y la ceniza. También se encuentran otras pertenecientes a pájaros y a diversas especies animales que habitaban la zona durante aquella época.

"Sólo el transporte a Acahualinca puede ser una excitante experiencia. La forma más fácil de llegar es en automóvil, y las direcciones en Managua no son precisamente convencionales; encontrar su destino en la ciudad puede ser una excelente aventura, como buscar un tesoro en un mapa, por lo que le recomendamos medir los kms. que va a recorrer, contando como punto de partida el hotel Inter-Continental. Desde ese punto, diríjase al norte como unos 1.4 km., atravesando tres semáforos. Doble a la izquierda y siga hacia el oeste y cuando haya recorrido más o menos 2.9 km., encontrará un pequeño árbol de laurel en el propio centro de la calle, por lo que se conoce como "El Arbolito"... Siga de frente hasta que haya recorrido unos 3.7 km., doble a la derecha donde hay un rótulo que dice "López Davidson Internacional", y como a unos 200 m sobre esta calle, encontrará las Huellas de Acahualinca y el Museo". Así rezaba el folleto turístico que me dieron.

Tras visitar los restos prehistóricos, me senté bajo El Arbolito para descansar, mientras seguía indagando las huellas del pasado entre mis libros.

Corría el año 1663 y otras sacudidas volcánicas como las que soportaron los antiguos pobladores de Acahualinca, sembraron el pánico en las ciudades nicaragüenses e hicieron impracticable la navegación por el río San Juan en algunos puntos, teniendo que realizarse el comercio en pequeñas embarcaciones planas, llamadas *chatas*. Por otra parte, los impuestos que gravaban las colonias siguieron subiendo en concordancia con la decadencia de la metrópolis. La economía se resentía debido a estos pagos onerosos, la pérdida de mano de obra indígena para el laboreo y la minería, los excesivos aranceles con que se gravaban los productos peninsulares y las dificultades de comercio con el exterior debido a la piratería. La miseria de Nicaragua llegó entonces a ser tan extrema, que sus ingresos quedaron relegados prácticamente a la cría de ganado vacuno.

Se inició el siglo XVIII con la sustitución monárquica de los austrias por los borbones. Mientras tanto, en la colonia centroamericana y ante la impotencia de los sucesivos gobernadores, los ingleses de las concesiones madereras de la costa Mosquitia fueron incrementando su número, organizándose bajo sus propias autoridades y constituyendo en Bluefields su capital.

Jamaica había caído en manos de los británicos en 1636 y desde la isla, cercana a la costa oriental de Nicaragua, se proveía de armas y mercancías a los súbditos ingleses establecidos en la Mosquitia. La zona, ocupada por indios caribisis, fue poblándose también con negros náufragos de varias naves de tratantes de esclavos. Dichos negros se fueron mezclando con los caribisis y sus descendientes zambos constituyeron también una parte importante de la población. Aliados y armados por los ingleses, empezaron a constituir un peligro para las capitales de la zona del Pacífico. La antigua Nueva Segovia, situada a orillas del río Coco, tuvo que ser desmantelada y dispersados sus habitantes hacia otras zonas más seguras. Ciudades como Jinotega, Camoapa o Boaco, fueron también saqueadas o destruidas por el fuego.

León, además de albergar al gobernador y ejercer su capitalidad provincial, era la residencia de los más fuertes empresarios ganaderos. Su rival Granada, pese a los peligros filibusteros, mantenía cierto nivel de comercio incluso con el extranjero y hacía ostentación de grandes y lujosas mansiones.

En 1753, se permitió la elaboración de aguardientes, prohibida hasta entonces. Mas como el negocio floreciera rápidamente, a pesar de las restricciones con que se concedían las licencias, y con ello la embriaguez y el alcoholismo -sobre todo entre los indios-, se suprimió la concesión trece años más tarde, limitándose el consumo a las importaciones provenientes de España, México o Perú.

En 1759, Carlos III, escuchando las numerosas demandas de los colonos, decretó un nuevo reglamento de comercio y abolió las encomiendas, que fueron sustituidas por las llamadas intendencias, encargadas de recoger el tributo de los indios. También autorizó la entrada de artículos fabricados en el extranjero, siempre que fueran transportados por buques españoles. Aunque las medidas fueron beneficiosas, no produjeron los efectos esperados, ya que persistieron las trabas de todo tipo, los privilegios y exenciones para los productos de la metrópoli, los aranceles y los reglamentos de aduanas. Con todo, contribuyeron al desarrollo de los puertos y a la apertura de nuevas rutas comerciales, en tanto que el contrabando recibía un duro golpe, quedando reducido casi exclusivamente a los productos de lujo.

En el transcurso del siglo se fueron agravando las tensiones entre peninsulares y criollos. También prosiguieron los estudios para lograr un paso interoceánico que uniera el gran lago con el Pacífico por el istmo de Rivas, pero la dificultad estribaba en que el nivel de las aguas dulces

estaban a una altura de 134 pies sobre las oceánicas y, si se abría un canal, podría hacer descender drásticamente las aguas del lago y desecar a su vez las nutrientes del río San Juan. En aquella época, España carecía de recursos técnicos para resolver el problema. También se intentó la unión a través del río Sapoá, que naciendo cerca del golfo del Papagayo, en tierras de Costa Rica, va a desembocar en el lago junto a la frontera con Nicaragua.

Tras un acuerdo de paz, los ingleses abandonaron definitivamente la costa atlántica de Nicaragua en 1787, reconociendo la soberanía española sobra la zona. En aquel territorio quedaron a su suerte los indios misquitos, acaudillados por *George King*, los sumos, ramas, negros y zambos, cuyo líder era el jefe *Breton*. A partir de entonces los problemas con ellos fueron de índole menor.

Años después, unas ordenanzas reales permitieron la entrada a las colonias de algunos libros extranjeros, por donde se colaron las ideas de libertad de la Revolución Francesa, que alentaron el descontento hacia la metrópoli, cuestionando el poder absoluto de los reyes y la facultad de los papas para otorgar en propiedad las tierras americanas a la Corona española.

De los despojos de la Revolución Francesa nació una figura singular: Napoleón Bonaparte. El Emperador destronó a Carlos IV, nombró rey de España a su hermano José y abolió la Inquisición. El pueblo se reveló contra la invasión francesa y comenzó la Guerra de la Independencia.

Era tal el descontrol en la península, que la noticia de la deposición del rey llegó a Centroamérica con dos años de retraso. Las colonias contribuyeron generosamente con dinero y armas en apoyo de la ocupada España, pero las ideas de emancipación y libertad que se desarrollaban en la metrópolis sojuzgada, también prendieron en los territorios americanos y fueron germinando en ansias de autogobierno. La presión política obligó a la Regencia a admitir a 27 delegados como representantes de las colonias en las Cortes de Cádiz. En plena guerra, la Juntas Gubernativas nombradas desde España empezaron a ser conscientes de su poder y capacidad, manifestando su deseo de formar estados autónomos. El afán independentista empezó a prender. Así como en la península, fueron el cura Merino y otros los que, acostumbrados al liderazgo sobre sus feligreses y ante la pasividad de generales y nobles, encabezaron la sublevación contra los franceses, en las colonias fue también un cura de una pequeña aldea mexicana llamada Dolores, en el

estado de Guanajuato, el que primero proclamó la independencia. La chispa prendió en otros pueblos, pero al final, el cura Hidalgo fue capturado y fusilado.

En un principio, se intentaron ocultar las asonadas independentistas. Después se puso en marcha una campaña de contrainformación: eran agentes napoleónicos que despreciaban el catolicismo, querían convertir los templos en caballerizas, pasar a cuchillo a los curas, violar a las mujeres y organizar orgías que acabarían en saqueos y matanzas. También se decretaron exenciones de tributos a los indios, para que permanecieran sumisos, se abolieron penas infames y se comenzó a adularlos como compatriotas.

Pero la rebelión estalló de nuevo en San Salvador. Los sacerdotes Matías Delgado y Nicolás Aguilar acaudillaron una conspiración para apoderarse de más de 3.000 fusiles nuevos, almacenados en los polvorines, y distribuirlos entre sus seguidores. Sin embargo, otras poblaciones salvadoreñas desoyeron sus proclamas y manifestaron su hostilidad. Al final llegaron refuerzos de Guatemala y aunque el intento fue sofocado, sus líderes fueron tratados con benignidad y finalmente perdonados. Más tarde, la chispa de la libertad prendería en otras zonas.

5. La brigada del 84

A primeros de agosto de 1984, una nueva brigada de trabajo solidario con Nicaragua partía del aeropuerto de Barajas. Esta vez era más numerosa: cerca de 150 efectivos.

Las playas de Cuba empezaba a ser ese año objetivo turístico masivo, las agencias de viaje comenzaron a vender paquetes caribeños a troche y moche y el *overbooking*, en los picos de temporada alta estival, estaba asegurado. Como resultado, la brigada tuvo que dormir en un hotel de Barajas tres noches, a cuenta de la compañía aérea. Por más que se protestó —se montó casi una trifulca en el aeropuerto—, no hubo manera: ni había aviones disponibles, ni plazas libres.

Por las mañanas nos llevaban en autobuses desde el hotel al hall de la terminal, pero aunque logramos que la noticia la publicaran algunos diarios, no había manera de salir del atasco. Al principio nos daban bien de comer, e incluso nos ofrecieron barra libre en el bar, pero como algún aficionado a empinar el codo corrió la voz de que cuanto más consumiésemos, antes nos sacarían, hasta los abstemios se tomaron sus whiskys. Como era de esperar, al día siguiente nos cerraron el grifo y en la dieta empezó a aparecer el chorizo y el salchichón con el triangulito de queso correspondiente, de forma alarmante.

El eficaz Jesús Pérez, agente de la compañía de viajes, vino expresamente desde Bilbao para resolver el problema o, al menos, para intentar apaciguar los ánimos.

A partir del segundo día se nos unió un apacible grupo de cubanos, que estaban en la misma situación. Lo llevaban con mucho más calma que nosotros, y eso que hacía seis meses que no pisaban su querida isla. Eran pescadores que habían estado faenando en Angola y regresaban tras ser sustituidos por otro contingente. Cuando nos daban el aviso en el hotel, cargaban su equipaje de mano (que consistía fundamentalmente en grandes radio-casetes) y, con tranquilidad y alegría, se disponían a partir. Se notaba que estaban acostumbrados y que habían desarrollado la virtud de la paciencia. Venían de Luanda, vía Moscú, y ya no se asombraban de nada.

Al tercer día, embarcamos. Aterrizamos en La Habana y en el aeropuerto José Martí, tras horas de espera, de nuevo estábamos sin avión para Managua. Jesús Pérez, que era muy buen profesional y es seguro que lo conocía de antemano, se mesaba los cabellos. En Barajas ya había tenido que lidiar con toda la concentración de brigadistas y, tal vez

por ello, su empresa le había ordenado que volara con nosotros. Pero ahora la cosa se ponía todavía más fea: la brigada, reunida en asamblea permanente en el aeropuerto, se resistía a abandonar el mismo. Y empezó el motín.

Ya en Barajas había habido intentos de protestas más enérgicas, pero habíamos sido disuadidos por la policía, que no estaba dispuesta a que armáramos mucho lío. Pero en La Habana, con los ánimos que ya venían caldeados, la asamblea decidió no abandonar el aeropuerto hasta que apareciera un avión y, como en las salas por donde deambulábamos no había nada que comer, nos declaramos en huelga de hambre mientras nos manifestábamos al grito de "¡Fidel, compañero, Nicaragua es lo primero!", ante las miradas en principio atónitas y luego medio cómplices de los policías cubanos. Empezó la diversión, pero en esta ocasión no "llegó el Comandante y mandó parar", como en la canción de Carlos Puebla.

Al cabo de unas horas, agentes turísticos cubanos también participaron en la asamblea, tratando de disuadirnos. Sus argumentos eran contundentes: ofrecían pensión completa en el hotel Habana Libre y esa misma noche, una cena en el Tropicana. No fue fácil hacer delación de nuestros principios, pero la carne —ya lo dicen los Evangelios—es débil. Y al final, cedimos.

La vista de La Habana de noche, desde la habitación del piso veintitantos del antiguo hotel Hilton, conmovió de nuevo mi provinciano espíritu, pero lo que me acabó de impresionar fue que nos llevaran al Tropicana: sabrosa cena y botella de ron Havana Club para cada dos comensales. Aunque ya conocía el cabaret, el ambiente y las actuaciones de aquella noche superaron mis expectativas. Un microbús esperaba en la puerta a que la distinguida clientela —nosotros— decidiera retirarse para llevarla hasta el hotel y, dicen las crónicas, que el último brigadista partió después del amanecer.

Al día siguiente nos esperaba para desayunar una enorme mesa de banquete repleta de frutas tropicales y un *buffet* libre que nos habían preparado en la terraza interior del primer piso, bajo la bóveda del hall. De esta manera colmaron la voracidad de los ciento cincuenta revoltosos.

Aún pasamos una noche más en La Habana y, mientras tanto, fui testigo de las intensas gestiones telefónicas que Jesús Pérez desarrollaba para conseguirnos un avión, pese a que el fervor asambleario iba decayendo. Por fin la compañía Tropisol, la mitad de cuyo capital había

sido recientemente adquirido por Cubana de Aviación para aliviar el boom turístico que se le venía encima, puso a nuestra disposición la aeronave que nos llevaría hasta Managua y pudimos despegar.

A los pocos minutos de vuelo, el calor a bordo comenzó a hacerse insoportable: la refrigeración del aparato no funcionaba. Los azafatos cubanos (todos hombres) intentaban con amabilidad paliar los efectos, repartiendo con profusión caramelos, refrescos, Havana Club y bolsas de recogida de vómitos. También la inestabilidad barométrica ayudaba en los desequilibrios. Conforme íbamos alejándonos del Gran Caimán, tanto la situación atmosférica, como nuestros cuerpos, se fueron calmando, aunque no todo el mundo pudo decir lo mismo.

Cuando divisamos tierras nicaragüenses, el ambiente mayoritario era de jolgorio. El sol lucía radiante, volábamos a dos mil pies y, desde esa altura, el río Escondido parecía una autopista sinuosa y enlodada, cuyos meandros surcaban una inmensa estepa verde.

Superados los primeros sofocos, el compadreo con la tripulación llegó a tal punto, que los pilotos nos invitaron a visitar la cabina de vuelo, de dos en dos.

—¡Ojo con el ventilador! —decían cuando traspasábamos una cortinilla que separaba el pequeño recinto de los asientos de los pasajeros, ya que a ambos lados había dos pequeños ventiladores de aspas de plástico, pero sin protección, que le podían afeitar a uno las orejas.

—Miren, esto es nuestra carretera, la línea del horizonte —y señalaban una horizontal que relucía sobre un cuadro de mandos—. Si queremos torcer a la izquierda, ¿ven? —y la raya se inclinaba, al igual que el aparato, hacia estribor.

En el aeropuerto nos esperaba la comisión sandinista correspondiente y el avión regresó repleto de nicas que iban a graduarse en Cuba.

Quedamos instalados en el albergue Arlen Siu, cerca de la Plaza de España, que tenía pinta de haber sido la residencia de algún potentado somocista expropiado. Era de una planta, grande, funcional y estaba rodeado por un jardín. Su nombre fue puesto en memoria de una de las primeras sandinistas caídas en combate, *La China* Arlen. Se utilizaba como residencia temporal de soldados heridos cuyas familias vivían lejos de Managua, que necesitaban recibir cuidados médicos en los hospitales de la capital. Allí pudimos confraternizar con un puñado de ellos. Tal vez el objetivo de que el albergue sirviera también de refugio para brigadistas, fuera el que los heridos —entre los que había mayoría

de mutilados— convivieran y se distrajeran charlando con los extranjeros —abundaban las mujeres jóvenes— y con todo el trajín que solía acompañar a brigadistas, cooperantes e internacionalistas en general.

Tenía decidido que ese año no iba a participar de nuevo en tareas agrícolas. El año anterior ya me había percatado de la debilidad de mis fuerzas y de que no me ganaba ni el jornal. Por ello, cuando se formaron los grupos de trabajo y fueron repartidos por diversos puntos del país, me dediqué con otro compañero a alquilar un camioncito para ir repartiendo los montones de cajas que venían de la solidaridad en España, en diversos centros y hospitales. Después me dirigí a Estelí.

Allí trabajaba Marta, amiga y compañera de la brigada anterior. Ahora se desempeñaba como profesora de Edafología (estudio de los suelos agrícolas) en la Escuela de Agricultura y Ganadería de Estelí (EAGE). Tras su participación en la brigada del 83, volvió a su Asturias, se despidió del trabajo y estuvo casi un año dando clases a los delegados campesinos de la ATC de León. Más tarde, dado su currículum (perito agrícola y licenciada en química), dio el salto a la docencia en una escuela universitaria de grado medio.

Estelí es una tranquila ciudad, situada al norte de Nicaragua, en la ruta que la carretera Panamericana traza hacia la frontera hondureña. Era la capital del departamento de Las Segovias. Situada en un valle rodeado de grandes cerros verdes, la gente del lugar dice que es fresquita.

Estuve alojado unos días en la casa de don Antonio, un mediano ganadero que, aunque no simpatizaba con el Frente, acogía a un sobrino, un soldado voluntario que había sido herido en combate. Leandro tenía la tibia fracturada por un *charnel* (trozo de metralla), con herida abierta. Ni la herida acababa de cicatrizar, ni el hueso de soldar, y el muchacho, que vivía en un alejado pueblito, se recuperaba en casa de su tío mientras necesitaba ir al hospital de la ciudad para que le curasen. Mantuve largas conversaciones con Leandro, en las que siempre rebosaba optimismo, pese a su situación física.

Tenía previsto visitar la cárcel de La Chácara que, situada en un altozano, era fácil de divisar mientras se paseaba por las calles de la población. Dentro de la prisión había un taller de carpintería, donde los presos trabajaban y aprendían el oficio. Otros cultivaban los campos que bordeaban los barracones e incluso era frecuente ver a grupos de presos —distinguibles por las camisolas amplias y grises y los pantalones del mismo color— reparando las aceras y calzadas de la ciudad. La

pequeña fábrica de la penitenciaría estaba instalada al aire libre, bajo unos cobertizos de madera. La maquinaria había sido enviada en contenedores desde Valencia y era una donación de Comisiones Obreras, que la había comprado, a precio de saldo, después de la quiebra de una empresa.

No tuve ningún problema para el acceso a La Chácara, aunque el vigilante me hizo esperar hasta que salió un mando. Como en Estelí casi todo el mundo se conoce, había hecho gestiones en la ATC para que comunicaran que debía de llevarles unas piezas de recambio para el taller, que fueron bien recibidas. La donación consistía en varias cuchillas para la tupinadora y el torno, un par de sierras sin fin y unas pocas herramientas pequeñas. El oficial de carpintería, que hacía de encargado y maestro, me estuvo enseñando las instalaciones carcelarias: barracones con literas, cocinas, comedores y campos de cultivo, trabajados también por los presos.

El mes se pasó volando mientras me ocupaba de tareas menores, una de las cuales consistió en transportar una bomba de agua —fruto también de una donación y tan pesada que casi no podía acarrearla— hasta una remota cooperativa.

A finales de agosto me reuní otra vez con los brigadistas en el avión de regreso, rumbo a La Habana.

En aquel verano de 1984, La Habana era una ciudad todavía con escasos turistas, En los teatros o cabarets se podía ver a algunos rusos, checos o alemanes de la República Democrática, que trabajaban en la isla. Un día y una noche dan para poco. Otra vez el Malecón, la Habana Vieja, calle del Obispo, Plaza de Armas, Empedrado, Catedral, un mojito en La Mina, un helado en Copelia antes de que Tomás Gutiérrez Alea filmara allí *Fresa y Chocolate*. Aún servían más de una docena de sabores.

No pude sentarme en *La Floridita*, la coctelería donde Papá Hemingüey se tomaba sus daiquiris: no llevaba manga larga. Pero me dejaron entrar a pegar un vistazo. Estaba vacío y la refrigeración tan a tope que, en efecto, invitaba a bajarse las mangas.

En *La Bodeguita del Medio*, pude comer opíparamente. Me encontré en la puerta con unas compañeras gallegas a las que había prestado unos cuantos dólares, pues andaban ya sin blanca y, después de ir al mercado negro, no sabían que hacer con tantos "pesos", sólo aceptados en Cuba, ya que no podían cambiarlos por otra moneda convertible al

carecer del justificante bancario. El cochinillo al horno estaba delicioso, al igual que los moros y cristianos, un revuelto de arroz y frijoles sofritos al modo habanero, también llamado arroz congrí. Y para acabar, yuca confitada y ron a los postres, recreados por un trío de soneros que recorrían las mesas.

En el José Martí, un cuatrimotor de hélice nos esperaba para atravesar el charco. Los únicos pasajeros éramos nosotros. La tripulación, sobrecargada de horas de vuelo, había desmontado unos sillones del fondo del pasillo y dormía plácidamente sobre unas colchonetas de espuma. La escena resultaba insólita y simpática.

Llevaba encima un resfriado de mil demonios, con fiebre intensa, porque el compañero con quien había compartido habitación era muy caluroso y se empeñó en dormir con el aire conectado. Como consecuencia, las décimas que llevaba encima se convirtieron en cuarenta grados. En tales condiciones, lo que más deseaba del mundo era regresar cuanto antes a casa. Pero la mayoría de las compañeras y compañeros, no lo tenían tan claro. Exigieron que se retiraran las colchonetas, que se pusieran los asientos desplazados en su sitio y que desaparecieran los cajones de refrescos que estaban apilados en la parte trasera del área del pasaje, como en cualquier bodega de barrio.

Los tripulantes nos comentaron que venían del Perú, pero ¿quién sabía cuántos trayectos más y cuántas horas de vuelo llevaban sin descanso?. En aquellos días de fin de temporada alta, dormían cuando podían en el mismo aparato, ya que nos les compensaba utilizar las escasas horas de escala para ir a dormir a un hotel.

Resueltas las exigencias de la asamblea de pasajeros, hubo gente que fue a poner una denuncia ante aviación civil e, incluso, exigieron cambiar de aparato. ¡La seguridad ante todo, compañeros!

Asistía medio grogui, enrollado en una manta y sudando en la butaca, a todo aquel trajín, mientras el calor iba en aumento, ya que los motores estaban apagados.

Un piloto de pelo cano subió al avión y se dirigió a la asamblea. Nos informó de que había encendido un motor para que no pasáramos tanto calor. En cuanto a nuestra seguridad, estaba completamente garantizada: llevaba volando con aquel Hércules más de veinte años, y nunca había tenido un problema serio.

—Además, tenemos cuatro motores —añadió—. Aunque en mitad del océano nos encontráramos con que se paraban tres, yo les garantizo que este cacharro no se cae. Con un sólo motor se mantiene, aunque tendríamos que volar inclinados. Esto no es como los reactores, compañeros, que tienes un problema y en unos segundos estás haciéndole compañía a los tiburones —concluyó.

Resultaba convincente. Pese a mis nulos conocimientos sobre aeronáutica, pensé: “si la tripulación estaba plácidamente durmiendo hace un rato, será porque están tranquilos. Y ellos sí saben”.

Algunos uniformados verdeolivo nos observaban desde la pista. Llevábamos más de dos horas reteniendo el vuelo.

Cuando los compañeros regresaron de poner la denuncia, el veterano piloto concluyó:

—Miren, compañeros. Yo les entiendo, pero el caso es que no hay más aviones. Tienen todavía unos minutos para tomar una decisión. Si no salimos ya, se tienen que volver al hotel y ya resolverán mañana. El aeropuerto se cierra dentro de treinta minutos.

La noche tropical era cálida, aunque las estrellas quedaban ocultas por los reflectores del aeropuerto. Decidimos despegar.

Mi febril confianza en las tripulaciones de la revolución se apoyaba en el dicho de que los aviones cubanos nunca caían, a no ser que los volara la CIA, como en el caso del aparato de Cubana de Aviación, cuando el 6 de octubre de 1976, una carga explosiva lo hizo estallar en pleno vuelo. En el atentado pereció el equipo nacional cubano de esgrima, al completo, cuando regresaba de un torneo interamericano en Venezuela, donde obtuvo todas las medallas de oro posibles.

Pero esa confianza ideológica, se empezó a resquebrajar al observar que dos asistentes de vuelo no podían cerrar, manualmente, la portezuela del avión por la que habíamos subido.

—Jala para ti, chico.

—Álzala de aquel lado.

Tras varios intentos lo consiguieron e iniciamos el despegue.

Mi compañero de asiento había hecho la mili en aviación y me aseguraba que aquellos Hércules, que también utilizaba el ejército español, eran muy seguros. Pero mi tranquilidad se desvaneció cuando los motores se pusieron al máximo para tomar velocidad e iniciar el despegue.

Desde la ventanilla podía observar como despedían más chispas que una muela de afilador. Había que aparcar los principios, pues la cosa podía ser irreversible. Y sin consultar al veterano paracaidista que tenía a mi lado, grité:¡Azafata!

Vino presta, pese a que no era el momento más oportuno y, entre ella y mi compañero, me aseguraron que el fenómeno de las chispas era normal: simple frotamiento de metales a gran velocidad. La noche favorecía el espectáculo visual.

Tras unas horas de vuelo, comenzamos a aterrizar en una isla, plagada de bosques y lagunas. Estábamos tomando tierra en Gander, Terranova. Llovía y habíamos saltado del trópico a una especie de otoño pirenaico. Había que repostar o que dejar descansar los motores, supongo. Tras un montón de horas más, llegábamos a Barajas a las tres de la mañana del día siguiente. Habíamos empleado en total unas veinte horas de vuelo, más la escala técnica y la diferencia horaria.

Un adormilado policía de aduanas nos preguntó:

—¿De dónde vienen a estas horas y con ese aparato?

Se lo explicamos.

—¡Madre mía! Pasen.

Y no miró ningún pasaporte.

6. La independencia y sus primeros pasos

A principios del siglo XIX, las obras de enciclopedistas y revolucionarios franceses corrían clandestinamente de mano en mano y sus ideas prendían entre los criollos con facilidad, germinando nuevos estallidos contra los peninsulares. Tras ser doblegado el alzamiento de los curas salvadoreños, León se insurreccionó el 26 de diciembre de 1811, arrastrando a Potosí, Rivas y otras poblaciones del sur, pero los tumultos fueron sofocados con prontitud.

Pero en Granada —que tuvo y sigue teniendo fama de conservadora—, a pesar de que las nuevas ideas no eran bien aceptadas entre sus pobladores, la crispación y las rencillas entre criollos y peninsulares llegó a tal punto, que provocó un alzamiento en demanda de la deposición de todos los funcionarios coloniales. Los españoles huyeron y se refugiaron en la vecina Masaya, desde donde mandaron correos a la Capitanía General, ubicada en Guatemala. Ésta dispuso que el obispo de León, don Nicolás García Jerez, se hiciera cargo de la gobernación de la provincia. El prelado constituyó una junta de notables que entabló conversaciones con los sublevados, pero no hubo acuerdo.

El ataque a Granada se inició el 12 de abril de 1812. Sus habitantes levantaron barricadas y se defendieron, pero los asaltantes, tras sostener intensos combates, lograron la capitulación de la plaza, después del compromiso de que no tomarían ningún tipo de represalias. La granadina fue la primera sangre nicaragüense vertida en aras de la independencia.

El Capitán General de Guatemala no aceptó los términos de la capitulación y nombró un comisionado que inició el proceso y la confiscación de bienes de los insurrectos, siendo sentenciados a muerte sus cabecillas. Otros fueron condenados a condena perpetua y, la mayoría, a diversas penas de presidio.

En España, en plena guerra de la Independencia, las Cortes de Cádiz promulgaron la Constitución de 1812, así como el establecimiento de ayuntamientos electos popularmente en todos los pueblos americanos.

Terminada la guerra con Francia, Fernando VII pudo regresar a Madrid en medio del entusiasmo general, pero, tan pronto aseguró su reinado, mandó a prisión a muchos diputados liberales, decretó la abolición de la Constitución de Cádiz y promulgó un sinnúmero de medidas

absolutistas. En 1817, con motivo de su matrimonio, concedió un indulto general y hubo que poner en libertad a los presos de las anteriores sublevaciones centroamericanas.

Los ideales independentistas no fueron fácilmente asumidos por los nicaragüenses. El pueblo llano se encontraba mermado por las penurias y fatigas de la subsistencia diaria, el oscurantismo propagado desde los púlpitos, las homilías que inducían a la obediencia resignada a la autoridad establecida, el milagrerío y la superstición. No obstante, el recuerdo de los caídos, los lutos familiares y la espera de los detenidos y deportados, iban creando un ambiente cada vez más propicio a las tendencias emancipadoras. La llegada a las ciudades de los prisioneros amnistiados, constituyó la mejor propaganda para su causa. A partir de ese momento, las clases dirigentes y los sectores más politizados se dividieron, con mayor nitidez, entre los que se proclamaban independentistas y los españolistas.

Durante esos años, aprovechando la debilidad de la metrópoli, las colonias sudamericanas habían ido proclamando, una tras otra, no sin duros combates, la independencia.

En 1820, tras la sublevación del general Riego, se restableció la Constitución de Cádiz y se asignó un representante por cada Virreinato o Capitanía General. En España cada provincia tenía dos representantes. Sin embargo, todo el reino de Guatemala (al que pertenecía la provincia de Nicaragua) estaba representado por un solo diputado. Esta manifiesta desproporción, el poco eco e incluso el desprecio, hasta entre los diputados liberales, con el que se acogieron las propuestas de las colonias, encendieron, todavía más, los ánimos en los territorios americanos no independizados.

También se liberalizó la imprenta, que se convirtió en un instrumento determinante en la propagación de las nuevas ideas.

El 15 de septiembre de 1821, México proclamó su independencia. El acontecimiento tuvo lugar en Iguala y el acta fue leída por el general Agustín de Itúrbide. Este exigió que los reinos de Guatemala y México permanecieran unidos bajo su gobierno. Pero la unión duró poco más de un año.

Debido a los grandes conflictos que convulsionaban España, la proclamación final de independencia fue un suceso incruento. Mientras que en Guatemala, que dependía administrativamente de México, se juraba el acta el 23 de septiembre, la provincia de Nicaragua, muy influenciada por el obispo de la capitalina León, García Jerez, se mostraba renuente

"hasta tanto que se aclarasen los nublados del día y pudieran obrar con arreglo a lo que exigieran sus empeños religiosos y verdaderos intereses". Como consecuencia de esta postura, las autoridades de Guatemala ordenaron la creación de la provincia de Granada, independiente de la de León. Desde ese momento, la histórica rivalidad entre las dos ciudades se acrecentó y pronto daría lugar a nuevos y sangrientos enfrentamientos.

En 1923, se decidió que las provincias centroamericanas eligiesen representantes para constituir el Congreso de la Nación. Mientras tanto, el nuevo país se regiría por un Gobierno Provisional, controlado por una Junta Consultiva formada por ciudadanos prominentes de las distintas provincias. A Nicaragua le tocó un solo representante, Miguel Larreinaga.

A partir de la proclamación de independencia, se fueron perfilando nuevos bandos políticos que tomaron el nombre de liberales, o *fiebres*, y moderados, o *serviles*. Los liberales tenían ideas republicanas moderadas y eran enemigos de los excesivos privilegios del clero. Sus rivales eran partidarios del antiguo sistema monárquico, se nutrían de muchos antiguos españolistas y apoyaban la preponderancia de la Iglesia.

Los nobles criollos, que habían imaginado que gobernarían de la misma manera que lo hacían antes los españoles, se vieron obligados a compartir el poder con antiguos vasallos que exigían un trato de igualdad. Las contradicciones sociales se agudizaron y los nobles volvieron los ojos hacia México que, según el acuerdo establecido en Iguala, debería tener un monarca que conservaría sus privilegios. Estallaron graves conflictos entre los que querían ser parte de la corona mexicana y los que anhelaban una república independiente. Al final ganaron los partidarios de la anexión y, bajo la presión de cinco mil soldados mexicanos, la Junta Provisional Consultiva declaró su disolución el 21 de febrero de 1822.

Tanto en León como en Granada, los gobernadores de las plazas apoyaron las tesis anexionistas. En esta última el descontento popular fue grande. La tensión se convirtió en motín el 16 de enero de 1823, cuando el pueblo granadino, indignado por la sumisión con que el comandante de la villa, Crisanto Sacasa, se sometía a los dictados del recién proclamado Imperio de México, secundó la sublevación del artillero Cleto Ordoñez, asaltó el cuartel y proclamó una república independiente.

Las noticias sobre los sucesos de Granada cayeron como una bomba en León, cuyo obispo e intendente eran partidarios de la anexión al imperio mexicano. Entre ambos, lograron reunir una tropa de unos mil hombres que partió hacia Granada con el fin de someterla. Los granadinos, que disponían de algo de artillería pero de muy pocos reclutas, se defendieron con bravura y lograron repeler el primer asalto. Cuando los leoneses preparaba ya el segundo, llegaron noticias de que en México habían depuesto al proclamado emperador Iturbide y se había convocado la formación de un Congreso Centroamericano. Estos hechos provocaron la retirada del ejército leonés.

El 29 de junio de 1823, inició sus sesiones en Guatemala una Asamblea Nacional Constituyente. La integraban representantes escogidos entre antiguos miembros de las Cortes de España y de México, los cuales dieron a la nueva nación el nombre de Provincias Unidas de Centro América, declarando que cada uno de los cinco países que, desde Costa Rica a Guatemala, integraban la Unión, eran libres en su gobierno y administración interior. Tras diez meses de trabajos nombraron un triunvirato con poderes ejecutivos, suprimieron los tratamientos de nobleza, abolieron la esclavitud (en España tomamos esa disposición bastantes años más tarde) y diseñaron un escudo formado por un triángulo con cinco volcanes dentro, un arco iris y un gorro frigio resplandeciente. También establecieron una bandera de tres franjas horizontales azules y blanca, con la inscripción “Dios, Unión, Libertad” y proclamaron la voluntad de unirse en confederación con el resto de pueblos de las antiguas colonias españolas. La religión católica fue declarada como la única oficial, pero se toleró la práctica de otras. Por último, decretaron que cada estado federal tuviese congreso y gobierno propios, bajo las bases de la nueva Constitución.

A partir de 1824, se desarrollaron en Nicaragua una serie casi ininterrumpida de contiendas civiles que asolaron el país, entrando en conflicto etnias, clases sociales, grandes familias, pueblos contra pueblos, liberales, conservadores y la sempiterna rivalidad entre León y Granada, por alzarse con la capitalidad de la Provincia y consolidar su influencia en el resto del territorio.

Managua, entonces todavía una minúscula población, empezó a jugar también sus cartas y a sonar como posible sede capitalina, ya que estaba situada a mitad de camino de dichas ciudades.

Durante aquellos años, en todas las provincias de América Central regidas por un sistema federal, se dio un estado de permanente conflicto, con luchas internas, guerras entre provincias y tensiones con el

poder federal, que no era capaz, dada su debilidad, ni de imponer sus decisiones ni de conseguir la paz. De ahí que surgiera un clamor generalizado contra el Ejecutivo Federal. El federalismo centroamericano se vio, desde un principio, sometido a fuertes presiones debidas al aislamiento de los estados, a las dificultades de una articulación regional y al desequilibrio en la distribución de la población. Téngase en cuenta que en esa época la región apenas sobrepasaba el millón de habitantes y que en Guatemala vivían la mitad de los mismos. Por eso, cuando se reunió el primer Congreso Federal en 1825, a Guatemala le habían correspondido 18 diputados, 9 a El Salvador, 6 a Honduras y Nicaragua y, tan sólo, 2 a Costa Rica.

No debemos olvidar el peso negativo que para la unión tuvieron las rivalidades y resentimientos históricos entre los estados federados, acumulados por cientos de enfrentamientos de diverso tipo desde la época de la conquista y colonización. Por otro lado, desde la retirada de España, los ingleses supieron explotar con sabiduría los conflictos regionales en beneficio propio.

Todo ello conllevó a que la vida de la República fuera breve, aunque bien agitada. El primer presidente fue el liberal salvadoreño Manuel José Arce, pero muy pronto la mayoría de diputados le dieron la espalda y se aliaron con los conservadores guatemaltecos. Éstos, en estrecha alianza con la Iglesia, quisieron frenar el radicalismo reformista de los liberales y restablecer la supremacía de Guatemala por encima de lo establecido en la Constitución, lo que provocó el estallido de una guerra civil en 1826, que acabó, tres años después, con el triunfo de los liberales liderados por el hondureño Francisco Morazán.

Los liberales actuaron con energía contra sus adversarios. El obispo de Guatemala fue expulsado, los bienes de la Iglesia expropiados y los más prominentes conservadores represaliados. Morazán fue elegido presidente en 1830 y trató de restablecer la autoridad del gobierno federal en detrimento del de los estados, pero carecía de medios y financiación suficiente, por lo que decidió controlar de modo centralizado las aduanas. Esta medida fue la gota que provocó la desintegración. Nicaragua primero, y después Costa Rica y Honduras, decidieron separarse.

A partir de ese momento fueron los conservadores los que dominaron la escena política en Centroamérica. Morazán sufrió la sublevación de Rafael Carrera, un antiguo porquerizo mestizo que formó una guerrilla en las montañas, con base indígena y apoyo de los conservadores y

la Iglesia. Derrotado Morazán, partió hacia el exilio. Cuando dos años más tarde volvió para intentar la lucha por la unificación, fue detenido y fusilado en San José de Costa Rica.

Extender los avances que supusieron la Revolución Francesa y la independencia de los Estados Unidos a las tierras del istmo centroamericano, y subirse así al carro del progreso, eran los objetivos utópicos de los liberales. Frente a ellos, los conservadores añoraban el orden colonial, respetaban y utilizaban a la Iglesia en su favor y le tenían pavor al cambio social.

En Nicaragua se reunió una Asamblea Constituyente el 1º de abril de 1838, cuyos trabajos concluyeron con la proclamación de un estado "libre, independiente y soberano de todo poder". La declaración fue recibida con gran júbilo por el pueblo. Pero, en 1844, los ejércitos de Honduras y El Salvador invadieron el país y se tuvo que volver a reconocer al gobierno confederado.

Managua fue declarada capital de la provincia en 1845 y, en sus cerros aledaños, fue introducido el café por primera vez al año siguiente, rubro que tendría, y sigue teniendo todavía, una gran importancia en la economía nicaragüense.

Ese mismo año, los ingleses coronaron a un indio miskito como rey y fueron consolidando sus posiciones territoriales en la costa atlántica con vistas a mantener una posición privilegiada si se construía, en un futuro, el siempre añorado canal interoceánico. Por eso apoyaron la constitución de una monarquía miskita bajo la protección de las autoridades inglesas de Jamaica. La capital fue establecida en Bluefields y Mr. Patrick Walker, Cónsul General de Su Majestad Británica, fue de hecho el verdadero gobernador de la zona.

En otro orden de cosas, el préstamo que en 1825 solicitara el gobierno federal a la Casa Barclay, Herring & Richardson por un monto de cinco millones de pesos y del que, con mucha dificultad, apenas se iban pudiendo pagar los intereses, pasó a dividirse proporcionalmente entre cada estado. El cónsul británico, Frederick Chatfield, manejó con habilidad esta cuestión y asoció su devolución con las aspiraciones territoriales inglesas sobre la costa atlántica y el viejo sueño del canal interoceánico. En 1843 los ingleses declararon la zona protectorado británico y afianzaron, a su vez, su asentamiento en Belice.

Pero las ambiciones inglesas chocaron pronto con los intereses expansionistas norteamericanos, aunque nunca llegaron al enfrentamiento. Por el tratado Clayton-Bulwer se estableció, en 1850, el control de

ambas potencias sobre una futura vía interoceánica y ambos gobiernos se comprometieron a no colonizar ninguna zona de América Central, aunque aquello fue sólo, en realidad, una declaración de falsas intenciones. Los ingleses no abandonaron la Mosquitia hasta 1894, ocuparon temporalmente unas islas en el golfo de Honduras y llegaron a un acuerdo con el gobierno de Guatemala, por el que se reconocía la ocupación de Belice a cambio de la promesa de construir un camino entre la capital y la costa caribe.

Cuando en 1986 recorrí aquella carretera prometida que pasaba por Flores camino de las ruinas mayas de Tikal, todavía era una simple pista de tierra en su mayor parte. El bus tenía que detenerse cuando se cruzaba con otro vehículo y las ruedas patinaban en los barrizales, haciéndonos rozar con las rocas de los desmontes, porque del otro lado estaban las barrancas.

En el orden económico, Nicaragua siguió cumpliendo la misma función que durante la época colonial: abastecer de ganado el mercado centroamericano. Ello favoreció el fortalecimiento de las haciendas tradicionales, cuyos propietarios eran los oligarcas locales, mientras subsistía el minifundio indígena y un rudimentario sistema financiero.

7. Sin billete de vuelta

En julio de 1985, recogí las notas que me acreditaban como maestro y, en compañía de una nueva brigada, partí de nuevo para Nicaragua. Esta vez no llevaba billete de vuelta.

Gracias a Jesús Pérez, nuestro hombre en la compañía de viajes con la que siempre arreglábamos el negocio (nos hacía rebaja y regalaba un billete por cada veinte plazas, cuyo importe destinábamos a la solidaridad), conseguí un billete especial que me venía de perlas, ya que mis ingresos en aquella época eran bastante escasos. Estaba emitido con el siguiente truco: llevaba escrito mi nombre y segundo apellido, y el primer apellido era el de un muchacho madrileño, al que no conocía, que no tenía dinero para volver. Pagué la mitad del pasaje y su hermana —una abogada tan preocupada, como simpática— me dio en dólares un cuarto del billete en el aeropuerto, esperando que cuando localizara al hermano, éste me abonaría la otra cuarta parte a cambio de su vuelta.

Hubo que resolver, una vez más, un pequeño problema antes de embarcar. Jesús me confesó que, aunque en La Habana tendríamos un avión esperándonos, había que pagarlo al contando y en efectivo. Nuestro enlace en La Habana se llamaba Matoya y estaría en la terminal del José Martí esperando el dinero. Por falta de tiempo o, tal vez, debido a dificultades para hacer una transferencia bancaria, había que llevarlo encima, pasándolo bajo mano por las aduanas, que en aquellos años restringían la cantidad de divisas que se podían sacar de España.

Jesús se fue a por nuestro dinero mientas la cola seguía avanzando. Cuando ya finalizaba el tiempo de embarque, llegó corriendo y sonriente. Hizo una seña para que me acercara y me entregó una bolsa de plástico negro, abierta. En el interior había un sobre, también abierto, lleno de billetes de cien dólares.

—Hay tres millones y medio de pesetas.

No había tiempo para contarlos.

—En La Habana estará Matoya esperándolos. Buen viaje.

No se veía a ningún guardia por los alrededores. Me acerqué a Jesús para disminuir el campo de visibilidad, mientras hacía las correspondientes maniobras para introducir el sobre en el interior de los calzoncillos. Allí se quedaron los dólares hasta que apareció Matoya al otro lado del charco.

Al día siguiente, un avión de una desconocida compañía nos estaba esperando puntual para dar el segundo salto.

Ya ubicado en Nicaragua, las indicaciones que me había dado la abogada para localizar a su hermano, resultaron infructuosas. Al cabo de un tiempo, cuando ya no lo esperaba, el muchacho se topó con alguna de las pistas que le iba dejando y me localizó, pero no mostró ninguna intención de regresar a España, y yo me quedé con el billete, válido por tres meses, que no me valía par nada.

Mientras hacía cola frente a los controles aduaneros del aeropuerto Augusto César Sandino, me di cuenta que empezaba a ver las cosas de diferente manera. Venía para quedarme por tiempo indefinido y la cola empezó a parecerme más lenta que en ocasiones anteriores.

La brigada del 85 llegaba tan animosa y repleta de cajas, paquetes y bultos como de costumbre. Esta vez, los compas sandinistas nos esperaban con dos autobuses para transportarnos directos a Estelí.

Aquel 31 de julio, la luna llena inmovilizaba el paisaje con un hálito de quietud cuando enfilamos la Panamericana. Llevábamos poco más de una hora de camino y nos acercábamos a Sébaco, cuando el bus fue detenido por una patrulla de militares que nos daban el alto. Bajaron los sandinistas y el chófer y estuvieron unos minutos de pláticas con la patrulla. Cuando regresaron, un compa nos informó que no nos dejaban continuar.

—Está peligroso el pase. Son órdenes.

Dimos media vuelta y regresamos a Managua.

El Arlen Siu estaba al completo, así que continuamos en busca de alojamiento para el numerosos grupo. Acabamos durmiendo en El Crucero, una especie de albergue de montaña a unos 20 Kms. al sur de la capital. Había sido una de las numerosas residencias de los Somoza. La vista desde la terraza bajo la luz de la luna, con los cafetales que salpicaban la jungla, era impresionante.

La mañana siguiente una densa niebla lo cubría todo; era imposible distinguir los perfiles del paisaje. En la carretera los coches circulaban muy despacio y con los faros encendidos. La atmósfera parecía irreal.

Di un paseo hasta que mi camisa quedó empapada y empecé a notar frío. Al volver al albergue la gente ya se estaba levantando y empezaba a desayunar ese tipo de chucherías que todo el mundo lleva en los viajes o recoge de los menús del avión.

En mi mochila, una de las botellas de coñac que había cargado para regalar en la casa donde tenía previsto alojarme, estaba medio vacía. Había venido bien protegida contra los golpes y estaba como camuflada, pero había sido detectada. Fue el primer indicio de que por aquellos lares funcionaban personas de toda ralea, aunque se llamasen cooperantes. La mayoría de los internacionalistas eran gente por la que ponías la mano en el fuego y no se te quemaba, pero también pululaban subespecies minoritarias, no bien catalogadas, entre los cuatrocientos cooperantes españoles que llegamos a residir en aquel país por aquellas fechas.

Los que se bebieron mi coñac eran andaluces. Conocí a bastantes; buena gente, trabajadores, entregados. Pero aquel grupito, con el cual me crucé en más de una ocasión, había formado una asamblea de cooperantes y se había autoproclamado representante de todo aquel que tuviera pasaporte español. Todos pormenorizaban que andaban ubicados en diversas comunidades campesinas, cooperativas y otros lugares de trabajo, pero siempre que uno bajaba al llano se los encontraba por el Arlen Siu, cenando en los restaurantes frecuentados por extranjeros o tomando tragos en los pocos lugares con algo de ambiente. Se habían especializado en recibir brigadas o grupos de cooperantes, con los que se mezclaban para darles los primeros consejos, orientarlos, guiarlos por los lugares más interesantes, desplazarse con ellos a repartir donaciones e informarles cómo cambiar en el marcado negro. Linda tarea.

A uno del grupito, que andaba enrollado con en manta de avión que yo había robado para regalar, le oí decir en el desayuno, mientras se sacaba las legañas:

—¡Qué rico el coñac de anoche!. Hacía tiempo que no probaba uno tan *güay*.

No digo como acabó la fiesta. Mi venganza llega al escribir estas líneas, muchos años después.

El jefe del clan, un tal Jorge, en una reunión de cooperantes con dirigentes sandinistas —no recuerdo el motivo, pero sí la fotografía del momento, porque fue la única reunión de ese tipo a la que asistí—, fue mencionado por alguno de los del grupito como el representante de la coordinadora.

—El caso es que Jorge anda preso. Pero supongo que saldrá en pocos días —comentó con cierta sorna un compañero sandinista.

Prefiero no dar más detalles, para no tener que seguir hablando de la *troupe*.

Después de la noche en El Crucero, la brigada fue trasladada al Arlen Siu.

En la radio dieron la noticia: la noche anterior, unos kilómetros más adelante de donde los soldados nos obligaron a dar la vuelta, se había producido un tremendo ataque de la contra. Aquel ataque inició la ofensiva más ambiciosa de la guerrilla contrarrevolucionaria en todos los años de guerra.

El Arlen Siu estaba a rebosar y, parte de la brigada tuvo que acomodarse y pernoctar en el jardín. Magnífica oportunidad para contemplar la noche bajo jacarandas y nopales, oler la grama, escuchar los grillos y despertar con los gallos acompañando el trino de los zanates.

Aquel día llamé a Estelí varias veces, a casa de Marta, y no hubo forma; las líneas estaban colapsadas u ocupadas por transmisiones militares que no podían demorar. Por la noche lo intenté de nuevo, esta vez con éxito, aunque en el TELCOR me concedieron sólo dos minutos, que se prolongaron con generosidad antes de que me cortaran la línea. Me alegró escuchar la sosegada voz de la amiga al otro lado de la línea.

—¿Cómo están las cosas por ahí?

—En Estelí está todo bajo control; no hay problema. ¿Cuándo vais a venir?

—Pues, no sé. En la radio informan de fuertes combates y la jefa de la brigada dice que tenemos que quedarnos en Managua, hasta que lo ordene el Frente.

—Eso son pendejadas. Además tú tienes tu casa en Estelí. ¿Hasta cuándo vas a continuar con la *chochada* esa de la brigada?

Me parecía increíble que la sensata Marta me propusiera aquello. Sonaba a reto; también a disparate. Pero, ella vivía allí y conocía.

—Dicen que no hay transporte. La otra noche el ejército no nos dejó pasar…

—Tienes que empezar a aprender a manejarte, de lo contrario, ni modo… (ruiditos como de manivela en el auricular). Van a cortar. A ver que haces. Nos vemos.

—Compañeros, vayan terminando -comunicaron por el cable.

—Cuídate.

—Ciao.

La avalaban dos años de experiencia en Nicaragua. Marta me había arreglado los papeles para que me pudiera quedar en el país ejerciendo de maestro, me había buscado casa y se la notaba risueña e irónica al otro lado de la línea.

Esa noche dejé el macuto en casa del amigo Pablo Otero, lejos del mundanal barullo del Arlen Siu, y dormí allí. El gallego Pablo trabajaba entonces como impresor en *Barricada*.

Al día siguiente me puse una camisa y unos vaqueros, metí el pasaporte en el bolsillo delantero, me calé una gorra y partí con el propósito de llegar a Estelí, no sin antes haber recibido la excomunión por parte de la comandanta de la brigada, por infringir las "órdenes" dadas por el Frente.

Los sandinistas tenían ya suficientes problemas, como para preocuparse por un viajero con camisa blanca y pasaporte europeo.

La estación de autobuses Eduardo Contreras, junto al mercado de Roberto Huembes, estaba casi vacía ese día. De allí partían todos los autobuses que se dirigían hacia el norte.

—Está la cosa fea, compañero. No nos dan la pasadita —me advirtió un conductor.

Seguí preguntando y conseguí averiguar que algún autobús podía salir del mercado Israel Lewites, en dirección hacia Boaco y Chontales, regiones que quedan más al este, y que me podrían acercar un tramo. Decidí intentarlo.

Poca gente estaba por viajar aquellos días. Pero funcionaban algunos buses. Tenía la ventaja de poder tomar asiento.

—A ver si tiene suerte y lo recoge algún camión —me deseó el chófer cuando descencí en el cruce de San Benito—. Porque el transporte para donde usted va, ahorita no está subiendo. Ya ve como está de vacía la carretera.

Me senté en una piedra bajo la sombra de un nopal, dispuesto a tomármelo con calma. Transcurrió sin éxito la primera hora de espera,

pero me había mentalizado para resistir hasta que se hiciera de noche. En caso de no conseguir que alguien me llevara, no tendría más remedio que regresar al Arlen Siu con las orejas gachas.

Desde los escasos vehículos que circulaban en dirección norte, respondían a mis demandas con señales que indicaban que se quedaban cerca. El reloj parecía no avanzar en aquella pista sin tráfico. Una hora más y comencé a barruntar que lo que estaba haciendo era una jilipollez, que debería de olvidarme de llegar a Estelí y volverme por donde había venido. Casi a punto de abandonar, escuché el renqueante sonido de un camión al que parecía que se le atragantaba la suave pendiente. Se trataba de un vehículo prehistórico, pintado de rojo, que resultó ser un coche de bomberos. Extendí una vez más el dedo pulgar.

—¿Hacia dónde va?

—Para Estelí.

—Suba. Le puedo acercar hasta el cruce de Sébaco.

A aquel cacharro le costaba caminar. Oponía una pertinaz resistencia a la segunda marcha. La aguja que marcaba la velocidad estaba encasquetada en el treinta, aunque calculé que no iríamos mucho más deprisa. En el interior de la cabina el aire y los asientos estaban recalentados por el calor emergente de la caja de cambios, situada entre conductor y acompañante. Al poco el chófer paró el motor, descendió y abrió la capota delantera, de la que salió una bocanada de vapor. Estuvimos detenidos unos minutos hasta que el motor se enfrió un poco y le pudo meter una garrafa de agua al radiador.

Continuamos. Al llegar a la altura del cartel que indicaba la desviación para ciudad Darío, el chófer metió la mano debajo de su asiento y sacó un fusil que acopló en un hueco junto al cambio de marchas.

—¿Sabe que es ésto?

—Un arma.

—Correcto. Un Kaláshnikof, un fusil de asalto. Nosotros le llamamos AKA, A de Alexander y KA de Kaláshnikov, porque así se llamaba su inventor. ¿Sabe manejarlo?

—No tuve más remedio que hacer el servicio militar, pero de eso hace ya bastantes años. Apenas disparé una docena de tiros en toda la mili.

—Debajo de su asiento ando otro como éste. Si quiere paramos y le explico como funciona.

—No es necesario. Creo que todos se deben manejar de forma parecida, como las máquinas fotográficas.

—Correcto. No obstante debo informarle que, como habrá observado, éste es un vehículo estatal y que, para la contra, todo vehículo estatal es objetivo prioritario No le ponen mente a si es sanitario, agrícola o apagaincendios. No importa. Para ellos todo es la misma verga.

—Por aquí la cosa parece tranquila.

—Es correcto, compañero. Pero le supongo informado que estos días han habido combates muy fuertes, apenas cuarenta kilómetros más arriba. Sería muy mala suerte que nos tropezásemos con algún grupito de contras, ya que ahorita que los anda corriendo el EPS, tienden a irse hacia a pegar con la frontera hondureña. Pero nunca se sabe. Yo lo vendré a dejar en Sébaco, porque tuerzo para la derecha, hacia Matagalpa. A partir de entonces, ándese con mucho cuidado.

—Espero que si alguien me recoge, sabrá lo que se hace. Como usted.

—No se fíe demasiado.

Hizo una pausa y permanecimos un rato en silencio.

—No quiero ponerme pesado, pero es mi deber advertírselo. Si nos topamos con la contra, ¡ni quiera Dios!, yo no me paro. Aprieto el acelerador y *palante.* Primero me tienen que parar esta mula y luego hay que hacerles *güevo*, como sea. Porque ya se sabe, que si le pillan a uno vivo, ni modo. Por eso le he dicho que si conoce como se maneja este *chunche*. No vaya a creer que, porque le vean con pinta de *chele*, van a ir preguntando.

El camioncito rojo con su pequeña cuba de agua, sus mangueras enrolladas colgando de los laterales y su campana dorada, siguió lento cuesta arriba por aquella carretera desierta, hasta la bifurcación para Matagalpa, en donde algunas vendedoras y niños solían alzar refrescos, comida y hortalizas hasta las ventanillas de los autobuses y camiones. Pero aquel día escaseaba el personal.

Me apeé, le di las gracias al conductor, le deseé buena suerte y caminé unos metros en busca de sombra. Y ante la ausencia de movimiento me dedique a observar como los zopilotes trazaban repetidos y monótonos círculos sobre un cerro cercano.

En una hora, una sola camioneta, que no paró. Como veinte minutos más tarde le hice señas a dos coches que se acercaban con parsimonia, después de haberse detenido a preguntar algo en el cruce. Su velocidad era tan lenta que creí que iban a parar. Sobre los parabrisas, portezuelas y techo habían pegado con esparadrapo unas grandes letras: TV. Pero los periodistas del primer vehículo, al observar mi jeta y atuendo de hombre blanco despistado en montaña, subieron el cristal de la ventanilla, para no perder refrigeración, y con cara de desinterés, le indicaron al conductor, con un gesto, que continuara. Llevaban varios asientos libres.

Quien la busca la encuentra, dice el refrán. Al poco rato, un convoy militar compuesto por más de una docena de camiones tomaba la curva en dirección a Estelí y, no sin cierto apuro, les hice señas. El primer camión no paró, ni el segundo. Pero continué saludando a los conductores, y a los soldados que asomaban sus cabezas por la parte trasera de las lonas que los cubrían. Pero el penúltimo vehículo, aminoró la marcha y paró.

Un joven con un sombrerito caqui calado, hizo señas que indicaban que subiera. Apenas tuvimos que acelerar para seguir la formación, pues la caravana avanzaba lenta y los camiones mantenían una considerable distancia entre ellos, tal vez por seguridad. Al nuestro sólo le seguía un jeep que tiraba de un remolque con la cocina de campaña.

Me acomodé donde me indicaron, un banco plegable de madera fijado a las tablas de la caja, contiguo al sombrerito que me había indicado que subiese. Detrás se veían a las cocineras, unas muchachas vestidas de verde olivo.

El cañón del fusil que reposaba sobre las rodillas del soldado que tenía a mi izquierda, a menudo me apuntaba o golpeaba en el costado, según los meneos. Pero viajaba gratis y no era cuestión de empezar a protestar.

El sombrerito me pidió tabaco. Le di tres cigarros y repartí el resto entre sus compañeros, hasta que se acabó el paquete. Aunque no fumo, tengo la costumbre de comprar un par de cajetillas locales cuando hago determinado tipo de viajes; te abren algunas puertas y te pueden salvar de algún apuro. O, al menos, sirven para quedar bien y pegar hebra.

Una vez prendido el pitillo, el sombrerito me hizo una retahíla de preguntas: nacionalidad, ¿periodista?, profesión, edad, qué andaba haciendo por allí y no sé cuantas cosas más. Aproveché una pausa, para indicarle al colega que tenía a mi izquierda que el fusil hacia arriba

quedaba más bonito. Me contestó que no tuviera cuidado, que llevaba el seguro puesto. Una vez de una escoba salieron siete tiros, decía un sargento en la mili.

El sombrerito me siguió interrogando sobre cómo se vivía en España y cosas por el estilo. Los otros saldados, algunos también con los gorros de camuflaje ajustados para protegerse del polvo, no metían baza, aunque estaban más o menos atentos, riéndose a veces de lo que decía su compañero, el cual me tomaba un poco el pelo.

Como media hora después, el convoy se detuvo. Ajetreo y gritos. Al rato, pude apreciar que el soldado que me daba tanta conversación, aunque no llevaba ninguna distinción externa, era el oficial que mandaba aquella unidad. Como a lo tonto, me había estado sometiendo a un chequeo exhaustivo.

Ya en tierra, continué hacia el principio de la fila. El primer camión estaba detenido ante un puente de unos cuarenta metros de largo. Abajo, entre peñascos, corría un río poco caudaloso. El agua se podía observar por los numerosos boquetes de más de un metro de diámetro que horadaban la calzada del puente. La contra sabía manejar las minas fabricadas en los Estados Unidos.

Era curioso observar el fluir del agua desde aquel puente horadado como un queso comido por los ratones. Al otro lado también había vehículos militares. Un soldado cruzó con cautela inspeccionando los boquetes. Luego un par más, acarreando un tablón y luego otros con más tablones, fueron cubriendo las partes más dañadas. Finalizada la operación, le tocó pasar al primer camión de nuestro convoy, sin soldados, excepto el conductor. El teniente le indicó que avanzase:

—¡Adelante! ¡Al suave, al suave!

Había expectativa, pero no tensión, ya que la estructura del puente no había sido dañada y aquellos soldados parecían estar habituados a aquel tipo de fregados. El camión arrancó, despacio, zigzagueando entre los agujeros y, al llegar a la parte más dañada, maniobró por encima de los tablones. Luego pasó otro camión, y otro, y un vehículo civil proveniente del otro lado. En mitad de la operación empezó a cruzar la tropa y, poco después, estábamos todos del otro lado.

La tarde estaba ya avanzada cuando partimos de nuevo, mientras unos helicópteros nos sobrevolaban. Apenas un par de kilómetros más adelante, volvimos a parar. Cuando saltamos de los camiones comprobé que estábamos a las afueras de La Trinidad y que el panorama había cambiado por completo. Aunque no lo hubieran publicado todavía los

periódicos, el pueblo había sido tomado por la contra tan sólo dos noches antes, la de la llegada de la brigada a Managua, cuando los soldados nos habían hecho dar media vuelta y regresar.

La atmósfera que observaba era de un inusual ajetreo, como si hubiera acabado una fiesta popular o finalizado un carnaval. No podía apreciar lo que en realidad había pasado, sólo hacerme una idea superficial de lo que era el paisaje después de la batalla, que no tenía nada que ver con lo que estaba acostumbrado a ver en las pantallas. Días después, ya en Estelí, las múltiples anécdotas que fui recogiendo fueron conformando la historia que resumo a continuación.

Cuando los soldados nos pararon en la carretera, estaríamos a unos 50 Kms. de La Trinidad y los combates todavía no se habían iniciado. El EPS debía de haber detectado alguna “fuerza de tarea” o grupos dispersos de contras, que luego podían reagruparse para atacar, y había bloqueado la Panamericana. Esa noche, sobre las cuatro, se iniciaba el mayor despliegue ofensivo de la contra en todos los años que duró la guerra. El objetivo era tomarse Estelí y, desde allí, proclamar un gobierno rebelde que fuese reconocido por los Estados Unidos. No lo lograron, al igual que nunca pudieron ocupar un solo pueblo y mantenerlo, pero aquella fue su acción más exitosa.

Una columna de contras, perfectamente pertrechada y vistiendo uniformes como los del EPS, había bajado de un cerro cercano cantando canciones sandinistas. Saludaron a los milicianos que vigilaban los alrededores y penetraron hasta el centro del pueblo. Otros grupos acechaban desde alturas cercanas. Los incursionados, al llegar al parque, corearon “¡Somos los cachorros de Somoza!”, y empezaron a disparar y a tomar posiciones, ayudados por sus camaradas que bajaban desde los cerros.

El pueblo se despertó despavorido ante la tremenda balacera y la confusión consiguiente. ¿Quiénes eran amigos, entre tanto enemigo disfrazado y tantos disparos por todas partes?

La contra fue avanzando y llegó a hacerse con el control de casi todo el pueblo, durante unas horas.

Con el amanecer no llegó la calma, pero al menos se fijaron posiciones, cuadra por cuadra. Los milicianos del pueblo resistían y la contra sabía que el ejército estaría avisado y pronto les caería encima. Entonces emprendieron a organizar la retirada, llevándose secuestrados a todos los pobladores que habían capturado, hombres, adolescentes y mujeres capaces de caminar duro por la montaña. Los rehenes les

servirían de protección, sobre todo para evitar ataques aéreos contra sus columnas. Además los cargaron como mulas con alimentos, municiones y con sus muertos y heridos. En grupos se dirigieron hacia el noroeste, buscando enlazar con las fuerzas de tarea que habían intentado tomar Estelí, para, desde allí, dirigirse hacia la frontera con Honduras.

Las infiltraciones de la contra en zonas pobladas, tenían que ser por necesidad sigilosas y discretas. Uno se tropezaba con un campesino con su saquito al hombro, machete y botas de hule, y no sabía si era en realidad un contra con un arma camuflada que se dirigía hacia un buzón o a una cita con otros guerrilleros. En cambio, las retiradas hacia sus santuarios en Honduras eran temidas por los campesinos que vivían aislados en sus pequeñas chozas o haciendas, o en las humildes casitas de los asentamientos, donde se reagrupaban para defenderse. Porque, al ser detectados y perseguidos por milicianos y ejército, iban perpetrando carnicerías y secuestros allí por donde pasaban, pegándole fuego a casas y cultivos, y arramblando con todo el ganado que podían cuando estaban ya cerca de la frontera, para comérselo en sus campamentos más allá de la raya.

El convoy estaba detenido a las afueras de La Trinidad y la gente, sobre todo los jóvenes, se acercaban a saludar a los soldados. Nuestro teniente sin charreteras era bastante popular y conocía a algunos de los que venían a infórmale sobre los pasados combates. El tono era festivo, nadie hablaba de muertos (aunque los hubo y sus familiares estarían en aquel momento velándolos, o de duelo tras el entierro) y, entre carcajadas y chistes, los muchachos relataban como habían tenido que salir de las casas en calzoncillos, o el miedo que pasó Marwin, o como Edgar se había cagado en los pantalones.

Un par de helicópteros artillados sobrevolaban la zona más al norte de donde estábamos y disparaban a intervalos *rockets* que dejaban tras de sí una estela de humo, explosionando unos cerros más allá sobre objetivos ocultos a nuestros ojos. Por una de las montañas más próximas al poblado descendían numerosos paisanos que corrían dispersos hacia la zona del valle donde se alzaban las primeras casitas. Al mismo tiempo, escuadras de militares ascendían moviéndose con agilidad. Griterío entremezclado con órdenes, zumbido de helicópteros, disparos tiro a tiro o en ráfagas cortas y explosiones intermitentes y lejanas.

El teniente andaba de un lado para otro. Yo procuraba permanecer unos metros detrás de él, para no perderle la pista en medio del barullo.

—¿Dónde te metiste, Faustino? Me dijeron que estuviste toda la noche escondido en un agujero, cagado de miedo, —bromeó el teniente con un jovenzuelo, casi un chavalo.

—No jodás, vos. Si estábamos rodeados y eran más de diez por cada uno de nosotros. Se nos acabó el *parque* y tuvimos que salir corriendo. Sólo andaba una bolsa con menos de 50 tiros que agarré antes de saltar de la cama. ¡Ni quiera Dios!

—¡Te pillaron cogiendo!, compadre.

Se nos acercaron un par de soldados acompañando a un paisano, que se sujetaba con las manos los pantalones, para que no se le cayeran.

—¿Y con éste qué hacemos?

El campesino iba vestido con una camisa raída y sucia. Agarraba con una mano los extremos de la bragueta, a la que le faltaban los botones. Iba descalzo y con los pies enlodados.

El teniente hizo una seña, indicando a los curiosos que se retirasen. Sólo quedaron los soldados que traían al campesino. Permanecí un par de metros detrás.

—¿Dónde lo encontraron?

El campesino se les anticipó.

—Me agarraron con un grupo de gente de aquí no más. Se nos llevaron a la fuerza. Ya usted sabe, capitán...

—Yo no soy capitán, pendejo. Y bien que vos los sabés.

—Lo pillamos más allá de aquel cerro —dijo uno de los soldados.

El campesino tenía cara de crucificado, barba de una semana, medio desdentado. Sin embargo, no parecía tener miedo, pues cuando el soldado continuó hablando, esbozó una mueca, una medio sonrisa que cruzó su curtida cara, como de niño pillado en falta.

—Andaba solo, tipo *dumbo*, como a cinco millas de aquí. No calzaba botas, pero sus pies estaban medio limpios y no tenían ni un rasguño.

Aquello se iba convirtiendo en un interrogatorio y empecé a sentirme incómodo. Una cierta vergüenza de ser testigo de las inquisitivas preguntas a aquel hombre de aspecto humillado, me embargó. Los soldados suponían que era un contra que al verse rodeado se había quitado

las botas y la ropa, y tomado la de algún muerto. Los contras solía descalzar a sus rehenes, cuando había peligro de que se les escaparan, y les quitaban el cinto e incluso los botones, para dificultar su huida.

Me retiré y observé el panorama.

Por la ladera del gran cerro que caía sobre el pueblo, descendía una torrentera de gente multicolor que ahora parecía moverse más despacio, a medida que los helicópteros alejaban su radio de operaciones. La frecuencia de los disparos disminuía y las explosiones de los cohetes se oían más lejanas.

Cuando los soldados se llevaron al campesino, me volví a juntar con el teniente, el cual siguió dando órdenes y recabando información. Al cabo de un buen rato, me dijo:

—Tengo buenas noticias para usted. Va a salir un bus con civiles para Estelí. La carretera está despejada. Mi tropa se queda aquí, pero yo me voy a recibir instrucciones directas del comando. Si quiere puede venir conmigo.

Recorrimos los 17 Km. hasta Estelí sin ninguna dificultad. Habían fletado un bus en el que viajaban algunos heridos de escasa consideración.

—Veo que es bien conocido por estos lugares —le comenté al teniente.

—Aunque soy de Chontales, trabajé un tiempo por aquí y luego estuve peleando en esta zona cuando la insurrección. Siempre a las órdenes de Francisco Rivera, *El Zorro*. ¿Ha oído hablar de él?

No tenía ni idea de quién era *El Zorro*. Más adelante oí su nombre alguna vez, pero diluido entre los de un puñado de comandantes guerrilleros. Años más tarde, en una librería de saldo en Valencia, me topé por casualidad con un libro escrito por Sergio Ramírez en el que a través de una larga entrevista comentada, dibujaba su biografía. Un tipo realmente excepcional, siempre ligado a su ciudad natal, Estelí.

Estábamos entrando a la población y nos recibieron unos cartelones: TODAS LAS ARMAS AL PUEBLO. NO PASARÁN.

Mi teniente guía se llamaba Freddy. Se me ocurrió que podía gustarle el bolígrafo que llevaba en el bolsillo de mi camisa. Con él apuntó en mi libreta su dirección en Chontales.

—¡Siempre a la orden!, —y desapareció a paso rápido, anónimo entre la gente que desalojaba la parada de buses.

Más adelante hablaremos del que fue su jefe, el mítico *Zorro*.

8. La fiebre del oro, el filibustero Walker y las sucesivas intervenciones norteamericanas

El 24 de enero de 1848, se produjo un hecho en apariencia intrascendente, pero que estaba destinado a tener una gran importancia, no sólo en los Estados Unidos, sino en toda la región de América Central. James W. Marshall, obrero del aserradero de John A. Sutter en el American River, valle de Sacramento, descubrió oro. Poco después se desató la fiebre por el preciado metal californiano; nadie quería quedarse al margen de aquellas inmensas riquezas.

Hasta la inauguración, en 1869, del carril transoceánico estadounidense, el viaje entre las costas este y oeste resultaba más rápido, fácil y seguro a través de los territorios situados más al sur del río Bravo. La ruta del oro hizo que tres de las posibles vías de comunicación volvieran a ser estudiadas: la del istmo de Tehuantepec, en territorio mexicano; la del istmo de Panamá, entonces perteneciente a Colombia, y la vía nicaragüense. Gregorio Selser en su libro *Sandino, General de hombres libres*, da detallada información sobre estas rutas.

Mediante el Tratado de Gadsden, impuesto a México en 1853, el presidente de los EUA, Franklin Pierce, había obtenido de este país el derecho a la construcción de un ferrocarril, que nunca llegó a construirse por resultar antieconómico.

El proyecto de un canal a través del istmo de Panamá, estaba dando ya sus primeros pasos, dadas las favorables condiciones otorgadas para la construcción de un ferrocarril interoceánico trans-ístmico, que en 1855 estaba concluido y en funcionamiento.

Mientras tanto, los barcos se dirigían desde Nueva York hasta el río San Juan, lo remontaban siguiendo la ruta de los antiguos filibusteros, y cruzaban hasta la otra orilla del lago, desembarcando en la Bahía de las Vírgenes. Allí transportaban al pasaje en diligencias hasta el puerto de San Juan del Sur, en el Pacífico, a tan sólo 12 millas. En veinte años, siguieron esa ruta hasta California 68.000 viajeros, y 11.000 menos en sentido inverso.

No recuerdo ninguna producción de Hollywood que mencione dicha aventura. Sólo heroicas diligencias atravesando inmensos socarrales y desiertos, asediadas por pieles rojas emplumados y medio subnormales, que se lanzan a pecho descubierto contra los *mausers* y *colts* de los blancos, o se dejan corromper por unas botellas de whisky, organizando una fenomenal melopea colectiva. Podían despabilarse un poco y dejar de repetir siempre el mismo guión y los mismos paisajes.

Sin que los nicaragüenses se lo propusieran, abandonada ya la búsqueda de El Dorado, otra fiebre aúrica les ponía en contacto con otro pueblo, cuyos mandatarios, Franklin, Washinton, Jefferson o Madison, tenían gran predicamento entre los estudiantes y letrados centroamericanos. Pero los visitantes que les llegaban, distaban mucho del modelo que se habían forjado. Pendencieros, borrachos y lujuriosos, "trataban a sus huéspedes con torpeza y brutalidad, procurando obtener con violencia y altanería lo que, con otros modos, les habría sido concedido de buen grado".

Este trasiego interoceánico reactivó la maltrecha economía de Nicaragua pero, a su vez, reforzó la importancia estratégica de la región y desató nuevas codicias, entre las que cabría destacar la lucha entre los propietarios de las diversas navieras por controlar este incesante flujo de pasajeros y sacas de oro.

El dueño de buena parte de aquellos barcos era Cornelius Vanderbilt, el cual había amasado una gran fortuna con sus vapores que surcaban el Hudson. Sus peleas y ardides con sus competidores Albert Sloo, Marshall & Harrisy y las compañías United States Mail y Pacific Mail Steamship Company, fueron legendarias. No estaría de más, un guión cinematográfico que reflejara las peleas, zancadillas, competencias desleales y batallas de precios, entre las navieras que fletaban aquellos barcos que surcaban océanos y se internaban en ríos selváticos, tórridos e insalubres, cargadas de aventureros similares al personaje de Álvaro Mutis, nuestro querido *Maqroll el Gaviero*.

Roto el Pacto Federal Centroamericano, la república de Nicaragua fue gobernada por los llamados Directores Supremos, una suerte de presidentes cuyo mandato duraba dos años.

Continuaron las rivalidades como expresión de diferentes factores económicos. Las ideas dominantes en Granada reflejaban las de los grandes hacendados, cultivadores de café y azúcar. En el puerto de Corinto —abierto tanto al intercambio de mercancías como de ideas— y en León, predominaba la ideología de los pequeños propietarios, artesanos y obreros, así como de la incipiente clase de los comerciantes dedicados al menudeo. Abundaban los motes para designarse

mutuamente. Los conservadores granadinos eran también conocidos como *mechudos* o *calandracas*; sus rivales leoneses, como *desnudos* o *timbucos.* Las diferencias acababan con frecuencia en guerras.

Aprovechando la coyuntura, un aventurero norteamericano, Byron Cole, visitó Nicaragua y propuso a los liberales los servicios mercenarios de 300 expertos tiradores bajo su mando. Además de la paga, si derrotaban a los conservadores, sus huestes serían remuneradas con lotes de tierra. Esta tropa sería comandada por un tal William Walker que, a partir de entonces, daría mucho que hablar.

El 13 de junio de 1855, Walker desembarcó en El Realejo portando documentos que le acreditaban como ciudadano nicaragüense. Le habían nombrado coronel y, además de soldados, tenía bajo su mando a un equipo de baqueanos nicas que conocían el terreno como la palma de su mano.

Su primera batalla, en las proximidades de Rivas, acabó en derrota. Pero pronto se desquitó y, tras una serie de escaramuzas, tomó Granada y logró imponer la paz a los conservadores, que firmaron a regañadientes. Poco después se autoproclamó general e impuso un presidente títere, llamado Patricio Rivas.

Pero los negocios y manejos de Walker fueron de tal calibre, que hasta el presidente Rivas le retiró su confianza. Walker respondió ignorando, a su vez, la autoridad presidencial y nombrando a uno de los ministros nuevo presidente provisional. Rivas hizo un llamamiento a las armas. Walker, en respuesta, se hacía proclamar máximo mandatario, no ocultando sus pretensiones de incorporar la totalidad del istmo a los Estados Unidos. El presidente Franklin Pierce reconoció su gobierno. Desde hacía tiempo dos semanarios de aquel país, el *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* y el *Harper's Weekly*, tenían a sus reporteros, algunos de los cuales eran soldados de Walker, informando de las hazañas del personaje. Uno de ellos comentaba de esta modo uno de los primeros decretos del filibustero presidente: "El decreto de colonización que acaba de ser emitido es de un carácter de lo más liberal y atractivo, y atraerá, no lo dudamos, un vasto número de emigrantes de todas las partes de éste país (los Estados Unidos). Una donación gratuita de 250 acres de tierras baldías se le hará a cada persona soltera que venga al Estado durante la vigencia del decreto … Prueba de seis meses de ocupación y de mejoras, será suficiente para asegurar del gobierno el título de las tierras".

Los desmanes del filibustero Walker fueron tales (llegó a proclamarse también presidente de El Salvador y a restablecer la esclavitud) que provocaron la unificación, en su contra, de todos los pueblos centroamericanos. Estalló la guerra y voluntarios de todos los países acudieron para expulsar al usurpador extranjero. En esta lucha, los países del istmo se encontraron con un amigo inesperado, el naviero Cornelius Vanderbilt, que no veía con buenos ojos la alianza de Walker con sus competidores. Vanderbilt no sólo suministró armas, sino que canceló las rutas de sus barcos hacia Nicaragua, con lo que incomunicó a Walker con los EEUU, dejándole sin refuerzos ni abastecimientos.

Otro error de Walker fue enemistarse con Gran Bretaña, al intervenir y reclamar tributos en la zona de la Mosquitia —en aquella época colonia inglesa—, así como intentar apoderarse del puerto de San Juan del Norte, denominado entonces Greytown.

Walker fue acorralado en Granada, pero logró salvar el cerco, no sin antes dejar en llamas la ciudad. Entre las ruinas dejó un simbólico cartel: *Here was Granada*. Un año después fue derrotado, pero se refugió en un navío de guerra norteamericano que lo llevó a Panamá. De regreso a los Estados Unidos, fue recibido en Nueva York por una multitud que lo vitoreó como a un héroe.

Era cabezón el tal Walker. Tan sólo unos meses después, habiendo reclutado nuevas huestes entre los esclavistas del sur de su país, llevó a cabo un nuevo desembarco en Nicaragua, que acabó en fracaso. Tres años más tarde lo intentó otra vez y, en la isla hondureña de Roatán, se apoderó por sorpresa de la villa de Trujillo. Esto incomodó a hondureños y británicos. Perseguido por los primeros, decidió rendirse ante los segundos, que lo entregaron a las autoridades de Honduras, que condenaron al paredón a aquel aventurero de Tennessee.

Las aventuras de Walker constituyeron el primer paso del intervencionismo norteamericano en la zona. A partir de entonces, las excusas, argucias y presiones para forzar la firma de tratados que les favorecían, fueron tan numerosas que es imposible detallarlas. Sólo con el tema del canal, el filibusterismo gringo de guante blanco dio muchos dolores de cabeza a los gobiernos de México, Colombia y Centroamérica. Vamos a recoger, tan sólo, un ejemplo referido a Nicaragua.

A raíz de un simple botellazo propinado a un ciudadano norteamericano, pasajero de un barco que hacía la travesía del río San Juan, el presidente James Buchanan exigió a Nicaragua una indemnización de 24.000 dólares. Esta reclamación se combinó con antiguas deudas,

reclamadas con urgencia por bancos acreedores gringos. Nicaragua no pagó, bien porque no tenía dinero, bien porque le pareció excesivo el precio de la cabeza rota del gringo. Pero, ese pequeño incidente, le salió bien caro. Un buque de guerra USA bombardeó a conciencia San Juan del Norte y, no contentos con la hazaña, los marines desembarcaron y le pegaron fuego a todo lo que quedaba en pie. Tras esta demostración de fuerza pusieron sobre la mesa un tratado de “amistad, comercio y navegación”, que Nicaragua no tuvo más remedio que firmar, y que abrió el camino para posteriores injerencias e intervenciones.

A la derrota de Walker le sucedieron más de treinta años de estabilidad conservadora, fruto del acuerdo entre las oligarquías de León y Granada. El país era dirigido por una Junta de Gobierno, cuyos caudillos se sucedían mediante acuerdo cada dos años.

Durante la década de los 80, se construyó el ferrocarril que unía el puerto de Corinto con León, que años más tarde se prolongaría hasta Managua y Granada. También se fue tendiendo una red de postes de telégrafo. Los salarios de miseria y el mal trato que recibían los indios que trabajaban como obreros, provocó su sublevación en Matagalpa, siendo brutalmente sometidos y provocando, indirectamente, la expulsión de los jesuitas del país.

En 1893, una revuelta encabezada por un generalote, fue apaciguada por el embajador norteamericano Baker, cuyos oficios decidieron la firma de un acuerdo. Cinco días más tarde, el general José Santos Zelaya, jefe del partido liberal, se levantó en armas, entrando con su ejército triunfante en Managua poco después, siendo designado presidente el 15 de septiembre del mismo año.

Zelaya ejerció con audacia y energía un mandato de tipo caudillista. Al año siguiente de su investidura, retornó el control de la Mosquitia, desembarcando en Bluefields y obligando al jefe mosco a reconocer la soberanía nicaragüense. También se enfrentó con éxito a los ingleses que bloquearon, en represalia, el puerto de Corinto, aunque, debido a presiones internacionales, las cosa no pasó a mayores. Se acordó que Nicaragua pagaría a los británicos quince millones de libras esterlinas, y que éstos se retirarían definitivamente de la Mosquitia.

Zelaya reformó la Constitución para perpetuarse en el cargo, pero ello le costó continuas revueltas, tanto por parte de los conservadores, como de su propio partido. Típico ejemplo de déspota ilustrado, fomentó la instrucción pública, mejoró las comunicaciones, promulgó un código del trabajo y estableció el matrimonio civil. Amparándose en la antigua Unión, ensayó repetidas intervenciones en Honduras y el Salvador. Por último, fue derrocado mediante un complot militar conservador en medio de fuertes tensiones diplomáticas con los EUA, que propiciaron su caída, en la que intervinieron, calentando los ánimos y manejando la desinformación (como en la explosión del Maine, que provocó la guerra de Cuba), los periódicos de W. R. Hearts.

Una supuesta disconformidad del gobernador de Bluefields, el general Juan José Estrada, con la política impositiva del gobierno, desencadenó la rebelión. Zelaya resistió pese a la descarada ayuda que en hombres, armas, municiones y suministros prestaron los buques de la *United Fruit & Co* a los sublevados. Ni siquiera la intervención de los cruceros gringos *Paducah* y *Dubuque*, lo doblegaron. Sin embargo, un acontecimiento menor provocó su renuncia.

Durante la revuelta fueron detenidos un francés y dos gringos. Habían colocado minas en el río San Juan con la intención de hacer volar los barcos del gobierno. Las hicieron estallar sin éxito, pero los pillaron. Reconocida su culpabilidad fueron condenados a muerte. Pese a las presiones gringas, Zelaya no las conmutó. Los EUA adujeron torturas contra sus súbditos Lee Roy Cannon y Leonard Groce, pese a la inexistencia de las mismas, certificada por el cónsul belga. Zelaya se dio cuenta de que no cejarían en su empeño hasta derrocarlo, y dimitió para no darles pretextos para seguir interviniendo en el país, exiliándose en México. En su caída, fue determinante el que intentara cancelar las concesiones de compañías norteamericanas, a la vez que negociaba con otras potencias, la construcción de un canal que competiría con el de Panamá.

En 1910, la Asamblea Nacional eligió a José Madriz como sustituto de Zelaya, con el mandato de que sofocara la rebelión. Las tropas gubernamentales consiguieron rápidos y espectaculares avances, hasta el punto de estar listas para la toma de Bluefields y de su gobernador rebelde, ya que habían capturado el fuerte del Bluff, que cierra la bahía. Pero allí estaba fondeado el buque de guerra gringo *Paducah*, con órdenes de impedir el avance de las tropas lealistas. Mientras desembarcaban marines, el navío *Dubuque* impedía a la nave gubernamental Máximo Jerez que interceptara los suministros que desde Nueva

Orleans, llegaban por mar para los rebeldes. Los norteamericanos, que en aquella época controlaban las aduanas del país, se inventaran una nueva, que bautizaron para que los partidarios de Estrada pudieran cobrar peaje a las mercancías que entraban por el puerto. Incluso cedieron una bandera con las barras y estrellas, para que el general la izara como salvaguarda de sus posiciones. Ante las protestas del gobierno, le fue enviada la siguiente respuesta: "Los comandantes de nuestros navíos harán respetar con los fuegos de sus cañones el comercio [norte] americano, aunque consistiese en armas y municiones para la revolución, y un disparo contra esas embarcaciones significaría declarar la guerra a los Estados Unidos". Importantes empresas gringas financiaban a los rebeldes, interesadas en su triunfo.

Ante tantas presiones, el presidente Madriz renunció. Una semana después, Estrada entraba en Managua sin disparar un tiro, instaurándose un cuadrunvirato integrado por tres generales y un civil, Adolfo Díaz, empleado de una firma norteamericana, que acabaría haciéndose tristemente famoso.

Un nuevo cónsul fue nombrado por los EUA. Se llamaba Thomas G. Dawson y, lo primero que hizo, fue poner a dedo a sus partidarios en el gobierno y en los principales cargos del país, purgar a los partidarios de Zelaya en la administración pública y promover un empréstito con un consorcio de bancos norteamericanos, garantizado mediante un porcentaje de los derechos de aduana, que controlaban los propios gringos.

Los "acuerdos Dawson" fueron mantenidos, lógicamente, en secreto, pero al final tenía que descubrirse el negocio. Estalló la indignación colectiva, pero el asunto degeneró en un auténtico "culebrón" político, con destituciones, encarcelamientos y todo tipo de intrigas, que culminaron con la aprobación, por una Asamblea corrompida y presionada, de un nuevo empréstito con la banca norteamericana, cuyo texto fue presentado en inglés con la orden de que no se variara ni una coma. Los diputados, cuya mayoría no conocía otra lengua que el español, garantizaron con su voto que, en caso de que Nicaragua no amortizara la deuda, serían embargados los ferrocarriles y vapores nacionales.

Ante tamaños desmanes, volvió a imponerse el lenguaje de las armas. El 12 de julio de 1912, el general Benjamín Zeledón, muy popular entre liberales, jóvenes y estudiantes, contando también con el apoyo de algunos sectores conservadores y voluntarios de las repúblicas

vecinas, se alzó en armas y tomó con facilidad Managua, Masaya y Granada. Al presidente Díaz, le faltó tiempo para llamar a sus amigos del norte en su ayuda, que se presentaron raudos en su apoyo.

Los yanquis justificaron su intervención aludiendo "que los banqueros que habían hecho inversiones en los ferrocarriles y líneas de vapores de Nicaragua, en conexión con el plan trazado para el alivio financiero del país, habían solicitado protección". Esta vez los marines desembarcaron en Corinto y se dirigieron, cómodamente en tren, directamente hacia Managua. La capital y Masaya fueron brutalmente bombardeadas.

Benjamín Zeledón resistió en Coyotepe a las fuerzas invasoras. Y aunque los yanquis le mandaron un ultimátum, ni siquiera se dignó en contestar. Finalmente cayó en combate poco después en El Arroyo, al tratar de forzar el cerco de las tropas gringas. La *pax* imperial resplandeció de nuevo y el saqueo legal del país continuó. Para garantizar dicha paz, los yanquis dejaron en el país una tropa y varios buques de guerra que lograron evitar, durante los trece años siguientes de gobierno conservador, que las latentes aspiraciones liberales provocasen nuevas revueltas.

Nicaragua tuvo que pedir más préstamos, a bancos norteamericanos, para sufragar los gastos originados por la guerra. Como contrapartida, dichos bancos adquirían una opción preferencial para la compra del 51% de las acciones de los ferrocarriles, se hacían con el 51% del Banco Nacional y se reservaban el derecho para la compra del 49% de las acciones restantes.

Tras la invasión, Adolfo Díaz fue elegido de nuevo presiente en 1913, con la abstención del partido Liberal y el respaldo de tan sólo 15.000 votantes. Se elaboró una nueva Constitución y se estableció que la moneda oficial sería el córdoba, en honor de Francisco Fernández de Córdoba, fundador de Granada y León.

A Díaz le sucedió el general Emiliano Chamorro. Las elecciones fueron tranquilas pero, por si acaso, allí estaban haciendo prácticas las cañoneras *Chatanooga* y *San Diego*. Para redondear la jugada, en los días previos, el candidato del partido liberal fue citado por el ministro plenipotenciario Jefferson para una entrevista en la Legación norteamericana. Allí se encontraban también militares nicas y asesores gringos y, sin más preámbulos, Mr. Jefferson empezó a leerle al liberal la cartilla, punto por punto. Jamás sería presidente un candidato que no estuviera dispuesto a:

- Aceptar sin modificación los convenios bilaterales actuales.

- Proceder en todos los asuntos económicos conforme a la Secretaría de Estado.
- Aceptar la política [norte] americana para el mantenimiento del orden y la paz en la República.
- Que las fuerzas [norte] americanas estacionadas, pudieran ser retiradas o enviadas nuevamente, según conveniencia de los EUA.
- Demostrar que no perteneció a la administración de Zelaya.
- Demostrar que ni de forma directa ni indirecta hubiera participado en movimientos revolucionarios.

Los liberales rechazaron tales propuestas, no concurrieron a los comicios y Emiliano Chamorro asumió la presidencia, el 1º de enero de 1917, con un discurso en el que resaltó su espíritu de sacrificio y su entrega total a la patria.

A Chamorro le sucedió su sobrino, el cual murió de muerte natural en 1923, siendo reemplazado por el vicepresidente Bartolomé Martínez. Para entonces ya había sido creada la que pronto se haría tristemente famosa Guardia Nacional, entrenada por los marines y encargada de sustituirlos cuando éstos se retirasen. El nuevo presidente resolvió pagar las cuentas pendientes a los norteamericanos, recuperando así los ferrocarriles del Pacífico y el control sobre el Banco Nacional. Además, antes de finalizar su mandato, logró convencer a conservadores y liberales para que se presentasen juntos a las elecciones bajo la fórmula Solórzano (conservador, presidente) y Sacasa (liberal, vicepresidente).

En un país en el que reinaba tanto consenso y armonía ya estaban de más los marines. Éstos se retiraron, tras catorce años, el 3 de agosto de 1925. La ficción duró unos días, pues el 28 de ese mismo mes, se sublevaba el general chamorrista Alfredo Rivas y los vecinos del norte enviaron dos buques de guerra que disuadieron a los rebeldes.

Un mes después, ocupaba la fortaleza de la loma de Tiscapa el general Chamorro. Con la bendición del embajador norteamericano, el presidente Solórzano, delegó parte de sus funciones en el viejo militar golpista, mediante la siguiente circular: "...hemos llegado a un entendimiento con el general Emiliano Chamorro, de carácter políticomilitar, quedando él con el cargo de general en jefe del ejército de la República, durante el tiempo que sea necesario para restablecer el orden constitucional". Chamorro -que representaba los intereses de los bancos norteamericanos- tranquilizó a Washington, aunque para guardar las apariencias, no reconoció al golpista.

De este manera continuó un folletín político colmado de conspiraciones, traiciones e, incluso, cuernos, que finalizó con la designación a dedo del ex presidente Díaz como nuevo prócer. Luego vino la rebelión del general Moncada —antes conservador y ahora liberal— contra Díaz, y un nuevo llamado presidencial a la intervención norteamericana en su apoyo.

El 24 de diciembre de 1926, un nuevo desembarco de marines tuvo lugar en Puerto Cabezas y los gringos asumieron el poder fáctico. El económico ya estaba en sus manos. Pero como la rebelión de Moncada se extendiera por otros puertos del Caribe y la zona del Pacífico, tuvieron que llegar más refuerzos, juntándose, bajo el mando del almirante Latimer, un total de dieciséis buques de guerra y miles de soldados.

Los diarios de Nueva York publicaban un cable en el que se leía que el presidente Adolfo Díaz "desea que los Estados Unidos asuman la protección de Nicaragua durante cien años prorrogables". Ese deseo fue llevado al Congreso norteamericano y aprobado. En palabras de Gregorio Selser, los marines "además de quedarse *en* el país, trataban de quedarse *con* el país".

Hubo ondear de banderas barriestrelladas por doquier. En Managua, el Campo de Marte, que los generales habían erigido en honor del dios de la guerra en el centro de la ciudad —por cuyas aceras todavía se puede pasear y que semeja un hipódromo— estaba tomado por los marines, al igual que la fortaleza de Tiscapa, que domina toda la urbe, donde izaron una bandera descomunal. Ante tales demostraciones, el encargado de negocios británico preguntó de modo oficial si la República de Nicaragua había dejado de existir.

Los bancos yanquis volvieron a negociar con el gobierno títere créditos para que el ejército cipayo que los apoyaba se armara, equipara y alimentara de modo digno, quedándose o controlando, a cambio, lo poco de valor que le quedaba al país. Los embajadores gringos, cuando dejaban el cargo, ingresaban en los consejos de administración de los bancos a los que tan bien habían servido, más allá de las fronteras del río Bravo.

Así transcurrían los días, en lo que fue un prototipo de república bananera.

9. Hacia las montañas del norte

Los cuervos caminaban a saltitos por el tejado de uralita de la casa de Delma, tac, tic, tac,… como si fueran un despertador desincronizado. Amaneció nublado, pero no parecía que fuera a llover. La época de lluvias estaba llegando a su fin.

Ajusté el equipaje en mis mochilas (lo imprescindible y más valioso en la pequeña), dispuesto para la partida. La parte "elegante" de mi indumentaria se quedaba en Managua.

Frente a la casa unos muchachos en moto iban repartiendo periódicos. El de detrás los extraía de una bolsa, enrollaba, ponía una gomita, y los lanzaba tras la valla de los patios.

Desayuné en una casa de la vecindad en la que habían abierto dos barras, como de bar, en los lados de la esquina, una especie de quiosco donde servían desayunos, sólo desayunos y siempre el mismo desayuno popular: casi medio litro de leche agria casera en un tarro de cristal que hacía de vaso, frijoles, arroz, tortilla de maíz y cuajada.

Tomé la ruta 119 que me dejó en el mercado de Roberto Huembes, de donde recordaba que partían los buses del norte, tal como me había confirmado Delma.

Nunca le digas a un nica si tal cosa está o sigue en tal sitio, pues aunque no lo sepa, te dirá siempre que sí. Del mismo modo, cuando por la calle preguntas una dirección, hay que hacerlo por lo menos a tres personas diferentes, pues parece que les dé vergüenza el no conocer y siempre te mandan, con absoluta seguridad, para algún lado, aunque esté en la otra punta. Los buses para Matagalpa, hacia donde me dirigía, salían ahora del mercado del Mayoreo, ruta 110. Con las mochilas, en una hora punta, volví a la carga.

Nada más llegar, partí, y sentado. En otros tiempos eso era estadísticamente imposible. Había que hacer siempre colas y cuando te tocaba el turno, dejar pasar a la gente y esperar el siguiente bus, si querías tomar asiento. A menudo, cuando creías que te iba a tocar, los más jóvenes saltaban hasta las barras de la baca y se encaramaban para deslizarse por las ventanillas, mientras el cobrador bloqueaba con su panza la puerta de entrada, dejando pasar, de uno en uno, al resto del pasaje que había respetado la fila. Además, siempre había algunas plazas que ya venían con bultos encima, a modo de reserva, para allegados del chófer y sus ayudantes.

Antes de arrancar, el representante farmacéutico de un “prestigioso” laboratorio salvadoreño había subido para ofrecer, a grito pelado, pastillas para prevenir la pérdida del feto durante el embarazo. También Neurobión, píldoras para el cerebro y la pérdida de memoria, con vitaminas para remediar los más diversos males, hierro, calcio y fósforo. Mi vecina, una simpática viejita, compró porque ya las conocía.

—Una vez se me desbarató la mente un poquito y me la ajustó.

Pasamos el aeropuerto y luego llegando a Tipitapa, famosa por la cocina del pargo pescado en el lago Xolotlán, que quedaba a nuestra derecha. La doñita tenía ganas de platicar. Antes del triunfo, la guardia le había matado al hijo mayor, “un chavalo todavía”. Pero ahora iba a votar conservador, porque tenía un yerno que iba para diputado por ese partido.

Consulté mi guía turística: “la carretera Panamericana va hacia el norte internándose en los departamentos de Matagalpa, Estelí y Madriz, regiones de montañas y fértiles valles llenos de cultivos y ganado. El clima es más fresco que en las tierras bajas. Esta región de Nicaragua tiene un carácter propio. Muchos viajeros se enamoran de ella”. Por sus abras y quebradas caminaron Sandino, los muchachos del Frente, los ex guardias somocistas y la contra.

En las paradas voceaban periódicos. Desde la ventanilla compré *La Prensa*, el diario que fue primero liberal, luego derechista y ahora progubernamental. En los últimos tiempos de la dinastía Somoza, desde sus páginas se criticó valientemente a la dictadura, y ello le costó la vida a su director, Pedro Joaquín Chamorro, esposo de Violeta Barrios, que en 1990 sustituyó a Daniel Ortega en la máxima jefatura de la República. El titular destacaba en la primera página: LECHE REGRESA A SU PRECIO. La semana anterior la habían subido un 50%, pero estábamos a una semana de las elecciones y, por decreto, la volvieron a bajar.

La Panamericana se parece ahora a nuestras carreteras nacionales de hace cuarenta años. La estaban dejando *nuevita* con los fondos de ayuda que todavía llegaban tras la catástrofe provocada por el huracán Mitch. Pero aún quedaban tramos sin restaurar que recordaban las condiciones en las que se encontraba la arteria principal del país tras la insurrección final contra Somoza, y los posteriores diez años de guerra y bloqueo: remiendos parcheados con grava o cemento, socavones señalizados con piedras, teas advirtiendo un agujero durante la noche.

Fueron quedando atrás San Benito, Las Calabazas, Ciudad Darío —la antigua villa de Metapa, donde nació el poeta—, el desvío hacia Terrabona —de resonancias lingüísticas catalanas— y Sébaco —tradicional punto de compra de cebollas en la carretera, *ceba* en catalán, pronunciada con ese—, y los cerros fueron convirtiéndose en montañas. Dejamos entonces la Panamericana para dirigirnos hacia el este. Le dije adiós al Momotombo, que seguía envuelto en la nube de su sempiterno puro encendido, por unos días.

La duración del viaje hasta Matagalpa es de dos horas. El billete costó 20 pesos. A partir de entonces empecé a calcular el tiempo del viaje, no por los kilómetros, sino por el precio del trayecto. La media resultó ser de 10 córdobas por hora. Con ritmo de salsa en la radio del bus, entramos en la ciudad. Esta vez tardamos tres horas.

Durante el trayecto, diversas tonalidades del verde acompañarán al viajero durante los meses de lluvias. Luego el terreno se irá secando poco a poco y todo irá poniéndose pardo y marrón, excepto las copas de los árboles y el cielo, sin una sola nube durante el siguiente medio año. Al final de la temporada seca, la quema de potreros para fertilizar la tierra y matar las larvas de los insectos, junto al calor acumulado en la tierra, dará a los campos un aspecto inhóspito y espectacular. Los campos se convierten en pura candela.

Matagalpa es la capital de la región del mismo nombre, la más cafetalera de toda Nicaragua. También fue cuna de Carlos Fonseca, fundador del Frente Sandinista.

Dice la *Lonely Planet* que Matagalpa "es una grata y apacible ciudad de montaña a orillas de un río, el Grande de Matagalpa". Cercano a su nacimiento, es chiquito aquí, pero se va convirtiendo en uno de los más grandes del país a medida que se abre paso hacia su desembocadura en el Caribe. Es, después del Coco, el segundo cauce fluvial más largo, 465 Km. El libro *Geografía dinámica de Nicaragua*, de Jorge Incer, edición del 2000, le atribuye 128.811 pobladores. Pero, como ocurre en casi todas las ciudades nicas, especialmente las de montaña, el núcleo urbano es mucho más reducido y no debe de superar los 60.000 habitantes, pues en el censo se incluyen distintos poblados o asentamientos que pertenecen a la municipalidad, aunque disten bastante del área metropolitana.

Matagalpa tiene dos plazas, en extremos opuestos. Cada vez que preguntaba como llegar a la plaza la gente ponía caras extrañas; no me entendían. Alguien me habló del parque. En Nicaragua, toda plaza

mayor que se precie, muestra con orgullo su parque. Una vez allí, me refugié en el restaurante NY-PAY a reparar líquidos y a acabar de leer el periódico. A esa hora de la mañana sólo tenían *fupons*, que resultaron ser frescos con gaseosa, especialidad de la casa, servidos en vasos de botella seccionada a la antigua usanza.

El parque se llamaba, ¡qué casualidad!, Rubén Darío. Entre majestuosas palmas reales, acacias de flores amarillas y robustos mangos, un monolito central con medallón de bronce, donado por Brasil, conmemoraba el cincuenta aniversario de la muerte del vate, *Príncipe del Verso Castellano*. En el lado este, la iglesia de San José con su distinguida fachada adornada con seis columnas encimadas por volutas. Su interior, recientemente remozado, era de diseño moderno, a excepción de las columnas cubiertas de estuco y rematadas con capiteles corintios.

Caminando hacia el norte por la avenida principal —que conservaba el nombre de José Benito Escobar, un miembro de la Dirección Nacional del FSLN caído en combate años antes del triunfo—, llegué al otro parque, el Central, en donde se encuentra la catedral, nueva, grandota y enfrentada al palacio episcopal. De la catedral dice Tomás Borge —fundador y dirigente del FSLN, nacido y criado en Matagalpa— que "semejaba una fruta cerca de la inmolación; respetable como viuda madura, sólida como un burócrata a punto de jubilarse". El jardín era coqueto y bien dotado de árboles. Acogía la estatua de José Dolores Estrada, héroe de la batalla de San Jacinto, en la que un grupo de nicaragüenses, sitiados por los filibusteros de Walker, lograron salir victoriosos. Cerca del monumento, un quiosco de música.

Me senté en un banco de cemento, donado, según rezaba la inscripción, por la farmacia La Cristiana, situada enfrente. Desde allí se podía ver un conjunto escultórico de hormigón que recordaba la última insurrección: tres guerrilleros en diversas posiciones dinámicas de combate. Mi guía situaba el restaurante popular Héroes y Mártires Anónimos en una esquina del parque, pero había pasado a mejor vida. Me informaron que la dueña había abierto otro local dos cuadras al norte y una al este, donde La Rosalinda, un almacén de tejidos en un edificio de tres pisos, el más alto de la ciudad. El nuevo negocio llevaba el nombre de Comedor Popular y ocupaba un chaflán con murales del Che y de apoyo electoral al Frente. Uno de los murales estaba firmado por la Casa de Nicaragua en Barcelona, y el local era una donación de la ciudad de Tilburg, Holanda. Me sirvieron un suculento plato típico, con una especie de albóndigas en salsa. Fui el único cliente.

El museo Casa Cuna Carlos Fonseca, donde nació el fundador del Frente, abría de 9 a 12 y de 14 a 17. Eran más de las dos, pero permanecía cerrado. Desde hacía un tiempo, me comentaron. Era una humilde casa colonial de una planta, que ocupa un chaflán a una cuadra del parque. Pintada de blanco, sin ventanas, con tres puertas verdes y techumbre de tejas, se conservaba bien y destacaba entre las colindantes, que habían sido remozadas o reemplazadas por viviendas modernas. Tomás Borge escribió cuando su compañero y amigo cayó en combate: "Carlos es de los muertos que nunca mueren". Al menos su casa natalicia restaba intacta. ¿Dónde habrían quedado la pureza de sus ideales?

Mi deambular me llevó hasta la floristería Lirio de los Valles, de flores de papel. Matagalpa era grata de pasear. El núcleo urbanizado es bastante llano y, desde cualquier punto, se podían contemplar los empinados cerros que la circundan, repletos de casitas, chabolas y champas de techos de hojalata y uralita, protegidas por grandes árboles. Una inmobiliaria podría añadir " y con excelentes vistas al parque", pues desde la plaza las visualizaba como si fueran terrazas integradas en la misma.

Cruzando el río se llegaba a la COTRAN. No tardé mucho en partir.

Tomé el bus para Jinotega, sólo para hacer once kilómetros y bajarme en el cruce de la Selva Negra. Nada más dejar Matagalpa, el camino se empina con rapidez y, desde la altura, se contempla con nitidez la ciudad y las colonias de minúsculas viviendas que la circundan, trepando sobre los cerros o desparramándose a lo largo del valle. Dice Tomás Borge que desde aquí, "se domina la pequeña ciudad que parece una cuchillada certera". Enseguida empiezan los primeros cafetales y algún pequeño beneficio de café. En el bus sonaba una canción : "solamente la puntita, un poquito pa dentro, un poquito pa fuera, mete y saca, uh, ah, mete y saca, uh, ah,…"

Hotel de Montaña y Cabañas Selva Negra, 3 Km., rezaba el cartel. Me apeé frente a una tanqueta inutilizada durante la ofensiva final sandinista. El camino se iniciaba cuesta abajo y comencé la caminata con paso alegre; eran las tres de la tarde y quedaban otras tantas de luz. A ambos lados crecían las plantas de café, en algunas de las cuales ya se

veían algunos frutos rojizos que pronto estarían listos para el corte. Entre las plantaciones alternaban cedros, pinos e imponentes ceibas. Como en toda zona cafetalera, abundaba el agua y los arroyos. Las matas eran pequeñas, les calculé unos cuatro años. Todo el camino estaba bordeado por palmas y helechos, plantados y cuidados como si se tratara de un jardín. Tenía la sensación de estar haciendo uno de los paseos más bonitos de mi vida.

De vez en cuando alguna casa campesina. Iba pensando en la cuesta arriba que me tocaría a la vuelta y en que en pocas horas se haría de noche, cuando oí el motor de un automóvil. Hice auto-stop, paró y subí al cajón de una camioneta, una *pick-up* de doble cabina, cargada con grandes lecheras. Mi acompañante era una campesina que también había hecho *raid*.

Sujetarme fuerte a los hierros del chasis y sentir el fresco en el pecho me llevó a rememorar un sin fin de etapas realizadas del mismo modo, muchas veces muy duras, pero siempre estimulantes y mucho más rápidas que con el transporte público. En una de ellas, un accidente aparatoso, pero sin consecuencias, en la que salí volando hacia delante mientras la camioneta encallaba en un zanjón.

Salté de la camioneta en un control con barrera a la entrada del hotel. Me pidieron 25 pesos por pasar, pero daba derecho a una consumición en el comedor. Abrí la guía: “es uno de los hoteles más famosos de Nicaragua. Es un poco caro, pues la cabaña más barata cuesta 45$ por noche, pero uno puede ir allí a pasar el día y disfrutar del restaurante, la laguna y muchos kilómetros de senderos por la Selva Negra. Entre los animales que pueblan la selva hay monos congo (aulladores), monos aracnoides, ocelotes y perezosos. La selva es renombrada por sus pájaros. Es mejor observar las aves de madrugada o al atardecer; usted verá quetzales, tucanes, pájaros carpinteros, colibríes, reyezuelos y halcones”.

No vi monos, pero oí sus gritos, que sonaban en la montaña como rugidos. Tampoco topé con quetzales ni tucanes, aunque lo cierto es que exploré poco los senderos; sólo transité un rato por los más trillados, poco más que trochas aptas para caminar en fila india. Pero pude disfrutar de un atardecer de una solemne tranquilidad a la orilla de una laguna con cisnes y patos, entre cuyos juncos revoloteaban los colibríes, mientras conversaba en inglés con una entusiasta sindicalista alemana, saboreando un té helado.

La niebla comenzaba a descender sobre la maraña de hibiscos, palmas y cedros, e inicié el regreso. Dentro del propio complejo hotelero hice señas a una camioneta, que paró. Al volante una mujer chiquita y canosa, con pinta de monja y acento nica, que hablaba en inglés con dos muchachas que me acompañaban en los asientos traseros. Resultó ser una alemana a la que trajeron sus padres a vivir a Nicaragua a los cuatro años.

—Las muchachas están estudiando. Les hablo en inglés para que aprendan.

Muchos alemanes se habían convertido en finqueros en épocas pasadas. Una placa del hotel recordaba a Luis Eister y su esposa Katharina Braun, primeros inmigrantes alemanes, los cuales trajeron el café a Matagalpa en 1858.

Apeado de nuevo junto a la tanqueta esperé el bus para Jinotega. No circulaban casi coches, pero sí campesinos con machete, a pie o a caballo, que saludaban con un gesto leve de cabeza. Se me tiraba la noche encima y decidí hacerle auto-stop a cualquier cosa que se moviera. A los camiones se le atragantaba la cuesta arriba. Una caravana de camionetas del PLC con sus banderas rojas desplegadas, escoltada por otras de la policía, se detuvo en la curva. Bajaron y se pusieron todos a mear.

Se escuchaban truenos cuando me paró una Nissan. En la caja tres hombres acoplados alrededor de un frigorífico industrial.

La carretera de Matagalpa a Jinotega, 34 Kms. más al norte, es una de las más pintorescas de Nicaragua. Aún al final de la estación seca, cuando el resto del país —exceptuando la selvática y despoblada Costa Atlántica— está reseco y marrón, estas montañas permanecen verdes y frescas. Junto a las cunetas hay puestos donde se venden zanahorias, repollo, tomates, bananas y flores, muchas flores, cosa poco común en el resto del país. Anna Cortadas, que recoge es su libro testimonios de cuando la guerra, la describe así: “las curvas cerradísimas y la lentitud con que obligatoriamente circulaban los vehículos la convertían en terreno abonado para las emboscadas. Los heridos llegaban continuamente al hospital militar del pueblo”.

Sólo la había transitado una vez con anterioridad, pero la sensación de contemplar bellos paisajes verdes con montañas azuladas al fondo, permanecía nítida en mi memoria.

Los que viajábamos en la caja, entre el escaso espacio que dejaba el frigorífico, hablábamos poco debido al viento, la velocidad y las curvas que nos hacían amarrarnos duro para no ser botados a la carretera. Uno de mis compañeros —que se tapaba la boca con un pañuelo porque le acababan de sacar dos muelas— resultó un excelente botánico, conocedor incluso del nombre científico de algunos árboles de la zona. Fue señalando y designando: palo-malo, roble-encino, ciprés (abeto, para nosotros), ocote, chilamete, jícaro. Tras una revuelta descubrimos Jinotega al fondo de un amplio valle. Una cruz en lo alto de una montaña, iluminada con neones, velaba la ciudad durante la noche que ya nos caía encima.

Descargaron el frigorífico en un taller, junto al mercado. Desde allí me dirigí hacia el centro en busca de alojamiento. Jinotega está apartada de las rutas del turismo convencional (¿cuándo ha habido turismo en Nicaragua?) y no hay muchos hoteles buenos, dice la guía. Detrás de la iglesia encontré dos hotelitos, pero yo buscaba uno con un patio interior repleto de plantas donde pasé una noche de gratos recuerdos. Me indicaron que no habían más por la zona. Como estaban uno frente al otro, inspeccioné los dos. El Doña Rosa era muy cutre y el Alojamiento Mendoza, modesto y limpio, ofrecía habitaciones con baño por 30 pesos. En el comedor un gran retrato del Che.

Jinotega es una apacible población de 33.000 habitantes, capital de un vasto departamento del mismo nombre que se extiende al noroeste hasta la frontera hondureña. Goza de una temperatura agradable pues está situada a 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar y yace al fondo de un valle en medio de pintorescos cerros. Se la conoce también como la Ciudad de las Brumas. Es tranquila, pero soportó cruentos combates en sus calles y en las montañas que la circundan durante y después de la revolución. Un mural en la plaza daba testimonio de aquellas refriegas: recolectores de café, con rifles a la espalda, intentaban asaltar la vieja cárcel somocista, hoy centro juvenil.

Busqué el pequeño monolito de cemento rojinegro en homenaje a Germán Pomarés, que creía recordar, y nadie me dio razón. Me dijeron que, como unas siete cuadras hacia el río, había un monumento en su memoria. Tal vez lo había soñado y nunca había existido o, tal vez, el suprimirlo de la plaza había sido una decisión del nuevo consistorio liberal.

La iglesia no lucía muy atractiva, pero su interior albergaba magníficas obras de arte religioso, estatuas y cientos de detalles entre los que destacaba el Cristo Negro de Esquipulas, que con sombreo de paja y

cara campesina andaba con una lanza conduciendo una yunta de bueyes. Otro Cristo estaba recostado en el tronco de un árbol, con pose sensual.

Desde la mesa del Alojamiento Mendoza, mientras le metía al cuerpo una *comida corriente*, veía la cruz iluminada del cerro. El comedor estaba repleto de propaganda electoral sandinista y algún que otro símbolo revolucionario, ya añejo. En la mesa contigua, se había montado una tertulia entre un tipo recién llegado y la gente de la hostería. Era un hombre recio, de pelo crespo y entrecano, y cara picada de viruela, que se dirigía con persuasión a sus paisanos, convencidos de antemano. Comentaba la privatización de la enseñanza, que los hijos de los obreros ya no podían ir a la universidad, que había que pagar las medicinas en los hospitales, … preocupaciones similares a las nuestras, en un contexto totalmente diferente.

-Soy obrero y por eso soy sandinista -dijo a modo de conclusión-. Ya saben el 4 (día de las elecciones), en la 2 (casilla de su partido).

El libro que andaba leyendo, escrito por el sociólogo Oscar-René Vargas, recogía este dato: en 1990 el 75% de los niños iban a clase, mientras que diez años después, el 75% no asistían.

Me fui a dormir. En el pasillo, un cartel de la policía mostraba un decálogo de normas de conducta y advertencias sobre licores y visitas. Una de ellas: “No salir de sus cuartos sin sus prendas de vestir”.

Las sábanas estaban más frescas que de costumbre y tuve que acomodarme bajo una cobija. Unos grillos al otro lado de la pared, que sonaban tan cercanos que parecían despertadores, acompañaron mis recuerdos y mis sueños.

Mi memoria tenía que callejear aquella noche, por necesidad, por los laberintos que conducían a Lucía, a lo largo de un viaje que nos llevó desde Estelí hasta Jinotega, no sé si para descubrir algo nuevo o para descubrirnos a nosotros mismos. Quien tenga un mapa detallado para comprobarlo, observará que el camino más cercano entre las dos ciudades pasa por La Concordia, pero entonces, esa zona de altas mesetas

era un área por la que operaba con frecuencia la contra y no había ningún transporte que hiciera esa ruta. Había que dar un gran rodeo por Matagalpa.

Estábamos recién llegados de España y con dólares frescos en el bolsillo, disponíamos de poco tiempo para disfrutar y, ante la imposibilidad de otro medio de transporte hasta el día siguiente, tiramos de taxi a partir de Matagalpa. El camino se nos hizo muy corto. Al llegar a Jinotega el taxista se informó de cómo estaba la situación y se negó a continuar. Creo que le ofrecimos el doble de pesos de lo convenido y continuamos unos kilómetros más, hasta que el ejército nos dio el alto y nos obligó a dar marcha atrás. Aquella noche dormimos en Jinotega, en un hotelito lindo, de pocas habitaciones corridas a lo largo de un patio lleno de hibiscos, pequeñas flores y helechos.

Cayendo ya la noche, advertimos cierto revuelo al llegar al parque. Nos sorprendió que hubiera sacos terreros, al modo de parapetos, en las esquinas y algunas aceras. Los sacos llevaban ya allí algún tiempo, pero el movimiento de jóvenes armados y milicianos se debía a que en breve iba a comenzar un simulacro de ataque, un entrenamiento para que la población supiera lo que tenía que hacer en caso de que un día se diera en realidad. Debíamos regresar a nuestro hotel; era peligroso deambular por la calle, ya que el operativo se hacía con fuego real. La gente permanecía en las puertas de sus casas, como si esperara a que fuera a pasar por allí la procesión.

Empezaron a repicar las campanas de las iglesias. También aullaron unas sirenas como de fábrica, aunque no las hubiera. Chavalos y muchachas prendieron fuego a algunos neumáticos viejos que se habían colocado en la encrucijada de algunas calles, mientras que un coche de bomberos hacía sonar su alarma, que se mezclaba con las de las ambulancias y coches de policía. Todo ello en medio de una estrepitosa balacera.

Estábamos protegidos de las balas que podían caer del cielo, ya que la gente disparaba al aire, por el tejadillo del hotel. Nuestros vecinos nos invitaron a participar en el jolgorio. Lucía pegó unos cuantos tiros de pistola y a mí me pasaron un Kaláshnikov. Desde la mili no había pegado un tiro. Me indicaron que llevara cuidado en no darle a los cables de la luz. Descargué un *magazine* -así llaman los nicas al cargador-, tiro a tiro, para que durara más.

La disparadera empezó a amainar como al cuarto de hora y, cuando sonaron de nuevo las sirenas, cejó por completo. Había llovido hacía poco y el denso gris de las nubes presagiaba más agua. Los neumáticos seguían ardiendo y alzando columnas de humo. La gente comentaba y reía. La guerra parecía tan distante como las Fallas de mi pueblo.

Lucía y yo estuvimos largo rato conversando en nuestra habitación. No nos habíamos dormido todavía cuando escuchamos detonaciones y ráfagas lejanas. Debían haber enfrentamientos a pocos kilómetros. Al final nos dormimos, aunque de vez en cuando se escuchaban disparos.

Cuando a la mañana siguiente intenté salir del hospedaje, el comedor se había convertido en un garaje, la puerta estaba bloqueada y la custodiaba un gran perro. Otro huésped también deambulaba por la oscuridad, pero conocía donde dormían los dueños. Pegó unos golpecitos en una puerta y el patrón, con cara legañosa y de pocos amigos, nos facilitó la salida.

En la calle todavía era de noche. Antes de partir quise localizar el monumento a Germán Pomares, cuya cara, bajo un sombrerito militar, estaba impresa en los antiguos billetes de tres córdobas. A Pomares en la montaña todos le conocían como *El Danto*, un pájaro de plumaje negro azulado que vive en las selvas y cuya voz parece un mugido débil.

Mientras me dirigía hacia las afueras del pueblo, en busca de su recordatorio, siguiendo las indicaciones que me habían dado la noche anterior, me iba cruzando con obreros tempraneros, señoras y niñas que acarreaban palanganas de maíz para tortillas, ya triturado y amasado en los molinos, y deportistas que corrían por las calles.

El pueblo acababa en una barranca salvada por un viejo puente de hierro. Abajo, entre cañaverales y bajo un sauce, se encontraba un prisma triangular de cemento, pintado con los colores emblemáticos del Frente, erigido en memoria de *El Danto* en el lugar donde cayó intentando tomar Jinotega. Estaba rematado por una pirámide de tubos de hierro, que convergían en una estrella roja. Sobre ella, una bandera de metal en cuyo mástil eataba escrito: POMARES.

Las lluvias habían convertido los alrededores en un barrizal, los caballos comían cerca y las vacas, y algún que otro paisano, me miraban desde más allá de las púas de espino de los corrales y potreros cercanos, mientras tomaba notas y la mañana empezaba a clarear. "Si un hombre es honesto, siempre estará cerca de los oprimidos, de los que son torturados. También le diría que fuera humilde. Reconocer un error significa que uno puede empezar de nuevo", decía la leyenda.

El general retirado Hugo Torres, que fue el Comandante Uno en la toma del Palacio Nacional y que, unos años antes, también se encontraba entre los asaltantes de la casa de Chema Castillo, repleta de dignatarios y embajadores, durante la celebración navideña de 1974, comandante guerrillero y amigo de Germán, siendo responsable político del EPS, le escribió este poema, publicado en *Poesía Libre*, revista del Ministerio de Cultura, del que extraigo algunas estrofas:

Vos
corneto
requeneto
espaldas anchas
ojos rojos
que temblaste cuando te ibas a operar
porque te recordó la tortura.

Vos
que venciste a la cagadera,
al reumatismo,
a la artritis
a la ignorancia
al atraso de siglos,
que fuiste capaz de hacer preso lo que nosotros
no hicimos legales…
que bailabas
como negro…
que fuiste obrero,
obrero agrícola,
electricista,
campesino,
beisbolero,
cantante,
guerrillero (…)

Vos
que hiciste que venciéramos el miedo,
la cagazón,
los temblores
de los nervios débiles
de la conciencia tierna, recién nacida.

Vos
que continuás tu vida,
tu historia
en nosotros (…)

En definitiva, sabiendo que sos vos
¿quién se aflige?

El bus para el Paso Real de Cuá —aunque todo el mundo lo llama El Cuá— salía a las seis, pero estaba vacío y demoraba su partida. El Cuá era una escala obligatoria en mi ruta hacia El Bocay, siguiendo el rastro de otro muerto, de otra tumba. El camino se las prometía duro, así que aproveché para desayunar.

En el cafetín de madera se hablaba de política, o mejor, se ironizaba y se hacían chistes políticos.

—¿Cuándo levantaremos cabeza después de aguantar a un capazo de haraganes?

Lo más apetitoso de la casa, unas magdalenas envueltas en plástico, a las que llamaban pudin, y el café negro que, como de costumbre, lo sirvieron añadiendo agua a unas cucharadas de café soluble. ¡En la región más cafetalera del país!

—Si Nicaragua tuviera estómago, cagara por Jinotega— despotricaba un parroquiano.

Los puestos del mercado iban invadiendo paulatinamente la estación de autobuses. Algunos tenderetes se instalan tendiendo tablas entre los

respaldos de los bancos de cemento para la espera. En una *manta*, rudimentaria pancarta, se leía: “No a la privatización del mercado”. En otra: “No dé agua a su bebé en los primeros meses. Sólo leche basta”.

Partimos dando saltos por un camino lleno de baches. Luego la carretera mejoró, pero abandonamos definitivamente el asfalto. Por delante cuatro horas y media hasta el Cuá y tres más hasta Bocay. Un buen entrenamiento para las nalgas.

Aproveché para retomar la lectura histórica. Por estas tierras anduvieron pateando y a caballo, hace unas décadas, los alzados de Sandino.

10. Sandino y otros muertos más cercanos

En 1927, diez años después de la Revolución de Octubre, no había ningún peligro de que las ilusiones bolcheviques se instalaran en la mente de ningún revoltoso tropical, con mínimas posibilidades de éxito. Pero los EUA estaban alertas y ponían hipotéticas amenazas sobre la mesa, a la hora de negociar o intervenir en las repúblicas del sur de sus fronteras. La injerencia llegó a tales extremos, que hasta el diplomático y cauto Rubén Darío llegó a escribir:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

Ese mismo año Sandino, que cumplía treinta y dos, empezó a ser conocido en su país, aunque sólo como uno de los muchos locos que se alzaban en armas y adquirían cierto renombre.

Augusto César Sandino nació en 1895 en Niquinohomo, un pueblito del departamento de Masaya, al sur de Managua. Su padre era un mediano propietario agrícola y su madre una campesina mestiza.

Siendo un joven estudiante de comercio fue al entierro del general nacionalista Benjamín Zeledón y le causó una profunda impresión el contemplar el cuerpo sin vida del militar, atravesado en un caballo y paseado por sus enemigos, para escarmiento de potenciales rebeldes.

Cuentan que, por haber dado muerte a un hombre —no se sabe bien por qué, ni en qué circunstancias—, se vio obligado a abandonar su país en 1921. Desempeñó varios oficios: en La Ceiba, Honduras, fue vigilante de un ingenio azucarero; en Guatemala mecánico en unos talleres de la United Fruit Company; en Tampico, México, mecánico para la Huasteca Petroleum Company. Allí vivió de cerca los avatares de la revolución mexicana y las campañas de desestabilización lanzadas por las petroleras gringas —siempre respaldadas por la Secretaría de Estado y por importantes periódicos—, encaminadas a derrocar al presidente Obregón.

Un cierre patronal de las petroleras, dejó en la miseria a miles de obreros, entre ellos a Sandino y a sus compañeros de la Huasteca. Por aquel entonces, Augusto César ya andaba afiliado a una logia masónica, había hecho sus primeros pinitos sindicales y se había puesto más de una vez colorado, cuando sus compadres mexicanos le llamaban “vendepatrias” por el mero delito de ser nicaragüense.

Sandino tenía ahorrados 5.000 dólares, hizo el petate y se volvió para su país. Pero ya había tomado conciencia de las diferencias entre una revolución, como la mexicana –casi siempre reflejada en el celuloide como la de un grupo de anárquicos zaparrastrosos, siempre a caballo y disparando al tuntún, borrachos, bigotudos, mujeriegos, pendencieros, piojosos y eternos cantores de corridos nocturnos- y lo que pasaba en su país.

En 1926, ya en Nicaragua, se empleó en las minas de San Albino, madurando allí su conciencia política con el contacto directo con la miseria de los mineros: mal pagados, con cupones sin valor adquisitivo fuera de las tiendas de la compañía minera gringa, trabajando hasta quince horas diarias para poder sobrevivir y durmiendo hacinados en galpones. De entre esta gente salieron los primeros compañeros de armas de Sandino, el cual gastó 300 dólares de sus ahorros en adquirir algunos fusiles tras la cercana frontera hondureña. Al poco comenzaron sus primeras escaramuzas encaminadas a expulsar a los norteamericanos de su país.

Ya enmontañado, le llegaron noticias de que Juan Bautista Sacasa, sublevado contra el presidente Díaz, había recibido en Puerto Cabezas 700 toneladas de pertrechos bélicos enviados por México; Sandino se embarcó en un cayuco y descendió el río Coco desde Las Segovias. Tras nueve días de navegación y múltiples peripecias, logró entrevistarse con Sacasa, el cual le remitió al general Moncada.

Moncada, pese a haber conocido a Sandino de niño, y ser amigo y correligionario de su padre, lo recibió con cajas destempladas. Después de permanecer cuarenta días en la costa atlántica, explicando sus planes y conocimientos de las montañas del norte, pudo comprobar que, entre las huestes llamadas constitucionalistas, abundaban la ambición personal y el compadreo político con los propios enemigos, e incluso con los militares y empresas norteamericanas. Como resultado de estos manejos, las armas recibidas por Sacasa acabaron en manos del almirante Lamiter, el cual, sin disparar un tiro, las envió al fondo del mar. Allí perdió Sandino la virginidad política, volviéndose para Las Segovias con tan solo 30 rifles y 6.000 cartuchos que pudo sustraer, acarreados por unos pocos hombres y un “grupo de muchachas”, prostitutas del puerto.

Tras las primeras escaramuzas, los gringos le pusieron el ojo encima y empezaron a complicarle la vida. Entonces Sandino hizo leer a su tropa, de poco más de un centenar de desarrapados, la proclama del almirante Sellers que ponía precio a sus cabezas y “en vista de que no

hallar muchos hombres dispuestos a dejar el cuero", invitó a los dudosos a que regresasen con sus familias. Sólo 29 hombres se quedaron con él, los cuales se foguearon por primera vez en el Jícaro, un 2 de noviembre de 1926. Allí se enfrentaron a una columna de 200 soldados a los que causaron varias bajas antes de retirarse sin pérdidas. Luego siguieron diversos combates en Puerto Cabezas y Prinzapolkaa y la toma de pequeños cuarteles —a cuyos soldados se les invitaba a sumarse a las filas de la insurrección—, estableciéndose un campamento, como comandancia general, en San Rafael del Norte. Su ejército fue incrementándose, al igual que su capacidad de fuego como resultado de las armas ocupadas al enemigo.

Poco a poco, el pabellón rojo y negro iba izándose en plazas importantes. El general Moncada, que había avanzado con intención de tomar Managua, quedó cercado por las tropas gubernamentales de Díaz y acudió a pedir ayuda a Sandino, como si éste fuese un subordinado suyo, a pesar de que lo había rechazado un par de meses antes. Sandino acudió en su socorro al mando de la caballería, su fuerza de élite, y lo salvó de la masacre, dejándole libre el camino hacia Managua.

Con esta acción el prestigio de Sandino como jefe militar se elevó hasta tal punto, que los soldados liberales de Moncada empezaron a abandonarlo y a pasarse en masa a sus filas.

Moncada, receloso de la popularidad de Sandino, le envió para que se hiciera cargo de la plaza de Boaco, supuestamente ocupada por tropas bajo su mando. En el camino, Sandino se libró por los pelos de caer en una emboscada tendida por un coronel moncadista, que apostado con ametralladoras esperaba el paso de su columna, pues su jefe le había informado que era enemiga. En las puertas de Boaco, descubrió que no era cierto que la plaza estuviera en manos de los constitucionalistas, cuando ya las balas conservadoras silbaban a su alrededor.

Mientras tanto Moncada, aunque tenía libre el camino hacia Managua, andaba ocupando a sus fuerzas en tareas diversionistas, con el fin de ganar tiempo para sus verdaderos propósitos: negociar con los gringos su posible candidatura a la presidencia de la República. Éstos pusieron como condición el desarme previo. Cada hombre recibiría diez dólares del gobierno al entregar su fusil. También se pactó la formación de una fuerza de policía, instruida y mandada por oficiales de los EUA.

La rendición de Moncada supuso para el partido liberal el volver a ocupar numerosos puestos clave del estado, así como la gobernación de cinco departamentos. Moncada notificó a sus generales los términos

de la negociación y todos estuvieron de acuerdo, excepto Sandino, que no se hallaba presente. Éste llegó puntual a la reunión militar, pero cuando entró se encontró con que los acuerdos ya habían sido tomados. Al ver la reprobación en la cara de Sandino, Moncada le llevó a un aparte en el que le ofreció la jefatura política del departamento de Jinotega, le concedió la propiedad de las mulas de su ejército y un pago de diez dólares por cada día que había estado alzado. Al final, al ver que no le convencía, le espetó:

—¿Y a usted quién le ha hecho general?

—Mis compañeros de lucha, señor. Mi título no lo debo ni a traidores, ni a invasores.

Sandino solicitó un plazo para consultar a su tropa. De esa manera pudo abandonar la reunión sin más contratiempos. Ya en la montaña, estuvo meditando tres días. "No quise que mis soldados me viesen llorar y busqué la soledad", anotó en su diario. A continuación redactaría su primer manifiesto: "Viendo que los Estados Unidos de Norteamérica, con el único derecho que les da la fuerza bruta, pretenden privarnos de nuestra Patria y de nuestra Libertad, he aceptado su reto injustificado, que tiende a dar en tierra con nuestra soberanía".

Después de hablar con sus subordinados sobre sus propósitos, Sandino licenció a los dubitativos, dejó una administración municipal en Jinotega y, desde allí, se dirigió a San Rafael del Norte para continuar la lucha por la liberación de su país.

Tanto los periódicos nicaragüenses, como la prensa norteamericana, empezaron a burlarse del pequeño ratón, a menospreciarlo y denigrarlo (Sandino era de baja estatura), pero gracias a estas críticas, se empezó a saber de él. Y comenzaron a llegarle algunos apoyos. Varios periodistas y escritores subieron a la sierra para entrevistarle. Sandino era parco en palabras y muy celoso de preservar su vida privada, pero aprovechó estos contactos para difundir sus proclamas.

Continuada la guerra sólo con sus propios y escasos recursos, tuvo que desarrollar la táctica de guerrillas, dada la desigualdad con el enemigo. Como no tenía apoyos logísticos de ningún tipo, sus métodos tenían que ser elementales e ingeniosos: latas de sardinas llenas de piedras que explosionaban como granadas, hondas de pastor, desvío de arroyos para confundir al enemigo, señales con humo y espejos, e imitación de gritos animales para comunicarse.

Entre batalla y escaramuza, tuvo tiempo para bajar del campamento base, instalado en el cerro El Chipote, y casarse con Blanquita Aráuz, la telegrafista de San Rafael, que había enseñado a su tropa a comunicarse por morse mediante percusiones o silbatos.

Las proclamas antiimperialistas de Sandino empezaron a tener eco entre los centroamericanos. Algunos se le unieron. El presidente de Honduras también empezó a apoyar. Reuniendo hombres y armas de aquí y de allá, Sandino respondió al llamado del general de marines Hatfield, que le conminaba a deponer las armas, con un ataque sorpresa a Ocotal. El 16 de julio de 1927, Sandino, al mando de 800 hombres, cayó sobre los cuarteles que albergaban 400 yankis y 200 "renegados nicaragüenses al servicio de aquellos", y sitió a sus ocupantes. Pero debido a la escasez de armamento y a la poca preparación de su tropa más reciente, reclutada entre voluntarios sin ninguna experincia, desistió del asalto y se retiró, mientras muchos de sus hambrientos campesinos se dedicaban al pillaje y no le siguieron, sin prever que pronto serían perseguidos y masacrados por los gringos. Siete aviones bombardearon primero la población y luego ametrallaron a los fugitivos, con un saldo de 300 muertos, entre ellos muchas mujeres y niños, y más de 100 heridos. Los marines tuvieron una sola baja mortal, aunque los soldados gubernamentales, empleados como fuerzas de choque, muchas más.

La batalla de Ocotal fue el comienzo de una guerra no declarada entre las tropas norteamericanas y las patriotas nicaragüenses.

Los marines no podían dejar impune la osadía de Sandino y comenzaron su persecución. Las tropas rebeldes trataban de rehuir el combate, aunque algunas veces era inevitable el choque, la derrota y de nuevo el camuflaje y la huida. Sus perseguidores mataban campesinos sospechosos, e incendiaban campos y cosechas, logrando que los indiferentes acabaran simpatizando con el pequeño general y los temerosos huyeran para unirse o colaborar con su causa. Éste sabía que no podía ganar aquella guerra, pero su objetivo era resistir hasta que los ocupantes abandonaran el país.

Al principio todo fueron derrotas. Citando a Gregorio Selser "sus tropas poco podían hacer frente a las tácticas de un ejército regular que contaba con la dirección de veteranos de la Primera Guerra Mundial".

Como en toda guerra de guerrillas, los sandinistas dejaban los pueblos a los invasores y los emboscaban en la selva, haciéndoles algunas bajas y capturándoles, cuando podían, armas, municiones, y pertrechos.

“Lástima que los piratas sean de tan grande estatura, porque sus uniformes no les sirven a nuestra gente”, escribiría Sandino.

Una amalgama de versos, canciones y anécdotas recreaba la leyenda del pequeño ejército. Las letras de los corridos mexicanos, que siguen teniendo una gran influencia en la música nicaragüense, se adaptaban con facilidad a las reivindicaciones sandinistas de Tierra y Libertad.

Los pequeños triunfos sandinistas eran celebrados por conservadores y liberales como propios, ya que como nicaragüenses, se sentían en lo más íntimo reconfortados con las derrotas gringas. Como apunta Selser, sucedía lo que diez años más tarde ocurriría en España, cuando las tropas franquistas, celebrando como propios los triunfos republicanos sobre los italianos en Guadalajara, cantaban:

Guadalajara, no es Abisinia,
porque los rojos tiran bombas como piñas.
Linda española no te enamores
hasta que lleguen los soldados españoles.

Aquí las letras decían:

Y cantando este corrido
hemos pasado un buen rato
en Nicaragua señores
le pega el ratón al gato.

Pónganle ustedes la música de la popular *Adelita*.

Poco después de Jinotega la carretera bordeó la laguna de Apanás, entre tierras negras, volcánicas. Pese a las recientes lluvias los estratos secos indicaban anteriores sequías. En las paradas los niños vendían pescados insertados por las agallas con juncos. Conforme las montañas se hacían más abruptas disminuía la población. Durante muchos kilómetros no cruzamos ningún pueblo. Seguíamos una pista solitaria, sólo acompañada por los hilos del teléfono, salpicados de plantas como

moños e incluso de lianas. Cuando llegamos a Pavo Real del Cuá, subieron algunas niñas con sus impecables uniformes escolares y sus mochilas llenas de libros. Se las veía recién bañadas, blusa y calcetines blancos, falda azul y zapatones negros (sean escuelas públicas o privadas, axistía el mismo uniforme para todo el país, con pantalón azul para los varones). Contrastaban con los pequeños vendedores desastrados, que acarreaban palanganas y cubos repletos de comida.

Conforme íbamos ganado altura, la vegetación se hacía más frondosa, con algunos claros provocados por los despales para madera o siembra. Pocos colores rompían la amalgama de verdes.

Las vendedoras ofrecían comida, que hacía el trayecto más ligero. Una me tendió un vaso de sopa de gallina.

—¡Está poderosa! —aseguró.

Madres quinceañeras, con sus rorros a cuestas o dándoles de mamar, le compraban.

Atravesamos dos anchos arroyos a la brava, salvando los pedregales del lecho, entre bandadas de mariposas de tonos marrones y pintas rojas, que disputaban el espacio a libélulas azules. Más adelante un cartel: “Está entrando en una zona donde hay campos minados. Siga las instrucciones”. Once años después, todavía restos de la guerra. Un camión con un pelotón de soldados nos adelantó, recordándonos las contradicciones profundas que muchas veces ocultan los más pintorescos paisajes.

Acomodado en uno de los asientos delanteros, me distraía con los trajines del sube y baja, las pláticas del conductor con sus ayudantes y la observación del paisaje. De vez en cuando, entre los verdes, la llama de bosque, un palo de flores parecidas a las del malinche, de un rojo menos intenso, tirando a naranja. También algunas vacas más lustrosas que las habituales, de una raza con menos giba.

Recogimos a un tipo con muletas y una vieja gorra de visera calada hasta los ojos. Tomó asiento a mi lado. Le faltaba una pierna, amputada casi a la altura de la cadera. Exhibía unos dientes parcheados de plata y oro, y una media toalla deshilachada enrollada al cuello, bajo la camisa. Era muy observador y, debido a su único ojo, movía la cabeza de un lado para otro, como un aguilucho. Se notaba que era un lugareño, pues saludaba con frecuencia, con el dedo índice alzado, a algunos paisanos de los ranchitos que íbamos pasando, ya que nuestra velocidad crucero, que no superaba nunca los veinte kilómetros por hora, lo permitía.

En la radio dieron un boletín informativo. Comentaron que los norteamericanos estaban preparando la invasión de Afganistán. Mi compañero de asiento comentó:

—Pagan dos mil dólares al mes. Si estuviera bueno me volvía con ellos.

Había sido contra y peleado por aquella zona. Las secuelas de la guerra eran evidentes. Luego en la radio hablaron de los sandinistas.

—Si ganan los comunistas me vuelvo otra vez al monte.

—¿Por qué? —le pregunté—. Ahora no iban a tener el apoyo de los gringos.

—Porque esa gente quiere que en la casa mande otra vez la *amarillita*.

—¿Qué cosa es la *amarillita*?

El chófer y su ayudante se rieron. Él también me enseñó los remiendos metálicos de su dentadura.

—La mujer de uno, la parienta. Y eso no lo vamos a consentir.

Cuándo ya nos acercábamos a El Bocay, le pregunté al ayudante del chófer si conoció a un español que había vivido allí varios años, un sanitario llamado Ambrosio Mogorrón. Hizo memoria y respondió afirmativamente. Pocos kilómetros más adelante, me indicó:

—Mire, ahí fue donde cayó el médico.

—¿Dónde les estalló la mina?

—Sí. La gente que los estaba esperando venía saliendo de allí —y apuntó hacia unos montículos desde donde les habían tendido la emboscada—. Aquí empieza la cuesta La Camaleona. No tenían ninguna escapatoria.

Durante la interminable subida a La Camaleona —que en realidad era un señor puerto de montaña de fuertes repechos por donde ascendía la pista rojiza—, recordé el día que mataron a Ambrosio. Se me quedó grabado, dejando una cicatriz rencorosa.

Entrando en El Bocay cruzamos el último río. Unos obreros limpiaban un camión, con el agua metida hasta los ejes, junto a los niños que se bañaban en las pozas y las mujeres que lavaban ropa.

Me despedí del ayudante, Alfredo Amador, y luego del contra, Margarito Arrólida. Siguiendo la costumbre de preguntar, en determinadas zonas, por el mejor hotel, me informaron que fuera al Cinco Estrellas. En el camino, diversos cartelones:

Evitemos la malaria.

Aterremos las charcas. Evita el cólera.

Lávate las manos con agua y jabón.

Contra la polio y el sarampión, teta no. Existe la vacunación.

Más allá de la Miscelánea El Fármaco, el Hotel *Five Stars*. Al traspasar el portón de entrada, la sorpresa de un amplio patio repleto de flores y cocoteros.

Las habitaciones del *Five Stars* se merecían, al menos, una estrella. Resultaron limpias y con abanico. Después de comer, el aguacero del mediodía irrumpió con fuerza de metralla sobre los tejados de zinc, mientras los truenos rugían como los timbales de una poderosa orquesta. Cuando pasó el diluvio, di un paseo por el pueblo, adornado de rosa y rojo por las mantas y carteles electorales. Sobre dos antenas de radio de más de treinta metros, sendas banderas rojinegras. Sentado bajo un palito de achote, repleto de frutos en ramillete, como almendras de un granate intenso y púas blandas erizadas, similares al rambután hindú, a mi cabeza acudían conversaciones pretéritas.

Mi compadre Paco Navarro hablaba siempre en términos muy elogiosos de su colega Ambrosio. Solía contarme escenas muy peliculeras, tanto del camino hasta El Bocay, como de sus estancias en el pueblo con los sanitarios. Paco era ATS, y echaba una mano cuando podía.

—Una vez nos trajeron a unos muchachos que habían caído en un encuentro con la contra. Era ya tarde, y nos pasamos el resto de la noche limpiando sus cuerpos y cosiéndolos, para que estuvieran aseaditos al entregárselos al día siguiente a sus familias.

Tantas batallas tremebundas contaba —como sigue haciendo con maestría— imitando el acento nica, cambiando las ces y zetas por eses, que estando un noche tomando unos tragos en mi casa de Estelí, donde había venido para dormir con Marcos y su primo Luis —Güiso en Tavernes de la Valldigna, su pueblo—, antes de emprender juntos la ruta del Bocay, que éste quedó tremendamente impresionado. Al día siguiente, después de varias horas de haber partido, aparecieron de regreso con cara de circunstancias, aunque Paco iba riéndose entre dientes. El motivo era que Güiso se había mareado en el bus al poco de arrancar y

había tirado hasta la primera papilla. A los pocos días el de Tavernes regresó a casa. Ya tenía bastante. Cuando lo conocí, casi recién llegado, ya había perdido peso. Estaba acostumbrado a trabajar duro la tierra, pero no se acostumbraba a las comidas y echaba mucho de menos los arroces que *feïa sa mare*.

Mientras la tarde avanzaba, iba demorando mi encuentro con la historia que había venido persiguiendo, en parte por pudor, en parte por temor a encontrarme con una realidad olvidada o, tal vez, mitificada por el transcurso de los años.

Mientras me dirigía hacia el Centro de Salud, me crucé con una pick-up repleta de policías armados con akas y cartucheras cargadas a modo de chaleco antibalas. Hacia arriba la calle principal cruzaba un puente. Luego, ascendí hacia la izquierda por una cuesta empinada. Al final una cerca de alambre y dos cartelones, uno de la USAID, ayuda norteamericana con la bandera correspondiente, y el otro de Médicos sin Fronteras, en que se leía: Centro Médico Ambrosio – Bocay.

Pasé hasta las construcciones que constituyen el complejo. Sobre la puerta de la primera, un rótulo: Maternidad, Esterilización. En la siguiente, blancos uniformes ante un ordenador. Hablaban por teléfono mientras miraban la pantalla.

—Adelante tango 10, adelante tango 10.

—Saldo con MNN, 942. Saldo con DSD, 1520 …

Estaban transmitiendo listados para el suministro de medicamentos con una jerga específica.

Me atendió una doctora en su despacho. Tanto ella, como casi todo el personal, eran jóvenes. Y Ambrosio hacía ya quince años que había muerto. Apenas habían oído hablar de aquellas circunstancias, pero me presentaron a una trabajadora del centro que sí había convivido con él. Se llama Maritza Pineda, entrecana, de edad indefinida, y gran platicadora.

—Yo estuve en Apanás, Matagalpa, trabajando en el hospital militar. Allí es que lo conocí.

Luego fueron compañeros en el viejo centro médico de Bocay.

—Hasta que me lo mataron. Le tengo la foto en un *folder* (portafolios). La gente platica las buenas cosas de él, hasta se les salen las lágrimas —añadió—. Lo dejaba todo, aunque estuviera en pijama, y se iba a atender cualquier requerimiento.

Continuó dándome mil detalles, cómo le había curado una inyección enquistada, como le querían los niños.

—Ayudaba a la gente, hasta con comida. Se iba a los asentamientos a vacunar como fuera, a pie, a lomos de mula.

No tenía que preguntarle nada, por fortuna. Ella continuaba hablando, infatigable.

—La tumba está en abandono. Han pasado los animales. No hemos podido hacer unas baranditas.

Cada 2 de noviembre, el día de su cumpleaños, un grupo de sus antiguos compañeros se acercaban hasta su tumba, la limpiaban, pintaban y le ponían flores. También se le recordaba en actos culturales y en la escuela.

—La plaquita que estaba sobre la lápida, donde ponía el día de su nacimiento y el de su muerte, se cayó. No he podido averiguar quien la tiene. La otra la guardo yo.

Maritza también conservaba otros recuerdos de Ambrosio y quedamos en que me los enseñaría en su casa, después del trabajo. También me indicó que quien más había tenido relación con él, era un profesor de la escuela secundaria llamado Omar Granados.

Fui al instituto a preguntar por el profesor Granados. Bajé una cuesta, crucé un arroyo y volví a subir. Los bloques de las paredes del centro estaban enmohecidos. Las aulas, con ventanas de celosías de vidrio, se distribuían en forma de cuadrilátero, cerrando un patio de cemento. En medio, un mástil con la bandera nacional izada. Me informaron que el profesor estaba en el campo de deportes y que lo podía esperar hasta que regresara.

Decidí ir a su encuentro. Volví a cruzar el arroyo y ascendí por otro sendero que me acercaba al griterío de los escolares, un descampado abierto donde pacían algunos caballos. La clase estaba acabando, por lo que no tuve que esperar.

Granados era un hombre de mediana estatura, pelo peinado hacia atrás, bigotito lacio y semblante serio. Me invitó a su casa, una hora más tarde, pues todavía tenía cosas que hacer. Aproveché para visitar a Maritza.

Vivía en el antiguo centro de salud, ahora transformado en vivienda para el personal sanitario. Estaba situado en lo que podíamos llamar el parque, aunque no hubiera jardín; sólo un terreno en el cual podía imaginarse una plaza. Conductores y mecánicos conversaban alrededor de camiones con el capó levantado, consecuencia de las fatigas del viaje.

La vivienda de Maritza constaba de una sola habitación. Los baños y servicios debían de ser comunes. Vivía sola, pero en el pasillo correteaban churumbeles no lejos de sus madres, vecinas de las habitaciones contiguas, que andaban afaenadas. Puede que hubiera alguna silla, puede que estuviera llena de enseres, pero nos sentamos sobre la cama.

—Ambrosio vivía en el mismo centro. Le gustaba la niñez.

Después de su muerte ella encontró una foto suya, de carnet, con bastante moho. La limpió lo que pudo y la mando ampliar. La guardaba en un portafolios.

Los restos del moho fotografiado aparecían como un sarpullido que le salía de la ceja izquierda y se extendían hacia el borde superior, pero el resto de la cara aparecía nítida. Un joven de rostro delgado y adusto, esbozando una ligera sonrisa, miraba al frente. El blanco y negro de la reproducción, acentuaba la determinación de sus facciones. El pelo lacio y corto, con ligeras entradas. Nariz y labios finos, barbilla firme. No podía deducir el color de sus ojos, pero su cercana mirada, demasiado inmóvil, tenía la fijeza de la muerte en sus pupilas (el cerebro procesa, sin que nos demos cuenta, la proyección de las historias que ya conocemos).

Vimos la posibilidad de hacer una fotocopia —yo no llevaba cámara, como en la mayoría de los viajes, aunque siempre, en algún momento la eche en falta—, pero era tarde y, al día siguiente, complicado, y pidiendo favores.

Me quedé un rato contemplando la fotografía, la estática expresión de Ambrosio a la luz de un bombillo pelado. Reflexioné sobre el tipo de vida que había llevado, su compromiso, sus sacrificios, su muerte. Ambrosio no tuvo mala suerte. Se la jugó tanto y durante tanto tiempo que su final, aunque no estuviese determinado, era una de las variables que había que manejar siempre en aquella zona durante aquellos años.

La noticia de la muerte de Ambrosio Mogorrón me golpeó una noche de mayo de 1986 en San Juan de Limay, Las Segovias, región contigua a la de Jinotega. Había regresado de dar las clases nocturnas y, como de costumbre, me gustaba escuchar Radio Exterior de España, que sólo se captaba ya de noche, madrugada en la península. Informaron, de manera muy breve, que un cooperante español había resultado muerto en Nicaragua. También comentaron que ocho cooperantes alemanes, secuestrados en Nueva Guinea habían sido localizados y que la fuerza de tarea de la contra que los retenía, estaba siendo cercada por tropas del ejército. La adrenalina se me disparó y me quedé escuchando el transistor toda la noche, esperando más noticias. Pero mi rabia fue en aumento, cuando fui constatando que no volvieron a dar más la noticia de la muerte de Ambrosio y sí, cada boletín, la del secuestro de los alemanes.

Los alemanes estuvieron varios días en manos de la contra, pero al final fueron felizmente liberados. Aquel suceso fue el desencadenante de toda una campaña de presión sobre el gobierno sandinista. Desde Europa se decía que mandaban a los cooperantes internacionalistas a las zonas conflictivas con el fin, si los capturaban o mataban, de desprestigiar los métodos utilizados por la contra. La Comunidad Europea amenazó con retirar toda ayuda si los cooperantes voluntarios no eran retirados de las zonas de guerra. Y así se hizo, pese a las protestas de la mayoría de ellos. Quedaron sólo las religiosas y los curas, que siempre suelen ser medidos con diferente rasero.

Mientras, la muerte de Ambrosio pasó desapercibida y su memoria enterrada en el silencio. Por eso me puse tan *arrecho* y por eso escribo ahora estas líneas en su recuerdo.

Maritza hubiera estado platicando toda la noche. Pero yo me sentía un poco incómodo y no quería hacer más preguntas sobre alguien que no conocí, aunque me resultase tan próximo.

—Una placa que se cayó, creo que la tiene el MINSA (Ministerio de Sanidad). Maritza citó, desde su memoria, lo que decía la inscripción: “La gente mucho se acuerda de vos, por lo mucho que hiciste cuando estuviste con vida”.

La familia vino para el aniversario. Me imagino a sus padres, hermanos, familiares y amigos, transitando por estas pistas del diablo, en tiempo de guerra, al encuentro del ser querido, bajo tierra en el cementerio de este Macondo perdido entre los cerros. Trajeron dos placas que ahora me mostraba la que fue su colega:

AMBROSIO MOGORRÓN
Primer Socio de Honor de la
Asociación Vasca de Enfermería
por su labor sanitaria realizada
en favor del pueblo nicaragüense.
12.05.87

ABANTO Y CIÉRBANA
decide hermanarse con San José de Bocay
como homenaje al trabajo desarrollado por
Ambrosio Mogorrón
Abanto y Ciérbana
7 de junio, 1987

Mientras escribo, busco en Internet dónde se encuentra Abanto y Ciérbana. Es un municipio de la provincia de Vizcaya. Si paso algún día por allí me tomaré un vino por Ambrosio y charlaré un rato con sus paisanos.

Antes de despedirnos, Maritza me hizo un último favor; me consiguió un *raid* para el día siguiente hasta Quilalí. La camioneta del MINSA partiría a las cinco y media de la mañana del centro de salud para recoger a un enfermo que debía ser chequeado por los médicos del Cuá, y luego continuaría hasta Wiwilí, en mi ruta hacia Jalapa, mi próximo destino.

Tras despedirme de Maritza, el rastro de Ambrosio Mogorrón me llevaba al encuentro con el profesor Omar Granados. La casa de Omar era humilde y se alzaba en la ladera de una gran cuesta en la que se desparramaban otras viviendas similares, una especie de arrabal del pueblo. La puerta estaba abierta. Dos niños jugaban en la entrada de un amplio recibidor que hacía las veces de comedor. No había más puertas interiores, sólo cortinas para acceder a las habitaciones.

La conversación con Omar fue más escueta.

—Era un excelente compañero. Mi mujer colaboró con él en un programa de limpieza de hogares. Fue un verdadero cooperante internacionalista, siempre dispuesto, sin preguntar en dónde era que se le requería, pero tomando sus precauciones, eso sí.

En la emboscada había muerto un primo de Omar. Cayeron también: Ramón Li, sanitario; Lucas Melcara, Agustín Arauz y Juan de Dios Urbina, de abastecimiento; además de los maestros Luis Castillo y Evelio Juan. La Toyota quedó destrozada, pero lograron salvarse cuatro de sus ocupantes: Maira Cruz, Martha Espinoza, el chófer y el médico.

El diálogo no acababa de ser fluido. Todavía resultaba doloroso recordar y tenía la sensación de ser un turista fisgón. Antes de despedirnos me indicó el camino para el cementerio.

—Se encuentra junto a la calle principal, pasando el río, hacia arriba, a 30 varas de la gasolinera. Cuando llegue a un cartel que dice Casa de la Novia, tuerza a la derecha.

En el trayecto un chavalo voceaba *El Nuevo Diario*. Este periódico, de posiciones sandinistas, rivalizaba con el oficialista Barricada, ya desaparecido. A Limay no llegaba ningún periódico, excepto la Barricada, con un día de retraso, y no siempre. Se podía leer gracias a que un peluquero, de modo altruista, lo distribuía en sus horas libres. La noticia de la emboscada en El Bocay tardó varios días en aparecer en letra impresa. La política informativa sobre la guerra hacía que, este tipo de noticias, se publicaran cuando había un paquete más extenso que incluyera combates en los que la contra hubiera salido trasquilada. Leyendo el periódico me enteré de algunos datos biográficos de Ambrosio. Llevaba siete años en Nicaragua, prácticamente desde el triunfo, siempre trabajando en zonas de guerra, casi todo el tiempo enmontañado entre los aislados cerros del Bocay. Era enfermero, pero debido a la necesidad, hacía más bien de médico. Aparte de su trabajo estrictamente asistencial, llevaba adelante una investigación sobre la leismaniasis, o lepra de montaña, que afectaba a bastante gente de la zona. Poco antes de su muerte le habían concedido la máxima distinción de la República al trabajo: la orden de José Benito Escobar.

Por aquellas fechas también cayó un cooperante suizo, también por una mina. Trabaja en Achuapa, un pueblito a unos 12 Km. de Limay.

En la Casa de la Novia había de todo, incluso trajes de señora, pero ninguno que tuviera que ver con lo que nosotros entendemos por casorio. El callejón contiguo era estrecho y estaba a oscuras. Al fondo, en el patio de una casa, una yegua, cerdos pequeños y un conejo blanco que me miraba inquieto mientras roía al otro lado de la cerca. Parecía el vigilante del portón sin jambas de la entrada del cementerio. Mis sandalias resbalaban en el barrizal de la senda en pendiente que iniciaba el

camino. La escasa luz de mi linterna de bolsillo tampoco ayudaba. Al poco, desistí tras un breve recorrido entre las tumbas camufladas en la noche y la maleza.

En la plaza un grupo de jóvenes bolos, discutían a gritos y gritaban las típicas pendejadas de los borrachos.

—Andan hasta el tronco —sentenció un paisano.

En el comedor El Campesino, leí poesía, llené el estómago con un plato de carne en salsa y escuché la plática de la cantinera con los bebedores de cerveza. Para mi guía de viaje esta zona no existía.

Mientras escuchaba el transistor en la cama del *Five Stars* reviví las sesiones radiofónicas en Limay. Mi vieja y potente radio, con su amplia onda corta, era mi ventana al mundo. Por la tarde captaba Radio Brasil o Radio Moscú en castellano, y me conectaba con el resto del planeta. Por la noche podía oír, aunque no de forma muy nítida, Radio Exterior de España. Jugando con el dial sintonizaba a menudo las emisiones de la contra desde la cercana Honduras. Algunas veces escuchaba las amenazas que lanzaban contra los internacionalistas, dando nombres, direcciones y todo tipo de detalles, sentenciándolos por el mero hecho de cooperar con el gobierno. Una noche citaron a Ernesto Montela —al que los nicas apodaban Che—, un argentino de Córdoba que salió huyendo del país después del golpe militar del general Videla. En su casa, junto con su mujer Liliana y su hija Carolina, me había alojado unos meses en Estelí.

Tumbado sobre la cama, como en la modesta habitación del *Five Stars*, con el transistor pegado al oído, me llegó la noticia de la muerte del compañero Ambrosio, que reposaba a pocos metros de donde ahora intentaba conciliar el sueño, tras perseguir en la memoria de la gente, su rastro.

Sandino y su gente conocían a la perfección todos los caminos y breñas por los que yo ahora transitaba. No obstante, pese a la firmeza en los combates y el claro apoyo popular, el pequeño Ejército Defensor de la Soberanía Nacional sufrió durante 1929 fuertes reveses. Ese mismo año, al finalizar Díaz la presidencia, Moncada se presentó como

aspirante, ganó en las urnas y asumió la jefatura. Pero el camino hacia la más alta jerarquía de la nación tenía un precio: los gringos le exigieron que pidiera un empréstito a sus bancos por valor de un millón y medio de dólares, en pago por la supervisión electoral y por los atrasos en la deuda por la ayuda militar que les debía Díaz.

Para compensar su debilidad, el General de Hombres Libres, envió cartas a diversos dignatarios latinoamericanos en demanda de ayuda. Pero como ésta no llegaba o fuera mínima, decidió ir él mismo a pedirla. A principios de junio, cruzó la frontera con Honduras con algunos de sus oficiales, camino de México.

La estancia de Sandino en México se prolongó durante casi un año, transcurrido el cual inició el regreso casi con las manos vacías. Apenas dos ametralladoras de mano, declaradas en la frontera como "herramientas de carpintería", constituían —aunque suene a guasa— todo el arsenal obtenido.

El 7 de mayo de 1930 entraba Sandino clandestinamente en Nicaragua. Durante su ausencia, el grueso de las tropas que combatían a las patrióticas ya no estaba formado por marines, los cuales habían ido siendo sustituidos por soldados nicaragüenses, instruidos bajo el mando de oficiales norteamericanos. Se fue conformando un nuevo ejército que fue bautizado con el nombre de Guardia Nacional. Estas nuevos efectivos empezaron a utilizar también tácticas de guerrilla y, mucho mejor adaptadas al clima y al terreno, fueron mucho más eficaces en el combate. De ese modo, la lucha fratricida se fue prolongando sin que se vislumbrara una solución final.

En noviembre de 1932, tras casi siete años de guerra, se convocaron nuevas elecciones, supervisadas, una vez más, por los Estados Unidos y controladas por la Guardia Nacional. En esta ocasión el candidato del imperio iba a ser el presidente del partido Liberal, pero en los mentideros políticos ya empezaba a destacar un nuevo nombre: Anastasio Somoza Portocarrero, jefe de la Guardia y conspicuo amante de la joven esposa del vejete embajador estadounidense.

Sandino y el Partido de Trabajadores Nicaragüenses llamaron a la abstención y a la huelga general electoral el día de las elecciones. En ellas, de un total de 150.000 hombres inscritos, votaron 98.550. Los abstencionistas proclamaron que un tercio de los electores habían seguido sus consignas.

Sacasa, el candidato liberal, salió elegido, tal como estaba previsto. Como réplica, Sandino proclamó el "Territorio Libre de Las Segovias", nombrando presidente provisional de la región a su general Juan Gregorio Colindres. Y para reforzar su posición, atacó y tomó pueblos más allá de Las Segovias, extendiendo su influencia militar a las vecinas regiones de Jinotega y Matagalpa, llegando incluso hasta las más alejadas de León y Chinandega. De ese modo, intentaba negociar desde una posición más fuerte.

Durante todo 1932 se sucedieron encuentros y choques casi diarios entre sandinistas y tropas gubernamentales. En enero de 1933 asumió la presidencia el doctor Sacasa. La burguesía nicaragüense, viendo que el conflicto se enquistaba y que ello no era bueno para el desarrollo de sus negocios, empezó a tantear a Sandino y a proponerle el cese de las hostilidades, a cambio de que las tropas invasoras abandonasen el país y de una amnistía general.

Para comenzar a negociar, Sandino exigió, además, la retirada de los asesores militares extranjeros y el cese del control norteamericano sobre los centros claves de la economía: banca, ferrocarriles y aduanas. Con respecto al primer asunto, recibió una respuesta satisfactoria; ya tenían bien entrenada a la Guardia Nacional y a su jefe, Anastasio Somoza, sobrino de Sacasa, al servicio de sus intereses. En cuanto a los temas financieros, el presidente aseguró que estaba dispuesto a trabajar en ese sentido. También se contemplaba la creación de un nuevo departamento que llevaría el nombre de Luz y Verdad, y que se extendería desde El Chipote hasta la costa atlántica. En dicha zona todas las autoridades civiles y militares estarían integradas por miembros del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional. Se les repartirían tierras (la mayoría de la región es todavía virgen) y conservarían las armas capturadas durante la guerra como garantía de que los pactos serían cumplidos.

A través de un intermediario presidencial, que viajó a lomos de mulo hasta el campamento de Sandino, se decretó una tregua de quince días, aunque ésta fue violada en reiteradas ocasiones por la Guardia y por las autoridades locales más afectadas por el conflicto.

En esas circunstancias Sandino decidió viajar a Managua para entrevistarse con el presidente, el cual le había prometido toda clase de garantías personales.

Desde el aeropuerto se fue directo a la Casa de Gobierno. La gente se arremolinaba en los alrededores, deseosa de ver a quien era ya una leyenda. Tras un día de conversaciones se firmó un pacto. Sandino no obtuvo todo lo que se proponía, pero las dos partes cedieron, al menos en el papel. Mediante el armisticio se lograba una amnistía general para todos los delitos políticos y comunes conexos cometidos durante la contienda, y se establecía una zona de terrenos baldíos destinada al laboreo de los sandinistas. A cambio, éstos debían iniciar un desarme paulatino que finalizaría en tres meses.

Pronto se vio que los acuerdos quedaban en papel mojado. El jefe de la Guardia empezó a demostrar que gozaba de autonomía para saltarse lo firmado por el presidente. El propio delegado del gobierno en la región, tuvo que escribirle a Sacasa para que se mostrara más enérgico con los guardias, los cuales vejaban y provocaban a los sandinistas desarmados cuando regresaban a sus pueblos. Algunos, incluso, fueron asesinados.

La ingenuidad de Sandino a la hora de manejarse con los políticos, le llevó a cometer errores que resultarían fatales tanto para él como para su gente. También habría que preguntarse, después del abandono de las armas, por el legado ideológico del general.

Sandino era un alzado en armas atípico. De joven fue un estudiante de la clase media campesina, al que se le complicó la vida. Como consecuencia tuvo que abandonar el pueblo donde nació, irse al extranjero y trabajar como obrero. En las luchas sindicales y en contacto con las miserias que le rodeaban nació su conciencia social. La ocupación de su país forjó la principal base de su ideología: el antiimperialismo. Sus ideales rayaron en muchos casos con la ingenuidad, al igual que su confianza en los líderes históricos constitucionalistas. Sus planteamientos políticos fueron, al principio, muy rudimentarios.

Fue tildado por sus enemigos y por la prensa de bandido y bolchevique. Lo primero era un mero insulto. En cuanto al calificativo de bolchevique, para todo aquel que atentara contra los intereses imperiales o de las burguesías nacionales, fue común a partir de la Revolución de Octubre. En Centroamérica, esto se acentuó debido al miedo a que se propagaran los ideales populistas de Pan y Tierra de la revolución mexicana.

Sabemos que Sandino debió hacerse ateo en su etapa de trabajador en México y que estuvo en contacto con las logias masónicas de aquel país. La base de su ideología política se sustentaba en un fuerte nacionalismo, junto con un cierto panamericanismo bastante idealista. Y

ante la extrema necesidad de los pobres nicaragüenses —base de su apoyo popular— y las tremendas desigualdades e injusticias en el campo, desarrolló una cierta práctica social igualitaria, reivindicando el derecho a un mejor reparto de las tierras cultivables. Las tierras vírgenes, poco productivas e incomunicadas ocupaban, y siguen ocupando, una gran parte del territorio de Nicaragua.

Aunque Sandino tuvo contacto con ideologías socialistas, ya que, entre otros, el salvadoreño Farabundo Martí, de ideología comunista, fue su secretario durante algún tiempo, sus diferencias con éste fueron notables. “Aquí han tratado de vernos, para influenciarnos, representantes de la Federación Internacional del Trabajo, de la Liga Antiimperialista, de los Cuáqueros... Siempre hemos puesto nuestro criterio decisivo de que ésta era esencialmente una lucha nacional”, escribió Sandino. Y cuando se afirmaba que su movimiento era esencialmente agrarista, vinculándolo con el de Emiliano Zapata, “se apresuraba a negarlo, basado en la evidencia de la pequeña dimensión de los latifundios nicaragüenses y en la profusión de pequeñas propiedades, a diferencia de lo que ocurría en México”, añade Gregorio Selser.

Ante los numerosos atropellos y asesinatos contra su gente desarmada, Sandino decidió viajar a Managua por segunda vez, para exigirle a Sacasa el cumplimiento de lo pactado. Tras su regreso, los guardias siguieron matando y violando, y los funcionarios gubernamentales comportándose de manera despótica con los desalzados, hasta el punto que el periódico más importante afirmaba en un editorial: “en estos momentos, Sandino está dejando de ser el problema militar del país y, en cambio, la Guardia Nacional se está convirtiendo, día a día, en el verdadero problema de la paz nacional”.

A principios de febrero de 1934, los guardias organizaron la Semana Somoza, para celebrar con grandes festejos el cumpleaños de su jefe. Al mismo tiempo, la Guardia iba estrechando el cerco sobre Wiwilí, donde estaban concentrados la mayor parte de los licenciados del ejército de Sandino. Éste, que residía allí, en vista del cariz que estaban tomando las cosas, bajó de nuevo a Managua para dialogar. Un avión mandado expresamente por el presidente, lo esperaba en Jinotega. Iba a encontrarse con la muerte.

Se entrevistó varias veces con Sacasa, quien reiteró que estaba decidido a hacer respetar los acuerdos ya firmados. Pero el presidente jugaba a mantener un doble juego con Somoza y con Sandino, de modo que él apareciera como un elemento de estabilidad entre los dos rivales, que engrandeciera su figura. Aquí se cumplió el aforismo pregonizado

por Mao-Tsé-Tung, según el cual, la política descansa en la boca del fusil. La fusilería estaba en manos de Somoza y éste era cada vez más el poder fáctico determinante, capaz de torear al presidente y a quien se interpusiera en su camino hacia el poder.

El 21 de febrero, tras visitar a su familia en Niquinohomo, Sandino se dirigió al palacio presidencial en compañía de su padre y de los generales de su estado mayor Estrada y Umanzor. Habían sido invitados a cenar por Sacasa. Esa misma tarde, Somoza había reunido en su residencia a sus más directos colaboradores. “Vengo de la embajada [norte]americana donde acabo de sostener una conferencia con el embajador Arturo Bliss Lane, quien me ha asegurado que el gobierno de Washington respalda y recomienda la eliminación de Augusto César Sandino, por considerarlo un perturbador de la paz del país”, les dijo según el testimonio del teniente Abelardo Cuadra, testigo directo. A continuación celebraron una especie de pantomima de consejo de guerra y firmaron un acta cuyo contenido les comprometía en el asesinato, para evitar que hubieran filtraciones por parte de alguno de los presentes.

Durante la cena con el presidente, Sandino, ajeno a la celada que se le iba a tender, hacía planes para la formación de varias empresas que explotaran los lavaderos de oro en el río Coco y las riquezas forestales de la zona. Al término del ágape, se despidieron con cordialidad.

A la salida del palacio presidencial, el coche en el que viajaba tenía que pasar por delante del cuartel del Campo de Marte. En una de las revueltas, su paso se vio obstruido por un automóvil que simulaba estar averiado. Cuando el coche de Sandino se detuvo, un mayor de la Guardia, disfrazado de cabo, les dio el alto. Estaban rodeados por soldados armados con ametralladoras que les apuntaban. Sólo Sandino y sus dos generales llevaban pistolas; tanto su padre, como el negociador gubernamental y el chófer iban desarmados. Dadas las circunstancias, Sandino decidió no oponer resistencia.

Dio la casualidad que una hija de Sacasa, pasaba por allí en otro automóvil y presenció los hechos. Maruca Sacasa, sabiendo que Sandino venía de cenar con el presidente, protestó, pero viendo que era inútil volvió al Palacio para informar a su padre de lo ocurrido. Éste llamó repetidamente a Somoza, pero sus llamadas no fueron atendidas. Somoza estaba disfrutando de un festival de poesía que se celebraba en aquel momento en Campo de Marte, y había dado orden a sus subordinados que no le molestasen. Cultivaba su espíritu mientras sus secuaces perpetraban fechorías.

Sandino y sus dos generales fueron conducidos en un camión hasta un lugar conocido como La Calavera, donde fueron ejecutados. Luego de despojarlos de sus ropas y efectos personales, los tres cadáveres fueron arrojados a una fosa cercana a unos cuarteles.

No fueron los únicos muertos de la noche. El engranaje asesino estaba bien engrasado. Después de escuchar los tiros que acabaron con Sandino, otra patrulla se dirigió a la casa de Sinfonías Salvatierra, que había jugado el papel de mediador de Sacasa ante Sandino, y la asaltaron a tiros para liquidar a Sócrates Sandino, hermano de César Augusto, y al general sandinista Santos López. Éste fue el único que logró salvar el pellejo, ya que, aunque herido, logró escapar al cerco. En el asalto fueron acribillados también el yerno de Salvatierra y un niño que cruzaba en éstos momentos por la calle.

Esa misma noche, la guardia completó el cerco al campamento de Wiwilí y disparó sistemáticamente contra las gentes de Sandino. Resultado: más de 3.000 muertos entre hombres, mujeres y niños. También hubo otras matanzas simultáneas. En Jinotega, los guardias no se molestaron ni en enterrar a los muertos, que fueron devorados por zopilotes, cuervos, perros y cerdos.

Tres días después, mientras Somoza organizaba una comisión de investigación “para averiguar los deplorables sucesos acaecidos en la noche del 21 de febrero”, lo más selecto de la burguesía granadina y leonesa, rendían agradecidos homenajes al asesino, que ya empezaba a degustar las mieles del poder que pronto alcanzaría, mientras el guerrillero que había hecho salir de Nicaragua a los norteamericanos, yacía bajo tierra.

Se iniciaba una época de escarnio que duraría varias décadas. Pero, a su vez, surgía un símbolo para todo un pueblo, una épica cantada con marimbas y guitarras, una semilla recogida en los versos de los poetas, una leyenda trasmitida de abuelos a nietos.

En Quilalí la niebla
ya no será tristeza
ni saltarán miedosos
los pocoyos en la senda del polvo
que conduce a Matiguás:
Todo está en la luz de un hombre,
repetido nombre de la montaña:
Sandino, Sandino, Sandino.

Escribía Pablo Neruda años más tarde en un poema titulado *Salud, Capitán del Continente.*

¿Qué sentiría la gente, su gente, miles de latinoamericanos, ante la muerte de aquel enjuto y pequeño general de sombrero alón? ¿Qué sintieron cuando cayó el cubano José Martí, el salvadoreño Farabundo Martí o el colombiano Camilo Torres? ¿Qué sentimos cuando asesinaron al Che en Bolivia?

Tres décadas después de la muerte de Sandino, por las mismas trochas que el General de Hombres Libres transitó, otra generación de combatientes estaba de nuevo alzada en armas contra la tiranía de uno de sus descendientes: su hijo y tocayo Anastasio Somoza Debayle.

11. Estoy buscando el pez de la libertad, en la muerte del tirano

En el *Five Stars*, gallos y grillos acompañarán una vez más la noche del viajero que tenga el sueño liviano. Pero, en caso contrario, no debe molestarse en poner el despertador, porque el jodido autobús de las cuatro de la mañana, le dará los buenos días con su atronador claxon al pasar por la puerta del hotel.

La llovizna matutina hacía que la luz bajase más lenta de los cerros y que el tamborileo del agua sobre mi chubasquero de plástico se mezclara con el rumor arrastrado del río.

A las cinco ya había claridad suficiente para visitar el cementerio. En la puerta, el conejo blanco me dio los buenos días a regañadientes. Las tumbas lucían sus vestidos de cemento ennoblecidos por el moho.

Comencé a subir el sendero enlodado del repecho de la entrada. Conforme ascendía, un desparramo de tumbas, anónimas o de breves rotulaciones, camufladas entre hierbas y bejucos, desdibujadas por el sol, la lluvia y el paso del tiempo. Me resultaba difícil avanzar sin resbalarme. Iba salteando los nombres y algún breve epitafio, pero me resultó imposible localizar la sepultura de Ambrosio. Tuve que imaginármela y decidí asignarle un cubículo liso, alicatado con azulejos blancos, una estancia limpia bajo las ramas de un guanacaste. Me acerqué para decirle que le enviaría noticias cuando regresara a Valencia y que, en el primer encuentro con Paco Navarro, le escribiríamos una carta repleta de añoranzas y alegres recuerdos sobre la mesa de madera de alguna taberna del barrio viejo, y que sellaríamos el sobre para El Bocay con dos tragos del mejor ron.

Cuando llegué al centro de salud la camioneta de tina estaba saliendo. Tuve suerte, porque no me hubieran esperado. Además, había sitio en la doble cabina para todos. El médico iba sentado junto al conductor. Una enferma, otro trabajador y yo, detrás. El doctor era joven, fuerte, con cara y piel de campesino, y portaba un ojo de cristal. Era también parco en palabras.

La *Land Cruiser* volaba por el camino de tierra que tanto le había costado superar el día anterior al autobús. Ascendiendo paralelos al río Bocay, pasamos la cuesta de La Camaleona casi derrapando en las curvas, evitando baches a volantazos, espantando alguna yeguada ante la mirada mansa y bobalicona de las vacas, y la indiferencia de grandes árboles, altivos en medio de los helechos acunados por el viento.

Llegamos al Cuá en un suspiro, bajaron el médico y la enferma, regresó el galeno y volvimos a partir. Remontando el río homónimo, afluente del Coco, nos adentramos de nuevo en la espesura, siempre bajo la mirada atenta del macizo de Kilambé, que con sus 1.750 metros es la cumbre más alta del departamento. Dicen que en sus laderas habita el tímido quetzal, anidando en los huecos de los árboles más altos.

Cuando el Cuá vierte en el Gusanera, giramos a la derecha hasta topamos con el poblado de Wiwilí, en donde se trasforma en el río Coco, cuyos placeres acumulan arenas auríferas explotadas desde el tiempo de la conquista.

Wiwilí era el destino de los sanitarios. Tras la despedida, el macuto al hombro. El pueblo lucía un reciente pavimento, radiante bajo un cielo límpido y un sol que todavía no era muy justiciero. El ayuntamiento nuevo, pequeño, coqueto y laberíntico, como un puzzle de hexaedros de cartón. Sus calles blancas se asomaban con prudencia a la quebrada que conducía al río. Era estimulante avanzar a grandes zancadas por la avenida que descendía hasta el puerto fluvial, con sus aceras nuevas y sus arbolitos recién plantados, gracias a las ayudas europeas tras el huracán Mitch y a los bondadosos programas de la *United States Agency for International Developement*, cuyas pancartas era obligatorio leer cada pocos metros.

Desde las revueltas del empinado paseo se podían contemplar las aguas terrosas del Coco, que se dirigían con fuerza hacia el norte, para hacer frontera con Honduras, desde Wamblán hasta el Caribe, unos 300 Km. más al este. El cauce en esta parte es tortuoso, alternando extensos playones arenosos, angostas gargantas y numerosos raudales. Sin embargo, es navegable, constituyendo una importante vía de comunicación entre las dispersas y aisladas comunidades de miskitos y sumos.

Desde los miradores del paseo se divisaban los restos de un puente que se llevó la crecida, el malecón paralelo a la rivera, que en realidad era un simple embarcadero al que llamaban puerto, y el trajín de gentes y pangas, en ambas orillas y cruzando el caudal. Al otro lado se encontraba la otra parte del pueblo, con una agraciada iglesia y un lindo parque que, por razones que nadie me explicó, a partir del Mitch, pasó a depender administrativamente de la región contigua, Las Segovias.

Ya en la orilla, a indicación de los barqueros, salté a una de las barcas que cruzaban al otro lado. Era conducida por dos hombres que, con habilidad y la ayuda de sus perchas, iniciaron el trayecto. Un lujo, cruzar un histórico río con dos percheros a tu servicio, por tan sólo dos pesos.

Al bajar se me acercó un mozalbete empujando su *mountain bike*, dispuesto a acompañarme y darme conversación. Me confundía con un gringo e insistía en practicar inglés conmigo. Aproveché para sacarle información sobre la zona. Me contó que el huracán se había llevado puente y casitas río abajo, y que el pueblo había quedado aislado de la otra parte.

Insistió en acompañarme hasta la parada del bus, pero en realidad acabé en su casa, siendo presentado a su mamá y hermana. Tampoco con la madre me aclaré de donde partía mi transporte porque, aunque insistían en que pasaba por delante de la casa, yo prefería cogerlo en la parada inicial, por si acaso. En la esquina a la que me enviaron, me indicaron la siguiente, y así varias veces, pero nadie me daba razón del comienzo del trayecto. No tuve más remedio que guiarme por la lógica y dirigirme hacia el parque, donde, en efecto, esperaba un camión dispuesto a partir unas dos horas más tarde.

—No entró el de las diez, así que el próximo, que es éste, sale a las 12'30. Dilata unas tres horas —aseguró un indolente conductor, refugiado baja una sombra.

Era un viejo IFA soviético, cubierto con lona y adaptado con bancos de madera laterales para el pasaje. Aproveché para buscar un sitio donde comer y descansar al fresco, pues el sol pegaba ya duro. Lo encontré en una venta cercana en cuyo patio interior servían comidas. El abundante almuerzo popular que me sirvieron contenía yuca cocida, remolacha y otros vegetales. Me resultó diferente y a la vez exquisito. Tal vez habían pasado demasiadas horas desde el desayuno. Descansé en una hamaca colgada entre dos árboles y luego me fui a reservar mi lugar en las bancas del bus.

El parque estaba formado por bancales escalonados. Destacaba un gran monumento al corazón de Jesús envuelto en llamas, que estaba insertado en el palo vertical de una cruz, rematada por una paloma. Una legión de niños con sus cajas de limpiabotas revoloteaban entre los escasos viandantes ofreciendo lucir el calzado. Algunos campesinos rotosos parecían disfrutar mientras les cepillaban las botas o las correas de las espuelas. Cierta arrogancia ante los chavalos contrastaba con la humildad de sus camisas agujereadas. Tal vez ellos pensarían algo parecido de mí, que los observaba y tomaba notas en un cuaderno bajo un palo de tamarindo.

Un niño se ofreció a lustrarme las sandalias.

—Deme un peso –pidió tras mi negativa.

Su colega le estiró del brazo.

—Sólo anda dólares.

Ya en el camión, un tercio del pasaje eran niños. Un papá, de unos dieciocho, le daba la pachita, o biberón, a su hijo, mientras el siguiente, de apenas unos meses, dormía plácidamente en el regazo de su madre envuelto en una toalla.

Vino la lluvia del mediodía y los ayudantes descendieron y amarraron los faldones del toldo para protegernos del agua. Un grupo de campesinas, acarreando mochilas y gallinas, subieron cuando llegamos a Conalí, un asentamiento nuevo donde, en casi todas las casas, ondeaba una bandera de la Convergencia. Habíamos hecho 20 Km. en hora y media.

Quilalí nos recibió, en cambio, con gran profusión de mantas y afiches del Partido Liberal. Durante la guerra conocí a algunos andaluces que estuvieron trabajando por aquí y contaban que, aunque nunca pudieron tomarse el pueblo, la contra tenía dentro bastantes adeptos.

Me aconsejaron la hospedería La Tere. No estaba mal, considerando la zona y mi juicio benévolo, pero la Tere, resultó bastante antipática. Creo que, por la pinta que yo llevaba, me asoció a los cooperantes de vestimentas informales. Luego pude observar, en lo que podíamos llamar el recibidor, que había una especie de fotomontaje en el que aparecían los rostros de Douglas y Makalele, dos contras caídos en combate. Makalele. A ambos se les veía con toda la inocencia de la adolescencia.

En las duchas comunes de La Tere no corría el agua. Supuse que era un problema general y me pegué un chapuzón con un balde. Tampoco había luz en la habitación, pero el marido de la Tere me asesoró:

—Hale el cable, y si no prende me llama.

Halé —escrito a veces con "j" y pronunciado siempre con ese sonido—, y prendió.

Salí a dar una vuelta para aprovechar las últimas horas de luz. Había poco que hacer en este pueblo de poco más de cuatro mil almas, a orillas del río Murra y rodeado de montañas. En un quiosco cercano me prestaron el periódico mientras me tomaba un fresco. También leí unos poemas de Vidaluz Meneses y cerré la última página del crítico libro de Oscar-René Vargas, *El Sandinismo: Veinte años después.*

Enfrente se ubicaba el local de la cooperativa Salt-Quilalí; gente de este pueblo catalán prestaba ayuda a la empresa. Más allá, un cartel indicaba que Manlleu estaba hermanado con el cercano asentamiento de San Bartolo. Por las conversaciones sobre los entresijos de la política local, de los clientes que conversaban acodados en la barra del chiringuito, deduje que eran sandinistas, que pertenecían a la UNAG, Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos, y que esperaban ganar las próximas elecciones.

Luego me fui a llenar el estómago. Junto a la puerta de un modesto restaurante estaba aparcado un jeep blanco de Médicos sin Fronteras. Me sirvieron unos huevos revueltos con chorizo, que cayeron mientras visionaba en la televisión un reportaje sobre anfibios multicolores. Sólo me acompañaba un comensal, que mostraba casi tanto interés en los animalitos como yo. Más tarde entraron una joven y un paisano con el que estuvo platicando con vehemencia durante largo rato. Aunque la muchacha tenía acento nica, por sus rasgos, maneras y vestimenta de mallas floreadas, deduje que debía ser una médica española, y que debían de estar discutiendo sobre cuestiones laborales. No me atreví a interrumpir.

De la salida del comedor descendía un empinado y tortuoso camino hasta el río. Del otro lado de la barranca, otras casitas encendían sus luces mortecinas. Fue un atardecer de nubes cansinas que paseaban lentas sobre los cerros, hasta que fueron cubiertas por la capa oscura de la noche.

Siendo muy joven, Anastasio Somoza abandonó sus estudios primarios, aunque años más tarde, su familia lo envió a los Estados Unidos para estudiar comercio. Como suspendía mucho, se empleó como vendedor de automóviles, completando su aprendizaje del inglés en las mesas de naipes y dados de Filadelfia.

De regreso a su país, su padre le montó un pequeño almacén en San Marcos, su pueblo natal, pero entre borrachearas y juegos de cartas, pronto lo perdió. Desempeñó luego varios oficios: funcionario de la *Rockefeller Fundation*, instalador de alumbrado eléctrico, revisor de contadores y falsificador de monedas de oro, entre otros. Se libró de la

cárcel gracias a la familia de su mujer. Anastasio se había casado poco antes con una joven aristócrata: Salvadora Debayle, hija de un rico terrateniente y heredera de uno de los apellidos más ilustres de Nicaragua. Para decirlo con vulgaridad y a las llanas: había pegado el braguetazo e ingresado, vía matrimonial, en la aristocracia.

Siguió desempeñándose en los más variopintos oficios, buscando la manera de ascender socialmente. La suerte le llegó de modo rocambolesco. A raíz de la insurrección del general Chamorro, Somoza y algunos amigos trataron de hacerse con el control de su pueblo. Se llevó de propina una fenomenal paliza, pero después de la hazaña salió investido oficial de la guardia.

Poco después, sus conocimientos de inglés le permitieron actuar como intéprete en la conferencia de paz de Tipitapa, que bajo los auspicios de Norteamérica, reconcilió a Moncada con Sacasa. Allí entró en contacto con gente del Departamento de Estado, que le pusieron el ojo encima y lo consideraron como hombre de confianza, catapultándole, en una meteórica carrera militar, hasta el cargo de máximo jefe de la guardia.

El asesinato de Sandino le valió a Somoza muchos puntos ante sus patrocinadores, hasta el punto de que, contando con su anuencia, organizó un levantamiento que depuso a Sacasa. Un presidente interino preparó el aparato electoral que le llevaría, con toda comodidad, hasta la presidencia en 1937.

En las elecciones, Anastasio Somoza, “Tacho” para los amigos, barrió: 117.000 votos contra los 1.096 de su oponente. Mientras la oposición había sido invitada por la guardia a cerrar la boca o al exilio, el embajador norteamericano quedaba “atónito ante tan concluyente demostración de popularidad democrática”.

Tras el éxito electoral, la burguesía nicaragüense —apenas desarrollada por los conflictos internos y la ocupación foránea que controlaba el aparato militar y financiero el país— no tuvo más remedio que admitir en su círculo al nuevo presidente, el cual, con ayuda de galones y amigachos, empezó a manejar los resortes económicos del país. En apenas dos años, el clan Somoza, se apoderó de los principales recursos y obligó a los sectores restantes a aliarse con él, si no querían quedar marginados.

Recogemos un listado somero de las diversas ocupaciones financieras del señor presidente: venta de ganado a Panamá, venta clandestina de ganado a Costa Rica, monopolio en la distribución del sebo, una

mina de oro, participación del 2'25% en las compañías mineras gringas, 51 ranchos ganaderos, 45 fincas cafetaleras, 50% de las acciones de la Cementera Nacional, el diario Novedades, plantas eléctricas, la Compañía Nacional de Cerillos, y paro de contar. Éstas fueron las principales, pero la lista es más larga. El que esté interesado puede consultar el libro de Germán Arciniegas titulado *Entre la libertad y el miedo* o el de Juan Colindres *Anastasio Somoza: fin de una estirpe de ladrones y asesinos*. Una fortuna en dólares, depositada en el extranjero, le cubría las espaldas.

En Washington, el bendito de Franklin Delano Roosevelt hacía la vista gorda tras sus espejuelos democráticos. Imperaba la llamada política de "buena vecindad", que permitía a múltiples dictadorzuelos latinoamericanos ziscarse en sus compatriotas, con tal de que prefirieran las inversiones norteamericanas a las inglesas, alemanas o japonesas y que, de vez en cuando, tuvieran un leve gesto democrático, aunque fuera en medio de un baile de máscaras. *He is a son of a bitch, but he's ours*. Es un hijo de puta, pero es de los nuestros, solía decir Roosevelt, refiriéndose a Somoza.

Mientras Sandino se pudría en una anónima fosa, su asesino se atrevía a declarar en su propio periódico: "Pienso permanecer en la presidencia no menos de cuarenta años. Pero si los Estados Unidos me hicieran la menor insinuación de abandonarla, lo haría inmediatamente, pidiendo solamente garantías completas para mi persona". Relata Gregorio Selser, que cuando se produjo el segundo triunfo electoral de Roosevelt, Tacho decretó feriado en Nicaragua por dos días.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, siguiendo la consigna de los EUA, expropió a todos los residentes alemanes. El gobierno se incautó de sus enormes plantaciones de café, organizó una subasta pública y Somoza arrambló con todas ellas por un precio irrisorio, ya que los demás interesados fueron descartados por no presentar mejores ofertas. El señor presidente se convirtió así, de la noche a la mañana, en el principal productor y exportador del apreciado café nicaragüense.

También reformó la Constitución para prolongar su segundo mandato, mediante una cláusula que suspendía las elecciones en caso de guerra. En mitad de la contienda, logró introducir a Nicaragua en la Carta del Atlántico Norte para simular verse involucrado en el conflicto. Pero la rocambolesca jugada no le valió al ínclito caudillo bananero, pues la paz llegó antes de que finalizara su mandato presidencial.

Mientras que el salario de un peón era de 15 centavos de dólar al día, el sueldo oficial del señor presidente se aproximara a los 100.000 anuales. Para mantener esta situación era necesario que el aparato represivo estatal estuviera bien engrasado. Reprimió cualquier intentona opositora de estudiantes, campesinos y obreros, y hubo ametrallamientos de manifestantes, torturas carcelarias y desapariciones. No me alargaré más en este punto, para detenerme en aspectos más folclóricos de su personalidad. Cuando un antiguo amigo suyo, convertido después en opositor, iba a dar un mitin ante los liberales, en donde pretendía enumerar una detallada lista de negocios del presidente, Tacho le mandó la siguiente misiva: "Yo sé que tiene un discurso preparado para la Convención. Si insiste en pronunciarlo, no olvide de llegar armado. No soy un sujeto al cual se puede derrocar con discursos". De todos modos, lo detuvo previamente, por si acaso. Una de sus acuñaciones políticas favoritas, fue la siguiente: "La democracia en Nicaragua es como un bebé, y nadie da de comer de todo a un bebé enseguida. Les doy libertad, pero a mi modo". Otra de sus bufonadas consistió en hacer desfilar a las prostitutas de Managua, en desagravio por una manifestación de estudiantes que había tenido lugar en León, a la que se sumaron, por primera y última vez, algunas damas distinguidas de la ciudad.

Tras intentar todas las artimañas posibles, Tacho Somoza tuvo que finalizar su presidencia, e incluso dimitió como jefe de la guardia, pero antes nombró un sucesor: Leonardo Argüello, un viejo parlamentario que fue elegido sin problemas. Era, en principio, una persona a la que Somoza podría manipular a su antojo. Pero Argüello, sin ser un político brillante, empezó a mover sus fichas para controlar un poco la situación, llegando a modificar el cuadro de oficiales de la guardia. Cuando Somoza empezó a conspirar para frenarlo, Argüello le conminó a abandonar el país en veinticuatro horas.

Se dio la paradoja de que mientras los círculos progresistas aconsejaban al presidente más prudencia y que actuara con cautela, los núcleos tradicionales jaleaban sus medidas, tratando de provocar la esperada reacción. Argüello proclamó, además, su intención de decretar medidas encaminadas al control de la economía del país y pronunció un discurso, ante trabajadores y partidos de izquierda, con ocasión del 1º de mayo. Esta fue la gota que desbordó el vaso.

Somoza solicitó tres días para salir de Nicaragua, plazo que aprovechó para insurreccionar a sus guardias más leales. Con un grupo de ellos sacó de la cama a Argüello y le comunicó que podía seguir en pijama, pues ya no era presidente. Su mandato había durado 26 días.

La Cámara, reunida en sesión de urgencia a las tres de la madrugada, declaró al máximo dignatario "mentalmente incompetente" y designó en su lugar a Benjamín Lacayo Sacasa, tío de Somoza,. Durante este interregno, hubo más represión y más exiliados (30.000 sólo en Costa Rica). Se convocaron nuevas elecciones en agosto de 1947 y otro tío de Somoza se convirtió en el nuevo presidente: Víctor Román y Reyes, un vejete de más de ochenta años. Todo ello en una situación de gran penuria económica, dado que el fin de la guerra provocó una crisis económica en los EEUU, cuyas repercusiones se dejaron sentir con más crudeza en sus satélites.

Hubo nuevas elecciones en 1950, para que el tío pudiera dejar al sobrino sentado de nuevo en el sillón presidencial. Pero como dice el refrán, a todo cerdo le llega su San Martín.

*Estoy buscando el pez de la libertad / En la muerte del tirano…*escribía en un poema Rigoberto López Pérez, un tipógrafo de condición humilde que ya en su niñez había sufrido las consecuencias de la represión y se le había metido, entre ceja y ceja, llevarse por delante a Tacho Somoza, liquidar al tirano. En sus horas libres se dedicaba a escribir versos y formaba parte de un taller literario.

Tras darse cuenta de que no existían medios democráticos para acabar con el inmenso aparato represor montado por Somoza, López Pérez decidió dar un golpe espectacular que despertara la conciencia de sus compatriotas y, en compañía de otros tres jóvenes leoneses, organizaron un comando dispuesto a acabar con la vida del dictador, aunque fuese a costa de las suyas.

La crónica resumida de estos sucesos está ampliamente recogida en muchos libros. El 22 de septiembre de 1956, el comando conoce que Tacho concurrirá a una fiesta en la Casa del Obrero de León. Pensaba proclamar en aquel acto su intención de concurrir a las elecciones presidenciales por cuarta vez. Los cuatro conspiradores debían penetrar en el recinto armados con pistolas y, aprovechando las consabidas borracheras generalizadas, Rigoberto se acercaría a Somoza y le descargaría su 38 largo, de cañón recortado. Sería la señal para que sus amigos

abrieran fuego sobre los guardaespaldas y trataran de huir aprovechando la confusión. La acción era suicida y ellos lo sabían. Tampoco contaban con los imprevistos. En mitad de la fiesta, Somoza anunció que se retiraba. Hasta ese momento, el único que había podido entrar en la Casa del Obrero era Rigoberto. Éste decide actuar solo y, con decisión, se planta delante del dictador y le mete cuatro tiros. Tras la sorpresa inicial, los guardias reaccionan y lo fríen a balazos, pero ya el tirano estaba herido de muerte. Rigoberto murió en el acto. Tenía 16 años.

Somoza fue trasladado en un avión estadounidense al Hospital de Gorgas, en el Canal de Panamá. El entonces presidente Eisenhower se apresuró a enviar un equipo médico de élite para tratar de salvarle la vida, pero el esfuerzo resultó baldío. El cadáver fue trasladado a Managua y, tras ser velado durante dos días, inhumado en la cripta de la Guardia Nacional.

En el funeral, la nota más colorista la puso Rafael Trujillo, el dictador dominicano, que también caería a balazos pocos años después, en un atentado perpetrado por oficiales militares democráticos de su país (Mario Vargas Llosa: *La fiesta del chivo*). Trujillo envió para la ocasión a su guardia de honor con su banda militar, en total 118 hombres emperifollados que desfilaron en el cortejo.

Pero todo quedaba bien atado. Tras Anastasio “Tacho” Somoza, sus hijos Luis y Anastasio "Tachito", se repartieron el pastel. Luis, de 33 años, se autodesignó presidente y su hermano, que a sus 32 abriles era el jefe de la guardia, lo respaldó.

La represión no tardó en desatarse. Los tres compañeros de Rigoberto fueron apresados, torturados y asesinados en la cárcel. Otras 300 personas más fueron detenidas. Se calcula que desde el asesinato de Sandino hasta su muerte, Tacho Somoza se llevó por delante a casi 20.000 nicaragüenses. Un buen ejemplo para sus jóvenes cachorros que ahora iban a continuar su legado.

En su novela *Margarita, está linda la mar*, Sergio Ramírez recrea con maestría el ambiente que se vivía en León aquellos días. Desde la atalaya privilegiada del café de Prío, éste observa la ostentosa llegada a la ciudad del presidente. Doña Salvadorita, la primera dama, lo acompaña. Ambos realizan una protocolaria recepción. Alrededor de una mesa, los contertulios Rigoberto, Ausberto, Edwin y Segismundo, acompañados del *capitán* Prío, leen y comentan las notas del primero en las que se

reconstruye con pasión la leyenda del poeta Rubén Darío. Todos participan además en una conspiración para acabar con la vida del primero de la dinastía de los Somoza.

Tomás Borge y Carlos Fonseca que conocían a Rigoberto y que poco después fundarían el Frente Sandinista, no percibieron nada de lo que éste y sus compañeros venían tramando. Y aunque Edwin Castro había informado a Borge de que algo gordo se preparaba, éste, entonces estudiante en León, no pudo contactar con Carlos Fonseca, que se encontraba visitando a su madre en Matagalpa. Ambos fueron detenidos. Tomás describe en sus memorias, tituladas *La paciente impaciencia*, como en la celda conoció "hasta el último secreto del hambre y de la sed". Según él, el ajusticiamiento de Somoza no tuvo efectos inmediatos, pues "se había decapitado a la hidra, de la que florecieron dos jóvenes cabezas, muy seguras de su poder".

Apareció tímida la mañana con sus largos dedos de púrpura acariciando las nieblas, pero a esa hora ya llevaba el viajero un buen rato amanecido y esperaba, merodeando por el parque de Quilalí, la salida del primer bus hacia Jalapa.

En la plaza había movimiento desde antes de que saliera el sol. Se percibía, incluso, un ligero ajetreo provocado por el continuo ir y venir de las mujeres al molino de maíz, para comprar la masa para las tortillas del día. El atronador claxon de El Quilaliano, *El Rey del Norte*, nos puso al grupo de viajeros en marcha. Tomé un café negro, literalmente de perol y calcetín, antes de partir. Otro autobús mostraba en un cartel su ruta para San Juan del Río Coco, Telpaneca, Palacagüina, la Shell de la Panamericana y Estelí.

La pista no era del todo mala y nuestro vehículo circulaba en las cuestas abajo con cierta alegría. El camino avanzaba entre densos rodales de pinos y roble encinos. Entre las tejas de los techos de las casas campesinas se filtraba el humo de las cocinas sin chimenea. A menudo nos envolvía una densa niebla y, cuando ascendíamos, dejábamos a nuestros pies fiordos de nubes como lagunas entre los cerros. Glaciares de verde caían de las cumbres.

Por estas montañas transitaron y pelearon, casi en harapos, los campesinos que se alzaron con Sandino. Años después los nuevos combatientes sandinistas aprendían a marchar entre los bejucos sobre el terreno enlodado, a ocultarse entre la maleza, a dispararle a los monos para combatir el hambre y a dormir en hamacas colgadas de los árboles cubiertos con un plástico para protegerse de la lluvia.

"Yo fui de los que dije muchas veces en la guerrilla, cuando te adaptás y te has convertido ya en un guerrillero, que lo más duro no es la pesadilla del abra, no es lo horrible de la montaña, no es la tortura de la falta de comida, no es la persecución del enemigo, no es que andés con el cuerpo sucio, no es que andés hediondo, no es que tengás que estar mojado permanentemente, es la soledad… La falta de compañía, la falta de una serie de elementos que históricamente el hombre de la ciudad está acostumbrado a tener a su lado, a convivir con ellos, la soledad es el ruido de los carros que se te empieza a olvidar. La soledad por la noche del recuerdo de la luz eléctrica, la soledad de los colores porque la montaña sólo se viste de verde o de colores oscuros… ¿y el anaranjado qué se hizo? No hay azul, no hay celeste, no hay morado, lila, no hay esos colores modernos que existen. La soledad de las canciones modernas que a vos te gustan… la soledad de la mujer… la soledad del sexo, la soledad de la imagen de la familia, de tu madre, de tus hermanos… la soledad de no poder dar un beso… lo que para un ser humano es no poder acariciar algo… la soledad de no recibir una sonrisa, de que te acaricien, si hasta los animales se acarician… una culebra ponzoñosa acaricia al macho… un jabalí… un pajarito… los peces de los ríos se acarician. (Los puntos suspensivos también son de Omar Cabezas).

Mientras el viajero leía *La montaña…*en el bus hacia Jalapa, sorteando las montañas que la protagonizaron, la radio vociferaba contra la posibilidad del retorno del servicio militar obligatorio si ganaba la Convergencia, añadiendo otros mensajes de un Dios inefable y amenazador, que prefería que la mujer permaneciera sumisa en los hogares. Era la emisora de una iglesia. Entre medio se coló un *me gustas tú* de Manu Chao y, más tarde, un lloriqueo amoroso del Julio Iglesias de siempre. Y a mí me gustaban todos ellos, cansado de tanto corrido de amores machos y rancheras galleras. Entre mis acompañantes se encontraban dos acicalados viajeros portando las primeras chaquetas que veía en el país, y unos enormes maletines de cuero de esmerada factura. Su contenido debía de ser valioso, pues los llevaban bien amarrados.

Tras atravesar un río a lo bravo, gracias a que el bus tenía reductora, un asentamiento de enclenques casuchas nos esperaba junto al inevitable panel azulón de 'Hechos… No Palabras'. Días después *El Nuevo Diario* destaparía el presunto caso de malversación de fondos y otras corruptelas, en un proyecto de reconstrucción de un barrio de Juigalpa arrasado por el huracán Mitch, financiado por la Comunidad Valenciana, bajo la exclusiva palabra de Arnoldo Alemán, pues los papeles para reclamar el incumplimiento de las bases del contrato no aparecían. Por

lo visto, el alcalde había repartido las viviendas, no a los pobres del barrio, sino a los que él consideraba sus pobres, y sólo se habían construido la mitad de las previstas.

En un cruce, otra pista conducía hacia el oeste a San Juan de Telpaneca y Palacagüina. Había conocido Telpaneca en los cortes de café del año 85, en un viaje lleno de anécdotas que relataré más tarde. A Palacagüina me destinaron como subdirector del nuevo instituto en el 86, cargo que nunca llegué a ejercer, porque decidí regresar a España.

Más adelante, ya en Santa Clara, la pista enlaza con la que une Ocotal y Jalapa siguiendo un trazado paralelo a la frontera hondureña. Cuando llegamos al cruce, apenas tuve tiempo de apearme y saltar a un nuevo bus que partía para Jalapa. Pagué diez pesos y, por tanto, calculé que llegaríamos en una hora. Tardamos dos porque la carretera estaba francamente dañada. Durante la guerra la había recorrido en numerosas ocsasiones y me la sabía casi de memoria, debido a la tensión que muchas veces se respiraba, que hacía que uno se fijara mucho hasta en los más mínimos detalles. Ahora estaba mucho peor que cuando la transité por última vez. Días después me comentaron que como la zona votaba sandinista, el gobierno no invertía. Es más, cuando lo hacía mediante los fondos de cooperación, acababa mal las obras aposta, según me informaron más adelante.

En esta pista sufrió una emboscada la periodista Carmen Sarmiento. Estaba realizando un reportaje sobre las mujeres en los países del Tercer Mundo y se dirigía a Jalapa junto a un convoy militar, que fue atacado por la contra. La reportera estuvo muy valiente y muy profesional. Con el miedo reflejado en el rostro y la voz agitada, refugiada tras la rueda de un camión, el cámara grabó unos minutos mientras Carmen le hacía unas breves preguntas al oficial que mandaba aquella tropa, que le contestaba como podía, mientras a gritos daba ordenes a sus muchachos. Estaba herido en una pierna, pero no debía de ser grave, porque se mostraba muy enérgico e incluso optimista —tal vez fuera la euforia que da en estos casos la adrenalina y la mala leche porque te han dado; vi de cerca un estado similar en una ocasión—. El militar le decía a la Sarmiento que había que aguantar un rato hasta que llegaran refuerzos y que, una vez pasado el primer susto, la contra no tenía nada que hacer, excepto huir hacia Honduras, que estaba unos cerros más allá, casi a un tiro de piedra.

Dice el geógrafo Jaime Incer que el valle de Jalapa es un alargado zanjón hundido entre serranías paralelas, con suelos muy fértiles, propios para el cultivo del tabaco. La vegetación predominante son los

bosques de pino llamados ocotes (de ahí el nombre de Ocotal) que forman densos rodales en las laderas y crestas de las serranías fronterizas. También es abundante el maíz de cuyos granos molidos y fermentados se obtiene la chicha, bebida alcohólica bien conocida en todo el país. Mediante una fermentación más prolongada y una destilación más a fondo, se elabora la cususa, un aguardiente de los que tira para atrás, bien afamado entre los borrachines más recalcitrantes.

La carretera es realmente linda y nos puede recordar el paisaje de Euzkadi, sobre todo ahora que ambas regiones están siendo repobladas de pino americano, que lo va homogeneizando todo.

El viajero debía tener a esas alturas el trasero cuadrado, porque se le hizo corto el camino, distraído en la observación de los galpones de tabaco, las plantaciones de caña, los *piecillos* (o troncos como los llamábamos de pequeños cuando los utilizábamos como armas en el mercadito de Jerusalén) repletos de plátanos, las *milpas* de maíz cortado repletas de campanillas violetas que trepaban por las cañas secas, e incluso las buganvillas crecidas a la puerta de alguna casa. También resultaban curiosos los regueros de árboles pardos que descendían de las colinas dando una sensación de otoño. Después me enteraría de que aquel color denotaba enfermedad.

Atravesamos como pudimos el río Solonli. Las últimas riadas se habían llevado el puente.

Estábamos llegando a Jalapa y consulté la guía para orientarme sobre el alojamiento. Venía Ocotal, pero Jalapa y su valle seguía ignorada. La había abierto por casualidad por una página en la que daban consejos al viajero, que en muchos casos son de agradecer, aunque en otros le crean una sensación de inseguridad que casi nunca tiene que ver con la realidad. Conversando por los lugares que uno transita, si partimos de la base de que casi todo el mundo es buena gente, sin que tú se lo pidas te van aconsejando. La guía también prevenía sobre el precio extra que suelen cobrar por el equipaje; sugería preguntar primero, advertía que te suelen clavar y recomendaba regatear. Nadie me pidió un peso extra por mi mochila en todo el mes. Tal vez si hubiera preguntado, le habrían puesto una tasa.

En la radio dieron los resultados de los partidos del Real Madrid y del Barça. El Madrid, muy a mi pesar, había vuelto a ganar.

Los baches eran ahora tan pronunciados que, en algún tramo, el bus parecía que iba a volcar. En compensación, las huertas estaban verdes y frescas, las redecillas que, como gasas gigantes, protegían las

plantaciones de tabaco, cubrían una abundante cosecha, los altos naranjos sin podar se veían repletos de frutos y los campos, reventados de girasoles, bordeados de frondosos mangos. Así recorrimos los últimos kilómetros rematados por un tramo de adoquines, tan recién colocados como estériles, pues las fallas del asentamiento de la calzada y las torrenteras comenzaban a esbozar los primeros baches, mucho más rotundos y más difíciles de reparar que los de la pista. Una dádiva presidencial tan recordada en cartelones como envenenada, en un camino de decenas de kilómetros de pura tierra que, lo primero que necesitaba, era ser compactada y después que le dieran, si alcanzaba, una pasadita fina de alquitrán.

Según el cobrador del bus el mejor hotel estaba a la entrada del pueblo. Su nombre era sencillo de recordar: Hotelito Nº 1.

En la recepción un niño tumbado en un sofá miraba en la tele, absorto, unos inmortales dibujos de Los Picapiedras. Nadie atendía al cliente, aunque algunas mujeres trabajaban en el patio. Al fin, una señora me ubicó en un sencillo cuarto, en una de las alas con setos y rosales del hotelito.

Tras descansar un rato, salí a dar un paseo. Jalapa olía a pino y a maíz. Sobre todo a maíz, del que los jalapeños saben sacarle un buen rendimiento por hectárea y también elaborar con él la mejor *chicha* de toda Nicaragua. En un monolito se podía leer que la calle del hotel se llamaba Champiny sur Mer, ya que había sido adoquinada gracias a la ayuda de esa ciudad francesa, hermanada con Jalapa. En la vecina Marny sur Main, otro monolito rojinegro en el que la alcaldía rendía cuentas, en cifras, de los gastos municipales empleados en adecentar el pueblo con la ayuda internacional: “Así se gustan tus impuestos”. Allí mismo estaba comiendo hierba un robusto buey joven, chepudo y pelirrojo, junto a unas vacas. Mientras tomaba notas me resopló unas cuantas veces, pero no le di importancia hasta que se lanzó a embestirme. Apenas pude retroceder unos pasos, lo justo para que la cuerda que lo amarraba se tensara, impidiendo que me arrollara. Apenas le habían crecido los cuernos, pero debía pesar más de media tonelada.

El Bazar Vicky tenía dibujado en su fachada sus productos: frijoles, arroz, maíz, azúcar, zapatos, botas de hule y un carrito de niño con cuatro cabecitas infantiles dentro.

Se puso a llover y las calles que bajaban perpendiculares al río se convirtieron, en cuestión de minutos, en auténticos riachuelos marrones, en los que las piedras salientes formaban remolinos.

Me refugié en una tienda que vendían muebles. También un órgano eléctrico, máquinas de coser, neveras de bar y microondas. Jalapa era un pueblo bien surtido. Como no amainaba, la dependienta me ofreció una silla protegida por un plástico para que me sentase. Aproveché para leer el periódico. En algunas poblaciones los vecinos protestaban por los cortes de agua. Aguas y Alcantarillado no pagaba la luz, y le habían cortado la electricidad, con lo que no podían bombear y la gente se quedaba sin suministro. La empresa estatal de energía había sido privatizada y la española Unión Fenosa había adquirido una parte importante del pastel. Los periódicos anunciaban cortes de luz y agua en barrios y fábricas, por falta de pago.

Se acabó el diluvio y decidí darme una vuelta por Teotecacinte, pueblito situado a 17 Km. de Jalapa, una península rodeada por todas partes por Honduras. El asfalto estaba tan hecho polvo que demoramos hora y media en llegar, y eso que el terreno era llano. Hasta las *mountain bikes* cargadas con fardos campesinos nos adelantaban, en determinados tramos, por los bordes de tierra junto a la calzada.

Pasamos por la desviación que conducía a la finca La Angélica. Allí estuvieron trabajando como profesores mis mejores amigos españoles en la región. Había contactado con Aurelio en la primera brigada. Este asturiano tenía cursados dos años de Biológicas. Nunca le llegué a preguntar cómo era que había acabado de picador en una mina. Desde el principio congeniamos bien; los dos éramos de Comisiones Obreras. Tras la experiencia brigadista, dejó la mina y se vino para trabajar en Nicaragua, acompañado por Mónica, su mujer. Junto a un catalán llamado Ferran, separado, barbudo y cincuentón, impartían una buena parte de las asignaturas que se enseñaban en aquel remoto paraje. La escuela se dedicaba a la formación profesional de los jóvenes agricultores de la zona. Los que vivían en la misma escuela, tenían cama en unos antiguos galpones de tabaco convertidos en dormitorios colectivos. Comían bien porque cultivaban los campos de la finca y tenían vacas y cerdos. Habían experimentado también con conejos, pero la mixomatosis había acabado pronto con el invento. Como lograban excedentes, los vendían para mejorar tanto los materiales para la docencia, como las máquinas y herramientas para la producción.

Mis amigos vivían aislados del mundo, a unos kilómetros de Jalapa, pero se les veía contentos por ir superando las dificultades.

En el internado también había bastantes muchachas. Dormían en su propio galpón. En las clases se explicaban técnicas de cultivo, maquinaria agrícola, abonos y pesticidas, elementales nociones de matemáticas

aplicadas a la contabilidad e incluso un poco de inglés, porque muchos de los prospectos venían escritos en esa lengua.

Cuando los visitaba y me quedaba a dormir allí, solíamos quedarnos a platicar hasta las tantas, en compañía de la correspondiente botella de ron. Aprovechábamos para hablar de política nicaragüense, intercambiar experiencias y criticar, a nuestras anchas, las cosas que funcionaban mal o no nos gustaban, según nuestro punto de vista. Yo tenía un tremendo reparo a la hora de rebatir actitudes de algunos cuadros sandinistas, que habían llegado a donde estaban porque se habían jugado la vida hacía muy pocos años. Muchos de ellos todavía se la rifaban en los continuos desplazamientos que acarreaban sus responsabilidades y, también, movilizados en las montañas cuando la situación lo requería. Aquellas noches nos despachábamos a gusto.

Una de aquellas veladas, cuando regresaba tras orinar mientras contemplaba la luna en medio del campo, sentí cerca una voz:

—¡Alto, compañero!

No era intimidatoria y no llegué a asustarme. Apenas pude distinguir una sombra junto al tronco de un árbol de donde provenía la orden. Una muchacha salió debajo de la oscuridad que proporcionaban las ramas y su Kaláshnikov me apuntaba.

—Es peligroso andar por ahí. Lleva una camisa blanca y es un blanco fácil en noche de luna.

—Pero todo está tranquilo, ¿no cree? Además, está usted para defenderme.

—El año pasado sufrimos dos ataques nocturnos. Aparte de los combates que se producen con frecuencia sobre Teote.

Ella se retiró de nuevo hacia la oscuridad. Pese a la luna se veían algunas estrellas. Intenté buscar la Polar.

—¿Cuánto tiempo se quedará en La Angélica?

—El lunes debo regresar a Estelí. Tengo un *raid* que va para Managua.

—¿Y cuánto tiempo tiene de estar con nosotros?

Continuó con una retahíla de preguntas

—¿Cuánto se quedará en Nicaragua? ¿Volverá por aquí?

—¿Cómo no? —no podía contestar de otra manera.

Estaba claro que la muchacha tenía ganas de platicar. Yo había oído muchas historias sobre amoríos mientras se hacía la vigilancia revolucionaria (en el lenguaje popular estaba prohibido decir que se hacía guardia, ya que se confundía con la contra). En los Talleres de Poesía y en *Poesía Libre*, la revista del Ministerio de Cultura, muchos poemas hablaban de enamoramientos, amoríos y encuentros durante las veladas armadas.

Estoy pensando en vos
Hoy que es mi día de guardia
Que tengo bajo mi mando unidades enteras, batallones
regiones, artillería, infantería, miles de hombres,
armamento pesado, liviano, mediano
un ejército entero
(vuelvo la vista al teléfono)

Si tan sólo me hablaras.

Y pensé en tus pechos
pegados a tu camiseta amarilla
como peras jugosas, frescas
como mangos maduros sin cortar.
…..
Te vi entre descuidos,
yo iba a enfrentarme a la muerte
y que cerca tenía la vida.
…..
¿Y por qué negarme la posibilidad del llanto?
…..

Si esto lo escribía el comandante guerrillero Hugo Torres, cuando era el Jefe Político del EPS (años después sería Ministro de Defensa), qué poemas y relatos no escribirían los adolescentes en las largas noches con el fusil al hombro.

Aquella joven quería platicar y yo también estaba por la labor. Quedó claro cuando se acercó otra muchacha para hacerle el relevo, y mi reciente amiga se apartó un poco para comentarle algo en voz baja. Acordaron que continuaba la vigilancia y le haría el turno a su compañera.

Siguió preguntándome sobre España, sobre nuestras costumbres, qué cosa era la monarquía, cómo era un rey, y sobre el mundo al derecho y al revés.

—Quisiera abrazarla —le dije—. Tocar sus cabellos, acariciar su piel color *cafesito* (trataba de imitar los modos que me recomendaban mis alumnos para enamorar).

Su pelo era largo y lacio, oscuro como la noche. Su piel era adolescente y suave. Y su Kaláshnikov se interponía entre sus pechos y el mío.

—Mire compañero, estamos en tarea. Estoy de vigilancia.

Yo continué acechante. Sólo el arma separaba nuestros cuerpos.

—Si hago alguna cosa que la moleste, sólo tiene que *volarme verga*. Un *chele* menos, no cuenta.

—¡Ni quiera Dios!

El próximo relevo llegó como a las cuatro de la mañana. Nos fuimos a dormir, cada uno por su lado.

Al día siguiente, desayunando con Mónica en el comedor colectivo, le conté la historia.

—Mira que soy burro, se llama Chayo, pero ahora no soy capaz de reconocerla. Estaba tan oscuro y su piel era tan morena. Me da corte no poder saludarla, o meter la pata.

—Hay varias Rosario, pero no te preocupes que voy a investigar -y se fue a indagar sobre quienes habían estado de vigilancia la noche anterior.

Al cabo del rato volvió.

—Es la Chayito. Acaba de bañarse y está secándose el pelo. Ya te diré quién es cuando venga.

Tenía los rasgos indios muy pronunciados, pómulos salientes, ojos grandes y negros, bastante rasgados. La trenza de la noche se había convertido en una preciosa cabellera hasta la cintura.

Cuando pude me acerqué par hablar con ella. Era domingo y se iba a visitar a sus padres. Yo tenía que volver al instituto el lunes.

—A ver cuando vuelve por aquí de visita.

—El día que me entere que a usted le toca la vigilancia, no fallo.

No nos volvimos a ver.

Aunque el gorgojo, o gusano del pino, estaba haciendo destrozos entre las coníferas, volviendo las hojas de los ocotes de color rojizo, la tierra en Teote era realmente fértil y aquella enfermiza tonalidad hacía todavía más bello el paisaje.

La frontera con Honduras estaba a unos 6 Km., un cuarto de hora en autobús, y la llamaban La Apertura. No estaba permitido el paso de vehículos pero, desde hacía tres años, autorizaban el tránsito de personas. Debían cruzar el paso aduanero a pie y luego cambiar de transporte. Alguna gente pasaba para mercadear en el pueblo hondureño más próximo.

Di un paseo en un atardecer límpido y húmedo después de la lluvia. Alguna gente tomaba el fresco sentada a las puertas de sus casas mientras el sol se ponía tras los montes. Hacia las afueras, algunas viviendas de madera mostraban un jardincito delantero donde abundaban lirios amarillos y rojos, alternados con hibiscus de los mismos colores, a los que llamaban avispas. Una especie de paraíso habitado y sin coches, amenizado con el último canto de las chicharras y el alboroto de los pájaros antes de irse a dormir.

Con anterioridad sólo había llegado hasta allí en una ocasión, en compañía de Paco Navarro. Estábamos de visita en La Esperanza y, una camioneta que había descargado unos paquetes en la escuela, nos brindaba un cómodo viaje. En mitad de la época seca el paisaje era marrón y árido, bajo un intenso sol que freía los sesos.

Sabíamos que el pueblo estaba casi deshabitado debido a que sus viviendas eran fácil objetivo de los morteros de la contra, manejados desde las montañas fronterizas que rodean el valle. Cuando llegamos, casas de adobe y calles polvorientas. Parecía que no hubiera nadie. Sólo el ruido del motor de la camioneta y las chicharras rompían el silencio. El conductor descargó unos sacos y varios depósitos de plástico en el interior de un almacén. La intensa luz exterior nos cegaba. Dentro no había ninguna ventana abierta. Cuando nos acostumbramos

a la oscuridad descubrimos a una anciana, arrugada y vestida de negro detrás de un mostrador. También varias bancas y desvencijadas mesas de madera. Puede que aquella pulquería se convirtiera, ya en la noche, en cantina para los militares de la zona. La señora nos dijo que en el pueblo habían quedado tan sólo once vecinos.

Continuamos a pie. Todo estaba tranquilo. Seguíamos sin cruzarnos con nadie. Ya habíamos salido del pueblo cuando un par de soldados, tumbados debajo de un árbol, nos dieron el alto.

—¿Qué andan haciendo? De aquí no se puede pasar.

En realidad estábamos haciendo el tonto, llegar al último confín de aquella parte de Nicaragua sin más objetivo. Tal vez sólo para poder contarlo.

Uno de los soldados nos guió por un camino hacia la derecha. Conducía a unas lomas de arenisca, socavadas por cuevas y agujeros. En el interior soldados. Era una especie de puesto de observación.

Estuvimos charlando un rato con ellos. Paco les repartió su tabaco.

—¿Miran allá enfrente? —el militar señalaba hacia los altos de una montaña, al otro lado del valle.

Al principio no vimos nada. Luego percibimos unos reflejos.

—Es la contra. La tenemos ahí no más.

Nos dejó unos prismáticos. Apenas se podían distinguir como unos puntos camuflados en el paisaje.

—¿Cómo es que no van para allá a sacarlos? —preguntó Paco.

—Ni modo. No tiene sentido. Se nos corren para el otro lado de la raya. Ellos nos ven y nosotros los vigilamos.

Estuvimos bajo aquellas sombras un buen rato.

Nada más llegar, Paco se había identificado ante un oficial con su pasaporte español, sin que nadie se lo hubiese pedido. Sabía que yo me había olvidado mi carnet de residente en Estelí, y era una muestra más de su manera de andar siempre con pleitos y cachondeo. No tuvo la menor importancia porque entonces en Nicaragua se le daba poca importancia a los papeles. Valía el chequeo oral sobre donde vivías, a quien conocías y a que te dedicabas, dentro de las costumbres campesina. Nadie me pidió mi pasaporte, pero aprovecho la anécdota para tratar de reflejar el ambiente y, de paso, meterle una puya cariñosa al amigo Paco.

Volví de mi paseo campestre por Teotecacinte, para tomar el último bus de regreso a Jalapa antes de que cayera la noche. Era un antiguo HINO polaco. En Teote, el campo de fútbol, en el que jugaban adolescentes y pacían los caballos, hacía las veces de parque.

Cuando arrancó el busito, la niebla descendía de los cerros y el sol se filtraba entre las nubes. Olía a estiércol, a caballos, a vacas, a heno y a maíz cortado, y la luz era intensa entre los cirros grises.

De vuelta en Jalapa me pareció volver del bucolismo campesino a un cierto orden civilizado, pese a la belleza de su entorno. Las calles que caían perpendiculares sobre el río estaban pavimentadas, con esos adoquines fabricados uniformes, como de hormigón, y había desagües que facilitaban el drenaje. Las paralelas al cauce se mantenían de tierra; aún no les había alcanzado el presupuesto.

Me tomé un licuado de leche con frambuesa en un bar de barra alargada, sobre la calle, contiguo al local electoral del Frente. La música era vocinglera y las canciones electoralistas y de la vieja cosecha. Los estantes estaban repletos de Ron Plata Lite y Ron Cañita, etiquetas de segunda calidad. El joven que atendía portaba un grueso hilo negro que le colgaba del lóbulo de la oreja; se acababa de hacer la perforación para colgarse un pendiente. Otra muchacha lucía en la frente una cinta roja y negra que pedía el voto para Daniel.

Estaba dando el último paseo, cuando las campanas repicaron con un sonido de martillo de herrero. Me metí en la iglesia con la esperanza de encontrar a algunos de aquellos sacerdotes españoles que conocí en su día, fervientes partidarios de la teoría de la liberación. Recordaba el apellido de uno de ellos, porque fui amigo de su hermana Natalia —monja seglar que trabajaba en Estelí—, y porque después de que se secularizara, ocupó un destacado cargo en el PSOE andaluz y, de vez en cuando, salía en los medios.

La iglesia estaba abarrotada y los feligreses, muchos de ellos jóvenes, participaban con sus cantos en medio del estruendo que producía un gran chaparrón, formado de repente, que golpeaba duro las planchas de zinc del techo. El cura era nica. Esperé a la homilía, que para mí siempre es la parte más interesante del ritual. Leyó un evangelio de San Pablo, explicó la parábola correspondiente y continuó reflexionando en voz alta acerca: si el hombre sabía interpretar los signos atmosféricos, por qué no interpretar también los del cielo, morada de Dios. Rechazó el dualismo cuerpo alma de Platón y advirtió de no dar rienda suelta al instinto, ya que “el pecado nos atrae como un imán”. Acabó exhortando a su grey para que no fueran Cristianos Católicos Anónimos.

Salí de la iglesia y pregunté a un vecino de la casa cural, si había algún sacerdote español entre los pastores de almas de Jalapa. Me respondió que no y entonces indagué sobre qué había sido de los que estuvieron por los años ochenta.

—El obispo los botó a todos —fue la respuesta.

Tuve poco contacto con aquel grupo de monjas y sacerdotes españoles. Llegué hasta ellos de la mano de Joan Sifre, un jesuita obrero que fue compañero durante las huelgas de la construcción de finales del franquismo y principios de la transición, y también vecino del barrio de Torrefiel de Valencia. En la actualidad, casado y con una hija, es el Secretario General de CCOO del País Valencià.

Una vez participé, con todo el respecto de mi ateísmo a cuestas, a una misa campesina celebrada en un apartado asentamiento de aquella zona, celebrada por uno de aquellos sacerdotes barbudos. Los campesinos acompañaban con guitarras las canciones de *La Misa Campesina* de Carlos Mejía Godoy. En la novela *Los dioses debajo de la lluvia*, de Javier Reverte, su personaje central es un sacerdote español, en la parroquia de Jalapa, en aquellos años. En su nueva edición, forma parte del libro *Trilogía de Centroamérica*, del mismo autor. Las dos novelas restantes están dedicadas a Guatemala y a Honduras.

Ya en el hotel, la CNN informaba que se había producido el segundo bombardeo por error de la aviación estadounidense contra la sede de la Cruz Roja en la capital de Afganistán.

Salí a cenar y busqué un local digno de una noche de sábado. Me guiaron hacia un restaurante llamado Llamarada del Bosque. Era una casa colonial de techos de madera inclinados y dimensiones medianas. Rebosaba de parejas y de bebedores en corro. Un espejo corrido por toda la pared multiplicaba por dos la densa atmósfera. La limpieza y categoría del establecimiento venía condensada en el cuarto de baño: un megarrollo Kimberland de toallas de papel, en carcasa metálica, y jabón líquido.

La joven sonrisa de la cantinera puso la guinda. La *comanda* ofrecía filete jalapeño. Degusté uno, con cerveza bien fría, para hacer honor al lugar.

Me retiré temprano. La romántica música disco enmarañaba los sentimientos de la única alma solitaria del salón.

12. Los hijos de Somoza y el nacimiento del Frente Sandinista

El primer autobús para Ocotal debía pasar por delante de la puerta del Hotelito Nº1 a las cuatro y media, pero en realidad se demoró hasta más de las cinco. La espera se me pasó rápida pues pegué hebra con un viejo ganadero, curtido y enjuto. Mientras esperaba el mismo transporte, me resumió parte de su vida.

Nunca había sido somocista, ni añoraba los tiempos de la dictadura, pero reconocía que fue cuando había vivido mejor. Entonces estaba joven y trabajaba duro para sacar a la familia adelante, criando un par de docenas de vacas. Después vino la guerra y como él tenía su ranchito por la zona de Murra, llegaba la contra y se le llevaba las vacas. A veces también el ejército se las compraba, aunque no quisiera vender. Por último, dada la situación bélica, lo ubicaron a la fuerza en un asentamiento. Ahora la cosa era todavía peor. Había tenido que vender todo el ganado para malcomer y, con los jornales de las peonadas, no le alcanzaba ni para la canasta básica. Era evidente que no le sobraban calorías.

Cuando subimos al bus, tomamos asientos distantes. El antiguo ganadero fue a sentarse junto a algún compadre. Unos kilómetros más adelante dijimos adiós definitivamente al adoquinado hasta la entrada de Ocotal.

Ya se había hecho de día cuando atravesamos Santa Clara. Más adelante hicimos una paradita y la gente tomó su cafecito en un comedor de San Fernando. La pista de tierra, en estado lamentable, era una de las peores del país, debido a la falta de mantenimiento. Sin embargo, durante la guerra, tal vez por motivos de eficacia militar, se encontraba en mejor estado. La había transitado en muchas ocasiones con anterioridad y, aunque discurría cercana a la frontera, más allá de la cual estaban los santuarios de la contra, no era un camino especialmente peligroso, ya que se suponía que estaba bastante vigilada por los compas. Tenía su dificultad recorrerla en los escasos camiones que la transitaban, siempre llenos a rebosar. El polvazal y la calima castigaban al viajero en la época seca; el barro y el cruce de los ríos crecidos eran trabajosos en la de lluvias. Sus 70 Km. costaban de recorrer más de tres horas. La otra alternativa era el *raid*. Si tenías suerte y te paraba un todoterreno, en poco más de una hora estabas en tu destino. Dichos vehículos eran casi todos estatales y, el ritual, siempre el mismo. Cuando dejábamos la carretera, que seguía hasta Honduras, y

tomábamos la pista, el conductor paraba y se apeaba para colocarse, al igual que alguno de sus acompañantes, el chaleco repleto de cartucheras y reajustar los AK-47, de modo que quedaran a mano. Luego salían a toda pastilla. La velocidad era la que le daba el mayor peligro al trayecto. En las barrancas se veían camiones IFA que habían silenciado definitivamente sus motores. Circulaba el comentario de que si se pisaba una mina, cuanto más velocidad llevara el vehículo, menos posibilidades de que explotara bajo el culo del chófer; los de detrás se llevaban la peor parte y el conductor podía salvar la vida. Éste debía estar atento a las ramitas y montoncitos de arena que podían camuflar explosivos y, para evitarlos, muchos de los bandazos acababan en desgracias. Esa era la maldición de la carretera de Jalapa.

Recuerdo bien la primera vez que la recorrí. Iba en compañía de Paco Molina, un maestro sevillano que se había enrolado en la Campaña de Afabetización del año 80 y que, desde entonces, vivía en el país. Se había casado con una nicaragüense, tenía la nacionalidad y era más nica que los propios nicas. Cuando lo conocí se desempeñaba como profesor de instituto, pero, gran parte del tiempo, se lo pasaba movilizado con su batallón de reserva de las milicias populares. Conocía bien la zona y a mucha gente. Era un personaje popular.

Recuerdo el polvo y el calor bajo la lona del camión y los apretujones entre los sudores de la gente. Recuerdo el silencio. En aquella época, estaba recién llegado y no sabía distinguir entre las diferentes clases de silencio. Está el silencio indígena, el del indio, genético, de mirada fija y soñadora de quién sabe que mundos. Está el silencio del cansancio, el del miedo, el del sopor del calor y el adormecimiento. Aquel día, creía que el silencio de aquella pista hacia Jalapa era de miedo, pues había leído en los periódicos que en la zona se habían producido recientes combates. Más adelante descubriría que los nicas combatían casi siempre el miedo con risas, *chiles* graciosos e irónica jodedera. El habla disipa los fantasmas. Aquel silencio era, en cambio, mero cansancio y calor. De tan estrechos e incómodos que andábamos, la gente no podía ni dar cabezadas.

Dos muchachos se encaramaron al camión en mitad del camino, cerca de San Fernando. Conocían a Paco Molina y no pararon de hablar con él hasta Jalapa. Entre risas, uno de ellos contaba el suceso que yo había leído días antes en *Barricada*. Era soldado, vestía de civil y pormenorizó, con todo tipo de detalles, como mientras iba en un helicóptero, éste, de pronto, se fue a pique, estrellándose contra el suelo.

Suponía que había sido debido a un fallo mecánico. El único superviviente había sido él, que salió ileso de puro milagro. Ahora iba para su casa, gracias al permiso ganado por su buena suerte.

Ahora, el paisano que tenía sentado a mi lado tenía ganas de platicar. Era primo de la anterior alcaldesa sandinista de Ocotal. Nacido en Macuelizo, negociaba con madera. Había viajado a los Estados, en donde tenía un hermano que había peleado en Vietnam, por medio del cual había conseguido trabajo en una fábrica de automóviles. Pero Ramón Guillén Peralta prefería vivir en su tierra. Sus apellidos abundan en la mía.

Pasamos Mozonte. Luego la carretera de tierra que cruza la frontera hondureña por Las Manos, siguiendo el río Dipilto, por la que circulaban lentos, enormes camiones. A la entrada de Ocotal Ramón Guillén se apeó. Yo continué hasta la terminal de autobuses.

Los hijos de Somoza se propusieron incrementar el patrimonio familiar, y lo consiguieron. No vamos a hablar de empresas, sino de sectores, pues es difícil cuantificar los bienes e inversiones que tuvo y retuvo la familia, tanto en el país como en el extranjero. Fuera de Nicaragua, importantes hoteles en Guatemala, lujosas mansiones que luego rentaban como sedes a las legaciones diplomáticas, inversiones en Panamá, Colombia, Venezuela, depósitos bancarios en los EEUU y en Suiza. Calculen la clase de fortuna que almacenaron. En su país controlaron importantes plantaciones e ingenios azucareros, la casi totalidad de la producción de café y algodón, bancos, empresas de pescado, el monopolio de la venta de carne a través de las empresas Productos Carnic, Porqueriza del Regalo y Central Meat Packers, todo el transporte aéreo comercial y de carga, la única línea marítima,... Terminaremos la relación con una empresa curiosa: la Plasmaféresis, encargada de exportar sangre a los Estados Unidos. Cito a Juan Colindres: “el sistema empleado era extraer sangre a los indígenas —quisieran o no, por supuesto—, y venderla a Norteamérica, donde se pagaban buenos precios”. En resumen, de la mano del poder político y represor, acapararon cuanto pudieron en el comercio, la industria y el campo.

El periodista Pedro Joaquín Chamorro, al que el azar y el amor le llevaron a ser parte de la familia Somoza, y que luego sería asesinado por ellos, escribió en su libro *Estirpe sangrienta: los Somoza*: "Andaba el león y andaba también el hombre: hombre y bestia en celdas contiguas, en la misma jaula, dividida únicamente por delgados barrotes, hermanados ambos, la inteligencia y el instinto, en un cuadro indescriptible, tras el mismo cerrojo (…) Los leones y demás animales comían carne fresca y abundante; los prisioneros arroz y frijoles". Así trataban a algunos prisioneros en el jardín de la residencia de los Somoza, a los que alguien calificó de modernos Borgia.

Y mientras tanto, el país sufría las consecuencias de la miseria y el atraso: 70% de analfabetismo, 36% de desempleados y altísima mortalidad infantil. El 5% de la población poseía el 58% de todas las tierras cultivables.

Tras el atentado que acabó con la vida de Tacho Somoza, algunos jóvenes se dispusieron a empuñar las armas. Se formaron en breve tiempo hasta 23 grupos guerrilleros, algunos de ellos apenas unas siglas, que actuaron cada uno por su cuenta, sin coordinación, y que fueron siendo desarticulados con facilidad por la guardia o se disolvieron al poco tiempo, carentes de armas y de preparación. Fueron un reflejo del profundo descontento que reinaba en amplias capas de la población. De estos grupos el más significativo fue el acaudillado por Ramón Raudales, que había sido uno de los jefes del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Sandino. El grupo de Raudales, que había entrado desde Honduras, se disolvió pronto tras la caída de su jefe en combate.

Durante el año 1961, varios de los integrantes de estos grupos armados fundaron el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), el cual comenzaría la lucha con diversidad de criterios, poca gente y menos armas.

La guerrilla empezó a prepararse en las montañas hondureñas bajo la instrucción del general Santos López, uno de los pocos supervivientes del ejército de Sandino. Corría el año 1963 y la influencia del éxito de la Revolución Cubana, y el papel que los insurgentes de Fidel Castro habían jugado en la Sierra Maestra, estaban en el ánimo de los guerrilleros. La primera vez que el grupo pasó la frontera, fue un desastre. Mal armados y peor comidos entraron por el río Patuca, afluente del Coco y se instalaron en una zona apenas poblada por unos centenares de indios miskitos, que ni siquiera hablaban castellano. Por no conocer, ni tan siquiera conocían el dinero; cambiaban el chicle —una gomorresina

obtenida de un árbol llamado chicozapote, que se emplea en la manufactura de emplastes adhesivos, barnices resistentes al agua y también para mascar—, por sal, ropa y calzado. Tras algunas escaramuzas con la guardia cerca de Bocay y un fuerte enfrentamiento saldado con derrota en Raití, el grupo tendría que retirarse y reorganizarse.

"Sobrevivimos, pues, un poco desbaratados y ahí aprendimos que la selva no sirve para hacer una guerrilla, sino que hay que buscar donde hay una población", analizaría después uno de los que lograron salvar el pellejo.

Lo primero que debe saber el que se meta en una guerrilla es que, lo normal, es acumular derrota tras derrota, múltiples fracasos alternados con algún éxito. Los sandinistas no fueron excepción. La desigualdad de fuerzas era abismal, sobre todo en los primeros encuentros.

El FSLN salió muy tocado tras el combate de Raití, hasta el punto de que abandonó la lucha armada durante los dos años siguientes, para dedicarse a trabajar con la gente y captar adeptos en las ciudades.

En 1966 el Frente Sandinista reanudó las aciones armadas en la montaña, logrando establecer un foco guerrillero en la zona de Pancasán, departamento de Matagalpa, en la que se mantuvieron cerca de un año, hasta que la guardia prácticamente los desarticuló.

Entre 1968 y 1974, el FSLN pasó por una etapa que ellos llamaron de "acumulación de fuerzas en silencio", centrándose sus militantes sobre todo en el trabajo legal. En el 69, los sandinistas se hacían con la dirección del movimiento estudiantil en la universidad, tras ganar la mayoría de delegados en las elecciones. Luego empezaron a montar organizaciones en los barrios, contactaron con la juventud cristiana que estaba influenciada por la Teología de la Liberación y con sectores del movimiento obrero, y comenzaron a impulsar movilizaciones populares.

Durante ese tiempo, un pequeño grupo volvió a meter armas en la montaña, a reconocer zonas, a trabajar con los campesinos e incluso a sembrar maíz para sobrevivir. En algún combate el saldo comenzó a ser favorable. Este grupo que se estableció en las montañas de Zinica, sobrevivió hasta el triunfo, incluso en los peores momentos de represión. Se le conoció como la columna Pablo Úbeda. "La montaña era como un crisol; allí realmente se descubrían los cuadros", afirma Henry Ruiz, *Modesto*, el legendario comandante de aquellos hombres que mantuvieron la leyenda de los alzados hasta en los peores momentos de la represión. Aún en los años de mayor debilidad, algunos tiros

apagados entre las quebradas, algún guardia herido e incluso un guerrillero abatido cuyo cadáver aparecía en la televisión, ayudaron a mantener el mito de una guerrilla imperecedera en la montaña.

Durante aquel tiempo de plomo y silencio, la mayoría de la dirección del Frente estaba en la cárcel o en el exilio. También fueron años de elaboración política. En su "programa histórico" los sandinistas se definían como una organización político-militar, que pretendía la toma del poder con el concurso de todas las fuerzas patrióticas y antioligárquicas. Allí se hablaba de no reconocer la deuda externa impuesta por las empresas yanquis, de la nacionalización de la banca, la reforma agraria y de la gratuidad de la medicina y la enseñanza.

El silencio se rompió definitivamente cuando un grupo de sandinistas, bajo el mando de Eduardo Contreras, secuestró el 27 de diciembre de 1974, en la casa de José María Castillo, ex ministro de Agricultura, a un buen puñado de peces gordos somocistas. García Márquez tiene un buen guión cinematográfico editado, aunque casi imposible de conseguir, en el que se recogen las peripecias de esta acción. Ningún productor arriesgará un céntimo para rescatarlo y llevarlo a la pantalla como película de acción.

Tomás Borge, que fue el responsable del entrenamiento de aquel grupo en una finca privada cercana a Managua, describe las duras condiciones de entrenamiento físico y psicológico a las que fueron sometidos los trece seleccionados, entre los que figuraban varias mujeres: "Se le hizo a cada uno la prueba de la granada, que consistía en rodar por el suelo una granada desactivada a la que se le había quitado el pasador y que se le caía de forma *accidental* al instructor, para observar las diferentes reacciones ante el peligro". Pero pese a la dureza de los entrenamientos, el *jodedor*, alegre y extrovertido carácter nica, se manifestaba en cada momento: "En el cuarto había una bujía roja y, en los momentos de recreación, nos íbamos a ese cuarto, poníamos música y armábamos bailaderas con las compañeras (...) Aprovechábamos que ese cuarto quedaba retirado del de Tomás y Eduardo, donde estaba la jefatura. Poníamos en el comedor una posta que nos avisaba si venían Tomás o Eduardo, y encendíamos la luz roja y empezábamos a bailar con las compañeras, imaginándonos que estábamos en un cabaret. Los compañeros nunca nos encontraron... Era una especie de discotheque (...) Era la conspiración dentro de la conspiración".

El comando, encabezado por Hugo Torres, como *Comandante Cero*, estaba preparado para dar un golpe aprovechando las celebraciones navideñas. Faltaba por elegir el objetivo. Alguno de ellos oyó por la radio

que se iba a dar una fiesta como homenaje al embajador norteamericano en la casa de Chema Castillo y los sandinistas decidieron autoinvitarse.

Alquilaron varios taxis y con ellos llegaron hasta la residencia, entrando a tiros y abriendo la puerta a empellones. Fueron contestados desde dentro también con disparos. Uno de los asaltantes, Róger Deshón, fue herido.

Cuando pudieron entrar en la casa se toparon con el embajador chileno, el director del periódico oficioso *El Clarín*, un par de empresarios y bastantes mujeres. Germán Pomares, que mandaba una de las escuadras gritó:

—La cagamos. Aquí no hay nadie que valga la pena.

—Si están las mujeres, deben estar los maridos. Hay que buscarlos - razonó Eduardo Contreras.

Empezaron por los roperos. No hallaron maridos, pero sí un auténtico arsenal de armas. Chema Castillo coleccionaba armas de guerra y, por un golpe de suerte, vieron como se multiplicaban balas y fusiles. Desde fuera empezó la balacera y el comando se preparó para aguantar el cerco. Chema Castillo ofreció resistencia y murió.

Exploraron un patio contiguo y “al otro lado, temblando, algunos orinados, otros cagados en los pantalones, estaban los peces gordos”. En efecto, allí se encontraban el ministro de Exteriores, gerentes de grandes empresas, amigos íntimos de Somoza y su cuñado. Entonces se sintieron fuertes a la hora de comenzar las duras negociaciones.

El secuestro se mantuvo hasta que Tachito Somoza cedió: liberación de 18 presos (Daniel Ortega y parte de la dirección del Frente entre ellos), un millón de dólares y la publicación de un manifiesto a la opinión pública. El intermediario fue el entonces obispo de Managua, monseñor Obando. Cuando finalizaron las negociaciones, los trece hombres del comando, junto con otros tantos rehenes, se dirigieron en un autobús al aeropuerto. En el trayecto la gente los seguía en coches y motos, y eran vitoreados por multitud de peatones. Un avión de *Lanica*, la compañía aérea propiedad de la familia Somoza, los estaba esperando. Dentro ya estaban los presos liberados. Después de dos horas de vuelo, el avión aterrizó en Cuba.

La represión somocista se desató a partir de este suceso. Importantes dirigentes cayeron y otros fueron capturados. Tres mil campesinos fueron asesinados y varios miles de personas, consideradas

simpatizantes de los sandinistas, fueron detenidas, según el informe que el padre Fernando Cardenal leyó ante una comisión del congreso Norteamericano en 1986.

Sin embargo, poco después de esta exitosa acción, el Frente se dividió en tres tendencias, cada una con tácticas diferentes a la hora de enfrentarse a la dictadura.

La tendencia *Proletaria* sostenía que la guerra de guerrillas no iba a jugar, en aquel momento, un papel decisivo contra el somocismo. Era necesario conformar primero un sólido núcleo de la organización con base obrera y campesina.

Guerra Popular Prolongada fue el nombre que adoptó la que consideraba fundamental el mantener la guerra en la montaña, con apoyos en las ciudades, para después bajar al llano.

Para la T*ercerista* o *Insurreccional*, las circunstancias eran propicias para acelerar el proceso a través de audaces acciones armadas en las ciudades, las cuales acabarían animando al pueblo a insurreccionarse.

Los dirigentes se desunieron y cada oveja se fue con su pastor.

En cuanto los *terceristas* reunieron fuerzas suficientes, pasaron a las acciones armadas para demostrar la viabilidad de su estrategia. La semana del 13 al 20 de abril de 1977, atacaron los cuarteles de San Carlos y Masaya, y las poblaciones de Cárdenas, junto a la frontera de Costa Rica, y Mozonte, cerca de la guardarraya con Honduras. Aunque los éxitos militares no fueron muy relevantes, la gente se dio cuenta de que la guardia podía ser atacada con relativa facilidad, incluso en sus propios cuarteles, y que la dictadura no era tan fuerte como parecía. Estos combates animaron el frente político, facilitando a los sandinistas extender su influencia entre los sectores más descontentos de la burguesía y establecer lazos con ellos. El proceso culminó con la creación del “Grupo de los Doce”, integrado por destacados empresarios, religiosos, intelectuales y profesionales, que amplió la influencia política del FSLN tanto en el interior como fuera de las fronteras de Nicaragua (los comités de apoyo se extendieron por medio mundo).

Muchos son los que piensan, que el punto de inflexión del avance político y militar de los sandinistas, se produjo como consecuencia de un burdo error de Somoza: el asesinato, en enero de 1978, del director del influyente diario *La Prensa*, el periodista opositor Pedro Joaquín Chamorro. Su muerte provocó que, de una manera casi espontánea, la gente iniciara protestas violentas en la calle y que la burguesía antisomocista

convocara una huelga general. Aprovechando la situación, los *tercerista*s lograron tomar, durante unas horas, las importantes ciudades de Granada y Rivas.

Pocos días después, se sublevó el barrio indígena de Monimbó, en Masaya. A lo largo del año se sucedieron las movilizaciones estudiantiles. Entre abril y mayo, más de 60.000 estudiantes fueron a la huelga, ocupando colegios e institutos en todo el país. La represión consiguiente se cobró algunos muertos y cientos de heridos y detenidos. Esto caldeó mucho más la situación entre los jóvenes, que a partir de entonces se convirtieron en la fuerza determínate de la insurrección en las ciudades. También pararon los trabajadores de la alcaldía de Managua y los hospitales capitalinos. Así mismo, la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), convocó marchas y otras protestas, llegando a formar milicias que apoyaron la insurrección armada en las pobladas áreas rurales del Pacífico. Y por todo el país se extendieron las acciones en favor de los presos políticos que permanecían en huelga de hambre.

Pero el golpe decisivo se produjo en el 22 de agosto de 1978, cuando un comando que tomó el nombre de “Rigoberto López Pérez”, en memoria del joven que se llevó por delante al primer Somoza, se apoderó del Palacio Nacional, sede del Congreso, mientras éste estaba sesionando. Congresistas, varios ministros y parte del público asistente quedaron secuestrados mientras no se cumplieron todas las exigencias del comando: 59 presos liberados (Tomás Borge entre ellos), diez millones de dólares en efectivo y la publicación de un manifiesto en todos los medios de comunicación. La repercusión internacional fue enorme. Entre los miembros del comando, repetía uno que ya había participado en el asalto a la casa de Chema Castillo: Hugo Torres, ahora *Comnadante Uno*. También estaba Dora María Téllez, que luego llegó a ser Ministra de Sanidad, y el jefe de todos ellos, Edén Pastora, *El Comandante Cero*, que pasó a la historia porque se quitó la pañoleta que cubría su rostro —desobedeciendo las órdenes de la dirección sandinista que quería preservar el anonimato de todos ellos, para que pudieran continuar el trabajo político clandestino y participar en futuras acciones—, siendo fotografiado en la escalerilla del avión que lo sacaba del país, fusil en alto, y difundido en primera plana en multitud de diarios internacionales. Fue su gran salto a la fama.

Así se desarrolló la acción. Estaban los diputados debatiendo sobre el desmesurado aumento de los precios, cuando el portero principal de la Cámara comentó a los periodistas: "Quién sabe que pasa, la Guardia

Nacional viene en carrera hacia aquí". En realidad se trataba del comando sandinista que llegaba en dos camiones y dos jeeps preparados para el asalto. Aparcaron en las puertas principal y trasera del palacio.

Edén Pastora bajó violentamente de un jeep, rostro y vestimenta impecables, y comenzó a dar órdenes. Habían confeccionado unos uniformes idénticos a los que usaban los oficiales de la Escuela de Entrenamiento Básicos de Infantería, grupo especial dirigida por el primogénito del presidente.

—¡Apártense jodidos! —gritó a los guardias de la entrada principal—. Quítense. No estorben que viene *El Hombre* (apodo preferido del dictador) para acá.

El resto de la tropa fue ingresando sin ningún problema al edificio, subiendo las escalinatas hasta donde estaba la Cámara. Otros se quedaron vigilando los accesos principales. Una vez en la puerta cameral, Pastora ordenó:

—Abran la puerta *jueputas*.

Al verlo entrar, los parlamentarios enmudecieron y centraron la mirada sobre el militar.

—¡Viva el Frente Sandinista de Liberación Nacional! !Esto es un asalto! —gritó Pastora, lanzando ráfagas de ametralladora que agujerearon el cielo raso del hemiciclo. Espantados, todos los diputados se lanzaron al suelo.

Se intercambiaron disparos con guardias que estaban en otras dependencias, los cuales fueron muertos en el acto, y se acabó de tomar el edificio.

En los alrededores había desconcierto. La gente no entendía cómo un grupo de guardias había irrumpido de esa forma en el Palacio Nacional.

Pastora comenzó a insultar a todos los diputados, mientras buscaba entre los tumbados en el suelo a la diputada por el departamento de Chinandega, Irma Guerrero Chavarría, una ferviente somocista con la que tenía, por lo visto, alguna cuenta pendiente, pero no había llegado ese día a la sesión. Entonces se dirigió al presidente en funciones del poder legislativo, Luis Pallais Debayle, y le ordenó que de inmediato hablara con Anastasio Somoza para que cesara el ataque que, desde el exterior, iniciaban algunas tropas, ya alertadas del asalto.

Como los tiros no cesaban desde fuera, Pastora tomó a varios diputados y los puso frente a los ventanales. Entonces amainaron los disparos y la Guardia se concentró en los alrededores.

El Palacio se encontraba atestado de gente y de empleados; había cerca de 500 personas dentro del edificio. Horas más tarde la mayoría serían liberados. Poco después dieron inicio las negociaciones, con la mediación de los obispos de Managua, León y Granada, y los embajadores de Costa Rica, Venezuela, México y Panamá. Los interñocutores se reunieron con los guerrilleros y escucharon sus peticiones. Por el gobierno fue el propio presidente quien se hizo cargo del asunto, desde una de sus sedes conocida como El Bunker, donde resistía presiones de altos oficiales de la Guardia que planeaban iniciar el asalto, aunque costara algunas vidas.

El día siguiente fue vital para las negociaciones. Las exigencias eran muchas, demasiadas para Somoza, pero no tenía alternativa. Su primo y un sobrino se encontraban como principales rehenes y sus familiares también lo presionaban para que cediera y garantizara sus vidas.

Casi al amanecer del día 24, el dictador aceptó las principales condiciones de los sandinistas: varios millones de dólares, la liberación de 72 presos políticos —entre los que destacaba Tomás Borge— y la difusión de una proclama en los medios de comunicación. Más tarde, conforme lo acordado, llegaron varios autobuses para transportar a los guerrilleros junto a varios rehenes hasta el aeropuerto internacional, donde tres aviones los estaban esperando para transportarlos a Venezuela, Panamá y México.

Ante tanta agitación el imperio no podía quedarse de brazos cruzados, por muy demócrata que fuera su presidente Jimmy Carter, sin cuya relativa “neutralidad”, por otro lado, no hubiera sido posible la toma del poder por los sandinistas. Subrayémoslo: Carter, rompiendo la costumbre, no envió marines a poner orden. No obstante, su gobierno estaba, desde hacía algún tiempo, moviendo los peones con el objetivo de promover un golpe de estado que colocara en el poder a una junta “cívico-militar”, ya que el proceso empezaba a escapársele de las manos.

El 27 de agosto comenzó una huelga general, convocada por el Frente Amplio Opositor (FAO), en el que estaban integrados sectores de la burguesía. Entre las organizaciones impulsoras de la huelga estaba el Movimiento Pueblo Unido (MPU), que integraba a 22 organizaciones populares, detrás de las cuales estaban la tendencia *Proletaria* y la *GPP*.

La huelga se convirtió en insurrección espontánea en Matagalpa, donde Somoza se vio obligado a bombardear y utilizar fuerzas especiales para sofocarla. Para desviar la presión, los *terceristas* lanzaron la insurrección en cinco ciudades más: Managua, Masaya, León, Chinandega y Estelí, a las que se sumaron las de Diriamba y Jinotepe. Septiembre fue un mes insurreccional y, aunque no pudieron retener ninguna población, los sandinistas sacaron importantes lecciones, incorporaron a mucha gente a sus filas y curtieron a sus cuadros clandestinos en la conducción del movimiento.

En todas estas acciones coincidieron miembros de las tres tendencias del Frente, creándose las condiciones para sumar y coordinar esfuerzos, que finalizarían en un acuerdo de unidad firmado en marzo de 1979.

Se decidió crear una dirección única formada por tres líderes de cada una de la tendencias. La Dirección Nacional, que dirigió el Frente durante más de una década, se formó con los siguientes miembros, todos con el grado de comandantes guerrilleros: Daniel Ortega, Humberto Ortega y Víctor Tirado, por los *insurreccionales*, Tomás Borge, Henry Ruíz y Bayardo Arce, por la *GGP* y Jaime Wheelock, Carlos Núñez y Luis Carrión, por los *proletarios*. Juntos coordinaron las principales acciones de lo que se llamó la “insurreción final”.

Una de las ventajas que tiene el madrugar es ver las ciudades con los ojos de los barrenderos, o de las mujeres cuyo primer *bolado* de la mañana consiste en comprar masa de maíz, para preparar las tortillas del desayuno de la familia. Todo bajo el prisma de una gran tranquilidad. Y sin calor. Esa atmósfera apacible envolvía la curiosa plaza de Ocotal, contemplada desde el monolito en homenaje a su alcaldesa Martha Peralta Pagoaga, que, en efecto, tenía el mismo apellido que el paisano que me había dado plática en el bus. Bajo su nombre: “Mujer del Siglo e hija dilecta de Ocotal” y “Los seres humanos que saben mirar el futuro son los que hacen la historia”. Se encontraba junto al imprescindible monumento en cada ciudad nica que se precie: una madre, que en este caso, amamantaba a su hijo. Más allá el homenaje de los brasileños a Darío, "Príncipe del Verso en Castellano". También el párroco del año 1965, tenía su recordatorio.

Junto a las altas palmas reales, ficas, mangos, acacias, llamas del bosque, abetos, malinches y buganvillas; a la plaza no le faltaban elementos para el disfrute, la evasión, la evocación o el recuerdo. Y un jolgorio de pájaros sobre el jardín y las casas coloniales de piedra y madera que lo rodeaban. Las agujas del reloj de la iglesia, inmóviles, señalaban la cinco y veinte. Eran dos horas más tarde y se respiraba la calma de los domingos.

Aparte de solazarse y reposar, el viajero tenía poco que hacer antes de que los vendedores ambulantes le ofrecieran los periódicos.

La primera vez que llegué a Ocotal fue para saludar a Joan Sifre, *El Piti*. Fue el que me metió el primer virus nicaragüense en el cuerpo. Siendo jesuíta —dentro de la órbita de Misión Obrera—, tras ser despedido de una empresa de cerámica, trabajaba como peón en la obra y vivía en un piso con otros miembros de la Compañía, los amigos Ramiro Reig, Alberto Guerrero y Rafa Casanova, en el barrio de Torrefiel. Aunque pertenecía a la orden y tenía la carrera de cura acabada, nunca se ordenó sacerdote. Se lo pensó mucho y al final se enamoró de una compañera del sindicato, con la que está felizmente casado, siendo padre de una niña.

Éramos vecinos. Un día me lo crucé por la calle.

—Me voy para Nicaragua —y me explicó sus proyectos.

¡Coño con los curas! —pensé—. Cuando quieren hacer algo, todo son facilidades.

Cuando me volví a encontrar con *El Piti*, en la casa cural de Ocotal, había perdido bastantes kilos en tan sólo unos meses. Su cara, siempre un tanto mística, reflejaba la delagadez de un cuadro del Greco. Sin embargo, en aquella casa se comía bastante bien. Recuerdo los panecillos de pan blanco, que sabían a gloria y a Europa, tras las dietas diarias de maíz.

Aquel día *El Piti* tenía que impartir unos cursillos de formación a los "delegados de la palabra", una especie de sacristanes encargados de la salud espiritual de la grey, en los alejados asentamientos en los que era imposible la presencia cotidiana de un sacerdote. Además de formación espiritual, aquellos delegados mejoraban su nivel cultural y discutían de cosas más terrenales, incluyendo las políticas. Se reunían en cursillos de dos o tres días y dormían en literas, en unas dependencias contiguas a la iglesia.

El párroco era un hombre mayor llamado Agustín Toranzo. Se decía que tenía algunas ideas conservadoras, pero su terquedad leal ante la vida, unido a la miserable realidad de miseria y necesidad del país, le había llevado a ser permisivo con los sacerdotes más jóvenes que querían cambiar el mundo.

Años después me lo encontré en Cuba, y no por casualidad. Alberto Guerrero, que también había trabajado con él en Nicaragua, me encargó uno de esos recaditos que nunca le he podido negar. Sabiendo que me iba para la isla, me pidió que si pasaba por Cienfuegos, saludara a Toranzo y le comprara, de su parte, un cartón de tabaco. Me encontraba en Cienfuegos el día que también lo atravesó el huracán George. Cuando amainaron la lluvia y el vendaval, no fue difícil dar con la iglesia; en la isla hay pocas. El sacerdote era ya un anciano, pero mantenía la energía y continuaba entregado, además del apostolado, a las obras sociales. Comentó que cuando el obispo lo había sacado de Ocotal —al perder los sandinistas las elecciones hubo una gran ofensiva de la jerarquía católica contra los sacerdotes que se habían comprometido con las reformas, aunque fuera de manera indirecta—, se vino para Cuba. Allí había dejado el único vicio que se permitía.

En un documental de la televisión sueca rodado en el año 84, aparece *El Piti* en tres ocasiones. Las transcribo, junto con otras dos seciuencias, porque pueden ayudar a comprender la situación que se vivía con respecto al tema de la religión y la revolución.

1.-VOZ EN OOF: Nos encontramos cerca de San Fernando. Los sandinistas montan guardia en la noche (montañas al anochecer).

PITI: Este puente es vigilado durante las veinticuatro horas del día y lo han intentado volar cuatro veces en dos años (corte en el montaje)… Y hay muchas vidas en juego y muchos intereses del pueblo en este proceso y entonces hay que evitar que vaya a ocurrir una desgracia.

VOZ EN OFF: ¿Qué opina de un cura que hace vigilancia revolucionaria?

ADOLESCENTE (junto a él un niño, ambos con Kaláshnikovs): Nos alienta, pues, a seguir adelante con los compromisos de la revolución (corte en el montaje).

PITI(pensativo): A liberar a los oprimidos y a hacer que todos, pues, que estos beneficios de la cultura y de todo esto, pues pase también al pueblo (pausa). Y entonces, esto es como un camino que va en el mismo sentido que el pueblo de Dios.

2.-Las imágenes muestran una manifestación de estudiantes de secundaria con sus uniformes. Son alumnas de un colegio religioso. También hay varias monjas desfilando en orden.

MONJA (hábito negro y toca): En estos momentos estamos repudiando uno de los actos de agresión de parte del imperialismo norteamericano. Es uno de los actos de repudio hacia tantos asesinatos cometidos con el pueblo inocente trabajador de Nicaragua. Nuestra posición sería estar al lado del débil, del pobre y del oprimido.

3.-El Piti pintando el mapa de Nicaragua sobre una pizarra. Niños en un aula (se imparte una especie de catequesis).

PITI: ¿En qué país viven ustedes?

NIÑOS: Nicaragua.

PITI: Éste es Nicaragua, que es el nuestro, en Centroamérica (escribe con mayúsculas). Una campesina. ¿conocen ustedes una campesina?

NIÑOS: Silencio.

PITI: ¿Esta señora es campesina?(señala a una mujer que está entre los niños).

NIÑOS: Sí.

PITI: ¡Ah, pues venga! Y a ver, ¿qué hace una campesina por las mañanas?

NIÑOS: Moler.

PITI: Moler. ¿Qué más? Hacer tortillas, ¿verdad?

NIÑOS: Hacer tortillas, jalar agua,…

PITI: ¿Y entonces, la virgen qué haría? ¿Qué haría cuando se levantara?

NIÑOS: Rezar.

PITI: ¿Y después de rezar? ¿No habíamos dicho que era una campesina? ¿Qué haría pues la virgen?

NIÑOS: Jalar agua.

4.-Monja de blanco con un micro en la mano. Concentración de fieles.

VOZ EN OFF: Soledad no toma parte en las misas de la iglesia. Al contrario, las utiliza como plataforma política.

MONJA (micrófono y altavoz portátil): Señor Jesús. Señor, tu diste la muerte, tu vida por todos. Queremos Cristo, queremos religión. No queremos un pueblo sin Dios. Queremos la conversión de los países comunistas también. Yo pido: ¡No queremos comunismo! (gritando).

FIELES (a coro): No queremos comunismo.

Comienza una procesión. Portan a un Cristo y a un santo.

MONJA(micrófono): El camino de la cruz no es el camino ancho de la perdición. ¡Oh Salvador!, aquí rezaremos tres avemarías en memoria de la cuarta pasión.

Todos comienzan a recitar un padrenuestro. Luego cantan.

VOZ EN OFF (dirigiéndose a la monja): ¿Por qué aspira al perdón de los ateos?

FELIGRÉS (la monja le pasa el micro): No queremos comunismo.

MONJA: Ya está contestado.

VOZ EN OFF: ¿Qué contestó?

MONJA: Que no queremos comunismo.

VOZ EN OFF: ¿Pero el sandinismo qué es?

SACERDOTE (junto a la monja): Es comunismo.

VOZ EN OFF: Entonces los sandinistas son pecadores.

SACERDOTE): Creo que todos somos pecadores (sonrisa).

VOZ EN OFF: Ya. Y entonces, ¿la contra tiene razón?

SACERDOTE: Eso es lo que nosotros creemos.

Durante casi todo el periodo de gobierno sandinista hubo tres ministerios dirigidos por sacerdotes: Miguel D'Escoto, misionero de la orden de Maryknoll, fue Canciller de la República (Asuntos Exteriores), el jesuita Fernando Cardenal, Ministro de Educación y su hermano, Ernesto, Ministro de Cultura. Durante un tiempo otro sacerdote ocupó la representación ante la ONU.

5.-VOZ EN OFF: El café y algunos otros pocos productos son la columna vertebral de la economía nicaragüense. La contra hace lo posible para estropear su cultivo.

Imágenes de El Piti recogiendo con primor los granos de café maduros. Se le escucha cantar Santa Barbara bendita, patrona de los mineros, entre jóvenes milicianos que ascienden por el cafetal con fusiles.

El Piti haciendo cola ante la cocina de la finca cafetalera. El plato es una tortilla de maíz sobre la que le vierten una ración de frijoles cocidos. Mientras come de pie, está conversando con un miliciano (camisa caqui) que lleva un fusil al hombro. Éste le explica con cifras le importancia del café en la economía nacional.

Un año después, Carlos, el miliciano del reportaje fue alumno mío en el instituto de Estelí. Era el delegado del centro. Faltaba mucho a clase. A veces andaba mobilizado, otras en reuniones. Destacaba por su inteligencia y solía obtener las mejores notas, incluso en matemáticas, cuyo profesor era un claro antisandinista.

Cuando los estudiantes me preguntaban si creía en Dios, solía evitar la respuesta.

-He viajado bastante y, en casi todas partes, creen en algún dios. Aunque todos se parecen.

-Pero, ¿usted es católico?

-Soy bautizado y no excomulgado —la frase no era mía, pero en ocasiones salvaba la situación cuando no me interesaba crear más contradicciones.

Junto al parque de Ocotal se ha construido un polideportivo con la ayuda de Noruega y del municipio alemán de Wiesbaden. Un palacete colonial de dos pisos, con galería y porche porticado, todo de madera, se ha convertido en Casa de Cultura, gracias a las aportaciones de dos ayuntamientos de mi tierra, Vilareal y Vall d'Uxó, junto con la cooperación de la oenege ACSUR-Las Segovias.

Unas indias con uniforme azulón y gorra, calzando *chinelas* de plástico de color naranja, barrían el parque. Luis, el niño limpiabotas que por ser sábado no tenía que asistir a su clase de tercer grado en la escuela, me lustro los empolvados zapatos. Había regresado al asfalto y al aseo ciudadano.

Bajé por la Avenida Wiesbaden y pasé bajo la pancarta "La solidaridad es la ternura de los pueblos". Luego crucé una calle asfaltada gracias a la contribución mallorquina. Así llegué hasta el hospital y el monumento a San Francisco, restaurado por la Diputación de Castellón. Por todas partes se notaba la eficacia de la cooperación. Parecía que los reales que entraban por ese concepto, habían sido bien administrados por la alcaldía.

La figura de San Francisco reposaba sobre una peana y cuatro capiteles corintios, alzados sobre un globo terráqueo en lo alto de un cerro a la salida de la ciudad. Desde allí la vista era espléndida. Se divisaban con nitidez las cúpulas de la catedral, y los cedros más altos se elevaban sobre las casas del municipio, capital del departamento de Nueva Segovia. Desde aquella atalaya, Ocotal, escondida tras los árboles y difuminada entre las montañas azuladas y la niebla, parecía diluirse.

Entre las copas verdes se elevaban numerosas antenas de radio pertenecientes a la iglesia católica o a las prolijas confesiones protestantes. A la puerta de una de ellas un letrero: "La mitad de este mundo está

contra la amistad de Jesús". Un paseo arbolado me condujo hasta la estación de autobuses.

El bus para Managua llevaba conectada la refrigeración y, a su vez, mantenía la apertura de la puerta delantera durante el trayecto. El confort y la velocidad me hacían recuperar la sensación de que las cosas funcionaban como en Europa. El viaje perdía intensidad, pero el cuerpo lo agradecía.

En el cruce de Somoto, donde la Panamericana se divide para internarse en Honduras y cruzar hacia El Salvador por el puesto fronterizo del Espino, estaban construyendo una rotonda. Entre las obras que ralentizaban la marcha de los coches, unos activistas sandinistas enarbolando banderas, repartían consignas y papeles.

En Somoto celebré la Nochevieja de 1985. Estaba de vacaciones y la Marcha por la Paz en Centroamérica, integrada por casi doscientas personas de Europa, Norteamérica algunos sudamericanos, tres monjes budistas y una pareja de australianos, no había podido cruzar por el Espino. Tras retener unas horas nuestros pasaportes, los militares hondureños lo habían impedido. Sólo un obispo estadounidense pudo pasar la raya. Mientras se hacían gestiones y una comisión intentaba llegar hasta El Salvador en avión, para tantear si las autoridades de aquel país permitirían nuestro paso, al resto nos facilitaron permanecer en una UPE cafetalera cercana a Somoto. Unos dormíamos en las literas de madera de los trabajadores temporeros; otros llevaban sus tiendas y prefirieron montarlas. Algunas noches, contratábamos a un grupo de mariachis que nos alegraban las veladas y bailábamos, como podíamos, con los trabajadores y mujeres de la empresa. Otras, los propios campesinos formaban un trío con sus añejas guitarras y entonaban sus sones desdentados, acompañados por el ron. Para ellos nuestra variopinta presencia era como si un circo hubiese instalado su carpa cerca de sus casas, aisladas en la montaña; mero relajo, puro carnaval. Algunas campesinas jóvenes también participaban en el jolgorio.

Llegó la nochevieja y la organización de la marcha, tras la cena en la UPE, había arreglado una fiesta en un bar de Somoto que disponía de una pista de baile de cemento. Bailamos poco, escuchamos músicas nicas y de medio mundo, corrió el ron en abundancia y, ayudados por el alcohol, a las doce en punto, aprendimos a felicitar el nuevo año a nuestros semejantes en una docena de idiomas. Más tarde apareció por allí Carlos Mejía Godoy —que era diputado sandinista por Somoto, su ciudad

natal— con un par de acompañantes y guitarras, y nos cantó las más alegres canciones de su repertorio, dejándose fotografiar con unos y otras.

Ahora, mientras me venían a la cabeza aquellas experiencias, el bus recorría veloz la Panamericana. De tanto en tanto, nos cruzamos con grupos de obreros que trabajaban en la mejora del firme. Eran indios delgados, casi negros de tanto sol, cuyos abdominales se marcaban de manera ostentosa en sus enjutos cuerpos.

Cuando llegué a Estelí eran poco más de las diez. Me apeé del bus en una gasolinera junto a la carretera. Luego me encaminé hacia el centro por una calle en la que estaba la emisora de radio La Tayacana. Desde allí se divisaban las torres de la catedral. Al llegar al parque por la parte opuesta a la iglesia, advertí que había sido restaurada. Conservo una foto en la que se aprecia como una de las torres estaba muy dañada. Había sido alcanzada por una de las bombas de la aviación somocista durante una de las insurrecciones que vivió la ciudad en el año 1979. Del otro lado, un edificio de tres plantas exhibía unas grandes letras rojas, cada una de las cuales cubría una ventana: Casa Francisco Rivera. Era la sede regional del FSLN.

13. La marca del Zorro

"Me llamo José Francisco Rivera, y soy hijo de un carpintero y de una lavandera". Así comienza el libro de Sergio Ramírez titulado *La marca del Zorro*. Hablar de la vida de Rivera es hablar de Estelí, su ciudad natal, y de las tres veces que se insurreccionó contra Somoza, antes del triunfo definitivo. Y es también resumir, centrándolo en una población, lo que fue aquella lucha a muerte contra la dictadura en las montañas y las principales ciudades de Nicaragua.

De pequeño su madre lo llevaba al río para que le ayudara: "Me ponía un camisón de niña, y dentro del agua los dos me entregaba las piezas pequeñas, *blúmeres* y *brasieres* [bragas y sujetadores], para que los lavara. Por eso es que los compañeros siempre me hacían chiles, que yo desde chiquito había aprendido a tocar esas piezas íntimas de mujer."

El joven que acaudilló las tres insurrecciones populares en Estelí, era conocido como *El Zorro* entre sus compañeros, porque "cuando estábamos haciendo los planes del levantamiento en una casa a la que conocíamos como el Cuartelito, un compañero llamado José Santos Quintero, boxeador aficionado, al que apodaban *Nube Negra*, me vio que ese día andaba vestido de negro y de sombrero, y comenzó a llamarme así. Los demás, que oyeron que así me nombraba, quedaron nombrándome también *El Zorro* cuando escribían sus partes de guerra y sus informes".

Hermano pequeño de Filemón Rivera, un dirigente sandinista que cayó combatiendo en el 75 en el Cerro Grande de Kuskavás, Francisco Rivera ingresó en el frente en 1971 de la mano de su hermano, que acababa de salir de la cárcel. Tenía dieciséis años. Cuando un año después le comunicó a su padre, con el que trabajaba en una carpintería, que tenía órdenes de irse clandestino con el Frente porque la guardia le hacía la vida imposible en Estelí, ya que su hermano era entonces un conocido guerrillero, su papá, que sabía de que iba la cosa, le dijo con un nudo en la garganta:

—"Lo único que te pido es que no te dejés matar como pendejo.

Y eso fue todo. El resto de la tarde, seguimos trabajando".

Al *Zorro* lo mandaron primero a León, después a Costa Rica y luego a México, para acabar al final en La Habana. Así describe Rivera este último trayecto:

"Las vueltas de los sandinistas clandestinos para lograr llegar a Cuba en aquellos años eran muchas. Por lo general se hacía necesario volar primero a Europa, entrar por Suiza, ir a Checoslovaquia y regresar desde allá, cruzando así dos veces el mar. Pero como a mí me tocó el viaje en los tiempos de la Unidad Popular en Chile, en los tiempos de Salvador Allende, la ruta se hacía de México a Santiago, y de allí a La Habana, subiendo y bajando por el continente. Parece mentira, tantos vericuetos, estando Cuba casi enfrente de Nicaragua".

Después de recibir entrenamiento en la isla, *El Zorro* regresó a su país, vía Bogotá, ingresando clandestinamente por la frontera hondureña.

Cuando en el año 1973, Francisco Rivera se metió en la montaña, no llegaban a quince guerrilleros que se movían, dispersos y con cautela, en un inmenso territorio de montañas y espesas selvas, cada pequeño grupo separado de los otros por largos días de marcha. Sus apoyos eran un puñado de campesinos, que, además de alimentar a sus familias, actuaban como colaboradores, correos y baquianos de la guerrilla. Así los describía:

"Estamos hablando del campesino en harapos que nunca ha salido de la montaña que, sin saber nada del mundo, soporta las inclemencias de una realidad mucho más cruda, porque en estas regiones de silencio, perdidas y olvidadas, donde un grito se escucha de un cerro a otro cerro, la vida del ser humano poco se diferencia de la vida del animal de la selva.

A sus casas no podía llamárseles casas, eran chozas paradas con horcones, de paredes de rejones y techo de hojas de palma, de guate, de platanillo o de bijao, refugios que más les servían para defenderse de las lluvias eternas que para vivir, los niños desnudos y descalzos revueltos en el piso de tierra con los cerdos, los perros y las aves de corral, el fogón de la cocina al lado de los tapescos de varas donde se acostaban a dormir maltratados por las faenas del día.

Analfabetos sin escuelas, jamás apareció por allí un maestro. No conocían la luz eléctrica ni las medicinas, a lo más una pastilla de Mejoral, nunca habían visto el hielo, y los barcos, los trenes, los aviones, las películas de cine, eran maravillas en las que no creían, si alguna vez oían mencionarlas".

Durante un tiempo, *El Zorro*, más que enfrentarse con la guardia le tocó esquivarla. Su grupo debía asaltar comisariatos para aprovisionarse de azúcar, sal, botas, ropa y medicinas, y "aguantar, sobrevivir y

hacerle güevo". Pasó cuatro años enmontañado, sin bajar a la ciudad. En la montaña vivió la división del Frente, estuvo acompañando a Carlos Fonseca hasta unas horas antes de su muerte, oyó por radio como habían asesinado a su hermano y, como todo guerrillero, soportó soledades, hambrunas, derrotas entre el lodo y la lluvia, y la muerte de numerosos compañeros amigos y colaboradores. También se llevó por delante a algunos guardias, delatores y jefes de mesta, que eran los responsables de unos grupos de estructura paramilitar, formada por jefes de cantón y capitanes de cañada, que cubrían con voluntarios las labores de la guardia cuando ésta salía de la montaña.

En octubre de 1977, ingresó por la frontera hondureña integrando una columna del llamado Frente Norte. Aquello ya no tenía vocación de eterna guerra de guerrillas, sino que trataban de preparar una insurrección. Además de aquel Frente, se había formado el Occidental, en León y Chinandega; el Interno, en Managua, Masaya y Granada; y el Frente Sur, en Rivas y Río San Juan.

En junio del 78, *El Zorro*, después de recibir instrucciones de los *terceristas* en Managua, entró clandestino en Estelí para organizar, contrarreloj, la sublevación. Aún no había cumplido los veinticuatro años y, según confiesa, lo único que le entregaron sus compañeros fue el valor del pasaje en bus. Sergio Ramírez, recoge su testimonio:

"Es necesario tener en cuenta que se me mandaba a empezar prácticamente de cero, porque no podía contar con las estructuras y las redes de los colaboradores existentes en Estelí, todas en manos de la tendencia *GPP*. (…) Llegué y me puse a trabajar de inmediato valiéndome de mis familiares, mi papá, mis hermanas, mis tíos y primos, de mis antiguas novias, de mis compañeros de juego, de los colaboradores de mi hermano, gente que le tenía cariño, que le cocinaba un pollito cuando llegaba a refugiarse en sus casas. Yo recogí esos cariños. Y en fin, los de quienes habían conspirado conmigo entre 1968 y 1972. Porque como era de esperarse, los mandos de la tendencia *GPP* me regatearon su apoyo desde el comienzo."

Desde el mes de abril, Estelí vivía en continua agitación: manifestaciones, fogatas nocturnas, huelgas estudiantiles y de trabajadores. En respuesta a la muerte de un niño por parte de la guardia, la gente incendió la casa de un diputado somocista y una bomba explotó ante el cuartel.

Mientras estas acciones se producían de modo casi espontáneo, *El Zorro* preparaba con discreción sus infraestructuras. Con la ayuda del movimiento de las comunidades cristianas de base, se compraba gasolina y kerosene para fabricar cócteles molotov, alambre de púas para las barricadas, tiros de rifle y escopeta, se buscaban casas alternativas de seguridad, información sobre los *orejas* —chivatos de los guardias— y sobre los lugares donde había armas, se calculaba el número de soldados por cuartel y sus sistemas de patrullaje. Más adelante se comenzaron a introducir los pequeños lotes de armamento, que les pasaban desde las bases hondureñas del Frente, y comenzaron los entrenamientos militares de los obreros y estudiantes que iba seleccionando. Todo ello en una pequeña ciudad como Estelí, ante las mismas narices de la guardia, y sin que ésta se diese cuenta de lo que se le venía encima.

En medio de toda aquella agitación, *El Zorro* fue convocado a Managua en el proceso de selección del comando que iba a saltar el Palacio Nacional, pero finalmente se decidió que sería más útil en Estelí.

El 22 de agosto se ocupó el Palacio, luego estalló la huelga nacional y comenzaron los enfrentamientos callejeros y los mítines nocturnos con quemas de neumáticos en numerosas ciudades. La mecha estaba prendida, la hoguera se extendía por todas partes y el 8 de septiembre, *El Zorro* recibió la orden de alzarse en Estelí.

Francisco Rivera cuenta en sus memorias que en ese momento disponía tan sólo de doce armas (dos fusiles FAL, un fusil G-3, dos carabinas y seis escopetas) que reservó para los combatientes mejor entrenados. El resto del arsenal consistía en riflitos 22, pistolas, revólveres, armas caseras y todas las que pudieron arramblar de las casas de los somocistas en el inicio de la sublevación. Frente a la poderosa capacidad de fuego de la guardia, “en esa primera insurreción de Estelí, casi todo iba a ser fruto de la invención popular”.

Sólo 27 combatientes fueron destinados a ponerse al frente de las primeras acciones ofensivas, pero el ambiente era muy propicio desde días antes. La gente que conocía al *Zorro*, incluso le paraba por la calle para exigirle:

—¿Qué andan haciendo ustedes? ¿Por qué no combaten?

Los planes previstos tuvieron que retrasarse. Se pretendía atacar primero a algunas patrullas de guardias para quitarles el armamento, pero con tanto ajetreo andaban prevenidos, acuartelados y no hacían rondas.

Tres escuadras se enviaron a distintos puntos cercanos a Estelí para contener la llegada de refuerzos, inutilizar puentes, insurreccionar las poblaciones campesinas y obtener, como fuera, más armas. *El Zorro* se quedó sólo con 11 combatientes cuando comenzó la ofensiva. A los que se le sumaba sin armas, los ponía a levantar barricadas y a parapetarse tras ellas con escopetas de caza y cócteles molotov.

A las 3:30 de la mañana del 10 de septiembre, los 11 guerrilleros atacaban el cuartel por dos flancos. Dentro, había no menos de 600 guardias bien armados. Tras varias horas de hostigamiento, sin que los sitiados se atrevieran a salir, sólo Rivera resultó herido de un balazo en la mano derecha. Estelí amaneció ese día llena de hogueras en sus calles.

Con la luz del día *El Zorro* dio la orden de retroceder. Los guardias salían del cuartel detrás de varias tanquetas, mientras aviones de reconocimiento con altoparlantes, sobrevolaban la ciudad amedrentando a la población. Pero durante tres días los guardias no pudieron alejarse del cuartel; los mantenían a raya los disparos de los sublevados. La ciudad quedó en manos de los sandinistas y la gente se dedicó a capturar "esbirros", para meterlos en cárceles improvisadas, y a prenderle fuego a las propiedades de somocistas y gusanos cubanos, dueños de bodegas de tabaco como la Nicaragua Cigar's. También hubo algunos fusilamientos.

Varias escuadras y simpatizantes de la tendencia GGP, se fueron sumando a las acciones armadas. Se estableció un mando conjunto, un estado mayor que eligió, en votación democrática, a Rivera como jefe.

En el resto de las ciudades importantes, sólo en León y Chinandega logró prender la insurrección. También fueron atacados varios cuarteles de Managua. El gobierno optó por irlas recuperando una a una, concentrando así sus efectivos en un solo punto. El 17 de septiembre le tocó el turno a Estelí. Sobre su cielo aparecieron entonces escuadrillas de aviones *Pusn-and-Pull* que disparaban cohetes, aviones DC-3 que dejaban caer bombas de 500 libras y helicópteros armados con ametralladoras. Hubo tantas víctimas que no había tiempo para retirar los cadáveres entre las ruinas. "El aire olía ya a muerto, atrayendo aquel olor persistente inmensas zopiloteras que descendían sobre la ciudad, mientras por todos los rumbos se elevaban las columnas de humo, negras y espesas".

El día 21 comenzaron a llegar a Estelí tropas gubernamentales de refuerzo, apoyadas por tanques *Sherman*, que lograron penetrar hasta el centro. Los sandinistas aguantaron un día más y organizaron la retirada. Al amparo de la noche emprendieron la marcha hacia las montañas. Tras 13 días de lucha, tres columnas de 50 hombres y algunas mujeres se retiraban, sin contar con los heridos y un numeroso contingente de ancianos, mujeres y niños, que se les habían unido por temor a las represalias.

Por su parte, la tendencia GGP juntó una columna de 120 combatientes y se retiro por otro lado. Y muchos chavalos que habían peleado en las calles y hasta familias enteras se fueron por distintos rumbos, con lo puesto, rumbo a Managua, a Matagalpa o hacia la frontera hondureña.

Pero para *El Zorro*, aquella retirada tenía el sabor de la esperanza: “Otros tiempos nacían, otro tiempo nos amanecía. Estábamos en el camino de nuevas victorias, y ya nunca más nos íbamos a quedar esperando que nos mataran, uno por uno”.

La tarde en que llegué a Estelí en agosto de 1985, en compañía del teniente Freddy, encontré la ciudad tranquila. Nada parecía indicar que a pocos kilómetros, unos 2.000 efectivos de la contra permanecían en los alrededores después de haber intentado tomarla unos días antes. Aquella calma se hacía más patente si se comparaba con el trasiego que reinaba sobre el puente y el poblado de La Trinidad, donde acababa de ser espectador de los combates que todavía se libraban en sus cerros limítrofes.

Me dirigí hacia el parque y, una vez allí, pregunté por la dirección en la que vivía Marta: del supermercado Ferma, una cuadra al este, una al norte. El supermercado ya no existía, pero todavía servía de referencia tanto a carteros como a viandantes.

No me fue difícil localizar la casa. La puerta estaba abierta, como todavía es costumbre en alguno de nuestros pueblos. Di unos golpes sobre la madera y esperé. Al poco apareció una niña pequeña, rubita (en

la zona de Estelí se ve mucha gente rubia; les llaman *cheles*, y por extensión también llaman *chele* a cualquier extranjero). Le pregunté a la niña por Marta y desapreció corriendo.

Al poco volvió acompañada de otro niño, mayor que ella, y de una señora. La señora, que resultó ser la criada, dijo que Marta no se encontraba en la casa, que no había regresado del trabajo, pero que la podía esperar dentro.

De la calle se pasaba directamente a una especie de salón con butacas de madera y estanterías con adornos, recuerdos y flores artificiales. Allí estuve jugando con los niños. Diana Gizele tenía cuatro años, German cinco más. Así se pasó rápido el tiempo hasta que llegó Marta, acompañada de Diana, la propietaria de la casa y mamá de Diana Gizele. Ambas eran profesoras de la Escuela de Agricultura. Marta impartía Edafología y Diana la asigantura de Química.

Encontré a Marta muy cambiada. Me pareció que se había convertido en una bella y atractiva mujer, de ojos claros y rizos rubios, que había empezado a instalarse en una espléndida madurez. Desde que la conociera ataviada con las informales ropas de brigadista temporera, hasta la elegancia de su camisa de seda color hueso y su impecable pantalón de dril caqui, habían pasado dos tropicales años, que se acentuaban al oír la cadencia nica de su habla.

El sol había bajado cuando salí con Marta a dar una vuelta por Estelí. Nos sentamos en una sorbetería para tomar unos refrescos y charlar un rato. Estaba ansioso por que me contara cómo veía la situación del país, y me informara de un montón de pequeños detalles cotidianos que no me habían interesado con anterioridad, pero que, como ahora iba a quedarme a vivir allí, empezaban a preocuparme.

A mi amiga le iba muy bien como docente, se sentía muy realizada. En España, pese a tener dos carreras técnicas, trabajaba de administrativa en la universidad de Gijón, pues durante el franquismo, al igual que algunos estudiantes, se había dedicado a trabajar y, sobre todo, a conspirar en vez de engrosar su currículum académico. Como era lista y constante, había ido sacando, asignatura por asignatura, sus titulaciones.

Marta había conseguido una carta del entonces Ministro de Educación, el jesuita Ferrando Cardenal, por la que se me autorizaba a “desempeñarme como maestro”. Hablamos de las subvenciones que habíamos conseguido a través del Centro de Estudios y Documentación

Sobre América Latina y África (CEDSALA), una de las primeras ONGs de solidaridad en Valencia, tan primeriza que ni tan siquiera sabíamos que en Europa a ese tipo de organizaciones se las denominaba ONGs. También de la escuela que con esos fondos planeábamos construir en el asentamiento de Miraflores, y de mil cosas más.

Para celebrar nuestro encuentro decidimos cenar en el restaurante Nauhalí, el mejor de Estelí. Nos encontramos con la sorpresa de que la municipalidad había prohibido la venta de comidas y alcohol en todos los lugares donde se servía, debido a al proximidad e los combates. Incluso, por si el problema se prolongaba y llegaba la escasez, las autoridades habían inventariado todas las reservas de grano y alimentos almacenados para evitar la especulación, pudiendo el gobierno comprarlas para distribuirlas entre la población en caso de necesidad. Con el ron y la cerveza, se trataba de evitar borracheras y más problemas, ya que, dada la situación, había más euforia en el ambiente que en un partido de fútbol de alto riesgo.

Antes de regresar pasamos por el parque. Estaba anocheciendo, la gente había acabado de trabajar y se percibía una inusitada actividad. Jóvenes y obreros, armados y vestidos con uniformes verdes o con las camisas marrones de las milicias populares, se congregaban por grupos. Estaban organizándose para vigilar durante la noche las alturas que rodean Estelí, y evitar así que algún grupo de contras pudiera acercarse lo suficiente como para lanzar morteros sobre la población. El ambiente era, sin embargo, festivo. Pero, aunque el problema estaba bastante controlado por el ejército, no se me quitaba de la cabeza que aquel jolgorio de día feriado, podía enmascarar la gravedad y que, algunos de aquellos milicianos, podían tener un encontronazo con el enemigo durante la noche. Los comentarios recogían el alarde del macho al que *le vale verga* que le metan un tiro. Era, así mismo, una especie de ritual iniciático para muchos jóvenes.

A una *pic-up* se había encaramado un grupo de músicos con sus cartucheras llenas de balas cruzándoles el pecho, junto a un cargamento de guitarras, bongóes, Kaláshnikovs y altavoces que emitían música de la Costa Atlántica, cercana al *reague*.

Cenamos en la casa. Me acoplaron una cama en una salita repleta de estanterías con libros, separada de la estancia de la entrada por una pared de aglomerado. Era la biblioteca del profesor Ramón Parrales, también conocido como el poeta Parrales, marido de Diana.

Entre el cambio de horario y la agitación de los últimos días, me costó mucho dormirme. La noche era tranquila, pero en mi cabeza bullía un torbellino de sensaciones, inquietudes y proyectos. Sólo un par de veces escuché disparos lejanos, aunque tal vez estuvieran alojados en mis sueños.

Aquellos días me dedicaba a pasear por el pueblo y a leer en la casa, para lo cual me refugiaba en la habitación de Marta mientras ella estaba en la Escuela. Profesores y estudiantes andaban afanados en la organización de la defensa, como si de una fiesta de fin de curso se tratara. Aunque continuaban los combates, las tácticas de contrainformación y radio macuto transmitían la sensación de que los muertos los ponía sólo la contra. Reinaba una euforia como de principio de vacaciones, y así como en España no nos dejamos influir por las noticias de las decenas de muertos en las carreteras, los estelianos presumían, que ni a ellos ni a los suyos les iba a tocar la china.

La fachada y el salón de la casa de Diana estaban construidos en ladrillo; el resto eran láminas de madera bajo palos sobre los que descansaban las tejas. Al fondo del jardincillo interior habían montado una especie de casita aparte, también de madera. Aquella era la habitación de Marta, mi refugio diurno. Sentado en su mesa de estudio, junto al hueco de la ventana, pasaba las horas del día más calurosas. Las sombras del balanceo de las hojas de un banano distraían la mesa. El primer día, cada vez que un helicóptero pasaba por encima volando bajo, salía al patio a observarlo. Todas las tablas temblaban. Luego me fui acostumbrando y sólo intentaba distinguir desde mi observatorio las caras de los pilotos. Las casas de Estelí son bajas, pero parecía que a ellos también les gustaba sobrevolar a baja altura. Tampoco era infrecuente el *blam blam* de las bombas que los aviones tiraban a algunas millas. Su sonido a esa distancia acabó siendo algo de familiar, como un consistente y lejano portazo.

Al segundo día pasó por la casa Paco Molina. Me invitó a una actividad en un colegio de secundaria, aunque en realidad me llevó a una encerrona, ya que aquello se convirtió en un mitin patriótico sobre la defensa y concluyó con la organización de grupos de voluntarios para cavar trincheras. Numerosas muchachas también se apuntaron. Hubo que caminar en romería algunos kilómetros hacia la zona de San Roque y trepar unos cerros donde nos esperaban picos y palas en unas zanjas que ya habían sido iniciadas en otra ocasión. Allí pasamos unas horas, excavando a ritmo escolar. Los mangos de las herramientas eran ramas mal refinadas a machete y nuestras desacostumbradas manos lo

notaron enseguida. Pero la consigna de aquel año era "¡Todas las armas al pueblo! ¡Todo el pueblo a la defensa!", y teníamos que poner nuestro granito de arena para que allí se apostaran las milicias durante la noche, evitando que la contra lanzaran *rockets* sobre las casas donde dormíamos.

Durante los combates, algunos compas se habían tomado la justicia por su mano y habían matado en el acto a varios contras capturados. También se comentó que conocidos comandantes habían subido a la montaña, para atajar de raíz el tema de los ajusticiamientos. Había gente que lo justificaban e incluso lo aplaudían, porque todo el mundo sabía como las gastaba la contra y la clase de torturas a que sometía a los que hacían prisioneros, antes de asesinarlos. De tales atrocidades dieron cuenta algunas comisiones de la ONU. En contraste, en Nicaragua, pese a la guerra, se había abolido la pena de muerte, tal vez porque en el gobierno había tres sacerdotes católicos.

Al cabo de pocos días la normalidad estaba restablecida por completo en la zona y el enemigo huía hacia sus campamentos hondureños, haciendo todo el mal que podía. Me enteré que la brigada venía para Estelí. Llamé por teléfono para que me hicieran el favor de subirme la mochila y los paquetes que había dejado en la casa de Pablo Otero, pero la respuesta fue negativa. Debía ser sancionado por mi irresponsabilidad y falta de disciplina, según la comandanta general de los valencianos, una auténtica especialista en la conducción de brigadas y en recibir honores solidarios por parte de los nicas. Tuve que bajar a Managua, coger el macuto y regresar en un autobús alquilado especialmente para nuestro desplazamiento.

Los brigadistas se instalaron en los locales de la Asociación de Trabajadores del Campo. Dormían en literas o sobre colchonetas tiradas en el suelo. Yo me trasladé a vivir con unos argentinos, aunque seguí haciendo la comida del mediodía en casa de Diana. Ernesto y Liliana eran una pareja de agrónomos procedentes de Tucumán. Tenían una hija de dos años, llamada Carolina, que había nacido en Nicaragua, ya que ellos habían salido por pies de su país, ante la posibilidad de ser detenidos tras el golpe militar del general Videla. Allí me ubiqué en un desván enorme y sin muebles, que me recordaba un secadero de jamones. En vez de ventanas, a lo largo de toda la estancia corría una especie de alta greca, constituida por una hilera de bloques con agujeros circulares. Para dar sensación de intimidad, colgué de una cuerda unas sábanas y me fabrique una atmósfera similar a la de una habitación.

Tenía cama, mesa, silla, un tablón que hacía de estantería y un armario sin puertas. Cubrí la desnuda bombilla con una pantalla artesana de macramé.

El objetivo de la brigada era trabajar en la construcción de una escuela en el asentamiento de Miraflores —traíamos financiación suficiente para la primera fase— y levantar un par de aulas en donde se pudiera dar clase. Estaba previsto que me estrenase allí como maestro, una vez realizada la obra. Pero, cuando llegamos a Estelí, resultó que la realidad imponía otras prioridades. Las autoridades argumentaban que si se construía una escuela en Miraflores, lo más probable era que la contra la destruyera al poco tiempo. El asentamiento estaba ubicado en un fértil valle, a unas decenas de kilómetros de Estelí, y producía papa y maíz. Era considerado un modelo de desarrollo campesino. Éstos, habiéndose reagrupado para defenderse de la contra, habían logrado un alto rendimiento productivo y una organización cooperativista ejemplar. Recibían asesoramiento técnico del gobierno y sus galpones y graneros solían estar llenos con los excedentes de las cosechas. Dada su localización entre montañas en donde la contra mantenía cierta presencia y bases de apoyo, Miraflores había sido objeto de frecuentes ataques. Era uno de sus objetivos prioritarios. Por todas estas circunstancias, pese al voluntarismo de ayudarles en lo de la escuela, los responsables gubernamentales nos indicaron que, con los dólares que traíamos, lo mejor que se podía hacer era invertirlos en el arreglo de la pista de acceso para que, en caso de nuevos ataques, el ejército pudiera entrar con facilidad y evitar un mayor número de muertos y daños materiales (hacía poco el centro de salud había sido alcanzado por disparos de mortero).

Así las cosas, la brigada se dedicó a trabajar en la procesadora de tabaco.

El buen tabaco nicaragüense es fruto, en parte, de las semillas y técnicas introducidas por los cubanos que abandonaron la isla tras el triunfo de Fidel. Del mismo modo, el excelente béisbol se debe a que durante los años de la revolución, numerosos entrenadores cubanos estuvieron trabajando duro con los deportistas nicas. Muchas de las empresas cubanas de tabaco habían sido expropiadas ya que sus propietarios habían colaborado estrechamente con el somocismo. Las plantaciones y las procesadoras fueron transformadas en upes.

Mientras buscaban entre los cajones del Regional de Educación de Estelí mis credenciales como enseñante —sabía, gracias a las gestiones de Marta, que estaban firmadas por el ministro—, estuve unas dos semanas trabajando, junto a los brigadistas, en una de aquellas upes

tabaqueras. En Nicaragua se realizaba la primera etapa de la industrialización del tabaco y, luego, se exportaba a los EEUU, donde se realizaba la parte final de la elaboración, que terminaba convirtiendo las hojas en cigarrillos o puros. A muchos de aquellos puros se les acababa poniendo la etiqueta de cubanos.

En la procesadora la hoja colectada, apilada y medio seca, se limpiaba, reclasificaba, despalillaba o desnervaba y se volvía a secar de modo artificial. Este último proceso era determinante para la calidad del tabaco. El calor debía ser controlado, al igual que la humedad, dado que ambos factores daban a las hojas una tersura que permitía manipularlas sin que se resquebrajasen. Y por último, se empacaba.

Nuestro trabajo consistía en acarrear o apilar cajones de hojas cortadas, extender su contenido para un nuevo proceso de secado, organizarlas en las plantas de humectación o, simplemente, confraternizar con los trabajadores, la mayor parte mujeres, la mayoría casadas y jóvenes. El mantenimiento lo llevaban los hombres, que también ocupaban los puestos de encargado. La gerencia estaba en manos de los dirigentes del sindicato, la ATC.

Me llevaba bien con un par de vascos despistados que habían recabado por allí y, los tres congeniamos con algunas madres, algunos de cuyos hijos trabajaban también en l aproceadora, y con un grupo de solteras. Para la despedida se organizó una buena comida en la empresa, y hubo cortas representaciones de teatro popular y canciones folclóricas por parte de un grupo de cultura. La noche del último sábado de trabajo preparamos una fiesta en un local céntrico, pagada por los brigadistas, en la que habría música, *boquitas* para entretener el hambre y ron del mejor.

Patxi, Koldo y yo habíamos invitado a varias de nuestras compañeras de trabajo. Al principio estaban muy animadas, pero el último día mostraron ciertas reticencias, como cierta vergüenza, como que aquello no era para ellas. Las convencimos y concertamos una cita previa. No aparecieron.

Tardaban ya más de media hora y estábamos a punto de irnos solos, cuando uno de los sindicalistas, llamado Rufo, encargado también de la upe, se nos acercó a bordo de su moto IFA.

—No esperen más. Me dijeron las muchachas que no iban a venir.

—Pero si esta misma mañana quedamos en que las recogeríamos aquí.

—No conocen ustedes a las nicas. Los maridos se ponen celosos, les entra vergüenza, …

Días después, cuando nos cruzamos con algunas de ellas por la calle, fuimos descubriendo lo que ya intuíamos: habían sido presionadas por los encargados para que no acudieran a la fiesta. Así, los hombres tocaron a más comida, más ron y gozaron de mayor libertad para vacilar a sus anchas con las brigadistas extranjeras. Cogí uno de los cabreos sindicales más impresionantes de mi vida.

A Rufo lo tuve después de alumno en el instituto. Faltaba mucho a clase y fue uno de los pocos suspensos en mi asignatura.

Mientras estaba en la procesadora, volví a pasarme varias veces por la Delegación de Educación y, por fin, apareció la carta en un cajón, bajo un montón de papeles. Todavía la conservo:

"Por la paz, todos contra la agresión"

Compañera REYNA ARROLIGA ZAMORA
Delegada Regional del MED
Región I "Las Segovias"

Estimada compañera:

He recibido su comunicación de 7 de junio de 1985, en la cual me solicita apoyo para que el Cro. Xavier Corrales, de nacionalidad española, apoye a esa región como docente en el Área de Español; le comunico nuestra aprobación para que el compañero pueda venir a Nicaragua a apoyarnos en este campo.

Sin otro particular, le saludo,

Fraternalmente

FERNANDO CARDENAL MARTÍNEZ
Ministro de Educación

Una vez localizado el documento, los de educación se pusieron las pilas y se preguntaron y me preguntaron qué podía hacer, ya que el proyecto de la escuelita había quedado descartado.

A los dos días abandoné gustoso la procesadora para comenzar a dar clase de Español en el Instituto Nacional Francisco Luis Espinoza (nombre del sacerdote que siendo director de la EAGE, fue asesinado por la guardia). Otras perspectivas se me abrían.

Ahora, dieciséis años más tarde, llegaba de nuevo a Estelí en busca de la casa de Diana Espinoza, preguntando por el antiguo supermercado Ferma. También se la podía localizar mediante esta otra indicación: del Mesón, 2 cuadras al este, ½ al norte.

El Ferma había dejado de existir antes de que yo pisara Estelí por primera vez. El restaurante El Mesón se había transformado en una tienda de electrodomésticos y la calle había cambiado bastante. Algunos edificios habían sido demolidos, otros remozados, pero algo me decía que estaba en el sitio buscado. Era curioso que me resultaran familiares los postes de la luz.

Pregunté por Diana a una señora que abrió en ese momento la puerta de su casa.

—Mirian Yaosmira, a la orden.

No la conocía, pero empezó a indagar entre su familia y otros vecinos. Al final, por la profesión de Diana y, sobre todo, porque era la esposa de Ramón, el poeta Parrales, que fue en un tiempo bien conocido en Estelí por ser el responsable regional de propaganda del Frente, me pudo dar razón. Resultó que Diana había sido la anterior propietaria de la casa donde yo había preguntado, aunque había sufrido una tremenda remodelación. La fachada había cambiado por completo.

—Pase y la verá.

Hice un amago de entrar en el salón, lo suficiente como para no quedar mal con la gentileza de la señora, para comprobar que se había convertido en una especie de comedor de chalet mediterráneo y que, el alargado jardín interior, había desaparecido para sumarse a la vivienda.

La señora Mirian desconocía el nuevo domicilio de Diana. Al final un vecino me indicó que Ramón vivía en la Avenida 3 EN (Estelí Norte).

Hacia allí me dirigí. El calor comenzaba a apretar, las mochilas me pesaban y cuando me tropecé con el Hotel El Chico, aparqué. Las habitaciones eran amplias, limpias y se abrían a un patio abierto. Tras ducharme reanudé la búsqueda.

Me costó localizar la casa, pues había otro Ramón bastante popular, ya que era diputado conservador, y la gente me dirigía hacia su vivienda, no muy distante de la de Diana. Por fin di con ella.

Me abrió el propio poeta, con más kilos y amplias canas, y no me reconoció. Los años no perdonan. Además él me había visto siempre con barba y, desde que se volvió blanca, la suelo llevar rasurada.

Parrales avisó a su mujer, que me identificó nada más verme. Seguía tan juvenil, risueña y rosada como la recordaba. Después de hablar un poco con Ramón sobre poesía, sobre unos libros que le envié y de que me hiciera de nuevo, una vez más, las preguntas más tópicas sobre la lengua valenciana y/o catalana, y sobre las demás lenguas del estado español, Ramón se retiró y Diana me invitó a comer. En Nicaragua seguían comiendo, excepto en casos especiales, cada uno a la hora que le venía en gana. Su marido ya estaba en la fase de la siesta.

La criada nos sirvió pasta y ensalada, acompañadas de vino italiano en *tetra brick*, todo un lujo y signo de los nuevos tiempos. También papa rellena, plátano y queso frito. Y, con un roncito de por medio, estuvimos hablando durante horas, repasando vida y milagros de amigos y conocidos.

Diana había dejado la Escuela de Agricultura y trabajaba en la actualidad para una especie de ONGD alemana, el Movimiento Agroecológico "Pan para el Mundo". Desde que los sandinistas no gobernaban las cosas habían cambiado mucho en la Escuela. Los obispos habían ido presionando a todos los curas que participaban de las ideas de la Teología de la Liberación y éstos habían perdido parroquias y áreas de influencia. Una de esas áreas era la de la educación. Otras Universidades Centroamericanas (UCAs), seguían dirigidas por jesuitas progresistas y comprometidos. En la de El Salvador, ese compromiso lo pagaron con su vida el español Ellacuría y otros cinco jesuitas, junto con la asistenta salvadoreña y su hija de quince años, en noviembre de 1989.

Once años antes, después de la primera insurrección de Estelí, el también jesuita y Rector de la EAGE, Francisco (*Chico*) Luis Espinoza, que era colaborador del FSLN, caía asesinado mientras trataba de evacuar a un grupo de heridos. La Escuela de Agricultura fue dirigida después, durante muchos años, por el jesuita español Jesús María Martín Mateo. La EAGE también habían cambiado últimamente bastante: de ser una universidad técnica, de grado medio, con fuerte vocación populista, se había ido transformando en un centro de élite, mucho más caro, al que los hijos de la gente media de la zona no podía acceder por falta de recursos. Martín Mateo había decidido, tras más de veinte años de estancia en Nicaragua, regresar a España.

En casa de Diana coincidí varias veces con Pedro Armada, otro jesuita que en el 85 estaba recién llegado a Nicaragua para dedicarse a la docencia en la EAGE. Cuando se le preguntaba si su apellido tenía

algo que ver con el del golpista general Armada, respondía que era sobrino suyo, aunque en realidad era su hijo (como salió publicado, incluyendo algunas fotos, en una revista de gran tirada unos años después, cuando el general salió de la cárcel). A Pedro Armada le encantaba jugar con la pequeña Diana Gisel y platicar con su mamá. Lo recuerdo jovial, guapetón, fuerte y barbudo, dentro de un corpachón enorme, fregando los platos después de la cena. Pocos años después, cuando fueron asesinados los sacerdotes de la UCA de San Salvador, él fue uno de los que se aprestaron para sustituirlos.

Y, cómo no interesarme por la compañera Marta, con la que pasé tan buenos momentos y a la que todavía le debo grandes favores. Marta estuvo viviendo en Nicaragua hasta varios años después de la derrota electoral sandinista. Allí se había casado y tuvo una niña. Luego regresó a España y tanto Diana como yo le habíamos perdido la pista. Habrá que buscarla.

Hablamos también de sus hijos. El mayor, Reiner Manolo, tenía ya veintisiete años, era ingeniero civil y se encontraba en Lüm, Suecia, con una beca para hacer el doctorado. La siguiente, Daiyana, también había acabado sus estudios y vivía independiente. Diana Gisel, estudiaba relaciones internacionales en Managua. Sólo quedaba en la casa, la más pequeña, Cristina, la cual estaba en el útero de su madre cuando yo regresé a España.

También salió a colador Manolo Murillo, enfermero que trabajaba en el campo de la siquiatría y que había seguido con la cooperación internacional, lo que le había llevado a La Habana, como responsable de proyectos de una oenege.

Hablamos de varios amigos más, y también recorrimos algunos lugares comunes. En Nicaragua lo típico no es hablar del tiempo, aunque el hambre del pequeño campesino o la abundancia del gran productor, dependan de él. Más corriente es comentar sobre el estado de las carreteras, porque la gente, pese a todo, siempre se ha desplazado bastante. Entonces es cuando Diana me informó del por qué la de Jalapa estaba en tan pésimas condiciones:

—Les pagaron para que la hicieran mal a propósito—afirmó con rotundidad—, porque la gente de aquella zona sigue sin votarles.

Tras un par de animada conversación, intercambiamos nuestros *e-mails* como despedida.

De vuelta al Hotel El Chico, diminutivo de Francisco, me pegué una siesta para compensar el madrugón. Sobre la mesilla de noche, un Nuevo Testamento en inglés y español, por si la gente se desvelaba de noche. Entre las decenas de radios de las diversas iglesias, encontré una laica. El locutor preguntaba a un oyente:

—¿Cómo se escucha por ahí La Musical?

—Poderosa

Y en efecto, la calidad de la audición de las canciones era excelente. Pero me dormí rápido.

Cuando pasó el calor, salí a buscar el TELCOR para hacer un par de llamadas. "Llame a pagar en los EEUU", anunciaban un par de pósters. Después me fui a disfrutar de la ciudad en donde había vivido medio año y de la que guardaba gratos recuerdos.

Dicen los nicas que Jinotega es heladita y Estelí fresquita. En diciembre, uno tiene que dormir con una buena cobija si no quiere que lo despierte el relente. La región está formada por mesetas separadas por angostos valles y la ciudad está situada a bastante altura sobre el nivel del mar, rodeada por montañas de más de 1.500 m, como los cerros de Quiabúc o Tomabú, y las cumbres de Tisey y Moropotente. Es el principal centro urbano entre Managua y la frontera hondureña y, aunque ya no es tan tranquila como solía, porque ha crecido mucho (112.000 habitantes) y la frontera ya no está bloqueada, sigue siendo placentero pasear por sus calles en las que todavía el coche no es el rey.

Me sorprendió ver a chicos y chicas con pantalón corto (los nicas son todavía muy conservadores a la hora de vestir, como corresponde a una sociedad esencialmente rural y agraria), pero estaba en una ciudad con fama de liberal, que luego se transformó en revolucionaria. Las capitales del norte, León, Chinandega y Estelí son las únicas importantes en las que el FSLN siempre ha mantenido la mayoría absoluta, pese a sus derrotas electorales en el resto del país.

Una cuadra detrás del parque estaba la Casa de la Cultura, abierta, como otras muchas, en la mansión expropiada a un somocista. En la puerta había tres placas:

Rafael Siles. Tu recuerdo es la lluvia que hace germinar la semilla de nuestra lucha diaria.

Un pueblo que se identifica con su cultura, es un pueblo invencible.

Leonel Rugama: Que se rinda tu madre. 15 de enero de 1970.

Rugama escribió una corta nota autobiográfica que aparece en la edición de su libro de poesías. "Terminé mi último curso de secundaria en el Instituto Nacional de Estelí, obteniendo el primer lugar en clases. Ahora llevo una vida de autodidacta, por no tener facilidades económicas para ingresar en una universidad. Actualmente escribo para *Novedades Cultural* y me ejercito en ciencias exactas. De mis familiares tendré que decir: desciendo de pobres familias, aunque honorables. Mi padre es oficial de carpintería y mi madre maestra empírica.". (Son llamadas empíricas aquellas personas que ejercen una profesión cualificada sin la correspondiente titulación académica; en Nicaragua también hay médicos empíricos).

Rugama entró en el sandinismo de muy joven. En memoria de Julio Buitrago, que, localizado y cercado en una casa de seguridad de Managua, fue acribillado por la guardia, escribió un poema titulado *Las casas quedaron llenas de humo*, que finaliza así:

Porque los héroes nunca dijeron
que morían por la patria,
sino que murieron.

Estas frases pasaron a incorporarse de la liturgia revolucionaria, al habla popular nica.

Probablemente Leonel pudo ver por televisión, en directo, como caía Julio Buitrago. Como lo vio Omar Cabezas, que así lo recuerda: "Y la guardia cometió el error de pasar por televisión el combate; nosotros vimos sentados frente a la pantalla de la televisión del Club Universitario de León como una gran cantidad de guardias, colocados en grupos en diferentes sitios… El reportaje era sin sonido, veíamos nosotros con avidez como las armas automáticas expulsaban con una gran velocidad los casquillos, agudizábamos la vista y veíamos como saltaban pedazos de concreto, cemento, madera, vidrios, pintura, cuando centenares de miles de impactos de bala golpeaban contra la casa. Y también veíamos cuando salía el cañón de la sub-ametralladora de Julio por la ventana del balcón y se veía el humo de las ráfagas con que Julio contestaba… y cuando veíamos que Julio le pegaba a algún guardia gritábamos enojados: ¡Malditos! así quieren… Luego llegó una tanqueta y los guardias se vio que se alegraron… Después del disparo de la tanqueta se vio que los jefes gritaban a los soldados para que avanzaran sobre la casa. De la casa no contestó nadie y cuando los guardias estaban cerca, Julio volvió a disparar desde adentro y los guardias se volvieron a correr… Luego ocurrió un silencio prolongado y apareció una avioneta y

entonces empezaron a disparar sobre la casa todos los guardias, la tanqueta insistentemente, y el avión, que casi rozaba la casa, disparaba, y entonces veíamos como iban reduciendo a escombros la casa en cuestión de segundos… Y no nos explicábamos como Julio estaba vivo porque veíamos como la guardia se escondía o las balas que Julio disparaba pegaban cerca de los guardias… y de inmediato algo que nos conmocionó a todos: vemos salir por la puerta central de la casa a Julio, corriendo, disparando en ráfaga contra la guardia y, segundos después, como Julio se empieza a doblar y, disparando y doblándose más y disparando y doblándose más, hasta caer al suelo. A nosotros nos daban ganas de llorar, pero al mismo tiempo sentíamos que teníamos una fuerza indestructible".

Y continúa Omar: "Por supuesto que todo el que en Nicaragua tenía televisión vio eso. Y lo vieron los que no tenían televisión también, porque Somoza cometió la estupidez de pasarlo varios días por televisión, y los vecinos que no tenían televisión llegaban a las casas de los que tenían para verlo. El pueblo vio como los guardias temblaban nerviosos, sus gritos; oyeron por los megáfonos pedirle a Julio que se rindiera; las tanquetas, porque luego recuerdo que llegó otra. El avión y dos helicópteros. Y luego Julio, solito él ahí".

La retransmisión de la caza de Buitrago debió ser un auténtico *reallity show* que batió todos los récords de audiencia. Seis meses después le seguiría, en circunstancias parecidas, la de Rugama. El tiroteo fue intenso. El oficial de la guardia gritó a los sandinistas que se rindieran y obtuvo esta respuesta: "¡Que se rinda tu madre!". En esta ocasión no la pasaron por televisión.

Leonel Rugama iba a cumplir 21 años. Quedó inmortalizado, además, con este poema, que da título a su único libro de poesías:

La tierra es un satélite de la luna

El Apolo 2 costó más que el Apolo 1
el Apolo 1 costó bastante.

El Apolo 3 costó más que el Apolo 2
el Apolo 2 costó más que el Apolo 1
el Apolo 1 costó bastante.

El Apolo 4 costó más que el Apolo 3
el Apolo 3 costó más que el Apolo 2
el Apolo 2 costó más que el Apolo 1
el Apolo 1 costó bastante.

El Apolo 8 costó un montón, pero no se sintió
porque los astronautas eran protestantes
y desde la luna leyeron la Biblia,
maravillando y alegrando a todos los cristianos
y a la venida el papa Paulo VI les dio la bendición.

El Apolo 9 costó más que todos juntos
junto con el Apolo 1 que costó bastante.
Los bisabuelos de la gente de Acahualinca tenían menos
hambre que los abuelos.
Los bisabuelos se murieron de hambre.
Los abuelos de la gente de Acahualinca tenían menos
hambre que los padres.
Los abuelos murieron de hambre.
Los padres de la gente de Acahualinca tenían menos
hambre que los hijos de la gente de allí.
Los padres se murieron de hambre.
La gente de Acahualinca tiene menos hambre que los hijos
de la gente de allí.
Los hijos de la gente de Acahualinca no nacen por hambre,
y tienen hambre de nacer, para morirse de hambre.
Bienaventurados los pobres porque de ellos será la luna.

En el interior de la Casa de la Cultura se oía jolgorio. La música invitaba a entrar. Unos niños ataviados con trajes regionales bailaban al ritmo de marimba y guitarras. Se trataba de una especie de concurso con un público formado por las familias de los participantes. También había una exposición de bocetos para murales cuyo tema era: “Trajeron en una mano la cruz y en la otra la espada. 509 años de resistencia”.

Una niña de seis años recitó de memoria una interminable poesía de Darío. Luego dos adolescentes bien lindas hicieron una exhibición de baile moderno, basado en la música popular. Iban descalzas y ataviadas con vestidos blancos adornados con cintas de diversos colores. La técnica era depurada y la sensualidad que transmitían exquisita. Más tarde se les incorporaron unos muchachos para bailar, en parejas, el popular Palo de Mayo, la música criolla de la Costa Atlántica. Es la danza con

más connotaciones sexuales que he visto ejecutar. Además de gracia, requiere tener las articulaciones bien engrasadas. Los cuerpos cimbreantes de la pareja se juntan y separan de modo voluptuoso y provocativo. El clímax llega cuando la mujer abre las piernas y el varón, inclinándose en ángulo hacia atrás, permanece casi tumbado, sosteniéndose sólo con los pies, sin que la nuca toque el suelo, mientras la hembra pasa por encima de él. Sólo los auténticos equilibristas lo consiguen.

Salí del local para toparme con un restaurante de los que atraen a primera vista, El Rincón Pinareño, Comida y Repostería Cubana. Hasta aquí había llegado el éxodo isleño y su sabrosa comida. Degusté un arroz congrí y un postre de yuca dulce.

Paseando por la avenida Bolívar, la arteria más importante, un ajetreo de tenderetes sobre las aceras, compitiendo con los comercios. Mercaderes, oferta variada, a veces inverosímil, y mujeres que compranban y, sobre todo, ojeaban el género. La abundancia de productos contrastaba con la escasez de los años del bloqueo. También habían proliferado los hotelitos y hospedajes. A los nicas, por muy ajustado que tengan el presupuesto, siempre les ha gustado viajar con cualquier excusa. Los cortadores y recolectores tradicionales estaban acostumbrados a cambiar de vivienda según el régimen de los cultivos. Y a regar de hijos el país. El mercadeo de una zona a otra para lograr la subsistencia familiar, es una de las razones por las que se desplazan las mujeres.

Dejé la concurrida avenida para buscar la casa donde viví con un matrimonio de argentinos, el comedor donde solía cenar, el taller de calzado donde trabajó Francisco Rivera, *El Zorro*, y donde, sin saberlo, había remendado mis sandalias antes de leer su biografía.

Localicé la vivienda. Ocupaba la parte superior de una casa de dos plantas y se accedía a ella por una escalera exterior. Los propietarios que la alquilaban vivían en la planta baja. Ahora se había convertido en una escuela de informática, enjalbegada con toda la oferta de cursos posibles, siempre bajo el logotipo Windows. Como en aquella casa no había televisor, nuestros entretenimientos eran la lectura y la plática. Por allí se acercaba a menudo una compañera exiliada salvadoreña, menuda de estatura y rasgos de india. Era muy simpática, pero nunca le perdonaré que no me devolviera un libro que le presté. Era la primera edición de *El amor en los tiempos del cólera*, que un piloto portorriqueño, errante por Nicaragua, me había regalado un mes después de

que apareciera en San José de Bogotá. También eran frecuentes las visitas de Pedro Armada y Martín Mateo, el jesuita español que dirigía por aquel entonces la EAGE.

De entre la gente que solía visitar a los argentinos, guardo un especial recuerdo de un técnico agrícola, que solía venir con un pistolón camuflado en algún lugar de su indumentaria y que, una vez acomodado, lo dejaba por cualquier rincón, ya que debía molestarle y darle calor. Debía de viajar a diario, asesorando a las cooperativas campesinas y, como los desplazamientos eran peligrosos, además del armamento que todo el mundo solía llevar en los vehículos cuando recorrían las zonas montañosas, el técnico no se desprendía nunca de su pistola, porque decía que a él no lo cogía vivo la contra y le hacían las perrerías que solían hacer; que la última bala se la reservaba para él.

A Ernesto, el argentino con el que compartía vivienda, la radio de la contra, lo había citado en varias ocasiones como objetivo a batir.

También se acercaba por la casa un joven agrónomo, con su mujer y su hija de un añito. En cierta ocasión les hice unas fotografías. Como el asunto del revelado estaba tan tremendamente mal, alguien se llevó el carrete para España y, no sé quien, me trajo las copias un tiempo después, cuando ya estaba viviendo en Limay. Un fin de semana en que bajé a Estelí para airearme, me acerqué a la casa para saludar. Liliana me comunicó que aquel joven al que yo le había hecho unas fotos con su mujer y su hijita, había resultado muerto al poco tiempo en una emboscada, y que se las pasara para dárselas a la viuda, pues eran las últimas que tendría de él y las únicas en las que se le vería con la niña.

En aquella barriada, que subía en cuesta hacia la Panamericana, se conservaban bellas y confortables casas coloniales, ahora bien lucidas y pintadas con colores más vivos. Se había ido abandonado el ocre tradicional, por el azul, el verde o el blanco, por lo que parecían de construcción más reciente.

Estelí había crecido bastante y la carretera que la bordeaba se había convertido en una arteria integrada en la ciudad, en donde florecía el comercio, desde el concesionario de automóviles a la venta de tabaco al por mayor. La nueva estación de autobuses, más grande y similar a las nuestras, se había construido frente al centro comercial Erwin, *El matador de los precios*, cada una de cuyas letras era una bandera de barras y estrellas.

De vuelta al parque me fijé en una bloque deshabitado, situado junto a la Casa de Gobierno, que quedó muy malparado durante la guerra. Sobre sus paredes las pintadas se sobreponían con los años. Aquella casa me llevaba hasta Guayaquil, Ecuador. En el hotel donde me alojaba me crucé con un dominicano, ingeniero agrónomo, que había trabajado durante dos años en Bolivia para la FAO. Regresaba a su país conduciendo un todo terreno que le había costado muy barato, dadas las ventajas por su trabajo para la ONU. En Perú, cerca ya de la frontera con Ecuador, unos bandidos lo habían asaltado y desplumado al completo, excepto el pasaporte. Maniatado, estuvo encerrado en una choza custodiado por un niño con un gran machete. A las doce horas el pequeño lo desató. Llegó hasta la frontera como pudo y continuó hasta Guayaquil, donde esperaba que su familia le enviara algo de dinero. Mientras, vivía en el hotel de fiado y no perdía la sonrisa. Le invitaba a cervezas y, a veces, a comer. Era un tipo bien activo. Ya tenía contactos con alguna empresa dedicada al procesado de alimentos y les había propuesto planes de mejora. Esperaba respuesta. No quería volver a casa sin un peso.

En nuestras charlas salió el tema de Nicaragua. Había estado trabajando allí durante los últimos años del somocismo. Vivía con su mujer y sus dos hijas en la casa del parque de Estelí que todavía permanecía en ruinas.

—Tuvimos que salir por piernas de allí. Después de la segunda sublevación no regresamos. Estabamos viendo la tele en de Santo Domingo y una de mis niñas me dice: "Papá, esa es nuestra casa". Miré, y en efecto, en la pantalla se veía la casa donde habíamos vivido hasta un mes antes. Como estaba junto a la municipalidad y hacía chaflán, los guardias se habían atrincherado y desde allí controlaban la entrada del parque, por una de las calles principales. Se veía a los muchachos del frente entre barricadas y humo.

Hizo una pausa, como reflexionando sobre cuántas vueltas había dado la vida.

—Chico, se me pusieron los pelos de punta. ¡Mi casa!.

Me dio buenos consejos en caso de viajar a la República Dominicana.

“Pancho es mi yunta”. Así rezaba el mural pintado en la Casa de Gobierno. Pancho era el diminutivo afectuoso del alcalde sandinista, y con la palabra yunta quisieron significar que iban a la par, o tal vez empujando tras él en las elecciones. En Estelí todavía se utilizaba el arado.

Desde la sorbetería Iris se divisaba el único cine. Una vez echaron un par de películas españolas. Una era de Julio Iglesias; la otra fue *Asignatura Pendiente*, que reflejaba nuestro reciente pasado. Con el cantante actor la gente disfrutó; con la vida cotidiana en nuestra transición política el público no entendía ni algunos diálogos ni el contexto, se aburría y abandonaba la sesión.

Después de tomarme un sorbete doble de guanabo me di una vuelta por la contigua sede del FSLN, la Casa Francisco Rivera. *El Zorro* había fallecido hacia poco. Allí me regalaron una pañoleta rojinegra y me pusieron al día sobre el programa que al día siguiente tendría Daniel Ortega, que llegaba para dar un mitin electoral.

La plaza iba llenándose de gente y de fritangas que precedían a la cena, al aire libre, en los setos del parque. Los bancos de cemento mostraban en bajorrelieve el nombre de la entidad que los subvencionaba. El espacio iba llenándose de una atmósfera de pueblo en día de asueto, que me llevaba hasta la plaza de Plasencia, provincia de Cáceres, por la que corrí durante los veranos de mi niñez.

Pululaban los lustradores de zapatos. Unos niños atisbaban, desde la puerta de la sorbetería, los restos de las bandejas de helados. En el cine ponían una nueva versión de *A sangre fría*. La novela de Truman Capote que llevó a las pantallas magistralmente Richard Brooks, estaba ahora dirigida por Benicio del Toro.

Sentado en los bancos del parque se me hizo de noche. Di la última vuelta en busca de rincones conocidos, como aquella pastelería de propietarios catalanes que sólo ofrecían coca y que ahora estaba bien surtida de gran variedad de dulces. Pasé por la puerta del restaurante Naualt, me acerqué hasta el local de la ATC, que estaba cerrado.

Cuando regresé al hotel aún me esperaba una discusión política fuerte con Chico Rosales, el propietario. La provocó él, que se las sabía todas y debía de estar aburrido de ver televisión, y caí sin darme cuenta. Hablaba de lo bien que se vivía con los Somoza, de lo mal que lo habían hecho los sandinistas —la única cosa positiva que les reconocía era haber hecho que la gente conociera la parte ignorada del país, la Costa Atlántica, así como la cultura y tradiciones populares— y acabó alabando el buen hacer de Franco. Fue dura, pero los dos sabíamos que las palabras, en aquel contexto, eran política de salón. Casi me enfadé, no ya por sus provocaciones verbales, sino porque no me dejaba retirarme a dormir.

Ya en mi habitación, concilié rápido el sueño sin necesidad de leer la Biblia en inglés.

En septiembre de 1988, *El Zorro* había entrado en Estelí con un puñado de combatientes y había salido de la ciudad con varias columnas de guerrilleros y fugitivos. En cuanto pudo establecer un campamento provisional, con unas mínimas condiciones de seguridad, habló claro a la gente: los que se quedaran con él en el monte debían continuar con la lucha. Muchos escogieron dispersarse por la zona y esperar que se calmaran los ánimos para regresar. Algunos de los que partieron llevaban contraseñas, pues estaban dispuestos a seguir colaborando y a realizar tareas de enlace.

La mayoría de los que se quedaron eran jóvenes: cientos de combatientes con apenas unas cuantas docenas de fusiles, escasez de municiones, poca experiencia de lucha y menos de las habilidades guerrilleras, imprescindibles en la montaña.

Si la ciudad de Estelí estaba llena de guardias, “montes y comarcas hervían de guerrilleros”, titula un capítulo de su libro Sergio Ramírez. Pero faltaban armas y *El Zorro* se fue para Honduras, a pie, como siempre, en compañía de dos campesinos que conocían la ruta, para ver cómo conseguirlas. Pasada la guardaraya, fueron capturados por una patrulla militar. Los campesinos contaron sus historias y se libraron, pero Rivera lo tenía más difícil: una reciente herida de bala en una mano y restos de lepra de montaña —enfermedad común en la guerrilla— en manos y cara. Se fugó en un descuido de los soldados y llegó a Tegucigalpa, en donde contactó con las estructuras del Frente y con Omar Cabezas, el cual había bajado de los cerros de Kilambé, donde tenía su campamento, con el mismo propósito.

Dos meses después regresó con 24 fusiles FAL equipados con lanzagranadas, junto a algunos combatientes más. Al llegar se encontró con que casi todos los campamentos habían sido descubiertos por los guardias y abandonados. Con tesón y paciencia logró, al cabo de unos meses, reagrupar las columnas guerrilleras. Luego recibió la orden de asistir a una reunión que se iba a celebrar en Panamá, a la que bautizaron “El Congresito”.

Tuvo que volver a salir del país por las montañas, llegar a Tegucigalpa, volar hasta San José de Costa Rica y desplazarse hasta la capital de Panamá.

La reunión duró trece días "con sus noches" y se celebró en El Farallón, una antigua base militar yanki donde Omar Torrijos tenía una residencia de descanso. Allí se encontraban casi todos los peces gordos de la tendencia *tercerista* y hubo mucha discusión, reestructurándose los frentes de guerra por las diversas zonas del país. También se puso en funcionamiento una estación central de radio para coordinar las diversas acciones. Se la llamó Palo Alto y comenzó a transmitir desde Costa Rica. Se iba ya a por todas.

El general Torrijos tuvo una breve conversación con el joven Francisco Rivera, que transcribo:

"—Bueno, muchacho, ¿y cuál es el problema en Nicaragua? ¿Es asunto de hombres, de güevos, o de qué cosa?

—Un momento. Problemas de hombres y de güevos no tenemos ninguno —le contesté.

—¿Y qué es lo que necesitan entonces?

—Lo que necesitamos son armas en puta –le dije.

—Este muchacho me gusta —comentó. Se levantó de la hamaca y me dio la mano."

Desde Panamá *El Zorro* viajó unos días a Cuba. Allí los sandinistas mantuvieron varias entrevistas con Fidel Castro. Rivera recuerda: "Como es un hombre que pregunta las cosas muy detalladamente, me sometió a un verdadero interrogatorio. Quería saberlo todo: por qué me había quedado tanto tiempo dentro de Estelí antes de retirarme, con cuántos hombres me había retirado, cómo estaban organizados los campamentos, si teníamos hamacas, cómo nos alimentábamos, la composición de las columnas, la edad de los combatientes, el tipo de armamento, la geografía, que si había montañas alrededor de Estelí, las condiciones del terreno, la población, qué cultivaban los campesinos, …"

El Zorro volvió a su campamento a mediados de marzo de 1979. A las pocas semanas estaría, por segunda vez, peleando dentro de Estelí.

El incremento de las acciones bélicas aceleró el proceso de entendimiento entre las tres tendencias del FSLN. En los combates se mezclaban miembros de cada una de ellas, y como las diferencias no eran

tan grandes y ninguna de ellas se había proclamado como “auténtico" Frente Sandinista, en marzo se pudieron concretar unos acuerdos de unidad. Aunque en la práctica algunas de las labores de cada una se solapaban, los sectores sobre los que tenían más influencia, se complementaban. La *GGP* era fuerte en la montaña y entre los estudiantes, los *proletarios* en el movimiento popular de los barrios y en organizaciones de los trabajadores agrícolas, y los *terceristas* habían tejido sólidas alianzas con amplios sectores, incluida la burguesía, y su táctica insurreccional se había manifestado como la más apropiada.

Todo ello llevó a que en marzo se concretaran unos acuerdos de unidad, que conllevaban una sola concepción estratégica basada en el carácter insurreccional de la lucha, la flexibilidad de las alianzas y un programa que pudiera ser asumido por amplios sectores de la sociedad. Para coordinar todas estas tareas se eligió una Dirección Nacional Conjunta compuesta por tres dirigentes de cada tendencia: Daniel Ortega, Humberto Ortega y Víctor Tirado por los *insurreccionales*, Tomás Borge, Henry Ruíz y Bayardo Arce por la *GPP*, y Jaime Wheelock, Carlos Núñez y Luis Carrión por los *proletarios*. Hecha la unión, comenzó la “ofensiva final”.

Ésta se inició el 26 de marzo con la toma de El Jícaro, un pequeño poblado cercano a la frontera norte por parte de una columna que penetró desde Honduras. La ofensiva fue cobrando intensidad por diversas zonas del país. Se activó un Frente Interno en las principales ciudades que llegó a insurreccionar Managua y se replegó en retirada con más de 6.000 personas hacia Masaya; un Frente Sur, verdadero frente de guerra tradicional en donde los sandinistas llegaron a disponer de armamento pesado; un Frente en Nueva Guinea hacia el Caribe; y un Frente Norte que es en el que nos estamos centrando (y dentro de éste, sólo en Estelí), para no alargar la historia.

Los planes eran mantenerse en las montañas hasta que se recibiera la orden de que todos los frentes emprendieran ataques de envergadura a la vez. Pero, como percibía *El Zorro*, “Estelí era un monte seco y cualquier chispa lo incendiaba… la población estaba ansiosa de *vergueo*”. Y explotó.

Una columna encargada de ejecutar una emboscada fue detectada y bombardeada por la aviación. Los guerrilleros lograron derribar dos aparatos, pero se vieron involucrados en un combate no deseado en las afueras de Estelí y, como no había montaña donde refugiarse, no tuvieron más remedio que meterse en los barrios para protegerse. Esta

acción hizo que se disparara la alarma entre las escuadras de guerrilleros urbanos que mantenían dentro de la ciudad y, junto a ellos, la población se lanzó de nuevo a la calle porque "les picaba el dedo por apretar el gatillo".

Al mismo tiempo la guerrilla lanzó acciones exitosas contra poblaciones cercanas a Estelí para dispersar a la guardia. Pero, por diversas circunstancias, en las que la personalidad de los comandantes era determinante, uno de ellos apodado *Froylan*, sin pedir permiso a su jefe *El Zorro* —que se lo concedió a sí mismo—, decidió internarse en Estelí y "sumarse al *pijeo*" para ayudar a sus compañeros y a la población amotinada.

Esta vez fueron 160 los combatientes armados que penetraron en la ciudad, muchísimos menos que el número de guardias, que poco a poco fueron cercándolos con la ayuda de artillería, aviones y helicópteros.

El Zorro no tenía más remedio que pedir refuerzos. La situación se hacía desesperada. Llegaron más guardias y también tropas de élite helitransportadas y Estelí se convirtió en una ratonera. Era el momento de intentar salir.

La retirada se hizo por la parte donde menos lo esperaba el enemigo, donde era más fuerte, donde tenía mayor concentración de tropas. Los guardias, sorprendidos, no tuvieron el valor de combatir. Su moral empezaba a estar tocada. Ni unos ni otros dispararon.

Comenta *El Zorro*: "Yo partí de ese principio militar que dice que el enemigo siempre se confía más, allí donde es más fuerte, y tiende —por lo tanto— al descuido. Ahora lo cuento y parece fantasía". El caso es que salieron sin disparar ni un solo tiro, acompañados por los que temían por sus vidas. "La gente que se iba con nosotros abandonaba con dolor sus casas, sus querencias, sus haberes, se sumaba a las columnas oscuras en las calles en medio de la chamusquina de los cadáveres. Lloraban. Muchos querían cargar con sus cosas, sus enseres, motetes de ropa, baldes, cacerolas, trastos de cocina, colchones, y me preguntaban a mí:

—¿Qué llevamos?

—Dejen todo— respondía yo en la oscuridad—; después van a tener eso y más. Lo único es que no les dije cuando".

Tras tres horas de marcha llegó el amanecer y acamparon en un potrero, con los heridos, sin agua y sin alimentos. “Desde allí podíamos mirar el humo y las llamaradas que se alzaban desde la ciudad incendiada por la guardia, las zopiloteras que otra vez bajaban a regalarse con la mortandad.”

Aunque con dirección unificada, los sandinistas seguían estructurados como antes. Después de la segunda toma de Estelí, los *terceristas* contaban con seis columnas y 800 combatientes, mientras la *GGP* sumaba tres columnas más.

A la salida de Estelí, una mujer había despedido al *Zorro* con estas palabras:

“—Váyanse, no se preocupe de nosotros. La tercera es la vencida.”

La mujer no se equivocaba.

El Zorro había roto por segunda vez el cerco de la guardia y, de nuevo en la montaña, su primera preocupación fue cómo atender a los heridos graves que acarrearon con ellos hasta el campamento del cerro de Tomabú. Sólo contaba con un médico, una enfermera y unos cuantos auxiliares paramédicos. No había material quirúrgico y escaseaban las medicinas más elementales. Había que sacarlos como fuera de allí para que los atendieran en hospitales. Empezaron a ocultarlos en algunas casas de campesinos colaboradores cercanas a la Panamericana, para trasladarlos luego clandestinamente hasta León o Managua. Pero, además, entre las filas sandinistas había otro zorro, un infiltrado de la guardia al que llamaban *Guapachá*, que les pasó la localización exacta del campamento. Fueron cercados por un gran contingente, pero de nuevo se les escapó la gallina.

Sin dejar de patear el monte ni parar en rama verde, *El Zorro* logró reorganizar a su gente, mientras veía la manera de conseguir que le llegaran más armas. También continuó manteniendo emboscadas sobre las carreteras y hostigando guarniciones. Esas eran las órdenes recibidas, y él era el encargado de transmitirlas a todas las columnas y unidades de combate que bajo su mando operaban, ya no sólo en la región de Estelí, sino también en Nueva Segovia, Matagalpa y Jinotega.

Dos meses después de haberse retirado de Estelí, la Dirección Nacional Conjunta lanzó por radio Sandino un llamamiento al pueblo a la insurrección y a la huelga general. Al mismo tiempo, todos los frentes de guerra debían movilizarse para la ofensiva en todo el país, tomar las vías de comunicación, liberar las ciudades…

El 9 de junio entró en Estelí el primer contingente de sandinistas y se encontró con que la guardia había cambiado de táctica; se había atrincherado en el Comando Departamental y establecido guarniciones en colegios, hospitales, bancos y la Catedral. Contaban con importantes refuerzos de Managua y dividieron sus fuerzas, pero la táctica les salió mal. De cualquier forma, la ofensiva en todo el país era tan tremenda que su suerte estaba echada. *El Zorro*, intuyendo que ya no habría más retiradas, concentró el mayor número de fuerzas sobre cada uno de los refugios de los guardias, para irlos tomando uno a uno.

Fueron cinco semanas de encarnizados combates. La guardia fue sacada con relativa facilidad de todos sus reductos, excepto del Comando. Hubo innumerables muertos por ambos bandos. Muchos guardias se entregaban con todo su equipo, pero "otros se rendían solamente porque se quedaban sin parque y, al requisarles el arma, la encontrábamos inutilizada, sin la pieza principal. Entonces, a esos guardias se les fusilaba", reconocería *El Zorro.*

A partir del 2 de julio, toda la ciudad quedó en manos de los sandinistas excepto el Comando. Allí se refugiaron un buen número de guardias bien pertrechados, con un arsenal de municiones y con las tanquetas que pudieron evitar que destruyeran o inutilizaran los muchachos. Desde dentro seguían disparando sus morteros contra trincheras y casas, haciendo verdaderos estragos.

La energía eléctrica estaba cortada, había que hervir el agua antes de beberla, los alimentos escaseaban y se impuso el racionamiento. La leche era para los niños, junto con algunos alimentos, luego la prioridad eran los combatientes y después el resto de la población.

Se organizaron comités de defensa integrados por civiles y, entre sus miembros más destacados, se eligió alcalde, munícipes, delegados de salud y jueces, ya que era necesario vigilar el orden público, evitar los saqueos y atender a la población. Se montaron hospitales de campaña con médicos y sanitarios voluntarios que llegaron desde Honduras.

No he hablado de los lugartenientes de *El Zorro*, para abreviar. Entre ellos destacaba uno llamado Pedrito *El Hondureño*, que se haría famoso después del triunfo ya que en torno suyo se tejió una leyenda. Se ase-

guraba que se había ido a El Salvador, con alguna de su gente, para seguir peleando con el Frente Farabundo Martí. Tal vez fuera verdad, pero el caso es que tras la victoria electoral de Violeta Chamorro y la desmovilización de militares y contras, él siguió alzado como brazo justiciero con los que adoptaron el apodo de *recompas*, logrando en una de sus acciones reivindicativas tomarse el cuartel del ejército en Estelí. De ello hablaremos más adelante.

Los guardias del Comando resistían esperando los refuerzos prometidos desde Managua. Éstos no llegaban porque todo el país estaba en llamas, aunque sí los bombarderos, que provocaban grandes carnicerías entre la población. Los cadáveres eran tan abundantes que había que quemarlos para evitar epidemias.

Pero, incluso en los peores momentos en las guerras, la gente sacaba energías y buscaba resquicios para la alegría. Como los combates se prolongaban, se daban relevos a la tropa cada cinco días, y en la retaguardia y en los refugios se organizaban fiestecitas, recitales musicales, representaciones cómicas y hasta pìñatas para los niños. La siguiente secuencia parece estar tomada de *Underground*, una de las películas de Emir Kusturica: “Una noche, unos compas aparecieron con una caja de champán francés, recuperada en las alacenas de algún ricachón somocista. Por averiguar el sabor que tenía, abrimos las botellas y empezamos a probar el champán; y uno de los compas, de tanto que lo probó, se quedó con el apodo de *Champú*, porque ya bastante bebido, no paraba de repetir "qué rico el champú, qué rico el champú"… Bebiendo y bebiendo, caímos dormidos. La aviación somocista bombardeó el sector, varios *rockets* explotaron cerca de la casa y, cuando se levantaron las llamas del incendio, ni cuenta nos dimos. La población apagaba el fuego con baldes de agua, y nosotros todavía perdidos en el sueño”.

Pasaban los días y el Comando seguía sin rendirse, y sin tomar el cuartel, no era sensato avanzar hacia Managua con el grueso de las columnas. Entonces entró en funcionamiento la imaginación popular. Se consiguieron varios tractores y palas mecánicas, una avioneta y hasta una cañón pedido prestado a otro de los frentes de guerra.

A la avioneta, de un solo motor, de las que se utilizan para fumigar, se le instaló un mecanismo debajo de las alas, de modo que pudiera cargar dos bombas caseras, “rellenas de pura dinamita”, debajo de cada una de ellas. Aquella bomba volante, que por cualquier descuido, golpetazo o fuerte vibración podía estallar, incluso en el aire, necesitaba un

piloto un poco loco. También se consiguió. Debía despegar de Sébaco. Cómo no tenía instrumentos de navegación, tendría que hacerlo con la primera luz del día, para llegar a la altura del cuartel cuando todavía la penumbra la protegiera del fuego enemigo. Para evitar que fuera detectado el ruido del motor se organizó una tremenda cacerolada y, para señalar el perímetro del cuartel en la oscurana, se prenderían cuatro fogatas, de modo que el objetivo quedara en el centro de las mismas.

El primer intento fue un fracaso. Los chavalos encargados de prender las hogueras no entendieron bien las instrucciones, y se dedicaron a atizar un rosario de fogatas desde la entrada sur de la ciudad hasta las inmediaciones del cuartel, tratando de orientar el rumbo de la avioneta. Pero a la gente le dio por hacer lo mismo en los barrios, de modo que cuando llegó el piloto, se desorientó con tanto fuego y no pudo localizar el objetivo. Tampoco el aviador, de apellido Larios, acató las órdenes, de modo que apareció antes del alba, sobrevoló varias veces la ciudad y, como no se aclaraba, se volvió para Sébaco sin arrojar las bombas ni soltarlas a medio camino, por puro pundonor, aterrizando con ellas. No explotaron de milagro.

Al día siguiente se ensayó de nuevo la operación. Esta vez todo salió conforme lo planificado y dos de las bombas acertaron de pleno. Entró entonces en funcionamiento el cañón. Los torreones del cuartel quedaron seriamente dañados. Y, para finalizar, arrancaron las palas y los tractores. Los conductores saltaban en marcha, una vez encarrilados los vehículos hacia los muros de hormigón y, por los boquetes que abrieron, empezaron a adentrarse los muchachos hasta que lograron rendir a la guarnición. Quedaban unos 150 guardias desmoralizados, junto con un grupo de *orejas*, soplones, esbirros y otras yerbas. Era la mañana del 16 de julio de 1979.

Una Junta de Reconstrucción Nacional, gobierno de facto de las zonas liberadas, se había instalado ya en León. Por fortuna, la OEA se negó a aprobar la solicitud del gobierno de Carter, decidido a enviar una "fuerza de paz" a Nicaragua, lo que hubiera complicado mucho más las cosas. La Junta había rechazado con anterioridad la propuesta norteamericana de ampliar su composición, integrando elementos de la burguesía más reaccionaria y de la Guardia Nacional.

El 17 de julio, viéndose perdido, Somoza presentó su renuncia al Congreso, manifestando su decisión de salir de inmediato del país para exiliarse en los EUA. Pocas horas después volaba a Miami junto con su

familia, ministros y principales colaboradores. Antes había dejado la presidencia en manos de Francisco Urcuyo, con el compromiso de negociar con los sandinistas un acuerdo que satisfaciera a los norteamericanos. Pero el nuevo presidente, que debía facilitar el cambio de poder, una vez investido con la banda presidencial, rompió lo pactado y anunció que permanecería en el poder hasta 1981. No contaba con el desmoronamiento de la guardia, una vez huido su jefe, y Urcuyo tuvo que emprender el vuelo apenas cuarenta y ocho horas más tarde.

"¡Avanzar, avanzar, avanzar sobre Managua!", repetía Humberto Ortega desde la estación de Palo Alto. Pero al *Zorro* no le salía del cuerpo dirigirse hacia la capital, así que mandó a su lugarteniente, Elías Noguera, para allá con el grueso de la tropa, mientras él, dejando un contingente en Estelí, se dirigía hacia Jinotega para participar en su liberación al día siguiente. De regreso a Estelí, pasando por otras poblaciones de Nueva Segovia, constató que ya era un hecho que la guardia huía en desbandada hacia Honduras.

El 19 de julio de 1979, las columnas sandinistas entraban en la capital entre la aclamación multitudinaria de sus habitantes.

Los primeros días tras el triunfo, *Chico* Rivera se dedicó a recorrer los montes en busca de los viejos colaboradores del Frente para sacarlos de sus pobres tierras y llevarlos a las haciendas de café de los somocistas, expropiados de facto. En Estelí tenía que empezar a lidiar con los asuntos del poder, poniendo orden, evitando los abusos, improvisando soluciones, inventando medidas de gobierno. "Todos éramos inexpertos en manejar el poder, un juguete nuevo al que si se le daba mucha cuerda, se nos podía destrastar".

El 22 de julio Rivera bajó para Managua en busca de orientaciones.

"—Volvete para allá —le dijeron— y organízalo todo como vos querás".

Pero Francisco Rivera no servía para gobernar y fue quedando relegado de las tareas de responsabilidad. Era célebre por su honestidad. También porque le gustaba demasiado tomar ron. Murió de cirrosis años después, cuando sus antiguos compañeros de armas ya habían perdido el poder. Pero se le seguía queriendo y recordando sus hazañas. Por eso la Casa Regional del Frente en su ciudad tenía su nombre, en letras bien grandes, sobre su fachada.

Sus palabras muestran sus sentimientos y su actitud ante la vida:

“Mientras los compañeros lo celebraban en Managua, los discursos los escuché por la radio. Sentía crecer un gran silencio mientras se celebraba el triunfo en la Plaza de la Revolución. Extenuado, tranquilo, me dejaba rodear por el silencio. Como quien llega de un largo viaje, cansado, adolorido, y se sienta a oír el radio. Eso es, un largo viaje. Por obras, por picadas, por montes, por cañadas, subiendo montañas y bajando a los valles, entrando clandestino de noche a un caserío campesino, saliendo por veredas, siempre andando.

Y en aquel silencio, sentía que al fin había llegado al punto de donde había partido. A mi barrio proletario, a mi infancia, a la voz serena de mi hermano Filemón enseñándome a ser hombre, a los gritos de mi padre puteando borracho a la guardia, al ruido de las piedras escurriéndose entre las piedras del río mientras mi madre lavaba ropa ajena, y yo en el agua ayudándole con las prendas pequeñas, las prendas íntimas, vestido con un camisoncito de niña".

14. El instituto de Estelí y los cortes de café

Uno de los principales logros del gobierno que se instauró en Managua tras el 19 de julio de 1979, se dio en el campo de la educación. A mí me tocó trabajar en ese área. El primer día que me presenté en el Instituto Nacional de Estelí, fui recibido por el director, que me despachó a los pocos minutos, poniéndome en manos de la subdirectora, no sin antes hacerme un par de preguntas, como si se tratara de una entrevista para solicitar empleo:

—¿Conoce el Popol Vhu? (libro de la creación del mundo para los mayas).

—De oídas.

—¿Ha leído El Güengüence?

—No.

El director se llamaba Felipe, era profesor de Matemáticas, tenía cara de boxeador, pelo de indio, fuertes antebrazos y pinta de destazador de vacas.

Claribel, la subdirectora, además de desbordar amabilidad, era alta, bella y rotunda. Me dio todo tipo de explicaciones y facilidades, y nos entendimos enseguida.

Una de las primera dificultades para el profesorado era el que los alumnos carecían de libros de texto. Eso indicaba la pobreza del país, el segundo en el escalafón latinoamericano, después de Haití, empezando por la cola. Me habían mandado a dar clase al instituto Francisco Luis Espinoza porque la profesora encargada de la signatura de Español, se hallaba desde hacía dos meses en Managua, elaborando libros de texto. Había un único libro para el profesor —conteniendo la materia y una guía pedagógica muy detallada—, editado en ciclostil o en una imprenta muy rudimentaria. El papel era grueso y pardo, los contenidos bien elaborados.

No tenían libros, pero toda la población infantil y juvenil estaba escolarizada. Todo joven tenía la posibilidad de estudiar, sin pagar un peso. También se les facilitaba periódicamente lápices y cuadernos a precios muy asequibles. Los textos de estudio tenían que ser dictados, al menos los resúmenes. Para las asignaturas de ciencias se utilizaban los editados con anterioridad, y algunos alumnos los conseguían porque los habían heredado de sus hermanos mayores, de familiares o amigos, o comprándolos de segunda mano. Pero para las ciencias sociales, no existían; se estaban elaborando con nuevos contenidos.

Contrastando el antiguo programa —todavía vigente el año anterior a mi incorporación— con el nuevo, descubrí algunas modificaciones. La que más me llamó la atención fue la reducción del espacio dedicado al estudio de poetas españoles del siglo XX y su sustitución por latinoamericanos. Se incorporaba a César Vallejo, con sus poema *Masa* y se reducían, de tres a una, las poesías seleccionadas de Federico García Lorca.

Me tocó dar los cursos nocturnos de cuarto y quinto de bachiller, los superiores en el sistema nica. También algún tercero. Los alumnos solían ser más mayores que sus compañeros de la mañana. Muchos trabajaban. Las clases empezaban a las siete de la tarde y terminaban a las 10:45, duraban 45 minutos y, la última, por tradición, sólo media hora, para finalizar a las 10:30. El instituto estaba a la salida del pueblo, al final de una calle de pronunciada pendiente. Un par de autobuses municipales esperaban al personal de la última remesa. Me compré un sólida bicicleta China, que estaba de oferta en Managua, para desplazarme a mi aire. Luego, cuando me trasladé a Limay tuve que venderla; allí en vez de adoquines había caminos demasiado pedregosos.

Las alumnas y alumnos se reían del profesor extranjero, que les hablaba, sobre todo al principio, muy rápido, con un acento diferente, utilizaba expresiones con las que no estaban familiarizados y hacía cosas raras. Para eso están los profes, para distraer, y estoy seguro de que mi persona suministraba, la mayor de las veces sin darme cuenta, material extraescolar en abundancia.

El flujo novedoso era bidireccional. Lo que más me sorprendía era ver como cualquier varón, sentado delante de mis narices, sacaba de improviso un peine del bolsillo y se acicalaba minuciosamente, mientras les estaba hablando del subjuntivo. Luego podía sacarse con los dedos un moco rebelde y pasarlo al pañuelo, aunque con más discreción que la mostrada con el peine. Las mujeres abusaban menos de estas habilidades.

A los pocos días me llamó el director, pero no para felicitarme. Algunos estudiantes se habían quejado de mis modales: el profesor español se sentaba encima de la mesa mientras explicaba. Le respondí que era debido a que había sufrido una reciente operación de rodilla de suficiente envergadura. No quedó muy convencido y siguió ajustándome las clavijas en otros temas, llegando a mencionar la prepotencia de la metrópoli y de sus súbditos sobre las antiguas colonias. Medio me puse bravo. Le dije que estaba recién llegado y en proceso de adaptación y

que, en cualquier caso, los intercambios interculturales son siempre buenos y que, por mi parte, estaba decidido a llevarme un peine y a utilizarlo. Me pareció que le gustó el que no me achantara. Parece ser que el mostrar un poco el machito que llevamos dentro era una de las condiciones para ser maestro. A partir de entonces ya no tuve más problemas y Felipe me invitó varias veces a tomar unos tragos en su casa. El compañero director era bueno tomando. También buena gente.

Las clases eran muy concurridas. El listado de alumnos por aula podía llegar al centenar. El pasar lista, de modo obligatorio, te podía llevar cinco minutos. Solían acudir entre sesenta y ochenta. Como las clases eran tan breves, entre controlar la asistencia e introducir el tema, se te iba la mitad del tiempo. Además, había que dictar. Procuraba evitar los dictados, que fueran breves y que la lista la pasara el delegado de clase, en silencio. Intentaba que compraran libros de lectura —que estaban a precio muy asequible en comparación con el de una cerveza o una docena de huevos—, que leyeran, comentaran y escribieran. La pizarra sólo para la gramática.

Los delegados estudiantiles elegidos solían ser sandinistas. Era lo que se llevaba. También tenían claro que debían colaborar con el profesorado. Notaba a menudo esa ayuda, en cualquier situación; también en mantener el orden. Los alumnos eran fáciles de manejar. También contribuía el que muchos ya no fueran adolescentes, sino oficinistas, obreros o sindicalistas, que aprovechaban la noche para formarse. Creo que la atención se mantenía, en parte, porque se entretenían con los modismos y el acento diferente del profe, aunque tal vez su cabeza estaba en otra parte. Algunas de las muchachas más guapas resultaron ser también las más revoltosas, y mantener el equilibrio entre sus coqueteos, preguntas reales y ficticias, cachondeo y vaciles, fue lo que más me costó.

Entre los delegados recuerdo especialmente a uno, de nombre Daniel. Cursaba quinto y era también el representante de todo el instituto. Era un chavalote alto y guapetón, de unos veinte años. También era el más listo de la clase; estudiaba poco, pero iba sobrado y se expresaba con mucha propiedad y seguridad. A veces se ausentaba algún día, o incluso toda una semana, para asistir a reuniones o porque estaba movilizado. En el documental que antes he mencionado, se le ve en los cortes de café de San Juan del Río Coco, conversando con Joan Sifre.

Un mes después de iniciado mi trabajo en el instituto, fui de visita a la penitenciería *La Chácara*, acompañando a un reducido grupo de valencianas que llegó en brigada a finales de septiembre. Debían entregar unas herramientas para el taller de madera de la cárcel. Durante la visita descubrí que, uno de los reclusos que andaba haciendo la limpieza en uno de los dormitorios, era alumno mío. Tenía permiso para asistir a las clases nocturnas después de haber trabajando durante el día en la prisión. Era militar y la causa de su internamiento había sido el conducir un vehículo del ejército estando borracho. Volcaron y hubo varios muertos. No sé cuánto le cayó; no debió de ser mucho porque ya tenía permiso de salida para estudiar. Luego volvía para dormir en chirona.

Por *La Chácara* también pasó un español al que conocí y que permanecerá en el anonimato. Había matado a su mujer, una joven nicaragüense, al parecer de modo involuntario —según habían decretado los jueces—, en el transcurso de una discusión mientras estaban de vacaciones en un remoto lugar, lejos de su casa. Tras haberla empujado, cayó al suelo, se golpeó la cabeza y ya no se levantó. La había enterrado clandestinamente, pero cuando la policía empezó a investigar, se entregó y confesó.

Empleaba las mañanas desayunando fuera de la casa, mientras leía *El Nuevo Diario* o *Barricada*, ambos de ocho páginas y letra pequeña para aprovechar el papel. Luego me iba para leer y preparar las clases en casa de Diana, y enredar con los niños mientras Julia limpiaba o preparaba la comida. Allí comía, aportando una cantidad mensual. Por la tarde me volvía a mi residencia, continuaba leyendo o preparando, y al atardecer me iba para el instituto. Vida sana y tranquila, mientras la guerra parecía sólo cosa de noticieros y periódicos.

Después del instituto solía cenar en un local cercano a mi casa. Lo prefería a comer solo, pues la familia ya lo había hecho. A veces me preparaba una tortilla, ensaladas y algo de fruta, para variar el menú de sopas y carne de res, junto al gallopinto perpetuo de los comederos.

La vivienda era agradable y fresca. La manteníamos limpia al modo tropical, en donde uno se tiene que acostumbrar a convivir con el aire y el polvo. Limpiábamos y quitábamos las telarañas, aunque esto no lo solían hacer los nicas porque las arañas domésticas no son peligrosas y en sus redes se quedaban atrapados muchos mosquitos. También nos llevábamos bien con las salamandras, habituales en las paredes domésticas, esbeltas e inmóviles, buenas depredadoras de insectos voladores. De lo que no nos podíamos librar era de las cucarachas. Por

fortuna eran rojas y no las asociaba demasiado con las negras, protagonistas de nuestros ascos infantiles. Soy poco aprensivo, pero el tema de las cucarachas lo llevaba mal. Evitar su vista provocó que cogiera una amebiasis. Me explicaré.

Hervíamos el agua, sobre todo para proteger a la niña de infecciones o parásitos intestinales. Se almacenaba en recipientes y se mantenía fresca en jarros en la nevera. Era un lujo tener una refrigeradora. Los cortes del agua corriente eran frecuentas y durante la noche, la regla. Cuando me levantaba en mitad de la oscuridad con sed e iba a la cocina, la cantidad de cucarachas era tal que resultaba imposible no pisar algunas. También escalaban hasta el banco, incursionaban el fregadero, se camuflaban en alacenas y estantes y, para más inri, no huían las desgraciadas. Lo podía soportar, pero hacían de la rutina del agua nocturna, un desvelo. Mientras escribo me pregunto por qué no colocaría una botella de agua junto a la cama. Tal vez la tuve, tal vez lo de las cucarachas es sólo un recuerdo de alguna de las primeras noches. El caso es que no cogí la amebiasis exactamente por las cucarachas, sino por los cortes de agua y por mi mala cabeza, aunque los bichos ayudaron. Por las mañanas me levantaba antes de que desaparecieran las rojas huestes y de que hubieran restablecido el suministro, y me dirigía a un lavadero que había en una minúscula terracita situada al fondo del diván donde dormía. Allí me aseaba en la fresca mañana. Mientras me lavaba, las gotas de lluvia acumuladas en las hojas de un enorme palo de mango que crecía en el patio de abajo, caían sobre mi espalda. La mayor parte de los lavaderos de los países tropicales latinoamericanos, de abundantes lluvias pero de precario abastecimiento y distribución, están formados por una pila grande y una pileta contigua en donde se recoge cualquier gota de agua que se escape del grifo. De la pileta se traspasa con la mano o con ayuda de una *panita* de plástico a la contigua, para enjuagues y aclarados. Cogí la costumbre no sólo de lavarme los dientes con el agua estanca de la pileta, en cuyo fondo había un poso de brillante verdín, sino de pegar algún que otro trago del agua almacenada, transparente y fresca por el relente de la noche. Y allí debían estaban las amebas dispuestas para el ataque.

Sigo sin tomar especiales precauciones higiénicas y sanitarias durante los viajes, aunque los destinos turísticos sean tan exóticos como peligrosos para el estómago del hombre blanco, y nunca he tenido ningún problema. Pero aquella vez las amebas me quebraron la moral. En aquellas latitudes, la amebiasis no tiene especial importancia; casi todos

los niños la padecen alguna vez, sobre todo entre la población de montaña. La imagen del niño de vientre abombado por los parásitos es frecuente en las retinas de cualquier telespectador. Pero no deja de ser un engorro, sobre todo si uno tiene que dar clase. Sin previo aviso me venían unos dolores intestinales de tal intensidad que me dificultaban hasta el habla. A menudo, los puñetazos en el bajo vientre iban acompañados de la necesidad inmediata de evacuar, so pena de que un líquido viscoso se deslizara por el interior de los pantalones. Tuve que informar al alumnado, clase tras clase, la primera vez que me acuciaban las prisas. Luego me bastaba con decir en voz alta "¡amebas!", y abandonar el aula sin más explicaciones, veloz hacia el agujero más próximo, mientras las risas acompañaban mi retirada.

A veces los parásitos atacaban en mitad de la calle. Me tenía que parar, relajarme para respirar y evitar encogerme como si me hubieran dado un invisible golpe. Consulté a varias personas preparadas y me dijeron que la cosa no tenía la menor importancia. Rechacé ir al médico en primera instancia, porque me sabía mal gastar medicamentos, con la necesidad que había de ellos, por coger una simple amebiasis haciendo el bobo. Recurrí a la sabiduría popular: comer guayabas verdes e ingerir infusiones con hojas de guayabo. Por mi cuenta me receté ajos crudos, ya que en los periódicos divulgaban remedios basados en la medicina popular y éstos tenían gran predicamento como antibióticos para múltiples afecciones; además de baratos, ahorraban en gasto farmacéutico. Por otro lado, sabía de gente que después de tomar antibióticos de amplio espectro, volvía a agarrar amebas una y otra vez, porque los antiparasitarios debilitaban sus propias defensas. Así que, ajo y guayaba. En dos semanas estaba curado y no volví a coger ningún mal el resto del tiempo. Eso sí, comí muchos ajos, por si acaso.

Así fueron transcurriendo los días en Estelí. Con el tiempo de la recogida del café llegaron las vacaciones escolares del año 1985. Los cursos lectivos finalizaban por Navidad y se reanudaban a mediados de marzo. A finales de noviembre, un poco de forma prematura porque aquella temporada el café venía más tempranero, al haber madurado antes, en los centros escolares se organizaron brigadas de trabajo voluntario en la que participaban alumnos y profesores. Debido a la escasez de mano de obra para la recogida del café, miles de estudiantes participaban voluntariamente en los cortes durante las vacaciones. Por ello, se adelantaban un mes para adaptarlas a la maduración del grano. El café era uno de los rubros más importantes en las exportaciones y la necesidad de dólares era apremiante. Aprobé a todos los estudiantes;

en unos meses no habían tenido tiempo de adaptarse a mí, ni yo a ellos. Además, qué carajo hacía yo dando suspensos en literatura en medio de una guerra.

Escaseaban los cortadores de café tradicionales, aquellos que iban de un trabajo de temporada a otro, de una cosecha anual a la siguiente, con el hatillo al hombro. Y estaba la guerra. La contra golpeaba preferentemente durante la recogida, asesinaba a los cortadores y quemaba las plantaciones, para golpear la economía. Por eso los sindicatos, e incluso las cooperativas, también aportaban voluntarios.

El día señalado nos reunieron a todos en el parque de Estelí. Fuimos subiendo a los camiones y llenamos unos veinte. Ibamos todos revueltos: obreros, estudiantes, trabajadores agrícolas y maestros. El contingente más numeroso lo aportaban los escolares de secundaria. Muchos iban armados con Kaláshnikovs; todos aquellos que pertenecían a las milicias populares o que, simplemente, tenían algún familiar o amigo que les había prestado un fusil. Las armas abundaban en las casas de los simpatizantes sandinistas. La consigna del año anterior había sido “Todas las armas al pueblo, todo el pueblo a la defensa”.

A la salida de Estelí se nos unieron varios camiones repletos de soldados que ocuparon las posiciones delantera y posterior de la caravana. Enfilamos la Panamericana hacia el norte. Nuestro destino eran los cafetales de San Juan de Telpaneca, también conocido como San Juan del Río Coco. Como a unos 30 Km. dejamos la carretera y torcimos a la derecha, en el llamado cruce de la Shell, para coger una pista de tierra. Poco después llegábamos a Palacagüina. Allí hicimos un descanso. El sol de mediodía pegaba duro e íbamos cubiertos de polvo.

El pequeño poblado de Palacagüina se hizo famoso unos años antes entre sectores de la iglesia progresista, comunidades cristianas de base, cristianos por el socialismo y todas esas siglas que proliferaron en el tardofranquismo y la transición española, por un disco que compuso el cantautor nicaragüense, exiliado en la península, Carlos Megía Godoy. En su popular *Misa Campesina* había una canción que empezaba así:

Cristo ya nació
en Palacagüina
de Chepe, José
y una tal María…

Ese disco pegó poco por nuestras latitudes, pero fue muy celebrado y cantado por curas y feligreses en toda América Latina. En España triunfó en cambio, como canción del verano, otra de Megía Godoy: *Son tus perjumenes mujer / los que me sulibellan,…*

Partimos de Palacagüina y al convoy se incorporaron más soldados y un tanque. Las cuestas se hicieron más pronunciadas y el avance más lento. Daba tiempo para platicar y hasta para aburrirse de calor. Al tomar algunas curvas entre las quebradas, algunos obreros cooperativistas, veteranos en aquellas lides, comentaban cómo en ocasiones anteriores la contra les había disparado desde los altos. Se notaba cierta prevención en las miradas oteadoras, pero no miedo; éramos muchos y el tanque. De vez en cuando, alguien comentaba "allá estaban agazapados, desde allí nos dispararon, esa vez nos hicieron cuatro bajas,…".

A la altura de Telpaneca seguimos durante un trecho el valle por el que discurre el río Coco. Luego más cuestas y montañas hasta el minúsculo poblado que es San Juan, y a partir de allí, por trochas embarradas por las que apenas podía pasar un camión, nos internamos en la espesura de los cafetales.

Nos alojaron en casitas de madera con rudimentarias literas de tres cuerpos. En las estancias ningún mueble más, sólo clavos en las paredes para enganchar cuerdas. Unas cocinas comunes para todo el cafetal y una techumbre, bajo la cual se alineaban mesas y bancas, que hacía de comedor, era el único espacio compartido. Las letrinas desperdigadas y escasas, y a lavarse al arroyo.

La primera noche, después de la cena, nos reunieron en el comedor. Hablaron varios responsables políticos. Recordaron la importancia del café para la economía nacional, señalaron la necesidad de brazos voluntarios debido a las movilizaciones por la guerra, y que debíamos hacer un buen trabajo recogiendo el grano, el "rojito", en su grado de maduración apropiado. Al final habló el responsable militar de aquel conglomerado de cortadores, estudiantes, profesores y obreros. Sus palabras fueron contundentes. En los cortes del año anterior, había habido 2 muertos y 17 heridos, no en aquella plantación, sino en la zona, y la mayoría había sido debido al fuego amigo. Así que, mucho ojo, porque a la primera señal de indisciplina, mandaba al que fuera de regreso a casa.

Habían distribuido a los profes en las casitas con los estudiantes. Me tocaron ocho, todos varones. Las mujeres dormían separadas. Lluvia y juerga durante casi toda la noche. Nuestra casa estaba dividida por un

tabique medianero, que formaba dos habitaciones cada una con su puerta independiente al exterior. En la de al lado, separada de la nuestra tan sólo por unas tablas, varios cortadores tradicionales protestaron unas cuantas veces. El tamborileo de la lluvia sobre el tejado de zinc amortiguaba risas y charlas.

Al amanecer, después de un mínimo aseo en el río, estábamos haciendo cola ante la ventana de la cocina. Cada cual llevaba su vaso de plástico o aluminio para que se lo llenaran, hasta arriba, de café azucarado. Cuanto más grande el vaso, más café te tocaba. El plato era la gran tortilla de maíz que te colocaban en la palma de la mano, plana, y sobre ella los frijoles revueltos con arroz que cupieran. Por cubiertos, los dedos. La gente tenía una maña especial para cortar una pequeña porción de tortilla de los bordes, que hacía las veces de cuchara, y llenarla de aquel revuelto, antes de meterse el conjunto en la boca, de manera que casi ni se manchaban los dedos.

Luego del desayuno nos repartieron en grupos, cada uno bajo las órdenes de un capataz, que era uno de los campesinos que vivía allí, dándole mantenimiento a la plantación durante todo el año. Nos colocaron un cesto de mimbres trenzados a la altura del medio pecho, colgado al cuello por unas cintas de tela, y unos sacos para ir vaciando los cestos. Las matas de café crecían en las laderas de los montes a la sombra protectora de una doble capa vegetal, la primera de bananos y la otra de árboles más altos. El capataz iba distribuyendo, supervisando y pegando voces: “¡Corten, corten!”

Al mediodía, un camioncito se acercaba hasta determinados puntos de reunión entre las plantaciones y nos repartían la tortilla y los frijoles. Luego otra vez al tajo en las laderas de los montes.

Cada cual recogía lo que podía. Al final de la jornada hacíamos cola ante los almacenes, y allí pesaban las libras de cada saco, apuntándonoslas en listados individuales. La media estudiantil era de un saco y medio, unas 30 libras. Los profesionales cortaban más del doble. Yo procuraba mantenerme en la media estudiantil.

Por la noche tras el aseo en el arroyo, la cena, igual que el desayuno, igual que la comida, igual todos los días. Luego charlar un poco, comentar la jornada, bromas y a las literas.

Me habían advertido que llevara comida extra, pero no había hecho caso. Como a los cinco días empecé a soñar con embutidos: jamones y chorizos colgaban de las ramas de los cafetos.

Había oído hablar de la existencia de un bichito llamado la *coloradilla*, un parásito casi microscópico que tenía predilección por los cortadores de café. El diminuto ácaro introducía sus larvas bajo la epidermis y en ese confortable medio se reproducía, produciendo una dermatitis en su huésped, nada grave pero muy molesta, ya que provocaba un intenso prurito y escozor. Picaba y bastante, sobre todo al atardecer y por las noches. Y como dice el dicho, si te rascabas era peor.

Me protegí de la *coloradilla* como mandaban los cánones. Gorra, pañuelo al cuello, mangas bajadas, botones de la camisa pasados y calcetines por fuera, cerrando las perneras del pantalón. Con todas esas precauciones esperaba librarme del bicho, pero a los pocos días había caído en sus redes. Me picaba todo el cuerpo, sobre todo los antebrazos.

La plaga se había extendido por las barracas y el único remedio disponible era el tradicional. El agua helada de los arroyos de montaña las aplaca, aletarga, y alivia la picazón. Solución, mucha agua fría y mucho jabón. El éxito del remedio fue relativo, ya que hasta que no salí de la zona, no dejé de rascarme.

Tras la rutina del trabajo, los incidentes más notables se producían durante la noche. Algunos estudiantes tomaban guaro, aunque estaba prohibido, y armaban algo de juerga, que fue mitigando conforme pasaban los días y aumentaba el cansancio. A través de mi pequeño transistor una noche escuché que una fuerza de tarea de la contra estaba operando por nuestra zona. A la mañana siguiente, los responsables de nuestro destacamento ya estaban informados, por sus cauces, y decidieron reforzar la vigilancia armada. Consideré que era el momento de liberar a mi rodilla, recientemente operada y que me daba cada día más problemas, de las tareas del corte, y solicité un arma para integrarme en la defensa. Aquello no era como ir de maniobras, e imaginaba que una vez regados por la zona, siempre se podría vigilar sentado sobre una piedra. No fue atendida mi demanda. Al día siguiente me ofrecí a realizar cualquier tarea, siempre que estuviera la mayor parte del tiempo sentado. Pensaba en la cocina, para aumentar mi dieta calórica, pero fui enviado a oficinas.

Aquellos días nos sobrevolaron varios helicópteros del ejército. Algunas veces, por entre los valles se colaba el eco de combates no muy lejanos. La radio informaba que una fuerza de tarea de la contra estaba siendo aniquilada. También que un helicóptero del EPS había sido

derribado por un misil. Pero en nuestro cafetal no tuvimos ningún problema. Vinieron, como nos habían prevenido, de nuestro propio bando. Fui testigo de dos incidentes menores.

El primero se produjo cuando uno de los cortadores tradicionales que dormía en la caseta contigua, cansado de protestar porque no podía dormir debido a la bulla proveniente de la nuestra se puso bien *arrecho*. Además, al ver que los chavales se estaban cachondeando de sus protestas, entró de sopetón en nuestro habitáculo blandiendo el típico machete campesino, ese que cuelgan habitualmente de la cintura y les llega más abajo de la rodilla. El cortador retó con palabras duras al anónimo estudiante que había pronunciado la palabra pendejo, de guasa.

—Vamos a ver quién es pendejo aquí, si vos o yo. Salga si es hombre, ¡hijoeputa!, y le enseñaré lo que es respeto.

En nuestra estancia habían varios akas, pero por fortuna nadie se movió y al *campeche* lo calmaron sus propios compañeros. Al día siguiente, los trabajadores solicitaron cambiar de residencia; en su lugar vinieron otros estudiantes y ya no hubo más problemas de ese tipo.

Unas noches más tarde escuché de nuevo alboroto en la estancia contigua. No presté demasiada atención, pero las voces iban en aumento. Algunos de los socios de mi cuarto se acercaron a investigar, volviendo con la nueva de que iban a evacuar a un enfermo hasta el centro sanitario del pueblo. "Se ha vuelto loquito", decían. Me puse los pantalones y salí para comprobar lo que sucedía.

Lloviznaba. La habitación contigua tenía la puerta abierta. Un remolino de chavalos andaban revoloteando con sus linternas. En el suelo yacía un muchacho rodeado de focos. Estaba inconsciente pero se agitaba en convulsiones periódicas. Sus compañeros decían que se tiraba de la cama y que por eso lo habían dejado en el suelo. Al pobrecito le había pasado lo mismo en otras ocasiones, comentaban, pero que esta vez no se recuperaba. Sus ataques provocaban hilaridad y risa entre la concurrencia. A su alrededor se había montado todo un espectáculo, pero lo único útil que hacían era sujetarle la cabeza cuando se la golpeaba contra el suelo. Como en el cafetal no había médico, habían avisado a los compas que estaban de vigilancia, y se proponían cargar con el enfermo y montar una expedición hasta el pueblo.

Deduje que se trataba de un ataque de epilepsia. No había presenciado hasta la fecha ninguno, pero alguno de los estudiantes también estaban de acuerdo en el diagnóstico. De cualquier modo, estaba claro

que cuando contraía a intervalos la mandíbula, de modo espasmódico, podía hacerse polvo la lengua. Todo aquel ajetreo no le debía beneficiar, así que lo pusimos sobre una colchoneta y tratamos de evitar que en una de las dentelladas se seccionase la lengua. Le metimos un pañuelo entre los dientes, dejándole un hueco para respirar por si los conductos nasales no los tenía despejados. Un par de sus amigos se iban a relevar para cuidarlo, limpiándole el sudor y refrescando su frente. Los demás todos a la cama.

Los responsables de los estudiantes se habían ido esa noche a dormir al pueblo, de lo contrario, yo no habría tenido que asumir ningún tipo de protagonismo, que ahora, mientras escribo, me parece tan irreal que me da la impresión de que me lo estoy inventando. El caso es que no acabó ahí la fiesta. Llegaron los refuerzos armados y querían llevarse al chico al pueblo. Toda una aventura nocturna. Entonces es cuando tuve que poner sobre el tapete todas mis dotes de persuasión, aliñadas con un ribete de autoridad, que nadie me había otorgado, excepto mis pobladas barbas, mi condición de profesor, mi labia y la diferencia de años. Les dije que con la lluvia, la noche y los cerros con bastante gente armada vigilando, se podían producir lamentables confusiones, ya que los contras muchas veces se hacían pasar por nuestra gente, y si alguien se asustaba y comenzaba a disparar se podía armar una tremenda balacera. Les recordé lo que nos habían dicho la primera noche sobre las bajas por fuego amigo, y les persuadí de que de allí no se debía mover nadie hasta que saliera el sol y lo decidieran los jefes de la brigada. Por fortuna me hicieron caso. El enfermo amaneció pálido y demacrado, no se acordaba de nada y estaba dispuesto a continuar, pero fue evacuado y enviado a casa.

En las oficinas del cafetal duré menos de dos semanas. La última la pasé casi inactivo, debido a que a la máquina de escribir que me habían asignado se le quedó bloqueado el carro de arrastre. Mi trabajo consistía en pasar a unas planillas los datos de las recogidas que cada día se colectaban en cada una de las haciendas y beneficios que dependían de aquel área administrativa, desde la que se asesoraba y coordinaba el trabajo de varias cooperativas y propiedades estatales. La vieja Olivetti gris que me habían asignado debía de haber llevado muy mal trato y decidió tomar una baja por lesión. Era grandota, pero su carro todavía más. Tenía capacidad para acoplar papel del tamaño del doble folio, pero a lo ancho; tales eran sus dimensiones. Durante las horas que estuve dándole a la tecla, confirmé mi nula afición a los trabajos administrativos.

Se acercaba la Navidad y, después de varios días casi en paro (se habían llevado el trasto a reparar y no había ningún otro vacante), decidí abandonar. Había escuchado por radio que la Marcha por la Paz en Centroamérica, que había partido de Panamá, estaba ya en San José de Costa Rica e iba a cruzar dentro de poco la frontera con Nicaragua. Yo sabía que en ella participaba Maribel Lorente, que me traía cartas y dólares de amigas y amigos, y un calzado especial que le era muy beneficioso a mi rodilla. Y sobre todo, llegaba ella con noticias frescas y con su larga amistad.

Con estas perspectivas abandoné mi inutilidad laboral en el cafetal, subí al pueblo y esperé un hueco en el primer vehículo con plaza libre que partiera de aquellas montañas del diablo. Era sábado y alguna gente aprovechaba para pasar el fin de semana con la familia, resolver algún asunto y el lunes regresar. La caja de la camioneta iba al completo. Como siempre armas, risas y silencios. El viaje fue una delicia; el día había salido nublado y fresco, y comparado con la velocidad de los camiones a la ida, volábamos. No hubo ningún percance, ni siquiera una paradita hasta Estelí. Pero subiendo y bajando aquellas cuestas, y llaneando el tramo en el que la carretera discurre paralela al río Macuelizo cuando se junta con el Coco, fue una de las veces que presentí el peligro más cerca, que pasé más miedo.

La Marcha por la Paz, que recorrió Centroamérica desde finales de diciembre a mediados de enero de 1986, tenía como objetivo recorrer todos los países, desde Panamá a Guatemala, para llamar la atención, apoyándose en los medios de comunicación, sobre la problemática de la zona, especialmente aguda por la existencia de tres conflictos armados en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, con graves repercusiones también para las poblaciones de los países limítrofes.

Cuando los componentes de la Marcha llegaron a Panamá, los periódicos nicaragüenses empezaron a dar breves noticias de la misma. Mi bajada prematura del cafetal hizo que conectara con los marchistas en Managua, un poco antes de lo que tenía previsto. Pocos días antes de la Navidad acudí al acto de recepción que el gobierno les dio en la capital El encuentro se produjo en el Centro Valdivieso, una institución católica de reconocido prestigio no sólo por su labor pastoral, sino por sus actividades culturales y sus estudios sociológicos sobre la realidad del país. Ya de noche, en un descampado de uno de los barrios populares de Managua, hubo un *Cara al Pueblo*, en el que la televisión recogía

en directo el evento y en el que los participantes internacionales, mezclados con los vecinos de la barriada, le hacían preguntas a algunos componentes del gobierno.

Daniel Ortega no estuvo presente, pero en la mesa se sentaron, entre otros, Sergio Ramírez, vicepresidente; el Canciller Miguel d'Escoto, Asuntos Exteriores; y Ernesto Cardenal, ministro de Cultura.

Las interpelaciones fueron pasando por los problemas y aspiraciones de siempre: las dificultades cotidianas, la economía, la educación, la salud, el bloqueo, la guerra y la paz. Al final del acto localicé a Maribel. Fue una gran alegría verla tan guapa y dinámica como siempre. Fuimos a cenar junto a un grupo de compatriotas. Allí me pusieron al día de los avatares de su periplo.

En un principio, la MPC reunió en Panamá a unas ochenta personas provenientes de varios países europeos, sobre todo nórdicos, una pareja de Nueva Zelanda, tres budistas japoneses, dos argentinas —madres de la Plaza de Mayo—, un ecuatoriano, dos colombianos —uno de ellos sacerdote— y varios norteamericanos, entre ellos un obispo católico.

La Panamá postorrijista —el avión del general Omar Torrijos había desaparecido en la jungla en julio de 1981— había brindado una cordial acogida a los marchistas. En el puerto franco del canal compraron algunos habituallamientos y un par de furgonetas para la organización, que luego pensaban revender en México. A la expedición se incorporó un grupito de las juventudes del partido oficialista, que parecían estar en una excursión pagada.

Los marchistas habían alquilado autobuses para los desplazamientos y, unos kilómetros antes de las poblaciones donde tenían actos programados por los comités locales de apoyo, descendían de los vehículos y los recorrían a pie. Así habían llegado hasta la frontera con Costa Rica, cuyo gobierno había adoptado una posición neutral ante la Marcha. Pero algunos periódicos y sectores derechistas, empezaron a tildarlos de filocomunistas, provocadores y agentes de los sandinistas, y a agitar consignas contra ellos. Había cierta tensión con Nicaragua a causa de las incursiones que ARDE, el grupo armado liderado por Edén Pastora, efectuaba desde sus bases en territorio costarricense. Total, que tras una fría y minoritaria acogida en San José, la capital, el grupo fue amenazado, e incluso, apedreada la residencia donde se alojaban por radicales ultras, ante la pasividad de la policía. Así, que optaron por adelantar el paso por la siguiente frontera.

Después de lo sufrido y con el cálido recibimiento que recibieron en Nicaragua, la gente de la Marcha estaba encantada. Decidieron pasar la Navidad allí. Tras el protocolo en Managua, el campamento base se trasladó a Estelí. Los marchistas fueron alojados en una escuela, dado el periodo vacacional, y dormían en sus sacos y esteras aislantes.

Recuerdo aquella Nochebuena. Me encontraba tumbado en la cama leyendo *El amor en los tiempos del cólera* —regalo de un piloto de Puerto Rico que también marchaba por la Paz—, cuando escuché una tremenda balacera. Desde algún patio cercano a mi residencia, alguien estaba disparando todo el cargador de su fusil al aire. También oía el pac-pac de una pistola no lejana. Y como fondo musical disparos masivos y caprichosos que duraron varios minutos. Habían anunciado que, aquel año, las autoridades iban a meter presa a la gente que no respetara el bando municipal que prohibía gastar alegremente la munición, por el peligro que suponía. Había visto algunos pasquines en los postes de la luz, con la misma advertencia. Pero a las doce de la noche alguien había empezado el alboroto, y el tiroteo fue incontrolable.

Cuando cesaron las balas, como si estuviera sincronizado, se disparó un castillo de fuegos artificiales en la plaza. Para allí me fui, ya sin temor de que el plomo que había caído del cielo me diera en la calabaza. El gentío y la alegría eran cosa de ver y disfrutar.

Dos días después la Marcha se fue para El Espino, única frontera terrestre abierta, y no siempre, entre Honduras y su vecino del sur. Aunque la aduana se encontraba sobre la ruta de la Panamericana, el paso de vehículos era casi inexistente. En aquellos tiempos tan sólo circulaban un par de autobuses semanales entre las capitales de ambos países y, por temporadas, se suprimía el servicio, “no daban la pasadita” y la frontera permanecía cerrada. Cuando uno se porta mal, el vecino le cierra las puertas en las narices

A la Marcha por la Paz tampoco la dejaron pasar. Estuvimos todo un santo día esperando en la frontera y no hubo manera. Después de mi regreso a Valencia, pude visionar un vídeo en que se recogían aquellas escenas. Y es que la Marcha contaba con un equipo de documentalistas, dirigido por un argentino afincado en España. Dicho vídeo se pasó por la televisión sueca. Los suecos eran los cerebros de toda aquella operación, en combinación con un numeroso grupo de daneses. Después de acampar una noche cerca de la raya, cada grupo nacional montó un pequeño *show* ante los milicos hondureños, que no dejaban acercarse a menos de cincuenta metros de las oficinas aduaneras, en mitad de las montañas, en una tierra de nadie alejada de cualquier

población. El antiguo puesto fronterizo nica, o lo que quedaba de él, estaba un par de kilómetros más atrás. Había sido casi destruido por la contra y estaba abandonado. Las gestiones aduaneras se hacían en el pueblo de El Espino. Los marchistas no tuvimos que pasar ningún control, y ni siquiera se preocuparon de estamparnos un sello; éramos amigos, y por tanto, suponía que del otro lado no nos iban a dejar pasar.

Los que más se hicieron notar en aquella frontera rebosante de soldados y sin ningún funcionario civil a la vista, fueron el trío de budistas nipones, que estuvieron horas y horas con sus estandartes rojos, verticales, desplegados sobre cañas de bambú, dándole al tambor y cantando el *ohm-ohm*, o cosas similares monótonas e indescifrables. Los españolitos cantamos el *Himno de la alegría*, con la letra de Miguel Ríos, que todavía no se había pasado de moda, y nos retiramos discretamente.

El único que logró cruzar al otro lado fue el obispo norteamericano. Hasta los otros pasaportes USA fueron rechazados. El clérigo se fue a hacer inútiles gestiones hasta Tegucigalpa, mientras nosotros esperábamos en unos barracones que nos cedieron en una hacienda ganadera cercana.

Las autoridades nicas estaban interesadas en la escasa información que desde la Marcha se pudiera distribuir sobre todo por Europa y los EUA, que contrarrestara con las agresivas campañas que contra la Revolución, se vertía a diario por las agencias internacionales de comunicación. Los sandinistas querían la paz frente a los guerreristas de la contra y Mr. Reagan, y nos mimaban porque nosotros también buscábamos ese objetivo.

Estuvimos unos días en la hacienda, conviviendo un poco con los trabajadores, observando cómo destazaban las reses con los machetes, comiendo bien, lavando ropa y descansando en un ambiente bucólico. Una noche se desplazó hasta allí Carlos Megía Godoy, el célebre compositor popular que se hizo célebre con su grupo Los de Palacagüina. Originario de Somoto, población cercana, estaba en su pueblo para pasar los días festivos con la familia. Se acercó hasta nuestro campamento con su guitarra y unos amigos, nos cantó algunas de sus composiciones y se dejó hacer fotos con nosotros.

La última noche organizamos una cenorra. Invitamos a comer y a beber, y pagamos a un par de grupos folclóricos compuestos por campesinos de la zona, para que nos cantaran corridos. Los de la hacienda lo organizaron, ellos se lo disfrutaron, y nosotros hacíamos como que bailábamos a su alrededor. ¿Quién se acordaba de la guerra?

Danzando y tomando, medio engatusé a la compañera Dörte Johasen, danesa, con la que todavía me une una amistad postal, para dar una vuelta por los campos de alrededor, bañados por una espléndida luna. A menos de cien metros de nuestro campamento provisional nos dimos cuenta de que no estábamos solos. Con discreción, un fuerte dispositivo militar iba a velar nuestro sueño. Nuestro romanticismo bucólico y pacifista estaba siendo custodiado, sin que nosotros nos hubiéramos percatado hasta la fecha, por una legión de jóvenes guerreros.

La organización casi asamblearia de la Marcha decidió que, ya que Honduras no era tierra de promisión para nosotros, pasaríamos de aquel país, cuyas autoridades eran sólo hospitalarias con las bases de marines y los campamentos de la contra. No teníamos más remedio, ya que nos cerraban el paso. Celebraríamos la nochevieja en Somoto, capital del departamento de Madriz, y aprovechando las infraestructuras de la pequeña población, gestionaríamos nuestros billetes de avión hasta El Salvador, para desde allí continuar por vía terrestre. Allí nos pilló la Nochevieja. Fue la más internacional que recuerdo. A las doce, medio piripis, nos dábamos el *happy new year*, en todos los idiomas imaginables, aparte del inglés y español.

Como éramos muchos y sólo una línea aérea hacía el recorrido, en días alternos (partía de Miami y hacía escala en todas las capitales centroamericanas para, desde Panamá, hacer al día siguiente la ruta inversa), costó colocar a todo el personal. Algunos se quedaron, entre ellos los panameños, porque no les alcanzaba para el billete, pese a que se había establecido un fondo común de compensación, que tenía que cubrir, por ejemplo, a las madres de la Plaza de Mayo, así como a las economías más débiles. La mayoría no tenía más remedio que llegar hasta ciudad de México o hasta Nueva York, desde donde debían regresar en fechas fijas a sus respectivos países, por imperativo del billete de avión ya adquirido.

Maribel, su amiga Teresa y yo, intentamos una jugada alternativa: pasar directamente hasta El Salvador por mar, a través del golfo de Fonseca. Ese entrante del océano Pacífico poblado de isletas, es un trozo de mar circular en el que, en un diámetro de menos de 20 kilómetros, se miran las costas de Nicaragua, Honduras y El Salvador.

Para llegar hasta allí nos fuimos por carretera hasta León. Continuamos luego dejando a nuestra izquierda el ingenio de San Antonio, en cuyas instalaciones, camufladas entre altas plantaciones de caña, se elabora uno de los mejores rones del mundo.

Se nos vino la noche en Chinandega y tuvimos que dormir allí para comprobar que, si León era caliente, Chinandega, tan sólo 29 kilómetros más al norte, lo era todavía más. Cenando en el restaurante del hotelito donde pernoctamos, las pantorrillas se quedaban pegabas a los asientos y las espaldas en los respaldos.

A partir de Chinadega nos desplazamos como pudimos, pues ya no había más transporte público. Tuvimos que hacer mucho y variado autostop a partir de un poblado llamado El Congo, pues la carretera se transformó en una pista plana y polvorienta que atravesaba largos tramos despoblados hasta llagar al embarcadero de Potosí, nuestro destino.

Potosí no tiene nada que ver con el mítico “cerro que manaba plata”. En realidad, no figuraría ni siquiera en los mapas si no fuera porque está a un tiro de piedra de El Salvador, y desde allí partían y regresaban unas lanchitas con pasajeros y mercancías, siempre que el viaje fuera rentable para el patrón. El embarcadero eran cuatro tablones que se adentraban en una poza de la playa. La aduana, poco más que una caseta de perro protegida por la sombra de unos árboles. Las pocas casas del poblado no se sabía si formaban calle o plaza. Un único comedero y frente a él, un hotelito, consistente en una chamizo al aire libre, bajo cuyos postes colgaban una docena de hamacas. Por no ser, Potosí no era ni municipio, aunque figuraba en los mapas y en los libros dada su situación geográfica. Potosí era casi un pueblo fantasma.

Cuando llegamos al embarcadero los soldados dijeron que había que apuntarse en una lista y que hasta el día siguiente no habría barca. La única que hacía el viaje de modo más o menos regular, había salido aquella mañana para El Salvador y no había regresado.

Nos instalamos en el hotelito de las hamacas, único en el poblado. Todo el mobiliario lo constituían las cuerdas trenzadas colgadas bajo la sombra de la techumbre. El equipaje había que dejarlo sobre la tierra.

Nos enteramos de que durante el trayecto de unas seis horas hasta el puerto de El Cutuco, en El Salvador, en algunas zonas, debido a los bancales de arena y a las barreras coralinas, había que bajarse de la barca, para que no tocara fondo, y empujar.

Paseando por las apacibles playas del Golfo de Fonseca nos encontramos con los restos herrumbrosos de dos cargueros, de mediano tonelaje, que el mar había sacado hasta la orilla después de que

encallaran. Desde este lado de la costa se podían divisar los perfiles azulados de las montañas de Honduras, al este, y de El Salvador, al norte, tan tenue que casi había que imaginarlo.

Después de bañarnos en el mar, nos quitamos la sal en unas charcas de aguas volcánicas, de temperaturas superiores a las medio ambientales. Ya era de noche y aquellas pequeñas lagunas estaban rodeadas de manglares, abundantes en arbustos, malezas, cocoteros y acacias, entre cuyas ramas se podían contemplar las estrellas, mientras flotabas en el agua cálida y los camarones te comían los pelos de las piernas, como si fueran algas.

Dormimos como pudimos, arrebujados en las hamacas, lo que siempre supone un castigo para la columna para quien no las haya tenido como cuna.

Al día siguiente regresó la barca desde El Salvador, pero no la pudimos tomar. El patrón nos comunicó que los soldados salvadoreños estaban advertidos de la Marcha por la Paz, y tenían orden de no dejar entrar a nadie que no fuera nica. Como prueba traían a un joven aventurero norteamericano al que habían rechazado, que cargaba como equipaje una bolsa de plástico y una enorme y filigranada mecedora de madera para su madre. En el último rincón del planeta siempre es fácil encontrar algún personaje de novela.

15. San Juan de Limay y la familia Blanco

Amaneció con una densa niebla cubriendo Estelí. Desde el patio del hotel apenas se distinguían las torres de la catedral y sus contornos difuminados habían adquirido una belleza de la que carecían a la luz del sol.

En principio había pensado asistir ese día al mitin de Daniel Ortega, pero todavía faltaban varias horas para que entrara la caravana electoral y luego había que esperar un par de horas más hasta que hablara en el estadio de béisbol. Pensé que aprovecharía mejor el tiempo si me iba para San Juan de Limay a pasar el domingo con la gente con la que había vivido casi un año. Podría disfrutar más de su hospitalidad puesto que era festivo. A fin de cuentas, ya había asistido hace años a algún acto multitudinario del entonces presidente, e incluso lo había escuchado bien de cerca en charlas más minoritarias. Además, los mítines electorales suelen ser calcados unos de otros, en cualquier latitud, y todos los días ocupaban una buena parte de los noticieros. Tras darme una vueltecita y tomar las últimas notas, me dirigí en taxi a la nueva COTRAN.

Pregunté por el próximo bus para Limay entre el remolino de gente que lo esperaba.

—El bus de las 4:30 no salió, y el de las 7 tampoco. Aguantamos aquí porque nos han dicho que van a poner un “emergente”.

Eran cerca de las nueve cuando llegó el emergente. El pasaje se acomodó y todavía quedaron asientos vacíos. Era la primera vez que viajaba a Limay con tanto confort. Recordaba las estoicas colas bajo el sol para tener la oportunidad de ocupar un hueco en el único transporte diario hasta el pueblo. Lo chocante era que, el escrupuloso orden mantenido durante horas, se desbarataba incluso antes de que el camioncito se parara ante la clientela. Parecía que un invisible cornetín tocara a rebato para que se desencadenara el asalto, algo similar al salto de la valla de la ermita de la Virgen del Rocío por parte de los almonteños. Como este trayecto acabó siendo el más frecuente para mí, pronto adopté la táctica de pedir turno en la cola, dejar mi mochila al sol y guarecerme de sus rayos hasta la hora del ataque. En el abordaje, como en la vida, siempre sacaban ventaja los que tenían menos escrúpulos o estaban mejor dotados. Pocos detalles para con las mujeres, excepto con las embarazadas, que evitaban viajar por el riesgo de perder a las criaturas con tanto ajetreo. Bajo la lona del camioncito, el pasaje volvía a esperar estoicamente a que el conductor comiera o hiciera no se sabe

que gestiones. Los que estaban de pie y eran altos, tenían que agachar la cerviz o empujar con sus cabezas la lona hacia arriba. Los que habían logrado sentarse en los bancos de madera laterales tenían ante sus narices un paisaje poblado de piernas, vientres y culos, y les faltaba el aire. Solía esperar a que el bus empezara a caminar para encaramarme en la compuerta posterior de la caja; siempre había un hueco donde meter una pierna y sentarse sobre el borde a horcajadas, con la otra fuera. Así el trayecto se hacía más corto y corría más el aire. La mochila la enganchaba en cualquier saliente. Una vez unos soldados se subieron sobre la lona y me fui para arriba con ellos. Tumbados y bebiendo guaro hicimos el trayecto, pese a los puñetazos que desde abajo nos lanzaba, de vez en cuando, algún parroquiano. Llegamos medio *bolos*, alegres y tan asoleados, que días después se me peló la parte externa de las orejas, no protegidas por la gorra.

La distancia entre Estelí y Limay es de 42 km. Los diez primeros transcurrían por el asfalto de la Panamericana y se hacían en diez minutos. Para los 32 restantes, el camión demoraba casi dos horas y media, en parte debido a las frecuentes subidas, bajadas y acoples sucesivos de sacos y personal. Luego cambiaron el camioncito por un microbús ROBUR, polaco, pero las cosas no mejoraron. Por eso ahora me sentía un privilegiado por viajar sentado a bordo de un autobús amplio, decorado como si fuese una cabalgadura. De los espejos retrovisores externos le colgaban unas colas formadas por cintas de cuero, el parabrisas llevaba múltiples pegatinas equinas y en el cambio de marchas, unas cinchas, aunque el chófer no se servía de ellas para modular el ritmo del galope.

Pasamos por la desviación de la EAGE, y más adelante torcimos a la izquierda para internarnos en la pista que hacia el oeste se dirigía a Limay. En el cruce, donde había una pequeña venta, ahora desaparecida, habían colocado tres enormes cartelones. En uno de ellos, la Presidencia de la República anunciaba la financiación de 55 letrinas por Taiwan.

La mitad del pasaje estaba formado por un grupo de mujeres que iban a realizar un encuentro religioso. Mi compañero de asiento era un promotor comunitario de salud, un sanitario con ciertos conocimientos teóricos, pero sin titulación, que trabajaba para el MINSA (Ministero de Salud) en La Trinidad. Le pregunté por un amigo médico, mi paisano José Luis Carbonell, director de una clínica de planificación familiar en Valencia, que no hacía mucho había estado dando cursos y difundiendo nuevas técnicas abortivas en aquel hospital.

Parecía que el camino a Limay fuera la "pista de la letrinificación" pues, aunque no había ningún pueblo en la ruta, en los cruces sin señalizar, se podía conocer el nombre de las distintas comunidades por los carteles que anunciaban la construcción de equipamientos para las aguas residuales. De esa manera mi cuaderno se fue llenando de poblados como San Luis de los Andes, La Loma, Atravesada, El Pedernal o San Diego.

A mitad de la ruta hicimos una paradita para llenar el radiador con el agua de un manantial.

La carretera de tierra estaba en bastante buen estado y era muy variada; subidas y bajadas continúas por crestas y valles, alternando repechos, barrancas acusadas y sembrados en los claros abiertos entre abundantes encinos y grandes arbustos de flores amarillas en ramillete llamados *chilcas*. En los cruces de caminos y veredas, grupos de gente endomingada y jóvenes con indumentaria más informal, lucían pañoletas, lazos y cintas rojinegras. Esperaban cualquier tipo de transporte que los llevara al mitin de Estelí.

Se nos cruzaron un par de motos, la primera conducida por un policía y la otra con dos chavales con aderezos sandinistas, y nos obligaron a detenernos en un lado para dejar paso. Unos minutos después llegaba una caravana, compuesta por cuatro camionetas, tres camiones y un bus, todo banderas y pañoletas rojinegras. La parafernalia me remitía a la época del poder popular. Al cabo de unos minutos, dos IFAs, antiguos camiones militares, coronaban jadeantes la cuesta, seguidos de un *cachimbo* de vehículos. Iban hasta los topes, con gente encaramada en el techo. Los que esperaban les hacían señas para que pararan y los motorizados les indicaban que tuvieran paciencia, que detrás venían otros. Todavía nos detuvimos dos o tres veces más. Dejé de contar vehículos. Luego comentarían que mucha de la gente regada por el camino, tuvo que desistir y volverse a casa por falta de plazas.

Pasamos dos curvas que me resultaron familiares. Seguían albergando un semillero de cruces en memoria de los muertos provocados por sendas emboscadas de la contra. La tierra que las rodeaba se veía tapizada por un manto de matojos, llamados *camotillos*, coronados por campanillas violetas.

Llegamos a las primeras casas del pueblo y del bus se apearon algunas personas. Poco antes de la parada final en el parque, subió un numeroso grupo de mujeres, para asegurarse el asiento en el próximo trayecto.

El parque de la iglesia tenía el mismo aspecto. Alrededor del rudimentario jardín arbolado, donde pastaban las vacas y retozaban los cerdos, habían extendido una capa de alquitrán, único asfalto en todo el pueblo. La fachada de la iglesia había sido remozada y, donde estuvo el minúsculo retén de la policía, se levantaba ahora un chaletito con un rótulo: "Casa de la Justicia".

Todavía recuerdo el calor con que me recibió Limay, encajonada en un valle seco y caliente, la primera vez que llegué a bordo de un camión lleno a reventar. Antes de dirigirme a la delegación del Ministerio de Educación me tomé un fresco en una tienda de abarrotes que servían también bebidas. Mientras hojeaba el periódico escuché una conversación entre dos mujeres. Una joven del pueblo se había suicidado el día anterior por motivos amorosos. Su novio la había dejado y ella se había metido una buena dosis de matarratas entre pecho y espalda. Lo más escalofriante era la descripción de los síntomas del envenenamiento y la prolongación de la agonía hasta la muerte. Horrible. No era la única que recordaban que se hubiera ido al otro barrio por ese procedimiento.

—La llevaron al Centro de Salud, pero los doctores no pudieron hacer nada por ella, —concluyó la mujer que suministraba la información más pormenorizada del suceso.

Suicidio de pobres, desamores del trópico, muerte de ratas. Al pueblo no habían llegado todavía los barbitúricos como los que extinguieron la vida de Norma Rae, conocida como Marilin Monroe, a la que Ernesto Cardenal dedicó un largo poema que ocupaba todo un libro.

Del parque a la casa donde viví había apenas una cuadra. Una capa de alquitrán circundaba la calzada que rodeaba el jardín central, antes sólo tierra. Ni un gramo de asfalto, ni un metro de adoquinado en el resto del pueblo.

El 19 de julio de 1985, con la toma de Managua por los sandinistas, llegó a la capital la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional procedente de León, liberada con anterioridad. La componían dos representantes de la burguesía, Alfonso Robelo y Violeta Barrios de Chamorro —viuda del periodista asesinado, director del diario *La Prensa,*

Joaquín Chamorro—, y tres sandinistas, Sergio Ramírez, Moisés Hassan y Daniel Ortega. Al día siguiente comenzaron a legislar por decreto: Estatuto Fundamental de la República que derogó la Constitución anterior, disolución de la Guardia Nacional y confiscación de todos los bienes de la familia Somoza. Días más tarde se nacionalizó el sistema financiero, el comercio exterior, y se ampliaron las confiscaciones a familiares y allegados civiles del anterior dictador. Al mes siguiente se elaboró una Carta de Derechos y Garantías para toda la ciudadanía, se creó el Ejército Popular Sandinista y quedó abolida la pena de muerte.

Tras la caída del somocismo se temía un doble vacío, de poder y de legitimidad. El Frente Sandinista se convirtió en poder y buscó la legitimidad mediante un gobierno de concentración nacional, pero este equilibrio era difícil de mantener, porque el nuevo régimen no había nacido del consenso, sino de la ruptura. Y aunque en la fase final de la dictadura, se había logrado un amplio acuerdo entre diferentes sectores y clases sociales, una vez derrocada, esta armonía fue disolviéndose. Los sandinistas se quedaron con el poder, que descansaba en la punta de los fusiles, como sentenciara Mao Tse-Tung, pero la burguesía dominaba amplios resortes económicos. Sus técnicos e ideólogos —éstos últimos muy camuflados al principio— conformaban una buena parte del nuevo aparato del estado, y no iba a quedarse viéndolas venir con los brazos cruzados.

Como si de un parto se tratara, a los nueve meses exactos, Violeta Barrios de Chamorro, el 19 de abril de 1980, dimitió como miembro de la Junta de Gobierno, liberándose de sus responsabilidades. En su renuncia le acompañó Alfonso Robelo y otros ministros que exigían la convocatoria inmediata de elecciones, tal como propugnaba el Consejo Superior de la Empresa Privada. Fueron sustituidos por los conservadores Rafael Córdoba y Arturo Cruz.

Durante aquellos días, el tirano Anastasio Somoza Debayle fue ajusticiado por un comando de ex tupamaros argentinos en Asunción, la capital de Paraguay, sin que la mano de los sandinistas estuviera implicada en dicha acción, como pudimos leer en una entrevista con el cerebro de la operación, publicada en el suplemento del diario *El País* años más tarde.

El gobierno impulsó el Área de Propiedad del Pueblo con los bienes confiscados, con el propósito de que se convirtiera en vertebradora de la economía nacional. También estableció un sistema nacional gratuito de salud y puso en marcha la Campaña Nacional de Alfabetización.

La mística guerrillera impregnó dicha campaña. Dejar las camas para dormir en el suelo con los campesinos, identificarse con sus penurias, enseñarles a leer y escribir, al mismo tiempo que se aprendía de su modo de vida y se conocía el país profundo, fue una experiencia inolvidable para sesenta mil jóvenes y adolescentes. En unos meses se logró reducir la tasa de analfabetismo del 56 al 12%. La proporción de analfabetos nos da una idea del nivel de desarrollo del país. Durante cinco meses, miles de jóvenes, la mayoría proveniente de las ciudades, con edades comprendidas entre los 15 y los 20 años, tras recibir unos breves talleres de educación popular, se desplazaron al campo y se repartieron por los barrios marginales de las poblaciones para enseñar las primeras letras a miles de adultos. La Juventud Sandinista reclutó a 52.180 jóvenes, y las organizaciones populares, de maestros y mujeres, entre otras, a 16.772 más. Muchos vivieron en las montañas, comieron y durmieron con los campesinos, trabajaron en diversas tareas como nunca lo habían hecho, enseñaron los primeros rudimentos del lenguaje escrito tras el horario de trabajo y aprendieron mucho sobre la realidad del país en el que les había tocado vivir.

Fueron alfabetizas 406.056 personas, algunas de ellas, sobre todo mujeres, me las encontraría años más tarde como alumnas de los primeros cursos del bachillerato nocturno. Pero la cosa no quedó ahí. A raíz de la Campaña, miles de voluntarios se convirtieron en promotores y coordinadores de los Programas de Educación de Adultos, organizados para tratar de dar continuidad a la tarea iniciada.

En el terreno económico, mientras se subsidiaban los alimentos básicos y el transporte, se pretendía convertir a la burguesía en una clase productora, a la que también se le llegó a incentivar monetariamente para que exportara y consiguiera divisas, siempre que aceptara el sistema de economía mixta y se subordinara en el terreno político a las directrices gubernamentales. Y mientras la burguesía pugnaba porque el sandinismo no evolucionase hacia el socialismo, el FSLN trataba de consolidarse en el interior del aparato del estado y en el seno de la sociedad civil a través de las organizaciones de masas.

Todo este proceso sufrió un cambio brusco cuando en noviembre de 1980, Ronald Reagan ganó las elecciones. De todos era conocida su manifiesta aversión hacia los sandinistas. Y la historia se repitió una vez más. De un lado la derecha y la empresa privada se subordinaron con premura a la voluntad norteamericana, que deseaba el fin de la experiencia revolucionaria, mientras que nacionalistas y antiimperialistas,

representados por el FSLN, otros partidos de izquierda y algún sector de la burguesía, formaron otro bloque dispuesto a resistir las presiones externas.

Se empezó a producir una rápida descapitalización del país. La Junta reaccionó confiscando once empresas y promulgando la Ley de la Reforma Agraria, que repartió tierras entre el campesinado pobre e impulsó la creación de cooperativas, tratando de eliminar la estructura oligárquica anterior. También se promulgó un decreto por el que se confiscaban los bienes a los que se iban del país y no regresaban en el plazo de seis meses. Estas medidas supusieron la ruptura total con la burguesía y, por tanto, con la política de conciliación nacional.

Para entonces, los guardias somocistas huidos a Florida, una vez entrenados por asesores gringos, empezaron a regresar a Honduras y a montar campamentos militares, mientras los marines reforzaban sus bases en aquel país e iniciaban maniobras, casi permanentes, con el ejército hondureño.

De las primeras escaramuzas fronterizas se pasó, en el segundo semestre de 1981, a auténticas acciones militares. Dos mil hombres armados penetraron por la frontera norte y se internaron en las montañas. Al mismo tiempo, en el puerto de Corinto, entrada principal de combustible, fueron ametrallados los depósitos de gasolina desde veloces lanchas artilladas, provenientes de un barco nodriza contratado por la CIA.

Las acciones militares se incrementaron cuando la administración Reagan aprobó la concesión de 19 millones de dólares a la CIA para el desarrollo de acciones encubiertas en Nicaragua. Como consecuencia, la guerra se incrementó. Más de 4.000 contras, bautizados como “luchadores por la libertad” por el presidente actor, participaron, durante 1982, en diversas incursiones desde Honduras, aunque no lograron establecer, todavía, una base social en el interior del país.

En otro orden de cosas, a principios de ese año, 70.000 brigadistas de salud participaron en unas jornadas masivas de vacunación contra la poliomielitis. A partir de entonces, se controló la vacunación de todos los niños, a los que se les suministraban vacunas tetravalentes para prevenirlos del sarampión, viruela, varicela y polio. El sistema nacional de salud cubrió a toda la población, y la OMS y la UNICEF declararon a Nicaragua país modelo en salud.

En 1983 se produjo una penetración de la contra que, por primera vez, no se logró contener cerca de la frontera. Se dieron combates a 15 Km. de Matagalpa. Como reacción, el gobierno estableció el Servicio Militar Patriótico. Hasta ese momento, y pese a la guerra, el ejército sólo se había nutrido de profesionales y voluntarios, pero los sandinistas ya no se podían permitir el lujo de invertir una buena parte de sus mejores cuadros políticos y técnicos en tareas militares. Aparte del tributo de sangre que pagaban por ello.

En este tiempo, algunos prominentes miembros de los primeros equipos del gobierno se incorporan al proyecto contrarrevolucionario, aportándole una imagen internacional de resistencia nacional contra el modelo sandinista.

Otras medidas de la Junta de Reconstrucción, situarán al lector acerca de las intenciones de aquel gobierno:

- gratuidad de la educación universitaria
- control estatal de todos los recursos naturales
- reducción de los alquileres
- precios máximos para once productos básicos de la canasta familiar

Una de las primeras decisiones internacionales que adoptó Ronald Reagan, nada más tomar posición de su cargo, fue congelar las ayudas anteriormente aprobadas para la reconstrucción de Nicaragua.. El Departamento de Estado publicó un *Libro Blanco* sobre El Salvador, en el que se acusaba a Nicaragua de pasar armas a la guerrilla. Poco después la prensa norteamericana daba cuenta de lo que los sandinistas venían denunciando: la existencia de campamentos de contras nicaragüenses en el estado de Florida. También que el gobierno Reagan había aprobado un plan por el que se financiaban operaciones encubiertas contra Nicaragua, al tiempo que lanzaba una especie de plan Marshall para Centroamérica y el Caribe, del que se excluía a la república rebelde.

Y continuaron las presiones. El gobierno de los EUA rechazó un préstamo a Nicaragua para la compra de su trigo, a la vez que presionó para que el Banco Interamericano de Desarrollo no concediera más préstamos a aquel país. Meses después, atracaba en un puerto nicaragüense el primer mercante soviético cargado con cereales.

Debido a la formación de organizaciones armadas como MISURASATA, integrada por miskitos, ramas y sumus, que reivindicaba un gobierno independiente para la Costa Atlántica —a la que se acababa

de conceder la autonomía—, 8.000 indios que vivían junto a las riberas del río Coco, fueron reasentados hacia las tierras del interior.

Por unanimidad, la Cámara de Representantes prohibió al Pentágono y a la CIA entrenar o armar a los contras, pero esas propuestas quedaron, en la práctica, en saco roto. Por su parte, los obispos se pronunciaron contra el servicio militar obligatorio, en un país que ya estaba en guerra.

La contra, con el apoyo logístico de la marina USA, atacó desde el mar el puerto de Corinto, destruyendo los tanques de almacenamiento de petróleo. Como consecuencia, la Junta promulgó severas medidas militares, económicas y políticas, para frenar la escalada de agresiones, mientras, ahora sí, el Congreso de los EUA aprobó una importante ayuda financiera a la oposición armada.

Por otro lado, se promulgó una Ley de Partidos Políticos y, todos los que lo solicitaron, fueron legalizados. Poco después se convocaron elecciones.

A principios de 1984, año electoral, comandos de la CIA minaron los principales puertos y los EUA vetaron una condena de estas acciones por parte del Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas. Ante la denuncia de Nicaragua ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya, ésta sentenció la retirada del minado de los puertos, pero fue desoída.

Debido al incremento del conflicto, el Grupo de Contadora, constituido por México, Panamá, Venezuela y Colombia, iniciaron conversaciones indirectas entre Estados Unidos y Nicaragua, logrando fueran retiradas las minas, más de un año después de su colocación.

Celebradas las elecciones, la candidatura del FSLN encabezada por Daniel Ortega, como presidente, y Sergio Ramírez, como vicepresidente, fue la ganadora por amplia mayoría. En ellas habían participado seis partidos de la oposición; sin embargo, la Unión Nacional Opositora (UNO) y su candidato Arturo Cruz, se retiraron poco antes, ya que no se aceptaron sus condiciones, entre las que destacaban el prohibir la participación electoral de los militares y el que pudieran votar los residentes en el extranjero.

Ronald Reagan fue reelegido presidente y, ese mismo día, amenazó con una intervención militar directa. Para comenzar, aviones espía SR-71, iniciaron vuelos de reconocimientos, mientras los partidos de la oposición decidían retirarse de la Mesa para el Diálogo Nacional, auspiciada por el FSLN.

Honduras anunció el establecimiento de bases norteamericanas permanentes en su territorio y, desde éstas, se equipó, entrenó y planificó el trabajo de la contra de cara a una invasión, apoyada desde la retaguardia por los marines (modelo Afganistán). Durante todo el tiempo que duró la guerra, las zonas más castigadas por la agresión fueron los departamentos montañosos del norte, Jinotega, Matagalpa y Las Segovias, así como los pequeños poblados, los asentamientos y las casa aisladas de los campesinos y ganaderos de aquellas zonas. En las ciudades prácticamente no se percibía el conflicto.

El nuevo gobierno anunció severas medidas de ajuste económico. El presupuesto militar absorbía gran parte del nacional y obligaba a restringir medidas sociales. Para equilibrar la balanza se tuvo que devaluar la moneda, se eliminaron los subsidios a los productos de consumo básico, se redujo la inversión pública, se puso en marcha un mercado libre de cambio de dólares y se aumentaron los salarios en el sector público, para compensar la devaluación.

Una nueva reunión de los gobiernos centroamericanos, propiciada por el grupo de Contadora, acabó en fracaso. Honduras, El Salvador y Costa Rica se levantaron de la misma al negarse a discutir con prioridad el bloqueo económico y la agresión militar de los EUA contra Nicaragua.

Fue en ese contexto cuando llegué a Nicaragua para vivir en Estelí y, poco después, en Limay.

La puerta de la casa de la familia Blanco estaba abierta, como es costumbre en los pueblos, y desde el dintel pregunté a los niños que jugaban en el recinto que hacía de recibidor, salón y comedor para las grandes ocasiones en las casas tradicionales, si vivía allí Karime.

Me dijeron que no estaba, pero al oírnos salió su hermana Johana, que no me reconoció. Estaba acostumbrada a verme barbudo, y los años no pasan en balde. Tuve que identificarme y su sorpresa fue mayúscula.

Aquella casa siempre fue un refugio para todo aquel que pasara y gustara de platicar; siempre había preparado café y un vaso de agua fresca par el visitante.

Como me resulta difícil narrar la cantidad de sensaciones que me abordaban al penetrar en aquel hogar —cuya familia me acogió desde el primer momento como a un miembro más—, sin caer en la sensiblería, trataré de escribir un poco sobre las personas que allí vivían, y evitar que este cuaderno de viajes se convierta en un folletín. Y que me perdonen las personas interesadas, si olvido en el tintero algo esencial, como el cariño que me dispensaron en todo momento, si algunos de los datos son erróneos o si la narración literaria desvirtúa los afectos o los rasgos de su personalidad, aparte de la omisión de muchas situaciones y anécdotas que me es imposible recordar o transcribir. A través de la saga de la familia Blanco, pretendo dar unas pinceladas que sitúen al lector en lo que era una familia de clase media en la Nicaragua rural.

El patriarca era, y sigue siéndolo a sus casi ochenta años, don Juan Blanco, todavía fuerte y de poblada cabellera plateada. Había sido guardia, pero se despidió antes de que las cosas se pusieran mal. Es una de las personas más buenas que he conocido, afable, trabajador e incapaz de hacer daño a nadie. Ayudaba en todas las tareas de la casa y también, en la medida de sus fuerzas, en el cuidado de las vacas del patrimonio familiar que albergaba el potrero, situado a cierta distancia del pueblo. Su principal devoción era el cuidado de sus nietas y de su esposa, doña Alicia, que se hallaba siempre postrada en la cama debido a una enfermedad que le tenía llagadas las piernas.

Doña Alicia no salía nunca de su cuarto ni se levantaba de la cama. Postrada recibía visitas, entre otras, la diaria del sanitario brasileño Eliazer que le daba ánimos y le curaba las ulceraciones. A veces sus quejidos resonaban como leves aullidos durante la noche. Fue operada en el hospital de León y le tuvieron que amputar una pierna debido a la gangrena. Mientras se restablecía, su hijo Adrián regresó a la casa con el miembro cercenado metido en una especie de caja de zapatos grande, anudada con cuerdas. El deseo de don Juan era poder juntarla con el resto del cuerpo, cuando su mujer muriera. Por ello, la enterró bajo el tamarindo del jardín. Pero como los *chanchos* anduvieran olisqueando y escarbando la tierra, tuvo que cambiarla de lugar. Escogió la leñera de la cocina, de piso de tierra y, bajo una gran pila de ramas secas, descansó la pierna de doña Alicia acompañada por el aroma de los guisos. La mujer falleció unos años después.

Karime era la hija mayor, y *alma mater* de la casa. Alegre, dicharachera y con unos kilos de más, era la profesora de Química en el instituto donde trabajé; cuando la conocí iba finalizando sus estudios como podía, pues no tenía acabada la carrera, mediante los cursos sabatinos

que se realizaban en Estelí para la gente que trabajaba en los pueblos donde no había universidad. Tenía una hija de dos años, Karimita, que ahora iba a empezar la universidad. Su papá, Benito, había sido guerrillero en la última fase de la insurrección sandinista. Cuando lo conocí era teniente de la policía y vivía en Managua. De facciones delgadas, fino bigotito lacio, piel muy oscura y habla suave, solía llegarse a la casa un fin de semana cada mes. En una de las conversaciones que mantuvimos, me detalló una emboscada que había sufrido cuando iba con un jeep por una carretera de montaña, con la única compañía de otro policía. Se salvaron jugándose el todo por el todo, abandonando el vehículo, que quedó inutilizado, y sacando el ingenio y el coraje que sólo en una ocasión límite se encuentra. Había ascendido a capitán y trabajaba en Pueblo Nuevo, distante unos 20 Km. de Limay, y pasaba allí la mayor parte de las noches, aunque su ropa usada venía y volvía limpia y planchada por Karime, que se la enviaba a través del chófer del bus que cubría esa ruta. La pareja había tenido tres hijos más.

Johana era la segunda hija de la familia Blanco. De pronunciados rasgos y larga cabellera negra, muy reservada y trabajadora, era maestra. Su hija Alicia María, compañera de fatigas de Karimita, le había salido muy aplicada y estaba estudiando Economía. Donald, su marido, era alto, delgado y fibroso, y fue mi compadre de fatigas, pláticas y algún que otro trago. Me enseñó a cabalgar en sus yeguas y también a ensillarlas, aunque nunca aprendí a hacerlo de manera adecuada. Incluso me asignó una potranca para mi uso particular. Montado en sus lomos me llegaba algunos días hasta el instituto. Era inquieta y un poco arisca, y casi me botó en más de una ocasión. Con ella practicaba mi único deporte: cabalgar los festivos hasta algún asentamiento situado a no más de dos horas de camino, dejarla que bebiera y se recuperara, y volver a la casa.

Los sábados y domingos solía irme con Donald hasta el potrero familiar. Al amanecer nos llegábamos hasta allí, montando las yeguas, y ordeñábamos las vacas. Luego las conducíamos junto a sus crías y sementales hasta el río para que bebieran. Cabalgar entre los animales y la polvareda, espantándolos un poco para que trotaran, era mi afición favorita. A veces aprovechábamos para cazar. Cogíamos los akas y oteábamos las peñas y los troncos de los grandes palos para sorprender a las soñolientas iguanas —llamadas popularmente *garrobos*—, mimetizadas con los colores dominantes. No eran fáciles de descubrir y menos aún de acertarles. Mi compadre era bastante bueno, pero yo nunca conseguí ningún trofeo. Las que cazaba Donald las preparaban las mujeres

en la casa. Su volumen solía ser un poco menor que el de un conejo, con el que se emparentaba por el sabor. Como tenían la carne muy dura, primero se las hervía durante más de una hora para hacer una sabrosa sopa. El caldo de iguana tenía muchas propiedades terapéuticas, según decía la gente, pero sobre todo era afamado como reconstituyente ideal para la *goma*, la resaca de las borracheras. Luego la carne se freía con cebolla, tomate y pequeños pimientos, llamados *chiltomas*. El guiso resultaba realmente sabroso. Otro animal que se cazaba y acababa en el puchero era el *cusuco* o armadillo. Su carne blancuzca y estropajosa nunca me sedujo. Por fortuna abundaba menos que el *garrobo*.

Ya que estamos hablando de actividades cinegéticas, hablaremos también un poco de la pesca. El río bajaba medio seco gran parte del año, por lo que sus frutos poco podían contribuir a la dieta popular. Sin embargo, mantenía grandes pozas en las que uno se podía bañar e incluso pescar algo. Una técnica que algunos utilizaban, de tarde en tarde, consistía en lanzar una granada en una poza. La expansión reventaba los peces, que al poco salían flotando y sólo había que recogerlos.

La dieta básica consistía en arroz y frijoles revueltos con un sofrito —el tradicional *gallopinto*—, tortilla de maíz, café y frescos naturales. La variación sobre este menú la proporcionaban los añadidos alternos de *cuajadita* (queso casero blanco y salado), una sardina en lata, un huevo, unos guisantes que venían en unos botes de kilo procedentes de Canadá y que fueron bautizados como *petipuás* —debido a que en la etiqueta venía su nombre en francés—, repollo y zanahorias, pollo, *chancho* o carne de res, siempre en pequeñas porciones para que no resultaran indigestos. Eso sí, cuando se mataba un cerdo en la casa, al no haber frigorífico, había *chancho* en todos los menús, hasta acabarlo. Lo mejor era cuando una vaca se despeñaba o moría por accidente. Entonces había que repartirla y vender la carne entre los vecinos, pero con todo, una res da para mucho, y todos nos volvíamos, de repente, carnívoros compulsivos.

El año que permanecí allí fue un año duro para la agricultura. Cuando se plantó el maíz no llovió y, cuando empezó a crecer un poco, cayó agua a mares, con lo que se desperdició la cosecha. En la casa se fueron agotando las reservas de grano y, cuando nos acabamos todo el maíz, empezamos a hacer tortillas con el *maizillo*, que era una variedad de sorgo con que alimentábamos los pollos y las gallinas. Cuando

terminamos con el *maizillo* a los pollos se les acabó el sustento, y tuvieron que ir, uno a uno, a visitar la olla. Nuestra dieta proteica volvió a aumentar.

La tercera hija de la familia Blanco se llamaba Daisy. Alta, guapetona y rotunda, era enfermera titulada. Las necesidades del sistema sanitario nicaragüense permitían que se pudiera ser sanitario sin acabar el bachiller. En España, por ejemplo, en los años sesenta, sólo era necesario el bachiller elemental para realizar dichos estudios. Daisy fue alumna mía mientras cursaba el último curso de secundaria. Siempre fue muy aplicada. En la actualidad continuaba estudiando algo relacionado con la informática. "Hay que superarse siempre, profe", decía. Su marido, que también vivía en la casa, fue llamado para el servicio militar y se le perdió la pista. Daisy tuvo posteriormente una niña y un niño.

El último de la saga era el joven Adrián, entonces movilizado en el ejército. Alegre y buen comedor, era una especie de comisario político en un BLI, los batallones de lucha irregular que se desparramaban por las montañas usando tácticas guerrilleras, para chocar con la contra usando sus mismos métodos. Sólo lo vi en un par de ocasiones. De hecho yo dormía en su habitación, formada por la división que un tabique de aglomerado de unos dos metros de altura, con puerta, que habían compuesto en un extremo del salón-recibidor de la casa.

Estando Adrián de permiso en Limay, debido a la operación de su madre, le llegó la noticia de que el grupo con el que solía andar enmontañado había sido aniquilado por completo. A través de radio macuto se enteró de que unos diecisiete de sus compañeros, que estaban durmiendo después de una larga caminata en una caseta de monte, habían sido detectados con anterioridad por una de las fuerzas de tarea. El único soldado que se había quedado de vigilancia, se alejó un trecho para ir a coger agua en un arroyo próximo. Allí lo cazaron como a un conejo y los contras, una vez que le sacaron la información sobre el número y posición de sus compañeros, se acercaron con sigilo y los pasaron a todos a cuchillo mientras dormían. La pierna amputada de doña Alicia le salvó la vida a su hijo.

La pequeña población de Limay era un pozo de historias interminables transmitidas, repetidas y comentadas oralmente, ya que la plática era el deporte más practicado por sus habitantes.

Cuando a principios de marzo comenzó el curso escolar, mi vida en Limay se volvió más sistemática. Las clases se iniciaban a las siete de la mañana y acababan al medio día, para evitar las horas de más calor.

Había que levantarse no mucho después de las seis, desayunar rápido e irse para el instituto.

La formación por grupos en el patio para cantar el himno nacional y el del Frente abría la jornada escolar. Entre los retrasos y el ritual, los alumnos se dirigían a las aulas sobre las siete y veinte y, como las clases duraban cuarenta y cinco minutos, la primera se pasaba en un suspiro. Las tardanzas y la falta de compostura de los escolares *encachimbaba* al director. Si la noche anterior había tomado y estaba con resaca, cosa que solía ocurrir como una vez por semana, Pedro Joaquín Castellón se pegaba unos mítines de aquí te espero, con lo que se perdía en la práctica la primera clase por completo. Luego el tema volvía a surgir en las reuniones de profesores. Como esto se repetía con cierta frecuencia, en una de ellas argumenté que me parecía lógico que los chavalos (las muchachas eran más tranquilas) anduvieran enredando en las formaciones y que tanto cantar himnos podría resultar aburrido, que se debían reservar para las ocasiones solemnes y que, si se utilizaban mucho, acababan por desvirtuarse. Propuse que el ritual se celebrara sólo dos veces por semana: los lunes para izar las banderas y los viernes para arriarlas. Para apoyar mi argumento añadí que era más revolucionario el que se dieran las clases completas y puntuales, que no el cantar tantos himnos. Pedro siempre fue muy comprensivo conmigo, tal vez porque valoraba las fatigas que me costaba adaptarme a tantas cosas tan diferentes a mi cultura y hábitos. Hizo suya la propuesta y, aunque muchos alumnos continuaron llegando tarde, la mayoría, que era puntual, aprovechó más el tiempo.

Para ayudar en las tareas de la casa venía a veces una niña de doce años, muy calladita, alumna de los cursos inferiores de bachillerato. Yo impartía cuarto y quinto por la mañana, y todos los cursos en el nocturno —siempre la asignatura de español, que comprendía lengua y literatura—, por lo que no la tenía en clase. Su hermano era uno de mis alumnos más brillantes. No puedo acordarme de sus nombres, pero los saco a colación para recrear la atmósfera que reinaba en Limay. Aquellos niños eran siete hermanos en total, pero lo chocante, aunque no se hablaba mucho del tema y tardé en descubrirlo, era que fueran los vástagos del último sacerdote que había tenido el pueblo. Cada vez que alguien se enteraba y manifestaba su extrañeza ante tan prolífica descendencia en un cura católico, los de Limay habían acuñado la muletilla: "Siete hijos, pero todos de la misma madre". Además, habían salido muy listos. Tal vez para evitar más descendencia, el obispo lo había trasladado a Estelí, en donde seguía impartiendo su ministerio.

Como no abundaban las vocaciones sacerdotales (muchos de los curas eran de España, que hasta fechas recientes ha sido una buena exportadora del producto), el pueblo se había quedado sin párroco y no se celebraban misas, quedando la asistencia de las almas en manos de dos monjas norteamericanas de la orden de Mary Knoll, la misma a la que pertenecía el entonces ministro de Asuntos Exteriores.

Las clases matinales se desarrollaban entre la rutina y las anécdotas típicas, y su dinámica no era muy diferente a la de nuestros institutos, salvando el apartado de recursos. Ya hemos hablado de la carencia de libros de texto, de la necesidad de dictar todo lo esencial, con la consecuente relentización y estrechez de contenidos, y la escasez extrema de medios.

Como éramos pobres, no había presupuesto para el personal de limpieza y, las letrinas y las clases, se aseaban por turno entre todos los componentes de la comunidad escolar. De vez en cuando se decretaba un sábado "rojinegro" voluntario, pero con una cierta presión, de manera que se convertía casi en obligatorio. Cada dos meses, por ejemplo, íbamos a hacer una limpieza a fondo de los pupitres y de los vidrios de las celosías de las ventanas. También un grupo de voluntarios cultivaba hortalizas en un predio contiguo que pertenecía al instituto. De su venta se sacaban algunos reales para el mantenimiento general, la biblioteca y otras necesidades.

Al poco de llegar, corrió la noticia de que grupos de contras se estaban infiltrando por la frontera en aquella zona y, después de disfrutar de un periodo de cierto relajo, se activaron los mecanismos de defensa. Un "rojinegro" para cavar trincheras, que apenas se iniciaron y que por fortuna nunca tuvieron que ser utilizadas, y la puesta en marcha de la vigilancia nocturna: un profesor y seis alumnos por noche. No participaban mujeres y sobraban voluntarios entre los chicos.

Las clases nocturnas empezaban a la siete de la tarde. No se impartían en el instituto —que quedaba a las afueras del pueblo, a unos veinte minutos a pie por caminos oscuros—, sino en la escuela situada en una cuadra cercana al parque. Asistían alumnos más mayores que trabajaban o ayudaban a sus familias. Muy pocos, sin embargo, tenían más de veinticinco años y eran contados los que superaban la treintena, aunque algunas mujeres, madres de varios hijos, parecieran mucho mayores que yo. El grado de interés era mayor que el de la mañana, pero el nivel y la posibilidad de sacaran alguna hora al estudio, sensiblemente inferiores. Mi mayor dificultad consistía en adaptar mi nivel de

expresión oral a los primeros cursos, aunque sólo fuera para hacerme entender cuando intentaba explicar. Algunas de aquellas mujeres habían aprendido a leer hacía poco, en la Campaña de Alfabetización, y les costaba comprender los textos más sencillos. Ni que hablar cuando teníamos que tocar el análisis gramatical. Sin embargo los cursos superiores eran una delicia. Asistían jóvenes profesionales con ganas de superarse.

Los primeros días, tuvimos que dar las clases nocturnas a la luz de lámparas Coleman, de queroseno, pues el generador de electricidad estaba dañado. El bicherío se achicharraba en las pantallas luminosas. Cuando se reparó el generador encendimos los tubos de neón. Con cierta frecuencia, las fuertes lluvias provocaban daños que interrumpían el suministro de energía y quedaban afectados pueblos enteros. Entonces todo quedaba paralizado durante la noche por varios días. A veces era la contra la que había volado una torre eléctrica y las vacaciones nocturnas estaban aseguradas. A ese ritmo avanzaba la luz del conocimiento; a pasos lentos y sorteando toda clase de dificultades.

Al poco de llegar se organizaron los grupos de defensa del instituto. En la casa me suministraron un AK-47, dos cargadores y una bolsa con un montón de tiros. Debían ser como 200 balas, aunque nunca las conté. En el habla popular siempre que se hablaba de armamento se repetía la misma muletilla: "Andaba con el aka y 200 tiros a *tuto*", es decir, a la espalda. Un día por semana, había que pasar la noche en el instituto, hasta enlazar con la jornada de trabajo siguiente. Me tocó el turno de vigilancia de los miércoles.

El primer día de vigilia nocturna, cargué con los libros y el bloc de notas para las clases, y agarré el *chunche* con los dos cargadores unidos por esparadrapo en posición simétrica y opuesta, para facilitar el cambio rápido, como mandaba la moda. Pero cuando salí a la calle, me dio tremenda vergüenza verme de esa guisa. Después de unos pasos me volví para la casa, busqué la mochila y metí el aka dentro. Aunque le había sacado el doble fondo, la punta del fusil sobresalía más de un palmo. Con el palmo al descubierto me fui para la escuela y, en cuanto llegué al aula, lo dejé detrás de la puerta.

Apenas comenzada la última hora, un grupo de alumnos a los que apenas conocía de vista, pues no les daba clases, me llamaron desde el otro lado de la ventana: “Profe, que nos vamos ya para el instituto”. Les dije que esperaran a que acabara, pero estuvieron zascandileando por

la calle, interfiriendo la concentración. Cualquier excusa era buena para interrumpir una clase, sobre todo si era la última de la noche, así que me dejé convencer por mis alumnos y, ante de que fuera la hora, terminé.

La noche era de luna nueva y el grupo caminaba levantando bien las piernas para no tropezar contra las piedras. Como íbamos armando bastante follón, les sugerí que hablásemos en voz baja o, mejor aún, que camináse mos en silencio para que no fuera tan evidente nuestra marcha. Me contestaron que no había que preocuparse, que en el instituto había un custodio que nos estaba esperando. Ignoraba el asunto y me callé.

Llegamos, abrimos la cerca de estacas y alambre de púa, igual a la de cualquier potrero, y entramos. No vimos a nadie. Fuimos buscando y nos encontramos con un perrito que, meneando la cola, nos hacía carantoñas.

—Este es el perro del custodio— dijeron los muchachos.

En efecto, el hombre no andaba lejos. Dimos con él en un aula. Dormía con placidez sobre el suelo y hubo que despertarlo.

—¿Y si hubiese venido la contra? —le pregunté.

—No hay falla, el perro me avisa.

Estaba tan claro que no quise insistir.

El paisano se despabiló y se unió a nosotros. Era más bien bajito y un poco esmirriado. Nos pusimos a charlar sentados sobre la acera del patio. Los muchachos no paraban de toquetear sus armas. Parecía que entendían del tema, aunque sus edades oscilaban entre los trece y los dieciséis. Alguno era poco más que un renacuajo. Uno vacilaba con una granada que le había dejado un hermano. Como empezaran a manipular los fusiles y a ponerlos "bala en boca" y demás, les indique que se había acabado el cachondeo, que las balas fuera de la recámara, y que el custodio nos iba a dar unos consejos de cómo manejarlas y qué hacer en caso de alerta. Pero el hombre parecía estar en otra onda y empezó a contar batallitas ajenas y propias, sin alardes, como quien cuenta un cuento.

Estábamos pasando un buen rato y pensé que todo aquello era pura parafernalia, que en el fondo me gustaba. "Aquí no existe el más remoto peligro, o no hubiéramos pillado al custodio durmiendo a pierna suelta", me dije.

Llevábamos así un buen rato, cuando me percaté de que a media ladera de una montaña, cuya falda no distaría ni un kilómetro de nuestra posición, habían prendido un fuego, una pequeña hoguera. No le di más importancia, pues supuse que seria cosa de algún campesino, aunque durante el día nos se veían casas por aquella zona. Al poco, otro fuego no lejos del primero. Más tarde, luces de linternas danzando cerca de las hogueras. Le pregunté al custodio.

—Esos son contras que andan ahora comiéndose nuestras vaquitas —contestó como si tal cosa.

Al principio creí que, como era novato, me estaba tomando el pelo. Pero al poco insití y se explicó sin ningún género de dudas. Eran contras y pasaban la cercana línea fronteriza para robar algún ganado durante la noche, sabiendo que el EPS no los iba a perseguir en la oscuridad, excepto que se montara un operativo especial.

—Y entonces, ¿y si vienen y nos caen?

—No hay cuidado. Ahí no más, en los graneros, también tenemos milicianos, y en el grupo eléctrico hay otros pocos. No van a acercarse.

No era cuestión de ponerse histérico. El más pardillo era yo, pero aparte de mi miedo —poco, porque la tranquilidad del resto me contagiaba—, era el responsable de seis chavalos y, aunque en la mili me enseñaron pocas cosas, no era cuestión de no aplicar las mínimas medidas de precaución mientras allí cerca, a un par de kilómetros, había gente cenando, pero armada y del otro bando. Fui a dar un garbeo por la zona. Los edificios del instituto formaban una ele y, aunque lo conocía bien, ahora lo observaba como una trinchera defensiva.

Al rato la conversación fue languideciendo. Era casi la una y era cuestión de dormir. Formé tres parejas de muchachos y les dije que tenían que hacer los relevos cada dos horas. Al custodio le comenté que los muchachos no podían quedarse solos y que, por tanto, nosotros haríamos tres horas cada uno. Le di a elegir y se pidió el primer turno. Como el único reloj era el mío, se lo pasé al hombre, pero a los muchachos les hacía más ilusión enredar con él y se lo cogieron. Los que no teníamos que vigilar nos fuimos a dormir, en dos aulas separadas, para mayor seguridad.

Me desperté al rato, después del primer sueño, y fui a ver cómo andaban las cosas. Todo dios estaba durmiendo. Desperté a los muchachos y dejé roncando al custodio. No eran ni las dos y media. Recuperé mi reloj. Luego hice el siguiente relevo. No pensaba dormir el resto de la noche.

Todo estaba tranquilo, pero los tópicos tienden a reproducirse. Uno de ellos era el cuento de que a una vaca, cuando camina sola y no la ves porque es noche sin luna, como lo era aquella, le escuchas sus pisadas como si fueran las de una persona que camina con sigilo. El caso es que algún rumiante andaba por allí, con ganas de fastidiar. Y uno dice, "bueno, ya esta ahí la vaca de los cojones". Pero como no la ves y ella da un par de pasitos, luego se para, luego otra vez, y así, la vas sintiendo cerca, pero como no la ves, acabas pensando, "¿y si detrás de la vaca se me viene acercando un tipo a pegarme el gran susto?". Y acabas agazapándote detrás de una esquina, metiendo una bala en la recámara, suavecito, y quitándole el seguro a tu aka.

Y, por supuesto, sin decir nada a los muchachos, para que no piensen que eres un cagueta.

Luego vino el tercer relevo, fue amaneciendo y poco después, aguantando un hambre de aquí te espero por la larga vigilia, aparecieron los alumnos más madrugadores.

Esa misma semana hubo una reunión de profesores y le expuse al director mi valoración sobre la noche de marras. Mi conclusión era que, para evitar males mayores, sólo algunos alumnos escogidos entre los cursos superiores debían hacer la vigilancia. Pedro era una de las personas más afables y razonables con que me tropecé en Nicaragua. Asintió en todo y, a partir de la siguiente semana, fue un grupo de tres milicianos, un ganadero y dos obreros de la cooperativa de artesanos, los que formaron el equipo que venía a recogerme a la escuela. Del custodio no supe nada más. A partir de la Semana Santa, la ronda nocturna fue suprimida aunque, unos meses más tarde, volvimos a las vigilias durante unas semanas.

Pedro Joaquín tenía sus buenas vaquitas y, cuando se *encachimbaba*, decía cabreado: "Lo juro que el próximo curso me quedo con el ganado, porque aquí no me alcanza para disgustos". También tenía dos venados domesticados sueltos por el patio de su casa, que hasta se dejaban acariciar, aunque no sé si estaban destinados a acabar en la cazuela. Una de las funciones del director era entrar en una clase una vez al trimestre, sin previo aviso, para supervisar y evaluar al profesorado. Siempre me dejaba el último de su lista y, al final, nunca me controló. Decía que le daba corte. Supongo que se inventaría el informe. Una vez se mosqueó conmigo y me soltó: “Javier, aquí hay que morder el mámaro”. Le respondí, de manera refleja, que yo no pensaba morder ningún mámaro, y se echó a reír. Nunca me quiso explicar que quiso

decir, ni yo me acordé de preguntarlo por ahí, pero en éste último viaje me lo volvió a repetir, se volvió a reír y mi único recurso fue apuntarlo en el cuaderno de notas. Había dejado hacía tiempo la función de director y, en una huelga, había sido expedientado y expulsado de la docencia, aunque el paro del resto de sus compañeros logró que fuese readmitido. Buena gente.

A través del Ministerio de Educación, nos llegaban, de tanto en tanto, los más diversos productos, que escaseaban en el mercado, a precios muy asequibles. Lo más cotizado del lote solía ser la pasta de dientes y el papel higiénico. También te podía tocar jabón de tocador, champú, un par de calcetines y cosas por el estilo. Había que cogerlo todo, para intercambiar o regalar lo que no necesitases. A las mujeres algunas veces les tocaban compresas.

Cada dos meses había un acto tras las evaluaciones, y se incentivaba a algunos estudiantes por haberse superado o por ser los mejores. Valía también para los profesores. Estoy seguro de que la mano de Pedro Joaquín estaba detrás de que siempre me citaran, regalándome un cuaderno y un lápiz como emulación.

Algunas veces nos convocaban desde el ANDEN (Asociación Nacional de Enseñantes Nicaragüenses) para una reunión sindical. Nos juntábamos los profesores del instituto y de la escuela, junto con algunos maestros que trabajaban en los asentamientos campesinos de la zona. Solían celebrarse durante los sábados para que la gente que trabajaba lejos, que debían venir a caballo o andando, pudiera asistir. En una de ellas se trató del servicio militar. Los maestros debían colaborar en la elaboración de los censos de reclutamiento. Era un tema espinoso, porque pese a la guerra, la mili obligatoria sólo llevaba un par de años en funcionamiento, no existía esa tradición y, como los jóvenes aportaban con su trabajo una parte importante de la economía familiar, ésta se resentía. Hubo discusiones y reticencias porque ese fue siempre un tema abonado para la oposición sandinista, hasta el punto de que constituyó un aspecto importante de su futura victoria electoral. Algunos profesores se oponían claramente al sistema de leva. Intervine a favor del SMP argumentando que había vivido toda mi vida en un país en paz y que, no obstante, me habían obligado a servir a la patria con las armas. Aunque no tuviera mayor importancia mi acotación, reseño la anécdota porque esa fue la única vez que, aunque tenía ideas bastante perfiladas en materia política, expuse mi opinión en público. Siempre me pareció que debía permanecer al margen por el hecho de ser extranjero, estar viviendo provisionalmente en el país y, sobre todo, porque casi

siempre en tales discusiones había gente que había vivido situaciones difíciles y, todos, seguían sufriendo las consecuencias de un conflicto que para mí era tangencial, por mucho que me quisiera involucrar. Lo que sí hacía era ironizar o dar algún matiz en plan de chanza.

Había otras cuestiones en las que los maestros también participábamos. El control sanitario de la población infantil era completo, por muy alejados que estuvieran los caseríos. Se ponían fechas fijas y la gente acudía con sus niños al asentamiento más cercano donde el médico los atendía y vacunaba. El consultorio podía ser la sombra de un frondoso árbol. Algunas veces acompañaba a los sanitarios brasileños en esas labores. La tetravalente era una vacuna especialmente indicada contra la polio y, de paso, se les metían otras tres más, entre ellas el sarampión, que aunque no está ya recomendada por nuestras latitudes, en los sitios donde la desnutrición infantil es frecuente, es recomendada por la OMS. Las vacunas venían en unas ampollas, estaban fabricadas en la Unión Soviética y se transportaban en unas neveras de plástico, similares a nuestras playeras. Muchas veces tenían que ser transportadas a lomo de caballo, dado la inaccesibilidad de los lugares. Colaboraban en aquellas labores algunas personas que recibían cursillos y el título honorario de promotores de salud. A los niños se les taponaba la nariz con los dedos, y se les obligaba a que se tragaran las gotas del mejunje, entre mocos y lloros. Algunas veces también puse inyecciones.

Los campesinos agradecidos, solían obsequiar a los médicos matando una gallina y condimentando un sabroso guiso.

Una vez pegamos una larga caminata hasta una finca abandonada. Dijeron que los propietarios habían dejado el país hacía tiempo. A la gente lo que más le escandalizó fue encontrar unos bidones, como de gasolina, repletos de frijoles limpios, a punto de echarse a perder. Por el tipo de la casa, en España diríamos que se trataba de campesinos pobres. Aguantamos hasta que llegó la televisión, entrevistó y filmó. Luego nos regresamos bajo el sol. En el noticiero dijeron que la finca (tal vez rica en ganado en su día) había sido expropiada.

En mitad del curso, Laura, mi alumna preferida, dejó de asistir a clase. Además de muy trabajadora, era la más inteligente. Si no hubiera sido por sus dieciséis años, me hubiera enamorado de ella. Sus rasgos faciales denotaban que por sus venas corría una pequeña proporción de sangre india y negra. Un día, tras pasar lista y notar su ausencia, pregunté si estaba enferma y observé sonrisas. Alguien dijo: “no le ponga mente, profe, tal vez vuelve para el próximo año”. En la casa me contaron la historia: la había raptado el novio.

En las zonas rurales se mantenía la costumbre, entre algunos jóvenes, de fugarse con la novia sin previo aviso. Se ponían de acuerdo y un día desaparecían. Se refugiaban en casa de algún conocido o familiar que viviese lejos, que estuviera dispuesto a alojarlos unos días, hasta que encontraran trabajo y algún refugio mejor. La familia de la chica la buscaba y pronto se daba cuenta de que tenía un enamorado clandestino que también había desaparecido. Luego venían las indagaciones entre los familiares repartidos por el país, que no solían tener éxito. Al cabo de unos meses, la pareja regresaba. Si ella ya estaba embarazada, no había problema; habían formalizado su unión, y se les aceptaba y ayudaba. En caso contrario había que negociar el regreso antes, no fuera que la familia de la novia presionara para retenerla.

En cuarto curso también tenía una pareja de alumnos fantásticos. Eran Mauricio Bravo Galeano y su compadre Pedrito. Rondaban los veinte años y eran muy diferentes, pero a los dos les gustaba mucho el cachondeo y gastar bromas. Ambos pertenecían a las juventudes sandinistas y, como les iba la marcha, cada poco desaparecían como una semana: andaban movilizados.

Recuerdo los apellidos de Mauricio porque el antiguo nombre del instituto era el de su hermano mayor Silvio, caído en combate. Mauricio era un tipo listo y como además era de los mayores de su curso, destacaba notablemente. Era de los que siempre me apoyaba en la docencia. Se casó con otra alumna y luego se metió en un negocio familiar de transportes, con base en Limay. Viajaba por todo el país e incluso pasaba con frecuencia a Honduras, manejando su camión. Como su familia, apodados los *Pucos*, viven frente a los Blanco, pasó a visitarme y fue un placer volver a platicar con él. Según me informaron, cuando al final de la guerra empezó la drástica reducción del ejército, sus parientes, que tenía buenos contactos con los militares, pujaron en las subastas de vehículos y se hicieron con un par de camiones, base del futuro negocio. Me regaló una elegante camisa sin cuello, que todavía conservo.

Su amigo Pedrito era un caso aparte. Le ponía gran interés a las clases, pero sus preguntas e interpretaciones sobre cualquier tema se perdían en los más enrevesados vericuetos de la mente.

Las vacaciones de Semana Santa llegaron pronto. Era la época de más calor en aquella parte del trópico, denominada climatológicamente trópico seco. La tierra estaba recalentada y reseca tras soportar meses de sol. Aproveché para disfrutar unos días en la playa de San Juan del Sur.

De regreso a Limay aparecieron las primeras nubes. Todo el mundo estaba pendiente de cuándo llovería para plantar el maíz. Las conversaciones sobre el agua eran el pan de cada día. Hasta los animales presentían la lluvia; se les veía inquietos. Durante esos días es cuando se produce la tradicional quema de potreros. Campesinos y ganaderos le pegaban fuego a la maleza, agostada por falta de agua. La yerba reseca prendía como una tea y el fuego se extendía por los cerros. El espectáculo por la noche era dantesco.

Algunos programas de radio prevenían contra las quemas, porque desertizaban el suelo, mientras otros, jaleaban aquellas costumbres atávicas. El campesino le daba candela a su campo porque, a falta de insecticidas, el fuego destruía los huevos de los insectos y prevenía las plagas. Por otro lado, ante la falta de fertilizantes, las cenizas suplían, en cierto modo, la carencia.

Al fin llegó la deseada lluvia. En medio del sofocante calor del mediodía, mientras dormía la siesta, el agua comenzó a caer. Pero mi alegría se tornó en decepción cuando, mientras las gruesas gotas golpeaban las tejas, la capa de polvo acumulada bajo ellas por el viento que se colaba entre la pared y la techumbre, cubría mi cara, las sábanas, los libros y todas mis pertenencias.

Cuando comenzaba uno a acostumbrarse al polvo, el que quedaba estaba humedecido y dejaba de caer. Pero como seguía lloviendo a mares durante días, la humedad, favorecida por las goteras, llegaba a ser tan elevada, que los libros se combaban y la tinta de los cuadernos se corría. Tristes trópicos, que escribió alguien.

Una tarde unos disparos cercanos alteraron el apacible sopor del pueblo. Al poco rato se presentó Johana, que regresaba de la escuela. Venía toda agitada. Un individuo armado, en estado ebrio y completamente loco, había entrado en las aulas y se había puesto a disparar al aire. Insultaba a todo el mundo y reclamaba la presencia de su madre. Las maestras y los niños, todos al suelo. Trataban de protegerse debajo de los pupitres. Alguien pudo escapar y dio la voz de alarma, ya que el mero disparo de unos tiros era algo corriente y la gente no le daba importancia. Los cuatro policías del pueblo y los milicianos se dirigieron hacia el lugar y trataron de convencer al lunático para que depusiera su actitud. Pero él seguía reclamando la presencia de su mamá, con la que, por lo visto, había tenido bronca. Los milicianos comenzaron a rodear la escuela y el loco se dio a la fuga, refugiándose en unas casas cercanas, sin dejar de disparar. Por fortuna nunca apuntó a los niños y nadie salió herido de la escuela.

Como la estructura de las casas era muy abierta y se comunicaban unas con otras por los patios, le fue muy fácil escapar, pasando de una vivienda a otra, mientras cundía el pánico y el desconcierto. Los milicianos, más expertos y bragados que los jóvenes policías (uno tenía un pie tan deformado que no podía calzar botas y caminaba descalzo), trataban de rodearlo y reducirlo, y se armó la gran balacera. Por la cadencia de los tiros, la gente, que era experta en la materia, sabía que algo gordo estaba pasando, que no se trataba de borrachines o cazadores, que se disparaba en serio. Los niños y los curiosos se acercaban hacía la zona de la refriega, y cuando las ráfagas se aproximaban, corrían y se escondían como si se tratara de una traca en un pueblo en fiestas.

Al final escuchamos un montón de descargas.

—Ése ya no se escapa —aseguró Donald.

Luego cesaron todos los tiros. El pueblo, entonces, se lanzó a la calle para curiosear. Dos policías lo llevaban, sujeto por los brazos, al centro de salud.

—Soltadme, pendejos, hijoeputas —gritaba el loco.

Llevaba un disparo en el hombro, pero tenía toda la energía de la euforia y caminaba erguido, sin mostrar ningún síntoma de dolor.

Luego vinieron las explicaciones, los comentarios, las fantasías. Que si le solía gritar y pegar a su madre, que si se había comido todo un tubo de dentífrico y aquello le había provocado la locura.

Más tarde, estando sentado en el borde de una acera esperando la hora de entrar en clase, observé a una mujer mayor, toda de negro, que iba hablando en voz alta. La gente no le hacía mucho caso y algunos niños se le reían. Se me acercó, y como viera que la escuchaba sin moverme, me contó su historia. Trataba de convencerme de que la policía debía de soltar a su hijo (el loco), porque era inocente.

—Me lo han detenido por el contra, y él no es contra. Ni modo.

Luego me enteré que lo había sido, que se había desalzado, rehabilitado y que incluso había conseguido un trabajo como custodio; por eso tenía un aka.

—Mi hijo no es contra —continuó la mujer. Él es Contreras, de apellido Contreras. Por eso se han confundido.

No sabía qué contestarle. Me dejó y continuó su vía crucis.

Durante mi estancia en Limay, algunos amigos de Valencia vinieron a visitarme, cada uno por su lado. Fernando, bombero y compañero de magisterio, Encarna, Ana y su novio Javier. Tal vez me olvido de alguien. Lo que más les impresionaba era el reguero de cruces que se veían en un par de curvas del camino. Solían estar poco tiempo, pues querían conocer el país, y mi pueblo no daba para mucho: montar a caballo, ordeñar vacas, disparar algunos tiros, bañarse en una poza.

Una de aquellas visitas me trajo un estupendo regalo: una botella de coñac Cardenal Mendoza. Me busqué unos vasos de cristal, del más fino que pude, y se la di a probar a los hombres de la casa (a las mujeres no les gustaba tomar). Pensaba conservarla para las ocasiones especiales. También tenía especial interés en compartirla con los médicos brasileños, que seguro la apreciarían. Estaba en deuda con ellos, porque de vez en cuando me invitaban a una deliciosa *caipirinha*, elaborada con *cachaça* brasileña y miel de jocote, de paneles montaraces. Los brasileños siempre andaban atareados y no coincidían nuestros horarios. El día que por fin quedamos para tomar, me llegué a la casa en busca de la botella que conservaba en un estante de la cocina. Estaba vacía. Se la habían tomado, de un solo, Donald y Adrián.

—¿Les gustó? —les pregunté.

—Bueno.

—¿Y cómo lo encontraron?

—Caliente. Ese guaro español es, bastante caliente.

Durante los meses que pasé en Limay, tuve que asistir a algunos entierros. Los cadáveres de los jóvenes combatientes caídos llegaban envueltos en sábanas en camionetas. Se les velaba en casa de sus familiares durante la noche, en la que muchos hombres acababan derramando, tras la aflicción por el amigo o compañero destrozado, lágrimas de ron a altas horas de la madrugada, victorias en la montaña y derrotas en el dormitorio. Los entierros solían celebrarse a la mañana siguiente. Por tal motivo, en el instituto nos tomábamos fiesta para acudir en masa. Luego, los alumnos del turno de la tarde se tomaban los mismos derechos, ya que ellos también habían acudido al cementerio; y así íbamos avanzando a pasos lentos.

Cada cultura tiene sus rituales y comportamientos. Algunos ataúdes pasaban primero por la iglesia, donde las monjas del pueblo les cantaban un responso. Más tarde, cuando el cortejo llegaba al cementerio y se procedía a la inhumación, la madre, la novia o la mujer del difunto,

que habían aguantado con estoicismo la ceremonia, en el momento en que el primer puñado de tierra se derramaba sobre el féretro, indefectiblemente perdían el conocimiento, siendo sujetadas por los familiares que las solían llevar en volandas porque el dolor casi les impedía caminar. Se las dejaba en el suelo, bajo la sombra de un árbol y aparecía alguien que llevaba una botella de agua para la ocasión, que ayudaba en la recuperación del desmayo. Las escenas eran desgarradoras, porque se trataba de jóvenes en la edad más prometedora.

Un viernes, numerosos familiares de una anciana fallecida llegaron desde Managua a bordo de una Toyota. El sábado, después del entierro, regresaban, y Karime me había conseguido un *raid*. Íbamos hasta los topes en la caja de la camioneta. A mitad de camino se puso a llover. Yo iba sentado en el suelo sobre mi mochila y, con el chubasquero extendido, trataba de proteger también a mi vecino, aguantándolo con una mano sobre su hombro. O sea, que en la parte más trasera de la zona de carga, íbamos abrazados como dos novios pasados por agua. Estábamos llegando, cuando en una maniobra brusca para entrar en una gasolinera que se nos pasaba de largo, el vehículo se deslizó, empotrándose en el zanjón de cemento que servía de aliviadero. Los que estábamos en la parte posterior salimos disparados por una catapulta. Mi socio y yo volamos juntos pero, por fortuna, nos caímos uno sobre el otro. Nos salvó que el vuelo fue tan largo que no tocamos la parte delantera de hierro y que aterrizamos sobre la yerba crecida en un barrizal, en el que nos enlodamos un palmo. De milagro no hubieron heridos, sólo contusiones más o menos fuertes. Pero el impacto fue tan fuerte, que tuve décimas de fiebre durante dos días.

Los de la gasolinera cercana, mientras miraban cómo nos recuperábamos y adecentábamos, se desternillaban de risa. Nadie se lo tomó mal. Eran cosas del carácter nica. Si hubiera habido algún problema, es seguro que nos habrían ayudado. Una grúa militar, que pasó por casualidad al cabo de un rato, enganchó el morro de la camioneta, tiró de él y la depositó sobre la calzada. La Toyota, que llevaba un motor protegido por una estructura de hierro, arrancó a la primera y con ella nos internamos en Managua. Desde entonces le tengo una fe fetichista a ese modelo de vehículo, avalada por otros percances en otras latitudes.

Aprovecho la anécdota para apuntar un par de rasgos sobre el carácter de los nicaragüenses, tal como yo lo percibía. Eran muy generosos. Te ofrecían todo lo que tenían: casa, comida y hasta la camisa si

hacía falta. También eran muy informales, para algunas cosas, y hasta dados a las mentirijillas, según nuestros parámetros. Pondré el ejemplo que me afectó con más frecuencia.

Me ofrecieron muchas veces transporte, que estaba *chiva*, como solían adjetivar esa dificultad.

—No se preocupe, que mañana paso a las seis a recogerlo.

—Mejor iré hasta su casa —solía proponer.

—No le ponga mente. Nosotros pasamos. No se demore. No hay falla.

Al día siguiente nadie aparecía. Tal vez habían adquirido con posterioridad otros compromisos, no les quedaba ni un huequito libre y les daba pena comunicármelo; con lo que me dejaban colgado. Al cabo del tiempo, cuando me cruzaba con ellos y les pregunta, era cuando venía la trola.

—Mire, es que de repente se puso muy enferma mi mamá y hubo que llevarla urgente —o cosas por el estilo.

Los extranjeros que vivíamos allí no solíamos adquirir la generosidad nica, pero sí sus trapacerías e informalidades. El proceso de aculturización a que muchos nos sometíamos no era fácil; se nos pegaban los defectos, pero no las virtudes.

El pueblo tenía unas tres mil almas, dedicadas al cultivo de granos básicos y a la ganadería. En sus inmediaciones había una mina de oro, que nunca dio mucho rendimiento y acabó por ser abandonada. Algunos hombres también eran escultores artesanos que trabajaban la marmolina —una piedra blanda que abundaba en la zona— en sus propias casas, con habilidades más que sorprendentes, dada la carencia de herramientas apropiadas. Solían compatibilizar esta afición como complemento de las tareas agrícolas. Los más hábiles se habían unido en una cooperativa de artesanos, compartiendo tornos y herramientas algo más sofisticadas que el martillo, el cincel y la lima, y comercializando sus productos a escala nacional. Algunas de las piezas que producían eran autenticas obras de arte.

En todo el pueblo había dos bares-restaurantes, poco frecuentados, donde la gente solía ir, más que a comer, a tomar cerveza. En aquellos años no habría más de una docena de televisores. Abundaban los sólidos transistores cubanos de marca Caribe. Un medio aficionado se dedicaba a cortar el pelo debajo de un chamizo, no con dedicación exclusiva.

Por San Juan se celebraban las fiestas patronales. Los hombres estrenaban sombreros y botas de montar y enjalbegaban a sus caballos con adornos y florituras. Algunos llevaban a las mozas sentadas de lado sobre las grupas. Pero sobre todo era una fiesta de lucimiento para los jinetes, que se pasaban el día de arriba para abajo exhibiendo sus monturas. Se montaban algunas carreras y ejercicios de habilidad. Pero el espectáculo mayor fueron los toros. Una compañía instaló una pequeña plaza con módulos metálicos. Al igual que las vacas lugareñas, los toros eran del tipo cebú, con una gran giba. Los montaban al modo de rodeo, al son de la música de trompetas mariachis, mientras que los valientes eran jaleados por los altavoces hasta que el animal los descabalgaba.

Antes de irme a dormir, me tumbé en una de las hamacas de la casa que colgaban entre las columnas de madera que sostenían un pasillo entejado, en forma de ele, que daba al patio trasero. En una mesa instalada en aquel pasillo preparé muchas veces las clases del día siguiente. Por la noche, lo atravesaba para ir a las letrinas del pozo ciego, apartado de la vivienda. Bajo el palito de tamarindo, siempre estaba amarada alguna de las yeguas que montaba Donald, que me miraba en la oscuridad con sus grandes ojos insomnes mientras la acariciaba. Al atardecer, me tumbaba en aquellas hamacas para escuchar la despedida de los pájaros, mientras el humo de la cocina se filtraba, en tenues hilillos, entre las tejas.

16. La linda maestra de Achuapa y la despistada tortuga de Poneloya

Al día siguiente partí para Achuapa. Johana y Karime vinieron a despedirme hasta la parada del bus. Donald había salido al amanecer para ordeñar las vacas en el potrero y todavía no había regresado.

Hasta hacía poco la pista que unía Limay y Achuapa era impracticable para cualquier vehículo que no fuera todoterreno. Ahora un destartalado bus era capaz de subir la gran cuesta, despejada de lajas y pedruscos, y deslizarse con parsimonia hacia la otra parte de la quebrada. Los escasos diecisiete kilómetros que separan ambas poblaciones costaban de cubrir algo más de una hora.

Consulté el mapa. El río que bordeaba Limay se llamaba Los Quesos y al cabo de unos kilómetros se internaba en Honduras. El que cruzaba por Achuapa vertía sus aguas en otro más caudaloso que desembocaba en el golfo de Fonseca. Siguiendo su curso a lomos de una poderosa mula, me perdí la única vez que me interné por aquellos parajes.

Un día apareció Donald con el animal y me dijo:

—Se la he traído para que la pruebe. Con este bicho puede ir usted hasta el fin del mundo.

Achuapa no era el fin del mundo, pero si un pueblo que, estando relativamente cerca, no conocía. Quería comprobar qué tal aguantaba un montón de horas a lomos de una cabalgadura resistente, pues siempre albergué el sueño de poder alcanzar Estelí de modo autónomo, sin tener que sufrir los inconvenientes del transporte colectivo. Para mí, bajar los fines de semana a Estelí suponía un desahogo, una ruptura de la rutina, la posibilidad de adquirir de nuevo un cierto grado de anonimato al que todo el mundo que vivimos en ciudades, nos cuesta renunciar. Con ese propósito encaminé los pasos de la mula hacia Achuapa.

El animal marchaba muy bien. Era joven y vigoroso, y trepó la gran cuesta a un golpe de pezuña envidiable. No imaginaba la clase de inexperto jinete que llevaba a sus lomos. El sol ya había empezado a bajar, por lo que no hacía mucho calor. Alcanzado alto, el camino descendía suavemente con lo que, sin forzar al animal, éste caminaba a paso bastante alegre. Iba disfrutando del paisaje y no me preocupaba de los detalles de la ruta. Cruzamos varios puentes de madera, simples tablones tendidos sobre abruptos desniveles por los que corrían los riachuelos. Poco después se empezaban a ver las primeras casas del

pueblo. Cuando desmonté en el parque comprobé que había tardado poco más de dos horas. Dejé al animal atado al tronco de un árbol, bajo el que crecía la hierba, para que descansara y comiera, y me fui a dar una vuelta.

Achuapa se diferenciaba poco de Limay. El tamaño del parque, la fachada de la iglesia, las casas de una sola planta, las calles poco concurridas, la inexistencia de vehículos y el alegre trote que los caballistas imponían a sus monturas, recreaban atmósferas similares. Me había olvidado dinero y no me podía tomar ni un fresco en uno de los escasos puestos donde servían comidas. Cuando me di cuenta, el sol se estaba poniendo y regresé donde la mula, para iniciar la vuelta. Sólo un camino venía indicado en el mapa, sólo una ruta parecía posible. Me encaramé al animal y dejé que me guiara. Pero nada más salir del pueblo, aunque la mula debió tirar por el buen camino, yo la obligué a enfilar por el más ancho, por el único que me parecía lógico y que iniciaba el ascenso. Pasadas una media hora, me di cuenta que la pista subía y subía, y que por allí no había rastro humano ni ningún ranchito de los que había divisado a la ida. Me puse como tope llegar hasta la cima de un repecho y decidí que, si no identificaba ninguna señal conocida, lo sensato sería retroceder. Desde lo alto me di cuenta de que aquella era una nueva carretera en construcción, que finalizaba unos tramos más adelante. Di la vuelta y bajé al trote intentando recuperar el tiempo perdido. Cuando llegué a la bifurcación en la que había iniciado mi error comenzaba ya a caer la noche. Entonces me acerqué de nuevo al pueblo, para intentar telefonear a la centralita de Limay desde el TELCOR, con la modalidad de "a pagar allá", pero fue imposible la comunicación. Se había caído la línea, según dijeron.

No conocía a nadie en Achuapa y, entre pedir favores a la policía o al clero, o dormir en algún lugar de fiado, que suponía que debería volver para pagar, decidí emprender el camino de regreso para no preocupar a la familia.

Pronto se me hizo de noche. Esta vez había tomado el buen camino, pero la mula empezó a dar signos de mucho cansancio, deteniéndose cada poco si no la *jincaba*. Hasta entonces no había hecho falta ni tocarla con las espuelas. Con sólo sugerirle mediante un mero roce, que allí estaban, había funcionado a la perfección. Haciendo gala de la proverbial tozudez que se le supone a estos animales, si descabalgaba y tiraba del cabestro para que caminara sin peso, se negaba en redondo. Lo intenté repetidamente mediante varias artes y tretas, pero fue imposible. Si no la cabalgaba y le hincaba los hierros, no se movía. Decidí

hacerla caminar lo más suave posible, pero sin pausa. Pero cuando íbamos a atravesar los tablones del primer puente, el animal alzó la cabeza y levantó las orejas. Le daba miedo la oscuridad de aquella sima, que no le era habitual, y el resonar de sus cascos contra la madera en el silencio de la noche. Descabalgué sin soltarle las riendas, pues lo único que me faltaba era que se me escapara. Tiré con fuerza, pero no hubo manera, me reculaba. Volví a montar y a darle, no muy fuerte, por si me botaba hacia el barranco. Al final, no sé como, pero lo conseguí. Estaba más asustado que ella, pero quería transmitirle tranquilidad. A la pobre le temblaban las piernas, de puro cansancio pero, una vez salvado el primer puente, en los siguientes se mostró más confiada y no dio más guerra. Nos habíamos vuelto a acoplar y la trataba con renovado cariño.

Mientras tanto mis preocupaciones iban también por otros derroteros. Andar de noche, en una zona deshabitada por la que la contra se infiltraba desde la cercana frontera hondureña, no me resultaba tranquilizador. Acudían a mi cabeza las noticias que leía en los periódicos sobre secuestros y, sobre todo, las habladurías de la gente sobre las barbaridades a las que sometían los *luchadores de la libertad* de Mr. Reagan, a quienes caían en sus manos. Y yo era un colaborador del gobierno sandinista.

Empecé a repasar la coartada que se me había ocurrido en otras ocasiones, por si llegaba el caso: era un sacerdote español y estaba poco más o menos que de visita. Seguro que no valía para nada, pero como los contras proclamaban su fervor religioso, trataba de engañarme repasando, por si acaso, mis recitadas de misa en latín, de las que todavía me acordaba de cuando, de niño, fui monaguillo.

Contando estrellas y canturreando latinajos, llegué hasta una casa cercana al camino, medio camuflada entre los árboles. Pero había luz; luego estaban despiertos y, además, se había acabado la cuesta. Estaba salvado.

La puerta estaba abierta. Di las buenas noches y me invitaron a pasar. No los conocía, pero ellos tenían referencias mías. Una de sus hijas, aunque no estaba presente, era alumna del instituto y sabían que por allí andaba un español. Me dieron de beber y me invitaron a tomar algo. El hombre examinó la mula y, como la viera muy cansada, la desensilló y la dio de comer. Permanecí allí como media hora y, como no quería abusar de su hospitalidad, suponiendo que en Lamay podían estar preocupados, me dispuse a partir.

La bestia se había recuperado y, como iba cuesta abajo y percibía la cercanía de su establo, no requirió más de mis estímulos. Descendiendo el último repecho escuché cascos de caballos. Tres jinetes se perfilaron en la lejanía. Era Donald, que había buscado a dos de sus compadres y juntos habían salido a buscarme —bien surtidos de fusilería, por supuesto—, pensando que tal vez la mula me había botado o que había surgido cualquier otro contratiempo.

Anécdotas similares eran la comidilla de todos los días en Limay. Al día siguiente sería el hazmerreír de todas las tertulias, pero gracias a esas historias se rompía la monotonía de los quehaceres cotidianos.

—¿*Pa* donde la llevamos, pariente?

El que así me interpelaba era el cobrador del bus. El tipo parecía salido de un telefilm gringo de tercera categoría. De su cara destacaban unos lacios y largos bigotes rubios, y unos ojos de un azul límpido, bajo la gorra de beisbolero, aunque era flaco y nervudo como un machetero de caña.

Conforme nos acercábamos a Achuapa, el bus se fue llenando de escolares con el pelo todavía húmedo del baño, cuyas pieles morenas relucían al igual que las impecables camisas blancas de sus uniformes.

La mañana era fresca, los campos estaban escarchados, el verde brillaba con intensidad con los primeros rayos del sol y los palos de mango lucían con sus frutos maduros de color granate. Aquel paisaje virgiliano lo remataba un volcán encendido que a veces se dejaba ver en la lejanía. Se trataba del Casita, un Polifemo de muy malas pulgas que, pocos años atrás, había provocado con sus accesos de ira la muerte de 2.600 personas. Consulté mi mapa y comprobé que aquel coloso de más de 1.400 metros que se elevaban a pocos kilómetros del Pacífico, era una de las montañas que forman la Cordillera de los Maribios, que flanquea las espaldas de León y Chinandega. Pronto llegaríamos a las calientes planicies de la franja litoral.

En Achuapa debía enlazar con el bus de León. El parque frente a la iglesia estaba vallado con estacas de madera al estilo rancho, y en su interior pacía una nutrida recua de yeguas y potros. Disponía de una hora, por lo que decidí tomarme un cafecito. Los escasos establecimientos estaban cerrados o no servían café.

El cobrador del bus, que me venía observando, se ofreció a acompañarme a una refresquería cercana. Si uno pasaba por delante de la puerta, era imposible localizar el local, pues no había ningún rótulo o

rasgo identificador que lo delatara. Se trataba de una casa a la que se accedía por una breve escalera, que se abría en una terracita antes de acceder a la vivienda. Dentro había una gran mesa de comedor, con mantel de hule y un aparador de vitrina en la que se exhibían varias bandejas de dulces. A las voces del cobrador acudió una niña que todavía llevaba puestas las legañas nocturnas. "Andá y decile a la mama que salga", le dijo el conductor, y se despidió corriendo pues su bus regresaba ya para Limay. Al poco salió la mamá, una mujer de treinta y tantos, ataviada con un camisón que también podía ser un vestido de ir por casa. Me pareció un camisón por el aspecto de su cara, con los pelos no peinados todavía.

Me senté en la terracita, rodeada de una valla de bambú, y pude disfrutar de un delicioso café y un excelente pastel de queso. Pero lo mejor del menú estaba todavía por llegar. En menos de un cuarto de hora, la señora se había duchado, acicalado sus cortos cabellos rubios, y enfundado en una chaqueta color canela y una estrecha falda negra que, tal vez por ser tan inusual en aquellas latitudes, lucía muy elegante. Así se lo hice saber y, tal vez por el detalle, me regaló una conversación matinal, en la que resumió la mitad de su vida.

—Mi papá es de los Estados —comenzó Melba Whitford que, como su apellido delataba, era hija de un norteamericano—. Allí vive y me ha escrito que, en seis meses, me va a conseguir una visa para irme para allá.

Era delgada, de ojos azules y su hermano era el cobrador del bus que me había guiado hasta su casa. Había estado casada y tenía dos hijas y un niño. Su último amor había sido el conductor del bus en el que trabajaba su hermano. Me sacó un álbum con fotos y realmente daba muy bien ante la cámara. Allí aparecía con su último novio, un muchacho bien parecido y bastante más joven que ella.

—¿Y por qué lo dejaron?, —le pregunté.

—Tenía otra mujer en Pueblo Nuevo, y siempre que podía iba cogiendo de aquí y de allá. Y yo ya no aguanto eso. Ya no quiero más novios, ya la disfruté y ya tuve bastante.

Lo decía con un deje de tristeza que también reflejaban sus bonitos ojos.

—No diga eso. Con lo linda que se la ve, no le van a faltar pretendientes.

Se le alegró el semblante y una sonrisa una pizca coqueta descubrió sus dientes, varios de ellos enfundados en plata.

—Sí, pero los de aquí no sirven.

Seguí insistiendo en sus virtudes porque me pareció que a los dos nos alegraba la mañana. Le pregunté por la insignia que llevaba prendida en la solapa, una banderita del Partido Liberal. Melva me siguió poniendo al día se su vida y milagros, pero no entró en cuestiones políticas. Habló de las reformas que había emprendido en el negocio, de la terracita a la que le faltaba "repellar y componer un poco", de los tres palitos de limonaria que había plantado ese año a la entrada de la casa…

Era maestra y hablando conmigo se le hizo la hora de ir para la escuela. Pagué con un billete de diez pesos, pero no tenía vuelto. Quería que me llevara la diferencia en pasteles, pero Melva ya me había endulzado lo suficiente la mañana.

Me pidió mi dirección y que le mandara una postal, pues le hacía ilusión recibir cartas. Ella debió notar que me hubiera gustado conversar con ella una temporada, porque me dijo a modo de despedida:

—Aquí le tengo el vuelto, para cuando se regrese.

A partir de Achupa, el camino se convirtió en una modesta carretera que, unos kilómetros más adelante, enlazaba con la más ancha que desde El Sauce bajaba hasta León, con parada en Malpaisillo. Íbamos acercándonos a las faldas de la cadena de volcanes. Orientando el mapa y, tras preguntar por el nombre de uno de ellos, iba ubicando el resto: el humeante Momotombo, el del Hoyo, el activo Cerro Negro, el Rota, el Santa Clara. Ustedes mismos pueden consultar el mapa y seguir contando: Telica, Casita, Chonco-Cristóbal. Cuando los teníamos a nuestras espaldas, enlazamos con el ramal oeste de la Panamericana. En la parada de Telica se subió una voceante farmacia ambulante. Ofrecía, entre otras fórmulas, El Parasitín, que además de servir para la desparasitación general, era imprescindible en la lucha contra las amebas, áscaris y la pajuela monovaginal (textual). Con rico sabor a fresa, diez pesos. El Carminasol era un buen remedio en caso de golpes y artritis. Aroma a eucaliptus, diez pesos. Y así, tres o cuatro productos más, todo a diez.

Con todo un vademécum en la cabeza, llegué de nuevo a León, que es un poco como decir bienvenido al horno. Pero en esta ocasión no pensaba detenerme. Fui directo hacia la parada del bus que me llevaría

a la playa de Poneloya, donde pensaba recuperarme del trote que llevaba de montañas norteñas, y desconectar un poco antes de acercarme a Managua un par de días antes de las elecciones.

Aproveché la espera en la terminal del mercado cercano a la iglesia de Subtiaba —remodelado con la ayuda del gobierno del Japón, rezaba el cartel—, para llenar el estómago con una lengua de buey con pisto de pipián, que es el nombre que los nicas dan a una especie de calabacín, aunque el diccionario de María Moliner recoge esta voz como: "(Hispam.) Guiso hecho con carne de carnero y de ave, tocino y almendras machacadas", que tampoco debe de estar nada mal. Aquel zoco estaba hermanado con varios mercados catalanes

Pasaron un par de carromatos, con estructura de microbús, tirados por caballos, y un *dumbo*, o loquito pedigüeño que se acabó mi abundante ración. Aproveché para preguntar un par de veces si todavía se pasaba a El Salvador desde Potosí. Repetí la pregunta a unos policías, pero todos me dieron la misma contestación: desde hacía ya algún tiempo, se había desbaratado el lanchón y todavía no lo habían compuesto ni sustituido. Me alegré en parte, porque así me evitaba el tratar de cumplir un deseo que quedó insatisfecho cuando lo de la Marcha por la Paz, y que hubiera acarreado más fatigas, pero es que siempre el atravesar fronteras, sobre todo cuando entrañan alguna dificultad, ha supuesto un aliciente añadido a mis viajes.

Compré el periódico. Seguí fiel a *El Nuevo Diario*, que todavía mantenía el subtítulo *UN PERIODISMO NUEVO PARA EL HOMBRE NUEVO*. Sigue siendo el que más informa, aunque tiene un tinte algo sensacionalista, tal vez para competir con los nuevos diarios amarillos La Nación y El Mercurio. "En Ticuantepe el sacerdote es el jefe de campaña y anda vestido con la camisa roja y la gorra del PLC. También en numerosas poblaciones los sacerdotes no sólo se han arremangado la sotana, sino que se la han quitado y han convertido el púlpito en una cueva de propaganda".

Veinte kilómetros separan León de Poneloya, su playa más cercana. El océano aparecía con toda su enormidad frente a una playa vacía, que se perdía en el horizonte en uno de sus costados. El otro estaba limitado por un promontorio rocoso junto al que sobrevivía el Hotel Lacayo. Todo de madera, la planta baja era un restaurante de columnas y arcos, abierto por los cuatro costados, sobre el que se alzaba otra planta con las habitaciones. Todas las que daban a la playa tenían su pequeño balconcito. La pintura verde y azul, desteñida por el sol, la lluvia y el

salitre, realzaban su apariencia de gran mansión que hubiera aguantado el paso de los años, pero que en cualquier momento podía venirse a pique. Pagar cuatro dólares por dormir en un hotel de aquellas características, que suplía con encanto todo lo que le faltaba de confort, era uno de los alicientes del viaje.

Al ver mi pasaporte el recepcionista me dijo que había otros españoles, pero que no entendía muy bien lo que hablaban. En el camino hasta la habitación, aproveché para preguntarle por los enormes murciélagos, que recordaba colgados del techo como un enorme macramé parduzco. Cuando se asustaban o les venía en gana se cambiaban de cuarto, pues desde los tabiques al techo había casi un metro de espacio.

—Nos obligaron a echarlos, pero no se querían ir y tuvimos que fumigar —me explicó.

Me puse el bañador y fui a pegarme un precavido baño, pues no había olvidado pasados apuros en esta playa de apariencia inofensiva. "Sea prudente al nadar. Las enormes olas y las fuertes correntadas han cobrado víctimas fatales", acababa de leer en la *Lonely Planet*.

Tumbado en la arena me quedé un rato dormido. Cuando me incorporé un poco para darme la vuelta, observé que una gran tortuga estaba saliendo del mar y se adentraba con trabajo en la arena, a pocos metros de donde me encontraba. Su caparazón era del tamaño de una mesa camilla. Permanecí inmóvil. El animal seguía avanzando, pero ya había sido divisada por alguien más. Un lugareño me hacía señas para que no me moviera. Al llegar la tortuga a mi altura, la distancia que nos separaba sería de unos cinco metros. Prosiguió un poco más y se detuvo. Luego empezó a escarbar con sus achaparradas aletas. Cuando el agujero fue bastante profundo, se quedó quieta y empezó a soltar huevos. Entonces nos acercamos por detrás sin demasiado sigilo. Conforme el animal iba depositando sus huevos, el paisano se los iba sacando del hoyo. La operación duró como veinte minutos. Cuando finalizó, la cuenta resultó de seis docenas y media. Le dije si no pensaba dejar ninguno para que se incubara en la arena caliente y respondió que, en una playa cercana llamada Las Piedrecitas, había un criadero protegido por la policía. Me regaló uno y me dijo que lo lavara en el mar y me lo comiera, que era un buen reconstituyente. Parecía una pelota de pin-pon caliente. No me apetecía mucho, pero no quise hacerle un desprecio, así que mordí la cáscara, que estaba blanduzca, y me lo tragué. Su sabor no era muy diferente al de las gallinas.

Las tortugas marinas, llamadas aquí paslamas, suelen ponen los huevos durante la noche, pero ésta se había despistado un poco y había adelantado la hora.

Mientras el hombre restregaba los huevos en la arena, para quitarles la viscosidad que los cubría, y se quitaba la camisa para que hiciera de capazo, estuvimos un rato platicando. La esposa lo había dejado con un niño —que andaba por allí jugando— y se había ido con otro. También comentó que iba a votar a la casilla uno, la del Partido Liberal, el actual gobernante, "porque si no iban a mandar de nuevo las mujeres". Se notaba que a Daniel, el tema de su mujer todavía le escocía.

Le acompañé al hotel, donde quería venderlos, pero el recepcionista resultó un tipo tacaño. Se quedaba con cinco docenas, pero le daba sólo un córdoba por huevo. Con sólo hervirlos los servían a cuatro pesos, replicó el pescador. Al final no hubo trato.

Me despedí de Daniel, que se fue a colocar su mercancía por otros pagos, y volví a la playa. Poco después un súbito aguacero de agua tibia lavó de sal y arena mi cuerpo. Me retiré al hotel y leí un rato. Más tarde, el sol y las nubes compusieron un atardecer de fogones, cuyos resplandores achicharraban los sentimientos del viajero, mientras los zancudos empezaban su trabajo nocturno en busca de sustento.

El día siguiente lo pasé araganeando en el balneario. El periódico daba la noticia de que, Bolaños, el candidato conservador había prometido regalar un par de zapatos a cada uno de los asistentes a su mitin en Estelí, plaza en donde la competencia le llevaba la delantera. Más adelante uno de los que habían asistido al acto se quejaba: "Hay bastantes zapatos, pero no los entregan a la gente pobre. A los que no tienen necesidad les dan cuatro o seis pares sin hacer tremendas filas".

También aproveché para leer y poner al día mis notas sobre la situación del país, desde que los sandinistas perdieron las elecciones del 89, hasta la nueva confrontación en las urnas que se produciría tres días más tarde.

Quisiera remarcar, que si volviera a producirse una revolución de las mismas características que la nicaragüense, volvería a darle mi apoyo. "Si yo fuera joven y tuviera limpio el corazón, cargaría una mochila y me

iría a Nicaragua", escribió Manuel Vicent en una de sus semanales columnas de prensa. Dicho lo cual, manifestaré algunas críticas, unas extraídas de los libros, otras vividas durante mi estancia en el país.

Qué duda cabe que todo proceso humano tiene sus imperfecciones. Una de las que se le atribuye a cualquier revolución es la burocracia. Las rígidas normas, imprescindibles, que imperaban en el movimiento guerrillero, pasaron después al partido en el poder. La obediencia disciplinada a los cuadros superiores, muchos de los cuales estaban muertos y mitificados, se tradujo en acatamiento a las consignas de la Dirección Nacional. Era lógico. Pero una vez en el gobierno, la realidad y las responsabilidades eran mucho más diversas y complejas, y cada cual las interpretaba a su modo. También faltaban cuadros preparados para dirigir las tareas del nuevo estado. De ese modo, muchas de las directrices, llegaban a la base completamente desvirtuadas. Y entre tanto, algunos se beneficiaban.

Un ejemplo. El responsable político de Limay llegó una vez al instituto mientras yo estaba pasado las notas a limpio. Sabía que me tenía un poco de tirria, porque las pocas veces que habíamos coincidido en los bares o pulquerías en los que se formaba alguna tertulia, no me había acercado a su corro a rendirle pleitesía, entre otras cosas porque consideraba que decía muchas tonterías, debidamente jaleadas por la concurrencia. Una vez me había dicho que había estado en Madrid y que no le había parecido una ciudad tan desarrollada (en un Limay que sólo tenía un jeep y una camioneta).

—¿Qué promedio han sacado sus alumnos? —me preguntó.

—Un seis y medio.

—Para la próxima evaluación la directiva es que hay que elevar el rendimiento un veinticinco por ciento.

No quise entrar en argumentos, pero él continuó su perorata y se quedó tan fresco.

En época de absoluta escasez, el compañero Reina, máxima autoridad real en el pueblo, quemaba gasolina arriba y abajo con su jeep en el que, a veces, paseaba a bellas muchachas.

Luego vinieron las primeras elecciones municipales y el Frente las perdió en Limay, en una región en la que sigue gozando de amplio apoyo.

En una joven revolución todo son ilusiones y proyectos, muchas veces irrealizables. Se importaron vacas canadienses y se construyeron establos dotados de ordeñadoras automáticas. Luego resultó que el litro de leche producido por aquellas vacas de raza, era diez veces más caro que el de una vaca autóctona.

Una industria forestal se quedó a medio construir en la selva. Los centenares de cajones de maquinaria italiana que se transportaban por río, fueron descargados en medio de una gran balacera. Como se trataba de una zona de guerra de las más peligrosas, allí se quedaron. Después de la derrota electoral fueron saqueados y vendidos a piezas en el mercado negro.

Se proyectó un ferrocarril que uniera el Pacífico con el Caribe. Sólo se construyeron siete kilómetros por falta de financiación.

La palma se la llevó la construcción de un aeropuerto militar para contrarrestar el peso de otras fuerzas aéreas de la zona y, sobre todo, poder interceptar los vuelo de suministro de la contra. Los únicos aviones con los que se podía contar eran los MIG soviéticos. Se iniciaron las obras y miles de toneladas de cemento fueron transportados junto a la ribera oriental del lago de Managua. Pero cuando iban a aterrizar los primeros aparatos, los norteamericanos presionaron, los soviéticos pospusieron la entrega y, al final, nunca se llevó a cabo (antes Fidel Castro, que afrontó un tema similar, les había advertido que se olvidaran de los aviones y pidieran más helicópteros que, en definitiva, les serían de mayor utilidad). Todavía se puede ver desde el aire la larga hendidura gris asaltada por la maleza.

La Reforma Agraria fue una de las piedras angulares del proceso; un acercamiento a la misma excede las posibilidades y pretensiones de este libro. Sólo señalaré que se crearon grandes propiedades estatales con las tierras expropiadas y también muchas cooperativas. El problema después era el de hacerlas funcionar y que fueran rentables. Muchos de los campesinos que seguían con la histórica reivindicación de "la tierra para quien la trabaja" (como en todo el mundo, sea cual sea su ideología), se quedaron sin títulos de propiedad y, con el tiempo y el aumento de los problemas, fueron fácil presa de las proclamas de la contra. En cualquier caso, cualquier asunto, en una situación de guerra, se complicaba muchísimo con facilidad..

Pero no sólo los sandinistas cometían errores por exceso de voluntarismo. Una planta refrigeradora para exportar el camarón, construida y financiada por una ONG sueca en San Juan del Norte, quedó al poco

inservible por falta de mantenimiento y de preparación técnica de los trabajadores.

También el que escribe participó desde Valencia, al regreso, en un proyecto fracasado. La construcción de un hotel para el desarrollo del turismo en El Castillo, fue finalizado con éxito. El establecimiento fue cedido al municipio para su gestión. El problema era que luego no llegaban turistas. Allí sigue en pie, esperándolos la mayor parte del año. Cuando cambiaron las tornas, pasó a ser propiedad privada de los mismos que los gestionaron antes.

Muchos analistas coinciden en considerar que en una situación de guerra, que ya duraba nueve años, y en una situación económica casi insostenible, en la que también jugaba el desmoronamiento de la Unión Soviética, los sandinistas no debieron haber planteado unas elecciones generales. El país estaba exhausto, y se había llegado a un acuerdo con la burguesía y la contra, de manera que ésta se desmovilizaría si se convocaban elecciones.. Pero en la mente de todo el mundo estaba, aunque no se dijera en público, que si los sandinistas volvían a ganar como en el 84, la guerra continuaría con el apoyo de los EUA.

Diversos factores económicos, políticos, sociológicos e internacionales confluyeron en aquellas elecciones. Su mera enumeración excede con creces los objetivos de este libro de viajes. Me centraré en un aspecto, en apariencia intrascendente, pero que marcó la contienda electoral.

Daniel Ortega se presentó ante el electorado con una canción de campaña que hacía referencia a un elemento de la tradición popular: "el gallo ennavajado". Éste es un gallo de pelea que lucha, que no se rinde y que representa también al "macho". También su modo de vestir —uniforme militar, pañoleta roja y negra—, actitudes y proclamas, iban dirigidas sobre todo a la juventud. Sin embargo muchos padres, y sobre todo madres, no podían olvidar el peligro que suponía que sus hijos fueran al servicio militar y el perjuicio económico que comportaba para las familias. Se dice que los sandinistas, seguros de su victoria por sus propios informes —y por unos falsos que elaboró y filtró la CIA—, decidieron posponer la mili obligatoria para después de los comicios. Pero mientras Ortega hablaba de que era la hora de la paz en sus discursos, en el inconsciente de la gente permanecía la idea de que si le votaban continuaría la guerra.

Violeta Barrios —que tomó el apellido de su marido asesinado por Somoza, el prestigioso periodista Chamorro— se presentó en sus mítines con una parafernalia opuesta. Siempre aparecía toda vestida de blanco, con algún detalle azul en los puños de su blusa o en la cinta de su sombrero, también blanco. Azul y blanco, colores de todos, por ser los de la bandera de Nicaragua, colores de la representación de la virgen más querida del país, la Inmaculada Concepción. Violeta Chamorro también se perfilaba como otra virgen, la Dolorosa, la madre heroica y sufriente: viuda de mártir, madre de familia dividida, con hijos con importantes cargos en los dos bandos, pero que perdonaba a los descarriados, que no le interesaba la política, pero aceptaba el reto por seguir el legado de su marido muerto. No hablaba mucho, le bastaba aparecer como la virgen y extender sus manos hacia el pueblo que las alzaba en espera del milagro. Así aparecía la mayor parte de las veces durante la campaña.

El día anterior a las elecciones, *La Prensa* publicó una foto de la viuda de Chamorro recibiendo la comunión, con expresión devota, de manos del cardenal Obando. La iglesia, que estaba por la paz, bendecía a su candidata, mientras la mayoría de sus curas hacía su labor de hormiga contra los sandinistas, condenando directa o indirectamente los ejes su campaña, desde los púlpitos de la mayoría de las 163 parroquias del país.

En la madrugada del 26 de febrero de 1989, cuando Daniel Ortega reconoció la derrota, hubo muchas lágrimas. Mucha sangre se había vertido y mucha gente había sacrificado los mejores años de su vida en un proyecto que ahora se venía abajo. Daniel dijo aquella noche que los sandinistas habían nacido pobres y pobres volvían a sus casas. Y sí era. Pero pronto empezó un proceso que trastocaría ese empeño y ese discurso.

Antes de dejar el gobierno se transfirieron miles de viviendas del estado a sus inquilinos. Muchas fincas y hectáreas de tierra pasaron a manos de campesinos que se habían beneficiado de la reforma agraria, pero todavía no tenían sus títulos de propiedad en regla. También muchos trabajadores pasaron a ser propietarios de las empresas mediante la constitución de cooperativas. Pero, a su vez, se hizo una transferencia apresurada de edificios, industrias, haciendas y acciones a terceros, para que los custodiaran y los pasaran más adelante al Frente. Se argumentaba que el sandinismo no podía irse del gobierno sin medios materiales, porque significaría su aniquilamiento. Aunque al final, de todo aquello no le quedó casi nada.

Más adelante, se pactó con el nuevo gobierno un plan de privatizaciones de las empresas estatales y el FSLN obtuvo que una cuarta parte de las mismas pasara a ser propiedad de los sindicatos. Pero fueron los dirigentes de los mismos los que acabaron quedándose con casi todo, pasándo a engrosar la lista de los nuevos ricos. También las viviendas expropiada mayores de cien metros, serían transferidas a sus ocupantes, lo que afectó a la mayoría de ministros y cuadros del partido, que de otro modo se irían a la calle sin un techo donde refugiarse. Esta medida fue especialmente criticada por la población.

A todo este proceso de acumulación de riquezas y de bienes de modo tan poco ortodoxo, la gente lo bautizo como la *piñata*. En una piñata, los niños juegan a romper una olla u otro recipiente de barro lleno de dulces, colgado en lo alto, mediante un palo, llevando los ojos vendados. De predicar el reparto y de no tener nada, muchos dirigentes del partido se convirtieron en propietarios y gerentes, quedándose con una buena parte de la tajada. Las consecuencias inevitables serían el acomodo, la pérdida de los ideales y la ética que los legitimaban, y el fin de la práctica revolucionaria. Así terminaba un proyecto, cuyo final utópico debía conducir al socialismo.

Dice Sergio Ramírez que "la gran paradoja fue que el sandinismo dejó en herencia lo que no se propuso: la democracia, y no pudo heredar lo que se propuso: el fin del atraso, la pobreza y la marginación".

Violeta Chamorro, aglutinando a toda la oposición, tanto de derechas como, incluso, de algún partido de izquierdas, había ganado las elecciones con el 55% de los votos, frente al 41% de los sandinistas. Comenzaba otra era y Nicaragua dejó de ser noticia en los periódicos. No obstante, las tensiones continuaron, aunque fueron apaciguándose con el tiempo. Hubo importantes huelgas en el sector estatal y el gobierno dejó sin efecto la ley que garantizaba la estabilidad en los empleos públicos y la reforma agraria. Ello provocó un paro que se radicalizó y se extendió a todo el país. Una semana después se aceptaron parcialmente las peticiones y la gente volvió al trabajo.

En el plano económico, la inflación, que llegó a ser del 7.000% en 1990, pasó al 3'8% en el 92, gracias a un ajuste promovido por el FMI que conllevó la reducción drástica de las inversiones productivas y de los gastos en educación y salud. La desocupación se elevó al 60%. La crisis económica se agudizó con una sequía que acabó con 80.000 hectáreas de cultivos y dejó sin alimentos a 200.000 campesinos. La

desnutrición infantil afectó a 300.000 niños y algunos quedaron ciegos por falta de vitamina A. Por último, en 1994 la renta per cápita cayó por onceavo año consecutivo.

Pero lo más doloroso fue que pese a los acuerdos de paz (anteriores a las elecciones) y a los pactos para la transición, mucha gente volvió a enmontañarse y a empuñar las armas. Tanto a la contra, unos 10.000 efectivos, como a los 20.000 profesionales desmovilizados del ejército y la policía, se les había prometido tierras y créditos fáciles para vivienda, equipamiento agrícola, la compra de alguna res, un caballo, semillas y fertilizantes. El gobierno, en parte por falta de liquidez económica, pero también de voluntad política, incumplió la mayoría de los pactos. Sin embargo, sí que se pagaron grandes indemnizaciones a la cúpula de la Resistencia (contras), que se fueron con ellas rumbo a Miami. Por todo ello, primero los "recompas" (sandinistas) y más tarde los "recontras" retomaron las armas. En algunos casos, ya que sus reivindicaciones coincidían, llegaron a unirse en acciones concretas.

La más espectacular la llevó a cabo un grupo de 125 recompas, que penetró en Estelí y se hizo con el control de la población durante dos días. Al frente de ellos iba su líder, Pedrito *El Hodureño*, que sabía bien lo que se hacía, ya que había sido uno de los lugartenientes de *El Zorro* en la toma de la población. Se les echaron encima varios batallones del EPS, sus recientes camaradas de armas, y tuvieron que volver al monte dejando cinco muertos, no sin antes llevarse todo el dinero de los bancos. Se dijo que parte del dinero se repartió entre las comunidades campesinas de la zona, a lo Robin Hood. Lo cierto es que, en las semanas siguientes, la masa monetaria circulante en Estelí sufrió un brusco ascenso, y que la disponibilidad de semillas en la siguiente cosecha mejoró considerablemente.

Otro Pedrito, uno de mis antiguos alumnos de Limay, cargando un aka y repleto de cartucheras sobre su flamante uniforme azul de policía, fue entrevistado por la TVE y pude disfrutar de su gracejo desde el sillón de mi casa. Según él, los incidentes habían sido menores y todo estaba ya en calma.

Los episodios armados fueron poco a poco desapareciendo durante el mandato presidencial de Violeta Chamorro y la vida fue normalizándose, dentro de los parámetros que corresponden al país más pobre de América, tras Haití. Seis años después, en las elecciones de 1995, el ex alcalde de Managua y empresario conservador Arnoldo Alemán, ganó con el 49% de los votos. Con él se inauguraría un periodo caracterizado

sobre todo por la corrupción. El asfaltado de un camino privado en una de sus fincas con fondos públicos, el escándalo de su boda con una jovencísima belleza y su millonaria luna de miel en Miami, fueron entre otros los escándalos más notorios de su gobierno. En el momento de escribir estas líneas se encontraba en la cárcel. Parte de los diputados de su propio partido le habían quitado la inmunidad parlamentaria. Tiene varias causas pendientes en los tribunales norteamericanos, ya que ha sido denunciado por varias empresas de aquel país y, en Nicaragua, está acusado de fraude, blanqueo de dinero, malversación de fondos públicos, asociación para delinquir y delito electoral.

Mientras ponía al día mis notas de viaje en una habitación frente al mar del hotel Lacayo de Poneloya, la música que venía de abajo, procedente de un único casete al que le iban dando la vuelta cada vez que llegaba a su fin, no cesaba. La mayoría de las letras de las canciones eran muy explícitas:

El día que llegaste primero a la gloria
fue conmigo
gozando conmigo…
Él será el conductor de tu vida
pero yo voy a ser su ayudante…

No rimaba demasiado, pero tenía su miga.

En la habitación contigua a la mía se instalaron un par de parejas de tortolitos. También traían su música y la ponían a toda pastilla. Eran muy jóvenes y debían andar justos de dinero, ya que compartían cuarto, aunque sobrados de ganas de divertirse y aprovechar el tiempo. Comían en la habitación en pandilla y luego una pareja se iba a la playa, mientras la otra se solazaba en la habitación. Luego alternaban. El estribillo de una de las canciones se volvía a escuchar cada hora y se complementaba con el que ponían en recepción:

Déme su pollito
aunque sea chiquito,
qué bueno,
qué rico.

Al atardecer, el humo proveniente de las quemas de hojas secas, que un jardinero había prendido cerca de la puerta del hotel, difuminaba el espectáculo. El sol disparaba un láser de fuego entre las nubes como despedida del día.

Toda la noche estuvo lloviendo. Desde la cama podía ver los relámpagos que caían al mar y contar los segundos hasta que sonara el trueno. La lluvia se filtraba por los resquicios de las tejas pero mi cama permanecía, por fortuna, seca, ajena al diluvio.

Amaneció muy lento, entre oscuras nubes. Parecía que la luz del día se resistía a darle vida a las siluetas.

Tuve que ingeniármelas para salir del hotel sin despertar al vigilante, pues las puertas estaban *enllavadas* y, en la parte superior del único hueco entre las rejas que cubrían las barandas exteriores, por el que podía colarse mi cuerpo, un enjambre de abejas había construido su panal.

La parada del bus estaba bajo un palo de guanacaste. Mientras esperaba le pregunté a un hombre que pasó en bicicleta.

—Entró con retraso por la lluvia, pero ahí le llega.

Luego apareció una joven que también lo esperaba e hizo tiempo dándose colorete y mirándose a un espejito.

Cuando sonó la bocina del vehículo ya se había hecho por completo de día.

De la parada en León me dirigí directo a la terminal para Managua. El ramal de la Panamericana hasta la capital estaba en muy buenas condiciones. Aprecié una gran cantidad de nuevos talleres que iban floreciendo junto a la carretera. Llegamos a los suburbios que rodean la capital en un suspiro, aunque de inmediato nos topamos con un gran atasco. Estábamos a dos de noviembre, festividad de Todos los Santos.

17. Tercera derrota electoral

De camino para la casa de Delma, al llegar a la Rotonda de Lindavista me encontré con que estaba tomada por soldados en uniforme de campaña, con las caras pintadas de colores ocres. Cada pocos metros había una pareja de sombreritos cargando su aka. Me parecieron más bajos que los soldados que recordaba, pero es que ahora, que eran profesionales, el ejército se nutría de las clases más desfavorecidas, sobre todo campesinos pobres, históricamente mal nutridos y chaparrros. El numerito de los carapintadas con aperos de guerra por las calles de Managua, fue lo último que se le ocurrió al presidente saliente para meter inseguridad en el cuerpo de la ciudadanía y condicionar a favor de su partido los últimos votos, en un día en que ya se estaba en periodo de reflexión electoral.

Fueron tres los días decretados de reflexión antes de los comicios, pero a Arnoldo Alemán, ideó propagar el bulo de que los sandinistas podían montar motines si las perdían y, con los carapintadas en las calles, intentaba demostrar que controlaba el ejército, cuya cúpula seguía estando formada por antiguos guerrilleros. Las críticas le llovieron por todas partes, pero ahí quedaba su firma de despedida.

No había telefoneado avisando de mi llegada y en la casa no había nadie. Estuve esperando un buen rato y, como no sabía a qué hora volverían, dejé mi macuto en el local donde solía desayunar y me fui a recorrer la ciudad.

Una ruta me llevó hasta Plaza España. A pocas cuadras de allí había un local llamado La Hierbabuena, regentado por argentinos que, además de cafetería, servía comidas y disponía de una selecta tienda de libros. Gratos encuentros acudían a mi memoria, asociados a su magnífica refrigeración. Pregunté, indagué, pero no di con el establecimiento y nadie supo darme razón.

Seguí caminando hacia el hotel Intercontinental. Conforme me aproximaba eran más frecuentes las patrullas de soldados. También los todoterreno blancos con la bandera azul de la Unión Europea y el cartel de Observador Internacional. La pregunta del millón era la de siempre, aquí o en el Sahara Occidental: después del proceso supervisado, ¿a dónde iría a parar tanto coche de lujo?

El hotel Intercontinental, el banco de América y el teatro Rubén Darío fueron los tres únicos edificios altos de Managua que sobrevivieron al terremoto de 1972. Todos ellos tenían estructuras diseñadas con

tecnología antisísmica. Situado en la falda del cerro de Tiscapa, la forma piramidal del hotel sigue dominando la zona donde estuvo el centro de la ciudad que, convertido en un inmenso solar tras el cataclismo, fue transformándose en un predio de tierra volcánica rojiza que la naturaleza fue cubriendo de verde. A aquella estepa roja y verde que alcanzaba hasta el lago, bordeada tan sólo por algunos edificios singulares como los mencionados, la Catedral en ruinas y la central del TELCOR, le fueron creciendo otros. Primero fue la Casa de Gobierno de los sandinistas, un edificio similar a esas escuelas modulares en forma de chalet que se construyeron en los primeros años de la democracia española. En épocas posteriores, al hotel Intercontinental le salió un hijo, el Centro de Convenciones. Más tarde el ejército instaló una lujosa Comandancia General, símbolo de su voluntad de convertirse en una fuerza institucional seria y reconocida por todos. Y, por último, el presidente Alemán se construyó un Palacio Presidencial, envidia del resto de los edificios. Con todo, sigue siendo una enorme explanada difícil de transitar a pie para el turista que, cruzando sus interminables claros sin sombra, puede coger una insolación.

Como testigos mudos del pasado quedan la antigua Asamblea Nacional, convertida hoy en museo, y la vieja Catedral que nunca fue reconstruida, cuyo esqueleto grisáceo de ballena varada, es un grito permanente que recuerda la inmensa tragedia.

Al Centro de Convenciones fueron llegando autobuses procedentes de diversas zonas del país. Descendían de ellos mujeres y campesinos, con sombreros vaqueros de plástico y la camiseta roja del PLI. Eran supervisores electorales del partido a los que se les iba a aleccionar sobre sus tareas y responsabilidades durante los comicios.

Desde allí se iniciaba la subida al cerro de Tiscapa, donde estuvo el famoso búnker de Somoza. En su base se había erigido un ecléctico monumento al soldado, formado por unas columnas de cemento inclinadas rodeando una figura de bronce. Comenzaba la ascensión por unas desvencijadas escaleras de aire versallesco, corroídas por el clima tropical e inundadas de magos descompuestos, reventados por la caída desde los altos árboles. Recordaban un cuerno de la abundancia agrietado y en estado de abandono. La escalinata se bifurcaba más arriba para volverse a unir en una plazoleta circular en cuyo centro había un estanque con una estatua que imitaba una venus. Estábamos ya a mitad del cerro. Seguí hacia arriba, evitando pisar los despanzurrados frutos, hasta el siguiente rellano, formado por una cornisa que se prolongaba

en unas grandes casamatas excavadas en la roca, semiderruidas, donde estaba la entrada de lo que fue el búnker del dictador. Otro tramo de peldaños cincelados en la roca conducía hasta la cima.

Desde lo alto la vista era impresionante; toda Managua a nuestros pies. Una gran arboleda verde en cuyos claros habían brotado algunos edificios de modo anárquico, como si se tratara de hongos. Las copas de los árboles eran más altas que los tejados de las casas, sobresaliendo tan sólo las escasas de varias plantas.

En la cima se erguía una estatua de Sandino de colosales proporciones. Dicho monumento, visible desde casi todas las zonas de la ciudad como si de una pequeña torre Eiffel se tratara, tenía su truco, pero había que subir hasta su peana para descubrirlo. Cuando nos aproximamos a su base, lo que imaginamos como una inmensa mole de bronce, es en realidad una estructura formada por dos chapas metálicas iguales que reproducen el perfil del general. Ambas siluetas distan entre sí como un metro y están engarzadas por una estructura metálica que recuerda la de las fallas valencianas.

A la altura del sombrero de Sandino, una gran enseña nacional azul celeste y blanca. Al fondo el lago y el volcán. Desde allí, Managua parecía una extensa urbanización de lujo y no la ciudad que albergaba un millón trescientos mil habitantes.

Descendiendo el cerro por otro camino, nos topamos con una tribuna de oropeles modernistas que recuerdan un hipódromo de principios del pasado siglo. Se trata de un estadio llamado con pomposidad Campo de Marte, desde donde la saga de los Somoza observaban los desfiles militares patrios. En una de sus esquinas fue asesinado Sandino.

Camino del lago, hay que seguir un largo muro de ladrillos que en su día albergó un tremendo mural alegórico que recogía, desde la primitiva vida de los indígenas, a diversos episodios de las luchas anticolonialistas latinoamericanas. La pared ha resistido, pero la pintura ha sido cubierta por representaciones de figuras geométricas multicolores, más acorde con los cambios políticos operados.

Cruzando al otro lado de la avenida, varios parques longitudinales que ocultaban las miserables casas construidas detrás, facilitaban el disfrute del paseo. Uno de ellos recordaba al periodista Pedro Joaquín Chamorro. Más abajo se llega al monumento al guerrillero, una inmensa mole que siempre había supuesto que era de hierro pintado de negro; el paso del tiempo y la falta de mantenimiento, había destapado sus tripas

y mostrado que estaba construida con chapa metálica. Debajo la frase de Sandino, "sólo los obreros y campesinos llegarán hasta el fin", parecía más periclitada que la soberbia representación del guerrillero con el fusil alzado, deudora de la estética del realismo socialista.

Frente al guerrero de latón, un edifico que albergaba un cine y que se había transformado en la Casa de Jehová. Más allá, la estatua de un campesino erguido, azadón en mano y fusil al hombro.

El Monumento a los Trabajadores, erigido por la municipalidad de Managua en la era en que Alemán fue alcalde, eran un ejemplo de cómo los cambios en la ideología gobernante se reflejaban en el mobiliario urbano: un obrero manejando un martillo-pilón inclinado sobre su herramienta con la cabeza claramente humillada.

Enfrente, las ruinas de lo que fuera el Gran Hotel, en cuyo destartalado patio había presenciado varias representaciones teatrales. En una de ellas, a la que asistía Daniel Ortega, una chapa de aglomerado se desprendió desde lo alto en medio de la obra y, en su caída, rozó la cabeza del entonces presidente, provocando un gran revuelo entre los guardaespaldas y un gran susto entre los espectadores. En la actualidad, sus paredes, algo más remozadas, albergan la Casa de los Artistas.

En el escueto monumento, no figurativo, a Carlos Fonseca, fundador del Frente, siempre ardía una llama. El día de mi visita, al menos, se hallaba apagada. Frente a él, un recordatorio del general Santos López, "eslabón entre Sandino y el Frente". Contiguo a ellos, el Monumento a la Independencia, una pérgola circular en cuyo friso, de estuco, estaban representadas diversas escenas guerreras y en cuya base, varias cabezas de dragones policromados nos miraban con sus ojos saltones, casi idénticos a los de la isla de Bali. El mozambiqueño Samora Machel también tenía su recordatorio y, un poco más allá, una egregia estatua ecuestre de Simón Bolívar, en bronce.

En una explanada más amplia que un campo de fútbol que se llamó la Plaza de la Revolución, apta para conmemoraciones multitudinarias, habían alzado una especie de palio de madera, rematado con hojas de palma, sobre las gradas que la presidían. Junto al palio, una gran cruz y, en el centro de la plaza, un monolito sobre el que se erguía otro crucifijo, como para dejar constancia de que estábamos en un país de renovada fe católica, en una ciudad en la que daba la impresión de que todas las estatuas que pudiera albergar se hubieran agrupado en un espacioso parque temático.

Al final del paseo, la orilla del lago. Allí se construyó un pomposo malecón, sobre una zona que era una vertedero de basuras, que fueron previamente aterradas. El huracán Mitch se encargó de devorarlo y dejar tan sólo algunos de sus restos. En la zona, diseñada para el ocio, pervivían algunos chiringuitos sobre el desnivel que bordea las aguas, terrosas y sucias, donde la contaminación había llegado a ser tan grande, que se advertía la ausencia de pájaros revoloteando sobre ellas en busca de alimentos.

Tomé un bus de regreso a Lindavista. Un niño se paseaba entre los asientos, cantando y haciendo el payasete para reclamar unos pesos. Su pelo caído a raudales estaba infectado de tiña.

En el barrio algunos caballos pacían entre los todoterrenos y los coches de lujo. Delma ya había llegado a la casa. Disponía de un par de días para descansar y leer hasta la noche del recuento de votos.

Los días tres y cuatro de noviembre, víspera y día electoral, se decretó la ley seca. No se podía expender ningún tipo de bebida alcohólica. Acabé de leer el libro de Oscar-René Vargas titulado *El sandinismo: veinte años después*, en el que el autor analizaba las dos anteriores derrotas electorales del FSLN. También vi bastante televisión. Varias cadenas hacían propaganda nada disimulada en favor del candidato Bolaños, con el truco de que recogían opiniones de la calle, y filtraban noticias que auguraban el Frente se podía tirar a la calle en caso de derrota. Luego venían los desmentidos de algunos dirigentes sandinistas, como Herty Lewites, que argumentó: "no lo hicimos en el 90, no lo vamos a hacer ahora". Algunos funcionarios de Alemán continuaban en "estado de emergencia", trasmitiendo todo tipo de consejos en caso de que se produjeran problemas técnicos, pero aprovechaban para alertar sobre presuntas algaradas.

Para que la gente no intentara votar dos veces, se iban a perforar con un pequeño rombo las cédulas de identidad, sobre la esquina de la foto, y se marcaría con una tinta indeleble el pulgar derecho de cada votante. Se calculaba que el flujo de los mismos sería de veinte por hora, en cada urna.

El domingo acompañé a Delma hasta su colegio electoral y, aunque eran poco más de las nueve, hora prevista de apertura, la cola ya era bastante considerable. Al poco se acerco a la fila Aleix Argüello, un tricampeón mundial de boxeo que había hecho campaña en favor de la

candidatura de Ortega. Los vecinos se saludaban y platicaban, pero la cola apenas se movía. Como la cosa iba para largo, regresé para la casa.

El día transcurrió tranquilo. Octavio, el hijo de Delma, vino por la tarde enfadado porque dos de sus tíos, que habían tomado vacaciones con la excusa de las elecciones y que habían venido expresamente de los Estados Unidos para votar, no lo habían hecho. Uno había sido oficial del ejército en la época sandinista y ahora trabajaba en una empresa de seguridad en una ciudad del sur de Norteamérica. También comentó que algunos vecinos, tradicionalmente votantes sandinistas, tampoco lo habían hecho. La excusa era las colas durante horas, pero presagiaban que tal vez una parte del electorado que tradicionalmente votaba rojinegro, no se había sentido atraído por el discurso excesivamente moderado de la campaña y se había abstenido.

Después de cenar salí para tratar de observar el desarrollo del escrutinio. Los buses habían desaparecido. Comencé una carrera de taxis que me llevó, en primer lugar, a la sede central de la campaña del Frente, donde pretendía obtener información directa sobre el recuento y acreditarme como periodista, ya que llevaba los carnets de dos publicaciones en el bolsillo. Mi intento fue vano. Allí no había nadie, excepto el escaso personal que atendía la emisora *Radio Ya*. Los de la radio me dirigieron al Estadio Nacional, donde tendría lugar el recuento oficial. Otro taxi y otro intento fallido. Logré pasar el primer control de policía y entrar en el recinto, iluminado como para un partido, aunque vacío. Al llegar hasta las oficinas centrales, donde se realizaba el cómputo, me exigieron una acreditación oficial. Tenía que haberlo previsto unos días antes, pero había estado viajando y, en principio, sólo pretendía colarme en el lugar donde suponía que los sandinistas se reunirían para seguir el recuento. Me comunicaron que las acreditaciones se expendían en el Centro Olof Palme. Por los periódicos sabía que en dicho centro se reunirían las principales ONGs que colaboraban en la supervisión, así como el ex presidente Jimmy Carter con sus asesores, el cual oficiaba como sumo pontífice en todo el proceso. Al salir del estadio me topé con un pedestal viudo, que en su día soportó la estatua ecuestre del último Somoza, derribada por el pueblo en las horas siguientes a su huida.

La llegada al Olof Palme estaba bastante difícil. Desde unas cuadras antes los controles policiales detenían el taxi, preguntaban y obligaban a dar rodeos por calles solitarias y sin iluminación. Después de varios retenes el conductor me dejó en las inmediaciones. Fue imposible flanquear la puerta. La presencia de observadores internacionales y el

hecho de que Carter estuviera dentro, hacían del lugar uno de los más vigilados del país. Los policías de la entrada me recomendaron ir al Centro de Convenciones del Intercontinental, donde se reunirían los sandinistas. También me advirtieron que llevara cuidado porque aquella zona era bastante peligrosa de noche.

Cuando un policía te dice que hay peligro, es mejor que te lo creas. Lo peor es que se te mete el miedo en el cuerpo, y aunque uno sepa que no lleva nada de especial valor encima, el temor a que te den un palo, te hace ver fantasmas donde sólo hay pacíficos ciudadanos y ponerte tenso en cuanto divisas un grupo de jóvenes. Busqué el amparo de una expendería nocturna de licor —acabadas las votaciones, se había levantado la veda—, iluminada con la luz de una de las escasas farolas de la calle, y esperé con paciencia que pasara un taxi.

Llegué al Centro sobre las once de la noche. No había nadie en la puerta. Supuse que, de nuevo, se iba a frustrar mi intención de compartir la emoción del recuento y celebrar con alegría, y entre mucha gente, el previsto triunfo sandinista, según casi todas las encuestas. Entré sin tener que sortear ningún tipo de control. El local era bastante grande; vacío parecía enorme. Las mesas redondas, con capacidad para ocho comensales, vestían manteles y un centro de flores. Calculé que podrían caber unas trescientas personas sentadas y otras tantas de pie, pero sólo estaban los camareros y los componentes de un conjunto musical que preparaban la batería y afinaban sus instrumentos. Otro individuo merodeaba solitario. Como por lo visto, ninguno de los dos teníamos nada que hacer, me dirigí hacia él para charlar un rato. Era el hermano de uno de los músicos. Él también tocaba en un grupo llamado *Macoya*. El conjunto de su hermano era una escisión de *Praxis* y había tomado el nombre de *Jazztá*. Me aseguró que la gente empezaría a dejarse caer a partir de la medianoche.

En eso trajeron una enorme tarta de nueve pisos.

—¿Van a celebrar con bizcocho la victoria? —le pregunté.

—La ha pagado Daniel Ortega de su bolsillo, porque mañana es el cumpleaños de una de sus hijas. Ha costado 23.000 pesos; una fortuna.

Un cañón proyectaba imágenes de televisión sobre una gran pantalla. Se escuchaba cómo los comentaristas políticos y los líderes de los partidos se pegaban las típicas e insufribles parrafadas. Empecé a sentirme como un bicho raro en medio de una decoración que no se ajustaba en absoluto a lo que me había imaginado: una noche de tensión

expectante, en la que dos fuerzas políticas antagónicas se jugaban el gobierno democrático durante los próximos seis años, en un país con una historia reciente tan convulsa Aquel salón parecía más apto para celebrar banquetes de boda y tuve la impresión de ser un intruso espectador desorientado. Sin embargo, el escenario sintonizaba con la tibieza en las propuestas y los eslóganes de Ortega durante la campaña.

Pasada la medianoche el salón se fue llenando de gente, periodistas y cámaras. En la pantalla se imponía el zapping, ya que con la parabólica se podía seguir en directo la final de la liga de béisbol norteamericana. También debían haber llegado dirigentes de la Convergencia, pero los principales, me refiero a los que aparecían en la tele, no se dejaban ver. Sólo el pequeño Tomás Borge, ya abuelo, vestido con un atuendo deportivo en el que destacaba una cazadora con capucha con la cremallera hasta arriba (tal vez estaba resfriado), se paseaba de mesa en mesa, saludando a unos y otras.

Había un autoservicio gratuito de café y refrescos. También servían comida. Ojeé los precios de la carta. Me parecieron excesivos. Sin embargo, mucha de la gente estaba consumiendo, con cierta indolencia, como para pasar el rato, dejándose parte de los alimentos en el plato. Indicio de que el nivel económico de los comensales era alto.

En mi mesa se sentó un grupo de periodistas belgas, jóvenes, sobre todo las mujeres, casi adolescentes. La que estaba a mi lado era corresponsal en México de un periódico de su país y se había desplazado hasta Managua para cubrir el evento. Cuando Borge pasó por nuestro lado, dándonos la mano a todos de modo automático, la periodista le preguntó por los resultados. El ex comandante guerrillero y ex ministro del Interior, contestó con absoluto aplomo:

—Con el siete por ciento de los votos escrutados, vamos ganando en Managua.

—¿Y en el resto del país?

—También.

Me sorprendió que estuviera tan bien informado, pues no se le veía pendiente de ningún teléfono móvil, sino charlando con la gente de modo distendido.

Pasaban las horas y Daniel Ortega, el gran esperado, no aparecía. La tarta de cumpleaños seguía intacta, los músicos no tocaban y aquello parecía más un *partty* inglés que una multitudinaria reunión latina. Los

hombres estaban más pendientes de los golpes de bate de los beisboleros, que de las conexiones informativas que aparecían cuando la tele brincaba a las emisoras locales, cuyos resultados parciales eran tan exiguos, que no parecían significativos.

Cerca de las tres de la mañana se produjo un revuelo entre los periodistas. Los cámaras comenzaron a filmar y los largos cables de los micrófonos a estirarse. Había llegado Joaquín Jarquín, candidato a vicepresidente. Pero tras los primeros instantes, la atención del personal volvió a centrarse en el partido de béisbol. También llegó un grupo de asistentes que portaban unas filigranadas camisetas de apoyo al FSLN; pertenecían a la colonia nicaragüense en Miami.

A las cuatro el ambiente parecía el de las postrimerías de una fiesta, fiesta que de momento no se había producido. El personal aguantaba el sueño con café y tragos. Comencé a pensar que el trozo de tarta que me esperaba se me podía atragantar. No tenía datos, pero aquello olía a derrota.

El taxista que me recogió era sandinista. Su mujer, maestra, había estudiado en Cuba. Mantenía la esperanza de que ganaran los nuestros. No le hablé de mis malos presagios. Comentó que antes había mucha más seguridad ciudadana. También que ahora se producían violaciones de chicas que no tenían padre o hermanos para vengarlas.

Un cartel anunciaba: "El SIDA no tiene cura. Retrasa el inicio de tus relaciones sexuales". Firmaba la iglesia católica.

Mientras recorríamos las desiertas calles de Managua, me vinieron imágenes lejanas de aquellas colas esperando las rutas nocturnas, repletas de estudiantes con libretas y algún que otro libro, pese a que la mayor parte del presupuesto nacional se dedicaba a la defensa.

Con la radio pegada al oído me dormí sin conocer los resultados.

El calor de la mañana me despertó. Los noticieros daban la victoria de Enrique Bolaños, aunque faltaban votos por llegar desde las zonas más apartadas del país. Los sandinistas denunciaban múltiples irregularidades en algunos colegios, en el traslado de las urnas y el voto de personas fallecidas. Pero lo hacían con el tono de los perdedores.

Salí a desayunar a la calle. *La Prensa* ya había salido, proclamando con rotundidad la victoria del PLC. *El Nuevo Diario* no aparecía. Pensé que aquella nueva derrotara electoral y, sobre todo, lo descafeinadas que habían sido las propuestas electorales sandinistas, me alejaban un

poco de aquel proceso que para mucha gente había supuesto la posibilidad de que una parte del planeta, aunque fuera minúscula, caminara en una dirección contraria a los aires imperantes; esto es, que los ricos fueran más ricos y los pobres, más pobres, más miserables y más castigados por todo tipo de males.

Mi manera de encajar esta nueva derrota fue coger la mochila y alejarme lo antes posible de Managua.

18. De la artesana Masaya a la burguesa Granada

Conocido el resultado de las urnas, me entraron unas enormes ganas de convertirme en un anónimo turista y disfrutar el resto del viaje del modo más placentero posible. En cualquier caso, era difícil olvidar sensaciones añejas, querencias y afinidades que habían permanecido por años. Y eso inducía a transitar por caminos ya trillados, al menor descuido.

La carretera que unía Managua con Masaya era buena y llana, y la distancia corta, menos de treinta kilómetros. Viajar por el trópico tras la época de lluvias es siempre un espectáculo vivo y colorido, dominado por el verde.

Hacia el mediodía llegué a Masaya. Si se observan los planos de las principales ciudades nicaragüenses —exceptuando Managua, que aparece como un enjambre de barrios entre un laberinto de carreteras—, todas están trazadas con tiralíneas. Las montañas, en muchos casos volcanes humeantes, suelen ser el fondo del escenario. La franja costera del Pacífico alberga a la mayoría, pero todas están a una prudente distancia del mar. De ese modo se las quiso prevenir, al fundarlas, de los ataques por vía marítima. Sólo los puertos de San Juan del Sur y Corinto se abren a las costas del Pacífico. Cuando hablamos de la caribeña, casi despoblada y prácticamente incomunicada, todo adquiere una dimensión diferente.

La mayoría de las ciudades ofrecen al turista una sensación de sosiego. Amplias calles, casas de una planta, pocos vehículos, caminantes sin prisa y paradas largas para el saludo. Se sabe que hay más vida, que la gente está trabajando en las casas o en pequeños talleres, pero apenas se percibe, si exceptuamos los mercados y sus alrededores.

En Masaya, bajo el sol del mediodía, se había detenido el tiempo. Sin embargo, en los años de la revuelta, fue una ciudad muy agitada. Las insurrecciones espontáneas de sus barrios indígenas pusieron en jaque varias veces al somocismo y obligó a ponerse las pilas a los sandinistas, que se veían desbordados por la bravura de sus habitantes, los cuales, camuflados tras sus tradicionales máscaras de carnaval y lanzando bombas caseras de contacto, se rifaban la vida frente a los guardias. El barrio indígena de Monimbó pasó a la historia de la toponimia rebelde. La ciudad fue refugio de una columna de 30.000 managuas que, rompiendo durante la noche el cerco tendido en la capital, hicieron

el camino atravesando los campos, sin que fueran detectados. Fue el llamado “Repliegue”, que los sandinistas celebran cada año recorriendo a pie la misma ruta que hace años abrieron los guerrilleros. Hoy en el apacible Monimbó —que dormita alrededor de la bella iglesia de La Magdalena exhibiendo sus tiendas de artesanía, sus talleres de hamacas, maderas talladas, tapices y máscaras—, apenas quedan vestigios de aquellos hechos.

Masaya se levanta al borde de la laguna que lleva su nombre. Del otro lado, el volcán. Había visitado en dos ocasiones el Parque Nacional que bordea su falda; la primera caminando desde la entrada y la siguiente en taxi hasta la misma boca del cráter de Santiago, el más grande y activo. En su interior se han formado unas cuevas en las que se refugian millares de loros, siempre emparejados, que no le ponen mente a las continuas emanaciones de humo azufroso. Desde el borde del cono se podía observar, allá abajo, el iris incandescente del gigante cuando el viento disolvía un instante la densa nube de vapores emergentes.

Hace ya muchos años, el fraile Blas del Castillo, creyendo que era oro fundido una corriente roja que se veía en el fondo del volcán a través de unas grietas, organizó en secreto una expedición y descendió con audacia por el cráter, sin preocuparse por el humo y el calor que desprendía. Se subieron aparejos, cuerdas y garruchas hasta la cima de la montaña y “fijaron una gruesa viga a la orilla del cráter haciéndola avanzar cinco pies sobre el abismo y, por su extremidad, en que se colocó una gran roldana, fue descolgado el explorador desde 270 varas...”. Descubierto el atrevido proyecto por el gobernador, hizo practicar en su presencia un nuevo intento del mismo fraile, que fue izado cargado de piedras calientes sin ningún valor mineralógico. A partir de entonces se le prohibió que continuara exponiendo su vida en tan vana y temeraria empresa.

Más que la impresionante vista desde la cima y los densos brochazos de todos los rojos de un atardecer incendiado, el viajero añoraba la buena compañía, el paseo hasta el lago en una rudimentaria calesa, la complicidad en la conversación y los gestos compartidos con quien llegó de lejos para visitarle.

Me senté un rato a la sombra de una ceiba, bajo la cual había una maqueta del volcán con vocación de monumento infantil coloreado y, desde aquel refugio, mientras la imaginación planeaba sobre la yerta representación de cemento, tomé nota de la leyenda escrita en la base:

Que bonita que es Masaya
tiene dientes de marango
mejillas tiene de mango
y labios de pitahaya.
Su tocador es de playa
su alma tan sincera y franca
como la yuca es de blanca,
la yuca del almidón.
Y sus bellos senos son
Coyotepe y la Barranca.

Augusto F. López

Masaya es famosa por su artesanía, sobre todo por sus hamacas de algodón tejidas a mano. En sus mercados se podía adquirir todo tipo de productos, elaborados en la propia ciudad: cerámica y alfarería, calabazas talladas y pintadas, coloridos cestos y esteras tejidas, muñecas de algodón de todos los tamaños, tallas en madera, marimbas, joyería de coral, artículos de cuero y de piel de cocodrilo, serpiente o iguana. Y hasta caimanes disecados, ranas embalsamados y un montón de cosas, la mayoría inútiles, de todo tipo y color.

Pero no quería cargar peso en la mochila. Masaya está a un tiro de piedra de Managua y podía regresar para comprar regalos para los amigos.

La sensación de estancamiento y declive de ésta ciudad se hacía más aguda mientras llegaba en taxi a la central de buses. Los baches proporcionaban un bamboleo continuo y la propia estación era un puro polvazal, con los vehículos desparramados en un inexplicable desorden.

Cuando el bus para Granada llegó a la carretera, después de haber castigado duramente sus amortiguadores y los de los pasajeros, parecía que se regresaba al progreso.

Granada conserva todo el esplendor de la época colonial, cuando por su puerto lacustre entraban todas las mercaderías provenientes de Europa y del Caribe. Su riqueza fue siempre codiciada por los piratas, que la asediaron y tomaron en múltiples ocasiones. La primera fue en 1660. El holandés Jan Davis y sus hombres remontaron el río San Juan, cruzaron el lago y desembarcaron sigilosamente, en mitad de la noche, arrebatando cuanto pudieron a sus confiados habitantes. Finalmente, uno de los vecinos logró repicar las campanas y los piratas, que eran

pocos, huyeron para no ser capturados. Tras este ataque y otros similares, se mandó construir el castillo de San Carlos en el año 1666, justo en la confluencia del río con el lago.

Confiando en las defensas de San Carlos, los granadinos bajaron la guardia y cinco años más tarde fueron de nuevo sorprendidos por nuevos piratas que, al mando del filibustero Gallardillo, se habían posesionado previamente de la fortaleza, que les fue entregada a traición. Después de destruirla, navegaron sin ningún problema hasta Granada, que fue saqueada de nuevo. Además, un buen número de mujeres y hombres fueron raptados por los invasores antes de retirarse. Como consecuencia de estos sucesos, la metrópoli decidió construir una nueva fortaleza en mitad del cauce del San Juan, frente a los raudales de Santa Cruz. Allí existía ya un presidio, que fue fortificado y bautizado como el Castillo de la Concepción. La seguridad aumentó, pero el comercio, tan floreciente en otras épocas, siguió languideciendo, ya que los piratas apostados cerca de la desembocadura del río en el Caribe, seguían controlando el tráfico marítimo.

Fue de nuevo invadida en 1685, pero ahora por el otro costado. Una tropa de piratas franceses e ingleses desembarcaron en Escalante, un puerto del Pacífico situado a tan solo veinte leguas al oeste de la ciudad. Una vez adueñados de la ciudad, los asaltantes pidieron rescate por la población, dando tan sólo un día de plazo para satisfacerlo antes de que llegasen refuerzos, y como no se les pagó con prontitud, incendiaron el convento de San Francisco junto con dieciocho de las mejores casas, saquearon la población y se retiraron.

Pese a la decadencia general del país, Granada siempre consiguió florecer y prosperar económicamente. A principios del siglo XVIII, en sus inmediaciones se alzaban 11 trapiches de azúcar, se asentaban 52 hatos de ganado y florecían los huertos junto a una veintena de cacaotales.

Desde entonces la ciudad vivió una historia menos agitada, constituyendo un bastión de la burguesía conservadora y, por no haber sufrido las embestidas de la última guerra, con un poco de restauración y otro poco de pintura, luce como un pastelito multicolor. Proliferan las bellas mansiones coloniales de columnas y puertas de nobles maderas centenarias, desde las que se pueden observar los frescos patios interiores. Si no está declarada todavía Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, tiene clara vocación de candidata.

El hospedaje Esfinge era un caserón de techos altísimos, frente al mercado. La ausencia de personal indicaba un escaso trajín de huéspedes. Pero se veía limpio, decorado con murales y artesanía, y la entrada transmitía cierta sensación de confort. Cuando apareció la encargada, tal vez por verme cargado con mochila, me ofreció una habitación colectiva con ocho camas que, dado lo tarde que era, parecía que no fuera a ocupar nadie ese día. Por si acaso, me instalé en una doble y me fui a dar una vuelta.

Granada fue fundada en 1524. Es la ciudad más antigua, en tierra firme, del continente americano. Asentada entre el volcán Mombacho y el Gran Lago, su parque central alberga numerosos edificios oficiales junto a otros de la burguesía de más abolengo, algunas de cuyas mansiones se habían transformado en flamantes bancos o habían pasado a ser de uso público, en la no lejana marea popular.

Ese era el caso del Palacio de la Cultura, que albergaba una galería de arte y patrocinaba eventos musicales, danza, poesía y teatro. En su vestíbulo, bajo una imponente lámpara de lágrimas de cristal, se estaba desarrollando aquella tarde una clase de karate. El profesor, enfundado en su kimono, marcaba los movimientos y golpes. En su muñeca, un dorado reloj de pulsera. Los alumnos, con vestimentas diversas, trataban de imitarlo, descalzos sobre las baldosas del suelo, sin colchonetas.

La catedral no tenía excesivo interés. Sobre su puerta principal destacaba una amplia terraza balconada, sostenida por columnas jónicas, más propia de un ayuntamiento o de una sede gubernamental, desde donde se podía imaginar como personalidades ilustres de antaño se dirigían a las multitudes congregadas en la plaza. Ésta se asentaba alrededor de un bonito parque rebosante de palmas reales, donde no podía faltar el monumento a la madre y un obelisco en honor de Rubén Darío. También un kiosco de música. En un lateral, el elegante hotel Alhambra. En las mesas de su terraza, turistas de alto presupuesto conversaban haciendo tiempo antes de la cena.

Era la única ciudad del país donde el turismo se hacía notar. Es pequeña y en su centro histórico y en La Calzada, una amplia avenida que baja hacia el muelle del lago, me tropezaba con frecuencia con mochileros. Además de los turistas, se veían muchos gringos jóvenes que seguían cursos de español. Se hospedaban y alimentaban en modestos establecimientos, y daban un tono informal y colorido al paisaje urbano. Numerosas placas de bronce o latón colgaban de las

paredes de los edificios más singulares, recordando hechos históricos. La cooperación española había rotulado con azulejos las calles más importantes, recuperando sus antiguos nombres.

Cuando pasé junto al hospedaje Cocibolca me quedé husmeando, dudando si entrar. En el salón tenían cabinas con ordenadores y pensé en enviar varios correos electrónicos. Sobre una gran mesa de madera unos norteamericanos comían piñas, mangos y bananas, mientras otros vocingleraban frente a un televisor en el que pasaban una película de vídeo en inglés.

—*Camon guy, don't be afraid* —me lanzó una gringa con pinta hipiosa, entrada en años y carnes.

Salí corriendo.

Las casas coloniales a lo largo de La Calzada mostraban herrumbrosos tejados y columnas de madera, algunas de las cuales parecían puntales retorcidos, y fachadas simples con numerosas puertas y escasas ventanas. En sus proximidades varias iglesias antiguas.

El convento de San Francisco, al que el pirata Walker le pegó fuego, fue posteriormente reconstruido. La iglesia original databa de 1585 y en ella había predicado fray Bartolomé de Las Casas. La fachada, pintada de azulete, tenía tres puertas de madera entre columnas que se prolongaban en una planta superior. Sus laterales lo formaban sólidas murallas almenadas. Poco más allá, en la calle del Cisne, un edificio albergaba la "primera iglesia evangélica de Centro América".

De vuelta al hotel, una camioneta con altoparlantes anunciaba la muerte de una vecina e invitaba a acompañar a la familia en el duelo. Los más pobres se conformaban con fijar con chinchetas hojas fotocopiadas en los troncos de los árboles y postes de la luz.

En la puerta me encontré con la muchacha que hacía de recepcionista. Sentada en una rústica mecedora, daba el pecho a su bebé con cara de aburrimiento. Los rasgos de su cara eran todavía los de una adolescente. Claribel me invitó a sentarme junto a ella y estuvimos hablando del turismo y de la ocupación hotelera. Frente a nosotros unos tiestos de flores de pétalos negros y rojos. Le pregunté si simbolizaban sus afinidades políticas o si estaban allí por casualidad.

—He votado sandinista pero que no entiendo de política. Al vigilante nocturno si que le gusta platicar de esas cuestiones.

Al poco se retiró para acostar a su niño. Su porte, entre indolente y cansina, no se correspondía con su edad. Me pareció que reflejaba una especie de resignación ante la temprana maternidad, y las escasas posibilidades que la vida podía ofrecer a una mujer como ella, en aquel lugar.

Me quedé leyendo en una de las mesas del vacío y poco iluminado restaurante del hotel. Al poco apareció el vigilante. Como me vio con libros y tomando notas, saludó y se puso a dar vueltas, como estirando las piernas. Le invité a sentarse.

Era un joven chaparro y fuerte y, aunque tenía veintinueve años, sus rasgos eran aniñados. Cuando hablaba lo hacía con tal suavidad, que en España parecería que fuera algo afeminado. Su manera de expresarse me recordaba la de Benito, el marido de Karime, que te contaba las cosas más atroces con la afectación de un párroco finolis. A ello contribuía, sin duda, la suavidad de la fonética nicaragüense.

Se llamaba Mauricio Antonio López García. Comentó con cierto fatalismo los resultados electorales. Estaba bastante decepcionado con la dirección del Frente, pero era un votante fiel al que no le gustaba nada la opción que había vencido. Siendo casi un niño había participado como guerrillero en la llamada Ofensiva Final y, más tarde, realizado su servicio militar en un BLI durante los últimos años de la guerra, cuando se pretendía asestar un golpe definitivo a los contras, chocando con ellos mediante tácticas de lucha irregular. En su persecución hasta penetró alguna vez en Honduras. Fueron dos años muy duros. Muchos de sus amigos y compañeros murieron. La ofensiva fue menos victoriosa que lo que la propaganda oficial anunciaba y, aunque el enemigo recibió duros reveses, no fue derrotado definitivamente. Sin embargo, la otra parte estaba agotada. El gobierno ocupaba el 59% del presupuesto nacional en defensa, las políticas sociales se resentían, el córdoba se devaluaba con inflaciones anuales que llegaron al final hasta el 7.000% —la gente iba a comprar llevando el dinero en cubos, se pagaba por volumen de billetes— y el país estaba exhausto. La presión del imperio no iba a cejar si ganaban los sandinistas y ese era el crédito y el programa que exhibía la contra.

Mauricio vivía en el hospedaje. Durante la noche hacía de vigilante y por el día diversos recados y tareas. El trabajo no era duro pero tenía que estar las veinticuatro horas disponible. Residía en Masaya y estaba casado. Sólo tenía un día libre a la semana para estar con su mujer, aunque con su bicicleta se fugaba algunas tardes y no le importaba

pedalear duro bajo el sol para hacer alguna siesta con su compañera. Había que estar en forma y motivado para hacer dos veces, en poco rato, los 18 Km. con su vieja bici.

Entendía de mecánica pero ahora no encontraba trabajo en su oficio. También había sido estibador y pescador, y pasado unos años en una de las islas de Solentiname, viviendo y trabajando en las cooperativas de artistas y artesanos que, impulsadas por Ernesto Cardenal, se habían desarrollado en el apartado archipiélago del lago en décadas pasadas. Ahora, abandonada la protección oficial, la amyoría estaban en la ruina (en la página *web* de Solentiname, aparecen como un buen reclamo turístico, con tours organizados). Las empresas grandes se habían comido a las pequeñas y, entre dos o tres familias, controlaban el nuevo negocio, quedando para la historia la cooperación solidaria original. Cuando días después, desde las alturas del fuerte de San Carlos, divisé la isla más grande del archipiélago y los islotes adyacentes, e investigué si había algún barco que hiciera la ruta de modo regular, la respuesta fue negativa. Había que buscarse la vida con cualquier pescador o comerciante que quisiera llevarte en su barca. Desistí, ya que andaba justo de tiempo. Pero estaba claro que no se generaba suficiente riqueza como para requerir un transporte regular. Los pequeños núcleos de población sobrevivían con la pesca y lo poco que daba la tierra, aislados y dejados de la mano de Dios. De aquel comunismo primitivo con tintes religiosos que cultivó el monje trapense y célebre poeta Cardenal, que me contaba Mauricio, sólo restaban las cenizas.

—Si hasta el cura se ha quedado una isla para el solito —concluyó. (Al día siguiente pude comprobar que el amigo Mauricio, todo candor e ideología clara, la propaganda y los mensajes que difundían los que ahora mandaban, le habían comido el tarro. No era cierto que Cardenal poseyera ni isla, ni nada).

Continuamos hablando del fraile. Le comenté al muchacho que la primera vez que me topé con él fue precisamente en Granada, a unas pocas cuadras de donde estábamos, en la inauguración de una sala de exposiciones en la que se exhibían unas enormes esculturas talladas sobre piedra negra, volcánica, que representaban personas con extremidades de felino y cabezas de pájaros, jaguares y otros animales. En mi guía no venía recogido ese museo y no lo había podido localizar.

—Eso está en la Casa de los Leones.

—¿Y dónde queda?

—En el lateral prolongado del parque.

—¿Todavía la dirige Cardenal?

—Por supuesto. Es el presidente y allí acude de vez en cuando a hacer sus reuniones.

Se nos hizo bastante tarde platicando. Fuimos saltando de un tema a otro. Hablamos de las piezas de artesanía masaya que colgaban de las paredes y también de su escaso sueldo, imprescindible porque, de momento, no encontraba otra cosa, aunque siempre tenía la vista puesta en los talleres de coches. También nos dio para el chismorreo. El dueño del hotel era un viejito alemán de sesenta años que había formado pareja con Claribel, la muchacha "que le había dado un hijo".

A la mañana siguiente, lo primero que hice fue ir a visitar la Casa de los Leones. Gracias a las indicaciones de Mauricio la encontré enseguida. Tras visitar el museo me pareció un fallo garrafal que la *Lonely Planet* lo hubiera olvidado, ya que lo considero el de más valor de toda Nicaragua, por la antigüedad milenaria de las piezas exhibidas, y la belleza y gigantismo de las mismas. La restauración de la mansión era magnífica. Allí se había metido mucho dinero.

El tipo que estaba en la puerta —tras una pareja de leones de piedra— era lo más parecido a un rancio bedel español de antaño. Me miró de arriba abajo, catalogándome como visita de poco peso, tal vez porque mi atuendo se correspondía con el de un visitante insignificante desde la altura de su bigotito y su impecable guayabera blanca. En el hall olía a iglesia y a rancio. Tras pagar la entrada, observé junto a la ventanilla varias placas conmemorativas de inauguraciones y aportaciones, repletas de nombres insignes. Como no leyera el de Ernesto Cardenal por ninguna parte, me sentí con derecho a preguntarle al portero sobre la ubicación del antiguo ministro de Cultura dentro del organigrama de la institución. Su respuesta fue contundente:

—Ese señor ya no tiene nada que ver con esta institución. Hace tiempo que no viene por aquí.

Recalcó sus palabras con un gesto de autocomplacencia. Creí adivinar la continuación de sus pensamientos: "Y después de que hemos vuelto a ganar las elecciones, tardará años en pasearse por nuestras estancias".

Estaba claro que el hipotético patrimonio e influencias de Ernesto Cardenal, distaba mucho de lo que opinaba el amigo Mauricio. Rastreando en Internet mientras escribo, descubro que el antiguo propietario

de la Casa de los Leones era un tal Julio Cardenal. Tal vez la coincidencia de apellidos fuera utilizada por radio macuto para atribuir, de modo interesado, la propiedad al fraile. Además, leo en la pantalla una leyenda que se le había pasado al turista: "Viva Don Fernando VII, 1809".

Entré en el museo dispuesto a darme, si no un baño de cultura, por lo menos una ducha. La cooperación sueca y danesa debía haber invertido muchos dólares, porque la catalogación y documentación acerca de las vasijas, collares y demás objetos precolombinos, era eficaz y pedagógica. También la reproducción de los distintos hábitats y refugios de los antiguos pobladores nahuas, chorotecas, olmecas y toltecas que, provenientes de México, poblaron los alrededores del lago Cocibolca. Los primeros restos de su presencia se remontaban a diez mil años antes de Cristo.

La vieja casona sobre la que se asentaba el actual museo fue incendiada, cómo no, por el pirata Walker. Tras el edificio colonial de dos plantas que albergaba archivos, biblioteca y talleres, se abrían tres espaciosos patios ajardinados bordeados por amplios corredores, que acogían numerosos restos arqueológicos y daban paso a otras salas con más piezas antiguas. La guinda continuaba siendo la gran sala de las enormes estatuas precolombinas que combinaban miembros humanos y de animales. Esculpidas en piedra volcánica gris, algo porosa, recordaban antiguas representaciones asirias y egipcias.

Antes de volver al hotel a recoger el equipaje, me despedí de Granada comprando un par de libros de poesía, uno Vidaluz Meneses y otro Tomás Borge, de segunda mano, pero a precios altos porque ya no circulaban. Pesaban poco y fueron buenos compañeros de viaje.

19. El hotelito que se llevó el maremoto

Mi siguiente destino era Casares, un minúsculo pueblito a orillas del Pacífico, ideal para pasar unas vacaciones. Aunque la distancia desde Granada era relativamente corta, era necesario pegar varios saltos cambiando varias veces de bus. La terminal estaba contigua al cementerio y mientras se hacía la hora de partir fui a echar un vistazo.

El cementerio era coqueto. Sus tumbas y mausoleos de mármoles blancos y negros me recordaron, en pequeño, el cementerio de Colón en La Habana. Éste último recibe 70.000 visitas anuales y es un reclamo turístico. En el de Granada estaba sólo rodeado de los antepasados ilustres, cuyos apellidos había visto repetidos en las placas de las estatuas de la ciudad: Pallais, Chamorro, Lacayo, Cardenal, Devaile,… Debía de haber otro más grande y popular, porque éste estaba atestado y completo.

El bus iba medio vacío, pero no podía faltar el representante farmacéutico de turno. Los productos que pretendía endosar limpiaban la sangre, aumentaban la memoria y aclaraban la orina roja y amarilla. Íbamos bordeando el Mombacho, en cuyas laderas crecían los cafetales hasta la parte media de sus escarpados 1.345 metros, erguidos sobre las orillas del lago. Sus faldas estaban ribeteadas por orquídeas salvajes, bromelias, helechos y rocas cubiertas de musgo. La parte superior, hasta el mismo cráter, estaba revestida por una densa nebliselva que albergaba entre sus árboles una importante colonia de monos congos cuyos gritos se oían, a veces, desde el llano, donde se cultivaba el arroz.

En la estación de buses de Nandaime, primer transbordo. Cabras desportilladas ramoneando, mujeres dando de mamar a sus hijos en los bancos protegidos por sombrajos, un niño que vendía periódicos, chóferes ociosos que los comentaban y unos pocos pasajeros indolentes. Luego, otro autobús hasta Jinotepe atravesando plantaciones de bananos, maíz y caña. Mangos y jícaros salteados a lo largo del camino. Después otro bus para Diriamba. Los trayectos siempre eran muy cortos en cuando nos desviábamos de la Panamericana

A la entrada de Diriamba, un circo estaba levantando su carpa junto a los típicos camiones y remolques, mientras los saltimbanquis desfilaban como reclamo. Exhibían un elefante de tamaño medio y largas orejas caídas, y un piojoso camello desorientado cuya piel parecía que se estuviera deshilachando, como la de un perro enfermo. Contiguo al circo, una feria con su noria como principal atracción.

Una vez vino apareció en Limay una feria ambulante. Recuerdo la minúscula noria de gruesos hierros cuya tracción no era eléctrica, sino manual, accionada mediante varios juegos de engranajes y poleas que potenciaban el esfuerzo del brazo. También un balancín movido por el mismo procedimiento. Los niños danzaban a su alrededor. Hubo un accidente, pero yo me enteré a la medianoche, cuando todos estábamos durmiendo. Dieron unos golpes en la puerta de mi cuarto, que tenía una de salida a la calle.

—¿Quién anda?

—Buscamos a Daisy. Hay una urgencia en el centro médico.

—Un momento. Voy a avisarla.

Pero cuando estaba quitando la tranca que daba al patio, se me apareció don Juan, su papá, de malas pulgas.

—Que vayan a buscar a otra. Siempre vienen a por Daisy. Ni modo —y despidió al mensajero con cajas destempladas sin abrir la puerta. Y es que nosotros vivíamos junto al centro de salud, y por lo visto siempre acudían a la enfermera más cercana.

Al poco volvieron a tocar a la puerta. Esta vez era el doctor Julio, brasileño, amigo, muy buena gente. Le abrí la puerta. Insistió en que despertara a Daisy porque era muy urgente.

—No puedo, Julio. Don Juan se puso bravo. Me tira de la casa.

Julio blasfemó en varia lenguas.

—Pues ayúdame tú.

—Un momento, voy a vestirme.

—Así va bien.

Iba en "calzoneta" como dicen los nicas; llevaba puesto sólo un pantalón de deportes corto. Daisy se había levantado, pero don Juan le prohibía salir. Sin lavarme, me puse una camiseta y me fui con el doctor.

Jugando a colgarse en la vagoneta del balancín el niño había sido izado y su cabeza se había estrujado contra uno de los hierros de la estructura. Resultado, un pómulo tumefacto y hundido, el cráneo machacado y una oreja medio desprendida.

Un grupo de familiares estaba en la puerta del dispensario. En el cuarto de curas había unos cuantos más. Aquello parecía una romería. Julio los despachó a todos, excepto a la madre del herido, aunque una

hermana se quedó también revoloteando. Pusimos una sábana limpia sobre la mesa de curas y allí tendimos al niño. Tenía once años, pero su cuerpo era tierno y frágil, como si tuviera menos edad. Estaba como adormilado. Julio le enfocó la cabeza con un flexo. Aquello tenía mal aspecto.

Cuando el doctor levantó la toalla que cubría la cabeza del niño, vi que aquello tenía mal aspecto. El médico empezó a cortar el cabello para despejar la zona. También limpiaba con algodones impregnados de un antiséptico. Luego empezó a abrir cajas que contenían material quirúrgico y a rebuscar pinzas, tijeras y agujas. Ponía cara de desagrado; no disponía del material apropiado. A continuación se lavó las manos. Me indicó que le abriera una bolsa con guantes de quirófano y se los ajustó con habilidad.

La herida tenía forma semicircular y le surcaba todo el lateral derecho, sobre el occipital, prolongándose por la oreja hasta la mitad de la mejilla. Cuando Julio levantó la parte afectada, la cabeza parecía un melón despanzurrado por un golpe y la oreja del niño aparecía medio desprendida. Debajo de la tapa se veían una zona blanquecina. Una zona del cráneo estaba hundida, aunque no sangraba.

Cuando el médico empezó a maniobrar en la zona craneal sentí que me mareaba. Debajo de la epidermis se veía una superficie blanquecina, de unos cinco centímetros de diámetro, sobre la que Julio restregaba unas gasas sujetas con pinzas, empapadas en desinfectante. Frotaba y frotaba con energía y pensé que aquello le estaría produciendo lesiones al herido, pero que era necesario para evitar una infección que, sin duda, le supondría la muerte. En realidad aquello era sólo un hueso, aunque desportillado. Mi imaginación e ignorancia había interpretado que se trataba de la membrana cerebral, la duramadre. Después de las explicaciones médicas me recuperé. Aunque, allá dentro, yo seguía viendo un poco de la corteza cerebral en el interior de un agrietado hueso.

El niño estaba medio inconsciente, pero cuando Julio comenzó a limpiar la herida se despabiló, comenzando a gemir y a moverse. Acabó pataleando. Yo lo sujetaba como podía. Su hermana tuvo que echar una mano. El pequeño llamaba a su madre.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Julio.

—Rubén.

—¿Y cuántos años tenés?

—Doce.

Se le veía pequeñín, medio raquítico.

—Pues ya sos un hombrecito, vos. Tenés que hacerle *güevo*.

Silencio.

—¿Va a hacerle *güevo*, o no?

—Sí.

—Pero no me mueva la cabeza.

Julio protestaba porque las agujas no eran las apropiadas. El hilo tampoco. Se le quebraba con frecuencia y tenía que volver a enhebrar. El galeno invocaba a todos los muertos y blasfemaba.

Cuando acabó de apañarle la tapa desprendida del cuero cabelludo, el cirujano se relajó. Todos nos relajamos. Parecía mentira que la madre no mostrara síntomas externos de preocupación. Sin duda no era consciente de la gravedad de las lesiones. Los familiares también fueron entrando y hasta se hacían comentarios chistosos. Julio empezó a darle puntadas a la oreja derecha medio desprendida. Estaba claro que no le preocupa en exceso la estética. Tampoco podía hacer mucho más con el instrumental de que disponía. De cualquier modo, las cicatrices en el medio rural se ostentan con una especie de orgullo, como el de algunos militares con su ristra de medallas. Luego le tocó el turno al remiendo del pómulo. La herida le llegaba casi hasta la boca. El niño iba a quedar "guapo" y de mayor podría vanagloriarse de lo travieso que había sido de niño. Si no le cogía una infección y sobrevivía.

Rubén aguantó bien, medio inconsciente. Después de dos horas su cabeza parecía un balón remendado, la oreja estaba zurcida y un costurón le recorría la mejilla.

Se quedó en el centro de salud el resto de la noche. Por la mañana se consiguió un vehículo para evacuarlo al hospital de Estelí. El pronóstico de Julio era que si en tres días no le sobrevenía una infección, estaba salvado. Del hundimiento craneal no sabía si le quedarían secuelas. No volví a saber nada más del pequeño Rubén.

Paseando por la terminal de buses de Diriamba, mientras esperaba para hacer mi último transbordo del día, observaba el ajetreo de *rickshaws*, tanto a pedales como a motor. Nunca los había visto en Nicaragua. A alguien se le habría ocurrido la brillante idea y pululaban con paquetes y pasajeros. Me acerqué a uno de los motocarros. En letras niqueladas venía su marca y procedencia: BAJAJ-RE, INDIA.

El trayecto hasta Casares transcurría por una carretera solitaria entre plantaciones y bosquecillos de jícaros, cornezuelos y piñuelas, que luego iban dando paso a una sabana de matorrales. Conforme nos íbamos acercando al mar sentíamos la humedad y la brisa. Bandadas de pájaros negros revoloteaban a nuestro paso e imaginé que eran de saltapiñuelas, abundantes en la región.

Cuando entramos en el pueblo le indiqué al conductor que me dejase lo más cerca posible del hotel, cuyo nombre no recordaba. Descendí cerca de donde los pescadores arrastraban sus barcas hasta la arena. El paisaje me resultaba conocido, pero no localizaba el hotel de maderas pintadas de verde, que quedó grabado en mi memoria tras varias estancias.

En mi guía ni siquiera aparecía el nombre de Casares, aunque es un magnífico lugar que en su día fue tradicional refugio y descanso de cooperantes. Desde las habitaciones del hotel se podía observar el continuo trajín de pescadores, día y noche, y el reparto y subasta de la pesca. El restaurante siempre estaba animado, se escuchaba música y corrían las cervezas. Toda la planta baja la formaba un amplio comedor, levantado sobre columnas de madera, sin más obstáculos para que corriera el aire. Desde las mesas se podían ver las puertas de las habitaciones del primer piso alrededor de una balconada interior, que formaba una especie de corrala.

Pregunté por el establecimiento y me indicaron una dirección alejada. Pero yo intuía que debía estar cerca. Tal vez había otra carretera paralela a la costa y un escenario parecido. Mi tozudez cedió ante las claras indicaciones de las vendedoras de pescado. Incluso me pusieron a un chavalito para que me guiara, pero rechacé la oferta porque estaba seguro de que estaba junto al mar y que lo localizaría. Después de diez minutos de marcha el hotelito no aparecía. Pregunté a un paisano, luego a una mujer, y ambos me decían que estaba en la dirección correcta. Ahora caminaba cerca de unos acantilados que reconocí y, aunque no dudaba que llegaría a algún lugar donde poder pernoctar, estaba seguro de que no sería el mismo al que mi cabezonería y mis recuerdos me

querían guiar. Aquel paraje estaba solitario y si uno carga mochila, pero no anda acompañado, lo que busca es gente. Los paisajes bucólicos sólo acrecientan la sensación de soledad. Volví sobre mis pasos.

De nuevo en el pueblo, pregunté por un lugar donde dormir. Me indicaron uno situado justo en el lugar de donde había partido. De la puerta colgaba un minúsculo rótulo que antes me había pasado desapercibido: Hotel Casino. Pero no tenía aspecto de hotel. Era una planta destartalada, una especie de galpón, donde unos jóvenes jugaban y daban voces alrededor de un par de mesas de billar. Entré a preguntar. Detrás de un ventanucho que daba a una cocina con pinta de residencia familiar, una mujer joven me atendió. No veía habitaciones por ningún lado, pero la dueña me ofreció cama por cien pesos. Quise verla primero. La doña pegó un grito al que parecía encargado de los billares y, cuando el hombre se acercó, le dio una llave. Lo seguí hasta las mesas de juego. Allí desenllavó un candado que daba a un cuartucho que parecía más bien un almacén. Dentro había dos camas, una silla y un agujero de forma rectangular, protegido por una malla metálica, que hacía las veces de ventana. Fuera, a un paso, las barcas y el mar.

No tenía claro si quedarme allí. Fui para preguntarle a la señora.

—Recuerdo un hotel, junto al mar, donde hace unos años dormí varias veces…

—Es éste, el hotel Casino. Pero si quiere un buen hotel, hay otro unos kilómetros más adelante.

—Pero aquí mismo había uno de dos plantas, con un restaurante…

—Éste, pero se lo llevó el maremoto, una gran ola, y no quedó nada. Bueno, quedaron las baldosas.

Con los restos habían compuesto aquel antro para tomar y jugar billar.

Me quedé. En la playa, los antiguos cayucos —troncos de árboles vaciados, manejados con rudimentarias palas de madera— también habían desaparecido. Habían sido sustituidos por barcazas de fibra con motores fuera borda. Con aquellos rudimentarios cayucos había presenciado sacar del mar enormes peces martillo de varios metros de longitud. Como las barcas eran pequeñas, no los izaban, sino que los arrastraban moribundos hasta la orilla. También algún que otro tiburón y, casi siempre, pequeños tiburoncitos del tamaño de un brazo. Solía comprar

uno de los más pequeños a pie de barca y me los preparaban con un machete, en dos tajadas longitudinales, limpias, sin espinas, que pasadas por la cocina del hotel resultaban muy sabrosas.

Les pregunté a los pescadores sobre las capturas, sobre sus nuevas barcas.

—Ahora tenemos que hacer más horas. Las redes vienen más livianas. Las camaroneras arrasan con todo, ya sabe, alevines, huevos, y enganchan hasta a los tiburones. Están acabando con nuestra ganancia.

Unas millas más al sur, cerca de la desembocadura del río Escalante, en la reserva llamada Chococente, salían a desovar por la noche miles de tortugas paslama (*Lepidochelys olivacea*). Llegaban por centenares en las llamadas "arribadas", no como la despistada que casi me pone los huevos encima la tarde de Poneloya. Entre los racimos de paslamas también arribaba alguna que otra gigantesca tortuga tora (*Dermochelys coriacea*). Pero ni el tiempo ni las pretensiones del viaje daban para excursiones naturalistas. Di un paseo por la playa y cuando cayó la luz, me acerqué al restaurante Los Ajillos, donde me despaché una contundente sopa de tortuga.

Frente al local se encontraba la Casa de los Pescadores, donde almacenaban los aparejos colectivos. Me invitaron a salir a pescar con ellos, pero hacían turnos de doce horas y desistí.

He estado de pesca varias veces en distintos mares. La última, en Sri Lanca, drogado por ignorancia tras tragarme la saliva producida por la mascada de yerba de betel que me ofrecieron los pescadores, consumidores habituales, y mareado además por la mala combustión del gasóleo del motor. Fue un auténtico suplicio e hice un ridículo enorme tirando hasta la última papilla. La experiencia era todavía bastante reciente y doce horas en una barquichuela balanceándose en el océano, las consideré excesivas para mi cada día más menguante intrepidez.

La luna asomó vergonzosa esa noche, dándole protagonismo a los luceros que competían en brillo con las bombillas de los trasmallos de las barcas que faenaban cerca de la costa. En el agua, a la altura de los tobillos, enjambres de luciérnagas acuáticas huían de mis pisadas.

Con el amanecer vino el ajetreo de los pescadores. Las vendedoras manejaban con habilidad rudimentarias balanzas, cuyos platos eran botes de hojalata desdoblados. Los perros retozaban, los *chanchos* hozaban impertérritos por doquier y una gran cerda negra amamantaba

plácidamente a sus retoños, mientras los motores de las lanchas se ponían en marcha. Unas barcas entraban en el agua y otras venían de vuelta. En un ambulante puesto de venta de comida y tabaco en medio de la arena, desayuné un café y unas pastas. Tras una hora de trajín, se fueron las furgonetas cargadas y los niños con los pequeños pescados que les habían regalado volvieron a sus casas.

La flota de Casares la componían una treintena de barcas. En ésta época sacaban sobre todo barracudas, jureles, corbinas y algún que otro lenguado.

Un niño lanzaba frente a las olas un hilo de nylon con un rudimentario anzuelo enganchado. Al poco había sacado un guapote. Me lo quería vender por un peso. En la lonja, formada en las aceras de un callejón contiguo, una balanza compartida por la veintena de vendedores, que me ofrecieron pargos y langostas cuando me acerqué a curiosear.

Era extrañó que no se arremolinaran las gaviotas, dado que había comida fácil. No veía ninguna. Me dijeron que llegaban por temporadas. Sin embargo, los pelícanos se estaban trabajando el desayuno, volando en formación a ras del agua, sobre la rompiente de las olas. Algunos zopilotes merodeaban en círculos altos. Un par de cayucos se acercaban a la orilla. Uno de los pescadores se lanzó al agua y se acercó nadando. Había olvidado algo. Todavía tenía el pulgar derecho de color pardo-violeta, indeleble durante unos días, con el que le tintaron en las elecciones. En el estero cercano correteaba una garza y revoloteaban libélulas rojas, pardas y violetas.

Era hora de darme un paseo antes de que apretara más el sol. Siguiendo la costa podría dirigirme hacia el norte, hasta el minicomplejo turístico llamado La Boquita, en la desembocadura del río Tepano, apenas unas decenas de bungalows ajardinados alrededor de unas grandes carpas de techumbre de palma que constituían las áreas colectivas, o marchar hacia el sur, hasta Huehuete, otro pequeño pueblo de pescadores. Conocía ambos y aposté por éste último.

Antes de partir pregunté por el horario de las mareas. Cuando subía el agua, el camino litoral se convertía primero en peligroso y después impracticable. Casi un kilómetro del recorrido transcurría por una balconada natural, rectilínea, que parecía haber sido tallada ex profeso para que el caminante disfrutara como si se tratara de un parque temático. Recordaba ciertos paseos de la costa mediterránea francesa, disimulados entre lajas y acantilados. Pero aquí el arquitecto era la naturaleza, que había diseñado un bulevar de una docena de metros de anchura,

trazado casi con tiralíneas, casi nivelado, que se abría paso entre las rocas talladas y el mar. Con la marea baja, las olas se agitaban tres metros más abajo, pero cuando subía, las bravas aguas del océano rompían con violencia y pegaban unos tremendos sopapos, como en el Malecón de La Habana un día de tormenta.

En medio del paseo —que dada su perfección, debería tener rotulado en placas su nombre como si se tratara de la avenida de una ciudad— se formaban hondonadas que podían utilizarse como piscinas, ante el peligro del baño junto a las escarpadas rocas. Éstas se convertían en pequeñas piscifactorías naturales, cuyo género se renovaba cada marea. Un niño y su padre las recorrían con detenimiento, atrapando con un largo pincho los cangrejos que no se apresuraban a esconderse en las oquedades, y algún que otro pez.

Una de aquellas pozas había sido profundizada y remodelada para el baño. Uno de sus bordes conducía a unas escaleras de piedra que trepaban por el acantilado. Imaginé que subían hasta una propiedad privada y ascendí para inspeccionar. Arriba me espera un magnífico hotel camuflado entre la espesura vegetal, cuya terraza se abría hasta el mismo borde del despeñadero. Más allá, una piscina vacía con un escenario hollywoodiano en un lateral, una pista de baile y las típicas setas de techo de palma repartidas por la explanada. No se veía un alma, pero estaba claro que mantener el complejo limpio requería algún personal.

Me colé, atravesé por delante de las habitaciones y divisé un camarero en el restaurante. Pedí un refresco. Acudió otro camarero. Ambos eran homosexuales y me empezaron a tirar los trastos. Me explicaron que a veces llegaban autobuses y se organizaban fiestas por todo lo alto, y que el dueño era un costarricense que vivía en los Estados Unidos.

El estilo del hotel tenía algo de artificiosa apariencia. Daba la sensación de que era nuevo y de que se mantenía sin haber sido todavía utilizado. En Europa estaría catalogado como de segunda, pero con mucho encanto paisajístico. También con pretensiones, entre ellas el precio: sesenta dólares la noche, el sueldo mensual de un obrero nicaragüense.

Desde el borde de la terraza la vista era incomparable. El precipicio se elevaba a más de cincuenta metros sobre el mar, y la vista se perdía sin que se apreciara rastro humano sobre la costa. Sólo algunas barcas faenando sobre un azul centelleante, minúsculas en la distancia.

Este hotel, de nombre Lupita, es al que me habían dirigido el día anterior. No era un lugar para venir sólo. Tanta belleza necesitaba ser compartida y, en aquel momento, sólo la podía compartir con uno de los camareros, que me seguía a todas partes, manteniendo la distancia, como un discreto guardaespaldas.

Volví a descender las rudimentarias escalinatas sobre el abismo. Más adelante, la plataforma rocosa se convertía en un par de cuchillas paralelas entre las que el agua se mezclaba con la arena y las olas que, ya rotas, se convertían en pozaladas de mar que rompían sin peligro.

Después de bordear un grupo de residencias deshabitadas, Huehuete, apenas unas casas sobre un estero en el que desembocaba un río, al que el mar parecía empeñado en construirle un dique de arena para impedir que desembocara. Daba la sensación de que las viviendas se ocultaran para esconderse del océano y que el reloj se hubiese detenido como en una fotografía colorista, pero sin vida. Tal vez Huehuete ya no existía. Tal vez estaba condenado a desaparecer como esos pueblos rodeados por las dunas del Sahara, en los que se percibe que pronto acabarán siendo sepultados, desapareciendo bajo la arena en cuanto sus escasos habitantes se descuiden un poco. Percibía que Huehuete se disolvería pronto, como un castillo de tablas levantadas junto al mar.

Mientras escribo lo recuerdo con las difusas formas de los espejismos. Recurro a Internet para ver si todavía existe. Existe, y sus habitantes exigen agua, porque sin agua no hay vida. Esto es lo que publica *La Prensa*:

"Con pancartas en mano, un grupo de representantes del balneario de Huehuete llegó hasta Jinotepe para exigir al alcalde un proyecto de agua potable, en vista que la falta del vital líquido es uno de los padecimientos más fuertes que enfrentan los lugareños. José Romero Mendieta, quien encabezaba la delegación de 40 personas, se quejó de que son víctimas del olvido por parte de la Empresa Nicaragüense de Acueductos y Alcantarillados (Enacal) y por las autoridades de la Comuna, mientras demandó una respuesta inmediata a su problema, dado que los dos pozos que hay en la zona no funcionan.

Explicó que dependen de la voluntad de los vendedores de agua que llegan cuando quieren, y, además, cobran un precio muy alto por el barril. Los pobladores expresaron que andaban sin bañarse, tras asegurar que muchos adultos y niños estaban enfermos de los riñones porque no tomaban casi agua.

Los huehuetenses lamentaron que, además de la falta de agua, también enfrentan una situación de extrema pobreza que está afectando a unas mil familias que habitan ese sector costero, a falta de medios de trabajo. Refirieron que hay 62 pescadores en Huehuete y sólo disponen de 6 lanchas para pescar, las que son alquiladas o prestadas, en algunos casos extremos, y que ameritan (merecen R.A.E.) ayuda para subsistir".

Sin agua potable, sin barcas para pescar, con una agricultura de subsistencia porque, en caso de que produjera excedentes, no tenían medios para el transporte y la comercialización, mis sensaciones turísticas tenían una base socioeconómica real. Huehuete no era más consistente que el hotel de Casares que un día se llevó el maremoto.

Localicé el único restaurante del pueblo, carente de rótulo. Camuflado tras unas matas y una tela metálica de gallinero, la entrada al corralito daba a una pista de baile de cemento con su esfera de espejitos y sus focos rojos, amarillos y verdes colgados de un chamizo de paja. En los puntales de madera que lo sostenían estaban amarrados un par de gallos por una pata, con poca cuerda para que no incordiaran demasiado. Las gallinas con sus polluelos picoteaban alrededor de ellos. Las mesas circundaban la pista. Detrás, una especie de elemental taller de carpintería donde un joven reparaba algo y, del otro lado, un tejado que albergaba un restaurante en el que alternaban más mesas con un sofá y algunos muebles caseros. Por esa parte trajinaban varias mujeres y retozaban sus críos. El ambiente era una mezcla de decorado almodobariano y atmósfera de Ripstein.

Me sirvieron una sopa de langosta. En un cuenco enorme flotaba una pequeña, varios cangrejos, grandes tropezones de pescados y morralla. Menos de dos dólares. Estaba bien rica, pero no pude acabármela.

Volví hasta Casares por el pétreo paseo de los acantilados. Luego cargué con el macuto y fui saltando de bus en bus en trayectos cortos hasta San Juan del Sur, donde pensaba pasar la noche. Al cruzar Diriamba pasamos junto a los restos de un antiguo fortín de la guardia medio destruido. A la salida del pueblo los campos de caña de azúcar estaban en plena floración. La vegetación abierta permitía divisar al oeste los humeantes volcanes de la isla de Ometepe.

¿Cuántas veces había pasado por ese tramo de la Panamericana que para mí significaba ir o venir de vacaciones? ¿Cuántas veces me había quedado dormido tumbado sobre los bultos de la baca del bus, trabando un pie entre los barrotes para no salir volando tras un brusco

frenazo? ¿Cuántos atardeceres de caja de bombones había contemplado desde esas atalayas andantes, manteniendo la alerta para que las ramas de los árboles no me rompieran la testa?

La policía prohibía que la gente viajara sobre los techos de los buses. Mientras estros circulaban por la ciudad, la norma se cumplía a rajatabla, entre otras cosas porque los cables eléctricos podían provocar un achicharramiento colectivo. Pero en la primera paradita a la salida de Managua, el conductor abría las puertas y la presión interior, superior a la de una lata de sardinas, se expandía hacia afuera, como si el contenido estuviera fermentado y contuviera gases. Los más vivos, los que se habían esperado a subir los últimos, si estaban ágiles se encaramaban por las escalerillas traseras hasta la parte superior donde, por el mismo precio, se podía disfrutar de tumbona, sol y aire. Además, en caso de accidente grave, siempre sería mejor salir volando que quedar aplastado entre tus semejantes.

Eran frecuentes los pinchazos, pues las llantas —como llaman los nicas a las cubiertas— se aprovechaban hasta que se les salían las costillas de alambre. En una de aquellas frecuentes paradas para cambiar los neumáticos, mientras estiraba las piernas, un par de adolescentes crediditas se me acercaron con el descaro habitual para determinadas cuestiones.

—¿De dónde es usted?

—De España.

—¿Usted es español?

—Sí.

—¿De la mera España? ¿De la madre patria?

Asentí con la cabeza

—¿Y que anda haciendo por Nicaragua?

—Paseando.

—Anda paseando. ¿Y de dónde viene?

—De Limay.

—¿Y para dónde va?

—Pues para Managua.

—¿Dónde es que se queda en Managua?

—En la Rotonda de los Cocos, cerca de la UCA.

—¿Vive usted allí?

—No, en Limay.

—¿Y qué va a hacer en Managua?

—Estoy de paso. Voy para San Juan del Sur.

—¿A hacer qué cosa?

— Para pasar unos días junto al mar.

—Usted no anda paseando; anda vagando.

A partir de aquel día, cuando alguien me preguntaban qué hacía o para dónde iba, y no tenía ganas de enrollarme, mi respuesta siempre fue: ando vagando.

El interrogatorio continuó.

—¿Y cuántos años tenés vos?

—Treinta y cinco.

—¡Ah! Pues ya está viejito.

—Un viejito pelón.

—¿Está casado?

—No.

—¿Y no le tienen hijos?

—De momento, no.

—Pero, ¿está en ello?

—Pues no.

—¿Y cuánto tiempo anda en Nicaragua?

—Como un año.

—Ya tiene su tiempito de estar con nosotros. ¿Cuándo se regresa a España?

—No sé. Ya veremos.

—¿Y no tiene esposa en España?

—No

—Usted ya es medio nica. Antes de que se regrese nos tiene que dejar un recuerdo, un *chigüín*, un *chele* de ojos claros como vos. ¿No le gustan las nicas?

—¡Como no!

—Pero le gustan más las españolas, y las gringas…

—Depende. Ustedes son bien lindas.

—Pues ¡hágale *güevo*, vos!

No le hice *güevo*. Las pocas veces que lo intenté, me encontré en situaciones de lo más pintorescas, de las que solía salir por la vía rápida, o por la tangente, en cuanto podía.

En este viaje, no me sucedían anécdotas como la mencionada. El país —sobre todo el transporte y sus lamentables condiciones que hacían que la gente se riera e hiciera chistes para aliviar los fatigosos trayectos—, se había modernizado y el viajero, que ahora sí que era viejito y pelón, ya no le preguntaban nada las muchachas que tenían ganas de reírse un rato. Los buses circulaban entonces tan repletos y lentos, que los trayectos de distancias medias se convertían en interminables saunas. Cuando evitabas pisar un pollo, le chafabas el juanete al vecino y si eludías una cintura rolliza, te podías encontrar con que una teta se te acoplaba debajo de la axila. Eran frecuente que te sujetaras con una mano de la barra del techo y el sopor hiciera que te durmieras plantado, apoyando la cabeza sobre tu propio hombro. Esa modalidad era habitual entre los hombres. Hacerse el dormido era también una manera de ir, poco a poco, avanzando posiciones hacia el cuerpo más cercano de una mujer.

Una vez coincidí con un auténtico especialista. Mientras simulaba ir dando cabezadas, se arrebujaba contra una esbelta joven. Ésta viajaba en compañía de una amiga y, aunque se lo quitaba de encima a golpes de cadera, al poco lo tenía de nuevo pegado. Las sarcásticas protestas de la mujer no tuvieron eco entre el personal. A fin de cuentas, si no rozabas a una, tenías algún órgano sobresaliente de algún semejante o alguna parienta pegado al otro costado. Uno se acostumbraba a los apretujones y acababa adoptando una cierta indolencia. En aquella ocasión, el paisano no cejaba en su empeño. De tanto en tanto, las jóvenes

alternaban sus posiciones para variar los contenidos del programa de viaje. En uno de aquellos acoplamientos colectivos me encontré bastante ajustado, por delante, a la parte trasera de la mencionada dama. Casi estuve a punto de decir *sorry* como si de un metro londinense se tratara, pero me gustó el contacto, aunque lo evité, en principio. La pasajera debió de sentir algo semejante y creo que incluso valoró de manera positiva mi aparente rechazo a disfrutar de su proximidad y, como el paisano seguía en sus trece, decidió que era más rentable probar suerte de mi lado, porque al menos no batallaba tanto. Yo permanecía inhibido y quietito y ella consideró que el viaje le resultaba más agradable acoplándose a mi anatomía. Se lo agradecí y adopté una posición pasiva, que no impedía que la joven tuviera que notar la erección que el contacto con sus nalgas provocaba. Al principio estaba muy azorado, pero ella marcaba las reglas del juego, y decidí disfrutarlo. Sus rizos rozaban mi mejilla, y la mezcla de perfume y sudor que emanaba su cuello hizo que deseara que el viaje se prolongara pese a las fatigas. Cuando se despegó, me dedicó una sonrisa a modo de despedida. Se apeó unos kilómetros antes de mi destino. Estuve a punto de bajar tras ella. Supuse que aquella tremenda hembra tendría un buen marido y, como de costumbre, no le hice *güevo*.

Sentado con comodidad, sin roces humanos, trasiego de cuerpos, ni mezcla de sudores, llegué esta vez a Rivas. Esta cabecera departamental fue elevada al rango de villa en 1720 con el nombre de "Villa de la Pura y Limpia Concepción de Rivas", para honrar al capitán general Francisco Rodríguez de Rivas, presidente de la capitanía de Guatemala en aquellos días. La ciudad, que fue levantada en el lugar donde estaba situada ela antiguo asentamiento indígena de Nicaraocallí, contaba entonces con 1.355.450 palos de cacao, 50 trapiches y numerosas haciendas de vacuno. Años después, fue un importante pasaje entre el Caribe y el Pacífico, utilizado por Cornelius Vanderbuilt y su empresa naviera antes de la construcción del canal de Panamá.

Estaba recorriendo un istmo de tierra de unos veinte kilómetros de anchura entre las aguas del gran lago y el Pacífico. Rivas había sido para mí, en varias ocasiones, un descanso nocturno obligado por haber perdido la última conexión con San Juan del Sur. Una noche tembló la cama y vibraron las paredes, pero el único que salió a la calle fui yo. La gente no lo hizo hasta la segunda sacudida, que fue más fuerte. Los periódicos informaban que la tierra llevaba agitándose con leves temblores casi veinte días. A la mañana siguiente las grandes grietas en la fachada de la catedral indicaban que la cosa había tenido su

importancia. Si el turista entra en la vieja iglesia colonial, puede observar en su cúpula un fresco que representa una batalla naval, en la que el comunismo, el protestantismo y el secularismo son buques de guerra en llamas, la masonería, un guerrero muerto, y San Pedro, símbolo del catolicismo, un victorioso navío entrando a puerto.

A pocos kilómetros de Rivas se encuentra el paso fronterizo de Peñas Blancas, donde la Panamericana se interna en Costa Rica. Nunca intenté cruzarlo porque conocía que el gobierno del entonces presidente Monge, que había impulsado un acercamiento con El Salvador, Guatemala y Honduras, a la vez que un deterioro de las relaciones con la Nicaragua sandinista, impedía el paso a los extranjeros residentes en aquel país. Muchos compañeros míos lo habían intentado sin éxito.

El enconamiento llegó hasta tal punto, que algunos cooperantes españoles decidieron negociar este aspecto en San José. Pero, al volar desde Managua, se encontraron con que en el aeropuerto de la capital costarricense los devolvieron en el próximo avión. Sirvió para que la denuncia apareciera en *El País*, pero para poco más. La Embajada Española se lavó las manos y los españoles seguimos teniendo vedado el paso por aquella frontera. Sin embargo, mi amigo Marcos, que trabajaba como asesor informático para el gobierno de Costa Rica, con fondos de la cooperación institucional española, nunca tuvo el menor problema para acercarse hasta Managua cuantas veces quiso.

Ya que ha aparecido nuestra Embajada, comentaré un episodio en realación con la política española. Por algún tipo de pose, de desclasamiento, o porque confiábamos en el apoyo del gobierno nicaragüense en caso de que tuviéramos algún problema, la mayoría de los residentes que trabajábamos en aquel país no estábamos registrados en la Embajada. Se avecinaba el referéndum de la OTAN y como casi ninguno de los cuatrocientos españoles que pululábamos por aquellas latitudes estábamos censados, no podíamos votar. Ni que decir tiene que nuestro voto, excepto el de algunos cargos oficiales que si votarían, iba a ser negativo.

Unos tres meses antes del evento, bajé a Managua para inscribirme. Debido a los horarios y al transporte, ello suponía la pérdida de dos días y medio de trabajo, como mínimo. Muchos residentes actuaron de la misma manera, con lo cual, el censo se disparó. Advirtiendo la Embajada la jugada, corrió la voz de que no podríamos votar debido a que los trámites burocráticos eran lentos y habíamos llegado demasiado tarde.

De hecho, no recibí ninguna información por escrito al respecto, facilitándome mi derecho al voto. Hubo reuniones entre los que coordinaban a los cooperantes descamisados, la gran mayoría, y los pocos que cobraban en dólares, provenientes de los proyectos financiados con cuño oficial. No participé en ninguna de ellas, debido a mi alejamiento de Managua —centro del contubernio—, pero Marta Rodríguez me tenía informado por vía telefónica. El caso fue que, cuando faltaba menos de un mes, se tomó la decisión de que, ya que nos impedían votar, se mandaría una carta a los medios de comunicación españoles, en la que denunciaríamos nuestra situación, a la vez que nos posicionábamos por un rotundo NO. Se recogieron más de trescientas cincuenta firmas, pero entre las maniobras de la Embajada, que presionaba a los que cobraban con fondos oficiales, y la promesa a algunos de los gerifaltes de la Asamblea de Cooperantes de que al final nos facilitarían el voto, por lo que había que retener la carta con las firmas, hizo que ésta se enviara tarde y, como no interesaba su difusión antes del referéndum, y después ya no era noticia, nunca se publicara.

Desde la catedral de Rivas tomé una calesa tirada por un caballo, que hacía de taxi, y así recorrí las calles más pintorescas de la villa, impregnándome de la atmósfera colonial que todavía transmitían la mayoría de sus edificios y la escasez de vehículos de motor. En el mercado esperé un bus. A partir de Rivas, mi próximo destino tenía que ser San Juan del Sur.

20. San Juan del Sur y el cura guerrillero

San Juan del Sur yace en una bahía en forma de herradura, rematada por dos cerros en sus extremos. Tiene la topografía idílica que pintaría un niño y el sol se pone sobre el mar entre el hueco que dejan las montañas. Alberga un puerto natural de catorce metros de calado en su parte más profunda y en sus aguas se bambolean todo tipo de embarcaciones pequeñas, incluso algunas de recreo. Esta pequeña aldea pesquera cobró importancia cuando Cornelius Vanderbilt la eligió como terminal de su compañía de transportes durante la fiebre del oro californiana desatada a mitad del siglo XIX. Los pasajeros provenientes de la costa este de los Estados Unidos viajaban en vapor por el Río San Juan desde el Caribe hasta el lago de Nicaragua, luego recorrían en diligencias la veintena de kilómetros que los separaban del Pacífico y, en el puerto de San Juan, abordaban buques para California.

Leía en mi guía: “Durante los años sandinistas la ciudad cobró nueva popularidad, cuando se transformó en refugio favorito de los voluntarios internacionales que se tomaban un descanso a la orilla del mar”.

Había descubierto este puerto muchos años antes, durante unas vacaciones de Semana Santa; final de la época seca y máximo calor. Sólo existían tres hoteles que mantenían la misma tarifa: dos dólares. Dos de ellos frente a la playa, La Estrella y El Buen Gusto, estaban completos, y me tocó dormir en el tercero, La Fogata, sobre un ruidoso bar atestado de raras especies de peces disecados, variados moluscos apolillados y mandíbulas careadas de tiburón. Ofrecían pescado frito, pero la clientela prefería gastarse los cuartos tomando cerveza y ron. Frente a La Fogata estaba el mercado. Las moscas y mosquitos saltaban de uno al otro.

Durante mi primera visita, y teniendo en cuenta la escasa capacidad de los hoteles, no seríamos en el pueblo más de cuarenta turistas, todos del tipo de los que mencionaba la *Lonely Planet*; otro turismo era impensable, dadas las circunstancias.

Después de alojarme, mientras paseaba por la playa, me topé con el inefable Paco Navarro y con su colega Julio, vecino de Xátiva. Mientras charlábamos bajo el sombrajo de un merendero, observamos como un joven de pies descalzos trepaba hasta la copa de un vertical cocotero, ayudado tan sólo por una soga que, rodeando su cintura y el tronco del árbol, le facilitaba la tarea y le daba seguridad. Mientras cortaba para unos amigos unos cuantos cocos que caían a plomo sobre la arena,

quedando semienterrados, otros paisanos le gastaban bromas desde nuestro chiringuito. El caso fue que nos pusimos a hablar con ellos. Eran negros, pero sus pelos crespos se veían rubios, como si se los hubieran teñido con agua oxigenada, debido a la cantidad de horas que pasaban al día con la cabeza bañada por el agua del mar y castigada por el sol. Eran buceadores profesionales, pero a pulmón, dedicados a sacar langostas de los agujeros de las rocas profundas. Nos invitaron a acompañarlos al día siguiente.

Al poco de amanecer nos pusimos en marcha. Mario y Adalberto nos guiaban por las sendas que se abrían paso entre la vegetación que trepaba por los cerros que circundan la bahía. Al cabo de media hora llegamos a una pequeña ensenada que descendía hasta una cala de cocoteros, arenas blancas y aguas transparentes. Me había traído de España un equipo elemental de buceo, aletas, gafas y tubo, y pude sumergirme con ellos. Mi equipamiento, siendo de baja calidad, era muy superior al de los nicas. Sus aletas, por ejemplo, estaban remendadas con parches de neumático. Sus herramientas de trabajo eran unas varillas de hierro liso, del que se utiliza en el encofrado de vigas finas antes de rellenarlas con hormigón. Curvadas como el mango de un paraguas, parecían pequeños bastones afilados por ambos extremos. El resto del equipo individual consistía en un par de calcetines, ambos acoplados en la mano izquierda para evitar las púas de los crustáceos, y una bolsa de plástico. A mí también me suministraron los accesorios de pesca, para que practicara.

Nos sumergíamos y subíamos a la superficie para respirar. Yo aleteaba tras ellos. Las langostas, mimetizadas en las oquedades, eran sacadas con técnica depurada. Introducían el cayado del bastón hasta la espalda del crustáceo y se lo clavaban mientras reculaba y peleaba con sus pinzas. Una vez atrapada, la atraían hasta su mano izquierda, la sujetaban por detrás y le clavaban la otra parte del pincho en lo que podríamos llamar el esternón, provocándoles una muerte instantánea. Entonces me las pasaban para que las acarreara en una bolsa de plástico. Nunca logré pescar ninguna, todo lo más, incordié a unas cuantas, aunque cuando les perdí el miedo, llegué a quedarme con alguna de sus antenas en mi mano.

Cuando salimos del agua Mario y Adalberto ya habían recogido más de una docena de langostas. Limpiaron medio coco en el mar, trocearon cebolletas, ajos y pequeños pimientos verdes, llamados *chiltomas*, pelaron los bichos, los hicieron a rodajas, les exprimieron varios jugosos limones caribeños, lo revolvieron todo y, con las patas del animal

haciendo de palillos, nos comimos unas cuantas. Era la primera vez que probaba la langosta al *ceviche*, a lo Robinson Crousoe. Aquellas porciones estaban deliciosas. Más adelante, en otra ocasión y otro lugar, llegué a aborrecerlas, porque era lo único que podía comer, acompañadas de arroz y frijoles, tres veces al día. Pero aquellas pequeñas langostas crudas, permanecen en mi memoria.

Luego nos fuimos caminando hasta unas grandes rocas en unas rompientes. Era otro de sus caladeros habituales. Allí se me pusieron por corbata. Había que saltar al mar en cuanto estallaba la ola y nadar frenéticamente aprovechando el reflujo, para que no te pillara la siguiente y te estampara contra las piedras. El paisaje subacuático era soberbio. Mario me advirtió por señas que tuviera cuidado con las rayas. Yo no las había visto, ya que estaban quietas y eran marrones como las rocas. Parecían lapas, pero del tamaño de una mesa. Uno de los zarpazos de sus colas, largas como látigos y acabadas en puñales, podía resultar mortal. Aunque no atacaban, valía la pena mantenerse alejado. También vimos varios pequeños tiburones, pero mis amigos decían que no eran peligrosos. Los llamaban gatas de mar, aunque a mí me parecieron panteras.

Salimos del agua con un montón de langostas en las bolsas, regresamos al pueblo y cada cual se fue para su guarida. Por la noche nos invitaron a una langostada en casa de Adalberto. Ellos pondrían el material, nosotros el guaro.

La casa, en medio del campo, era una pieza de madera de dimensiones diminutas. La señora de Adalberto, nuestra cocinera. El comedor, unas piedras al aire libre. Como no tenían nevera, la mujer había preparado una sopa con todas las cabezas de las treinta y tantas langostas. Cuando la probamos, el caldo era tan denso que rascaba la faringe. Luego vino el plato fuerte (los nicas son así, todo el producto de un día de trabajo de dos personas, preparado para los invitados). Me comí dos colas pequeñas de langosta. Con la tercera no pude. Paco Navarro contabilizó hasta siete. Mario y Adalberto casi no las probaron. Me recordaron a los pasteleros que no comen los dulces que elaboran. En cambio, dieron buena cuenta de las tres botellas de ron oro que pusimos sobre la mesa.

Mi equipo de buceo se quedó en casa de Mario. Le sacaría más provecho que yo, que vivía en la montaña. En cuanto pude, volví para seguir practicando. Mario me había invitado a quedarme en su casa el tiempo que quisiera.

La segunda vez que me acerqué a aquel balneario, cargaba una bolsa con tres equipos de buceo. Nos los encontramos una vez en La Renegà, una zona rocosa de Castellón casi virgen, entre Benicàssim y Orpesa, la más cercana a la casa en donde vivíamos *El Llapis*, *Nando* y yo. No tuvieron ningún inconveniente en dárselos a Maribel, otra colega del equipo de aficionados al buceo del barrio de Torrefiel, cuando iba a venir a Nicaragua con motivo de la Marcha por la Paz. Mario los repartió con sus compañeros langosteros.

Mario vivía con Andrea, su mujer, y con sus dos hijos, Andrea y Carlos, de siete y cinco años. La casa era una especie de chaletito de acabado impecable, desde cuyo porche se veía, entre las rendijas que dejaban las otras viviendas, el mar. Dispusieron mi dormitorio en un enorme salón con baldosas de cerámica, pero sin un mueble. Sólo el colchón. El resto de la casa también estaba deshabitada. Por lo visto, era de un tío de Andrea que se había ido a vivir a los Estados y se la había cedido para que la custodiara. Sin embargo, el matrimonio vivía en una estancia contigua, diseñada para albergar la cocina y un par de pequeños cuartos, pensados para el servicio. Ellos vivían en la casa de los criados y a mí me colocaron en la de los señores.

Pescaba con Mario, comía con la familia, jugaba con los niños, revoltosos y guapísimos, platicaba con Andrea sobre vida y milagros, tomaba tragos con los amigos de Mario, paseaba por la playa y leía en los sombrajos de los chiringuitos acompañado de una cerveza Victoria. ¡Pura vida!

Caminando por la calle paralela a la bahía, era inevitable que me topara con Jon. La primera vez que nos cruzamos, saludó como se saludan los extranjeros que se encuentran en territorios fuera de las rutas convencionales; un esbozo de sonrisa de complicidad, un leve gesto con la cabeza, una expresión que viene a decir, qué demonios se te ha perdido por aquí.

Jon era vasco y marino, de Ondárroa, pero llevaba varado varios meses en el dique seco de San Juan del Sur, puerto al que un día llegó por tierra. Lo del dique seco tiene un toque irónico, porque juntarse con Jon era sinónimo de beber cerveza y tomar ron. Cuando lo conocí andaba *renco* y cojeaba un poco. Una noche que estaba algo chispa, se había colado en el zanjón de una obra. Una varilla de hierro le había atravesado la pantorrilla y dañado un poco el peroné. Ya estaba casi curado, pero exhibía un vendaje un tanto zaparrastroso más abajo de la pernera de su pantalón corto, aunque caminaba erguido, con la dignidad de ciertos heridos en combate.

Hablamos, como no, de política, en especial de la situación en Nicaragua, y de lo que cada uno hacía en aquel país. Fui notando que Jon siempre daba un barniz de misterio a su vida y motivaciones. Su último trabajo, antes del accidente, había sido como ayudante de albañil en la construcción de unas viviendas levantadas con la ayuda de una ONG danesa. Los techos de las casas tenían forma semicilíndrica. Se colocaba un artilugio construido con madera, de forma y dimensiones apropiadas, y sobre ese encofrado se juntaban los ladrillos, de modo que formaban una especie de arco de medio punto, como en el románico, que se prolongaba en una bóveda de medio cañón. Debido a esa estructura, las viviendas resultaban más frescas.

El misterio sobre la vida de Jon se acentuaba cuando hablaba del País Vasco, de sus amigos y correrías, de la situación por aquellos lares. Entonces el velo se corría, como si el silencio significara la imposibilidad de hablar. Nunca supe dónde vivía, aunque el pueblo era pequeño. Era parte de su misterio. Sin embargo, Jon estaba al corriente, antes de que se lo contara, de que me alojaba en casa de Mario. Como más tarde me confesó, la vivienda que me cedían, había sido su anterior residencia por unos meses. Me habló de los niños, de lo que le gustaba jugar con ellos y de lo espabilados que eran.

—¿Por qué dejaste la casa? —pregunta inevitable, a la que Jon me había conducido.

—Mario es muy celoso.

—¿Y…?

—No tiene curiosidad por las cosas, no lee. Sólo le interesa pescar y sus amigos.

Luego de la pesca, que era su modo de vida, tenía que vender las langostas por los restaurantes y chiringuitos de la playa, y las sobrantes a una especie de cooperativa, a un precio menor, para que las congelaran.

—Le veo muy buen padre —añadí— y que colabora en las tareas domésticas.

—Andrea, en cambio, le gusta mucho conversar —continuó Mario—. Es muy inteligente y tiene muchas ganas de aprender. Siempre me estaba preguntando cosas y charlábamos largo rato. Eso ponía celoso a Mario. Así, que decidí marcharme.

Todavía no he olvidado una de las historias de Jon. Había acudido a una fiesta en Managua, una fiesta elegante, con mucha comida y muchos tragos. En mitad del jolgorio se dejó caer por allí Bayardo Arce, Comandante de la Revolución, es decir uno de los nueve que componían la Dirección Nacional. El caso es que en mitad del evento, Bayardo, que iba un poco tomado, se lió a puñetazos con uno de los asistentes por un asunto de faldas. La anécdota ilustra el clima informal, radical, machista y, desde luego, opuesto al protocolo y encorsetamiento al que nos tienen acostumbrados nuestros políticos.

Ya que he comenzado con Jon, seguiré con otros vascos. La mayoría de los que conocí en Nicaragua, además de excelentes personas, eran gente muy comprometida con su trabajo, competentes y entusiastas. Tengo que mencionar aquí, en especial, a Victor Pozas, en cuya casa de La Rotonda de los Cocos de Managua, dormí en numerosas ocasiones. Víctor, además de colaborar en un Ministerio, aprovechó para escribir un excelente libro sobre la situación política de Nicaragua, *La Revolución Sandinista (1979-88)*, que me ha servido para documentarme al escribir éste. En su casa también coincidí alguna vez con Manu, un profesor de formación profesional que daba clase en algún pueblito del departamento de San Juan, uno de los más atrasados del país, que se extiende a lo largo de la frontera con Costa Rica, justo al otro lado del lago. Manu también colaboraba en una cooperativa, un horno de cerámica administrado por mujeres. Nunca estuve en aquella zona, debido a las dificultades del viaje y porque acarreaba la fama, seguramente infundada, de que era un departamento en la que los de Euzkadi habían tomado como área donde concentrar su cooperación. En todos los pueblos y asentamientos había algún grupo de vascos y, se decía, que si no se iba a hacer algo en concreto, no se mostraban excesivamente cordiales con las visitas. Seguro que era una leyenda negra que algunos pocos habían tejido, pero el caso es que la respeté.

También me topé con algunos enganchados a la heroína, que habían venido para desintoxicarse. Pasaban el mono con los sudores del trópico, a pelo, con el refuerzo de que en aquel momento, por más que buscaran, no iban encontrar ni un gramo en el país. La gente de su pueblo que vivía en Nicaragua les acogía y ayudaba a pasar el proceso. El máximo consuelo o alivio que podían obtener era un poco de marihuana, y con muchas dificultades. O se volvían a España, o se curaban.

No quiero dejar de mencionar a María Molero, que también vivía en La Rotonda de los Cocos. Es autora del libro *Nicaragua sandinista: del sueño a la realidad (1979-88)*, que me ha ayudado en los recuerdos y

posicionamientos de antaño al escribir éste. Junto con sus amigas Lara y Lidu, también visitantes de la Rotonda, que siempre me brindaron su apoyo y amistad. A todas ellas mi agradecimiento escrito, aunque, como las tengo cerca en Valencia, pueda parecer innecesario.

Pero volvamos con Jon. Tras mis charlas con él, cuando la bella Andrea se ponía a platicar conmigo en la casa, me ponía a pensar en los celos de Mario. Era un placer conversar con Andrea debido a su ingenuidad y curiosidad. Nunca tuve ningún problema, por tal motivo, con su marido. Incluso una vez la acompañé a una fiesta, que daban en la Casa de la Cultura, y bailamos un par de piezas. Sin embargo, cuando el río suena…

Una de las veces en las que regresé a San Juan del Sur, me encontré con que en la casa de Mario no había nadie. Me instalé en el hotel Estrella en una habitación frente al mar y me acerqué un par de veces por el domicilio, para comprobar si habían vuelto. En una de mis rondas, un vecino que salía en ese momento me comentó:

—La casa está cerrada.

—¿Qué pasó?

—La muchacha se fue y Mario se ha ido a vivir con su mamá.

No quise preguntar más. También Jon había desaparecido. Pero en un pueblo pequeño, donde todo el mundo se conoce y donde mi cara no era del todo ajena, siempre hay alguien dispuesto a ponerte al día. Andrea se había fugado con el vasco. Había cogido a sus hijos y se habían ido a vivir todos a casa del padre de ella, el cuál era propietario de una pequeña hacienda ganadera en el departamento de Chontales, más allá del lago, tirando ya hacia la costa atlántica. Por fortuna, nunca más me volví a tropezar con Mario. Hubiera sido embarazoso para ambos.

El hotel Estrella tenía una fachada distinguida. Una estrella roja de cinco puntas lucía en lo alto, sobre el rótulo, junto con el año de su inauguración: 1929. Sus ventanas centrales eran semicirculares en el lado del chaflán y como gajos de naranja en las fachadas laterales. Exhibía un cierto aire modernista. El restaurante estaba en la misma entrada.

Desayuné café y zumo natural, leyendo el periódico frente a los pesqueros fondeados. La letra impresa recogía los estragos del huracán Michelle sobre Cuba y los de un coche bomba en Madrid. En la recepción, la niña adolescente que conocí hace años, simpática y dicharachera, se había convertido en una adusta mujer a la que se le había torcido el morro, tal vez por tener que aguantar las impertinencias de tanto *guiri* como yo. El hotel cambiaba de aspecto por completo cuando uno penetraba en su interior. El cemento de la fachada se transmutaba en una despintada estructura de madera de largos corredores, empinadas escaleras y recovecos irregulares donde iban apareciendo la puertas de las habitaciones que daban al mar o a un patio interior, exuberante de vegetación y de jaulas con gallinas. La atmósfera del trópico te atrapaba en aquella especie de gruta mágica, rebosante de pájaros revoloteando sobre las ramas de los árboles. Mientras me daba jabón para afeitarme en el lavabo del corredor del piso superior, un cuervo casi me quitó la espuma de la cara, en una pirueta inexplicable.

Junto al mostrador de recepción un cartel ofrecía diversas actividades acuáticas, entre las que destacaba un tour para visitar las zonas donde las tortugas, procedentes de las islas Galápagos, depositaban sus huevos en esta época del año

Disfrutar de una mañana fresca junto a un mar de aguas cálidas, siempre es un privilegio no esperado. Paseando por la orilla hacia la parte norte de la ensenada que formaba la bahía, podía constatar como las colinas que circundaban el pueblo se iban llenando de chalets. Aunque disimulaban sus volúmenes entre la vegetación, si no se ponía freno a la construcción, dentro de unos años el paisaje no se diferenciaría mucho del de la mayoría de los pueblos mediterráneos invadidos por el turismo. La clase alta nicaragüense siempre eligió este lugar como uno de sus favoritos para una segunda residencia. La propia ex presidenta Violeta Chamorro se había construido una hacía poco. Somoza también tenía, cono no, su refugio sanjuanero. Su casa fue asaltada y sigue en proceso de destartalamiento progresivo, sin puertas ni jambas en sus ventanas, sin muebles y con sus columnas de hierro peladas. El único rasgo distintivo de lo que fue una mansión eran las puntillas talladas en madera que orillaban, como una cenefa colgante, el borde del techo, similares a las de las casas coloniales de estilo holandés que se ven a menudo en Indonesia.

Caminando por la amplia playa bordeada de cocoteros que albergaban multitud de loros, el viajero tenía que fijarse, por necesidad, en dos barcos herrumbrosos que el mar había sacado con violencia hacía años,

impasibles como dos fósiles marinos. Más adelante, debido a la crecida de un riachuelo, había que caminar corriente arriba para ver como cruzarlo. Un barquero espera la llegada de cualquier cliente. No utilizaba remos o percha, sino que se valía de un cable de acero tendido entre dos árboles en las orillas opuestas. Enfundadas sus manos en gruesos guantes de loneta, como los que utilizan los obreros para prevenir heridas, mediante ágiles brazadas recorriendo el cable, te plantaba en el otro lado por tan sólo medio peso.

Proseguí por una zona de chalets más pomposos, hasta la casa de los Pellas, en el extremo de la bahía, la única de tres plantas, tan blanca e impoluta como deshabitada. Luego la arena daba paso a cuchillas y lajas que se internaban en el mar, bordeando un cerro que caía en picado sobre el agua, hasta llegar al dique rocoso que hacía de rompeolas protector.

En una ocasión, observando con las gafas de buceo unos grandes peces de color azul brillante que casi se dejaban tocar con la mano, un golpe de mar me arrastró por las rocas, contra las que chocó mi cabeza de modo peligroso. No perdí el conocimiento de milagro, pero todo un lateral de mi cuerpo presentaba raspaduras y cortes como si fuera un *ecce homo*. Luego, mis alumnos de Estelí me preguntaban con sorna por dónde me había metido; como eran de monte, pensaban que me había botado un caballo.

Volví sobre mis pasos, crucé de nuevo el río con la barca y continué paseando hasta el otro extremo del puerto. Poco más allá del hotel comenzaba una alameda bordeada de almendros alterados con los cocoteros, que daban sombra a una hilera de bancos de cemento. El paseo llevaba el nombre de Cmte. Gaspar García Laviana, como indicaba la placa metálica del mojón situado bajo un laurel de indias.

Tras la visita a la tumba de Ambrosio Mogorrón, la segunda obligación que me había impuesto durante este viaje era indagar sobre la memoria que del cura Gaspar quedaba en Nicaragua. Aunque me daba pereza, ya que después de las elecciones, una especie de relajo amnésico se había apoderado de mí, conduciéndome por la ruta de las sensaciones turísticas narcóticas y placenteras.

El sol ya empezaba a estar alto, pero la mañana continuaba fresca y ahí radicaba el por qué ésta era una de las playas preferidas por los veraneantes. Aparte de su belleza paisajística, sus aguas solían estar algo menos cálidas que en el resto del litoral del Pacífico. La menor temperatura se debía a un afloramiento de aguas profundas frías frente

a estas costas, aunque algunos lo atribuían a una derivación de la corriente de Humboldt. Mientras tomaba nota de estas precisiones, unas rollizas señoras trotaban con ritmo sobre la arena y unos surfistas, manejando rudimentarias tablas de madera, practicaban sobre las rompientes.

El paseo conducía a la zona portuaria, la cual albergaba, bajo unas acacias de flores amarillas, un enorme mural en el que Jesucristo caminaba sobre las aguas que el viajero tenía frente a sus ojos, mientras la Virgen levitaba sobre la reproducción pictórica de las instalaciones del puerto.

Al borde del pequeño muelle, unos pescadores manejaban sus cañas intentando pescar algo, mientras los pelícanos se balancean indiferentes sobre las oscuras aguas. Aquella mañana los peces no picaban y, al verme tomar notas, los paisanos se acercaron para preguntarme.

—Son anotaciones personales, sin importancia —les dije, y aproveché para preguntarles por Mario.

—Mario, el de la Andrea… —había sonrisas de complicidad entre ellos. La fuga con Jon debió de ser todo un acontecimiento.

—¿Siguen juntos?

—Cada uno por su lado.

—¿Cómo puedo localizarle?

—¿Mire esa gabarra? Tal vez viene allí. La tiene en propiedad y la trabaja con su papá.

Una gabarra de color granate, ribeteada de amarillo, se acercaba lenta hasta donde estabamos. Llevaba y traía a los pescadores hasta los barcos que por su calado no podían fondear junto al muelle. Mario no venía en ella; era su tío el que manejaba. Los pescadores me dieron su dirección: de la casa cural, 2 cuadras al sur, 1/2 al este. Me enteré de que a mi amigo Mario López Rocha, también era conocido como Mario Pellona y como Che.

De camino al domicilio de Mario, tenía que pasar frente a la iglesia. Dentro estaban echando el sermón. Un cura les hablaba a los feligreses —ningún hombre, niños a un lado, mujeres y monjas en el otro— de lo mal que los judíos habían tratado a Cristo, de sus posturas farisaicas, de que guardaban las apariencias pero que en el fondo no creían en nada.

El techo de la iglesia estaba sin recubrir y se veían las viguetas y las planchas de uralita. Una lámina de madera amenazaba con caer sobre el lugar donde estaba el monaguillo enfundado en su sayón blanco. El discurso del cura finalizó con frases idealistas acerca de un mundo que no tenía nada que ver con la realidad de sus feligreses, un mundo idéntico al que me contaron de pequeño cuando creía en esas cosas.

La casa de Mario se alzaba tras un alargado patio delantero. Un niño me abrió y corrió a avisar a su papá. La casa consistía en dos dependencias encaradas por dos puertas laterales, que daban a un espacio central cubierto por un tejadillo. Aquel espacio hacía de salón al aire libre, con sus hamacas colgadas.

Al poco apareció Mario, con cara de sueño. Nos reconocimos pese a los años transcurridos. Con unas cuantas libras de más y un poco pelón, Mario ya no era el joven delgado y fibroso que había conocido. Me pareció más alto y más fuerte, un tipo grandón que mantenía la cara enérgica, y al mismo tiempo tranquila, de siempre. Había sido padre de nuevo, tres veces, y sus hijos fueron apareciendo para observar al visitante. Me presentó a su mujer, Vilma, chiquita y con aspecto de tener mucha guerra con los niños pequeños. Hablamos un poco de todo; ambos habíamos prosperado en nuestros trabajos, ya no buceábamos y dejábamos las langostas tranquilas en el fondo del mar. Mario siempre fue parco en palabras; incluso una leve tartamudez le aquejaba cuando expresaba algo con emoción, lo que acentuaba su aparente timidez.

Evitaba preguntarle por sus hijos mayores, para no convocar el recuerdo de Andrea, pero Mario los introdujo en la conversación. La hija mayor andaba estudiando por Managua y el pequeño, Carlos, se había convertido en un muchachote de diecinueve años.

—Me tiene preocupado —añadió Mario—. Toma mucho y anda con drogas. Si quiere vamos a la casa de Andrea y platica usted con él. Ya no sé como decirle las cosas.

Eludí la invitación. Aparte de las meras formalidades, no sabía que decirle a Andrea. Prefería mantener el recuerdo de la bella joven negra, de fácil sonrisa y ágil conversación. En cuanto a su hijo, me resultaría imposible reconocer en sus rasgos al niño travieso y retozón con el que jugué tantas veces. Según su padre, ahora llevaba el pelo largo, a lo rasta, y grandes barbas. También quería evitarle a Mario la molestia; tal vez su invitación era pura cortesía.

Mario seguía siendo sandinista. Todavía sigo teniendo un libro, que él me regaló, en el que se le ve siendo poco más que un adolescente, formando la guardia de honor de los guerrilleros que rindieron homenaje a los restos del cura Gaspar García Laviana, cuando estos fueron recuperados y enterrados en San Juan del Sur, en cuya iglesia había dicho misa antes de tirarse al monte. Mario era ahora el patrón de una gabarra, en la que trabaja a turnos con su padre y su tío. Tenía casa, nueva familia y unas treinta libras más en el cuerpo. Entre otras cosas, comentó que el antiguo alcalde del Frente se había hecho rico con el reparto de unas tierras que antes eran monte y ahora pertenecían a particulares. La misma vaina en todas partes.

Después de despedirme de Mario, me dirigí a la iglesia, distante tan sólo un par de cuadras. Mi amigo me había informado que tampoco en San Juan quedaban los curas españoles que conocí al frente de la parroquia. Cuando los visité me recibieron bien, me invitaron a café, me enseñaron una vitrina con algunas de las pertenencias del que fue su compañero Gaspar, me vendieron el libro *Gaspar Vive*, escrito por Manuel Rodríguez, misionero del Sagrado Corazón como él, y me mostraron su tumba, apenas una cruz rodeada de flores plantadas en el patio delantero de la casa cural.

La iglesia estaba cerrada y me acerqué hasta la contigua nueva residencia parroquial. Todas las ventanas estaban abiertas y desde la acera pude fisgonear el interior: el despacho, el comedor y la cocina donde trajinaban dos mujeres mayores, casi ancianas. Les pregunté por el sacerdote y me miraron con caras extrañadas.

—¿Tiene alguna entrevista con el padre?

—No. Sólo quería conversar un rato con él.

—El padre sólo recibe con cita previa.

Me hablaban desde la ventana de la cocina. No habían salido a abrir la puerta.

—Quería saber si guardan recuerdos, pertenencias, algo relacionado con Gaspar García Laviana.

—Nosotras no entendemos de eso. Hable con el padre.

Me senté junto a la iglesia. Su belleza residía en la sencillez y armonía de su simetría. Se me acercó una viejita. Había escuchado la conversación que acababa de mantener desde la acera de la casa cural. Me

habló de que otra anciana tenía la camisa de Gaspar, agujereada por las balas, su cantimplora y otras pertenencias. Me hablaba como si se trataran de las reliquias de un santo. Cuando quise concretar más, empezaron las divagaciones: que si la señora ahora no se hallaba en el pueblo, que una vecina tenía la llave de su casa, …

—¿Y dónde está enterrado? —le pregunté.

—Ya no está aquí. Se lo llevaron para el cementerio de Tola.

Me despedí con amabilidad y continué mi paseo, un poco más rápido, sabiendo que tenía una nueva cita en mi recorrido, el cementerio de un pueblito cercano, desconocido para mí, donde Gaspar desempeñó su última misión como cura a tiempo total, antes de encaminarse hacia las sendas de la guerrilla para compartir su sacerdocio con los alzados en armas. Me detuve unos instantes ante una placa, cuando pasé junto al sencillo monumento de cemento que recordaba su memoria: “El Pueblo de San Juan del Sur al padre Gaspar García Laviana y a todos los mártires de este puerto que ofrendaron sus vidas por la liberación de nuestro pueblo, haciendo suyo el grito de Patria Libre o Morir”.

Algunos decían que bajo el cemento estaban enterradas sus botas de guerrillero. Los detalles sobre su vida los tenía en un libro en una de las estanterías de mi casa.

Pase el resto del día haraganeando. Aquel atardecer en San Juan del Sur no defraudó mis expectativas. Grandes nubarrones cubrieron la bocana del puerto y entre sus texturas se filtraban los rayos solares, formando un triángulo como el que los antiguos cristianos tomaron como símbolo para representar a su creador.

"Hermanos: Les quiero comunicar una noticia dolorosa. El comandante *Martín*, Gaspar García Laviana, el cura sandinista, cayó en combate hace unas pocas horas. Sin embargo, no es el momento de llorarlo. Hoy, más que nunca, tenemos que seguir el ejemplo heroico de nuestros mártires. ¡Adelante compañeros!."

La voz emocionada del comandante *Marvin*, anunciaba a través de Radio Sandino “desde un lugar de la montaña”, la muerte de Gaspar el 11 de diciembre de 1978. Aquella misma noche, la televisión mantenía durante cinco minutos en pantalla el rostro, desfigurado por un disparo a bocajarro, del cura guerrillero.

Gaspar había nacido en San Martín del Rey Aurelio, un pequeño pueblo asturiano, en 1941. Su padre era minero. A los once años ingresó en el seminario de los Misioneros del Sagrado Corazón y se

ordenó sacerdote en 1966. Su primera parroquia fue la iglesia del barrio de Valdezarza, en las afueras de Madrid. Tras los nuevos aires que vivía la iglesia católica a partir del Concilio Vaticano II, algunos curas, influidos por las ideas de justicia social y por el afán de predicar sin posiciones de privilegio, entraron a trabajar en talleres, fábricas y tajos como obreros. Gaspar fue uno de ellos. Durante dos años estuvo de aprendiz en un taller de carpintería y mantuvo contacto con el movimiento obrero de inspiración cristiana, a través de la JOC y la HOAC.

Pero en el año 68, sus inquietudes le llevaron a irse de misionero a Nicaragua, junto a su compañero Regalado. Ambos se instalan en San Juan del Sur, atendiendo también el trabajo religioso en el cercano municipio de Tola, donde fundan casas comunales, asesoran a comunidades campesinas a las que comienza a llegar ayuda, dan cursillos sobre sindicalismo obrero a los estibadores, fundan una cooperativa de mujeres tras conseguir doce máquinas de coser, cosechan algunos fracasos y comienzan a tener problemas con el régimen somocista: les acusan de curas comunistas y reciben anónimos amenazantes. Fueron integrándose en las redes que la Teología de la Liberación iba extendiendo por todo el país, a la vez que radicalizaban sus posturas ante la corrupción del gobierno, el robo de las ayudas internacionales que llegaban tras el terremoto de 1972 y otros escándalos como el negocio por la venta de sangre.

Gaspar también escribía versos, que son los que mejor lo retratan.

Las angustias
de mi alma
no las calma
el rosario
ni la misa,
ni el breviario.

Mis angustias
las mitigan
las escuelas
en los valles,
el bienestar
campesino,
la libertad
en las calles
y la paz
en los caminos.

Más tarde comenzó a colaborar con el CEPA (Centro de Educación y Promoción Agraria), fundado en un Congreso de Pastoral Agraria, cuyo primer director fue el sacerdote español Martín Mateos. El CEPA fue un semillero de futuros sindicalistas, muchos de los cuales pasaron posteriormente a integrarse en el Frente Sandinista, lo que provocó que Gaspar se implicara cada vez más en actividades políticas, primero para proteger a gente clandestina y, más adelante, implicándose en la conspiración.

Gaspar refugió, entre otros, a Camilo Ortega, que se hacía pasar por seminarista, pasó con su coche a un jefe guerrillero a Costa Rica y ayudó a algunos muchachos que ya empezaban a participar en actividades armadas contra la dictadura.

En octubre de 1977, involucrado en el fracasado intento de asalto al cuartel de Rivas, en el que no llegaron las armas a tiempo, Gaspar, ya completamente "quemado", tuvo que salir a toda prisa del país rumbo a Guatemala. Ese mismo día, la guardia lo fue a buscar a su casa.

Luego pasaría a Costa Rica. Desde allí, participando activamente en la preparación insurreccional, Gaspar escribiría aquellas Navidades una carta dirigida al pueblo de Nicaragua, la cual sería publicada en los principales periódicos centroamericanos:

"Como nicaragüense adoptivo que soy, como sacerdote, he visto en carne viva las heridas de mi pueblo; he visto la explotación inocua del campesino aplastado por la bota de los terratenientes protegidos por la Guardia […] he visto como unos pocos se enriquecen obscenamente a la sombra del dictador somocista; he sido testigo del inmundo trato carnal a que se somete a las jóvenes humildes, entregadas a la prostitución de los poderosos; y he tocado con mis manos la vileza, el escarnio, el engaño, el latrocinio representado por el dominio de la familia Somoza en el poder…

El somocismo es pecado, y liberarnos de la opresión es liberarnos del pecado. Y con el fusil en la mano, lleno de fe y amor por el pueblo nicaragüense, he de combatir hasta mi último aliento por el advenimiento del reino de la justicia en nuestra patria, ese reino de la justicia que el Mesías nos anunció bajo la luz de la estrella de Belén".

La difusión de la carta tuvo un impacto tremendo en un país de profundas raíces cristianas e influyó en que muchos católicos dieran un paso adelante en su compromiso político. Algunos opinan que esa carta fue la aportación más grande que hizo este cura asturiano a la insurrección que comenzaba a sentirse imparable.

Una vez el pastor decidió la cotidianeidad religiosa, los acontecimientos se sucedieron con otra lógica. El cura se puso al servicio de otra jerarquía y otros compañeros que iban por un camino paralelo, pero diferente, aunque Gaspar nunca dejó de ser cura y de llevar una vida como tal, de administrar los sacramentos y de respetar la autoridad de la Iglesia.

A morir, a morir,
guerrillero;
que para subir
al cielo
hay que morir
primero.

Estos breves versos sintetizan muy bien su pensamiento: unen la filosofía de la muerte, propia de la mística que asimiló en el seminario, con la de esa fábrica de mártires que supone toda guerrilla que se precie, desde el *¡Patria o muerte, venceremos!*, que surgió en las cumbres de la Sierra Maestra cubana, al *¡Patria libre o morir!* de las montañas del norte de Nicaragua. Pronto Gaspar entró en ese lamentable cupo de sangre.

El 2 de febrero de 1978, el guerrillero Gaspar —mirada decidida, pobladas cejas, bien rasurada la cerrada barba, largas patillas, barbilla firme, uniforme de camuflaje y boina negra española—, cruzó la frontera de Costa Rica camino de Rivas, integrando un grupo a las órdenes de Edén Pastora. En la carretera hubo un enfrentamiento con la guardia. La guerrilla, tendida en las cunetas, emboscó y aniquiló a los militares, que se desplazaban en camión. Sería su primer combate. Antes de regresar de nuevo a Costa Rica, participaría en nuevos enfrentamientos.

En abril, partió para Cuba junto con otros compañeros para recibir preparación teórica y práctica. Allí se entrenaban durante diez horas diarias. Luego el cura rezaba. De los dieciséis de aquel grupo, seis morirían pronto en combate.

En agosto, ya de nuevo en Costa Rica, Gaspar fue nombrado instructor de un grupo de muchachos. Les impartía práctica militar y teoría, uniendo el más puro materialismo dialéctico aplicado, con sus concepciones más idealistas sobre la vida.

En su libro sobre García Laviana, Manuel Rodríguez narra una escena en la que el cura guerrillero está dispuesto a fusilar a algunos componentes de su tropa por faltas de disciplina y corrupción

(contrabandeaban a ambos lados de la frontera). Por fortuna, su inmediato superior lo impidió. Sin embargo, en otra ocasión, un "oreja" infiltrado por la guardia con intención de matar a Edén Pastora, fue descubierto y ejecutado de inmediato.

Se acercaba una gran ofensiva y Gaspar fue nombrado comandante y miembro del Estado Mayor del Frente Sur, asignándole el mando de una pequeña columna. Hay una foto histórica en la que se le ve retratado junto a Daniel Ortega, Victor Tirado, Edén Pastora y otros componentes de dicho Estado Mayor, con una cierta formalidad de uniformes y poses, como si fueran oficiales supervisando unas maniobras.

En diciembre, el Frente Sur se había extendido a lo largo de toda la frontera con Costa Rica, con bases implantadas en un radio de más de cien kilómetros, desde la costa del Pacífico hasta casi el Caribe. Debían explorar bien el terreno, crear relaciones sólidas con la población y esperar hasta que se dieran las condiciones de una gran ofensiva conjunta. Las órdenes eran claras: ningún comandante dirigiría operación alguna, tan sólo las prepararía. Mientras tanto, debían pasar lo más desapercibidos posibles. Toda operación debía ser supervisada con anterioridad por el comandante en jefe.

Gaspar estaba instalado con su gente, 90 hombres, en la base 13, cerca de la frontera, al sur del lago, entre la boca del río Mana y Cárdenas. Eran muy jóvenes y, él mismo, un comandante inquieto e inexperto, ansioso por entrar en acción. Les llegaron noticias de que un contingente de la guardia estaba merodeando por la zona. Con un grupo de 30 guerrilleros, el propio Gaspar, de modo inesperado y en contra de las órdenes recibidas, se dispuso a enfrentarlo. Captó a un *baquiano*, un guía, un muchacho de la zona al que apenas conocía, y le encargó que investigase la ubicación de los guardias, para caerles encima. Pero el muchacho fue interceptado por éstos y acabó confesando los planes de los guerrilleros.

Como el *baquiano* no regresaba, Gaspar, que debía de haber abandonado la zona donde estaba por mera precaución, decidió ir al encuentro con la guardia. Éstos hicieron lo inverso, de modo que ambos grupos se cruzaron. La guardia se dirigió hacia la finca Santa Helena, mientras la guerrilla fue hacia El Disparate. Los guardias eran más, iban mucho mejor armados y caminaban más rápido por los caminos, sin protegerse demasiado. Y mientras los guerrilleros preparaban el ataque y rodeaban la finca donde suponían que estaban, los guardias, guiados por el *baquiano*, comprobaron que la guerrilla se habían ido y,

suponiendo que había huido, emprendieron el regreso, estando hacia el amanecer en las proximidades de El Disparate. Allí se toparon con unos guerrilleros desprevenidos, dispersos en tres grupos y en posiciones desfavorables.

Uno de los primeros disparos alcanzó a Gaspar. Le dieron en el muslo. Se levantó y continuó disparando, pero una ráfaga le alcanzó en el costado derecho, de arriba abajo, mortal.

En los primeros momentos reinó la confusión entre los guerrilleros. Luego cada escuadra inició la retirada por su cuenta. Sólo hubieron bajas en la de Gaspar. Él cayó el primero. Cuando la guardia se le acercó, ya estaba muerto. Sólo le dieron el tiro de gracia.

La muerte escondida
dormía en mis manos
cantando a la vida
cantos gregorianos.

El cementerio de Tola era chiquito, junto a la acera de una calle. Una verja de barrotes de hierro pintados de verde, de apenas un metro de altura, lo rodeaba. Se accedía a él desde una portezuela no más alta que la valla, aunque era tan pequeño que no era necesario entrar para recorrer con la vista todas las tumbas, como si se tratara de la exposición de una maqueta de un conjunto arquitectónico.

La tumba de Gaspar estaba cubierta por un monolito chapado de azulejos blancos, culminado por un bloque de mármol no pulido, sobre el que estaba fijada la placa que lo identificaba:

Gaspar García Laviana (Cte. Martín)
Nació en 1941 en Asturias - España.
Cayó el 11 de diciembre de 1978
combatiendo en el Frente Sur.

Como no suelo rezar, estuve un rato leyendo unos versos suyos sentado en la tumba de al lado, mientras unos niños correteaban, tal vez cerca de los restos de su papá, ya que su madre los vigilaba desde fuera.

Poco más tenía que hacer en Tola.

21. San Carlos, el Castillo de la Concepción y el Caribe

Mi deseo era atravesar el lago de Nicaragua, llegar a San Carlos y navegar el río San Juan hasta su desembocadura en el Caribe.

Recorrí la distancia que separa Tola de San Jorge en taxi. El otro pasajero, un campesino, iba durmiendo sobre un saco lleno de grano. Primero había que llegar a Rivas. Luego una carretera de cinco kilómetros, con un cierto aire de paseo marítimo, conducía a un puerto sobre el lago. Una suave lluvia nos acompañaba.

El pantalán era de hierro, flotaba como una gabarra y estaba amarrado a tierra por cadenas. Una barca, la última del día, nos esperaba amarrada. Para protegernos de la lluvia, los marineros cubrieron los amplios ventanales de la sala del pasaje con lonas. Esperamos hasta que llegó un gran carretón empujado por media docena de hombres cargado con viguetas de hierro, planchas onduladas de zinc y varillas metálicas. Cuando las acabaron de cargar sobre el barco, partimos.

Cesó la lluvia y vimos el humeante Mombacho con sus laderas cubiertas de nubes en estratos, mientras el lago se agitaba como un mar. Subí a cubierta para observar mejor el panorama. Una pareja de holandeses descansaba junto a sus bicicletas. Habían hecho a golpe de pedal una ruta que comenzada en Alaska y terminaría pronto en Panamá. Llevaban más de cuatro meses a lomos de sus bicicletas, cargando todos sus enseres en unas alforjas traseras de nylon.

Tardamos una hora en llegar a la isla de Ometepe. Pensaba que desembarcaríamos en el puerto de Altagracia, donde tenía previsto enlazar con el barco que, partiendo de Granada, hacía una breve escala antes de continuar hasta San Carlos, pero cuando me encontré en tierra me di cuenta que estaba en Moyogalpa, justo al otro lado de la isla. Eran pocos los kilómetros que las separanban, pero el bus tomó una hora y cuarto en recorrer una pista de tierra llena de baches y de lajas peladas. El traqueteo era tan intenso que parecía que el viejo cacharro se iba a descoyuntar. Cuando bajé en la plaza de Altagracia se estaba haciendo de noche y me informaron que el puerto estaba bastante alejado, y que no había ningún transporte que me llevara hasta allí.

—No hay modo. La gente ya hace rato que se fue para el muelle y, además, el barco ya partió —me anunció un paisano.

Intenté de todos modos llegar; la mayoría de las veces los transportes se demoraban por uno u otro motivo. Pero no hubo manera. No había más que un par de coches parqueados por la zona, no localizaba a sus propietarios y nadie estaba dispuesto a llevarme. No tenía más

remedio que hacer noche en Altagracia. Lo malo era que hasta dentro de tres días no partía otro barco. Faltaban nueve días para el vuelo de vuelta y éste contratiempo alteraba mis planes. Si quería llegar hasta San Carlos tendría que rodear el inmenso lago por tierra, lo que suponía perder al menos un par de días y un machaque considerable. Con estas perspectivas me fui con resignación a buscar donde pasar la noche.

Estaba a punto de tomar una habitación en el hotel Quincho y, mientras hacía algunas indagaciones y le contaba mis penas al encargado del hotel, un tipo que se estaba tomando una cerveza se me acercó, me dijo que era posible que el barco aún no hubiera zarpado y que conocía a alguien que me podía llevar.

Pensé que tal vez quería ganarse unos pesos a mi costa, pero no quería resignarme a mi mala suerte y le dije que adelante. Volvimos hasta el parque y un poco más allá el hombre se puso a preguntar a una mujer sobre su marido y la camioneta. El vehículo no había regresado, pero… Me iban dando largas y poniendo más peros, más posibilidades, más incertidumbres. Se me ocurrió pensar que si la camioneta no había regresado era porque todavía estaba en el puerto y eso podía significar que el barco todavía estuviera allí. Le pregunté al paisano por el camino, dispuesto a afrontar los peligros de un posible asalto, según me auguraban, y a intentar mi última baza. Ya antes me habían indicado la dirección que tenía que tomar y el paisano me la confirmó, o más bien asintió resignado a perder su comisión. El caso es que cuando llevaba como diez minutos caminando a oscuras, el camino que me había indicado estaba cerrado por la valla de espinos de un potrero. Me acordé de la virgen y de sus muertos. Regresé sobre mis pasos.

El tipejo me estaba esperando sentado en la puerta de la casa. Pasé sin saludarlo.

—¿Ya regresó del puerto? —me preguntó con cara de inocencia.

Después de evaluar su corpulencia, me permití mandarlo un poco más lejos del carajo.

Cogí la habitación del Quincho. Más tarde, mientras me tomaba un par de jugos de banano con leche, mi cena de aquella noche, en la barra del bar, entablé conversación con dos italianas. Francesca y Mónica también andaban paseando por Nicaragua.

Mónica me recordó mucho a mi amiga Renata Balducci y se lo dije. Ambas habían nacido a orillas del Adriático y se habían establecido en Torino. Pura casualidad. Su español era bueno, aprendido en los viajes

por Sudamérica con el macuto al hombro. La conversación con las italianas me hizo olvidar el mal sabor de boca que me había dejado la pérdida del barco. Además, pagaron mis cervezas.

Ya en mi habitación estuve replanteándome esta última etapa del viaje. Si mantenía el objetivo de llegar al Caribe navegando el río San Juan, dados los pocos días de que disponía, sólo me quedaba intentar llegar por tierra primero hasta San Carlos. Muchos kilómetros, duros caminos, mucho polvo y además, prisa. Cuando, tras estudiar el mapa, tomé la decisión, me puse a leer.

Los náhuatl buscaban la tierra prometida en la primera emigración al istmo de Rivas y la encontraron en Ometepe, donde construyeron un mundo de leyendas, símbolos, ídolos, vasijas y petroglifos. Por eso Ometepe era un santuario de arte rupestre y de elaborada cerámica indígena. Sus habitantes hasta habían encontrado un resto que parecía ser la pieza de un arcaico telescopio.

Según la tradición, Ometepe estuvo protegida por dos personajes mitológicos, Chico Largo y Mamachumba. Ambos eran descendientes del cacique Nicarao, eran los dueños de la isla y transformaban en cabra a aquellos que no cumplían con el trabajo. También vigilaban la Laguna Verde, el pequeño lago situado en la cima del volcán Madera.

La isla, que mide 276 kilómetros cuadrados, está ubicada en medio del lago Cocibolca o Coapotl, hermano gemelo de Xolotl o lago Xolotlán. La mítica historia de amor que recrea sus orígenes comienza con el enamoramiento de Ometepetl y Nagrando, ambos provenientes de dos tribus en conflicto. Ometepetl pertenecía a la tribu de los indios Niquiranos y Nagrando a los Nagrandanos. Ometepetl era una muchacha alta, de pelo lacio, bien formada. Su sonrisa hechizaba, su mirada deslumbraba y su hablar era dulce y sonoro. "Nagrando era fornido, de brazos fuertes como el madroño, piernas como el tempisque, nariz aguileña, diestro en la caza y en la pesca, y valiente guerrero", narra la leyenda. Las familias de ambos jóvenes eran enemigas a muerte y las leyes tribales no permitían que se unieran en matrimonio. Una tarde de verano Nagrando se encontró con la bella Ometepetl y los dos quedaron enamorados. En aquel momento Xochipilli —en la mitología azteca "príncipe de las flores", dios del amor, los juegos, la belleza, la danza, las flores, el maíz y la música— hizo sonar la canción de la brisa en todos los pastizales y Quetzalcóatl —el dios del viento— desprendió exhalaciones por todo el universo, mientras los pájaros emitían sus trinos. Ambos jóvenes se juraron amor, pero el gran cacique Niquirano mandó a buscarlos para

apresar a Ometepetl y matar a Nagrando. Estos buscaron apoyo en sus amigos íntimos para huir. Solos y a escondidas se besaron, abrazaron, oraron y luego se cortaron las venas. El gran Lago Cocibolca no es más que la sangre de los jóvenes, los dos volcanes de la isla son los pechos de Ometepetl y la cercana isla Zapatera es el cuerpo sin vida de Nagrando.

Lo que no es leyenda es que el lago estuvo en su día infectado de tiburones de agua dulce que, según parece, desde el Caribe remontaron el curso del río y se adaptaron. Por casualidad me he tropezado con un libro en la estantería de viajes de mi librería habitual, en la que un compatriota de Hemingway intentaba emularlo pescando escualos en estas tranquilas aguas. En la actualidad escasean debido a su captura y a que les resulta casi imposible descender el río para aparearse en agua saladas, como les gustaba hacer a sus congéneres. Los pocos que quedan en el lago no tienen más remedio que pasar toda su vida en esta gran pecera.

El primer bus para Moyogalpa partía a las cinco menos cuarto, y allí estaba yo, parado y bostezando, cinco minutos antes. Esta vez me llevaron a recorrer el resto de la isla girando en el sentido contrario. Aunque el camino era mucho más largo, estaba en mejores condiciones y el trayecto duró el mismo tiempo. Me embarqué para San Jorge a las seis y desde el agua le dije adiós a la isla que apenas había podido visitar. Si sigue viva en mi memoria es debido a un viaje anterior, en el que la recorrí sin prisas sobre la caja de una camioneta, disfruté de su paisaje, de los imponentes volcanes, del olor a fósforo, de sus bosquecillos de cedros, pochotes, robles, chilamates y ceibos, de sus ídolos con cabezas de jaguar, águila o tigre, y de los enormes petroglifos que fueron labrados a partir del año 300 después de Cristo, esculpidos en las rocas volcánicas con cinceles de pedernal y obsidiana, donde los indígenas reflejaban sus ideas y creencias. También por una noche de bicherío y mosquitos de las que tampoco se olvidan.

A esta hora del amanecer, el lago estaba tranquilo, el cielo despejado y las únicas nubes eran las producidas por las emanaciones volcánicas que habían formado un caprichoso puente que unía las cimas de ambos conos.

En mitad de la travesía nos invadió una nube de diminutos insectos, parecidos a las pulgas.

—No pican. Vienen de Costa Rica cuando el viento sopla de ese lado —me dijo uno de los marineros.

Cuando desembarcamos varios buses nos esperaban. Uno de ellos iba derecho para Granada. Comenzaba el periplo de darle la vuelta al lago.

En la parada de buses de Granada, el mismo vendedor de medicamentos ofrecía nuevos fármacos: uno era neurocerebral y el otro para los trastornos del riñón. Me fui a desayunar al mercado, a cambiar dólares y a conseguir un periódico. Tenía tiempo hasta la partida. Mi próxima etapa era Malacatoya.

El camino de tierra para Malacatoya bordeaba el lago camuflado en un paisaje como de sabana. Mi compañero de asiento era un campesino alto, fuerte, y callado. Cuando acabé el periódico, me lo pidió prestado. Poco antes de llegar al pueblo cruzamos el río que le da nombre, introduciendo el bus sobre una plataforma flotante que sorteaba la corriente con la ayuda de dos cables paralelos, deslizándose mediante unas poleas.

Malacatoya parecía dormir una tórrida siesta. Ausencia de ruidos, ausencia de vehículos, tiempo suspendido bajo el sol, gallos fatigados y algunas voces apenas audibles, lejanas. Consulte mi mapa. El pueblo siguiente era Tecolostote. Más allá Comalapa (quítenle la "pa" y recuerden el pueblo de Pedro Páramo).

Cuando pregunté por los buses para Tecolostote a una doña, la respuesta fue clara:

—No está entrando ningún bus de aquel lado; está mala la pista.

Repetí la pregunta varias veces a otra gente, obteniendo siempre la misma contestación y ninguna alternativa que me sacara del atolladero, así que me fui a comer, decidido a tomarme las cosas con calma.

El restaurante El Leopardo era elegante, comparado con el panorama que lo circundaba. Me ofrecieron chancho en salsa criolla, elaborada con tomate, jugo de naranja agria, chiltoma, chile, cebolla y cilandro. Sonaba bien y sabía mejor. Rebañe mi plato acompañado por los sonidos estridentes de una máquina de vídeo-juegos manipulada por unos niños. Alta tecnología en medio de una tierra recóndita. Contigua al restaurante, una enorme discoteca de vigas de madera, techo de uralita y piso de cemento lucido. Aunque todo el pueblo se concentrara allí, todavía sobraría sitio.

Después de comer seguí intentando averiguar como llegar a Tecolostote. Si no lo lograba, mi camino se complicaría, tendría que volver sobre mis pasos y dar un rodeo todavía más grande. Todo por haber perdido el dichoso barco. De haberlo tomado, ya hubiera estado navegando el río San Juan.

No se veía ningún coche. Pregunte al dueño del único camión que localicé, pero no tenía intención de moverlo. Me recomendó que saliera a las afueras, cruzara el riachuelo y, si pasaba algún vehículo, era fácil que me llevara hasta el cruce de la carretera que une Managua con San Carlos.

El pueblo acababa en dos pasos. Bajé una cuesta pronunciada y vadeé un riachuelo medio seco, saltado entre las piedras. El camino continuaba del otro lado, ascendiendo el ribazo. El paisaje era seco, ondulado y frecuentado por grupos de cabras. Seguí caminando hasta dar con otro camino más importante que debía rodear el pueblo. Dejé el macuto bajo un árbol y me senté en una piedra a esperar. En casi dos horas sólo pasó un tractor. Volví sobre mis pasos, derrotado.

El último bus de regreso a Granada salía a la una. Bajo un palito de laurel estaba la parada, un banco formado por unas tablas sobre unas piedras.

—Ya llega el verano.

—El dieciséis es luna nueva y empieza la última del invierno.

—Luego una poca lluvia y ya nada hasta Mayo.

—El invierno es bueno. Hay agua, hay comida, es rico el clima.

La conversación entre los dos compadres fue interrumpida por la llegada de un polero. Venía desde Tipitapa manejando su triciclo de helados Eskimo, veintitantos kilómetros dándole a los pedales, vendiendo por el camino polos y raspaduras de hielo con jarabe de varios sabores. Dependiendo de cómo le había ido el día, dormía en casa de una señora en Malacatoya, o regresaba a Tipitapa para reponer género. Pero para mí traía algo mejor: la noticia de que un busito iba a llegar trayendo gente de Tipitapa y se volvía.

En efecto, al rato entró un microbus, mientras del de Granada nadie daba noticia. Me ahorraba un montón de kilómetros y de enlaces.

El camino era un puro polvazal entre verdes arrozales y campos sembrados de maíz. Entre los resecos surcos que habían formado las ruedas de camiones y tractores, de vez en cuando nos topábamos con extensos barrizales donde las ruedas de nuestro vehículo se deslizaban y patinaban. Intuía que acabaríamos embarrancando, pero la habilidad de nuestro veterano conductor era portentosa. Luego pasamos campos de caña y un cartel que indicaba: Ingenio Victoria de Julio. 1980.

—Fue construido por los cubanos. Nos lo entregaron llave en mano, como decimos los nicas —me contestó el cobrador.

Desde Tipitapa, famosa por como cocinan los pargos del lago, salté a otro bus hasta San Benito. Ya era de noche, pero si pretendía llegar hasta el Caribe, debía proseguir. Me puse a hacer auto-stop, aunque me advirtieron que sólo tomara un *raid* si me dejaba directo en Juigalpa. Podía haber bandidos en el camino.

El bus llegó repleto y me acomodé como pude, sentándome sobre la mochila. Cerca de las diez de la noche me apeé en Juigalpa, ya que el bus continuaba hacia Chontales y esa no era mi ruta. No tenía más conexiones hasta el día siguiente. Tomé un taxi a medias con una joven. Para dormir me recomendó El Nuevo Milenio.

El hospedaje tenía colgada una bandera del PCL en el balcón de la fachada, era limpio y la gente que lo atendía me trató con una cierta displicencia, que rayaba la mala educación.

—¿Qué se puede ver en esta ciudad? —le pregunté en plan de coña al encargado.

—El museo arqueológico y el zoo.

Era muy tarde para la visita. Juigalpa también tenía un parque con setos adornados con pequeños muros de mosaicos de cerámica, una iglesia moderna, el cafetín Arco Iris de la plaza, donde cené, y poco más.

Al amanecer ya estaba montado en el bus para San Carlos escuchando a Bob Marley y su *this is love, this is love, what I'm feeling*. Los arrozales estaban repletos de pájaros multicolores, pequeños cuervos y esbeltas garzas. Por la ventanilla de la izquierda se alternaban los cerros sin árboles cubiertos de verde y, del lado derecho, las tierras bajas dejaban ver al fondo los dos volcanes de la isla de Ometepe, que no nos quitarían el ojo de encima durante todo el camino, acechándonos como guerreros de lanzas humeantes.

En Acoyapa paramos un rato para desayunar en un cafetín de la carretera. El conductor llevaba dos ayudantes, dos muchachos jóvenes. Mientras repostaban nuestros cuerpos, ellos le metían al estómago del camión un par de pozales de agua del grifo por la boca del radiador.

En el kilómetro 187, la operación de calmar la sed del radiador se repitió. Esta vez el cubo de latón fue llenado con el agua clara de un arroyo. Poco más adelante tuvimos una avería.

—Se quebró la hoja madre del resorte —aclaró el conductor.

Sus ayudantes izaron el viejo Ford con un gato que parecía un sacacorchos gigante. Luego, con la ayuda de un machete, transformaron la cámara de un neumático en una cinta elástica de varios metros de longitud, mondándola como una naranja. Con ella amarraron las ballestas de los amortiguadores. En unos minutos estuvimos de nuevo en movimiento.

La operación de rellenar el humeante radiador con agua de arroyos y pozas se fue haciendo cada vez más frecuente. Cada veinte minutos había que parar. En una de las paradas el conductor tomó la decisión de regresar de vacío a Juigalpa, donde lo debían reparar. Nos devolvieron unos pesos, la mitad del pasaje pagado, y nos dejaron tirados en mitad del polvoriento camino. Faltaban todavía unos sesenta kilómetros .

Un viejo camión IFA, fabricado en la antigua RDA, me recogió. Cuando me encaramé en la caja partió dando brincos. Los dientes me castañeaban, pero sólo disfruté de su traqueteo durante unos minutos. En el cruce con San Miguelito, sobre el lago, se desviaban para el pueblo. Les pregunté por la posibilidad de ir en barco hasta San Carlos, pero me dijeron que sólo había los martes y los viernes. Y estábamos a sábado.

En el cruce había una venta de adobe y techo cónico de paja que parecía una choza subsahariana. Sentado en una piedra a la entrada me ofrecieron un fresco de tiste, hecho de harina de maíz tostado, cacao y achiote. Era lo único que tenían. Una sombra alargada se paró delante de mí. Por un momento me pareció estar viendo una película de vaqueros. Era como la sombra de un *cow boy* proyectándose sobre la calle principal de Dodge City, segundos antes del duelo. Levanté la cabeza y, en efecto, tenía ante mí a un auténtico John Wayne nicaragüense. El tipo vestía camisa negra, vaqueros blancos y calzaba botas de montar de media caña. Balanceándose en su cintura, un *Colt* de cuatro pulgadas, "para matar tigres, aunque vale también para las personas". No quise hacer más preguntas.

No circulaban vehículos y hacía calor. Por fin se acercó una furgoneta de pasajeros. Estaba repleta. Reconocí algunas de las caras. Eran parte de la gente que venía en el bus averiado. Acoplé como pude mis posaderas sobre el macuto. Me era imposible observar el paisaje, sólo culos a la altura de mi boca. Junto a mí un crío que custodiaba un cubo lleno de pescados. Medía lo mismo que yo sentado y se reía de mí desde su boca desdentada. Me hacía gestos como si yo no entendiese su lengua. Le seguí la corriente. Con su dedo me señalaba los peces y me los iba bautizando.

—Robalo, mojarrra, tislapia. Dos mojarras por cinco pesos.

Llegando a San Carlos el bus se fue despejando, conseguí un asiento y pude ver un paisaje de colinas onduladas, donde la mano del hombre había creado numerosos claros mediante despales intensivos. Eran claros los signos de desforestación. Algunas palmeras más resecas, en vez de tropicales, parecían norteafricanas.

Atravesamos el pueblo y paramos, para no perder la costumbre, junto al mercado. Habíamos tardado casi dos horas en hacer unos cincuenta kilómetros.

Me dirigí directo al embarcadero. Tuve suerte. El barco que salía a las dos estaba a punto de partir. Otra barca larga y estrecha salía una hora más tarde. Ambas arribaban sólo hasta El Castillo de la Concepción, costaban lo mismo y llegaban a la misma hora. Elegí el barco para disfrutar mejor del paisaje.

El río San Juan nacía en el mismo San Carlos, nutriéndose de las aguas del lago. Recorría los primeros kilómetros paralelo a la raya de Costa Rica, para luego convertirse en frontera hasta su desembocadura. Fue descubierto por los españoles en 1539, cuando por fin dieron con el deseado río del Desaguadero y lo descendieron hasta el Atlántico, al que llamaban entonces mar del Norte.

El barquito partió lento sobre sus aguas mansas y verdes. Íbamos haciendo paraditas en las que se compraban pescados, se descargaban comestibles o se apeaba algún pasajero. En una inesperada detención en un ribazo donde no había nada, ni siquiera una senda visible, un grupo de cuatro nicas equipados con chubasqueros, botas de agua y mochilas, saltaron silenciosos y se perdieron en la jungla. Eran trabajadores sin papeles que iban a pasar al otro lado clandestinamente. Poco después vino una repentina lluvia y empapó los claros y la selva. Tuvimos que refugiarnos en la sala de bancos bajo la cubierta y amarrar unas lonas en los laterales para resguardarnos. Sólo las garzas

permanecieron hieráticas entre los juncos de las orillas, inmóviles, siempre alertas. Otras aves de plumaje blanco se agrupaban en las copas de los árboles. Luego escampó y volví a cubierta. Una bandada de pájaros parecidos a los estorninos, llamados taimas, nos seguía revoloteando a nuestro alrededor y jugando con las ondas que el barco formaba en el agua. En cubierta también transportábamos unos enormes bafles prehistóricos. El ayudante del patrón comentó que eran para una fiesta que daban en El Castillo los simpatizantes de PLC, para celebrar su victoria.

Según avanzábamos, pequeños afluentes unían sus aguas a las procedentes del lago. Consulté el mapa y anoté sus nombres: Melchora, Medio Queso, Boca Negra, Sábalos. En la confluencia de éste último se orillaba el poblado Boca de Sábalos. Paramos el tiempo justo para que se apeara un matrimonio y un tipo medio trajeado, con un sombrero elegante. Subieron más pasajeros y entre ellos un grupo de soldados con uniformes pintos. Parecía que el pequeño muelle era la plaza del pueblo, unas pocas calles enlodadas. La gente se arremolinaba junto al embarcadero y los niños observaban con curiosidad. Un pez vertical y coronado era el monumento que ponía la guinda.

Este departamento es el más húmedo de todo el país. Aquí nunca se secaba la tierra, ya que el verano tropical se reducía a unos pocos días de sol entre marzo y abril, sin que dejasen de caer algunos chaparrones durante esa época.

Volvió la lluvia. Nubes densas y bajas estrechaban el espacio y daban a las aguas un aspecto denso, plomizo. Me refugié de nuevo bajo la cubierta. Sólo quedaba sitio junto al motor, nuevo y reluciente, pero con acoples y apaños de cuerdas de plástico y gomas diversas. Había que llevar cuidado porque las poleas estaban al aire, sin protección, y algunos engranajes giraban enloquecidos exhibiendo sus afiladas dentaduras. El ruido era ensordecedor. A veces nos cruzábamos con algunos kayacs que remontaban o descendían la corriente. Desde otros se pescaba o servían de trampolín a niños desnudos. Tras un recodo aparecieron dos peñas a ambos lados, una de ellas coronada por una fortaleza. Después de varias horas habíamos llegado a El Castillo de la Concepción.

El Castillo tiene su historia. Se construyó en 1675 para contener las invasiones de bucaneros que remontaban el río y atacaban Granada, y para protegerse de los ingleses. Muchos años más tarde los conflictos persistían. En 1761, el gobierno inglés ordenó a su representante en Jamaica que organizara una expedición punitiva que ascendiera el río

San Juan. Se formó una flotilla de más de 50 embarcaciones, a bordo de las cuales iban unos 2.000 hombres que se adentraron hasta el poblado. Las crónicas citan que, horas antes de que los ingleses llegaran, murió el "castellano" de la fortaleza y fue sustituido por un sargento, que era el oficial que le seguía en rango. Éste decidió, ante la superioridad del enemigo, entregarle las llaves del fortín, tal y como los ingleses exigían. Pero las hijas del difunto comandante de la plaza, que velaban su cadáver, se revelaron contra tal decisión y la mayor, Rafaela Herrera, con tan sólo diez años, asumió el mando, disparando ella misma los primeros cañonazos. Mediante diversas estratagemas, como la de enviarles balsas en llamas durante la noche, los sitiados lograron enfriar los ánimos de los atacantes, que finalmente optaron por retirarse. Años después, aquella niña, ya mujer, recibió una pensión vitalicia del gobierno español por su gloriosa hazaña.

Los ingleses continuaron persistiendo en su afán de encontrar un canal interoceánico y, de ese modo, asentar su influencia desde el Atlántico al Pacífico. Por ello, en 1779, los oficiales Hodgson y Lee levantaron planos del lago de Nicaragua y de sus tierras circundantes, remitiéndolos a Londres para facilitar una nueva invasión. Se formó una escuadrilla con tropas británicas reforzadas por zambos y negros, compuesta por un gran navío armado con 54 cañones, dos fragatas, dos bergantines y algunos botes. Cuando la flotilla llegó al puerto de San Juan del Norte, ninguna nave se atrevió a salvar la barra, salvo la corbeta Hinchinbrook comandada por el alférez Horacio Nelson, el mismo que más tarde alcanzaría renombre universal y que entonces era un joven de veintidós años. El resto de la tropa penetró en el río en botes, remontando las aguas hasta la isla Bartola, situada a pocas leguas del Castillo de la Concepción, donde se entabló el primer combate contra los españoles, los cuales sufrieron muchas bajas y hubieron de retirarse hacia la fortaleza. Los ingleses iban bien provistos de cañones y tras varios días de fuego cruzado, los defensores del castillo, ya medio derruido, tuvieron que rendirse, siendo hechos prisioneros.

Pero los invasores no lograron su objetivo de penetrar hasta el gran lago y sentar las bases para una futura conquista del país, ya que la feroz resistencia les había causado numerosas bajas. Además, la disentería y otras enfermedades les obligaron a abandonar el fuerte, dejando en él tan sólo una pequeña guarnición. Cuando los españoles acantonados en San Carlos emprendieron la reconquista de El Castillo, sólo encontraron a siete soldados enfermos que fueron hechos prisioneros con facilidad.

El Castillo también fue testigo de la ruta abierta por los aventureros norteamericanos que se dirigían a California en busca de oro, del cruce de los barcos de la naviera de Cornelius Vanderbilt y de las incursiones de William Walker y sus filibusteros.

En la época en que llegué se estaba reconstruyendo con ayuda de la cooperación internacional la fortaleza, que albergaría un pequeño museo histórico. También se había inaugurado El Albergue, un hotelito cuya construcción fue financiada por la ONG ACSUR-Las Segovias. Situado en lo alto, cerca de la entrada al fuerte, esperaba ser invadido por decenas de turistas como yo.

Se había hecho de noche y me dirigí hacia el hotel ascendiendo con fatiga la resbaladiza pendiente. Todo estaba a oscuras. La fachada principal daba a un cortado sobre el río. Di una vuelta hasta la puerta principal, en la parte posterior. Estaba cerrada, aunque había una bombilla interior encendida. Alguien me había visto y me abrió. Era un viejo soñoliento.

—No hay nadie, pero si quiere tomar una habitación…

—¿Cuánto cuesta?

—Doce dólares la noche.

El hotel se veía muy bien acabado y el precio era más que razonable.

—¿Y cómo es que está vacío?

—Ahorita está viniendo poca gente, pocos turistas. A veces vienen grupos de estudiantes, o científicos que estudian los pájaros, las plantas.

Un vigilante adormilado y una bombilla de baja potencia. Todo lo demás solitario y en penumbra. El viejo tampoco parecía muy interesado en que me quedara.

Descendí el sendero y tomé alojamiento en el hospedaje El Manantial por 30 córdobas. Era todo de madera, las habitaciones estaban en la planta superior de un bar, en el que hacían los deberes escolares las niñas de la casa, y tenían las sábanas limpias. Cuando apagaba la luz veía las luces de abajo filtrase entre las tablas del piso y las de la calle por las juntas de las paredes.

El pueblo era una acera ancha de cemento, a lo largo de la cual dos ringleras de casas circundaban el cerro del fuerte. Paseando por la calle veías a la gente en sus faenas cotidianas, a las familias cenando o

viendo la tele con las puertas y ventanas abiertas, e incluso tumbadas en sus dormitorios a unos metros de tus narices. Allí no había coches, la carretera era el río. El embarcadero era la plaza del pueblo, el punto de más trajín, donde las pangas recogían y dejaban pasajeros, donde se compraba y vendía desde las barcas. Hacia el lado opuesto el río se agitaba y se removía en los primeros raudales. Siguiendo aquella acera que hacía de calle peatonal, la más plana y estructurada del pueblo, el viajero se topaba con la pequeña iglesia de madera, más adelante con la casa comunal y, en otro de los espacios ganados entre el cerro y el río, un pequeño frontón de paredes mohosas que servía de lugar de encuentro. A pocos metros sonaba la música a través de los bafles que habían llegado en el barco. Se escuchaba fuerte, pero el amplio local estaba casi vacío. Sólo algunos jóvenes, que me invitaron a pasar, jaleaban las canciones.

Las noticias que fui recogiendo sobre como llegar hasta San Juan del Norte eran contradictorias. El próximo lanchón partía el martes, y estábamos a domingo. Pero un soldado y varios paisanos me habían asegurado que, sobre las cinco de la mañana, partiría una barca y que si me arreglaba con ellos me podrían llevar.

Durante toda la noche estuvo lloviendo y su sonsonete monótono me hizo compañía, además de un solitario mosquito poco impertinente.

A la hora prevista, todavía de noche, me encontraba en el embarcadero, pero allí no había ninguna barca. Comentaron que tal vez a las seis, pero dieron las siete y tampoco apareció. El viaje por el río hasta la antigua Greytown —la nueva San Juan del Norte, aunque esté en el este del istmo— duraba ocho horas. Hice cálculos. En caso de que no hubieran problemas imprevistos con la barca del martes, tenía el tiempo más que justo para ir y, casi sin descanso, deshacer el camino hasta Managua para tomar el avión de vuelta. Decidí volver sobre mis pasos, prometiéndome que si alguna vez regresaba a Nicaragua, navegar aquel río hasta su desembocadura sería la primera cosa que haría. Como consuelo me informo ahora, mediante lecturas, de lo que me perdí.

Parece que hace muchos años, cuando el nivel del lago era más bajo, el río fluía en sentido contrario, desde El Castillo hasta San Carlos. Al subir el nivel de las aguas lacustres, se invirtió su curso, enlazando luego con otras corrientes que conformaban el actual caudal. En 1859, gran parte de éste fue desviado artificialmente por medio de un ramal que desemboca en Costa Rica. Como consecuencia, su desembocadura ha ido recogiendo sedimentos y su profundidad no permite en la

actualidad acoger barcos de gran tonelaje. Su delta es ahora un complicado laberinto de cursos secundarios, pantanos y lagunas, donde confluyen también las aguas provenientes de otro río, el Indio, cuyos últimos 20 Km. transcurren paralelos a la costa formando una larga y estrecha albufera, separada del mar por tan sólo unos metros. Añádanle al paisaje unos gruesos brochazos de verde selvático junto a las blanquecinas arenas caribeñas y les entrarán unas ganas enormes de perderse por allí unos días sabiendo que pueden escuchar, con un poco de suerte, el rugir de jaguares y pumas, observar corretear a algún tapir y olvidarse del mundo.

Ya de vuelta, al pasar por la isla de Medio Queso, fuimos abordados por una pequeña flotilla de pangas con motor fueraborda, donde venían en pie, cual intrépidas amazonas, jovencitas y señoras con delantales, esperando a que su bote se acercase a la lancha de pasajeros para ofrecer ricos pescados fritos con yuca envueltos en hojas de chagüite, café caliente, refrescos, rosquillas, frutas, ristras de pescados frescos, pipianes tiernos, huevos de amor y golosinas. El asalto fue rápido, y el que no compró nada se quedó sin comer hasta el muelle del próximo poblado, donde otras vendedoras esperaban.

El viaje resultó tranquilo y a la vez excitante, ya que la quietud de las densas aguas del río contrastaba con la exuberante vegetación salpicada de coloridos pájaros, patos “chanchos”, garzas blancas, monos congos, gavilanes y golondrinas, mientras que en algunos troncos se podían apreciar solitarias iguanas camufladas y alguna tortuga que se asoleaba sobre un montículo de arena.

Ahora que me aproximaba al final del viaje, podía ser el momento de anotar por qué regresé a España en 1986.

Limay, un día de Octubre, lectivo. Cuando acabé las clases de la mañana, el director del instituto me entregó una carta en la que se me convocaba a una asamblea en Estelí para el día siguiente.

En la Escuela de Magisterio nos congregamos cerca de doscientos cooperantes. Después de dorarnos la píldora previamente, la conclusión de quien nos hablaba en nombre del gobierno era clara: todos los

residentes extranjeros que vivían en zonas de guerra iban a ser sacados de sus puestos de trabajo y se les enviaría a sitios más tranquilos. A continuación hubo intervenciones y preguntas de los asistentes. Fueron numerosas y las hubo de dos tipos. Las de aquellos que manifestaron que estaban de acuerdo con lo que les proponían y dispuestos a seguir con su trabajo donde les enviaran, y las de un grupo que consideraban que esto suponía una claudicación ante las presiones de la Comunidad Europea, provocadas por la muerte y el secuestro reciente de varios de sus ciudadanos. Estos últimos no querían ceder, ya que consideraban el trabajo de los cooperantes como muy importante, al tiempo que la palabra revolución aparecía con frecuencia en sus labios. Casi todos eran españoles. A algunos los conocía de vista y sabía que siempre estaban bambando de un lugar para otro, coordinando, informando, desarrollando proyectos y encauzando las ayudas de otros, pero, a fin de cuentas, sin unas obligaciones diarias y con campamento base en Managua, y no en la región de Las Segovias. Entre ellos estaba el tal Jorge, el andaluz que pasaba por ser el representante de los cooperantes españoles. Sentí vergüenza ajena.

A la salida me encontré con Julio y Eliazer, los médicos brasileños de mi pueblo. Eran parte de un contingente de sanitarios que el *Partido dos Trabalhadores* de Luiz Ignacio *Lula* da Silva —cuando escribo estas líneas, recién elegido presidente de Brasil— había mandado a Nicaragua. Ninguno de los dos manifestaron reticencia ante la propuesta, y eso que estaban bien curtidos y eran de los "casi imprescindibles". Habían estado durante dos años ejerciendo su profesión en Siuna, una población aislada por cientos de kilómetros de selvas, donde la contra “le tronaba”. No había nada que debatir. Teníamos que dejar Limay de inmediato.

El curso se estaba acabando, luego vendrían casi tres meses de vacaciones y decidí tomarme unas por mi cuenta, reflexionar y valorar que iba a hacer. Pensé que tal vez podría pasarlas en España, pero no tenía suficiente dinero y no quería pedir favores económicos. Por otro lado algunas cuestiones personales me tiraban para mi tierra. Entre ellas algunas profesionales. Había salido de Valencia como obrero poco especializado de la Universidad Politécnica, con varios problemas laborales y sindicales pendientes; el azar había hecho que me desempeñara como profesor de secundaria en Nicaragua, le había tomado gusto a la cuestión, pero algún día tendría que regresar y volver a ser obrero, cumplidos los treinta y seis, y si no espabilaba, las posibilidades de mejorar mi status social se iban estrechando cada año más.

Por otro lado, el Ministerio de Educación aún no me había comunicado cual iba a ser mi nuevo destino. Me habían informado en el Ministerio del Interior que no había ningún problema en que continuara en el país y, de hecho, me renovaron mi cédula de residente por dos años más, cosa que a partir de la asamblea antes mencionada denegaron a la mayoría de los españoles que andaban revolucionando la revolución, paseando sin trabajo concreto pero con "importantes" siempre poco definidas. La mayoría de ellos adquirieron la condición de turistas, teniendo la obligación de salir del país cada tres meses y renovar su visa por 60 $ si querían volver a entrar, un verdadero estigma para su pedigrí radical.

Durante mi estancia en Nicaragua, mi cabeza siempre había estado entre dos mundos. Mi adaptación al país y a sus dificultades había sido buena, pero el vivir entre montañas aisladas, en las que todo el mundo sabe en que árbol meas, acostumbrado al anonimato de la ciudad, me iba haciendo mella. Y, sobre todo, algo que podría evitar comentar, pero que era una de las cosas que más me pesaban: mi absoluto fracaso con las mujeres nicas hacía que viviera en permanente celibato, no vocacional, en una tierra con fama de caliente, permisiva y promiscua.

Dividida mi cabeza entre dos continentes, habitaba una tierra entre dos mares. Conocía bien el Pacífico, desconocía el Caribe y decidí hacerle una visita mientras meditaba sobre mi futuro.

Para desplazarse por la Costa Atlántica se necesitaba un permiso especial, una especie de visado que había que solicitar y que tardaban como dos semanas en tramitarlo. El único camino posible por tierra era a través de una única carretera hasta Rama, 292 Km. al oeste de Managua, y luego navegar los 92 Km. del Río Escondido hasta Bluefields. Esto te llevaba dos días como mínimo, caso de llegar a Rama el día anterior a la salida del barco (dos semanales), más otro si querías acercarte hasta el archipiélago de las Corn Ilands, situado entre el istmo y Jamaica, en caso de que consiguieras quien te llevara. El transporte hasta las islas era del todo irregular. Había escuchado historias de compañeros que habían tenido que alquilar una barca de pesca y pasado una pequeña odisea —cuyas sensaciones y miedos recordaban las que sufren los que se embarcan en pateras— hasta alcanzar La Isla Grande del Maíz (Corn en inglés). Así es que, cuando obtuve el permiso de entrada, compré un billete de avión para viajar de la manera más cómoda.

El ser residente nicaragüense me suponía el privilegio de pagar la tarifa en córdobas. El billete de ida y vuelta (dos horas por trayecto) me costó poco más de mil pesetas, diez veces menos que si lo hubiera tenido que pagar en dólares, como turista. El avión partía a las nueve de la mañana, pero mis colegas de la Rotonda de los Cocos me habían advertido que estuviese en el aeropuerto unas cuantas horas antes, porque a veces se vendían más billetes que asientos o, con frecuencia, cualquier imprevisto viaje oficial hacía que se reservasen en el acto unas cuantas plazas en el último momento. Entonces los últimos en llegar se quedaban fuera.

Practicando la virtud de la prevención, debí de llegar al aeropuerto como a las cinco, todavía de la noche. Las puertas de las vallas exteriores del Augusto César Sandino estaban cerradas, como si se tratara de una fábrica horas antes del toque de sirena. Pero no faltaba compañía. Junto a una jacaranda cercana, un grupo de personas dormitaba. Habían pasado la noche al raso, cobijados en sus frazadas. Eran pasajeros de mi vuelo y su actitud era similar a la de los que hacen colas nocturnas para conseguir entrada ante uno de los partidos de fútbol del siglo, un concierto de los Rollings o un número para la matrícula en la Escuela Oficial de Idiomas.

Cuando empezó a clarear algunos se despabilaron y pude coger mi turno.

—No se preocupe, hoy no vamos a salir –me dijo un tipo de bigotes lacios.

—¿Y eso?

-Hace días que La Costeña no vuela a Bluefields. El avión está averiado. Nosotros llevamos aquí cinco, con hoy.

—¿Durmiendo aquí?

—¿Cómo si no? *Antier* nos llegamos a subir al avión y despegamos —agregó otro paisano—. Pero como a los veinte minutos el piloto dio media vuelta y volvimos a Managua. El motor estaba malo.

Continuamos en el improvisado campamento hasta que abrieron las puertas y nos pudimos acomodar dentro. Nadie sabía nada, nadie tenía información. Pasaban las horas. Como a las diez de la mañana, nos convocaron en un lateral del hall para darnos información mediante un altoparlante. Ese día no saldríamos.

—¿Y hasta cuándo?.

—Hasta nueva orden. No les podemos garantizar que día. Vuelvan a sus casas. Les informaremos por la radio y los periódicos.

Volví a la Rotonda de los Cocos. Por la noche escuchaba las noticias y bien de mañana compraba El Nuevo Diario y La Barricada. Nada.

Al cuarto día de espera, decidí ir por tierra. Había solicitado quince días de permiso para visitar la Costa y se me estaban consumiendo en Managua. Me encaminé hacia la estación de buses Israel Lewites, de donde salían los que se dirigían a través de los departamentos de Boaco y Chontales, hasta Rama. El bus salía a las diez de la mañana y tardaba en hacer el trayecto, de menos de 300 Kms., unas ocho horas. Llegué antes de las ocho y ya se había formado la cola, aunque calculé que entraría. Detrás de mí pidió el turno una viejita arrugada.

Pensar en el duro trayecto que tenía por delante, bus, barco fluvial e incertidumbre marina si intentaba alcanzar las Corn Islands, me provocaba cierto desazón, pensando que tenía un billete de avión pagado en el bolsillo. Tuve una corazonada. ¿Y si me acercaba hasta el aeropuerto por si por casualidad hubieran reparado el avión?

Le dije a la viejita que me guardara el turno y tomé un taxi. Cuando llegué al aeropuerto me encontré con que el avión estaba listo para partir, en cuanto se llenaran las últimas plazas, antes incluso de su horario habitual. Embarqué directo, sólo con presentar el billete, y al poco despegamos.

No fue un vuelo agitado, pero los comentarios de los viajeros con los que me había topado unos días antes durmiendo a la puerta del aeropuerto planeaban sobre mi cabeza, y mis oídos permanecieron alertas, expectantes ante cualquier zumbido irregular de los motores.

El aparato volaba bajo, el día era claro y se podía distinguir el paisaje con total nitidez. Dejamos atrás el lago de Managua, bordeamos el de Nicaragua, cruzamos la Cordillera Chotaleña y luego sobrevolamos una espesa jungla, verde y uniforme, en la que los ríos parecían anchos caminos marrones. Aterrizamos en Bluefileds, bajó parte del pasaje, subieron otros y despegamos a los pocos minutos. Salvando la bahía y el puerto del Bluff, nos internamos en aguas caribeñas. Media hora después estábamos tomando tierra en la Isla del Maíz Grande sobre una pista de tierra, tan estrecha, que desde la ventanilla parecía, por efecto de la perspectiva, que las alas del aparato iban a rozar los penachos de los cocoteros. Junto al equipaje descendió una vaca que había viajado con nosotros.

La isla del Maíz Grande sólo tiene 6 Kms. cuadrados. La Pequeña, que dista de ésta 18 Kms., ocupa la cuarta parte. La población entre las dos islas no llegaba a los 5.000 habitantes. Siglos pasados fueron refugio de bucaneros. Sus actuales pobladores desciendían de esclavos negros traídos por los ingleses de las Indias Occidentales Británicas y hablaban el inglés mejor que el castellano, un inglés creole, mezclado con mil palabras de lenguas que atravesaron mares y océanos. Vivían de la pesca, criaban unos pocos cebúes, cocinaban con aceite de coco y todo el día tenían las radios conectadas en las frecuencias de la vecina Jamaica, que transmitía *reagge* a todas horas. Un paraíso tropical al que de vez en cuando perturbaban los huracanes y del que era imposible huir de los mosquitos.

Sus habitantes habían conseguido no hacer el servicio militar, que era una de sus reivindicaciones autonomistas, ¡en un país en guerra!

Los únicos blancos o indios eran unos cuantos soldados del EPS y unos pocos vascos, residentes en el país, que turisteaban como yo en el único hotel de la isla. El hotel lo constituían un grupo de tres cabañas de bambú, con porche cubierto, alzadas a unos palmos sobre la arena, y un conjunto de habitaciones de madera a lo largo de un pasillo semicircular. Los cuartos tenían dos camas ubicadas a los lados de una celosía de cristal de techo a suelo, y estaban tan cerca del agua, que cuando subía la marea las olas te salpicaban la oreja mientras dormías. Un restaurante de ladrillos y unas cuantas hamacas colgadas entre los cocoteros completaban el conjunto.

Mucho tiempo libre, observar las langostas camufladas entre las rocas cuando el agua no te cubría ni el ombligo, pasear tras los aguaceros del mediodía, oír música reagge en cualquier chiringuito que ofreciera frescos y tiempo para leer. Y para comer, siempre langosta, ya que en el hotel sólo ofrecían ese plato para desayunar, comer y cenar; al cebiche, frita o como fuera, con frijoles y arroz y poco más. A un dólar la unidad no estaba nada mal, pero si uno quería cambiar de menú tenía que buscarse la vida en algunas casas particulares que ofrecían sopa, pescado o carne de res, sólo cuando mataban alguna de las escasas vacas que pacían por la isla.

Un par de veces a la semana llegaba el avión de Aeronica. Una de las distracciones de los niños era observar como aterrizaba. Guardo una diapositiva en la que se ve a un cuatrimotor, a punto de tomar tierra, con una de sus alas a pocos metros de mi cabeza. Las instalaciones del aeropuerto no tenían ni una malla metálica que las circundara y, de

hecho, la pista de aterrizaje, tierra y pedruscos, era el paseo principal de la isla y el lugar preferido por las vacas para zascandilear, de modo que más de una vez los aviones, a punto de tomar tierra, tenían que alzar de nuevo el vuelo para no provocar una catástrofe al atropellar a uno de los bobalicones rumiantes. El resto de infraestructuras lo constituían un pequeño galpón que servía de almacén y una caseta de madera con un único oficinista, casi siempre ocioso.

El puerto era otra visita obligada. Como no distaba mucho del hotel, iba a menudo para indagar la posible partida de algún barco al continente. Quería evitar el avión, quería navegar por el Caribe. Como de costumbre siempre había rumores, pero nadie me podía asegurar cuando partiría una nave. Las dificultades del transporte, la situación remota de la isla y la idiosincrasia del carácter nica –que nunca sabe decir no o no lo sé- complicaban el panorama. Para ilustrar estas situaciones, transcribo una anécdota que recogía mi guía turística.

“Había un excelente servicio naviero entre Bluefields y las islas, pero cuando llegamos allí el barco había sido desviado a otra ruta para reemplazar a una embarcación averiada. No había ninguno y nadie sabía cuando los habría; sólo pudimos averiguar que el viaje duraría 4 horas y costaría 3’45 $, cuando estuviera disponible. Nos sugirieron que cogiéramos una panga barata hasta El Bluff y allí averiguásemos si algún pesquero iba hasta las islas.

La conversación con el caballero de ENAP fue algo parecido a esto:

—Sí, tenemos barcos para las Islas del Maíz, pero no salen ahora. Tiene que preguntar en Bluff.

—¿A quién?

—Tiene que telefonear.

—Bien. ¿Cuál es el número, por favor?

—No hay teléfono allá.

—¿Cómo se puede telefonear si no hay teléfono?

—Pues no se puede.”

Un día me dijeron que a la mañana siguiente partía un barco y lo pude tomar. Era una reliquia. Pura chatarra herrumbrosa repintada de negro. La cubierta de hierro estaba tan oxidada que los agujeros de más

de un palmo de diámetro habían sido reparados con cemento. El mar estaba calmo, como un mediterráneo en día de huelga, el cielo luminoso y las aguas azules se transformaban en aguamarinas cerca de la costa. Añadía alegría al trayecto el hecho de ser el único pasajero entre las jóvenes deportistas de un equipo de jugadoras de balón-bolea, que iban a disputar una competición en tierra firme. Se entrenaban sobre cubierta, sin balón.

La travesía fue tranquila. Duró dos horas más de lo previsto, ya que el cansino motor tosía como un bronquítico en crisis y tenía que caminar a pasos cortos. En un atardecer de rojos y oros solapados entramos en la gran dársena natural que forma la desembocadura del río Escondido, en cuya entrada está situado el puerto El Bluff.

Junto a unos cuantos pesqueros se hallaba fondeada la Marina de Guerra de Nicaragua, constituida por unos cuantos barcos, con apariencia de pesqueros, pintados de gris marino y un número grandote, identificativo, en la proa. Ningún acorazado, ninguna fragata a la vista. Saqué mi vieja cámara Yasika para hacer una foto. Había disparado casi un carrete a las sirenas negras deportistas. En todo el tiempo que había estado en el país casi nunca había cargado la cámara. Era difícil conseguir película y casi imposible que te la positivaran. Apreté el obturador.

No habían transcurrido ni dos minutos cuando una lancha rápida se nos acercó. “La he cagado”, intuí. Y llevaba razón. Los soldados indicaron al patrón que disminuyera la marcha del barco, se pegaron a la borda y dos de ellos se encaramaron a cubierta. Sabía que iban a por mí por el “delito” de disparar contra aquellos pesqueros pintados de gris. Recordé que llevaba un paquetito de marihuana con unos cuantos gramos en la mochila, fruto de un encargo de alguna gente de la Rotonda de los Cocos. Yo no fumo ni tabaco.

Me pidieron que me identificara, preguntaron qué hacía, dónde trabajaba… Mi tranquilidad, mi cartilla de residente y mis explicaciones fueron suficientes. Pero se quedaron la cámara fotográfica y dijeron que la fuese a recoger a la Estación de Policía al día siguiente.

Proseguimos el viaje siguiendo las balizas del estuario y desembarcamos en Bluefields. La ciudad vivía de la actividad del puerto y su economía se basaba en el camarón, la langosta y la pesca de aguas profundas. Las playas cercanas eran de aguas turbias, como consecuencia de los arrastres del río, pero las calles presentaban una atmósfera atractiva debido a la amalgama de estilos de construcción, razas y lenguas. Allí se mezclaban los indios miskitos con los sumos y ramas, y los

negros criollos con los garífunas, los mestizos y unos pocos blancos. Una babel en el que se hablaba inglés caribeño, español, varias lenguas indias y un guisado de todos estos productos. Sus gentes tenían fama de juerguistas, había varios clubs de reggae y discotecas y en primavera celebraban una fiesta en la que se desfilaba y bailaba sin cesar durante una semana, un auténtico carnaval con base en la música llamada Palo de Mayo, una mezcla de salsa con ritmos africanos, cuyo clímax se producía cuando el varón se inclinaba hacia atrás con las piernas abiertas para mantener la estabilidad y, sin que tocasen sus rodillas en el suelo, esperaba con la cabeza a un palmo del suelo a que la mujer, vistiendo la falda corta tradicional, pasase espatarrada sobre las narices de su pareja. Ni que decir tiene que la mayoría de los hombres acababan dando con la nuca en tierra, durante el transcurso de ese casi imposible juego de equilibrios. Sobre todo si llevaban más de una copa encima.

Bluefields debía su nombre no a la existencia de campos azules en sus alrededores, sino al pirata holandés Blewfelt, quien sentó sus reales en esta población a mediados del siglo XVII. Más bien podía haberse llamado Browntown, porque sus calles arcillosas estaban siempre embarradas por las continuas lluvias y circundadas por un río y un estuario lodoso. El olor a humedad se combinaba con el del aceite de coco utilizado en todas las cocinas. Por la tarde las calles estaban alegres y concurridas, y las prostitutas se cruzaban con los negros que, vistiendo camisas de un blanco inmaculado, acudían a las misas de las iglesias protestantes, misal en la mano, y con los indios que se dirigían a cantar y rezar en las iglesias morabas.

Después de alojarme en un modesto hotel de madera y guardar el paquete de marihuana en el depósito de un water colectivo, salí a dar una vuelta. Cené en el County's Customs evitando el marisco, del que venía saturado tras mi estancia en la isla. El aire y la comida seguían teniendo el aroma dulzón del aceite de coco. Luego de pasear bajo los edificios porticados de la calle principal y de saltar charcos y lagunas, fui a cobijarme bajo las notas de un rock que salía de una discoteca de puertas abiertas, medio vacía. Sentí una cierta emoción al verme envuelto en un tipo de música que prácticamente no había escuchado desde que había llegado a Nicaragua. Cuando llevaba la segunda cerveza en el cuerpo, la discoteca estaba lo suficientemente llena como para disfrutar del anonimato. Todas las mesas estaban ocupadas y un par de mozas de caoba se sentaron en la mía. Tras terminar mi cerveza les dije si querían una. Hablábamos poco, pero a la segunda cerveza,

reíamos con facilidad. La música alternaba el reggae y el rock. Bailé con las dos, asistí en la puerta a una discusión con el ex novio de una de ellas, se nos hicieron las tantas, cayeron más cervezas y llegó la hora de cierre del local.

Ethelminta y Yoya me preguntaron que iba a hacer.

—Irme a dormir —les dije—. A menos que propongáis algo mejor.

—Nosotras vivimos en un poblado a las afueras de Bluefields y hasta la mañana no tenemos transporte —dijo Ethel.

—¿Y dónde pensáis pasar la noche?

—Por ahí, en un banco, donde sea… A no ser que nos invites a tu hotel.

Mi hotel —del que no recuerdo el nombre— era poco más que una pensioncita, pero de los de mejor reputación de la ciudad. Pensé en la bolsa de marihuana y en que por la mañana tendría que ir a la policía par tratar de recuperar mi cámara.

—De todos modos, en ese no nos dejan entrar –añadió Yoya.

¿Qué hacer? No había mantenido ningún tipo de intimidad con ninguna de las dos. Era un marino entre dos mares, despistado, aunque dispuesto a disfrutar de las oportunidades insólitas y placenteras que te puede deparar una noche de cervezas tropicales. Dejé que la corriente me arrastrara.

—Tú andas reales —dijo Ethel— Nosotras no. Pero conocemos un sitio en donde por unos córdobas podríamos pasar todos la noche. ¿Qué te parece *chele*?

—Vamos a ver.

La entrada del hotelito parecía la de una casa de campo cualquiera. La luz del rótulo estaba apagada o no funcionaba. Tras el seto había jaulas con pollos en un pequeño huerto. En el mostrador de recepción no había nadie, pero tras unas voces, un soñoliento vigilante apareció por la puerta de un cuarto adyacente. Restregándose las legañas preguntó:

—¿Cuántas habitaciones van a tomar?

—Dos —dijo Yoya.

Nos entregó la llave de los candados.

—Mañana arreglaremos.

Subimos al piso superior por una escalera de madera. Toda la estancia era pura madera ajada, necesitada de pintura. Cuando hubo que distribuirse en las habitaciones, Yoya dijo:

—Yo me quedo en ésta. Ustedes arréglense en la otra.

Abrimos y nos arreglamos. Poco había que arreglar. Una cama, una silla y una ventana con un mosquitero de malla metálica. Ethel se puso a destrabarlo.

—Nos van a devorar los mosquitos —dije.

—Sí, pero aquí todo es leño. Si se prende fuego arde como una tea y yo de un salto me tiro por la ventana. ¡Ni quiera Dios!

Debía tener sus motivos y su experiencia. Asentí. Nos acostamos con la pureza propia de un matrimonio consolidado tras una cena con los amigos. No voy a negar lo evidente: estaba a la expectativa, me gustaba la película y el culo de Ethel tenía la contundencia de un soneto bien acabado. La endeblez del colchón acabó juntándonos en el centro de la cama. Tras los primeros escarceos silenciosos, Ethel dijo:

—Y ahora vamos a hablar de filosofía.

En un primer momento no comprendí. Luego me di cuenta de que más que de filosofía, tocaba hablar de ingeniería financiera, pero seguí la corriente.

—No tengo ni idea de filosofía, aunque de pequeño quisieron convertirme en un acólito de Santo Tomás de Aquino.

—A mí me gusta más Whasington o Grant, pero mi preferido es Franklin, el de cien *iu-es-ei* dólar.

—Yo tengo un concepto más espiritual de la filosofía.

Dormimos como hermanos, pero por la mañana celebramos nuestra hermandad basándonos en la praxis. Cuando nos levantamos puse a su disposición unos cuantos "filósofos" de papel verde. Luego nos juntamos con Yoya para desayunar una buena pitanza en un comedero del mercado: huevos revueltos, frijoles, jugos y mangos. Ethel se adelantó y pagó con lo que yo le había dado, y a mí me quedó un buen sabor de boca y un magnífico recuerdo de aquellas dos peladillas caribeñas.

22. Una incursión en Costa Rica y una travesía por el lago

De nuevo en San Carlos, al viajero le pareció una ciudad llena de vida y alegría, tras las minúsculas poblaciones junto al río envueltas en lluvia.

Era domingo y el barco para Granada no salía hasta el martes por la tarde. Tenía dos días por delante. Dudé entre aprovechar el tiempo visitando las islas de Solentiname, o acercarme hasta Costa Rica. No había transporte regular hasta las islas pero, dado su proximidad, podría haberlo arreglado con facilidad. Decidí cruzar la frontera. Varias lanchas diarias conectaban a través del río Frío con el pueblo más cercano costarricense.

Tenía una cuenta pendiente con aquel país. Durante mi anterior estancia en Nicaragua, su presidente Oscar Arias, que luego recibiría el Nobel de la Paz por sus esfuerzos para pacificar la zona, puso de moda impedir que los residentes españoles en Nicaragua pudieran atravesar su frontera por tierra. Mientras tanto su país se convertía en un portaaviones encubierto para los marines norteamericanos —el de bandera oficial era Honduras—, que incluso llegaron a construir una pista paralela a la frontera que cruzando la selva jugaría una baza fundamental en caso de la cacareada invasión que, por fortuna, nunca se llevó a cabo. En éstos territorios campaban a sus anchas las huestes contras del reconvertido y rebautizado "traidor Pastora". Y a los pasaportes oficiales españoles no se les dejaba pasar para disfrutar de aquella "Suiza de Centroamérica" en la que sus habitantes son apodados *ticos*. En una ocasión un grupo de cooperantes tomó un avión desde Managua para denunciar el hecho en San José, la capital, y fueron devueltos. Por lo menos la prensa publicó la noticia, que es lo que se pretendía.

En aquellos años yo no tenía ningún interés especial por visitar aquel país lleno de bellos parques naturales, entre otras cosas porque vivía y me desplazaba entre verdes montañas casi despobladas. Además, la actitud de prepotencia democrática de la que alardeaba su presidente, junto a la fama de gente un poco pija que tenían las clases medias capitalinas, alimentaban mis prejuicios. También comentaban que la vida era mucho más cara que en Nicaragua, y yo no tenía un duro de sobra.

En esta ocasión decidí que era el momento de cepillarme los prejuicios y echar una ojeada, aunque fuera muy breve. El trajín de cruzar fronteras todavía ejerce una cierta fascinación en mis viajes.

Compré el billete y mientras esperaba la hora de partida del lanchón fui a dar un garbeo. Ascendí la colina que dominaba la villa y visité las ruinas de la fortaleza que construyeron los españoles para frenar a los piratas. Desde allí la vista era impresionante. El pueblo descansa en la confluencia del río San Juan con el lago, a modo de estuario. Del otro lado, la desembocadura del río Frío, que vierte sus aguas justo en el punto donde el San Juan se nutre de ellas. Hacia el oeste, el archipiélago de Solentiname parecía un conjunto de ballenas varadas en las tranquilas aguas de un mar en calma chicha. Más allá los volcanes gemelos de la isla de Ometepe con sus humeantes cumbres siempre envueltas en nubes. Al sur, la frontera invisible de Costa Rica entre la homogénea planicie de la jungla. Del otro lado, montañas azuladas.

Bajando de la fortaleza hice un descanso en el parque de la iglesia, moderna y sin encanto. Pero por cualquier calle que descendiera, el barroquismo colorido de la arquitectura tropical alegraba el camino. En mitad de la falda de la colina era obligatorio detenerse par tomarse una cerveza en el restaurante El Mirador, limpio y casi lujoso, con una terraza sobre las almenas de un muro defensivo que todavía exhibía varios cañones centenarios. Desde allí se divisaba el mercado, que parecía flotar sobre el agua, y el trasiego de las barcas en un imaginario muelle formado por los puestos de venta alzados en la misma orilla.

Ya en el río, me aposenté en el restaurante El Ranchón, desde donde divisaba con nitidez cualquier barca que se acercara al muelle donde estaba situada la contigua aduana. Me ofrecieron una mojarra para comer, un poco refrita, pero sabrosa. Un par de paisanos daban cuenta de una botella de ron acompañándolo de algunos sorbos de jugo. Un perro anhelaba las raspas de mi pescado del otro lado de una tela metálica que precintaba el bar hacia el río, mientras las barcas transitaban tranquilas sus aguas verdosas y un radio-casete a todo volumen reproducía un “jamás podré olvidar, la noche en que te dejé…”

—Si no llega el lanchón, siempre habrá uno privado que nos lleve —me había indicado una mujer en el mismo muelle.

Llegó una barca y me acerqué. De ella descendió un joven con el que me había topado dos días antes. Lo habían regresado en la frontera fluvial. Era nica, pero hablaba con acento tico, propio de las mezclas fonéticas y los préstamos lingüísticos que se producen en las fronteras.

—Pasó mi señora y la *güila* (niña). A mí me han regresado por los papeles.

A renglón seguido me pidió mil córdobas como ayuda. No se las di.

Me dirigí hacia el corredor que daba al embarque. Allí estaba la Oficina de Emigración. Dos individuos vestidos de paisano me pararon.

—Tiene que pagar quince dólares.

—¿Por qué? Antes hablé con un oficial de aduanas y no me dijo que hubiera que pagar nada.

—Se cobra porque es domingo. También los sábados y los días feriados.

Fronteras, pensé. Siempre la misma vaina.

—¿Y dónde está escrita esa disposición?

No hubo respuesta, pero me empezaron a mirar con mala cara.

—Si quiere la señorita le hará un recibo.

—No necesito ningún recibo. Si no veo donde esta escrita esa norma, no pago.

—Si no paga, no pasa.

—Pues ya viajaré mañana lunes. No me corre ninguna prisa. Y si no voy para Costa Rica, tampoco pasa nada.

Me fui a dar una vuelta para ver si veía al oficial uniformado que antes me había informado. Cuando regresé me volví a topar con los otros tipos. Pasé y no abrieron la boca. Junto al embarque estaba el oficial. Le hablé de los quince dólares.

—Eso no se pagaba ni en el aeropuerto para salir del país y, en todo caso, se justifica con las tasas y servicios de embarque.

—Son quince córdobas, amigo —me contestó sin poner gran interés en el tema.

Era poco más de un dólar y pensaba abonarlos si alguien me lo requería, pero como ya había pasado la zona de control me hice el loco. Cuando la barca se puso en marcha, nadie me los había pedido.

Navegamos unos centenares de metros hasta el lago. Luego giramos para tomar el río Frío y pronto perdimos de vista San Carlos. El río no era muy ancho y sus aguas bajaban terrosas. Desde los ribazos las aves nos veían pasar con indiferencia. Bandadas de patos remontaban

el caudal cuando cruzamos el cartel que anunciaba la Reserva Ecológica Esperanza Verde “La Guatuza”. Luego la barca orilló y se detuvo. Estábamos en el control fronterizo nica. Dos soldados descendieron de unos sombrajos y registraron nuestros bolsos sin demasiado interés. Volvimos a navegar y, al poco, de nuevo a orillar ante el control tico. La misma rutina. Más adelante desembarcamos en el pequeño puerto fluvial de Los Chiles.

Tuvimos que hacer cola durante un buen rato ante una oficina de migración; el responsable de poner cuños estaba almorzando. El cartel anunciaba que sólo se admitía moneda nacional, el colón. Era domingo y los bancos estaban cerrados. Frente al edificio aduanero, en una pequeña tienda, me cambiaron. Por cada dólar me dieron 330 colones, que sirvieron para empezar pagando un sello con el mapa del país en el que se leía: "Benemérita Cruz Roja Costarricense. Timbre (ley nº 7591). 200 colones".

De mi corta estancia en Costa Rica, tan sólo un día, poco puedo contar. Los Chiles era un pueblo fronterizo alejado del mundanal ruido, pero en él abundaban las calles asfaltadas de modo impecable y las casas bien pintadas, lo que hacía que, viniendo de Nicaragua, pareciesen habitadas por pequeños burgueses.

Tomé una habitación en el hotel Central por 800 colones. La mujer que lo atendía era todo amabilidad. Los muebles y el ambiente resultaban familiares y acogedores. Lavé la ropa en un fregadero y la tendí en los cordeles extendidos entre los árboles del patio esperando que se secara antes de que llegara la lluvia. El sol pegaba duro, pero la temperatura era fresca.

Casi nada que hacer en el pueblo. Era domingo y parecía que sus habitantes pasaban más tiempo en sus casas, si los comparábamos con los nicas, como ocurre en la mayoría de países centroeuropeos si los comparamos con los mediterráneos. Había tiendas con souvenires para turistas, aunque no veía ninguna persona con pinta de serlo. Varias agencias de viaje ofertaban paseos guiados por el parque nacional Caño Negro. De nuevo en el embarcadero, un cartel de la cooperación española anunciaba la financiación del proyecto —por lo visto ya concluido— de las infraestructuras y viales del puerto.

Un niño que jugaba junto la orilla con otros, se cayó al agua. Un hombre sentado cerca de la orilla, platicando con un amigo, se tiró con sombrero y botas a rescatarlo. El agua no le cubría y no hubo más

problemas, pero el pequeño se llevó un susto de muerte. Tal vez el salvador fuera su padre, pero al poco lo dejó y el grupo de niños siguió jugando como si nada. Había visto la escena desde una altura un tanto alejada y me dio por pensar que tal vez yo me hubiera quitado las botas antes de lanzarme al rescate, por seguridad. Pero el hombre conocía el río. Me vinieron a la mente un par de escenas conflictivas vividas dentro del agua, en las que uno se debate entre socorrer o salir nadando, entre tu seguridad o el peligro de ahogarte.

Cené en Los Petates una comida popular y un extraordinario batido de frambuesas mientras escuchaba música disco. Los cubiertos me los dieron en una fundita de plástico, como en los aviones. De la puerta del restaurante partían los autobuses para San José. La distancia de 350 Kms. era salvada en cinco horas.

Por la noche, en varios locales bastante estandarizados, servían licores y se jugaba al billar americano. Me fui a la cama para leer un rato.

La mañana del lunes la alegraron una algarabía de escolares de uniformes impecables que acudían a sus clases. Mucha gente se desplazaba en bicicleta.

Mientras esperaba el lanchón de regreso estuve escuchando a un grupo de nicas que trabajaban en Costa Rica. Hablaban de salarios y de sus precarias condiciones de trabajo. Una motora partió con un grupo de “sin papeles” acompañados por dos policías.

—Los sandinistas arreglaron transporte y barcas, para que la gente fuera a votar al otro lado —comentaban mis vecinos.

—Para nada, porque votaron a Bolaños.

Una señora me ofreció un fresco de aspecto turbio. Le pregunté qué era.

—Es un jugo llamado resbaladera, hecho de piña y arroz. Se pone a hervir hasta la licuación; luego se filtra y se enfría.

—Gracias.

—Pura vida.

Un grupo de turistas uniformados por el mismísimo Coronel Tapioca, descendió de un par de furgonetas y se acomodaron en una larga, impoluta y confortable barcaza, remontando el río hacia Caño Negro.

Pasado un rato llegó nuestro transporte. Cuando nos embarcamos un nica me preguntó:

—¿Y a usted, cuánto le quitaron?

Se refería a cuánto había tenido que pagar por salir de Costa Rica. A los nicas con papeles para trabajar les habían "quitado" 30 $ a cada uno, más 300 colones por cada mes de estancia. Me sentí afortunado.

—Siete dólares.

—Roban al pobre.

Tenía toda la razón del mundo.

El viaje de vuelta fue igualmente tranquilo. Algunos troncos eran arrastrados tan mansamente que parecían cocodrilos dormidos. Observé algunas aves que parecían garzas, pero de plumas brillantes, amarillas y azules. También pavos reales y palomas. En el agua flotaban redes para la captura del guapote, mantenidas por bidones de plástico de un galón que hacían de boyas.

Durante parte del trayecto estuve conversando con un viejete parlanchín con pinta de buen bebedor. Me recordó al viejo amigo de Bogart en la película *Tener o no tener*. Era propietario de un ranchito en Solentiname, pero no le alcanzaba y trabajaba de ayudante en la barca. Era un personaje muy popular; todo el mundo le saludaba.

Ya en el muelle de San Carlos me topé con los dos aduaneros que me quisieron cobrar de salida. Me volvieron a poner mala cara, pero no dijeron nada. Por esta vez me había librado de la *coima*.

En San Carlos tomé el hotel del mismo nombre, que me habían asegurado que era el mejor. Pagué sesenta córdobas por una habitación en la que las aspas del ventilador del techo giraban bajas y carecían de protección. En el piso de abajo vivían hasta cuatro generaciones de la familia que lo regentaba. Al fondo había un bonito restaurante, lleno de plantas y flores, que daba al río, por el que transitaban, comían o dormitaban en las tumbonas y hamacas algunos comerciantes y transportistas que tenían cuartos alquilados allí mismo, y cuyas barcas fondeaban amarradas a los barrotes de la balaustrada del hotel.

Ya de noche, hubo un prolongado apagón de luz. Cené en un chiringuito del mercado carne tapada con verduras, a la luz de las velas.

Amaneció trece y martes. Ni te cases ni te embarques, dice el refrán, pero yo tenía que partir ese día para Granada atravesando el lago.

Había mucha actividad en el pueblo y una atmósfera de ciudad fronteriza en la que las gentes transitaban con bolsones de compra, de tienda en tienda, preguntando precios y cargando con todo tipo de productos, zapatos y transistores, perfumes y colonias, machetes y herramientas de trabajo.

La boleta hasta Granada costaba 40 córdobas, menos de 600 pesetas, por 14 horas a bordo. Partimos a las dos de la tarde en un sólido barco, de tamaño medio, en el que cabrían unos doscientos pasajeros, aparte de la carga. Ibamos casi al completo. Unos veinte soldados entre el pasaje. El lago estaba tan calmado y gris que parecía triste, sometido a los prepotentes volcanes que lo dominaban como si fuesen señores feudales. Nos desplazábamos entre boyas balizadoras. Al poco de partir, navegábamos entre dos islotes del archipiélago de Solentiname, poco más de dos peñascos. Nos cruzamos con unas barcas repletas que parecían pateras.

La gente se había acomodado en los salones con bancos de madera destinados para el pasaje, en cada una de las dos cubiertas. Algunos habían colgado hamacas en los postes exteriores. Un grupo de gaviotas aprovechaba el rebufo de la chimenea para jugar mientras volaban tras nosotros, contaminándose con los humos y lanzándose en picado para pescar, casi siempre de forma exitosa.

Llegamos a San Miguelito y atracamos en un escuálido muelle de madera que penetraba perpendicular en el lago. Subieron algunas personas y fueron izados algunos sacos y grandes cajas. Un gran cerdo fue acomodado en la proa, atado de patas. En cuanto se sintió seguro empezó a tratar de hincarle el diente a los cocos de los sacos que tenía cerca y, ante la dificultad, se conformó con roer las cuerdas de amarre. Partimos en pocos minutos y pronto nos alcanzó la noche.

Los soldados eran los únicos que armaban un poco de follón; se les notaba inquietos y rondaban tras las mozas (la célibe vida cuartelaria determina comportamientos desmedidos en cuanto se relaja la disciplina). El más veterano, de pelo totalmente cano pese a su juventud, era uno de los más pendencieros. El único extranjero a bordo era yo. Algunos soldados me saludaron y comenzaron a hablarme en *spanglish*. El veterano empezó sus indagaciones y cuando vio que entendía de algunos asuntos, me puso al corriente de su currículum militar, que había comenzado siendo todavía un *cipote* de pocos años, con la huida de

Managua durante el famoso repliegue sandinista de 1978 a Masaya. Después del triunfo, cuando tuvo edad, ingresó en el ejército, y hasta ahora, cumplidos los treinta y cinco. Manifestaba un profundo y primario antiimperialismo y cuando le pregunté sobre Bin Laden, expresó su admiración por el "golpe maestro". También hablamos de religión y de las actuales tensiones en la frontera, debidas a la pretensión costarricense de patrullar las aguas del San Juan que eran, según las opiniones de los periódicos de esta lado de la raya, aguas jurisdiccionales nicaragüenses. Al rato se cansó de platicar conmigo y volvió a revolotear cerca de las muchachas. Debía de aprovechar sus horas de asueto.

—Luis Antonio Cajina, para servirle —se despidió.

Luego se me acercó el soldado Roberto Zamora, especialista en lanzamisiles.

—Vamos para un curso de ametralladoras.

—¿Cuánto tiempo lleva en el ejército?

—Va para tres años. Mi papá fue capitán, luego lo licenciaron y ahora pesca en una barca.

Su padre vivía en La Pelona, un pueblito cercano a Malacatoya, orillado al lago.

—A los diez años saludé a Fidel Castro en La Habana.

—¿Estuvo allí estudiando?

—No, allí estaba mi papá y me llevaron para tratarme unas fiebres.

Hasta los veintiuno desempeñó diversos oficios: pesador, boxeador, cortador de caña, trabajó en Panamá y Costa Rica…

—Luego me casé y, al poco, ingresé en el ejército.

—¿Y qué opina su mujer?

—Estoy separado. Me dio dos *chigüines*, pero mi esposa se fue para Miami a vivir con su mamá.

Los niños vivían con el padre de Roberto; de momento no los dejaban salir de Nicaragua porque la madre no había arreglado los papeles.

—Tengo otra en cinta.

—Usted es un fenómeno.

-He andado con muchas mujeres. Unas setenta.

Sólo tenía veinticinco años.

—Aquí nos hacemos viejos pronto —afirmó mientras hacía flexiones sobre la baranda del barco como para evitar el conjuro.

—Llevo seis encueradas.

—No comprendo.

—Seis vírgenes –lo decía con poca pretenciosidad, casi con fatalismo—. Al cabo de un año se cansa uno.

Su mayor ilusión era viajar a los Estados Unidos. Su sueldo era de 1.100 córdobas al mes y cada tres, disfrutaba de un permiso. Luego la conversación derivó sobre cuestiones cuartelarias cotidianas, casi idénticas a las de mis tiempos de mili. Siempre salía a relucir un sargento cabrón.

Sobre las diez de la noche llegamos a Altagracia, en la isla de Onetepe. En el muelle se amontonaban los racimos de plátanos. Unos trabajadores, casi todos negros, los fueron apilando en la popa. Se los pasaban de mano en mano y los izaban sobre la cubierta bajo la atenta mirada de una mujer, que hacía de capataz. El ritmo de trabajo era duro y los cargadores sudaban copiosamente. La operación duró unas dos horas. Tal vez, si me hubiera empeñado en el viaje de ida en llegar hasta aquel puerto andando, no hubiera perdido el barco, me hubiera ahorrado muchas fatigas y habría llegado hasta el Caribe.

Cuando finalizó la carga volvimos a zarpar. La noche era espléndida. Me tumbé en un rincón de la cubierta donde no llegaba ninguna luz directa para contemplar un firmamento plagado de astros. Observar un repertorio casi constante de estrellas fugaces me recordó algunas escenas de mi niñez durante los veranos en el campo de Extremadura; una de las distracciones de niños y abuelos era contar meteoritos. Luego me quedé plácidamente dormido con la cabeza recostada sobre el macuto. Cuando desperté estábamos próximos a Granada. A las cuatro de la mañana la ciudad dormía bajo la mirada de legañosas farolas.

Ascendí desde el puerto por la Calzada, sin prisas. Algunos taxis esperaban a los pasajeros, pero las distancias no eran largas y no tenía nada que hacer hasta el primer autobús que me acercara a Masaya. Caminé de noche por un paseo completamente a oscuras. Ya cerca del mercado se veía algo de movimiento. Algunos vendedores comenzaban a preparar sus puestos y en uno de ellos ya servían café. Poco después partía para Masaya, en cuyo Mercado de Artesanía cargué con pequeños regalos para los amigos, casi todos de piedra tallada o cerámica.

23. Hasta la próxima

Vuelta a Managua. Vuelta a la casa de Delma que era regresar a las comodidades de un hogar. Mientras tenía que dormir con el ventilador encendido toda la noche por el calor y los mosquitos, por la televisión pasaban imágenes de mi tierra bajo los efectos de un ciclón de frío de mil demonios, con nieve en Murcia y olas desatadas que rompían el muelle de Castellón y deshacían como azucarillos las dunas de El Saler.

Sentado en una butaca, leía, tomaba notas y observaba a través de la celosía que me separaba de la calle como los escolares del barrio de Lindavista, de capas medias, eran recogidos por viejos autobuses escolares Blue Bird repintados de amarillo, que hacía una década llevaban a pequeños norteamericanos al colegio y que todavía exhibían sobre la puerta de atrás el cartel de *EMERGENCY DOOR*. Luego la calle se quedaba en silencio, sólo alterado de vez en cuando por las voces de los vendedores ambulantes que pregonaban tortillas, tamales, mangos, guineos, helados, periódicos o pollos, a grito pelado. Más tarde el reparador de calzado, un caballo suelto y solitario que comía la grama de los jardincillos de las viviendas, unos niños descalzos pidiendo periódicos usados.

Los dos días que me quedaban para tomar el avión se pasaron en comprar libros de segunda mano en los puestos de los mercados, títulos viejos que ya no se editaban y que me vendrían bien a la hora de escribir éste. También conversé mucho con Delma, que estaba de vacaciones.

Así me enteré que aquella casa, donde me alojaba, había sido la residencia de Henry Ruiz, que se la estuvo alquilando a Delma, para residir en ella, la mayor parte del tiempo en que fue ministro.

Henry Ruiz fue uno de los comandantes guerrilleros que más había mitificado. Perteneció a la Dirección Conjunta del Frente y fue ministro de Planificación. Pero sobre todo había sido *Modesto*, el jefe de la mítica columna guerrillera “Pablo Úbeda”, que siempre se mantuvo en la montaña, hasta en los años más difíciles, como símbolo de lucha irredenta. Él había acuñado una de las frases que se había hecho más popular durante la resistencia: “En la montaña enterraremos al corazón del enemigo”.

De niño, Henry vendía en las calles las tortillas que hacía su madre. Pero pudo ir a la escuela, en donde destacó por su inteligencia. Tras acabar el bachillerato, consiguió una beca en la Universidad Patricio

Lubumba de Moscú, de donde fue expulsado por sus actitudes en favor de la lucha armada en Latinoamérica, tema del todo reprobado entonces por la URSS.

Tenía fama de lacónico, trabajador, eficaz y muy honrado. No participó en la *Piñata*, y tuvo la osadía de disputarle a Daniel Ortega la secretaría del FSLN en un Congreso, cuando ya Violeta Chamorro presidía la República. A partir de entonces fue relegado a un segundo plano. Seguía llevando una vida austera, acorde con su nombre de guerra, alejado de los negocios en los que se ocupan muchos de sus viejos compañeros de armas. Para muchos continuaba siendo un símbolo de pureza revolucionaria. En una entrevista escrita, el periodista decía de *Modesto*: "si habla, es escuchado; y si calla, también crea expectativas". Con su talante quedan muchos sandinistas en Nicaragua, entre ellos mis amigos de Limay y Estelí. Y la propia Delma.

La noche antes de mi partida invité a Delma a cenar. Fuimos a la Casa de los Megía, un elegante restaurante situado en el distinguido barrio de Los Rosales, en donde los hermanos Carlos y Luis Megía Godoy, amenizaban las veladas con sus canciones. Aquella noche le tocaba actuar a Luis, que nos acompañó con su grupo interpretando melodías de su innovador repertorio, junto con otras de base más folclóricas que su hermano había popularizado. También actuó un grupo de jazz.

Aquella velada Delma se puso nostálgica y me abrió su corazón. Me habló de su marido, José Alberto Calero Valle, capitán del ejército como ella, que murió mientras desminaba un camino. También del hombre que más la quiso en su vida, Serafín Machado, teniente coronel cubano, con el que convivió unos años cuando estuvo destinado en Nicaragua. "Si alguna vez va a La Habana, déle recuerdos míos". De sus desengaños amorosos recientes y, como no, del amor de su vida, su hijo Octavio.

De vuelta a la casa, mientras preparaba el equipaje para el avión, recordé mi regreso a Valencia a finales de 1986.

Después de la asamblea de Estelí en la que se informó a los cooperantes que nos iban a sacar de las zonas conflictivas, me mandaron a Palacagüina. Por lo visto mis evaluaciones ante las autoridades educativas y gubernamentales fueron buenas, porque me nombraron subdirector del instituto. El problema era que la plantilla estaba completa, por lo que mi función consistiría en supervisar la obras de un nuevo centro en construcción. Estábamos en noviembre, empezaban las vacaciones, no me convencía la propuesta y tampoco adaptarme a una nueva casa en un pueblo en el que no conocía a nadie. Me fui de vacaciones a la Costa Atlantica para pensármelo y allí tomé la decisión de volver a España.

También influyó el hecho de que, encontrándome en una edad que ya iba aproximándose a los cuarenta, si no me espabilaba, mi futuro profesional estaba garantizado: siempre como obrero. Y en Nicaragua me había acostumbrado a que me llamaran profe. Volví para continuar estudiando y tratar de conseguir un mejor trabajo.

Pero había algo mucho más determinante. Mi relación íntima con las mujeres nicaragüenses fue escasa, por no decir nula. Y no tenía ganas de continuar célibe, durante más tiempo, precisamente en el trópico.

Donald ya me lo decía:

—Javier, lo veo afligido. Échese novia.

—No valgo. Ya estoy viejito y las muchachas no se fijan en mí.

Si alguna vez vi posibilidades, no supe como continuar el proceso, como seguir el ritual. Me parecía que estaba haciendo teatro, que no era yo; y abandonaba. Además, las condiciones de aislamiento en Limay, en donde pasaba la mayor parte del tiempo y donde todo el mundo sabía todo acerca de sus vecinos, no me resultaban propicias. No encontré a ninguna joven que me atrajera lo suficiente como para intentar una relación formal. La única vez que converse con una mujer durante largo rato, y percibí que nos compenetrábamos sin tener que disimular mi manera de ser, fue en Estelí con la hermana mayor de la alumna más guapa del instituto donde había dado clase. Pero aquel día, ya tenía comprado el billete de vuelta.

—Tiene que buscarse una mujer, o nos dejará pronto. Se irá para su país —proseguía Donald.

—Vamos a ver.

-¡Hágale *güevo*, vos!

No le hice *güevo* y volví al Mediterráneo.

Regresé a Valencia a finales de 1986, estudié, me licencié, dejé de ser obrero y conseguí un trabajo mucho mejor. Pero la idea de regresar a Nicaragua permanecía. El proyecto se había forjado sobre el terreno y no tenía nada que ver con la enseñanza. Para colaborar con la revolución quería experimentar otros campos. En el momento de mi partida, una vaca paridera joven costaba, al cambio, unas 16.000 pesetas; un semental 60.000; una buena yegua unas 30.000; una pequeña barca, casi nada; y un motor fuera borda de segunda mano, comprado en Panamá, unas 200.000. Quería montar una pequeña cooperativa ganadera y de pesca en San Juan del Sur. Sería el socio capitalista y tenía varios amigos nicas dispuestos a poner su experiencia, conocimientos y trabajo.

El proyecto parecía el cuento de la lechera. Las vacas darían leche, con los excedentes se haría queso, lo que no se pudiera vender se regalaría a los centros infantiles y, cada año, nacería un nuevo ternerito por cada vaca. Por otro lado, la pesca era abundante. El invento tenía también otra vertiente: la turística. Y si fallaban los turistas, por lo menos habría que comer.

Comprar una casa mediana costaba unos dos millones. Mucha limpieza, unas literas y a recibir turistas que, en vez de ver la revolución sudando en un algodonal o en una procesadora de tabaco, prefiriesen conocerla tanto sin tantos sudores, comiendo langosta y bebiendo cerveza fresca, asistiendo a reuniones, efectuando visitas, montando a caballo o pegando algunos tiros al aire. Una multinacional del turismo, con pedigrí de aventurera, estaba interesada en el proyecto. De hecho, en el verano de 1989 dicha empresa iba a editar un folleto ofertando la opción Nicaragua. Si se apuntaban seis personas, me pagaban el viaje como guía. A partir de ese número, empezaría a cobrar.

La idea era tratar de abrir nuevas rutas al turismo alternativo que dejara dólares en Nicaragua y divulgara los avances de la revolución. Pero cuando tenía las maletas preparadas, los sandinistas, contra todo pronóstico, perdieron las elecciones. El gerente turístico me propuso que el proyecto de Nicaragua siguiera adelante, pero pensé que la inestabilidad política que se preveía generaría un alto nivel de violencia en la mayoría del país, en el que hasta entonces se vivía con casi absoluta seguridad fuera de las zonas de guerra. Por otro lado, a la gente a la que iba destinada la oferta, con la pérdida del gobierno por los sandinistas, dejarían de interesarse en visitar el país. Y abandoné.

El viaje de vuelta a España en 1986, no estuvo exento de pequeños problemas. Comenzaron unos días antes.

Entre los cooperantes se sabía que si uno regresaba con Iberia o con Cubana, el pasaje te costaba unos mil dólares, ya que había que pagar también un *return ticket*, aunque no lo fueras a utilizar. Pero si volabas con Aeroflot, la compañía soviética sólo te cobraba la ida, con lo que te ahorrabas unos cuatrocientos. Y además podías visitar Moscú durante dos días porque, quisieras o no, te mandaban primero allí y sólo tenían tres enlaces semanales con Madrid.

Compré mi billete en Aeroflot. Como la primera conexión con Madrid estaba completa, me ofrecieron otra en la que tendría que permanecer en la capital rusa durante cuatro noches; la compañía pagaba el hotel las dos primeras.

Después debía resolver el problema del visado. La embajada se encontraba en Las Colinas, a las afueras de Managua, hasta donde sólo se podía llegar en taxi. En la cola me encontré con dos cooperantes vascas conocidas. Ya me habían advertido que a veces ponían problemas para conceder la visa y que no se sabía muy bien por qué reglas se regían. Por si acaso, las dos vascas se habían arreglado a conciencia, lo más guapas posible. Teníamos que regresar para recogerlas al cabo de siete días. A la semana siguiente a ellas les habían concedido el visado de tránsito, y a mí no. Me dijeron que no era necesario. Y, en efecto, por otros compañeros que habían hecho el viaje vía Moscú con anterioridad, sabíamos que no era necesario, pero si no lo tenías, no te podías mover del hotel. Una vez al día te sacaban en un autobús con un guía para visitar la capital rusa durante tres horas, pero sin poder bajar de él, y luego, otra vez encerrado en un hotel. Así que tendría que estar cuatro días entre cuatro paredes y no estaba dispuesto a consentirlo.

Como entonces era joven y guerrero volví a la cola. En la ventanilla no me quisieron dar más explicaciones. Entonces exigí hablar con un funcionario de rango superior. Éste se encogió de hombros.

—Pues no me voy a ir de aquí mientras no haya nadie que me explique por qué a unos españoles les dan una visa y a mí no. Regreso a casa y no quiero tener problemas en Moscú.

El funcionario me miró con cara de perro y llamó a un superior.

—¿Por qué va a estar cuatro días en Moscú?

—Eso es cosa de Aeroflot. No le quedaban plazas libres. Pueden llamar y comprobarlo.

Estuvo dudando un momento.

—Si no me dan esa visa —le dije—, no voy a poder salir del hotel. Soy cooperante en Nicaragua, tengo todos mis papeles en regla y creo merecer mejor trato por su parte.

Sonrió.

—Enseguida tendrá su visado.

—Mire, si voy a tener problemas, mejor lo dejamos, cancelo con Aeroflot y vuelo con otra compañía.

—No se preocupe. No tendrá problemas.

Los tuve.

La mañana de mi partida, las chicas de la Rotonda de los Cocos tenían una furgoneta alquilada, ya que se iban a una recóndita región del norte para hacer un trabajo. Como les venía de paso me dejaron temprano en el aeropuerto. El vuelo para La Habana partía a mediodía. Tenía tiempo de sobra y compré la última *Barricada*. Titular de portada: "Es derribado un avión DC-3 que pertrechaba a la contra". Ocupando casi toda la plana, la foto de un corpulento norteamericano, grandote y embarrado, que caminaba encogido tras un adolescente, mucho más bajo que él. El gringo llevaba las manos atadas y un joven recluta de diecisiete años, que lo había derribado con su lanzacohetes, tiraba de él con una larga cuerda atada al cuello, como si se tratara de un caballo. A pie de foto: "El piloto Eugene Hassenfus, revela que los vuelos son dirigidos por la CIA y proceden de bases en El Salvador y Honduras".

Una foto casi idéntica, en la que una diminuta vietnamita conducía a un marine de la misma guisa, había sido publicada en los principales periódicos del mundo quince años antes.

Así estaba Nicaragua el día que la abandoné. En el hall del aeropuerto, una multitud de familiares que despedía a un contingente de bachilleres que iban a estudiar una carrera universitaria en Rusia y en la RDA. Cuando se aproximaba el tiempo de embarque, los abrazos y besos de despedida se multiplicaron. También muchas lágrimas. Durante los cuatro o cinco próximos años, lo más probable era que no volvieran a ver a los suyos. En el aeropuerto José Martí cambiamos de avión. Durante la travesía sobre el Atlántico una muchacha nica estaba

sentada junto a mí. Estaba triste, ensimismada en sus pensamientos. Intenté darle conversación pero se le notaba que no tenía ganas de hablar. Iba a estudiar agricultura en una pequeña ciudad al oeste de Moscú. Dejaba a su mamá que estaba enferma y por eso se sentía afligida.

Aterrizamos en un aeropuerto de Irlanda y descendimos del avión. Los nicas estaban alucinados ante los productos exhibidos en los escaparates de las *duty free*. Después de un tiempo alejado del consumo, yo también participaba de aquella invitación al consumo tan abundante y atrayente. Algunos empezaron a gastarse los pocos dólares de los que disponían.

Horas más tarde estábamos aterrizando en Berlín oriental y volvimos a pisar tierra. Muchos pasajeros se quedaron allí y otros nuevos subieron. Después el último salto hasta Moscú.

Llegamos al aeropuerto internacional de Sheremetyevo como al medio día. Contando los retrasos, las tres paradas técnicas y el cambio horario, llevaba acumulados dos días de viaje.

En el control de salida un joven policía uniformado de caqui y con gorra de plato me miraba a los ojos y remiraba mi pasaporte. Volvía a escrutarme con minuciosidad y de nuevo bajaba la vista hacia el pasaporte. Al cabo de unos minutos, después de preguntarme por el origen y el destino de mi viaje, me dijo en inglés:

—Espere aquí —y llamó por teléfono.

Al cabo de un rato otro uniformado me hizo las mismas preguntas mientras miraba con detenimiento mi cara y la foto del pasaporte. Volví a esperar, esta vez sentado. Como pasaba el tiempo y nadie se ocupaba de mí, tuve que pedir permiso para ir a los servicios. Otro uniformado me acompañó y permaneció en la puerta.

Me habían dicho que a veces ponían pegas si uno llevaba el pelo corto y en el pasaporte se veía largo, si llevaba barba, como era mi caso, y en la foto iba afeitado. Me aconsejaron que me afeitase, pero no había hecho caso. ¿Estaba pagando las consecuencias? Me negaba a creerlo. Más bien pensaba que los de la embajada habían puesto algún signo sobre mi visado que indicaba alguna prevención sobre mi persona. Al cabo de dos horas, mi pasaporte continuaba retenido por los aduaneros. Se me ocurría que podían haberle puesto un simple puntito sobre una determinada letra de un apellido, para significar que a aquel individuo había que hacerle la puñeta.

Al fin llegó una especie de azafata y me indicó que la siguiera. Llegados a determinada área, quedé transferido a otra acompañante. Nos dirigimos hasta la cola de un vuelo. Habló con la encargada y miraron el ordenador. Parecía que intentaban colarme en algún avión a punto de despegar. Por lo que podía imaginar —ya que de ruso ni papa—, no quedaban plazas libres. Pero mi azafata insistía una y otra vez, buscando otras posibilidades. Parecía que indicara: "son órdenes superiores". Discutieron, la del mostrador llamó por teléfono y al poco volvimos sobre nuestros pasos. Y nueva espera. Luego vino otra uniformada y repetimos la operación, esta vez en otra cola. Era muy guapa y tenía cara de simpática. Intenté que me explicara que sucedía, pero ni ella sabía español, ni yo inglés.

—*You don't love mi. Why?*

Intentaba que me explicara por qué no me querían, por qué me rechazaban, por qué aquel puteo. No sabía decir más. No comprendí sus explicaciones y seguro que tampoco ella sabía la respuesta.

Al cabo de otra hora volví a pasar por el primer control. Habían cambiado de aduanero. Bajo su gorra de plato tenía la pinta de joven campesino caucásico recién llegado a la capital. Miraba y remiraba foto y cara. Cuando se refería a Moscú, pronunciaba *Mosca*, la primera palabra en ruso que yo intentaba pronunciar. Volvió a llamar por teléfono. Esta vez la respuesta fue afirmativa. Alguien debía de estar de mí hasta el gorro.

Tras casi cinco horas, me dejaron suelto. Pero, ¿dónde estaba ahora mi mochila? Si pasaba el siguiente control, el registro de equipajes, sin ella, cómo la conseguía luego. Empecé a mostrar la tarjeta de embarque y a reclamar con gestos mi macuto. Allí estaba mi exigua ropa de abrigo. Comenzaba el invierno ruso y yo venía del trópico. Al cabo de varios intentos alguien se apiadó de mí y me llevó a un despacho atendido por una corpulenta uniformada vestida de azul. Examinó mis tickets. Por fortuna hablaba español.

—Su equipaje está ya en Madrid.

—No puede ser –no podía creerlo.

Insistí, argumenté, puse cara de pena y, al final, reblandecí su corazón

—¿Qué calor?

Yo no tenía ninguno, más bien todo lo contrario, por la ligereza de mi ropa y porque en el aeropuerto la calefacción estaba al mínimo.

—Sí, hace calor —respondí.

—¿Qué calor? –volvió a repetir.

—¿Calor?

—¿Qué calor?, ¿verde, rojo?

—¡Ah! ¿Qué color?

—Eso, color.

Al final, de la mano de un subalterno, conseguí mi mochila.

Me habían dado un vale para pernoctar en un hotel cercano. No fue difícil localizarlo. Cuando me dieron habitación, bajé para cenar. Eran cerca de las diez de la noche, llevaba un montón de horas sin ingerir nada, dando vueltas de aquí para allá en un gran aeropuerto con forma de celda de abeja y ambiente frío y gris. Tenía hambre.

Unos camareros estaban sentados en un banco a la puerta del restaurante.

—Lo sentimos, el comedor cierra a las nueve —y se quedaron tan anchos.

Al cabo del rato, en el salón, uno de aquellos camareros intentó cambiarme dólares. Le dije que no. No tenía más ganas de líos. Intenté dar unos billetes por algo de comida. Me respondió que al día siguiente, que a esa hora no podía. Dormí acompañado de una botella de ron nicaragüense.

Pasé cuatro días turisteando por Moscú, aunque no me alejé de la Plaza Roja más de lo que alcanzaban mis pasos. Tenía miedo de perderme, sin saber ruso, sin hablar inglés. Me gustó la ciudad y su gente, la catedral del beato Basilio y las cúpulas de las iglesias con torres coronadas por helados de cucurucho multicolores. También visité algún museo y el mausoleo de la momia de Lenin, que todavía no se había convertido en un reclamo turístico. Aunque no había nieve en las calles, ya había caído la primera aquel otoño. Comentaré un par de anécdotas.

Hacía frío y mi ropa no era la más apropiada. Tenía poco dinero y quería reservarlo por si tenía algún nuevo contratiempo antes de coger el avión. El frío hacía que me entraran a menudo ganas de mear, y en los desangelados bares moscovitas no solía haber servicios. Me las pasaba canutas para encontrar el sitio apropiado porque no debían

abundar, no entendía los letreros y la gente no me entendía a mí. Tenía miedo de hacerlo entre dos coches o en un rincón; temía llamar la atención ya que el centro de la ciudad era bastante elegante o, peor aún, que alguien se le ocurriese llamar a la policía. Tras la experiencia del aeropuerto ya sabía como las gastaban.

Una noche cuando después del metro, tomé el autobús para el hotel y me indicaron que estaba en Sheremetyevo, me apeé. Estaba en un aeropuerto, pero no se parecía al que conocía. Pregunté a la gente y me decían que, en efecto, estaba en Sheremetyevo. Al final me di cuenta de que estaba en la terminal de vuelos nacionales. Me indicaron una carretera para ir a la internacional. Después de mucho caminar llegué a unas luces; parecían unas oficinas deshabitadas. Caminé hasta otro edificio que resultó ser un centro sanitario. Llevaba casi una hora andando y decidí volver. Resignado esperé en la parada del autobús donde me había apeado. No había manera de que nadie me indicara que autobús llegaba hasta mi hotel. Al final, unos peruanos me informaron que no era fácil. Había que volver por donde había venido y tomar otra línea diferente. Montaron conmigo, bajaron en mi parada, que no era la suya, y esperaron hasta que tomé el transporte apropiado. Les debo el haberme evitado una noche desastrosa en una ciudad desconocida.

Poco antes de tomar al avión, un anciano estaba siendo ayudado por un cubano a rellenar los papeles. Era pamplonica, llevaba veinticinco años trabajando en Argentina y, una vez jubilado, venía a pasar unos meses con lo poco que le quedaba de familia en España. En el capítulo de la declaración de moneda extranjera, dijo que llevaba encima unos dólares y doscientas mil pesetas.

—Yo, por si acaso, no las declararía —le aconsejó el mecánico de aviación cubano, cuyo avión estaba siendo reparado en Moscú.

—¿Y tú qué vas a hacer? —me preguntó el viejo.

—Sólo tengo que declarar unos pocos dólares —le dije.

Así quedó la cosa. Pero, mientras yo pasaba el control aduanero sin problemas, al viejo le pidieron no sé qué papel y, cuando abrió el pequeño bolso de muñeca donde lo buscaba, le vieron el fajo de billetes. No se le había ocurrido ocultarlo mejor. Se armó un gran revuelo. Lo cachearon de arriba abajo, abrieron sus maletas. Me alejé lo antes posible por temor de verme involucrado por el desconcertado anciano.

El avión estuvo un rato sin despegar. Lo estaban esperando. Al final apareció todo sofocado. Creí que le podía dar un soponcio. Se habían quedado con todo el dinero no declarado.

Traté de calmarlo inventándome leyes internacionales, asegurándole que cuando lo reclamara ante la embajada lo recuperaría y unas cuantas historias más.

Junto a mi plaza estaba sentado un vejete que se me puso a hablar en español. Me contó varios chistes. Se le entendía bien pero su lenguaje y los comentarios me resultaban arcaicos. Había aprendido nuestra lengua durante la Guerra Civil. Era muy simpático y dicharachero. Venía a España invitado a una concentración de excombatientes y brigadistas internacionales.

En Berlín, mientras conversaba con los dos ancianos, vimos como ardía un avión y cómo lo apagaban los bomberos.

Una vez en Barajas, ayudé al pamplonica a telefonear a su familia; no se aclaraba. Cuando dio con ellos se quedó más tranquilo. Luego nos informamos de cuál era el mejor medio para llegar hasta la capital de Navarra: taxi y autobús. Preguntamos precios, vimos que le alcanzaba el poco dinero que le habían dejado los aduaneros soviéticos, y no quiso aceptar un préstamo.

A la salida del aeropuerto me estaban esperando. Una mujer, de la que me había enamorado poco antes de partir, me decía, mientras nos abrazábamos, que tenía un coche estacionado a unos metros. En aquel momento estaba cruzando la frontera de la más entrañable de las patrias. Pero Nicaragua y su gente se me habían quedado grabadas en el corazón.

Por eso regresé al trópico en el 2001, una vez más. Y a mi vuelta, de nuevo *Penélope* me recibía con un jersey de lana de diáfanos colores, tejido con sus manos, que me protegería del apacible frío del invierno mediterráneo. Pero dejaba en aquel país muchos sentimientos, primarios y contradictorios, que todavía perduran.

BIBLIOGRAFÍA

AGEE, Philip, *Introducción a los Manuales de sabotaje y guerra psicológica de la CIA para derrotar al gobierno sandinista*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1985.

ANÓNIMO, *El Güegüence*, Ed. Distribuidora Cultural, Managua, 1979

ANÓNIMO, *Popol Vuh,* Ed. Piedra Santa, Guatemala, 1947.

BEALS, Carleton, *Banana Gold*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1983.

BELLI, Gioconda, *La mujer habitada*, Txalaparta Editorial, Tafalla, 1990.

BORGE, Tomás, *Carlos, el amanecer ya no es una tentación*, Ed. Nueva Nicaragua, Managua, 1982.

BORGE, Tomás, *La paciente impaciencia*, Ed. Vanguardia, Managua, 1990.

CABEZAS, Omar, *Canción de amor para los hombres*, Ed. Txalaparta, Tafalla, 1996.

CABEZAS, Omar, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, Ed. Nueva Nicaragua, Managua, 1982.

CARDENAL, Ernesto, *Antología*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1983.

CARDENAL, Ernesto, *Quetzalcoatl*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1985.

COLINDRES, Juan, *Anastasio Somoza, fin de una estirpe de ladrones y asesinos*, Ed. Posada, México D.F., 1979.

CORTADAS, Anna, *Querida Nicaragua*, Ediciones B, Barna, 1998.

CORTÁZAR, Julio, *Nicaragua tan violentamente dulce*, Muchnik Editores, Barna, 1984.

CORTÁZAR, Julio, *Noticia para viajeros*

DE LAS CASAS, Bartolomé, *Brevísma relación de la destrucción de las ndias*,SARPE, Madrid, 1985.

DOLORES GÁMEZ, José, *Historia de Nicaragua*, Fondo de Promoción Cultural-BANIC, Managua, 1993.

FERNÁNDEZ, Raquel, *Veinte poemas desesperados y una canción de amor a Managua*, Las Segovias, Valencia, 1990.

GALEANO, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, Madrid, 2000.

INCER, Jaime, *Geografía dinámica de Nicaragua*, Hispamer, Managua, 2000.

MENDILUCE, José María, *El amor armado*, Planeta, 1999.

PÉREZ BRIGNOLI, Héctor, *Breve historia de Centroamérica*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

PINEDA, Empar, *La revolución nicaragüense*, Ed. Revolución, Madrid, 1980.

POZAS, Víctor, *La revolución sandinista (1979-88)*, Editorial Revolución, Madrid, 1988.

RAMÍREZ, Sergio, *Adiós muchachos*, Aguilar, México D.F., 1999.

RAMÍREZ, Sergio, *Estás en Nicaragua*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1986.

RAMÍREZ, Sergio, *La marca del Zorro*, Mondadori España, Madrid, 1989.

REVERTE, Javier, *Trilogía de Centroamérica*, Plaza & Janés, Barna, 2000.

REVISTA *POESÍA LIBRE*, Ministerio de Cultura, Managua, 1981.

RODRÍGUEZ, Manuel, *Gaspar vive*, Artes Gráficas de C.A., San José, 1981.

RUGAMA, Leonel, *La tierra es un satélite de la luna*, Casa de las Américas, La Habana, 1983.

SCHÖNHERR, Dietmar, *Nicaragua, mi amor. Diario de un viaje*. Ministerio de Cultura, Managua, 1985

SELSER, Gregorio, *Sandino, General de hombres libres*, Ed. Universitaria Centroamericana, San José, 1979.

VARGAS, Oscar-René, *El sandinismo: veinte años después*, Centro Nicaragüense de escritores, Managua, 1999.

VARGAS, Oscar-René, *Pobreza en Nicaragua: un abismo que se agranda*, CEREN, Managua, 1999.

WHEELOCK, Jaime, *Nicaragua, imperialismo y dictadura*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

WHEELOCK, Jaime, *Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua*, Siglo XXI, México D.F., 1984.

FILMOGRAFÍA

ALSINO Y EL CÓNDOR, Dr. Miguel Littin, Nicaragua / Cuba / México / Costa Rica, 1982, 89'.

UNDER FIRE, *SOBRE EL VOLCÁN*, Dr. Roger Snottiswood, USA, 1983, 128'.

CARLA'S SONG, *LA CANCIÓN DE CARLA*, Dr.Ken Loach, UK / Spain / Germany, 1996, 127'.

FIRE FROM THE MOUNTAIN, *FUEGO EN LA MONTAÑA*, Dr. Deborah Saffer Documental, 1988, 60'.

LATINO, Dr. Haskell Wexler, USA, 1985, 104'.

SANDINO, Dr. Miguel Littin, Chile / España. 1990.135'.

AGRADECIMIENTOS

A Justo Nieto, sin cuyo respaldo no hubiera pasado por la imprenta este libro

a Ferran Máñez, *mestre*, corrector, siempre disponible y preciso

a Teresa Aunés, que con afecto logró que mis errores fueran menores

a Manolo Sáez, sin cuya amistad y apoyo técnico todo hubiera sido más difícil

para Enric Jordà, *amic*, oráculo y brújula

para Modesta Arocas, *Modes*, porque caminó los primeros pasos de esta aventura, poniéndole color

a Juanjo Tornero, que siempre tiene la frase precisa, irónica, crítica y optimista

a Manolo Adlert, que está cuando hace falta

a Lola Saborit, *La Moderna*, que con el lápiz rojo del cariño corrigió como si fuera un examen, pese a la fiebre y los antibióticos

para Amparo Ortega, que llegó en el último capítulo y se coló para siempre en el rincón de los afectos

a las chicas de la Rotonda de los Cocos: Lidu, Lara y María, y a Víctor

para la *troupe* de Alcalá de Henares: Sera, María, Javi y Elena